LA HISTORIA AL FINAL DEL MILENIO

Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana





volumen 1

eun
editorial universidad nacional
facultad de ciencias humanas

LA HISTORIA AL FINAL DEL MILENIO

Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

LA HISTORIA AL FINAL DEL MILENIO

Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana



volumen 1

eun editorial universidad nacional

Facultad de Ciencias Humanas
Departamento de Historia

986.1

H673h La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana / comp. Bernardo Tovar Zambrano. -Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas Departamento de Historia: Editorial Universidad Nacional, 1994.
2 v.

ISBN 958-17-0120-6 (obra completa)
ISBN 958-17-0121-4 (v. 1)
ISBN 958-17-0122-2 (v. 2)

1. Colombia - Historiografía 2. América Latina - Historiografía 3. Colombia - Historia - Colonia, 1550-1810 - Historiografía 4. Colombia - Historia - Siglo XIX - Historiografía 5. Colombia - Historia - Siglo XX - Historiografía

I. Tovar Zambrano, Bernardo, 1994-

BEM - Sección Catalográfica U.N.

© 1995, Departamento de Historia Universidad Nacional de Colombia y Editorial Universidad Nacional
Primera edición: octubre, 1994
Reimpresión: diciembre, 1995

ISBN: 958-17-0121-4 (v. 1) 958-17-0120-6 (obra completa)

Editorial Universidad Nacional
Apartado Aéreo 14490 - Tel.: 2448640 - Fax 2219568, Bogotá

Diseño de carátula: Alejandro Rojas
Preparación editorial: Editorial Universidad Nacional
Impresión y encuadernación: Imprenta Universidad Nacional
Bogotá, Colombia

Contenido

VOLUMEN 1



Introducción

Bernardo Tovar Zambrano
Coordinador Proyecto de Historiografía Colombiana
Universidad Nacional de Colombia

Se ha tornado un hecho más o menos frecuente que los historiadores reflexionen y polemicen sobre los diversos aspectos de su oficio. Cuestiones de teoría, de métodos y de fuentes relacionadas con el proceso de investigación, así como los resultados de éste, la obra histórica en sus distintas facetas, son algunos de los asuntos que tienen una presencia habitual en las deliberaciones de los historiadores. En el fondo de estos debates discurre la necesidad de revisar y cimentar los avances de la disciplina, de aclarar sus rumbos, de contrastar los enunciados provisionales y de explorar las nuevas perspectivas que surgen a menudo como aperturas inciertas. No se trata de otra cosa que de la compleja problemática que lleva consigo el desenvolvimiento de la historia considerada como forma de conocimiento. Una parte importante de tal problemática es la que concierne al punto de vista que aquí nos interesa: el de la historiografía.

En su acepción más corriente, pero no única, la historiografía se concibe, en forma restringida, como el estudio del pensamiento histórico. Para ello toma como objeto inmediato del análisis los textos de los historiadores, en los cuales dicho pensamiento se configura y expresa. Frente a los textos, la historiografía se interroga, entre otras cuestiones, sobre la índole de los problemas a que éstos responden, sobre los temas desarrollados y sus aportes a la erudición histórica; sobre las concepciones teóricas, los paradigmas y los métodos de los que ha hecho uso el historiador para investigar y escribir su historia; sobre las clases de fuentes documentales utilizadas y las formas en que han sido reunidas, leídas y descifradas; sobre el modo expositivo del texto, los procedimientos de que se vale el autor para contar y comentar los hechos, para describir y analizar el acontecer histórico, es decir, la forma expresiva y la estrategia persuasiva de la obra histórica; sobre la relación que en la obra se establece entre el pasado y el presente, las imágenes, compromisos y representaciones que

acompañan esta relación, no siempre explícita en los textos; y en fin, sobre el tipo de lector que el historiador elige como destinatario de su obra, y la difusión, recepción y usos diversos que de ésta hace la sociedad. Así mismo, el estudio del texto histórico implica la presencia de otros textos, y envuelve, por supuesto, las condiciones culturales, políticas y sociales en cuyo seno ha tomado cuerpo. Siendo la obra inseparable de su autor, la historiografía se ocupa también de la biografía de los historiadores, de su formación y trayectoria en las circunstancias de su propio tiempo.

El estudio historiográfico si bien atiende al enfoque sincrónico, se abre, ante todo, al punto de vista diacrónico. En este sentido, la historiografía se ocupa ciertamente del pensamiento histórico, pero en su despliegue temporal, lo cual la convierte de hecho en la historia de la historia. En términos globales se puede indicar que la formación y desarrollo de la disciplina histórica emerge en este plano como punto focal de preocupación. Esto, naturalmente, designa un terreno complejo ante el cual es preciso señalar que hacen parte de la historia de la disciplina los siguientes aspectos centrales: la trayectoria de las concepciones teóricas y filosóficas acerca del acontecer histórico y de su cognición, concepciones que se encuentran tanto en los filósofos de la historia como en las obras de los historiadores; el desarrollo de la metodología de investigación, de la noción de documento histórico y de los procedimientos de su crítica; las variaciones en la narración, análisis y escritura de la historia, y los cambios en los criterios de verdad del conocimiento histórico. Cabe aquí la acotación de que estos aspectos suponen, lógicamente, una estrecha relación entre la historiografía y la teoría de la historia.

La diacronía del pensamiento histórico entraña un tipo de cronología que circunscribe épocas y fases del quehacer historiográfico: estos períodos se definen, entre otros rasgos, por la inclinación hacia ciertos problemas y campos temáticos de investigación, por la presencia de tendencias y escuelas de construcción histórica, por las obras y las orientaciones que provienen de los historiadores más conspicuos, por el uso preferencial de ciertas formas para investigar y escribir la historia, y por los nexos específicos que en tales períodos establece la historia con las otras disciplinas del conocimiento. Todo un itinerario que recoge los textos históricos de los diversos períodos (la biblioteca de historia) se plantea, en consecuencia, como tarea del estudio historiográfico. Pero el pensamiento histórico se desenvuelve no sólo en el tiempo sino también en el espacio. Surge, por decirlo así, una geografía de la historia, que se

expresa en los mapas de la historiografía mundial y de las historiografías continentales, regionales y locales. Esta variopinta especialidad permite, a su turno, efectuar comparaciones que resultan muy ilustrativas sobre las orientaciones y las peculiaridades que exhibe la disciplina y la práctica de la investigación histórica en cada país.

En otra acepción, más extensa, se puede decir que la historiografía estudia, en general, la cultura histórica. En esta perspectiva, la historiografía amplía su punto de vista para incluir en su horizonte toda forma de evocación y re-presentación del pasado: desde la historia profesional que escriben los historiadores, como se ha visto, hasta los sentimientos y fantasías que la sociedad elabora acerca del pasado, transitando por las figuraciones que se hacen de la historia en la literatura, la mitología, el arte, la tradición oral, la memoria y los rituales. En este orden, integran la materia objeto de la investigación historiográfica elementos tales como las cartillas y textos escolares para la enseñanza de la historia; la novela, el teatro, la poesía y el cine históricos; los monumentos y en general la iconografía que se idea para rememorar el pasado; los mitos y las leyendas históricas, la historia oral (en su sentido literal), y en fin, las ceremonias y festividades que se realizan en función de la commemoración del pasado, según el calendario de las fechas históricas, de los sucesos y personajes memorables para la sociedad. Todas estas formas corresponden a la compleja relación consciente e inconsciente que la sociedad establece entre la historia vivida y la historia representada (y también con la historia reprimida u olvidada), entre su presente y su pasado (o la invención de su pasado). Allí cobran realidad, al lado de las concepciones y explicaciones científicas de la historia, las imágenes míticas, los sentimientos, las actitudes y las simbolizaciones del pasado que resultan inherentes a la identidad, autorreconocimiento y afirmación de la sociedad en su presente y su futuro. Y ahí, además, tienen lugar las preguntas sobre el sentido y la finalidad de la historia, lo cual motiva con preponderante frecuencia respuestas derivadas de la escatología y la utopía.

A la historiografía incumbe, de igual modo, el estudio de las instituciones de la historia. Hacen parte de este ámbito el sistema de enseñanza, los centros de formación de historiadores, los medios de difusión del saber histórico, los archivos, museos y bibliotecas, los centros de investigación, las academias, las asociaciones de historiadores y demás organismos similares. En rigor, para el desarrollo consistente de la historia como disciplina, investigación y discurso especializado en cada país, se requiere

la sólida formación del universo institucional y de la comunidad científica de la historia.

Como puede apreciarse, vasta es la agenda temática de la historiografía. De los distintos aspectos señalados, sólo algunos relacionados con la primera perspectiva, la del estudio del pensamiento histórico, competen a los trabajos que integran la presente publicación. En estos trabajos se abordan, en efecto, ciertos componentes significativos de la reflexión histórica moderna que versa sobre Colombia y sobre algunos países latinoamericanos.

En lo que respecta a Colombia, el análisis historiográfico se presenta en un repertorio de siete estudios elaborados por un grupo de profesores del Departamento de Historia de la Universidad Nacional, estudios que constituyen el cuerpo central de la obra que se entrega al público lector. Como nota característica, dicho análisis se realiza, principalmente, sobre los textos históricos aparecidos durante la segunda mitad del siglo actual. La bibliografía histórica seleccionada para este objeto, en el conjunto de los siete trabajos citados, se refiere a los siguientes períodos y campos de la historia colombiana: la época colonial, la economía y los movimientos sociales del siglo XIX, los movimientos sociales, la política y la violencia del siglo XX, y la historia de la ciencia. Entre otros elementos, en tales estudios se ha buscado establecer los temas que han llamado la atención de los historiadores; los conceptos, métodos y fuentes con los cuales han sido investigados dichos temas; las tendencias historiográficas en función de las cuales se pueden agrupar los autores y sus obras; las orientaciones actuales de los estudios históricos, los vacíos temáticos y las perspectivas de investigación.

De otra parte, además de los historiadores colombianos, quienes ocupan el punto focal de los trabajos mencionados, se incluyen los investigadores extranjeros que han escrito sobre la historia colombiana. En especial, se ha querido proporcionar una visión de los estudios que sobre el pasado de nuestro país han sido realizados por historiadores norteamericanos, franceses, ingleses y alemanes. Por último, obedeciendo a un propósito de complementación, que sugiere la posibilidad de una mirada comparativa, se han incorporado algunos trabajos que presentan un cuadro de las historiografías andina, peruana, boliviana y mexicana.

Dentro del contenido circunscrito por los estudios aquí publicados, pese a sus limitaciones, se hace observable una información sugestiva acerca de la forma como la historia colombiana ha sido investigada,

estudiada y escrita por los historiadores nacionales y extranjeros durante la segunda mitad de nuestro siglo. Así mismo, con la descripción del estado actual de los estudios de historia colombiana en lo que atañe a lo indicado para la época colonial y los siglos XIX y XX, se ponen de relieve los avances y se hacen visibles los vacíos, es decir, se marca el límite entre la historia conocida y la historia ignorada, lo cual arroja como resultado posibles puntos de partida para nuevas investigaciones. De otro lado, tanto los trabajos de historiografía colombiana como los que se refieren a México, Perú, Bolivia y globalmente a la región andina, conforman una muestra que permite apreciar algunos rasgos de la historiografía latinoamericana y, al mismo tiempo, ciertas particularidades que asumen los estudios históricos en dichos países. Aunque resulta obvio, no sobra expresar que la publicación de esta obra pretende, a su turno, estimular en el medio colombiano la investigación historiográfica, la cual, como se ha visto, es de importancia vital para el desarrollo de la disciplina histórica y el conocimiento de nuestro pasado.

No es un hecho fortuito que el Departamento de Historia entregue a la comunidad una obra de esta naturaleza. Lejos de ello, en este departamento ha existido, desde el final de los años sesenta hasta el presente, una inquietud por los estudios historiográficos. Tanto en el orden de la investigación como en el de la docencia, se ha materializado el interés por la historiografía. En cuanto a la investigación, se han realizado, en el lapso indicado, varios trabajos que exploran diversas manifestaciones de la historiografía colombiana. Estos estudios fueron iniciados, en el Departamento de Historia, por Jorge Orlando Melo, quien publicó en 1969 un ensayo en el cual presentaba un cuadro global sobre el desarrollo de los estudios históricos en Colombia; en el mismo año Medófilo Medina publicó un artículo donde examinaba las interpretaciones de los historiadores sobre la Independencia, y en el siguiente año, apareció el trabajo de Hermes Tovar Pinzón sobre los estudios de demografía colonial[1]. Tal sería

1 JORGE ORLANDO MELO, "Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes", en *U.N. Revista de la Dirección de Divulgación Cultural* núm. 2, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 1969; MEDÓFILO MEDINA, "Sesquicentenario: ideología e interpretación histórica", en *Estudios Marxistas*, núm. 2, Bogotá 1969; HERMES TOVAR PINZÓN, "Estado actual de los estudios de demografía histórica en Colombia", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 5, Bogotá, 1970.

el momento inaugural de la preocupación historiográfica en nuestro Departamento. Si bien, durante el decenio de los años setenta no se publicaron trabajos de carácter historiográfico, en cambio durante los años ochenta la historiografía recobró un impulso notorio: en 1982 apareció el estudio sobre la historiografía colonial, de quien escribe esta nota; en 1983 se publicó el trabajo de Jesús Antonio Bejarano sobre historiografía agraria, y en 1986 el artículo de Gonzalo Sánchez sobre la historiografía de la violencia[2].

Fue precisamente en los años ochenta, con la creación del Postgrado de Historia (1984), cuando la historiografía adquirió una importancia fundamental en el ámbito de la docencia. En el plan de estudios del postgrado se instituyó el área de historiografía colombiana, la cual contempla la secuencia de las historiografías de la Colonia, del siglo XIX y del siglo XX. Esto ha permitido la dedicación de un grupo de profesores a los estudios historiográficos, cuyos resultados, en buena parte, se recogen en la presente obra.

Al comenzar los años noventa, el Departamento contaba con una experiencia historiográfica ganada en la investigación y la docencia, la cual reclamaba, en cierta forma, la realización de un trabajo más sistemático. Esto se concretó, en 1992, en la formulación del Proyecto de Investigación de Historiografía Colombiana. Contando con la iniciativa del entonces director del Centro de Estudios Sociales de la Facultad de Ciencias Humanas, profesor Oscar Rodríguez, el Proyecto comenzó a ser realizado en su primera fase, la cual tuvo como resultado los siete estudios materia del presente libro. Por vía de ilustración, la segunda parte del Proyecto está diseñada para emprender la investigación de los estudios que se refieren, principalmente, a la época prehispánica, la Conquista, la Independencia, la historia política del siglo XIX, la historia económica del siglo XX, la historia de la arquitectura, del arte y de la literatura.

---

2 BERNARDO TOVAR ZAMBRANO, "El pensamiento historiador colombiano sobre la época colonial", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 10, Bogotá, 1982; JESÚS ANTONIO BEJARANO, "Campesinado, luchas agrarias e historia social: notas para un balance historiográfico", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 11, Bogotá, 1983; GONZALO SÁNCHEZ, "Los estudios sobre la violencia: balance y perspectivas", en *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Bogotá, Cerec, 1986.

El desarrollo de la parte indicada del Proyecto de historiografía pretendió ser un trabajo colectivo, adelantado, sin embargo, bajo el supuesto de respetar la autonomía de cada investigador. Sobre la marcha del proyecto, se concibió la idea, un poco osada en nuestro medio, de someter los trabajos a la crítica de algunos historiadores extranjeros. Esta razón motivó la organización del Seminario Internacional de Historiografía Colombiana y Latinoamericana, evento que se llevó a cabo en agosto de 1993, bajo la iniciativa del profesor Medófilo Medina, director del Postgrado de Historia y con el apoyo de la Decanatura de la Facultad de Ciencias Humanas.

Durante el Seminario los profesores del Departamento expusieron sus respectivos trabajos de historiografía colombiana, los cuales, en efecto, recibieron el comentario crítico de los historiadores invitados para este objeto. Dichos comentarios se han integrado a la obra que aquí se presenta. Así mismo, dentro del Seminario se programó, con los historiadores extranjeros, un ciclo de conferencias que tenía como propósito, de una parte, dar a conocer los estudios históricos que en otros países se han realizado sobre Colombia, y de otra, presentar las historiografías de algunas naciones latinoamericanas. Los textos de tales conferencias hacen parte, igualmente, de esta obra. Finalmente, constituyó un punto de interés para los planes del Departamento la discusión adelantada en el Seminario sobre la creación del Doctorado en Historia, propósito al cual ha venido asociado el Proyecto de Historiografía Colombiana. Dicho sea de paso, con la apertura del doctorado se completaría, en la Universidad Nacional, el ciclo académico para la formación de historiadores, el cual tiene como base la carrera de historia, de reciente creación en nuestro departamento.

Para terminar, queremos hacer explícitos nuestros reconocimientos al profesor Antanas Mockus, quien como Rector de la Universidad apoyó la realización del mencionado Seminario Internacional; a los profesores Jaime Arocha, Director del Centro de Estudios Sociales, y Abel López, Director de Departamento de Historia, quienes han respaldado el Proyecto de Historiografía; a las profesoras Rocío Londoño, Decana de la Facultad de Ciencias Humanas, y Elba Cánfora, Directora de la Editorial Universidad Nacional, cuyas gestiones han sido decisivas para la publicación de esta obra.



La Historiografía Colonial

Bernardo Tovar Zambrano
Universidad Nacional de Colombia

PRESENTACIÓN

UN TEXTO ES UN UNIVERSO de lectura inagotable. Ante la variedad de lecturas posibles es necesario hacer una elección. El trabajo historiográfico en tanto se realiza como lectura de los textos históricos supone la inclinación por determinadas opciones, las cuales inciden en la escala del análisis y la densidad de la descripción. El tipo de lectura en el que se apoya el presente ensayo va encaminado, en primer lugar, a detectar los *principales temas* de historia colonial que han sido objeto de investigación por parte de historiadores nacionales y extranjeros durante la segunda mitad del siglo XX. En segundo lugar, debe permitir avistar las *tendencias y posiciones historiográficas* de mayor significación para la historia colonial en las cuales se encuentran inscritos aquellos temas. En tercer lugar, no obstante la homogeneidad que supone la tendencia historiográfica o la agrupación temática, la lectura debe conducir a observar ciertos aspectos de la irreductible *individualización* del trabajo histórico (el autor y su obra). En cuarto lugar, la identificación de los principales conceptos, imágenes y métodos desplegados en el estudio histórico; el señalamiento de las fuentes documentales y de sus modos de empleo, y la observación de las características más elocuentes del análisis y de la narración histórica. Por último, la lectura de los textos remite a unos contextos (sociales, políticos, culturales) que son fundamentales para el entendimiento de la investigación, de la escritura y de los diversos usos sociales y políticos de la obra histórica.

Del itinerario historiográfico propuesto, dadas las limitaciones de espacio, no ha sido posible desarrollar todos los puntos deseables a propósito de cada tendencia, autor y obra; no obstante, se ha hecho un cierto énfasis en algunos de los autores más representativos de la historiografía colonial de la segunda mitad del siglo actual. Y, por supuesto, tampoco ha sido factible siquiera nombrar a todos los historiadores, ni dedicarles a

todos los nombrados un comentario por igual. En síntesis, el objetivo se ha circunscrito, mediando la obligada selección, a la presentación de un *cuadro general* de la historiografía colonial, desde los años cincuenta (y eventualmente desde los años cuarenta, para algunos historiadores) hasta el momento presente. Así, este cuadro lo integran: la historiografía académica, con su obra central, la *Historia extensa de Colombia* (en lo que corresponde a la parte colonial) ; la historiografía económica y social que se inicia en los años cuarenta y que presenta diversos enfoques historiográficos; la llamada Nueva Historia de Colombia, la cual aparece en los años sesenta y hace énfasis en la historia económica, social y demográfica; y por último, el espacio reservado a los estudios recientes en los que se puede apreciar el surgimiento de nuevos temas, los cuales expresan la inclinación de un sector de la investigación hacia la elaboración de una nueva historia cultural de la Colonia.

LA COLONIA DE LA HISTORIA EXTENSA DE COLOMBIA

La academia, la patria y la Colonia

La fundación de la Academia Colombiana de Historia en 1902 correspondía, en cierta forma, a viejos anhelos en el campo del quehacer histórico, los cuales no habían encontrado eco favorable en el transcurso del siglo XIX. De manera contraria a lo que sucedió en Europa, la centuria decimonónica no representó en nuestro medio un "siglo de la historia". El trabajo histórico apenas si constituía, en aquel tiempo, una pasión intelectual accesoria, considerada por algunos como inútil. Desde luego, la historia no era objeto de la atención oficial, ni tampoco tenía un espacio significativo en la enseñanza. Los pocos aficionados que cultivaban el oficio de Clío, algunos de ellos de sobresaliente lustre, tenían que hacerlo en solitario y por su propia cuenta. Vergara y Vergara se refería, en tono de explícita recriminación, al hecho de que siempre que se había dirigido a los gobiernos sucedidos entre 1857 y 1866, en alguna diligencia para el fomento de nuestra historia, sólo había encontrado desapego, hostilidad y empeño para que tal cosa no se hiciera. Subrayaba la extraña paradoja de que los hombres que en la vida privada cultivaban las letras, al subir al poder rechazaban y aun perseguían "la inofensiva tarea del historiador, del anticuario y del literato. El viento tampoco sopla del lado de los

estudios históricos... Los que nos ocupamos, pues, en estudios históricos, lo hacemos a pura pérdida de tiempo, de dinero y de fama"[1].

En 1881 don Miguel Antonio Caro formulaba preguntas que aludían a la falta de apoyo oficial a los estudios históricos, a la ausencia de una academia de historia y a la no destinación de dineros "para pensionar a algún erudito historiógrafo, o para sacar a luz algunos manuscritos"[2]. El general Jorge Holguín sólo había encontrado una invencible resistencia cuando propuso en el Congreso la creación de la Academia Nacional de Historia. Como lo expresaba don Pedro María Ibáñez, primer secretario de la Academia, "los amantes de los estudios históricos, entre nosotros, no habían logrado en noventa años de vida republicana fundar un centro de estudios, ni tener órganos de publicidad"[3].

Con la creación de la Academia, la historia empezaba a salir de su ostracismo. La Academia, que desde su misma gestación se concebía como una institución de la "conciencia y de la identidad nacional", surgía precisamente en abierto contraste con la guerra civil de los Mil Días que todavía desangraba al país. Por eso, en medio de la violencia, de las amenazas y del terror que infundía la guerra, don Pedro María Ibáñez, a los cinco meses de funcionamiento del nuevo organismo, comenzaba su primer informe de secretario perpetuo aludiendo en forma muy significativa a los sabios mártires Caldas y Lavoisier "uno y otro víctimas de la guerra que no tiene justicia ni piedad"[4]. Hacía notar don Pedro que a la

---

1 Citado por Pedro María Ibáñez en su informe anual de secretaría de la Academia de Historia (1902), *Informes anuales de los secretarios de la Academia durante los primeros cincuenta años de su fundación.1902-1952*, Bogotá, Ed. Minerva, 1952, pág. 16.

2 *Ibidem.*

3 *Ibidem.*

4 En 1901, en plena guerra civil, Pedro María Ibáñez y Eduardo Posada acometieron la tarea de editar obras de historia. En el prólogo al primer libro publicado, cuyo título, *La patria boba,* debía resultarles de alguna significación para este país enajenado en la guerra, expresaban: "Para muchos es exótica toda faena intelectual en estas horas de tan crueles golpes y de congojas tantas, pero nosotros no lo creemos así. La literatura, como la vegetación, brota no sólo en los invernaderos o en los surcos del hortelano, sino entre las mismas ruinas. Sean pues las hojas de estos libros como hojas de las plantas que crecen sobre un campo de combate y cubren piadosas los despojos de la carnicería (...). Vendrán muchos hombres de estudio a contemplar desde las cumbres de nuestra historia el pasado glorioso, el presente triste, y allá un porvenir envuelto aún por la neblina. En esta cúspide se respirará, al menos, un aire

Academia pertenecían personas de diversas inclinaciones intelectuales, cuyas opiniones políticas se borraban en ese recinto de estudio, personas agrupadas "para trabajar con buena voluntad por el viejo y levantado lema: Pro Patria". El lema iba acompañado del siguiente postulado: "La verdadera historia de un país es la de sus hijos eminentes".

Los dos principios enunciados por Ibáñez nombraban en el propio acto de nacimiento las entidades en función de las cuales se desplegaría la historiografía académica: la patria y sus hijos eminentes, los héroes[5]. De ahí que uno de los primeros proyectos de la Academia hubiese sido el de escribir un "Diccionario biográfico de colombianos distinguidos", al lado de otras tareas relacionadas con publicaciones, festividades patrióticas, concursos, archivos, bibliotecas, conmemoraciones, monumentos y demás actividades similares.

Aquella peculiar concepción de la historia erigía a la biografía en una de las preocupaciones centrales de la historiografía académica: biografías extensas o concisas de los grandes hombres, de los padres de la patria, de los diversos modelos de héroes: militares, políticos, religiosos, científicos y culturales. En 1924, Eduardo Posada, quien fuera el primer presidente de la Academia, refiriéndose a la labor cumplida por ésta, manifestaba que se había prestado un solícito cuidado a cuantos asuntos se relacionaban con nuestra historia, con la gloria de los grandes hombres y con los monumentos y reliquias del pasado: "Cómo ha despertado su acción aficiones intensas por la investigación de nuestras crónicas, por las adquisiciones de datos biográficos y por la aclaración de misteriosas tradiciones; cómo ha tomado parte en cuanta obra se refiere a perpetuar el recuerdo de arcaicas hazañas y de virtudes y méritos de nuestros antepasados"[6]. En 1940, el entonces secretario de la Academia, Roberto Cortázar, resumía en sencillas palabras el propósito de la institución: "la tarea de la Academia no es otra

---

más puro y más benéfico que en medio de los miasmas de la política", *Informes anuales...*, págs. 227 y 228.

5 Para una ampliación acerca de la trayectoria de la historiografía académica véase nuestro trabajo "El pensamiento historiador colombiano sobre la época colonial", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura (ACHSC)*, núm. 10, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1982, (Reimpresiones bajo el título *La Colonia en la historiografía colombiana*, Bogotá, La Carreta, 1984 y Ediciones Ecoe, Bogotá, 1990).

6 *Informes anuales de los secretarios...*, pág. 191.

que afianzar, por medio de la verdad, el sentimiento colectivo por los grandes hechos, por los grandes hombres que formaron la patria"[7].

Todos los propósitos enfatizados por los académicos citados corresponden a los postulados de la llamada *Historia patria,* para la cual los héroes y la guerra de Independencia son unos de los hitos primordiales de la historia nacional; vale decir, constituyen parte esencial del mito fundador de la patria colombiana. A partir de este enfoque, la historiografía académica establece su retrospectiva colonial e incluso prehispánica; de esta manera, el pasado indígena es descrito como una fase de la sociedad primitiva, caracterizada por la barbarie, el salvajismo y la antropofagia, con algunos elementos de civilización, concepciones en las cuales —dicho sea de paso— se puede observar, entre otros aspectos, el influjo de los mitos del buen salvaje y del caníbal en función de un discurso no exento de discriminación étnica; el Descubrimiento y la Conquista son apreciados como los hechos que permitieron el advenimiento de la civilización, en medio de hechos heroicos y también de abusos, atropellos y crímenes cometidos por ciertos conquistadores; finalmente la Colonia es vista como una época en la cual, bajo la dominación española, se formaron algunos elementos fundamentales de la nacionalidad colombiana.

En 1951, en una conferencia publicada en el *Curso superior de historia de Colombia,* el académico Luis Martínez Delgado se refería a la importancia de estudiar los hombres y sucesos de la época colonial para despejar dudas y aclarar "antecedentes fundamentales de nuestra nacionalidad". Para observar la impronta dejada por tales hombres en la formación de la nacionalidad, Martínez sigue a Gómez Restrepo en el siguiente planteamiento: "por modo tan hondo influyeron el medio que vivían, que ya idos continúan actuando, en forma que cuanto fue de ellos, cuanto pensaron, dijeron o sintieron en el tiempo, brotó para el mundo *nuestro* con caracteres de permanencia: todo ello trajo algo así como un alma inmortal entre lo que se mustia y fenece"[8]. La conferencia trataba del segundo presidente de la Audiencia, don Francisco Briceño, de la administración adelantada por éste y de lo acaecido durante tal gobierno. Como la de Martínez Delgado, la gran mayoría de las conferencias publicadas en los tomos V y

---

7 *Ibidem,* pág. 490.

8 LUIS MARTÍNEZ DELGADO, "Gobierno de la Real Audiencia hasta 1578", en *Curso superior de historia de Colombia 1492-1600,* Bogotá, Editorial ABC, 1951, t. V, pág. 9. Lo destacado es del original.

VI del *Curso de Historia,* que abarcan los siglos XVI y XVII, se refieren del mismo modo a los personajes que ejercieron la Presidencia del Nuevo Reino de Granada y a los sucesos relacionados con tales administraciones: "Las disputas entre Audiencias, Presidentes y Arzobispos —repite Daniel Arias— y las rencillas de los Visitadores y otros jueces de residencia contra los primeros(...) suministrarán lo que forma la historia en los primeros siglos siguientes a la Conquista"[9].

Desde el punto de vista de la historiografía académica, el mencionado tratamiento de la historia colonial resulta apenas obvio. La visión histórica hincada en los héroes y más generalmente en las individualidades, lleva consigo un tipo de narración signada por los ejercicios del poder, comenzando, naturalmente, por el poder político-institucional. De este modo los personajes investidos de la autoridad, el decurso de las administraciones de gobierno y lo sucedido durante éstas marcan en principio el ordenamiento temporal de la materia histórica, la periodización del discurso histórico. Esto arroja para la historia colonial un esquema narrativo básico, organizado según la cronología de las administraciones adelantadas por los gobernadores, presidentes y virreyes del Nuevo Reino de Granada (lo que permite tener una secuencia para los siglos XVI, XVII y XVIII). Heredado en parte de la historiografía del siglo XIX, tal esquema es desarrollado por los historiadores de la Academia, desde Henao y Arrubla[10] hasta la gran mayoría de los autores de la *Historia extensa.* Al lado del punto focal constituido por los personajes, instituciones y administraciones de gobierno, en su enriquecimiento, el esquema narrativo de la Colonia incluye la referencia a las autoridades eclesiásticas, a las individualidades destacadas en la "cultura" (arte, literatura, ciencias y profesiones) y en otros campos de la vida social (en actividades económicas, militares, religiosas); y en fin, a una variedad de personas implicadas en los más diversos acontecimientos de la vida pública y privada (litigios, abusos, robos, homicidios, persecuciones, infidelidades, rebeliones, piratería, juicios inquisitoriales, epidemias, brujería, diversiones). Dentro de ésa multiplicidad temática, muchos asuntos resultan de notable interés, y sugieren hoy nuevas investigaciones que se inscriben, como veremos, en el campo de la historia cultural.

---

9 DANIEL ARIAS ARGÁEZ, *Curso superior de historia...,* t. V, pág. 121.

10 JESÚS MARÍA HENAO y GERARDO ARRUBLA, *Historia de Colombia,* 7a. ed., Bogotá, 1957. La obra data de 1910.

Si a la historia colonial se va en busca de los "antecedentes de la nacionalidad", en aquel esquema tienen cabida no sólo el ejemplo edificante de los grandes hombres y el legado positivo de instituciones, valores y costumbres transmitidos a la posteridad colombiana, sino también y con un propósito edificante, los yerros, los vicios y la mala herencia. Uno de estos vicios, por ejemplo, que la nación ha heredado de la sociedad colonial, según la historiografía académica, es la inclinación al litigio judicial, al "leguleyismo". Luis Martínez Delgado refiere cómo "nuestros antepasados" se inclinaron "a un vicio funesto al sosiego interior de la República y a la moralidad de las costumbres" cual fue el de los enredos y marañas forenses: "Al cual se dieron con tal disposición (...) que los ciudadanos podían dividirse bajo el respecto judicial en una clase que se arruinaba con los pleitos y otra que se enriquecía con ello"[11]. Desde luego, no hace falta abundar en esta clase de fenómenos que hacen parte del designio moralizante y pedagógico que la historiografía académica le concede a la historia: Más bien conviene efectuar otra observación relacionada con el honor y el poder derivados de la función y la narración históricas. El reconocimiento de una filiación, por tenue que sea, con los "grandes hombres y los grandes hechos del pasado" constituye para toda persona, familia, etnia, clase, partido, líder, secta, institución o país, una fuente de prestigio, de distinción, de honra y de poder, todo lo cual es reclamado y exhibido como una gracia o merced otorgada por la Historia para la identidad y el reconocimiento social y, con demasiada frecuencia, para la legitimación en el ejercicio mismo del poder. En el caso de la Academia, aquellos requerimientos dieron lugar a una actitud historiográfica peculiar, la cual, ante el proyecto de la *Historia extensa*, fue motivo de una interesante polémica en el seno de la institución.

La historiografía académica y las críticas a la historia heroica

A fines de 1962, Juan Friede, quien en ese año había sido elegido miembro de número de la Academia, formuló ante los miembros de la institución una serie de planteamientos críticos acerca del modo de escribir la historia colombiana. Esto tenía que ver directamente con la elaboración de la *Historia extensa*, en cuyo proyecto Friede tenía el encargo de escribir la parte relativa a la historia de la Conquista. Friede, entre otras observa-

---

11 Luis Martínez Delgado, *Curso superior de historia...*, págs. 22 y 23.

ciones, señalaba lo que consideraba como defectos graves de la historiografía colombiana, entre los cuales estaban: primero, la despreocupación de la investigación histórica por la antropología y la etnohistoria (que para Friede aparentemente se reducían al estudio de los indígenas); segundo, el cultivo de la disciplina sólo en un pequeño grupo de intelectuales movidos a veces por tradiciones familiares y otras por conveniencias políticas o ideológicas; y tercero, correspondiendo con lo anterior, la dedicación a la tradicional "historia heroica"[12]. Ante tales críticas, el académico Rafael Gómez Hoyos respondía citando a los historiadores que habían sustentado el principio relativo a la función creadora de los individuos y de las minorías selectas en la historia; siguiendo a Ortega y Gasset, Gómez Hoyos expresaba que una nación "es una masa humana organizada, estructurada por una minoría de individuos selectos". Si bien aceptaba que el historiador estudiara "la masa del pueblo y los protagonistas que surgen del seno de la sociedad", consideraba que sería "reducir el campo visual de la historia, mutilarla, deformarla si le diéramos el carácter esencialmente socio-económico", y si se dirigiera "ante todo a las investigaciones de los aspectos sociales de la vida de los pueblos en épocas determinadas"[13].

Una vez escrito el volumen sobre el Descubrimiento y la Conquista, en la "Introducción" Friede volvió a insistir en sus críticas. Ante todo señalaba los defectos de la historia heroica, la cual, entre otros aspectos, exageraba el papel jugado por los individuos; tendía a convertir la historia en una sucesión de biografías; obstaculizaba, por su insistencia en los elementos individuales, "la revelación de las leyes que gobiernan la evolución de la sociedad"; valoraba subjetivamente al héroe, especialmente cuando entre el historiador y el héroe existían vínculos de familia, militancia en el mismo partido, identidad de intereses o de ideología, etc., lo cual —decía— era muy frecuente en nuestro medio. Friede consideraba que la mayor deficiencia de la "historia heroica" era confinar al olvido al sector mayoritario, "al común del pueblo que también tiene una historia digna de ser investigada"[14].

---

12 JUAN FRIEDE, "La investigación histórica en Colombia", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, núm. 2, vol. VII, Bogotá, 1964, pág. 221.

13 RAFAEL GÓMEZ HOYOS, "Réplica a las observaciones críticas del académico Friede", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. VII, núm. 6, Bogotá, 1964, págs. 988 y 989.

14 JUAN FRIEDE, *Descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada*, en *Historia extensa de Colombia*, Academia Colombiana de Historia, Bogotá, Ed. Lerner, 1965, págs. 17

No era del todo nuevo que un miembro de la Academia criticara la historia heroica. Ya lo había hecho Germán Arciniegas en 1940, en un artículo titulado "¿Qué haremos con la historia?", escrito en Buenos Aires en febrero de dicho año. A propósito de una polémica entre dos académicos en la que se deslizaban elogios y diatribas respecto de sus ancestros familiares, Arciniegas advertía que en Colombia se estaba confundiendo la historia con la genealogía. Con cierto humor expresaba que de nueve millones de habitantes, más de ocho y medio quedarían por fuera de la tradición nacional por no tener abuelo conocido en la guerra de la Independencia. "Cada vez que una blanca cabeza se levanta por detrás del pupitre de la Academia, y con voz casi imperceptible anuncia: "yo soy el chozno de mi tatarabuelo", vuelvo a mirar con ternura al resto de mis conciudadanos y se me ahoga la voz pensado pobrecillos vosotros, que no sois choznos".

Arciniegas, quien habría de ser presidente de la Academia en los años ochenta, criticaba esa consagración de la Institución a la historia de los héroes, los cuales eran presentados sin tacha, de tal manera que ese "héroe peinado", se pudiera "llevar a nuestra casa sin rubor" y sentarlo "a manteles delante de las chicas sin el recelo de que cometa ninguna falta". El punto central que planteaba Arciniegas en su crítica era la oposición entre la figura del héroe y el hecho social, entre el conductor y el hecho popular y multitudinario. Manifestaba que la gran preocupación de los historiadores era exaltar la figura de los héroes para que la historia nacional girara alrededor de unos cuantos nombres propios. "Para colocar, por encima del hecho social mismo, del hecho popular y multitudinario, la figura de los conductores. Pero hay que ver si para dar idea de una nacionalidad conviene más que así sea la historia —aunque no haya sido así la vida— o si resulta mejor que los hombres se muevan como sujetos singulares dentro de un complejo social".

---

y 18. Friede manifestaba que las ciencias políticas, económicas y antropológicas proporcionaban nuevos elementos de juicio al historiador, lo cual permitía estudiar en forma objetiva aspectos como el desarrollo demográfico, la estructura social, la producción y consumo de bienes, el capital nacional y extranjero, la propiedad, el ingreso nacional, el gobierno y la administración, el régimen tributario, los partidos políticos, las tradiciones, el nivel cultural del pueblo, el estado psicológico de las masas, etc., que son elementos decisivos de la evolución histórica de la sociedad, pág. 22.

Atendiendo a esos planteamientos, Arciniegas había publicado en 1938 su libro sobre *Los Comuneros;* en este trabajo, el enfoque social sostenido por el autor tomaba cuerpo en una narración en la cual se hace perceptible el acento puesto en el cariz popular del movimiento comunero y de su máximo caudillo José Antonio Galán; así mismo, establecía una cierta relación entre dicho movimiento y el proceso de emancipación[15].

Como puede apreciarse, no obstante los principios normativos de la historiografía académica, surgían algunas posiciones divergentes, las cuales habrían de contribuir al no escaso surtido temático que manifiesta la obra colectiva de la *Historia extensa* y, en general, el trabajo histórico de la Academia.

La Colonia narrada: de personajes, acciones y sucesos

La realización más importante de la Academia Colombiana de Historia está representada en la publicación de la *Historia extensa de Colombia.* Esta voluminosa obra es el resultado de un viejo propósito de la Academia, cuya primera formulación data de 1929[16]. En 1941 el entonces presidente de la Academia, Daniel Ortega Ricaurte, presentó un proyecto para elabo-

15 GERMÁN ARCINIEGAS, *Los Comuneros,* Bogotá, 1938. Por aquellas paradojas que presenta la trayectoria intelectual de las personas, no deja de ser interesante el contraste entre las mencionadas críticas del joven Arciniegas y sus reacciones, en años recientes, frente a la publicación de algunos textos de enseñanza (de SALOMÓN KALMANOVITZ, *Historia de Colombia,* y de GUSTAVO DE ROUX, *Nuestra Historia*), de los cuales, en cierta forma, podría decirse que harían eco a los postulados historiográficos que él mismo, con su agradable prosa, exponía en los años cuarenta. Al paso de los años Arciniegas acumularía una extensa producción historiográfica, algunas de cuyas facetas han sido criticadas por GIUSEPPE CARACI, "Acerca de un viaje que Américo Vespucci nunca emprendió (Sobre la reimpresión del libro de don Germán Arciniegas)", en *Revista Universidad Nacional de Colombia,* núm 25, enero-marzo de 1991; y JORGE ORLANDO MELO, "La literatura histórica en la República", en *Manual de literatura colombiana,* Bogotá, Procultura-Planeta, 1988, t. II.

16 Se proyectaba, en 1929, escribir con el concurso de todos los miembros de la Academia una Historia de Colombia, siguiendo sus "diversas edades": Descubrimiento, Conquista, Colonia, Independencia, etc.; y "sus distintos ramos como historia política, historia militar, historia literaria, historia diplomática y otros de igual importancia", a la manera como "se lleva a cabo en la nación francesa bajo la sobria dirección de Hanataux". Academia Colombiana de Historia, *Informes anuales de los secretarios...,* págs. 282 y 283.

rar la "Historia general de Colombia" y se nombró una comisión encargada de preparar el plan de la obra, la cual debía ser escrita "por plumas de estilo esencialmente narrativo, de sencillez en la expresión y de juicio sereno", sin apasionamientos de política banderiza[17]. Luego, por medio de la ley 13 de 1948 se dispuso que bajo la dirección de la Academia se redactase y publicase "una Historia extensa de Colombia". En desarrollo de este mandato y retomando lo actuado en 1941, se nombró una nueva comisión a la cual se le encomendó establecer las bases de trabajo y el método que se imprimiría a la narración de la historia, que debía ser de "orden cronológico" y no de "monografías" como alguien propuso. Un miembro de la comisión, el académico Luis López de Mesa, presentó un proyecto de 21 volúmenes, que abarcaba todo el panorama de la historia del país. Para 1950 la Academia ya había contratado la escritura de los primeros volúmenes y había comenzado a recibir los fondos del Presupuesto Nacional destinados a la realización del proyecto.[18] Después de superar diversos problemas, la Academia hizo entrega de los 10 primeros volúmenes el 12 de octubre de 1965; la segunda serie apareció en 1967 y la tercera en 1971[19].

La publicación de la *Historia extensa* constituye para la Academia una etapa culminante de su labor historiográfica iniciada con la aparición, en 1902, del *Boletín de Historia y Antigüedades* y de la serie *Biblioteca de Historia Nacional*. En años posteriores aparecieron nuevas colecciones[20], de

---

17 *Ibid.*, págs. 522 y 523.

18 *Ibid.*, págs. 660 y 685. Como director de la obra fue designado Enrique Otero D'costa y asesores los académicos Luis Augusto Cuervo, Horacio Rodríguez Plata y Daniel Ortega Ricaurte.

19 La primera serie apareció siendo director de la obra Abel Cruz Santos; este académico había reemplazado a Luis Martínez Delgado, quien ejerció la dirección entre 1958 y 1964. La tercera entrega se hizo bajo la dirección nuevamente de Martínez Delgado. En 1973 fue nombrado director de la obra Antonio Cacua Prada. Hasta 1988 se habían publicado 45 volúmenes en total. *Academia Colombiana de Historia. 70 años de su fundación 1902-1972*, Bogotá, Ed.Kelly, 1972; ROBERTO VELANDIA, *La Academia Colombiana de Historia*, Bogotá, Ed. Kelly, 1988.

20 Entre 1913 y 1932 se publicó el *Archivo Santander* (24 tomos); de 1949 a 1962 se publicaron 27 volúmenes de la *Biblioteca Eduardo Santos*; en 1954 se inició la *Biblioteca de Historia Eclesiástica Caycedo y Flórez* (7 volúmenes publicados hasta 1977); durante 1955-1960 se publicaron los *Documentos inéditos para la historia de Colombia*, de Juan Friede (10 volúmenes); de 1964 en adelante han aparecido *Cartas y mensajes del General Santander* (14 tomos); *Colección Bolsilibros* (37 volúmenes); *Revista Archivos* (5

tal manera que una voluminosa producción historiográfica había precedido a la elaboración de la *Historia extensa*. De dicho material historiográfico llama la atención, sobre todo, el contenido en el *Boletín de Historia y Antigüedades*, que constituye quizás la revista más antigua del país que sobrevive hasta nuestros días. En el *Boletín* se han abordado los más diversos asuntos de la historia colonial, entre los cuales sobresalen: los temas biográficos (de conquistadores, nobles, autoridades civiles y eclesiásticas, escritores, artistas y personajes políticos) que cubren el mayor número de artículos; las cuestiones político-institucionales (actos de gobierno, cabildos, audiencias, virreynato, disputas entre autoridades, legislación y cuestiones análogas); los aspectos educativos y culturales (colegios, universidades, profesiones, ciencias, literatura, arte); los temas religiosos (iglesias, conventos, cultos, órdenes religiosas, inquisición); económicos (fiscales, moneda, minas, donativos, propiedad); sociales (levantamientos, organización social, grupos, costumbres, vínculos matrimoniales, etc.); judiciales y delictuosos (crímenes, agresiones, pleitos, prisiones y casos de la misma índole), y en fin, los sucesos bélicos y el solicitado tema relativo a la fundación de las ciudades. Así mismo, se han publicado en la revista un sinnúmero de discursos (generalmente panegíricos, con motivo de aniversarios y efemérides patrióticas), y una valiosa cantidad de documentos de archivo.

En las otras publicaciones de la Academia se han abordado temáticas similares a las indicadas para el *Boletín*. Buena parte de la producción historiográfica de la Academia se recoge en la *Historia extensa*, sin que esto opaque, por supuesto, los aportes y los desarrollos originales efectuados por los diversos autores de la obra.

En su conjunto, los tomos coloniales de la *Historia extensa*, dada la variedad de su materia histórica, proporcionan un panorama bastante amplio y heterogéneo de la época colonial, panorama que se abre con el libro de Juan Friede sobre el Descubrimiento y la Conquista[21].

---

volúmenes). Hasta 1988 la *Biblioteca de Historia Nacional* había publicado 142 volúmenes.

21 Dado que mi trabajo se limita a la historiografía sobre la época colonial, no hago referencia al primer volumen de la *Historia extensa*, que trata de la *"Prehistoria"* y comprende tres tomos: LUIS DUQUE GÓMEZ, *Etno-historia y Arqueología*, t. I, 1965; del mismo autor, *Tribus indígenas y sitios arqueológicos*, t. II, 1.967; SERGIO ELÍAS ORTIZ, *Lenguas y dialectos indígenas de Colombia*, t. III, 1965. Estos libros son materia de la historiografía prehispánica, cuyo estudio aún está pendiente. Tal estudio deberá

El texto de Friede presenta algunas diferencias con la mayoría de los libros de la *Historia extensa*: mientras en éstos la forma expresiva se configura según el modo narrativo que sigue la secuencia cronológica de los sucesos, en aquél el nivel expresivo viene dado según las secuencias temáticas ordenadas no propiamente por el discurrir lineal de la cronología, sino por un orden conceptual; en aquellos el primer plano de la narración lo ocupan los personajes seguidos de los sucesos y circunstancias de su tiempo; en Friede el primer plano lo ocupan las condiciones sociales, las circunstancias, las instituciones, los grupos y sus relaciones, en los cuales actúan y piensan los individuos. Antes que narrar sucesos, Friede busca exponer las situaciones que explican los sucesos.

Siguiendo ese orden de ideas, un propósito central del texto es describir las condiciones europeas y españolas que hicieron posible el descubrimiento de América, condiciones que le imprimieron su sello a la conquista y colonización de este nuevo mundo. Friede parte de una rápida referencia a la Edad Media y al Renacimiento para llegar al momento crucial del descubrimiento de América. Describe algunos rasgos del sistema feudal para mostrar luego la formación del Estado autoritario; una vez constituido el poder central con la alianza de los cetros de Castilla y Aragón (y el apoyo de la burguesía empresaria, de la intelectualidad laica y eclesiástica, del campesinado y el artesanado) el Estado "nacional" podía emprender acciones "nacionales", es decir, empresas que representaran los intereses del Estado, como era precisamente la conquista y colonización de América[22].

Sin embargo —continúa Friede— la difícil situación creada por la penuria fiscal y la creciente deuda externa, le impidió a la Corona continuar con la colonización de América por cuenta propia, y se vio entonces obligada a recurrir a la iniciativa privada. Así mismo, el apuro fiscal y la presión de la deuda, sólo reembolsable en oro, contribuyeron a colocar la empresa americana bajo "el signo del oro", llegando a considerarse, en

---

incluir, entre otros, los trabajos de Gerardo Reichel-Dolmatoff, Gonzalo Correal Urrego, José Pérez de Barradas, Konrad Theodor Preuss, Hermann Trimborn, Sylvia Broadbent, Julio César Cubillos, Kathlenn Romoli, Eliécer Silva Celis, Marianne Cardale de Schrimpff, Ana María Falchetti, Carl Henrik Langebaek y otros.

22 JUAN FRIEDE, *Descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada*, en *Historia extensa de Colombia*, vol. II, Academia Colombiana de Historia, Bogotá, Ediciones Lerner, 1965, págs. 32 y 55.

consecuencia, la adquisición de los metales preciosos como el objetivo principal; esto condujo al uso de métodos violentos para arrebatarles el oro a los indios y para emplear a éstos en la explotación de las minas. Enseguida Friede se refiere a las experiencias adquiridas por Castilla en la repoblación de la península y a la utilidad de tales experiencias para la colonización del nuevo mundo: tanto en la reconquista de la península como en la conquista de América, los castellanos dominaron comarcas cuya población vencida debía ser conservada, bajo los nuevos amos, como fuente de mano de obra y, a la vez, como objeto de una aculturación forzada. También en América se empleó el sistema colonizador de los "repartimientos", pero mientras que en España se repartían territorios, en el Nuevo Mundo se repartían indios, lo que daría origen a la encomienda, y a la formación de una "clase privilegiada", la cual se apoderaría de la tierra[23].

A continuación el autor analiza la composición social de los migrantes al Nuevo Mundo, para señalar, por una parte, la exigua participación de la nobleza, y por otra, el carácter popular de la conquista y la colonización. Esta migración, predominantemente de "clase baja", alivió la presión demográfica y la peligrosa tensión social que se vivía en Castilla. De tal migración se formó la élite del Nuevo Mundo, en la que se prolongarían algunos rasgos del semifeudalismo español, como el espíritu caballeresco, la tendencia al señorío y a la autonomía, la contradicción entre el hecho y la ley, y el desprecio por esta última, consagrado en la célebre expresión "se obedece pero no se cumple". Tales elementos unidos al carácter de empresa privada que asume la conquista, generaron un gran conflicto de intereses entre los conquistadores (y luego encomenderos) que buscaban constituir los territorios recien conquistados en señoríos independientes, y la Corona que propendía por dirigir en forma absoluta el destino de las nuevas tierras. En este contexto, constituyó un ingente problema la reglamentación de las relaciones entre el conquistador y el indio y entre estos dos estamentos y la Corona. El indio, objeto de conquista, motivó una gran polémica librada entre las tendencias indigenista y colonialista, polémica que contribuyó finalmente a la promulgación de una legislación proteccionista de los indígenas, cuya aplicación, empero, fue poco eficaz.

---

23 *Ibid.*, págs. 55 y 71.

Como mano de obra sometida, la población nativa transitó: a) por la esclavitud; b) por los repartimientos que al ser reglamentados por la Corona dieron origen a la encomienda, con su ínsito conflicto sobre la tasación de los tributos; y c) por la mita, que era una modalidad de trabajo obligatorio "inventada por los españoles" y no de herencia indígena.

Friede aborda también el proceso de formación de la propiedad territorial y el paso de las tierras indígenas a manos de los españoles; muestra los procedimientos de apropiación, los valores sociales ligados a la tierra, la constitución de la propiedad territorial de los hacendados y la delimitación de los resguardos. Finalmente, trata la intervención de la iglesia en la conquista, sus relaciones con la Corona, su acción evangelizadora, educativa y moralizadora, y los diversos conflictos que debió afrontar la institución religiosa. La obra concluye con un capítulo sobre la censura estatal y su incidencia en la escritura y publicación de las crónicas del Nuevo Mundo.

Desde el punto de vista de las fuentes, dado que el libro en forma extraña y sorprendente carece de citas, se puede apreciar, sin embargo, que para su escritura Juan Friede se basó en una amplia información bibliográfica, la cual incluye, por supuesto, sus propios escritos, a los que volveremos más adelante. Habida cuenta de las peculiaridades que el trabajo presenta, tanto el esquema general del texto, así como su contenido temático y forma de escritura, resulta coherente con la concepción de historia panorámica, de síntesis y de divulgación que parece animar a la mayoría de los autores de la *Historia extensa*.

El estudio de la historia colonial continúa luego con la obra de Manuel Lucena Salmoral, la cual aborda el período comprendido entre 1605 y 1654[24].

En la introducción al primer tomo, Lucena Salmoral señala el contraste entre la importancia del siglo XVII y el desconocimiento que se tiene de tal centuria. Entre otros aspectos, expresa, en este siglo se asentó la colonización y se completó el panorama étnico; ante la decadencia de la metrópoli los criollos, mestizos y mulatos se vieron obligados a estructurar

24 La *Historia extensa* ha dejado prácticamente de lado el siglo XVI (con la excepción de la historia eclesiástica). El texto de FRIEDE no llena ese vacío, puesto que se mueve a un nivel de generalidad en donde el despliegue de la historia concreta del Nuevo Reino de Granada durante dicho siglo está ausente.

sus regiones, produciéndose así, "una introversión en los distintos reinos"; en síntesis, en dicha época se encuentra "la médula de los diversos caracteres americanos". Pero sucede que en la historia de Colombia ese siglo es una página en blanco, la cual el autor se propone comenzar a llenar. Ante todo, dice, "es necesario definir los hechos y colocarnos en un cierto orden cronológico"[25]. Lucena, a diferencia de Friede en el trabajo atrás comentado, asume la tradicional forma narrativa de la historia. Para "desentrañar los hechos" y "colocarlos dentro de cierta lógica" y cronología, el autor se basa en la documentación de archivo, en los cronistas y en los trabajos de los "historiadores regionalistas", quienes ceñidos a los archivos de las localidades que estudian, han aportado conocimientos particulares muy útiles "para la reconstrucción de los gobiernos generales".

Correspondiendo con la rutina del enfoque narrativo, Lucena inaugura su relato con un célebre personaje: Don Juan de Borja, primer presidente de capa y espada, con quien se inicia prácticamente el siglo XVII. La figura del presidente y el desenvolvimiento de su gobierno, que dura 22 años, constituyen la trama del primero de los dos libros que Lucena le dedica a la primera mitad de la centuria. Entre los diversos sucesos relatados descuella la guerra que el presidente Borja desató contra los Pijaos, pueblo que se resistía con tenacidad a la conquista, que hostigaba los establecimientos españoles fronterizos (principalmente Ibagué, Timaná, Buga y Cartago) y que había interrumpido los dos ramales del camino real que unían a Santafé con Quito y Lima. Constituían por lo tanto un grave obstáculo para la colonización española, cuya solución, por medio de una guerra de aniquilación, se encomendó al presidente Borja.

La narración de la guerra se divide en varias secuencias, las cuales se inician con la descripción de la cultura Pijao[26] y el recuento de las

---

25 MANUEL LUCENA SALMORAL, *Nuevo Reino de Granada. Real Audiencia y presidentes. Presidentes de capa y espada. 1605-1628*, en *Historia extensa de Colombia*, Bogotá, Ed. Lerner, 1965, pág. 18.

26 El autor proporciona diversos datos antropológicos de notable interés sobre los pijaos, relativos a su ubicación, somatología, demografía, parcialidades, familia lingüística, subsistencia, cerámica, estructura familiar, religión, magia y shamanismo, etc. Entre tales datos, sin embargo, hay unos que el autor toma sin la suficiente crítica: los que informan sobre la antropofagia, que si bien reconoce que en muchos casos sólo existió en la imaginación, en el caso de los Pijaos considera que es un fenómeno comprobado. Los espeluznantes relatos de antropofagia endilgados a los

entradas contra estas tribus en el siglo XVI, continúan con los preparativos y tanteos (1605-1606), con la guerra sistemática (1607) y terminan con las últimas campañas (1608-1618) y el balance de la guerra. El autor destaca el hecho de que ante la guerra de guerrillas aplicada por los indígenas, los españoles emplearon el viejo sistema de la tala que durante ocho siglos había dado excelentes resultados en la guerra contra los musulmanes. Los españoles se limitaban a responder los ataques de los indios y a recorrer metódicamente el territorio "talando y quemando sementeras, y destruyendo las viviendas que encontraban. Y la tala vence a la guerrilla"[27].

Después de los Pijaos, viene el relato de la guerra que el presidente Borja libró contra los indígenas Yareguí y Carare, quienes habían obstaculizado la navegación por el Magdalena, creando prácticamente una situación de aislamiento con Cartagena. Durante el gobierno de Borja se adelantaron así mismo otras empresas de pacificación en varias regiones del reino, y se enfrentaron los ataques efectuados contra Cartagena y Santa Marta por parte de los piratas que asediaban la costa Caribe.

El propósito del historiador Lucena es proporcionar una visión del gobierno de Borja, cuya imagen es revestida de cierta magnificencia, y de su momento histórico. Por eso describe la situación de las distintas gobernaciones, en donde destaca los desarrollos económicos alcanzados en los sectores de la minería, la pesca de perlas, la agricultura, la ganadería, y el

---

Pijaos a principios del siglo XVII, es decir, durante los preparativos y el tiempo de guerra, son tomados de las *Noticias historiales* de Fray Pedro Simón, cronista poco afecto a los indígenas, y quien acompañó en 1608 al presidente Borja en su visita a San Lorenzo de Chaparral, sede del "estado mayor" de la guerra contra los Pijaos, y de *La relación y discurso de la guerra contra los indios Pijao, dirigida por Don Juan de Borja al Rey el 20 de junio de 1608.* El historiador Lucena, quien en repetidas ocasiones hace crítica de los documentos, señalando las exageraciones de los mismos en algunos casos, ha debido advertir de igual manera que tales informaciones de antropofagia, producidas en el cargado ambiente de la guerra que se libraba contra un enemigo al cual se buscaba aniquilar, llevan consigo un sesgo que las convierte en acusaciones, más que en prueba fehaciente de la antropofagia, con sus respectivos efectos ideológicos y sociales como requerimientos de legitimación inherentes a la misma guerra. La asociación entre guerra y antropofagia del enemigo es un mecanismo que no se limita a la conquista de América, sino que se ha repetido en muchas circunstancias de confrontación bélica, de dominación y resistencia, de persecución al enemigo que se odia.

27 *Ibid.*, pág. 94.

comercio; así mismo, se refiere a los tributos, a la situación de las encomiendas y a las formas laborales de la mita y la esclavitud. En los "aspectos sociales", el autor se ocupa de las tres etnias básicas: blanca india y negra; de sus elementos de cruzamiento: mestizo, mulato y zambo y de las diversas formas de enlace que de todo este conjunto se desprenden. Entre tales tipos étnicos existían fronteras sociales y laborales. La república de los blancos o españoles la conformaban los chapetones, grupo al cual pertenecían los funcionarios, los clérigos, algunos pobladores y ciertos comerciantes; los criollos que poseían las fuentes de riquezas, tierras, minas, etc.; y los mestizos que se dedicaban al comercio y a expandir la colonización. En cuanto a la república de los indios, ésta se encontraba adscrita a las labores agrícolas y ganaderas, y en menor escala a las mineras. Los indios estaban en pleno proceso de desaparición por las guerras, los trabajos obligatorios, la desadaptación a las ciudades y, sobre todo, por las enfermedades que los españoles habían traído. Dentro de los indios había un *status* todavía más miserable, formado por las mujeres o niñas indígenas que hurtadas o engañadas eran vinculadas a las labores domésticas o industriales, no podían contraer matrimonio y generalmente terminaban como concubinas de los patrones o forzadas a ejercer la prostitución. Por último, estaba la república de los negros que constituía la base del triángulo social, vinculada a los trabajos más duros, como las minas y galeras. La vida de miseria y trabajo de los esclavos negros originó algunos levantamientos, tales como el surgido en Cartagena en 1600, y en la ciudad minera de Remedios en 1607[28].

Completa el cuadro histórico las referencias a la cultura neogranadina (colegios, pintores, escultores, estudios de las lenguas aborígenes, etc.); al gobierno eclesiástico, a las órdenes religiosas y a las fundaciones eclesiásticas (iglesias, conventos y demás).

El segundo libro del historiador Lucena abarca el período 1628-1654, el cual se encuentra dividido según la sucesión de tres presidentes: don Sancho Girón, don Martín de Saavedra y don Juan Fernández de Córdoba. Para relatar el desenvolvimiento de su historia, el autor se sitúa en el punto de observación de quien presencia un desfile: "El Nuevo Reino de Granada que estamos viendo desfilar ante nuestros ojos"; "En esta forma veremos desfilar dos de estos nobles", y otras expresiones semejantes que ubican

---

28 *Ibid.*, págs. 579 y ss.

el modo de ver y decir del narrador[29]. La figuración del desfile organiza el material histórico y configura la marcha de la narración. Un lugar protagónico lo ocupan los tres presidentes ya mencionados, cuyas personalidades y comportamientos, con sus virtudes y defectos, describe el autor; sus actos de gobierno, sus andanzas, conflictos e intimidades son materia del relato; el comportamiento de estos mandatarios, así como del resto de personajes que se unen al desfile (oidores, arzobispos, clérigos, gobernadores, damas y un sinnúmero de funcionarios) ponen de manifiesto valores, modos de ser y costumbres de la época.

Siguiendo el mismo procedimiento adoptado en el primer tomo, el autor describe, al lado de los sucesos políticos y algunos militares (como la campaña contra los indios Carare) los hechos económicos, sociales, religiosos y culturales acaecidos durante el gobierno de los citados presidentes. Entre los sucesos económicos destaca la crisis minera que paulatinamente se fue presentando hasta llegar a su máxima gravedad a mediados del siglo XVII; la escasez de azogue, la mala administración, el agotamiento de las minas y en especial la falta de mano de obra se conjugaron para producir la crisis cuyos efectos se sintieron incluso en los conventos. Entre los acontecimientos sociales relata algunos interesantes, como, por ejemplo, el levantamiento en 1634 de la población negra de los palenques de Limón, Polini y Sanaguare, los cuales se declararon independientes y nombraron una reina llamada Leonor. Son igualmente de interés las referencias a la situación y trato de los indígenas, y a la vida urbana de Santafé, en donde comenzaban a surgir "los vagabundos, los niños expósitos, las mujeres de mal vivir y los crímenes terribles"[30]. Otros sucesos llamativos están asociados al tribunal de la Inquisición, a las brujas de Cartagena, a la persecución de los judíos, a las epidemias, hospitales y médicos, a los enfrentamientos del arzobispo Almansa, personaje bastante conflictivo, con la Audiencia, el presidente y algunos clérigos. Tales sucesos constituyen apenas una muestra de la variada información que contiene una obra elaborada con base en los archivos de España y Colombia y en una bibliografía de apoyo. Sobre los trabajos del historiador Lucena volveremos a propósito de la historiografía española sobre Colombia colonial.

---

29 MANUEL LUCENA SALMORAL, *Nuevo Reino de Granada. Real Audiencia y presidentes. Presidentes de capa y espada. (1628-1654)*, Bogotá, Ed. Lerner, 1967, págs. 43 y 44.

30 *Ibid.*, pág. 250.

Sergio Elías Ortiz es el siguiente historiador que en tres tomos se ocupa de la segunda mitad del siglo XVII y de todo el siglo XVIII, hasta 1810[31]. Toda la obra se encuentra organizada según las administraciones de gobierno, primero de presidentes y luego, a partir de 1739, de virreyes. El relato sigue, paso a paso, lo actuado por cada gobernante y lo sucedido durante su administración; en la exposición de los acontecimientos se adopta el orden del calendario, de tal suerte que la narración transita por sucesos de la más diversa índole, sin otra concatenación inmediata que la del almanaque. Esto le permite al autor dar cuenta, un poco en forma enciclopédica, de la multiplicidad del acontecer histórico (aunque no propiamente de sus relaciones e implicaciones). El propósito de contar la suma de lo acontecido durante el siglo y medio de historia colonial que abarca, lleva al autor, más allá de los documentos de archivo incluidos, a hacer un amplio uso de las fuentes bibliográficas. Como resultado se tiene una historia concebida como una narración que avanza al paso de los hechos, entre los cuales se intercalan explicaciones, juicios y comentarios, algunos de hechura hiperbólica respecto de determinados sucesos y personajes.

Acerca de la segunda mitad del siglo XVII y de los primeros decenios del XVIII, hasta el primer intento de implantación de virreinato (1719), Sergio Elías Ortiz proporciona una visión histórica en la cual la característica más sobresaliente es la tranquilidad y monotonía en que transcurre la vida de la Colonia, pues durante dicho período no se presentó ningún hecho trascendental que hubiera incidido profundamente en su modo de ser o en su suerte futura. La rutina sólo era interrumpida cuando llegaba algún personaje (presidente, visitador, prelado o gobernador), o cuando se celebraban las fiestas religiosas patronales, la sucesión en el trono, las bodas reales, los años del monarca, etc. Los conflictos entre las autoridades civiles y eclesiásticas, con los insultos, excomuniones y entredichos puestos en juego, contribuían a sacudir la pesadez. Empero, preocupaba a la Colonia los ataques piratas y la situación de guerra en la que España entró en dicho período, lo cual afectó al Nuevo Reino de Granada, con los asaltos a Cartagena y Santa Marta. Menciona el autor como importante, entre otros sucesos, la labor adelantada por los misioneros jesuitas, franciscanos,

---

31 SERGIO ELÍAS ORTIZ, *Nuevo Reino de Granada. Real Audiencia y presidentes. Presidentes de capa y espada. (1654-1719)*, Bogotá, Ed. Lerner, 1966; *Nuevo Reino de Granada. El Virreynato*, t. I (1719-1753); t. II (1753-1810), Bogotá, Ed. Lerner, 1980.

dominicos y agustinos en territorios indígenas, y los desarrollos económicos alcanzados en algunas provincias, como la ganadería en la provincia de Neiva.

El relato del siguiente período (1719-1753) comprende el proceso político-administrativo del primer ensayo de virreinato (1719-1723); la supresión del virreinato y el retorno al sistema de presidente, el cual dura 16 años; y la creación definitiva del virreinato en 1739. Como hechos notables del período en cuestión el autor describe la fundación de centros de enseñanza superior en las ciudades de Santafé, Cartagena, Tunja, Popayán, Pasto, Antioquia y Buga; la creación de hospitales en Santafé, Santa Marta y Cali; el primer ensayo de imprenta en 1738 y el desarrollo de algunas obras públicas; refiere con especial dedicación la resistencia de Cartagena a los ataques de la armada inglesa comandada por el almirante Vernon, y exalta la figura de don Blas de Lezo como el héroe de la resistencia cartagenera.

El tercer período (1753-1810) se convierte en el más interesante para el autor, dado que durante dicho lapso se gestaron las ideas y se formaron los hombres que condujeron la Colonia a la Independencia. De los asuntos memorables del período el autor destaca, entre otros, los esfuerzos de algunos gobernantes para cambiar y actualizar los planes de estudio; el establecimiento de la Real Biblioteca; el desarrollo del periodismo; la fundación de la Expedición Botánica; la introducción de la vacuna antivariólica; el extrañamiento de los jesuitas; el levantamiento de los Comuneros y la publicación de los Derechos del Hombre. La Independencia constituye para el autor el punto de vista teleológico a partir del cual juzga la historia colonial. De este modo, subraya los factores de discriminación y estancamiento colonial; el sistema del "mal gobierno" y la dominación metropolitana, es decir, algunas de las razones fundamentales que se aducían como causas del proceso emancipador, el cual debía constituir necesariamente el destino final del régimen colonial[32].

32 "Hemos (...) destacado especialmente la frase de *viva el rey y muera el mal gobierno* que había de ir repitiéndose de generación en generación, hasta informar el grito de rebeldía de los Comuneros del Socorro y su provincia de 1871, y plasmó el del 20 de julio de 1810, para indicar las raíces profundas que existían de muy antiguo en la conciencia de los pueblos hispano-americanos, cansados del sistema de gobierno, en vía de sacudir el yugo de la metrópoli". (SERGIO ELÍAS ORTIZ, *Presidentes de capa y espada...*, pág. 80).

La historia económica de la Colonia es abordada muy rápidamente por Abel Cruz Santos en *Economía y Hacienda Pública*. El autor le dedica un capítulo de su obra a los temas económicos coloniales[33], entre los cuales destaca el sistema tributario, la producción de oro, el monopolio comercial, la propiedad territorial y el régimen monetario. El capítulo constituye una síntesis superficial elaborada con base en la consulta de unos pocos libros y de las *Relaciones de mando de los virreyes*, las cuales son utilizadas en las partes donde los mandatarios consignaban su percepción sobre la situación de los distintos ramos de la economía virreinal.

La historia eclesiástica de la Colonia, en cambio, ha recibido una especial atención. El sacerdote jesuita Juan Manuel Pacheco le dedica cuatro tomos de la *Historia extensa*, los cuales abarcan la historia de la Iglesia desde el siglo XVI hasta el XVIII[34]. Prácticamente desde la *Historia eclesiástica y civil* de José Manuel Groot, escrita en los años sesenta del siglo pasado, no se emprendía una obra de conjunto y de largo aliento sobre la Iglesia en la época colonial. El autor da inicio a su obra con la presentación, por una parte, del mundo religioso de los indígenas, y por otra, de la situación de la Iglesia en España. Continúa con la intervención de la Iglesia en el proceso de Conquista, las polémicas en torno al problema indígena, la organización de la Iglesia en América, el desarrollo de la evangelización y las dificultades afrontadas. Se encuentra aquí descrita la vida y obra de los obispos, sacerdotes y religiosos que adelantaron el establecimiento de la Iglesia y la obra misionera durante el siglo XVI, personajes cuyas imágenes, como la de los religiosos de las siguientes centurias, son labradas por una narrativa impregnada de épica religiosa.

La presentación que Pacheco hace del siglo XVII es bastante entusiasta: durante este tiempo se consolidan la Iglesia y el espíritu cristiano

---

33 ABEL CRUZ SANTOS, *Economía y Hacienda Pública. De los aborígenes a la federación*, en *Historia extensa de Colombia*, vol. XV, t. I, Bogotá, Ed. Lerner, 1965, cap. V, pág. 121.

34 JUAN MANUEL PACHECO, *Historia eclesiástica. La evangelización del Nuevo Reino. Siglo XVI*, Bogotá, Ed. Lerner, 1971; *Historia eclesiástica. La consolidación de la Iglesia. Siglo XVII*, Bogotá, Ed. Lerner, 1975; *Historia eclesiástica. La Iglesia bajo el regalismo de los Borbones. De Felipe V a Carlos III. Siglo XVIII*, Bogotá, Ed. Lerner, 1986; *Historia eclesiástica. La Iglesia bajo el regalismo de los Borbones. Siglo XVIII. Bajo la Ilustración*, Bogotá, 1986. Otras obras de J. M. PACHECO son: *Los jesuitas en Colombia*, 2 t. (1567-1654) y (1564-1696), Bogotá, Editorial San Juan Eudes, 1959 a 1962 y *La Ilustración en el Nuevo Reino de Granada*, Caracas, 1976.

en la sociedad colonial. Destaca, en relación con el siglo anterior, el progreso moral e intelectual del clero diocesano y religioso; le dedica un notorio espacio a las biografías de los prelados que dirigen la marcha de la Iglesia, así como a los religiosos que sobresalen en los campos teológico, ascético, historiográfico y literario. Refiere las actividades y progresos de las órdenes religiosas, la fundación de los conventos, colegios y universidades (Santo Tomás y Javeriana), la expansión de la evangelización a regiones marginales (Llanos de Casanare, Orinoco, Meta, etc.) y los diversos conflictos entre las autoridades eclesiásticas y civiles.

A diferencia de la centuria pasada, el siglo XVIII es visto por el historiador Pacheco con cierto desencanto: representa para la Iglesia un período de estancamiento. Si, de un lado, en el siglo XVIII se producen hechos importantes, como la Ilustración, con su interés puesto en las ciencias, la Expedición Botánica, los Comuneros y la agitación política que prepara la emancipación, de otro lado, las corrientes laicizantes debilitan el fervor religioso; se registra una decadencia en el clero, en los estudios eclesiásticos, en las vocaciones y en las órdenes religiosas, en las cuales se presentan pugnas intestinas. Como sucede para los siglos anteriores, la narración continúa ocupándose de los personajes religiosos, de las órdenes y de las misiones, y proporciona observaciones interesantes sobre la vida religiosa de la sociedad colonial. Para los historiadores de la cultura y de la mentalidad religiosa, la obra de Pacheco resulta de notable utilidad.

Finalmente, existen varios trabajos que se ocupan de algunos campos de la historia cultural[35]. Estos abordan, específicamente, las historias de la literatura, la arquitectura, la escultura y la música[36]. Con estos estudios se complementa el panorama diverso y amplio que la *Historia extensa* ha concebido y publicado para la época colonial, obra que representa un notable aporte al conocimiento sobre todo de los siglos XVII y XVIII.

---

35 Dado que en nuestro proyecto de historiografía la profesora DIANA OBREGÓN tiene a su cargo el estudio de la historiografía de la ciencia, los temas concernientes a este campo los he dejado de lado.

36 JAVIER ARANGO FERRER, *Raíz y desarrollo de literatura colombiana. Poesía desde las culturas precolombinas hasta la "Gruta Simbólica"*, Bogotá, Ed. Lerner, 1965; CARLOS ARBELÁEZ CAMACHO y SANTIAGO SEBASTIÁN LÓPEZ, *Las artes en Colombia. La arquitectura colonial*, Bogotá, Ed. Lerner, 1967; LUIS ALBERTO ACUÑA, *Las artes en Colombia. La Escultura*, Bogotá, Ed. Lerner, 1967; ANDRÉS PARDO TOVAR, *La cultura musical en Colombia*, Bogotá, Ed. Lerner, 1966.

Hasta el surgimiento de la historiografía universitaria en los años sesenta, la Academia de Historia era la única institución que se interesaba por la historia colonial, aunque, hay que decirlo, esta preocupación era secundaria frente a los puntos focales en los que se concentraba su atención: la Conquista y la Independencia. De manera diferente, la historiografía universitaria empieza erigiendo la Colonia en su principal objeto de investigación; esto durante un primer momento, pues posteriormente desplaza su inquietud a los siglos XIX y XX. El surgimiento de esta historiografía estuvo precedido por un conjunto de obras concebidas por fuera de los cánones de la Academia de Historia, obras en las cuales sus autores comenzaron a abordar de un modo más sistemático la economía, la sociedad y la etnohistoria colonial.

HACIA LA HISTORIA ECONÓMICA Y SOCIAL DE LA COLONIA

La historia, el marxismo y la izquierda liberal

En los años treinta se formularon algunas críticas a la historia que circulaba en los centros de enseñanza, la llamada "historia patria". Una de las primeras críticas provenía de la "izquierda liberal" de aquellos años. En 1934, en un artículo titulado "Interpretación de la historia colombiana", publicado en la revista *Acción Liberal,* Arturo Vallejo Sánchez proponía como alternativa a la historia patria, una historia hecha con "verdadero criterio científico". Criticaba la "manera mecánica y memorista" de la enseñanza de la historia, que hacía de ésta una simple recitación de los hechos "desde el descubrimiento de América hasta nuestros días, sin omitir una sola de las batallas libradas en pro de la independencia colombiana, y sin pasar por alto la vida de todos y cada uno de los prelados y gobernadores que de España vinieron a estas comarcas remotas (...). Además, todos nuestros historiadores han sido compendiadores cronológicos de hechos, descuidando también el contenido real de esos hechos y limitándose, cuando mucho, a dar una explicación idealista de las transformaciones políticas sufridas por nuestro país a través de su lenta evolución"[37].

---

37 ARTURO VALLEJO SÁNCHEZ, "Interpretación de la historia colombiana", en *Acción Liberal. Revista de Difusión Ideológica,* Publicación de la Casa Liberal Nacional, núm. 15, Bogotá, abril 30 de 1934, pág. 609.

La historia "científica" de la cual Vallejo ponía las bases y trazaba su esquema, partía de la siguiente formulación de principios: "Consideramos la historia como la manifestación de la lucha de clases, y profesamos el concepto de que la estructura económica de un país da siempre y en todo momento el fundamento real que determina toda la supraestructura jurídica, política, religiosa, filosófica, etc."[38].

Es esa percepción de los postulados marxistas la fundamentación teórica que le permite a Vallejo, como a otros críticos de la historia patria, trazar el itinerario de una nueva historia, la cual es presentada como "la historia objetiva y verdadera del país". Empero, el breve esquema histórico de Vallejo, periodiza la historia nacional siguiendo, a partir de la Independencia, el transcurso político-institucional de la república; de este modo, delimita cada período según la vigencia de las constituciones y gobiernos de turno: "Constitución de 1853 y dictadura de Melo", "Constitución de 1863 y 1886", "Dictadura de Reyes y reformas de 1910". Como puede apreciarse, se trata de la tradicional periodización de constituciones y gobiernos que han hecho célebre en nuestra historiografía especialmente los abogados-historiadores. El esfuerzo de Vallejo consiste en hallar los "determinantes económicos" y las "luchas de clases" que fundamenta aquel discurrir de la "superestructura jurídico-política". Atendiendo al contexto internacional, el autor hace referencia, primero, a la ingerencia del "imperialismo británico", y luego, a la intervención de los Estados Unidos, lo que preludia una periodización basada en la "relaciones de dependencia", lo cual, pasando el tiempo, sería objeto de una formulación sistemática en los trabajos del joven Arrubla[39], y posteriormente en los estudios de los historiadores y "teóricos de la Dependencia"

En otro breve artículo acerca de la evolución económica del país, también publicado en Acción Liberal, Eduardo Garzón Rangel introducía el modelo clásico de la periodización marxista de la historia: "Es sabido que los sistemas de todo desarrollo normal de la economía son el comunismo primitivo, el esclavismo, el feudalismo y el capitalismo. Para pasar de una etapa a otra, es necesario un amplio proceso de

---

38 *Ibidem*, págs. 609 y 610.

39 Mario Arrubla, "Esquema histórico de las formas de dependencia", en *Estrategia*, núm. 2, Bogotá, 1963.

maduración de las fuerzas productivas que preparen y hagan viable el nuevo régimen"[40].

Con base en dicho modelo, el autor ubicaba las tribus americanas en el primer sistema, concretamente, en el estadio del "comunismo tribal autoritario". El problema que afronta enseguida es el del "salto histórico que hubo de dar nuestra economía con el advenimiento del feudalismo español" en el momento en que las tribus americanas se encontraban en el comunismo primitivo: "Aún no se habían dado las condiciones propias del esclavismo, y se importaba un sistema que suponía una técnica superior a la existente. Se cortaba así el desarrollo natural de la evolución para instaurar un régimen artificial que omitía el estado esclavista"[41]. De esa manera se formó una "mezcla comunista feudal" a la que se superpuso "artificialmente el esclavismo en las regiones mineras". Garzón Rangel ya intentaba plantear la cuestión atinente a la aplicación de "los modos de producción" a la evolución histórica nacional, comenzando por el período precolombino. Algunos decenios después, la "caracterización" de las etapas del desarrollo histórico con base en el paradigma de los modos de producción y de la formación económico-social, será objeto de especial predilección por parte de algunos historiadores. Modos de producción, formación social, estructura económica determinante, superestructura, lucha de clases, revolución, transición y dependencia, serán, entre otros, algunos de los principales conceptos con los cuales se emprenderá la reconstrucción de la historia nacional, lo cual tendrá una ostensible incidencia en buena parte de los historiadores colombianos de los años sesenta y setenta, e incluso de los ochenta. Aquellos conceptos se convirtieron en los protagonistas del discurso histórico, ocupando el lugar que antes correspondía a los personajes y sus acciones en la narración histórica tradicional.

Los artículos atrás citados son apenas algunos indicios de la influencia que había comenzado a tener el marxismo en ciertos sectores de la intelectualidad colombiana de los años treinta. Esta influencia se conjugaba con las inquietudes ideológicas y políticas ligadas a los movimientos

---

40 EDUARDO GARZÓN RANGEL, "Evolución histórico-económica en el país", en *Acción Liberal*, núms. 20-21, Bogotá, octubre 31 de 1934, pág. 947.

41 *Ibid*.

populares que irrumpían en el acontecer histórico y que reclamaban su reconocimiento en la historiografía nacional.

Del pasado colonial al futuro socialista

Ante las propuestas de una nueva historia basada en las concepciones marxistas, surgían posiciones que objetaban la aplicación del marxismo a la realidad de los países atrasados. Respondiendo a estas críticas, Nieto Arteta escribía en 1935, al final de un ensayo sobre el "Significado histórico de la Independencia": "Quiero hacer una última afirmación: para descubrir la tesis sociológica que informa este ensayo he aplicado el método dialéctico materialista, que en su carácter de instrumento de investigación sociológica es aplicable a cualquier realidad nacional, y lleva al que lo utilice a conclusiones revolucionarias. Esto para aquellos que afirman que el marxismo es un sistema aplicable a los países de economía capitalista muy desarrollada"[42].

A partir de entonces, directa o indirectamente, a favor o en contra, todos los historiadores tendrán que ver con las concepciones marxistas de la historia. Por supuesto, además del marxismo, la investigación histórica recibía otras influencias provenientes de la economía, la sociología y la antropología. Esto trajo como consecuencia la aparición de obras con enfoques disímiles acerca de la historia colonial.

Como se sabe, entre los primeros autores que emplearon categorías marxistas para el estudio de la historia se encuentran Luis Eduardo Nieto Arteta y Guillermo Hernández Rodríguez.

En relación con la época colonial, Nieto Arteta se limita a proporcionar una síntesis interpretativa general, bastante rápida y centrada en el siglo XVIII. Emplea como fuentes de información principalmente las *Relaciones de Mando* de los Virreyes y las apreciaciones de los escritores y políticos liberales del siglo XIX (José María Samper, Miguel Samper, Camacho Roldán, Murillo Toro, etc.) apreciaciones a las cuales se ciñe e incluso reproduce con frecuencia en forma textual. Entre las esquemáticas observaciones que Nieto Arteta efectúa sobre la Colonia está la distinción de dos grandes regiones económicas: "la del oriente anticolonial y comer-

---

42 LUIS EDUARDO NIETO ARTETA, *Ensayos históricos y sociológicos*, Bogotá, Biblioteca Básica, Instituto Colombiano de Cultura, 1978. Compilación y prólogo de GONZALO CATAÑO.

cial, manufacturera y agrícola, y la de las regiones centrales, colonial y latifundista, con las restricciones propias de las economías absolutamente coloniales"[43]. Una vez introducida esta dicotomía espacial y económica, el autor plantea enseguida, según su determinismo económico, la conformación de dos tipos de organización social y de comportamiento político igualmente antinómicos: mientras la región del oriente es concebida como anticolonial y emancipadora, modo de ser que provocó precisamente la insurrección de los Comuneros, la región central es presentada como portadora de las tendencias contrarias, por lo cual se inclina a conservar la caduca economía colonial. Basándose en los historiadores liberales del siglo XIX, Nieto describe la encomienda como una institución feudal, y así mismo, presenta a la economía colonial en un estado de pobreza y estancamiento, férreamente bloqueada por las múltiples trabas fiscales de que eran objeto la agricultura, la manufactura y el comercio por parte de la metrópoli española; tales circunstancias condujeron a la Colonia a una insostenible situación de decadencia y postración, cuyo resultado habría de ser la Independencia[44].

Por su parte, Guillermo Hernández Rodríguez, consecuente con el objetivo de trazar "orientaciones precisas a los movimientos populares" para la transformación del país, establece una continuidad entre las clases explotadas desde los orígenes indígenas y coloniales hasta el proletariado contemporáneo. De este modo, considera que el mitayo y el obrero hacen parte de una misma cadena, y resultan empalmados por cuatro siglos de evolución histórica. Es esa continuidad la que permite en el presente escuchar aún el eco de las instituciones indígenas y percibir tadavía la influencia colonial. Es necesario remitirse a ese pasado para conocer los elementos que se van integrar al inmediato porvenir[45]. De ahí el esquema de la obra, que parte de la organización económica y social de la comunidad chibcha; observa luego la intervención de los elementos indígenas en

---

43 LUIS EDUARDO NIETO ARTETA, *Economía y cultura en la historia de Colombia,* Bogotá, Ed. Tercer Mundo, 1962, pág. 13. La primera edición es de 1942.

44 Para una ampliación de este tema y en general de los desarrollos historiográficos generados a partir de los años treinta, véase BERNARDO TOVAR Z., *La Colonia en la historiografía colombiana,* Bogotá, Ed. Ecoe, 1990, págs. 128 y ss.

45 GUILLERMO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, *De los chibchas a la Colonia y la República. Del clan a la encomienda y al latifunfio en Colombia,* Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana, Instituto Colombiano de Cultura, 1975 (reedición), págs. 13 y 16.

la conformación de las instituciones coloniales de la encomienda, el resguardo, la mita y sus repercusiones posteriores, para finalmente abordar la formación de los latifundios y las haciendas. Acerca de la encomienda y de la mita expresa que tienen sus fuentes en el "remoto pasado gentilicio": la primera "se asienta sobre el tributo que los indios solían pagar a sus caciques"; la segunda "prolonga inmemoriales costumbres de trabajo que existieron entre los indígenas especialmente en el Perú"[46]. Como atrás se mencionó, Friede —pretendiendo refutar esa concepción— considera la mita colonial como una invención exclusivamente española, sin que hubiese sido tomada de la tradición indígena. Friede argumenta que la mita incaica (en la que Hernández se basa) es de origen tributario (pago de tributo en trabajo al estado incaico), en tanto que la mita colonial, por una parte, se instituye en 1503, mucho antes del descubrimiento del Perú, y por otra, su sistema es diferente, puesto que consiste en el trabajo forzado que una parte de los indígenas de una tribu debía rendir a favor de particulares, durante un tiempo determinado y percibiendo un jornal[47].

Como se ha dicho, con Nieto Arteta y Hernández Rodríguez comenzaron en el país las experiencias de investigación histórica inspiradas en el marxismo, las cuales habrían de tener numerosos continuadores.

Con el planteamiento de Hernández Rodríguez sobre el encadenamiento histórico de las clases explotadas desde los orígenes coloniales hasta los tiempos actuales, coincide, guardando las diferencias, la *Historia de la rebeldía de las masas* escrita por Ignacio Torres Giraldo. Motivado por la historia del movimiento obrero, esta autor llega a la consideración de que es necesario remontarse a la historia de la rebeldía de las masas, "anterior a la existencia del proletariado como clase", puesto que ésta "contiene los elementos y es la herencia actual de las masas colombianas. He aquí por qué tomamos las cosas desde el principio"[48]. Este "principio" está dado por la conquista y la colonización española, lo cual, junto con el exterminio de indígenas y el saqueo, instauró la dominación imperial, la apropiación de la riqueza, la esclavitud y la explotación del trabajo, etc.; así mismo, hacen parte de aquel comienzo, la resistencia de los indígenas, las rebeliones de esclavos, la agitación de mestizos, colonos, artesanos e

46 *Ibidem*, pág. 277.
47 JUAN FRIEDE, *Descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada...*, págs. 224 y 225.
48 IGNACIO TORRES GIRALDO, *Los inconformes. Historia de la rebeldía de las masas en Colombia*, Bogotá, Ed. Margen Izquierdo, 1972, t. I, pág. 6.

incluso de algunos peninsulares situados por debajo de los "beneméritos"; se trata, en resumen, de la gestación y trayectoria inicial de la rebeldía de las masas, una de cuyas manifestaciones más significativas fue la insurrección de los Comuneros, la cual condujo a la Guerra de Independencia Nacional. Pasando por las guerras civiles del siglo XIX, en una especie de espiral ascendente de progreso, el autor llega al tema central, esto es, a la formación, desarrollo y luchas de la clase obrera; en ésta cobra todo su sentido aquella travesía, puesto que siendo el proletariado "la última clase de las sociedades de clases" tiene la gran misión histórica "que consiste precisamente en construir una sociedad sin clases, o sea una comunidad social de gentes laboriosas, conscientes y libres"[49].

Para Torres Giraldo, como para todos los historiadores de orientación marxista, el proceso histórico es teleológico: comporta la finalidad de conducir ineluctablemente a la sociedad comunista del futuro; ésta es concebida y representada bajo un conjunto de enunciados que evocan, como se ha dicho, las figuraciones del Reino Final, de la nueva Edad de Oro, lo que hace pensar que se trata de una nueva metáfora de estas viejas imágenes míticas. El proletariado es la clase cuyo destino histórico está signado por aquella finalidad; como clase elegida por la historia para la realización de tal misión soteriológica, el proletariado, con las prerrogativas históricas de que es investido, se convierte así en una especie de nueva encarnación secularizada de los mitos del 'pueblo elegido' y del 'redentor', del arquetipo del Salvador. Mediante la lucha, el sacrificio y el heroísmo, la clase obrera actuará entonces como redentora de toda la humanidad. Toda la travesía histórica de la sociedad, que se inaugura con el comunismo primitivo (el que recuerda, entre otras, las imágenes del buen salvaje) y que continúa con el largo trayecto de la trinitaria sociedad de clases (esclavista,

---

49 *Ibidem*, pág. 4. El discurso histórico de TORRES GIRALDO ilustra, sin necesidad de recurrir a ninguna sofisticación, una posición de historiografía comprometida y militante: "En la forma elemental de la lucha de los esclavos cimarrones que sigue a la Conquista, estamos del lado de la rebeldía de los negros que buscan la libertad; en la formidable insurrección de los Comuneros, estamos del lado de las masas inconformes y de su primer capitán José Antonio Galán; en la guerra de Independencia nacional, estamos del lado de los patriotas; en las guerras civiles estamos del lado del pueblo insumiso que no quiere regresar a la horrible noche' de la plena feudalidad y el coloniaje; en las luchas contemporáneas estamos del lado de las masas trabajadoras, de la clase de los proletarios en primer término". *Ibid*, pág. 11.

feudalista y capitalista), se ve jalonada por la espiral del 'progreso'; éste (ubicado en la categoría del bien) es definido como todo aquello que impulsa y hace posible la aproximación al destino final: la armónica, libre y jubilosa sociedad sin clases. Sin embargo, el trayecto histórico está plagado de dificultades, de inercias y grandes obstáculos (el mal retardatario y reaccionario) que alejan o impiden el alcance de aquel destino final; estas tortuosidades del camino imponen el uso de la violencia para vencer todas las barreras, imposición que se encuentra significada en la expresión axiomática sobre "la necesidad de la revolución". Por eso se dice que la violencia es la partera de la historia[50].

Se comprende la tonalidad épica y heroica que acompaña la narración histórica de "la rebeldía de las masas" de Torres Giraldo, así como de otras historias de la clase obrera o de los grupos populares. Para estas historias, los momentos de lucha y de revolución —en los que se avanza una etapa en el camino hacia el fin supremo— constituyen puntos focales de la descripción y el análisis histórico. En lo que respecta a la época colonial, tal ha sucedido, en especial, con la insurrección de los Comuneros y la figura de José Antonio Galán[51]. En general, la mencionada teleología que se le otorga a la historia, con diversas mediatizaciones, se encuentra en el transfondo de no pocas obras escritas por historiadores que en decenios recientes continuaban inspirándose en el marxismo.

Procesos económicos, conflictos sociales y monografías de villas y ciudades

Durante los años cuarenta a sesenta inclusive, se publicaron algunas obras de historiadores que si bien divergían de la orientación anteriormente señalada, sus temas de investigación desarrollaban en forma notable

---

50 "Hasta en las grandes conmociones revolucionarias de la humanidad —dice HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ— la fuerza heroica de las multitudes no hace a veces cosa distinta que remover los embalses que retienen las formaciones que se han constituido dentro de la vieja sociedad y que propugnan por alcanzar su desarrollo y su plenitud. No es equivocado sino exacto decir que la violencia suele ser la partera de la historia". *De los chibchas a la Colonia...*, pág. 339.

51 Véase, entre otros, FRANCISCO POSADA, *El movimiento revolucionario de los Comuneros*, Bogotá, Ed. Siglo XXI, 1976; ANTONIO GARCÍA, *Los Comuneros 1781-1981*, Bogotá, Plaza y Janés Editores, 1981. De esta concepción es partícipe también DIEGO MONTAÑA CUÉLLAR, *Colombia país formal y país real*, Buenos Aires, Ed. Platina, 1963.

diversos aspectos económicos y sociales tanto del Nuevo Reino de Granada en su conjunto, como de sus regiones y poblados.

En 1940 apareció un libro que se ocupaba de un tema que constituía no sólo un problema historiográfico, sino también un intríngulis técnico-jurídico de importantes consecuencias prácticas. Se trataba del abigarrado asunto de las medidas agrarias. El desorden reinante en estas medidas había ocasionado innumerables litigios en la época colonial y también en el período republicano. Con mayor inmediatez, el desarrollo de la industria petrolera planteaba nuevas incógnitas jurídicas que envolvía de alguna manera la cuestión de las medidas agrarias, razón ésta que llevó a la Richmond Petroleum Company a impulsar una investigación histórica para resolver el asunto. Producto de ello fue el estudio de Luis Páez Courvel, *Historia de las medidas agrarias antiguas*. El propósito general del libro es aclarar las medidas coloniales, registrar sus transformaciones posteriores y presentar la situación durante la República. La mayor parte del texto está dedicada a dilucidar las medidas durante la colonia. Para ello estudia cada una de las medidas agrícolas coloniales[52] y la agrimensura que se hacía en la Nueva Granada; se ocupa de la legislación colonial, de las ordenanzas de los cabildos y de las reales provisiones sobre las medidas de tierras. El libro ha constituido desde entonces un vademécum de obligada consulta para quienes se han interesado por la historia agraria colonial.

La más importante obra publicada en el período aquí aludido, es la de Luis Ospina Vásquez, *Industria y protección en Colombia*, aparecida en 1955, y que ha constituido un verdadero hito en la historiografía colombiana. Se trata de una rigurosa y erudita presentación de la historia económica del país, desde la época colonial hasta el proceso de industrialización en la primera mitad del siglo XX, obra que aún hoy guarda su vigencia.

En lo que atañe a la época colonial, y en oposición a la mayoría de los historiadores, Ospina considera que la Nueva Granada, si bien era colonia en lo político, no lo era propiamente en lo económico, puesto que

---

52 Entre las medidas estudiadas se encuentran las siguientes: caballería, estancias de ganado mayor y menor, de pan hacer, de tierra y de pan, peonía, fanegada, almud, cuadra, solar, huerta, aranzada, cabuya, paso geométrico, tercia castellana, etc. LUIS PAÉZ CORVEL, *Historia de las medidas agrarias antiguas. Legislación colonial y republicana y el proceso de su aplicación en las titulaciones de tierras*, Bogotá, Librería Voluntad, 1940.

estaban ausentes las características del coloniaje económico que son, entre otras, la presencia de "enclaves" extranjeros, la proletarización y la extrema pobreza. "No era sino en grado muy moderado una economía colonial. Tal vez se deba decir que no era una economía colonial. Lo específicamente colonial no desempeñaba sino un papel secundario en su constitución económica"[53]. Para este autor se trataba más bien de una economía subdesarrollada, de aquellas de tipo campesino (producción de unidades pequeñas agrícolas y artesanales, con presencia de latifundios, etc.) aunque no en forma perfecta y unívoca. Al lado del tratamiento riguroso de los distintos aspectos de la economía del Nuevo Reino de Granada (encomienda, mita, producción artesanal, comercio, etc.) y a diferencia de Nieto Arteta, Ospina Vásquez —reacio siempre a toda clase de determinismo— realiza una presentación más enriquecida del espacio económico, en el cual distingue regiones, subregiones y localidades, con sus propias características socio-económicas; esta apertura histórica hacia la diversidad del espacio nacional habría de contribuir a la inquietud por los estudios de historia local y regional, estudios que a partir de los años sesenta comenzarían a ser más frecuentes. En síntesis, con *Industria y protección*, Ospina Vásquez se convierte en el iniciador de la moderna historiografía económica de Colombia.

En el campo de los estudios sociales se deben mencionar las obras de Pablo E. Cárdenas Acosta, quien tiene un texto de conjunto sobre el período colonial y unos específicos sobre el movimiento de los comuneros. En el primero (*Del vasallaje a la insurreción de los comuneros*), el autor asume un esquema expositivo afincado en la presentación detenida de cada una de las tres razas que poblaron el Nuevo Reino de Granada. Comienza con el estudio de la raza indígena y le dedica una espacio amplio a los chibchas. Muestra luego cada una de las formas de servidumbre de los indígenas (indios de servicio, repartimientos para cultivo de tierras, ganadería, obras públicas, obrajes, transporte, minas, etc.), y reseña rápidamente las encomiendas, las haciendas y los patrones. Acerca de la población negra describe sus caracteres étnicos, el comercio de esclavos, el trabajo de los negros esclavos, los negros cimarrones, etc. Trata a continuación el esta-

---

53 LUIS OSPINA VÁSQUEZ, *Industria y protección en Colombia 1810-1930*, Medellín, E.S.F., 1955, pág. 434. Para otros aspectos de la obra véase nuestro trabajo *La Colonia...*, págs. 144 y ss.

mento blanco, el mestizaje y las castas. La parte siguiente del texto está dedicada a los aspectos institucionales del virreinato, a una breve descripción de las ciudades y los cabildos, y a una presentación más detallada del sistema fiscal de la Colonia (impuestos y monopolios). El libro concluye con una reseña histórica sobre los reinados de Fernando VI y de Carlos III, y con algunas referencias a los aspectos políticos del virreinato en el siglo XVIII[54].

Sobre el movimiento de los Comuneros, Cárdenas Acosta había publicado en 1945 un trabajo titulado *Los Comuneros*, en el cual se propuso discutir las opiniones expuestas por Angel M. Galán, Raimundo Rivas, Germán Arciniegas y José Fulgencio Gutiérrez sobre el citado movimiento, opiniones que él consideraba de inaplazable rectificación histórica. En 1960 vuelve sobre el tema y publica dos volúmenes en los cuales narra en forma minuciosa cada uno de los momentos de la insurrección de los comuneros. Este trabajo traía como novedad una amplia base documental, aunque algunos de sus puntos de vista, sobre todo en lo que respecta al relieve de la figura de Berbeo y a la subestimación de la participación popular, han sido criticados por historiadores que después se ha ocupado del mismo tema[55].

En el ámbito de la biografía ligada a un transfondo de historia social, se destaca con suficiencia el extenso estudio de Ulises Rojas sobre el cacique de Turmequé, don Diego de Torres (1549-1590). La figura de este cacique mestizo resulta atrayente por varios motivos: por los sucesos dramáticos de su destino personal, por el enfrentamiento con algunos funcionarios españoles y las injusticias de que fue objeto, por la defensa de los indígenas y las denuncias que hizo de su lamentable situación, y en fin, porque representa uno de los primeros caciques que hizo uso de la escritura, de su puño y letra, para expresar la voz de los indígenas.

Existe una diferencia entre las descripciones, denuncias y alegatos de quienes, como Fray Bartolomé de las Casas y otros sacerdotes, emprendieron la defensa de los indígenas, y la expresión de la propia voz de los

---

54 PABLO CÁRDENAS ACOSTA, *Del vasallaje a la insurreción de los Comuneros*, Tunja, Imprenta del Departamento, 1947.

55 PABLO CÁRDENAS ACOSTA, *El movimiento comunal de 1781 en el Nuevo Reino de Granada (Reivindicaciones históricas)*, Bogotá, Ed. Kelly, 1960, 2 vols. Sobre el tema véase MARIO AGUILERA PEÑA, *Los comuneros: guerra social y lucha anticolonial*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1985.

nativos, que sólo se dejaba escuchar en los juicios e interrogatorios. Don Diego escribió varios memoriales cuyo destinatario era el Rey de España. El más importante es la "Relación" que el cacique de Turmequé, con ocasión de la audiencia personal concedida en octubre de 1584, puso en manos de Felipe II. En los memoriales y la "Relación", el cacique expone el punto de vista indígena sobre toda la compleja situación de opresión, abuso y vejamen en la que vivían los nativos como resultado de la conquista. Ulises Rojas narra paso a paso y ceñido a los documentos, la trayectoria de don Diego en los conflictivos escenarios del Nuevo Reino de Granada y de España, narración contenida en un libro que el historiador ha concebido como "un justo desagravio a la raza aborigen y a los perseguidos por la justicia, porque en él se contiene la voz de los vencidos"[56].

En los años sesenta aparecieron diversos estudios que Javier Ocampo López ha incluido en una tendencia llamada "revisionista"[57], pero en los que se pueden observar la nuevas posiciones historiográficas del liberalismo y del conservatismo. Entre estos autores está Arturo Abella, quien estudia la formación y trayectoria de la "oligarquía criolla", desde la Conquista hasta la Independencia, recorrido que muestra los enlaces familiares y económicos de los principales personajes de esa oligarquía, así como sus vinculaciones con los negocios y cargos del Estado[58]. Otro autor es Indalecio Liévano Aguirre, quien se ocupa de los conflictos sociales y económicos del período colonial. Estos conflictos se inician con el librado entre la Corona y los conquistadores-encomenderos por el dominio de los territorios conquistados. Sigue el relato de la política indigenista del Estado español (bajo los Austrias), la lucha de éste y de la Iglesia por la justicia social, en defensa de los indígenas contra la explotación de los señores de la Conquista y de las encomiendas, política que es abandonada cuando los Borbones acceden a la corona imperial[59].

---

56 Ulises Rojas, *El cacique de Turmequé y su época*, Tunja, Imprenta Departamental de Boyacá, 1965.

57 Javier Ocampo López, "De la historiografía romántica y académica a la Nueva Historia Colombiana", en *Gaceta de Colcultura*, Bogotá, núm. 12-13, julio-agosto de 1977, pág. 68.

58 Arturo Abella, *El florero de Llorente*, Bogotá, Ed. Antares, 1960.

59 Indalecio Liévano Aguirre, *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, Bogotá, Ediciones Nueva Prensa, Bogotá, s. f., 4 vols.

Para Indalecio Liévano, todos los conflictos de la sociedad colonial no son más que manifestaciones de uno mayor y fundamental: el que sucede entre la justicia que defiende a los humildes y oprimidos y todas las formas de agresión que favorecen a los poderosos, conflicto que desde la Colonia se prolonga hasta el presente, constituyendo el drama secular y esencial de toda la historia nacional. De cierto modo, esta visión recuerda un tanto a la de los historiadores marxistas, en el aspecto de un conflicto secular (con la diferencia de que en Liévano no es la lucha de clases sino la oposición entre "los poderes de la riqueza y el ideal de la justicia") que conduce a una resolución final, a una meta que en Liévano parece consistir en el advenimiento de una sociedad en la cual se ha producido el triunfo total y definitivo de la justicia social. Los trabajos históricos de Liévano resaltan la imagen de los conductores que han luchado por la justicia, de los líderes que en la oposición entre la oligarquía y el pueblo, han tomado partido por el último, el cual tiene un papel protagónico en el acontecer histórico. Este modo de ver el pasado se conjunga con el patriotismo popular de una corriente del liberalismo moderno, que encuentra en la obra de Liévano Aguirre su más acabada expresión historiográfica[60].

Entre los años 40 y 70 hubo un cierto repunte de las monografías históricas dedicadas a villas y ciudades. La mayoría de estas monografías aparecieron con ocasión de la remenbranza de alguna fecha significativa para la ciudad (generalmente, algún centenario). Además de la celebración, es factible entrever que en la motivación de esas historias obraban, bajo la tensión del desarrollo y la modernización urbana, los requerimientos de identidad, la cura contra la amnesia del pasado que amenaza siempre a las nuevas generaciones, la necesidad, por lo tanto, de conservar el autorreconocimiento histórico y el patrimonio cultural de ese "centro del mundo" que es la ciudad, todo ello alimentado, como dicen estos autores, por el incurable "amor al solar nativo". Un tema obligado para estas historias es el nacimiento de la ciudad, con la fecha y nombre del fundador o fundadores. Con frecuencia el relato se nutre del mito de los orígenes y del arquetipo del héroe fundador. En la medida en que el objeto de la narración se restringe a la ciudad, ésta se abre como un pequeño universo que da cabida a una mirada más o menos enciclopédica. El cuadro panorámico que así se configura lo componen: a) Los personajes revestidos

60 BERNARDO TOVAR Z., *La Colonia...*, págs. 148 y ss.

de alguna significación para el desenvolvimiento de la ciudad, los cuales integran el olimpo parroquial que sirve de identificación a los vecinos; son personajes destacados en "las armas, las letras y las ciencias", en el arte y la devoción; por lo general estas historias tampoco olvidan el listado de las "familias ilustres" del poblado; b) Los sucesos importantes y anecdóticos de los asuntos económicos y sociales, del trajín político y de la cotidianidad; c) Los lugares de memoria, la iglesia, el santuario, el convento, la alcaldía, las casas, las calles, la plaza, los monumentos, etc., lugares impregnados de historias y afectividades; d) Los usos, costumbres, valores, festividades, escándalos, crímenes y demás expresiones de la vida urbana. Buena parte de estas historias resaltan lo que consideran la hidalguía, nobleza, valor, grandeza y gallardía de la ciudad y de su gente, la cual parece copartícipe de la gracia y virtudes del pueblo elegido. Esto resulta obvio en los autores que emplean una narrativa bastante panegírica, mientras que no parece evidente en los que hacen uso de un estilo transcriptivo de los documentos. Varias de estas monografías fueron elaboradas por historiadores miembros de las academias y centros regionales de historia[61].

Paralelamente a las anteriores historias, desde los años cuarenta hizo su aparición una nueva tendencia historiográfica que, inspirada en el indigenismo, se propuso reconstruir la historia de los indígenas bajo la dominación española. Esta tendencia fue iniciada por Juan Friede.

Indigenismo y etnohistoria colonial: la obra de Juan Friede

En Colombia, a diferencia de México, el reconocimiento de lo indígena como raíz y parte integrante de la nacionalidad ha sido lento y tardío.

61 Una pequeña muestra de tales historias es la siguiente: Sergio Elías Ortiz, *Crónicas de la ciudad de Pasto*, Pasto, Biblioteca de Autores Nariñenses, 1948; Luis Martínez Delgado, *Popayán, ciudad procera*, Bogotá, Ed. Kelly, 1959; Diógenes Piedrahíta, *Historia de Toro*, Cali, Imprenta Departamental, 1957; Alberto Hincapié Espinosa, *La villa de Guaduas*, Bogotá, Publicaciones del Banco de la República, 1968 (primera edición 1953); Tulio Raffo, *Palmira histórico*, Cali, Biblioteca de Autores Vallecaucanos, 1956; Jenaro Díaz Jordán, *Proceso histórico de pueblos y parroquias de la diócesis de Garzón*, Neiva, 1959; Joaquín García Borrero, *Neiva en el siglo XVII*, Bogotá, Ed. ABC, 1939; Gustavo Arboleda, *Historia de Cali desde los orígenes de la ciudad hasta la expiración del período colonial*, Cali, 1956, 3 vols.; Gabriel Porras Troconis, *Cartagena hispánica*, Bogotá, 1954.

Entre otros muchos factores, la herencia étnica y cultural hispano-criolla (segregadora de lo aborigen) y el racismo de los siglos XIX y XX, han contribuido a prolongar la secular discriminación del indígena. Empero, la expansión y afirmación de la población mestiza, así como la construcción de su identidad, han obligado, desde el siglo XIX, a un cambio de actitud frente a lo indígena[62], aunque, con cierta frecuencia, en el contexto de una singular paradoja: mientras se enaltece al nativo primigenio, se desprecia al indio coetáneo. De este modo, por ejemplo, durante nuestra historia republicana, han sido mestizos actuando como colonos, hacendados, comerciantes, empresarios selváticos, etc., los principales actores del drama de explotación y despojo de los indígenas, para lo cual, en cada caso, han vuelto a escenificar las viejas imágenes de la Conquista española: las del indio de raza inferior, bárbaro, caníbal y diabólico, tal como lo ilustra la historia de la colonización amazónica[63].

En la perspectiva de la revalidación y dignificación histórica del ancestro nativo, se dieron, durante el siglo XIX, algunos intentos, como los realizados por los historiadores Joaquín Acosta, después de la Independencia, y Jaime Arroyo, a mediados de siglo[64]. También promediando el siglo apareció el trabajo de Ezequiel Uricoechea, sobre *Las antigüedades neo-granadinas* (1854), el cual, escrito con "sentimiento patriótico", buscaba rescatar del completo olvido los elementos de civilización de "los primeros habitantes de nuestra patria". Con este estudio, que se centra en el pueblo

---

62 "Y no exagero —dice J.M.Otero— al considerar como obra de cultura nacional el conocimiento de nuestros aborígenes, sus usos, costumbres, migraciones, lenguas, grado de civilización que habían alcanzado al tiempo de la llegada del hombre europeo, su resistencia a la conquista extranjera, su acabamiento o supervivencia a la obra colonizadora de España, el aporte de sus descendientes en la empresa emancipadora y en la formación de nuestra nacionalidad con la mezcla de su sangre en el torrente del mestizaje que ha de constituir, con el correr de los tiempos, el tipo étnico colombiano en el que algunos fincan tantas esperanzas". JESÚS M. OTERO, *Etnología caucana*, Popayán, 1952, pág. 5.

63 BERNARDO TOVAR Z., "Selva, mito y colonización", en *Historia de la colonización en el noroccidente de la Amazonia colombiana*, Colcultura-Universidad de la Amazonia (en prensa).

64 JOAQUÍN ACOSTA, *Historia de la Nueva Granada*, Medellín, Ed. Bedout, 1971; JAIME ARROYO, *Historia de la gobernación de Popayán*, Bogotá, Biblioteca de Autores Colombianos, 1955.

chibcha, Uricoechea pretendía demostrar los gérmenes de civilización, y no de barbarie, que tenían "los antiguos neogranadinos"[65]. Con propósitos similares se publicó en 1883, *El Dorado*, de Liborio Zerda, y en 1895, *Los Chibchas*, de Vicente Restrepo[66]. En otro sentido, es necesario tener en cuenta las interesantes descripciones que, a comienzos de la segunda mitad del siglo XIX, hicieron algunos miembros de la Comisión Corográfica sobre varias comunidades indígenas, como la de Agustín Codazzi acerca de los indios del Caquetá[67], descripciones que, por lo demás, se encuentran marcadas por fuertes contrastes ideológicos. Dentro de las descripciones de actualidad sobresale también la de Jorge Isaacs sobre los indígenas del Magdalena (1884)[68]. Así mismo, una parte de la novela decimonónica, bajo la influencia del romanticismo, eligió temáticas históricas relacionadas con los indígenas, su mundo prehispánico y la Conquista. Por lo general, en esta novela histórica el indio aparece idealizado, su situación antes de la llegada de los españoles es narrada en forma edénica y la Conquista es presentada en términos de una tragedia sangrienta que provocó la ruina de la civilización nativa[69]. Tal idealización del nativo primigenio contribuye a la conformación del imaginario indi-

---

65 EZEQUIEL URICOECHEA, *Memoria sobre las antigüedades neo-granadinas*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1971. Si los conquistadores, dice Uricoechea,"se opusieron a conservar los gérmenes de civilización indiana y han conseguido casi dejarnos en tinieblas, opónganse nuestras investigaciones y estudios a sus hechos e ignorancia; busquemos en los monumentos que nos quedan... el verdadero carácter y el grado de perfección intelectual de aquellas gentes, primeros moradores de América... levantemos con nuestros esfuerzos el último monumento al indio, a sus talentos y a su saber", pág. 32.

66 LIBORIO ZERDA, *El Dorado*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1971; VICENTE RESTREPO, *Los chibchas antes de la conquista española*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1972.

67 AGUSTÍN CODAZZI, "Descripción general de los indios del Caquetá", en FELIPE PÉREZ, *Geografía física y política del territorio del Caquetá*, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1962.

68 JORGE ISAACS, *Las tribus indígenas del Magdalena*, Bogotá, Ed. Incunables, 1983.

69 ANTONIO CURCIO ALTAMAR, *Evolución de la novela en Colombia*, Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana, Instituto Colombiano de Cultura, 1975, págs. 67 y ss. Entre tales novelas se cuentan: *Ingermina* (1844) de Juan José Nieto; *Huayna Cápac* (1856), *Atahualpa* (1856), *Los Pizarros* (1857), *Jilma* (1858), y *Los gigantes* de Felipe Pérez; *Anacaona* (1865) de Temístocles Avella Martínez; *El último rey de los muiscas* (1884?) de Jesús Silvestre Rozo; *Koralia*, de José Joaquín Borda y *La novia del Zipa*, de Emilio Antonio Escobar.

genista como un componente cultural de la identidad de la sociedad mestiza[70].

Durante los primeros decenios del siglo XX, algunos autores, como Ernesto Restrepo Tirado, Carlos Cuervo Márquez, Miguel Triana y Gerardo Arrubla publicaron trabajos en los que se percibe, entre diversos contrastes conceptuales, una valoración del indígena ancestral[71].

Aquellos y otros trabajos, correspondían al conocimiento de la "prehistoria", como entonces se decía. Sobre la aciaga suerte de los indígenas contemporáneos existía una total despreocupación, no sólo por parte de los estudiosos del país, sino también por parte del Estado y en general de la sociedad. Pero pronto los indígenas se hicieron sentir mediante las luchas agrarias que ellos empezaron a librar en departamentos como el Tolima, Cauca, Huila y en la Sierra Nevada de Santa Marta. Estas luchas, unidas a otra serie de factores, tuvieron importantes repercusiones en diversos ámbitos de la vida nacional, de manera concreta en la conformación del indigenismo colombiano. Entre la serie de factores asociados se cuentan los siguientes: a) La influencia de la Revolución mexicana y de la antropología cultivada en este país, de orientación eminentemente indigenista; la posición social y científica del indigenismo mexicano llegaba a través de nombres como Moisés Sáenz, Chávez Orozco, Manuel Gamio y Miguel Othon de Mendizábal; b) La aprehensión del marxismo y el influjo de los movimientos comunistas, los cuales habían recibido un impulso ferviente a raíz del triunfo de la Revolución bolchevique; c) La resonancia que tuvo en nuestro país el indigenismo proveniente de Perú, con Uriel García, Castro Pozo y sobre todo con José Carlos Mariátegui, cuya revista *Amauta* y los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928) se convirtieron en pródigos nutrientes del indigenismo colombiano; y d) La divulgación en

---

70 BERNARDO TOVAR ZAMBRANO, "La guerra de la Gaitana: historia, leyenda y mito", en *Señales Abiertas*, núm. 2, Bogotá, 1993.

71 ERNESTO RESTREPO TIRADO, *Los Quimbayas* (1912), "Estudio sobre las tribus indígenas", en *Revista Literaria* (1891), *Descubrimiento y conquista de Colombia* (1917); CARLOS CUERVO MÁRQUEZ, *Orígenes etnográficos de Colombia* (1906), *Prehistoria y viajes* (1920); MIGUEL TRIANA, *La civilización chibcha* (1922); GERARDO ARRUBLA, "Ensayo sobre los aborígenes de Colombia", en *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá, 1934. Entre los estudios sobre la época prehispánica se debe mencionar el de TH. PREUSS, *Arte monumental prehispánico. Excavaciones hechas en el Alto Magdalena y San Agustín* (1934).

nuestro medio del indigenismo ecuatoriano, con Jaramillo Alvarado y Víctor Gabriel Garcés, e incluso del indigenismo norteamericano, con John Collier[72].

La corriente indigenista, entre otros aspectos, se expresó en apoyos al movimiento y luchas de los indígenas, y en las exigencias al Estado de una política favorable a éstos, motivó a algunos activistas a vincularse al movimiento indígena y con frecuencia se planteó la conjunción entre indigenismo y socialismo; finalmente, el indigenismo contribuyó, junto con otras circunstancias, al desarrollo de la antropología, la arqueología, la sociología y la etnohistoria, disciplinas que en su conjunto abarcaban el *presente* y el *pasado* de los indígenas colombianos[73]. Anejo a este proceso surgió en 1941 el Instituto Etnológico Nacional y en 1942 el Instituto Indigenista de Colombia[74].

En el contexto descrito se gestaron los primeros trabajos modernos de etnohistoria colonial, los cuales fueron realizados por Juan Friede. Este autor, oriundo de una aldea polaca adyacente a la frontera con Alemania, estudió ciencias sociales y económicas en Viena, y en 1925 vino a Colombia como agente de una firma de importaciones y exportaciones. En 1930 llegó al Cauca y el Huila, departamentos en donde los indígenas afrontaban una situación en extremo dramática que amenazaba su total extinción, lo cual produjo un impacto profundo en el joven Friede, que lo llevó a inclinar su curiosidad científica hacia el estudio de la problemática de los indígenas del Alto Magdalena y del Macizo Central colombiano. Como resultado de ello Friede publica en 1943 su primer trabajo, sobre los indios del Alto

---

72 ANTONIO GARCÍA, "El instituto indigenista y el problema indígena", en JUAN FRIEDE, *Los indios del Alto Magadalena*, Bogotá, Instituto Indigenista de Colombia, 1943.

73 Resulta claro el sesgo indigenista inicial de estas disciplinas. ANTONIO GARCÍA abogaba por una "sociología indigenista", que él mismo procuró desarrollar, la cual debía sustentar la acción de la "política indigenista". "El instituto indigenista...", pág. 7. Los primeros trabajos en los que García aborda el problema indígena son *Geografía de Caldas*, Bogotá, Ed. Contraloría Nacional, 1937, y *Pasado y presente del indio*, Bogotá, Ed. Centro, 1917.

74 Véase ROBERTO PINEDA CAMACHO, "La reivindicación del indio en el pensamiento social colombiano (1850-1950)", en JAIME AROCHA, NINA S. DE FRIDEMANN *et al.*, *Un siglo de investigación social. Antropología en Colombia*, Bogotá, Etno, 1984. También MILCIADES CHÁVEZ CHAMORRO, *Trayectoria de la antropología colombiana*, Bogotá, Colciencias / Editora Guadalupe, 1986.

Magdalena[75], bajo los auspicios del Instituto Indigenista, cuyas normas, declaraba Friede, había seguido para escribir su ensayo.

El Instituto Indigenista, según lo manifestaba uno de sus directores, Antonio García, se había organizado con los objetivos de estudiar científicamente la situación del indio actual, plantear los problemas de su liberación social y buscar su incorporación racional y activa a la órbita política de la nación; para el logro de estos fines, el Instituto orientaba sus investigaciones en dos sentidos: el de la investigación directa (como la ya efectuada en Tocancipá y Tierradentro), y el estudio crítico de los materiales históricos, para determinar la evolución de las comunidades indígenas[76]. García subrayaba que el *indigenismo*, que se entendía "como un sistema de integración de los problemas sociales del indio a las cuestiones esenciales de la política nacional", obligaba a una "revisión básica" de la historia colombiana; así mismo, el indigenismo al denunciar el marginamiento y exterminio de los indígenas, ponía de manifiesto la ausencia "del sentido de integración nacional", "las limitaciones y fallas de la democracia" y la hipocresía del Estado, "como simulador de justicia" frente al problema indígena[77].

Podríamos decir que por vía del *indigenismo*, del cual nunca se apartaría, Juan Friede había llegado a la historia. En el ya citado primer trabajo, que en una corta y apretada síntesis abarca el período comprendido entre 1609 y 1931, Friede se fijaba como objetivo principal demostrar la actualidad del problema indígena en Colombia. Se sentía particularmente impresionado por el proceso de exterminio de los indígenas, que no había concluido en el siglo XVI, y por la total ignorancia o negación que existía en el país del problema indígena contemporáneo. Las luchas de los nativos y el conocimiento directo que él ha tenido —dice Friede— demuestran que los indios poseen "un alto valor moral, una ejemplar fuerza de voluntad, una sorprendente tenacidad y sobriedad", "un alto sentido de responsabilidad y honradez", cualidades "que podrían producir una regeneración de la vida y cultura continentales". Esta imagen dignificante y redentora del indígena le acompañará a lo largo de su extensa obra de

---

75 JUAN FRIEDE, *Los indios del Alto Magdalena (vida, lucha y exterminio) 1609-1931*, Bogotá, Instituto Indigenista de Colombia, Ediciones de Divulgación Indigenista, 1943.

76 ANTONIO GARCÍA, "El instituto indigenista...", pág. 3.

77 *Idem*, pág. 5.

historiador. También en su primer trabajo, Friede comienza a familiarizarse con los archivos locales y a poner en práctica la actitud documentalista propia del historiador.

En 1944, como resultado de cuatro años de investigación, Friede publica su estudio sobre la historia de los resguardos del Macizo Central[78], que va desde la Colonia hasta los primeros tres decenios del siglo XX, el cual constituye su primera obra relativamente extensa. En ésta el autor llama la atención sobre la actualidad del problema indígena y denuncia las razones que han conducido a que dicho problema sea negado; describe las conflictivas relaciones a que se ve abocado el indio con los españoles, criollos, mestizos, colonos, etc., siempre ávidos de apropiarse la tierra de los resguardos, y narra las vicisitudes de estas unidades territoriales durante la Colonia, la Independencia y la vida republicana. Para el autor, no se trata solamente de los indios y sus resguardos, sino de "todo lo indio que se advierte en la historia, cultura, carácter y raza americanos", del rescate de la tradición cultural y de los valores autóctonos que representan un valioso elemento en la formación de la nación.

Atento a la trayectoria de los resguardos, a la lucha por la tierra y al destino de la comunidad indígena, Friede decide investigar la historia de los indios del Valle del Suaza[79], que le sirve de base para escribir luego su interesante obra sobre los Andakí, publicada en 1953[80]. Advierte aquí el autor la enorme diferencia que existe entre la historia indígena elaborada con base en las crónicas coloniales y la efectuada con fuentes documentales de archivo. La primera ha sido la forma común de escribir dicha historia, por lo cual ésta resulta fragmentaria, superficial y reiterativa de las imágenes de los cronistas que se inclinaron a ver al indio como un ser "exótico, salvaje y bárbaro". Partiendo de esa diferencia, Friede opta en forma insistente, en todos sus trabajos, por los documentos de archivo, como el medio fundamental para aproximarse a la historia realmente sucedida; esto, como imperativo especial, lleva al autor a publicar unas valiosas

78 JUAN FRIEDE, *El indio en la lucha por la tierra*, Bogotá, Instituto Indigenista de Colombia, Ediciones Espiral Colombia, 1944.

79 JUAN FRIEDE, "Historia de los indios Andakí del valle del Suaza", en *Revista Trimestral de Cultura Moderna*, núm. 13, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, diciembre de 1948.

80 JUAN FRIEDE, *Los Andakí. 1538-1947. Historia de la aculturación de una tribu selvática*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953.

colecciones documentales[81]. Tratándose de la historia indígena, distingue, sin embargo, entre los informes oficiales, que presentan al indio como un ser miserable y de raza inferior, y el material histórico que describe la vida cotidiana y local del indio, el cual reposa en los archivos de América y España, y en los "archivos menores" de las notarías, alcaldías, cabildos, juzgados, inspectorías y otras localidades; estos documentos, visitas, testamentos, pleitos, diligencias criminales, etc., informan sobre la "historia de cada día", sobre los movimientos demográficos, la cultura material y espiritual, las creencias, las costumbres y una variedad de temas similares. Optar por la documentación de archivo y dejar de lado las célebres crónicas coloniales será una actitud ampliamente asumida por los autores de "la nueva historia". En Friede, sin embargo, no hay un rechazo total de la crónica, sino más bien una actitud cribada por los otros documentos del archivo, en el sentido de diferenciar en la crónica lo fantástico, exagerado y falso, de lo cierto y confiable, según esto pueda ser establecido y contrastado con la información documental más cercana a los hechos[82].

En los *Andakí*, Friede desarrolla una original y, en nuestro medio, temprana relación entre historia y antropología[83]. De hecho, la primera parte la titula "antropología histórica", en la cual se ocupa del espacio habitado por los Andakí al momento de la Conquista, de la lengua,

---

81 JUAN FRIEDE, *Documentos inéditos para la historia de Colombia*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1955-1960, 10 vols.; *Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1976, 8 vols.; *Documentos sobre la fundación de la Casa de la Moneda en Santafé de Bogotá*, Bogotá, Publicaciones del Banco de la República, 1963; *Rebelión comunera de 1781: Documentos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1981, 2 vols.

82 "Los cronistas coloniales —dice Friede— que merecen todo nuestro respeto, no presentan una visión completa de esta tribu (los quimbaya B.T.) ni de su trayectoria histórica, y por varios aspectos se apartan de lo que realmente es a la luz de los documentos". JUAN FRIEDE, *Los quimbayas bajo la dominación española*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1978, pág. 7.

83 A propósito de esta relación, por simple curiosidad, cabría recordar aquí un artículo de JACQUES LE GOFF, publicado en Francia en 1972, en el cual hacía notar la tendencia en ese momento al encuentro entre la historia y la etnología, después de un divorcio de más de dos siglos. El artículo fue luego incluido en el capítulo titulado "Hacia una antropología histórica", del libro *Pour un autre Moyen Age*, Editions Gallimard, 1978, publicado en español con el título *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval*, Madrid, Taurus Ediciones, 1983.

composición étnica, organización social y familiar, economía, rituales, arte, etc. de dichos indios; del folclore del Alto Magdalena y de algunos casos de primitiva aculturación. En otro lugar, Friede considera que el interés de la antropología para la historia consiste en que arraiga a ésta en el remoto pasado aborigen; dentro de los estudios antropológicos generales, agrega, es la etnohistoria la que se dedica a la "evolución de las tribus americanas durante las épocas precolonial y colonial"[84]. Podría decirse que para Friede la antropología histórica (de evidente sesgo indigenista) cumple la función, a diferencia de la "historia blanca", de integrar el pasado indígena (prehispánico y colonial) al concepto de patria, como una de sus raíces. Siguiendo la trayectoria de la comunidad indígena —centro de su preocupación historiográfica— describe las relaciones, el trato, las instituciones y las circunstancias que afectan a esta población: las guerras, la encomienda, la mita, los resguardos, las misiones, el declive demográfico, etc., es decir, todo el dramático proceso vivido por los indígenas del Alto Magdalena bajo la dominación española, en especial por los Andakí, desde la conquista hasta las últimas noticias de estos indios que se internaron en la selva amazónica.

Siguiendo más o menos el modelo de la historia de los Andakí, Friede se ocupa luego de los quimbayas, trabajo en el cual, entre otros aspectos, destaca la pertinaz lucha de los indios contra la invasión de sus tierras; la vertiginosa baja demográfica de los nativos que prácticamente se extinguieron en los 80 años que siguieron a la Conquista; la crisis que causó el descenso demográfico en el sistema de encomienda, lo que obligó al encomendero a transformarse en hacendado, a emplear mano de obra asalariada y a convertir al indio encomendado en peón jornalero[85]. Sin embargo, en el trabajo sobre los chibchas asume una perspectiva un tanto diferente: después de una breve visión de los chibchas, proporciona una descripción de Santa Marta y un detenido relato de las expediciones de Quesada, Federman y Belalcázar; oborda luego el problema de la fundación de Bogotá, el impacto de la Conquista en la población indígena, la

---

84 JUAN FRIEDE, "La investigación histórica en Colombia", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. VII, Bogotá, 1964. Entre los trabajos etnohistóricos está también el de HERMANN TRIMBORN, *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca. Estudio sobre la antigua civilización quimbaya y grupos afines del oeste de Colombia*, Madrid, 1949.

85 La primera edición de *Los quimbayas ...* la efectuó el Banco de la República, Bogotá, 1963; *Los chibchas bajo la dominación española*, Bogotá, Ed. La Carreta, 1974.

encomienda, la apropiación de la tierra, la cuestión de los resguardos, el proceso de mestizaje, etc.

Para Friede, si bien la Conquista constituyó una enorme tragedia que recayó sobre los indígenas, en la que también murieron muchos conquistadores, representó, pese a todo, "el punto crucial en la formación de los pueblos americanos". Sin embargo, sucede que en la historia hasta ahora escrita se han tergiversado, ocultado o menospreciado, por múltiples razones, sucesos y personas que tuvieron una participación importante en esa gran aventura, llena de crueldades y también de heroísmo, que fue la conquista de América. Tal ha sucedido, observa Friede, con Jiménez de Quesada, Nicolás de Federman y los conquistadores alemanes en Venezuela. Invocando la verdad que se desprende de los documentos, Friede escribe entonces la biografía de los dos primeros y le dedica un extenso estudio a los segundos[86], tratando de reconstruir la vida de los personajes en las circunstancias de su época. Con esto, el autor modelaba la figura de aquellos conquistadores según el relieve que otorga la imagen primigenia de los fundadores del pueblo americano.

Finalmente, oteando la huella del indigenismo durante la conquista y la colonización española, Friede llega a ser cautivado por los personajes cuyo pensamiento y acción estuvo al lado de la defensa de los indios; esto lo lleva a hacer uso nuevamente de la forma biográfica, y en esta ocasión se dedica con especial fervor a escribir la biografía de un defensor de los indios casi desconocido, don Juan del Valle, y posteriormente, la del insigne Fray Bartolomé de las Casas[87]. La obra de Juan Friede, que es más extensa y variada de lo que aquí se comenta, constituye, indudablemente, uno de los principales aportes a la nueva historiografía colonial[88].

---

86 JUAN FRIEDE, *Gonzalo Jiménez de Quesada a través de documentos históricos*, Bogotá, Biblioteca de Historia Nacional, 1960; *Nicolás Federman, el Conquistador*, Bogotá, Ed. Librería Buchholz, 1960; *Los Welser en la Conquista de Venezuela*, Caracas, Ed. Edime, 1961.

87 JUAN FRIEDE, *Vida y luchas de don Juan del Valle, primer obispo de Popayán y protector de indios*, Popayán, 1961; *Bartolomé de las Casas: precursor del anticolonialismo*, México, Siglo XXI, 1974.

88 Para una relación completa de los escritos de Juan Friede, véase JORGE MORALES GÓMEZ y JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO, "Contribución a la bibliografía del profesor Juan Friede", en *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XXVI, Bogotá, 1986-1988.

LA COLONIA DE LA "NUEVA HISTORIA"

La universidad: un nuevo lugar para hacer la historia

Hasta los años sesenta, los estudios históricos eran realizados por personas de diversos oficios y profesiones, las cuales terminaban inclinando su curiosidad hacia el conocimiento del pasado. Esta forma espontánea y autodidacta de practicar el oficio de historiador era puesta de manifiesto por estudiosos que reclamaban mejores condiciones para la investigación histórica. En 1951 el académico Gabriel Giraldo Jaramillo, egresado de la Escuela Normal Superior, escribía que hasta ese momento la historia colombiana había sido escrita por unos cuantos investigadores y eruditos, todos autodidactas, quienes, con muy contadas excepciones, no habían recibido ninguna clase de apoyo oficial ni privado. "No ha existido entre nosotros —agregaba— el tipo de historiador profesional, exclusivamente consagrado a la investigación; el historiador colombiano ha sido, por lo general, un profesional aficionado a los estudios históricos que, robando tiempo a sus ocupaciones, ensaya a veces con éxito singular la labor histórica[89].

Por su parte, Juan Friede criticaba en 1964 aquel estado de cosas, observando que mientras la historiografía colombiana dependiera de un núcleo de intelectuales comprometidos en linaje, partido político o clase social, no podría desarrollarse como ciencia independiente; la independencia de criterio que debe tener la historia, sólo la pueden cultivar "historiadores profesionales, económicamente y, en cierto modo, espiritualmente independientes, que es cuando pueden vivir de los libros que publican o de las clases que dictan en las universidades y colegios. Lamentablemente, la posibilidad de que en Colombia se produzca tal situación es bien remota"[90]. Friede se refería además a la circunstancia de que en Colombia no se ofrecía la posibilidad de otorgarle al estudioso una preparación adecuada en historia, pues en ninguna universidad existía una facultad o instituto de investigación histórica, como los había en Chile, Argentina y otros países. A continuación Friede aludía al descono-

89 GABRIEL GIRALDO JARAMILLO, "La producción histórica colombiana en 1951", en *Boletín de Historia y Antigüedades*, núms. 455-456, Bogotá, septiembre y octubre de 1952, pág. 452. Véase también, *Informes anuales a los secretarios...*, pág. 330.

90 JUAN FRIEDE, "La investigación histórica en Colombia...", pág. 221.

cimiento de la historia nacional, a la incuria con que se miraban las investigaciones históricas en nuestro país, al descuido de los archivos, a la falta de publicaciones, a la escasa atención por adquirir obras históricas para las bibliotecas y a la carencia de becas para especializarse en historia[91].

Si tal era la situación a comienzos de los años sesenta, de todas maneras es necesario tener en cuenta el hecho de que los estudios históricos habían adquirido, desde tiempo atrás, una presencia en la enseñanza universitaria, en el ámbito de las facultades de educación. En efecto, en 1934, el gobierno nacional al fijar, por medio del Decreto 1569 de dicho año, el plan de estudios para las facultades universitarias oficiales, nacionales y departamentales, organizó la Sección de Ciencias Históricas y Geográficas en la Facultad de Ciencias de la Educación de Bogotá, la cual había sido fundada oficialmente en 1933. El currículo en el área de historia comprendía arqueología, prehistoria general, historia universal, historia de Colombia, economía y sociología, y su objetivo era formar docentes para la enseñanza secundaria y normalista. En 1935 el gobierno expidió el Decreto 1917, en el cual disponía la reunión en una sola Facultad de Educación de las tres que funcionaban en el país: la de Tunja, la de Bogotá en la Universidad Nacional y la Facultad de Educación para mujeres anexa al Instituto Pedagógico Nacional Femenino[92]. Finalmente, por medio de la Ley 39 de 1936, el Gobierno determinó que la Facultad de Ciencias de la Educación entrara a funcionar con el nombre de Escuela Normal Superior, bajo la dirección inmediata del Gobierno, lo que implicó modificar en este punto el estatuto orgánico de la Universidad Nacional. En la Normal Superior se estableció la Especialización en Ciencias Sociales, cuyo plan de estudios correspondía a una interesante relación entre historia, antropología, geografía, economía y sociología[93].

---

91 *Ibidem*, pág. 222.

92 JAVIER OCAMPO LÓPEZ, *Educación, humanismo y ciencia*, Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1978, págs. 74 y ss.

93 El Plan de Estudios de la Sección de Ciencias Sociales comprendía las siguientes áreas de materias: 1) Economía: desde la economía primitiva hasta la contemporánea; 2) Historia política y sociológica: a) Universal: desde la prehistoria hasta las grandes potencias actuales; b) De Colombia: desde la Conquista hasta la etapa contemporánea; c) de las doctrinas económicas, políticas y sociológicas. 3) Geografía: física, humana, económica, de los continentes, de Colombia, biogeografía y cartografía. 4)

Como se sabe, a la Normal Superior concurrieron notables profesores nacionales y extranjeros. Estos últimos llegaron al país a raíz de la segunda guerra mundial, pero sobre todo, desplazados por el triunfo del nazismo en Alemania y del franquismo en España. Entre tales profesores, en el campo de las disciplinas sociales, se contaban los siguientes: Paul Rivet, Pedro Urbano González de la Calle, Francisco Cirre, José de Recasens, Pablo Vila, Mercedes Rodrigo, Luis de Zulueta, José María Ots Capdequí, Fritz Karsen, Rudolf Hommes, Gerhard Massur y Justus Wolgang Schottelius[94].

La labor adelantada por los profesores extranjeros y nacionales y por los egresados de la Normal Superior, muchos de los cuales se convirtieron en destacados investigadores y maestros, trajo como consecuencia el desarrollo moderno de disciplinas como la antropología, la geografía, la sociología, la economía, la psicología, la lingüística y la historia. Entre los egresados de la Sección de Ciencias Sociales, y en relación con la historia, se cuentan los siguientes nombres: Jaime Jaramillo Uribe, Luis Duque Gómez, Virginia Gutiérrez de Pineda, Aquiles Escalante, Eliécer Silva Celis, Julio César Cubillos, Milciades Chávez, Armando Gómez Latorre, Rafael Tovar Ariza, Gabriel Giraldo Jaramillo, Darío Mesa y José Agustín Blanco. Tanto en al campo de la investigación, abordando diversos temas y períodos, desde la historia prehispánica hasta la contemporánea, como en la docencia, estos autores han contribuido a la renovación y desarrollo de la historiografía colombiana.

En 1952 la Normal Superior dejó de funcionar, al ser dividida en dos secciones: la masculina, ubicada en Tunja, y la femenina, el Instituto Pedagógico Nacional, con sede en Bogotá. Con ello concluía una empresa educativa de cuyos frutos se beneficiaban las ciencias, la investigación y la educación nacional.

Etnología y antropología, etnografía de América y de Colombia, arqueología y etnología de Colombia (Prehistoria). No deja de llamar la atención el sentido histórico que animaba al programa.

94 JOSÉ FRANCISCO SOCARRÁS, *Facultades de Educación y Escuela Normal Superior. Su historia y aporte científico y humanístico*, Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1987. Véase también JUAN MANUEL OSPINA, "La Escuela Normal Superior: círculo que se cierra", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Banco de la República, Bogotá, vol. XXI.

Al iniciarse el decenio de los años sesenta, bajo la dirección de Jaime Jaramillo Uribe, se organizaron formalmente los estudios históricos en la Universidad Nacional de Colombia. Mientras tanto, en otras universidades se fundaban facultades de Ciencias de la Educación, con sus respectivos departamentos de Ciencias Sociales, donde se le otorgaba a la historia un buen espacio curricular. En años más recientes, se abrieron departamentos, carreras o postgrados de Historia en varias universidades del país: Nacional (en sus sedes de Bogotá y Medellín), Valle, Antioquia, UPTC, Javeriana, Externado, Atlántico, UIS y Cartagena. Al mismo tiempo, la historia ha ganado audiencia en los planes de estudio de otras carreras como antropología, sociología y economía. En resumen, para la disciplina de Clío, el suceso institucional más importante ha sido la paulatina conversión de la universidad en un espacio para los estudios, la investigación y la formación profesional en historia. En cuanto a esta última, más que el recorrido formal del plan de estudios de las carreras y postgrados de historia, es la realización de la tesis de grado el evento culminante en el que se adquiere, en sentido vivencial y técnico, las habilidades, la asimilación de los métodos, las peculiaridades del oficio, el talante de historiador; es esta experiencia formalizada la que también introduce una diferencia entre el historiador profesional y el aficionado. Esto no quiere decir que los historiadores aficionados no puedan escribir excelentes historias, ni que las historias escritas por los historiadores profesionales sean todas excelentes.

Para resumir, ha sido el nexo entre historia y universidad la circunstancia que en los últimos decenios ha contribuido de modo decisivo al cultivo, desarrollo e innovación de la historiografía colombiana. La nueva historia de nuestro país es ante todo un fenómeno universitario, fenómeno que estuvo precedido por la experiencia de la Normal Superior, en donde un grupo de estudiosos tuvo la oportunidad de formarse bajo la orientación y ejemplo de connotados profesores, de escuchar los adelantos de la ciencia europea, y de leer algunas obras de la cultura universal publicadas por el Fondo de Cultura Económica, el cual, dicho sea de paso, produjo una especie de "revolución cultural" en América Latina[95].

---

95 Entrevista con Jaime Jaramillo Uribe, Bogotá, diciembre de 1989. Al respecto, Jaramillo también destaca la *Revista de Occidente* de España.

La "nueva historia" y los primeros estudios coloniales de Jaime Jaramillo Uribe

En 1976 el Instituto Colombiano de Cultura publicó un libro con el título *La nueva historia de Colombia*, constituido por 12 trabajos de 9 historiadores colombianos, compilados por el poeta Darío Jaramillo Agudelo, quien además escribió una interesante Introducción al texto. Por primera vez en el país aparecía una obra de historia colombiana con dicho título. A partir de este momento el nombre que el poeta le puso al libro se hizo célebre y representó un bautizo: con él se comenzó a designar una generación de historiadores y una determinada producción historiográfica. El título no resultaba gratuito, pues era evidente que desde los años sesenta se había formado una nueva generación de historiadores profesionales, cuyos investigaciones se diferenciaban notoriamente de la llamada historia tradicional[96]. En su introducción, Jaramillo Agudelo trataba de darle un sentido a este fenómeno historiográfico, para lo cual, ante todo, se apoyaba con entusiasmo en las nuevas corrientes de la historiografía mundial, corrientes que presentaba como el "marco metodológico donde se desenvuelve *La nueva historia de Colombia*"[97], lo que quizás resultaba de no poca ponderación. En cuanto a los textos incluidos, el compilador partía del sugestivo ensayo de Jorge Orlando Melo, "Los estudios históricos en Colombia, situación y tendencias predominantes", publicado en 1969, al cual consideraba el prologuista como "la primera manifestación explícita de los objetos y las intenciones de *La nueva historia de Colombia*". En efecto, Melo hacía un balance amplio de la historiografía colombiana, criticaba la historiografía tradicional y constataba el "surgimiento de un nuevo tipo de historiografía", "con nuevos métodos y nuevos intereses"[98]; exponía

---

96 El nombre de "nueva historia" ya se utilizaba en algunos países latinoamericanos a comienzos de los sesenta. Así, por ejemplo, lo había hecho Germán Carrera Damas con su ensayo "Los estudios históricos en Venezuela" (*Cuestiones de historiografía venezolana*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central, 1964) en el cual criticaba la historia tradicional y heroica, propugnaba por una nueva forma de investigar y escribir la historia y señalaba las orientaciones que debían seguirse.

97 Darío Jaramillo Agudelo, "Introducción" a *La nueva historia de Colombia*, Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1976, pág. 20.

98 "En los últimos años se han hecho numerosos intentos para romper con las bases conceptuales de la historia tradicional, mediante el esfuerzo por liberarse del empi-

los factores que habían promovido la aparición de esta historiografía y señalaba el camino a seguir y las tareas por hacer. En esta especie de "manifiesto de la nueva historia", Melo se refería a los estudios de historia cultural de Jaime Jaramillo Uribe, particularmente a su obra *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, como un ejemplo apropiado de la nueva historiografía. De ésta también hacían parte los estudios de historia económica, social y demográfica de autores nacionales (de Nieto Arteta en adelante) y extranjeros (entre otros, David Buschnell, Frank R. Safford, Robert L. Gilmore, John P. Harrison, Fred J. Rippy).

Ciertamente, a comienzos de los años sesenta, bajo la orientación de Jaime Jaramillo Uribe, como se dijo, los estudios históricos recibieron una especial atención en la Universidad Nacional. Jaramillo Uribe había egresado de la Escuela Normal Superior en 1944; inmediatamente fue profesor de la misma Normal durante dos años; en 1946 viajó a Francia y permaneció hasta 1948, como estudiante de la Sorbona. Allí conoció personalmente a Ernest Labrousse, tomó clases con el joven Charles Morazé y adelantó con diversos profesores cursos de historia, sociología, economía, filosofía y política. En 1948 regresó al país y en 1951 ingresó a la Universidad Nacional como profesor de historia universal de la Facultad de Filosofía. En 1953 viajó a Alemania como profesor de historia latinoamericana en la Universidad de Hamburgo, donde permaneció hasta 1956.

Desde su época de estudiante en la Normal, Jaramillo había comenzado a familiarizarse con el pensamiento de algunos autores fundamentales. En el haber de sus muchas lecturas se encontraban las obras de Max Weber, Karl Marx, Émile Durkheim, Ernest Cassirer, Werner Sombart, Georges Gurvitch, Marc Bloch, Henri Pirenne, entre otros. La sociología constituyó una de sus primeras inquietudes intelectuales; incluso, fue la primera persona que en la Normal y en la Universidad Nacional enseñó la sociología moderna. Después esta disciplina recibiría un impulso fun-

---

rismo implícito en los trabajos de esta clase, con el uso de categorías conceptuales más complejas y rigurosas —tipos, definiciones de tendencias, formulación de criterios de análisis estructural—, o mediante la mera ruptura de las limitaciones temáticas. Inclusive esta segunda manifestación del surgimiento de un nuevo tipo de historiografía supone un cambio en la concepción de la realidad histórica misma". JORGE ORLANDO MELO, "Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes", en *U.N. Revista de la Dirección de Divulgación Cultural*, núm. 2, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, enero-marzo de 1969, pág. 24.

damental con Orlando Fals Borda. A su retorno a la Universidad Nacional, Jaramillo tenía ideas muy claras sobre el oficio de historiador y la historia de Colombia. Comprendía la necesidad de formar historiadores profesionales y la urgencia de escribir la historia económica, social y cultural del país, acerca de lo cual el desconocimiento era protuberante. Esta situación resultaba demasiado patente en el campo de la historia colonial, donde la ausencia de estudios documentados con las fuentes de archivo que no fueran simple repetición de las crónicas coloniales, sobre los asuntos económicos, sociales y culturales era total[99]. La historia de Colombia había entonces que comenzar a escribirla desde la época colonial, y este apremio orientó inicialmente su labor en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional, en donde fundó el Departamento de Historia. Aquí, en efecto, se formó un importante grupo de historiadores, integrado por Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Margarita González, Hermes Tovar Pinzón, Gilma Mora de Tovar, Jorge Palacios Preciado, Víctor Alvarez y Medófilo Medina. Todos, con excepción de Medina, se dedicaron a estudiar la época colonial. Por primera vez la Colonia empezaba a contar con un grupo de historiadores profesionales. Así mismo, bajo la dirección de Jaramillo Uribe se inició la publicación del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, revista que se convirtió en el primer órgano de difusión de los nuevos trabajos históricos.

En lo que respecta a la obra del maestro Jaramillo, el nombre de la revista por él fundada expresa con toda claridad su orientación hacia la historia social y cultural, orientación en la que de alguna manera se puede observar la asimilación abierta y original del pensamiento de autores como Weber, Marx, Durkheim y otros que acabamos de mencionar. Esto se refleja en sus trabajos de historia colonial publicados en los números iniciales del *Anuario*. El primero de estos estudios, *Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVIII*, está dedicado a la población negra esclava durante el siglo XVIII[100]. Aquí, Jaramillo elige como punto de partida el problema relativo a la magnitud de la población negra. Si bien la introducción de esclavos africanos comenzó desde los primeros años de la Con-

99 Entrevista con Jaime Jaramillo Uribe, Bogotá, diciembre de 1989.

100 Jaime Jaramillo Uribe, "Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVIII", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (ACHSC), Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1963, núm. 1, págs. 3-62.

quista, sólo hasta el siglo XVII se hizo en escala considerable, cuando había disminuido notablemente la población indígena. En el siglo XVIII, la importancia de la esclavitud y de la población negra llegó a su ápice: para 1789, según el dato que cita de Francisco Silvestre, existían en las provincias de la Nueva Granada 53.788 esclavos. Describe luego los orígenes tribales de los esclavos y las funciones económicas que desempeñaban en el siglo XVIII. Durante esta centuria, el trabajo de la población esclava sustentaba las principales actividades económicas de la Colonia, entre las cuales se contaban las minas de oro y plata, las haciendas de ganado y los trapiches productores de miel, panela y azúcar. También era importante su presencia en oficios artesanales como la carpintería, sastrería, peluquería, zapatería, comercio ambulante y administración doméstica. Con todo, era la minería, donde estaban invertidos los más grandes capitales, el sector que en mayor medida se basaba en el trabajo esclavo.

Acerca de la legislación sobre el esclavo expresa que, con excepción de una que otra norma humanitaria, estaba llena de disposiciones penales de particular dureza; si el Estado protegía a los indígenas, con el negro era en cambio represor y policíaco. Ante la idealización que algunos autores habían hecho del tratamiento que se daba a los esclavos en las colonias españolas, Jaramillo expresa que con la excepción de algunos casos de buen trato y de relaciones patronales de bondadoso tono afectivo, en los archivos hay centenares de causas criminales seguidas a los dueños por malos tratamientos a los esclavos, y a éstos por homicidios, huidas, sublevaciones, etc., lo cual indica que la sociedad esclavista estaba cargada de tensiones, conflictos y odios. Frente a los malos tratos se presentaron reacciones de suicidio e infanticidio entre los esclavos. Así mismo, eran frecuentes las rebeliones, el cimarronismo y la formación de palenques, acerca de lo cual el autor describe numerosos casos. Un aspecto bien novedoso lo constituye sus observaciones sobre las relaciones afectivas entre dueños y esclavos, y sobre los sentimientos de odio y temor recíprocos. Al lado de las relaciones conflictivas señaladas surgían también relaciones amorosas: la mujer negra y la mulata ejercían fuerte atractivo para el hombre blanco; se dieron eventos frecuentes de relaciones extralegales entre los amos y las esclavas; éstas a veces actuaban como iniciadoras sexuales de los hijos de los propietarios; a menudo los amos hacían la promesa de libertad a las esclavas a cambio de sus favores sexuales, y la nota común era el incumplimiento de tal promesa. En varios casos, las relaciones sexuales se acompañaban de elementos sádicos, de violencia

física. También algunos dueños utilizaban a sus esclavas en la prostitución, como una fuente de ingreso. El artículo concluye con un análisis sobre los antecedentes de la crisis de la esclavitud. Este trabajo de Jaramillo Uribe, con su novedoso enfoque cultural, representa la inauguración de la investigación moderna sobre la esclavitud colonial y un antecedente significativo de los estudios afrocolombianos. En cuanto a estos últimos estudios, para el mismo momento, debe mencionarse el trabajo de Aquiles Escalante, *El negro en Colombia*, publicado en 1964[101].

En el artículo "La población indígena de Colombia en el momento de la Conquista y sus posteriores transformaciones", Jaramillo se ocupa del intrincado problema de la magnitud de la población indígena al momento de la Conquista y su declive demográfico posterior[102]. Discute las cifras y los cálculos que se habían efectuado hasta ese momento sobre la población indígena, los procedimientos seguidos por los distintos historiadores, los factores del descenso demográfico y aporta nueva documentación y nuevas cifras sobre la población indígena para las distintas regiones de la Nueva Granada. Aunque los datos han sido superados, el trabajo tiene la virtud de haber puesto al orden del día la cuestión demográfica de la población nativa punto crucial en la polémica sobre la conquista y la colonización española.

En un tercer trabajo Jaramillo Uribe aborda el tema del mestizaje y la diferenciación social durante la segunda mitad del siglo XVIII[103]. Frente a la estratificación de la sociedad colonial en castas socio-raciales, el mestizaje representaba el elemento dinámico por excelencia. El mestizaje, afirma el autor, se dio con cierta celeridad, llegando a ser particularmente

---

101 AQUILES ESCALANTE, *El negro en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1964. Del mismo autor: *El palenque de San Basilio, una comunidad negra en Colombia*, Barranquilla, Imprenta Departamental, 1954. Otros trabajos anteriores son: EDUARDO POSADA y CARLOS RESTREPO CANAL, *La esclavitud en Colombia*, Bogotá, 1932; JOSÉ RAFAEL ARBOLEDA, "Nuevas investigaciones afrocolombianas", en *Revista Javeriana*, núm. 183. Sobre el tema, véase BERNARDO TOVAR Z., *La Colonia...*, págs. 171-174.

102 JAIME JARAMILLO URIBE, "La población indígena de Colombia en el momento de la Conquista y sus posteriores transformaciones", en *ACSHC*, núm. 2., U. Nacional, Bogotá.

103 JAIME JARAMILLO URIBE, "Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII", en *ACHSC*, núm. 3., U. Nacional, Bogotá, 1965.

intenso en la segunda mitad del siglo XVIII. Las autoridades españolas, sin embargo, no tenían una buena imagen del mestizo; consideraban a éste como "vagabundo, inestable, y hacedor de agravios, especialmente contra los indios". Los mestizos eran acusados de "atropellar a los indios, usurparles sus tierras, seducir a sus mujeres, echar sus ganados en sus sementeras, engañarlos con sus vivezas". El calificativo de mestizo, a mediados del siglo XVII, ya se había convertido en insultante. En general, los términos mestizo, mulato y zambo, agrega el autor, se transformaron en conceptos peyorativos que representaban ofensas al honor de quienes se consideraban blancos descendientes de españoles o criollos, hasta el punto de permitir la configuración del delito de difamación. En el siglo XVIII, a la sociedad que había llegado a constituirse, dividida y estratificada en castas socio-raciales bien diferenciadas, se oponía el proceso del mestizaje que tendía a eliminar las diferencias socio-raciales. En ese contexto, los apelativos de mestizo y mulato se vuelven aún más denigrantes y ofensivos; el grupo español y blanco, que se ve amenazado por el creciente mestizaje, defiende con mayor celo e intransigencia sus distinciones y privilegios. Las probanzas de limpieza de sangre se convierten en la nota común del siglo XVIII. Las diferencias raciales actuaban en todos los aspectos de la vida social, teniendo especial incidencia en el matrimonio y la educación. En relación con el primero, durante el siglo XVIII la política de las autoridades españolas iba dirigida a conservar la homogeneidad del grupo blanco, amenazado por el ascenso del mestizaje. Para contraer matrimonio, los hijos menores de 25 años debían obtener el consentimiento de sus padres; la autoridad paterna se reforzó con la Real Pragmática de 1776, al establecer como causa de disentimiento la desigualdad racial de los contrayentes; como consecuencia de lo cual se hicieron muy frecuentes los juicios de "disenso matrimonial", a fines del siglo XVIII. Así mismo, la limpieza de sangre y la legitimidad de nacimiento eran factores de fuerte discriminación (con algunas excepciones) que limitaban el acceso a los establecimientos de educación superior, universidades, colegios mayores y seminarios. Para el desempeño de los oficios contaba también la discriminación: los oficios reputados de nobles (burocráticos, eclesiásticos, de jurisprudencia) eran reservados a los limpios de sangre y los oficios considerados plebeyos, de trabajo manual (oficios artesanales, profesiones de maestro de escuela y cirujano) eran dejados a las castas de mestizos, pardos y gentes con raza de la tierra. Finalmente, el tratamiento de don que se le daba a una persona era signo de ser considerado

como blanco y limpio de sangre. Por eso los criollos y los españoles apetecían el uso del don y lo defendían celosamente contra las usurpaciones, lo cual motivó frecuentes conflictos durante el siglo XVIII. Puede afirmarse que con este estudio, lleno de novedades y sugerencias, Jaramillo abre la nueva historia socio-cultural de la Colonia.

Vista en su conjunto, la nueva historia que planteaba Jaramillo Uribe partía del estudio de los grupos socio-raciales básicos de la sociedad colonial: indios, negros, mestizos y blancos. De éstos, se ocupaba en primer lugar, de la esclavitud de la población negra, a propósito de la cual tocaba aspectos que resultaban muy novedosos, tales como las relaciones amorosas, los sentimientos de odio y temor y las rebeliones de los esclavos. Seguidamente, Jaramillo abordaba la población indígena en el contexto de la historia demográfica: planteando el problema de su magnitud en el momento de la Conquista y después de ésta. Juan Friede, como atrás se indicó, ya se había preocupado por este problema pero no a nivel global, como lo enfocaba Jaramillo, sino en relación con los indios Quimbaya y Andakí. Sobre este asunto demográfico aparecieron luego los trabajos de Juan Friede sobre la Provincia de Tunja[104], de Germán Colmenares sobre Pamplona[105], de Darío Fajardo sobre la Provincia de Vélez[106], de Hernando Gómez Buendía sobre la Provincia de Tunja[107], y el balance historiográfico de Hermes Tovar Pinzón[108]. Con la excepción de los trabajos posteriores de Germán Colmenares y de Julián Ruiz Rivera, como veremos, y de la síntesis realizada por Jorge Orlando Melo[109], la historia demográfica colonial entraría en un prolongado receso.

---

104 Juan Friede, "Algunas consideraciones sobre la evolución demográfica de la provincia de Tunja", en *ACHSC*, núm. 3, U. Nacional, Bogotá, 1965.

105 Germán Colmenares, *Encomienda y población en la provincia de Pamplona* (1549-1650), Bogotá, U. de los Andes, 1969.

106 Darío Fajardo, *El régimen de la encomienda en la provincia de Vélez (Población indígena y economía)*, Bogotá, U. de los Andes, 1969.

107 Hernando Gómez Buendía, "Análisis demográfico y social de 7 poblaciones de la provincia de Tunja en el siglo XVIII", en *ACHSC*, núm. 5, U. Nacional, Bogotá, 1970.

108 Hermes Tovar Pinzón, "Estado actual de los estudios de demografía histórica en Colombia", en *ACHSC*, núm. 5, U. Nacional, Bogotá, 1970.

109 Jorge Orlando Melo, *Historia de Colombia*, Medellín, Ed. La Carreta, 1977, págs. 63 y ss.

Finalmente, Jaramillo Uribe al ocuparse de la estratificación de las castas coloniales y el proceso de mestizaje, esbozaba nuevos temas como el del matrimonio y la familia y acotaba algunos elementos simbólicos de la discriminación social como el uso del don. En cuanto a la historia de la familia existía, como atrás se observó, lo desarrollado por Hernández Rodríguez sobre la familia chibcha, y la obra pionera de Virginia Gutiérrez de Pineda, *La familia en Colombia*, publicada en 1963. En este trabajo la autora estudiaba las formas que asumía la familia en la población indígena, negra, hispana, criolla y mestiza; se refería a la estratificación socio-racial y a su incidencia en la organización familiar; consideraba finalmente la política de la Iglesia y del Estado, la imposición del matrimonio católico y la aculturación del indio y del negro en función de la familia[110]. Después de los estudios mencionados, el tema de la familia colonial sería retomado por Germán Colmenares y, más recientemente, por Pablo Rodríguez y otros historiadores.

La historia colonial que aparecía en los años sesenta comprendía otros temas, tales como el desarrollado por Friede sobre la encomienda, la propiedad territorial y el mestizaje[111]. Incluía también los provechosos artículos de Santiago Sebastián sobre la arquitectura colonial y la significación de los grabados en la cultura neogranadina, y el aporte de Alberto Corradine a la historia de la arquitectura colonial en Zipaquirá[112].

La Colonia estructural

Como ha podido apreciarse, en la historiografía colonial de los años sesenta no tenían una presencia ostensible los estudios de historia económica. Esta ausencia era evidente y los llamados a desarrollar tales estudios pronto se escucharon. Precisamente Jorge Orlando Melo al señalar las

---

110 VIRGINIA GUTIÉRREZ DE PINEDA, *La familia en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1963.

111 JUAN FRIEDE, "De la encomienda indiana a la propiedad territorial y su influencia sobre el mestizaje", en *ACHSC*, núm. 4, U. Nacional, Bogotá, 1969.

112 SANTIAGO SEBASTIÁN, "Hacia una valoración de la arquitectura colonial", en *ACHSC*, núm. 2, U. Nacional, Bogotá, 1964; "La importancia de los grabados en la cultura neogranadina", en *ACHSC*, núm. 3, U. Nacional, Bogotá, 1965; ALBERTO CORRADINE, "Consideraciones sobre la arquitectura colonial en Zipaquirá", en *ACHSC*, núm. 4, U. Nacional, Bogotá, 1969.

tareas urgentes de la investigación histórica, expresaba que era necesario: primero, "someter a una reelaboración crítica el material aportado por la historiografía tradicional"; segundo, ampliar los estudios hacia aquellos períodos abandonados (por ejemplo, el siglo XVII y con mayor urgencia el siglo XX); y tercero, enfrentar "los temas esenciales de la historia económica y social"[113]. Y en efecto, los años setenta vieron aparecer, con no poco retardo en relación con otros países latinoamericanos[114], los estudios de mayor elaboración y novedad en el ámbito de la historia económica y social. Por eso, con razón, el poeta Jaramillo Agudelo definía "La nueva historia de Colombia" como "el estudio histórico enfocado bajo los aspectos social y económico, bajo los parámetros del estudio regional y de la monografía histórica"[115].

Para emprender este estudio se partía de una propuesta de "historia científica", cuyo propósito consistía en establecer las estructuras que se formaron en la Colonia y que todavía incidían en el acontecer contemporáneo. En la presentación de uno de los primeros trabajos documentales de la nueva historia se decía que "la simple exaltación de la obra española —o su rechazo— no puede sustituir la complejidad de una tarea más urgente: comprender en su integridad la fijación de ciertos rasgos de nuestra cultura (formación de estructuras) que afecta, todavía, la reflexión y la acción en la vida americana"[116].

Los conceptos de estructura y larga duración se adoptaron entonces como postulados centrales de la nueva historiografía. Se consideraba que

---

113 "Mientras no se hagan monografías adecuadas sobre instituciones como la encomienda, el resguardo o el concierto indígena, y sobre temas como el comercio neogranadino durante la Colonia y la República, la promoción de la propiedad territorial, el origen y desarrollo de la industria moderna, las condiciones reales de vida de los diversos grupos sociales a lo largo de la historia nacional, etc., toda explicación de conjunto que se ofrezca del proceso histórico nacional es parcial e inexacta" J. O. MELO, "Los estudios históricos...", págs. 40, 41.

114 Para un estado de la historiografía económica latinoamericana a comienzos de los años setenta, véase HERACLIO BONILLA, ENRIQUE FLORESCANO, JAN BAZANT y otros, *La historia económica en América Latina*, México, Ed. SepSetentas, 1972, 2 vols.

115 DARÍO JARAMILLO AGUDELO, "Introducción"..., pág. 21.

116 GERMÁN COLMENARES, MARGARITA DE MELO y DARÍO FAJARDO, *Fuentes coloniales para la historia del trabajo en Colombia*, Bogotá, U. de los Andes, 1968. El texto contenía un material documental para el estudio de "una de las estructuras fundamentales del mundo colonial o del módulo colonial, la organización del trabajo", pág. 7.

en la Colonia se habían gestado complejas estructuras económicas y sociales, las cuales, en la larga duración, tenían que ver con la problemática de los tiempos actuales, entre otros, con los siguientes asuntos: la situación de atraso, subdesarrollo y dependencia de nuestro país; la conformación de las clases y desequilibrios sociales; la discriminación racial de las poblaciones indígena y negra; la propiedad de la tierra y el problema agrario; la práctica del "caciquismo", del "clientelismo" y la "vocación burocrática", etc. Así pues, a través de la larga duración, el estudio de la Colonia conservaba toda su vigencia en el presente. Para algunos historiadores, esa vigencia de la historia colonial no se limitaba a un acto de comprensión para el presente, sino que se ligaba a una empresa política de liberación social[117].

Dentro de las disciplinas sociales, se consideraba que la economía y la sociología (para algunos, especialmente de corte marxista) eran las ciencias que debían implicarse en la historia para el conocimiento del pasado y del presente, y tenían además la función escatológica de guiar la construcción de la sociedad paradisíaca del futuro.

La recepción del marxismo se expresaba, lo que por además es obvio, en la esperanza mesiánica de los historiadores que establecían un nexo entre historia y revolución: nueva historia para la revolución con la cual se iniciaría el advenimiento de la nueva patria socialista, utopía que había recibido un enorme empuje con el triunfo de la revolución cubana. En general, con mayor o menor peso, el marxismo tuvo un ascendiente sobre casi todos los nuevos historiadores de la época colonial.

En las formulaciones de esta nueva historia colonial se escuchaban voces diversas que hacían eco a la nueva historiografía marxista francesa, inglesa y latinoamericana; a los postulados de la escuela de los *Annales*; y a los procedimientos de cuantificación, tanto de la población, derivados

---

117 Así, por ejemplo, HERMES TOVAR PINZÓN elegía como destinatarios de su primer libro "especialmente a todas la fuerzas progresistas de América Latina que en una u otra forma luchan por la liberación del Continente". Tovar Pinzón presentaba a la opinión "el concepto acerca del modo de producción precolombino", que había elaborado basándose en los planteamientos de Marx sobre las sociedades asiáticas, concretamente sobre el modo de producción asiático: "Su conocimiento y su estudio —agregaba Tovar Pinzón— descartado por muchos marxistas, será la base que permita a los países oprimidos buscar los caminos de su liberación". *Notas sobre el modo de producción precolombino*, Bogotá, Ed. Aquelarre Ltda., 1974, pág. 2.

principalmente de la escuela de Berkeley, como de las variables económicas, bajo el influjo de las historiografías cuantitativas de la economía. Naturalmente, ese conjunto heterogéneo de vertientes historiográficas es asimilado en disímiles formas por los nuevos historiadores.

La historia estructural llevaba consigo la puesta en práctica de nuevas actitudes historiográficas, entre las cuales cabe subrayar: a) se debía comenzar, según la conocida metáfora arquitectónica de la base y la superestructura, por el estudio de lo determinante: los factores económicos, en tanto que el Estado, la Iglesia, las instituciones jurídicas y la ideas quedaban para después (generalmente, un después que nunca llegaba); b) la atención debía recaer sobre los procesos estructurales impersonales y no sobre los acontecimientos y sucesos particulares; sobre el entramado de las relaciones y condiciones sociales objetivas y no sobre los elementos individuales y subjetivos. De hecho, se descartó la historia de los personajes y, en general, la biografía; c) para llegar al conocimiento de lo anterior era necesario seleccionar los documentos más cercanos al registro directo de los hechos y por lo tanto "más objetivos"; fuentes documentales como las crónicas coloniales no estuvieron en la mira de la historia estructural; d) la periodización y el plan temático del texto venían impuestos por la duración y jerarquización causal de los procesos (de lo económico a lo social, de esto a lo político e ideológico, etc.); e) la escritura del texto, el discurso histórico, se organizaba y desplegaba siguiendo la mencionada configuración arquitectónica del acontecer histórico; la forma propiamente narrativa, el relato del acontecimiento, de los sucesos y de las tramas individuales no tenían cabida en el mecanismo discursivo de la historia estructuralista.

Pese a las múltiples vertientes historiográficas, eran los paradigmas marxistas los que parecían captar con mayor insistencia las inquietudes teóricas y metodológicas de los historiadores. Empero, la mirada más superficial a la época colonial hacía comprender de inmediato que esta historia no encajaba en los tradicionales modelos marxistas de la historia universal. Esto imponía, dentro de la perspectiva marxista, una búsqueda que llevaba a muchos de los nuevos historiadores a apartarse de la ortodoxia del materialismo histórico, sobre todo de configuración soviética. Esa búsqueda condujo a importantes debates acerca de la aplicación de los conceptos de modo de producción y formación económico-social, lo cual, en cierta forma, incentivó la investigación de la historia colonial.

Al paso de aquellos debates tomaba cuerpo otra importante discusión sobre la relación entre modelo teórico, posición política e investigación empírica, debate en el que se enfrentaban las posiciones dogmáticas y mecanicistas de un lado, y las más abiertas y creadoras, del otro[118]. *Mutatis mutandis*, esta polémica continúa siendo de algún modo ilustrativa, en tanto se inscribe en el problema metodológico sobre las relaciones entre los modelos teóricos generales, las corrientes intelectuales del momento y la investigación específica de un acontecer histórico concreto.

Con las nuevas investigaciones de perspectiva estructural, por primera vez en Colombia se contaba con una historia que descorría el velo de una cara de la Colonia hasta ese momento desconocida. Entre las obras notables de esta historia están las de Germán Colmenares, el investigador más conspicuo de la historia colonial.

La obra de Germán Colmenares: de la historia económica y social a la historia cultural de la Colonia

En 1969 Germán Colmenares publicó sus dos primeros trabajos sobre historia colonial: uno sobre las haciendas de los jesuitas[119] y otro sobre la provincia de Pamplona[120]. El primero, concebido durante un estudio de maestría en la Universidad de Chile (1967-1968), y realizado bajo la dirección del historiador Rolando Mellafe, se ocupa de la Compañía de Jesús en el aspecto estrictamente económico.

---

118 "La ausencia de estudios concretos sobre la formación económico-social colombiana hace posible posturas dogmáticas, a veces un poco infantiles cuando se ven confrontadas con la necesidad de realizar un trabajo serio y paciente. Los esquemas más generales y abstractos tienden a sustituir de una manera fácil este tipo de trabajo con el pretexto de una ortodoxia y de la urgencia de tomar posiciones. En Colombia, al menos, no parece haber llegado el momento de distinguir claramente entre el trabajo intelectual y una acción política más o menos caótica. De allí resulta una cierta incapacidad de plantearse un problema en presencia de una formación adecuada. La labor de reflexión parece ociosa si no se le pone a prueba inmediatamente en alguna escaramuza política. Y ni siquiera los conceptos se elaboran para orientar la acción sino para aplastar a algún adversario". GERMÁN COLMENARES, *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes. Siglo XVIII*, Cali, Universidad del Valle, 1975, pág. 9.

119 GERMÁN COLMENARES, *Las haciendas de los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1969.

120 GERMÁN COLMENARES, *Encomienda y población en la provincia de Pamplona*. (1549-1650), Bogotá, Universidad de los Andes, 1969 (impreso en multilith).

De entrada Colmenares descarta la ubicación de su investigación en el contexto del debate ideológico que siempre se ha suscitado entre defensores y detractores de la Compañía, cuando se analiza la historia de la orden religiosa en el siglo XVIII, en especial, el hecho de su expulsión de los territorios imperiales en agosto de 1767. Al margen de esta discusión ideológica, Colmenares se propone indagar una historia mal conocida: la de los hechos económicos, lo cual sitúa la contraversión en otro terreno. Uno de los interrogantes básicos del trabajo se refiere al origen y proceso de formación de los bienes de la Compañía, la cual en el lapso de siglo y medio logró acumular una inmensa riqueza, sin parangón en el Nuevo Reino de Granada. Para hallar la respuesta, el autor excluye de inmediato "el prejuicio que suele atribuir a la 'devoción' y a los legados provocados indefinidamente el crecimiento de la fortuna jesuítica (...). Existían factores puramente económicos, a la par que características sociales, que se combinaban de maneras inesperadas para dar este resultado"[121]. Descartado el factor de la devoción y considerando la orden religiosa como un empresario económico, el trabajo muestra la organización económica de la Compañía, con su sistema de jerarquías; describe la función económica de los colegios, los cuales, ubicados en un medio urbano, constituían entidades financieras autónomas que orientaban la producción de las haciendas al mercado y cuya acción social, así mismo, contribuía a canalizar efectos económicos. La parte central del texto corresponde al estudio de las haciendas: aquí se describen los elementos de racionalidad económica que tenía la administración de las haciendas (la contabilidad, etc.), el proceso de adquisición de tierras, los sistemas de trabajo en las haciendas, su producción y su vinculación al mercado. Al presentar el funcionamiento de los colegios y en especial de las haciendas de la Compañía de Jesús, institución cuya actividad económica se centró precisamente en la agricultura, el trabajo de Colmenares constituye un acercamiento a la historia agraria del siglo XVIII.

El trabajo sobre las haciendas de los jesuitas expresa, con toda claridad, la adopción que hacía Colmenares del punto de vista económico y social como el más apropiado y fructífero para el análisis histórico. Al

---

121 Germán Colmenares, *Las haciendas...*, pág. 16. "Pero exagerar la 'devoción' de las gentes en el período colonial para deducir de allí una respuesta social sobre el incremento de los bienes de la Compañía resulta truculento. Significa ignorar también ciertos criterios puramente económicos que indujeron a la orden a adquisiciones cuya rentabilidad estuviera suficientemente garantizada" (pág. 25).

mismo tiempo, dicho trabajo marca, para el joven historiador, el tránsito de la historia sociopolítica del siglo XIX[122], a la historia económica y social de la Colonia, la cual empezaría a desarrollar con rigor y suficiencia. De una parte, como ya se dijo, era verdaderamente ostensible el vacío que existía en la historiografía colombiana acerca de la historia económica y social de la época colonial; de otra parte, las inclinaciones intelectuales del momento y las corrientes historiográficas vigentes colocaban en el primer plano de todas las preocupaciones el estudio de la estructura económica y social.

En el trabajo sobre Pamplona, Colmenares aborda el tema crucial de la población indígena en el momento de la Conquista y su subsecuente hecatombe demográfica. El problema de la población indígena era una temática desarrollada por la escuela de historia demográfica de Berkeley, en donde Woodrow Borah, Sherburne Cook y Lesley Simpson habían realizado notables trabajos sobre México, los cuales se convirtieron en modelo para este tipo de investigaciones[123]. Con la atención puesta en dicho problema, Colmenares expresa que el interés más grande de la investigación monográfica reside "en conocer en detalle las reacciones de una curva demográfica de población aborigen frente a las modalidades de poblamiento español"[124]. En desarrollo de esto el autor esboza varios temas que serán objeto de mayor ampliación en sus obras posteriores y que constituyen planteamientos sustantivos de su historia colonial.

El factor demográfico de la población indígena —de cuyo estado primitivo el autor hace la descripción— permite en un comienzo el asentamiento de los conquistadores y propicia posteriormente cambios estructurales en el establecimiento español. La fundación de ciudades —la forma urbana de la ocupación española—, y el laboreo de las minas —un objetivo

---

122 GERMÁN COLMENARES, *Partidos políticos y clases sociales*, Bogotá, Ediciones Universidad de los Andes, Bogotá, 1968. Esta es su primera obra histórica, escrita a los 22 años de edad.

123 En el desarrollo inicial de los estudios de historia demográfica en América Latina tuvo influencia, además del grupo de Berkeley, la escuela francesa. El primer intento de aplicar el método de Louis Henry a las características de la población latinoamericana lo realizó MARÍA LUISA MARCILIO en su trabajo sobre la población de Sao Paulo (1750-1850). Posteriormente se integró también el aporte de los historiadores ingleses.

124 GERMÁN COLMENARES, *Encomienda y población...*, pág. 7.

central de tal ocupación— plantean de hecho el problema de los abastecimientos, los cuales son obtenidos de los indígenas mediante la institución de la encomienda. Sobre los indígenas recaen inicialmente todas las labores productivas: el trabajo en las minas, el transporte, los oficios agrícolas (como gañanes, arrieros, vaqueros, y en menor medida ovejeros y porqueros), las ocupaciones artesanales (como tejedores, tapiadores, olleros, aserradores, horneros de trapiche y otros) y el servicio doméstico; las indias, además del servicio de la casa, eran hilanderas, molineras, panaderas, amas, etc. Con el correr del tiempo este esquema inicial sufre transformaciones ocasionadas principalmente por el proceso de extinción de la población aborigen, proceso que el autor estudia cuidadosamente: tanto el cálculo de las cifras de población (obtenidas con base en las visitas a la tierra) como los cambios que dicho proceso genera en la sociedad. La encomienda, ligada al destino de la población indígena, se asocia al proceso de extinción y éste, a su turno, provoca la crisis de la encomienda e influye de modo decisivo en la decadencia de las minas de Pamplona a comienzos del siglo XVII, circunstancia que trae una presión mayor sobre los indígenas supervivientes[125].

La ocupación española, expresa Colmenares, lleva aparejada la apropiación de la tierra. El encomendero goza en los primeros tiempos del usufructo de propiedades cuyos títulos no podía exhibir. Los cabildos, controlados por los encomenderos, reparten solares urbanos y estancias rurales. En 1602 se empieza a otorgar resguardos a los indígenas de Pamplona. En principio, la asignación de resguardos buscaba concentrar a los indígenas sobrevivientes en torno a poblaciones para procurar su acrecentamiento y para facilitar la acción de los doctrineros. En los resguardos, sin embargo, los indígenas eran víctimas de los ganados que devoraban con toda libertad sus cultivos.

En contraste con la región minera de Pamplona, en la monografía sobre la provincia de Tunja[126] Colmenares se propone abordar la economía

---

125 "Pudo asociarse siempre el debilitamiento general de la economía con el fenómeno de la despoblación, pero la necesidad de mantener un ritmo de producción metalífera y de abastecer los centros mineros y la ciudad de Pamplona presionaba cada vez con mayor intensidad sobre los indígenas supervivientes". (*Ibid.*, pág. 42).

126 GERMÁN COLMENARES, *La provincia de Tunja en el Nuevo Reino de Granada. Ensayo de historia social (1539-1800)*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1970. Conviene hacer notar que las monografías sobre Pamplona y Tunja, así como la colección documental

y la sociedad de una región no minera, aunque sí relacionada con este tipo de producción. Cuatro grandes capítulos conforman esta monografía, cuyos títulos son ilustrativos de su concepción historiográfica: los hombres, la catástrofe demográfica, las formas de dominación y la tierra.

En el primero estudia la organización social y económica de los indígenas que habitaban la Provincia y sus modificaciones bajo el dominio de conquistadores y encomenderos. La mayor de todas las modificaciones, segundo capítulo, corresponde a la catástrofe demográfica de la población nativa en los siglos XVI y XVII. Con base en los datos de las visitas y en los cálculos efectuados según los índices por tributario, el autor establece las siguientes cifras, que dan una idea del pasmoso descenso de la población indígena en la provincia de Tunja: mientras que para 1551 había 61.500 tributarios y una población total de 195.800 indígenas, para 1635-36 los tributarios habían descendido a 8.610 y la población total a 41.328 indígenas[127]. Entre otros aspectos, la caída vertical de la poblacion nativa tuvo incidencia directa en la política de poblamiento y en el sistema de agregación de pueblos. Las causas de la catástrofe eran siempre las mismas: las epidemias, el impacto cultural, el trabajo en las minas de Mariquita y Pamplona, el transporte, la separación entre los sexos por la asignación de oficios diferentes a hombres y mujeres, etc. De inmediato el vacío demográfico indígena no era cubierto por la población mestiza que surgió principalmente en las ciudades, residencia permanente de los españoles. Sólo en el transcurso del siglo XVII comenzó a ser notoria la presencia de los mestizos en el ámbito rural y a operarse, a mediados de dicho siglo, una sustitución demográfica que a largo plazo terminaría con el dualismo racial. Los mestizos que no estaban sometidos a pagar tributo, podían alquilarse libremente; algunos desempeñaban oficios artesanales, o se dedicaban al comercio; otros se convirtieron en propietarios de estancias o arrendatarios, y una buena parte presionaba sobre la tierra de los resguardos. En el siglo XVIII, desaparecida la población indígena y con ella el tributo y la dualidad racial, fue necesario adoptar nuevas formas de

---

sobre las *Fuentes coloniales para el estudio del trabajo*, atrás citada, corresponden al proyecto de investigación histórica adelantado por Colmenares en la Universidad de los Andes. A este "ciclo de los Andes" pertenece también la monografía de DARÍO FAJARDO, *El régimen de la encomienda en la provincia de Vélez (Población indígena y economía)*, Bogotá, U. Andes, 1969, efectuada bajo la orientación del profesor Colmenares.

127 GERMÁN COLMENARES, *La provincia de Tunja...*, pág. 68.

organización que tuvieran en cuenta la realidad social impuesta por el mestizaje. El estudio de las formas de dominación comprende, en primer lugar, el tributo indígena, el cual constituye formalmente la parte sustancial de la encomienda, aunque ésta, en la práctica, permitía además disponer indiscriminadamente de la fuerza de trabajo indígena para los trabajos en las estancias, labranzas y otros oficios (los llamados servicios personales). El tributo es descrito desde su fase inicial de exacción anárquica, hasta su etapa de regulación estadual que disponía: la tasación de los tributos en oro, en mantas y otros productos; la obligación de hacer labranzas (de trigo, cebada, maíz, etc.) para los encomenderos; la exigencia de suprimir los servicios personales; la uniformidad del tributo y su individualización, etc. A cambio de los servicios personales gratuitos se introduce el salario, el cual se regulariza en el concierto agrario.

Otras formas de dominación correspondían a la mita para las minas de Mariquita (que se convirtieron en los sepulcros de los indígenas del altiplano), a la mita urbana y a los obrajes. El último capítulo se ocupa de los mecanismos de apropiación de la tierra (usufructo por parte de los encomenderos, ocupaciones de hecho, reparto de tierras por el cabildo y la audiencia), de la asignación de los resguardos, de los conflictos en torno a estas unidades territoriales y del proceso de su extinción iniciado en la segunda mitad del siglo XVIII.

De los trabajos monográficos Colmenares pasa a una obra global sobre la historia social y económica de la Nueva Granada en los siglos XVI y XVII[128]. En esta obra el autor integra los aportes de aquellos trabajos monográficos y amplía la investigación hasta lograr su objetivo de una visión de conjunto. Correspondiendo a esta estrategia, el libro comienza con la descripción del proceso de conquista y la ocupación territorial de la Nueva Granada, en lo cual desempeña una función primordial la búsqueda de oro, la ubicación de la población indígena, la localización de los recursos mineros y la fundación de ciudades. Seguidamente el autor estudia la organización de los grupos indígenas originales y el proceso de aculturación subsiguiente a la Conquista. Los parámetros del análisis de la población indígena es el que ya conocemos, sólo que ampliado al panorama de la Nueva Granada. Colmenares avanza la cifra de tres millones de indíge-

---

128 GERMÁN COLMENARES, *Historia económica y social de Colombia, 1537-1719*, Cali, Universidad del Valle, 1973.

nas para la población total del territorio de la Nueva Granada en el momento de la Conquista[129]. Observa así mismo que la catástrofe demográfica fue más pronunciada en la zona occidental del país que en la zona oriental. Acerca de las formas de dominación sigue los lineamientos ya presentados para la provincia de Tunja, lo mismo que para el proceso de apropiación de la tierra. En el tema del oro trae toda una variedad de nuevos desarrollos, los cuales se relacionan, entre otros aspectos, con los ciclos de la producción minera, la descripción de los distintos distritos mineros, el empleo de indígenas en las minas, el comercio de esclavos negros y su introducción en la explotación minera, las crisis de la minería y el nexo fiscal de la producción minera con el tesoro real (las cajas reales).

Pasada la etapa de Conquista, durante la cual los españoles se apropiaron del oro acumulado por los indígenas, se distingue un primer ciclo en la producción de oro que tiene como base entre otros factores el empleo de fuerza de trabajo indígena mediante la encomienda; viene luego un segundo ciclo caracterizado por el empleo de mano de obra esclava. A partir de 1580 se hizo necesario el empleo masivo de esclavos en la producción minera, lo cual dependía del comercio negrero; esto creó fricciones entre los mineros y los comerciantes proveedores de esclavos. Todo el sistema económico colonial descansaba sobre la continuidad de la producción minera. En ésta, sin embargo, se presentaban crisis que obligaban a ampliar la frontera minera con la explotación de nuevos yacimientos. Las crisis de los distritos mineros estaban asociadas a la escasez de mano de obra, a su aislamiento y dificultades de abastecimientos, a problemas técnicos y al agotamiento de las minas. *Grosso modo*, después del auge minero del siglo XVI, se presentó una crisis en el siglo XVII, para sobrevenir luego un nuevo auge minero en el siglo XVIII; en la base de cada uno de estos ciclos se encontraban regiones mineras diferentes. El libro termina con un análisis de la sociedad colonial del siglo XVII, en el que se subrayan los contrastes entre el poder colonial y los poderes locales, y además el juego de las alianzas, el sistema burocrático, la conformación de los linajes aristocráticos y el poder económico, la función del mestizaje y otros aspectos semejantes. Esta obra de Colmenares, de largo aliento,

129 *Ibid.*, pág. 71.

extensa en la información y densa en el análisis, representa el primer hito de la historiografía económica y social sobre la época colonial.

Hasta ahora, toda la historia económica y social escrita por Colmenares correspondía en buena parte al Nuevo Reino, quedando en segundo plano la provincia de Popayán. Coincidiendo con su estadía en la Universidad del Valle emprende el estudio de esta provincia, mediante el trabajo monográfico, forma como acostumbraba iniciar la incursión en la historia de una gran región. Producto de ello es la historia dedicada a Cali[130]. Un aspecto sobresaliente de este libro es el estudio sobre las haciendas que se formaron en las últimas décadas del siglo XVIII, las cuales sucedieron a los antiguos latifundios. Estos eran enormes extensiones de tierra, con una función más de prestigio social que de explotación económica, que correspondía a la conservación de un linaje. La hacienda, en cambio, tenía una importancia eminentemente económica, como unidad productiva vinculada a los mercados de las ciudades y de los centros mineros (Chocó, Dagua, Raposo). Había haciendas cuantiosas en ganado (Alisal, Arroyohondo, Trejo, etc.) que participaban en el abasto de tales mercados. Así mismo, había haciendas que tenían trapiche y cultivo de caña de azúcar, producían miel para la fabricación de aguardiente, que tenía gran demanda entre los esclavos de las minas; también había cultivos de maíz, arroz y fríjol con destino a los yacimientos mineros. Con frecuencia, minas y haciendas pertenecían a un solo propietario; entre las dos unidades existía un empleo alternativo de mano de obra esclava, y las haciendas actuaban también como espacios apropiados para la reproducción de los esclavos. Las haciendas se fueron gravando con censos y capellanías, que eran las formas institucionales de crédito de la época. El trabajo continúa con el análisis de estas instituciones de crédito; pasa luego a la descripción de la producción minera, del comercio, de la organización de la ciudad de Cali y de los grupos sociales, cuyas distinciones aparecen en función de la raza, de la magnitud de las propiedades o del oficio.

El estudio de Cali le abre a Colmenares la historia de la región occidental. En 1979 publica el segundo tomo de la historia económica y social, dedicado a la provincia de Popayán[131], que representa su trabajo

---

130 GERMÁN COLMENARES, *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes*. SIGLO XVIII, Cali, Universidad del Valle, 1975.

131 GERMÁN COLMENARES, *Historia económica y social de Colombia*, t. II, *Popayán: una sociedad esclavista, 1680-1800*, Bogotá, Ed. La Carreta, Bogotá, 1979.

de mayor elaboración. El tema focal del libro es el problema de la esclavitud. Como era usual en Colmenares, la investigación de un tema siempre la acompañaba con la lectura de trabajos similares o de alguna manera relacionados con tal temática, elaborados para otros espacios[132]. En este caso, con intención metodológica, Colmenares dirige su mirada a la historiografía norteamericana sobre la esclavitud y discute las obras de los autores en quienes considera que se ejemplifica tal avance metodológico: Robertt W. Fogel y Stanley L. Engerman, de la escuela que se ha denominado *New Economic History*, y Eugene D. Genovese. Sobre el primer enfoque concluye que los métodos preconizados por la mencionada escuela resultan inadecuados para el tratamiento histórico de economías precapitalistas, como es el caso de economía colonial, en la cual estaba inscrito el sistema esclavista[133]. El autor parece inclinarse más bien por Genovese, de quien pondera su "exploración magistral del complejo ideológico que envolvía a amos y esclavos". De este historiador destaca su insistencia en el análisis de la herencia legal, moral, religiosa e institucional para poder explicar la historia concreta del esclavismo. "Las tesis demasiado rígidas —dice Colmenares— sobre el significado económico de la esclavitud marginan aspectos éticos y sicológicos que exigen un tratamiento muy complejo, como lo demuestra el estudio de Genovese"[134].

---

132 Ya hemos señalado la influencia de la escuela de Berkeley en sus estudios demográficos. De igual modo, para el conjunto de la historiografía económica y social de su primera etapa se pueden indicar muchos autores de los cuales Colmenares derivó alguna inspiración; entre ellos Rolando Mellafe, Alvaro Jara, Silvio Zavala, Charles Gibson, Magnus Mörner, E. Hamilton, Francois Chavalier, Jaime Jaramillo, Juan Friede, Carl O. Sauer, James Lockart, Mario Góngora, D.A. Brading, W. Kula, E. Polanyi, Pierre Vilar, Pierre Chaunu, Frederic Mauro, Ruggiero Romano, Marcelo Carmagnani y Fernand Braudel, quien dirigió sus investigaciones en Sevilla (España). Esta indicación se refiere únicamente a historiadores, pues otras eran sus profusas lecturas teóricas.

133 "Las relaciones establecidas por la moderna teoría económica para los elementos de un sistema no pueden extrapolarse a otro en el que factores no económicos juegan un papel que debe aclararse previamente". (G. COLMENARES, *Historia económica y social*... t. II, pág. 30)

134 *Ibid.*, pág. 32. "La tesis de Genovese sobre la esclavitud como fundamento del sistema social en cuestión se ha resuelto en una historia social y de mentalidad colectiva más bien que en un argumento económico (...). Para el examen del esclavismo en la época colonial hispanoamericana el marco teórico que proporcionan los estudios de Genovese, tanto como su visión de un complejo social en el que predominan ciertas

La necesidad de tener en cuenta factores ideológicos y de mentalidad había sido enunciada (pero no desarrollada) por Colmenares en su obra sobre Cali[135]. Se trata de un cambio profundo en la perspectiva historiográfica de Colmenares, que empieza a reflejarse en la obra sobre la Gobernación de Popayán.

En el orden temático el libro comienza con un análisis detallado de la trata de negros y del mercado de Popayán; continúa con el estudio de las cuadrillas de esclavos, en el cual se abordan temas como el comportamiento demográfico, la dieta, los abastecimientos y las enfermedades de los esclavos; seguidamente se tratan las manumisiones, las rebeliones, el cimarronaje y la ideología de la esclavitud (la doctrina oficial, los sentimientos privados, la religión como control ideológico, etc.). Viene luego la descripción minuciosa sobre la organización, funcionamiento, producción y rentabilidad de las minas de la Gobernación de Popayán; como aspecto de interés, discute aquí el modelo seguido por William F. Sharp para calcular la rentabilidad del sistema esclavista de las minas del Chocó, modelo inspirado en los métodos de la *New Economic History*. En íntima relación con la economía minera se plantea el estudio de las haciendas, siguiendo en general los lineamientos esbozados en la monografía sobre Cali. La última parte está destinada a la sociedad y la política. Sobresalen las observaciones acerca de los estilos de vida de terratenientes, mineros y comerciantes; el sistema de clientela de las familias poderosas; el *status* social de artesanos, pequeños propietarios, muleros, jornaleros; los vagos, la embriaguez y el abigeato. Destaca el estudio de la institución familiar, el carácter patriarcal de la sociedad, el matrimonio, el *status* de la mujer y

---

actitudes y valores, orienta mucho más hacia la compresión de una totalidad social que la mera comprobación empírica de un aspecto de la economía" (*Ibid.*, pág. 130).

135 Acerca del estudio de la esclavitud, Colmenares expresaba en su historia de *Cali*, que "sólo una exploración de la historia social, del estilo de las que ha llevado a cabo en Colombia Jaime Jaramillo Uribe o en los E. U. Eugenio D. Genovese, y un 'modelo' que tenga en cuenta factores tanto ideológicos como cuantitativos, podrían dar cuenta a cabalidad del fenómeno". (*Cali...*, pág. 26). Recuérdese, en efecto, los novedosos temas de historia social y cultural planteados por Jaramillo Uribe en 1963, a propósito de los "Esclavos y señores". Resulta curioso que haya sido la historia de la esclavitud la que ha permitido a todos estos historiadores ir más allá de la economía o de las condiciones materiales para abordar aquellos novedosos temas de la historia cultural.

de los hijos. Llama también la atención las acotaciones sobre el sentimiento de precariedad de la vida humana que se expresaba en los testamentos, sobre las vocaciones religiosas y los conventos, sobre los sentimientos y las actitudes ante las epidemias y las malas cosechas. En el punto de la política, la descripción se centra en el cabildo y sus nexos con los grupos notables de la provincia y las funciones que le competían. En concordancia con la investigación de los nuevos temas no económicos, se amplía la perspectiva documental. El autor explora fuentes documentales como los registros notariales, los inventarios sucesoriales, las cartas de dote, los juicios civiles y penales, los testamentos, etc. Estos últimos ilustran el viraje: si antes los testamentos se utilizaban por lo común para establecer bienes económicos (propiedades, haciendas, esclavos, enseres, etc.) ahora el autor los lee bajo el criterio de que tienen también "un significado social y religioso".

Comparando la agenda temática de los dos tomos de la *Historia económica y social*, las diferencias son patentes: en el segundo libro el autor se fija en una variedad de elementos de la vida colonial que van más allá del límite marcado por la estricta temática económica y social del primer volumen. Se trata de un cambio en la perspectiva historiográfica que señala el acceso al territorio de la nueva historia cultural. Si bien durante los años ochenta Colmenares continúa escribiendo ensayos de historia económica y social[136], a la par se ocupa de algunos aspectos relativos a la historia cultural. Así lo indica el estudio de temas como el de la ley, el delito, el escándalo y el castigo en la sociedad colonial; el esbozo de las relaciones entre arte y sociedad durante el siglo XVII, y la incursión en el mundo de las ideaciones de la conquista[137].

---

136 GERMÁN COLMENARES, "La formación de la economía colonial (1500-1740)", en José Antonio Ocampo (editor), *Historia económica de Colombia*, Bogotá, Ed. Siglo XXI, 1987, "El tránsito a sociedades campesinas de dos sociedades esclavistas en la Nueva Granada: Cartagena-Popayán 1780-1850", *Memoria del Primer Congreso Departamental de Historia*, Academia Huilense de Historia, Neiva, 1987.

137 GERMÁN COLMENARES, "El manejo ideológico de la ley en un período de transición" e "Historia, arte y sociedad en la Nueva Granada. Siglo XVII.", publicados en *Historia Crítica*, núm. 4, Departamento de Historia, Universidad de los Andes, Bogotá, julio-diciembre de 1990; "La aparición de una economía política de las Indias", en *Revista Universidad de Antioquia*, núm. 220, Medellín, junio 1990. Se observa en este artículo el aprecio que Colmenares tenía por el libro de Tzvetan Todorov, *La conquista de América. El problema del otro*, México, Ed. Siglo XXI, 1987, y por el de Michel Taussig,

Frente a la nueva perspectiva historiográfica, Colmenares formula una crítica a ciertos postulados que habían orientado la elaboración de la historia colonial y, a la vez, señala los desplazamientos temáticos que tal perspectiva ha ocasionado. Así, refiriéndose a la conquista, expresa:

> En años recientes, bajo la influencia de la noción de larga duración y el imperio de las estructuras, los aspectos más episódicos de la conquista han tendido a desdeñarse. En ella se subraya más bien el sustrato económico, el carácter de empresa privada o la configuración social de las huestes conquistadoras. Más recientemente, el interés se ha desplazado todavía más. No sólo se ha abandonado la trama voluntarista, en la que quería resaltarse una energía heroica y transformadora, sino que los aspectos económicos y sociales se presentan como algo secundario. Ahora, la conquista tiende a aparecer más bien como una empresa de lo imaginario[138].

Como empresa de lo imaginario, en la conquista intervinieron nuevas nociones éticas, teológicas y políticas, y cobraron una realidad inesperada viejos sedimentos de fantasías y de mitos[139]. Con la exploración del mundo de las ideaciones, agrega Colmenares, se ha buscado tender un puente entre una historia episódica y una historia estructural: "Cada episodio aparentemente aislado debe quedar inscrito en una red de significaciones y remitir a las estructuras mentales que lo presiden". Para Colmenares el planteamiento de esta nueva tendencia no se hacía en oposición a la historia económica y social, sino, por el contrario, en la concepción de una historia que permitía su integración: "La secuencia de hechos económicos y de transformaciones sociales sugiere (...) secretas

---

Shamanism Colonialism and the Wild Man. A Study in terror and Healing, Chicago, 1987, de los cuales decía que le habían sugerido nuevos puntos de vista para la historia de la conquista y la colonización. Del último autor, por ejemplo, toma el concepto de "espacio de la muerte" para analizar la violencia de la conquista, la tortura y el terror desplegados por el conquistador, su práctica de "aperrear, quemar y dar tormento".

138 GERMÁN COLMENARES, "La formación de una economía...", págs. 32 y 33.

139 Colmenares observa que desde el terreno de la historia de las ideas y de la cultura se había insinuado esta tendencia desde hacía casi cuarenta años, con IRVING A. LEONARD, *Los libros del conquistador*, México, F.C.E., 1959, cuya primera edición en inglés data de 1949. Existen, empero, antecedentes más remotos: CONSTANTINO BAYLE S.J., *El Dorado fantasma*, Publicación Consejo de la Hispanidad, Madrid, 1943; ENRIQUE DE GANDIA, *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, Buenos Aires, 1946.

correspondencias con respuestas en el plano religioso y moral, en el arte y en la literatura, es decir, en la conciencia íntima y en las mentalidades colectivas"[140].

En Colmenares discurrían en forma concomitante la reflexión teórica sobre la disciplina de la historia y la práctica de la investigación concreta, interrelación poco cultivada en el discurso de nuestros historiadores. De ahí que esta búsqueda lo llevara a meditar sobre una serie de problemas implicados en la historia cultural, tales como la misma noción de cultura (donde parecía inclinarse por la definición de Clifford Geertz), los nuevos enfoques de las fuentes documentales, las relaciones con la antropología, la teoría y crítica literaria, y la forma expresiva de la escritura histórica[141]. Vistos en conjunto, los últimos trabajos de Germán Colmenares anunciaban un nuevo itinerario para el estudio de la historia colonial, itinerario que la muerte le impidió transitar.

Otros autores, otras historias: breve balance

Al lado de la obra de Germán Colmenares, durante los años 70 y 80 apareció una importante producción en el terreno de la historia económica y social de la colonia. La mayor parte de esta producción está dedicada al estudio de la historia agraria. Preocupan aquí, como aspectos focales, la formación, estructura y funcionamiento de las haciendas, la suerte de los resguardos, las formas de trabajo y las relaciones de la agricultura con el sector minero, los mercados urbanos, los poderes locales y el sistema fiscal. De manera específica, los estudios han tendido a centralizarse en el problema de los resguardos y en el tema de la hacienda.

Desde años atrás, la cuestión de las haciendas, latifundios y plantaciones ha sido objeto de especial atención en la historiografía colonial de América Latina. Se considera que tales unidades productivas han tenido

---

140 GERMÁN COLMENARES, "Historia, arte y sociedad...", pág. 32.

141 GERMÁN COLMENARES, "Sobre fuentes, temporalidad y escritura de la historia", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, núm. 10, Banco de la República, Bogotá 1987. En este ensayo examina los aportes que para la historia conlleva la obra de autores como Evans-Pritchard, Keith Thomas, E.P. Thompson, Philippe Ariès, Charles Tilly, Norbert Elias, Hayden White, Fernand Braudel, E.H. Gombrich, Clifford Geertz, Jaques LeGoff, Northrop Frye, Roland Barthes, Lawrence Stone y otros.

un peso grande en la historia latinoamericana, y los estudios que se ocupan de esta problemática son abundantes[142].

En Colombia, el estudio de las haciendas aborda problemas como el de las diferencias que éstas presentan según las regiones en que se localizan (altiplano cundiboyacense, Costa Atlántica, Valle del Cauca, Alto Magdalena y demás regiones del país). Esta diferenciación regional incluye las distinciones acerca de las variadas formas de vinculación de la fuerza de trabajo, desde la indígena y negra esclava hasta de la población mestiza (concierto, esclavitud, formas de colonato, etc.). Igualmente, con los tipos de hacienda se relaciona la diversidad de actividades económicas (ganadería, cultivo de caña de azúcar y trapiches, producción de cacao, de trigo, etc.); también cuentan los nexos de la hacienda con los mercados urbanos (ciudades interiores, puertos fluviales y marítimos), con las demandas de los distritos mineros, e incluso con el contrabando como en la Costa Caribe. Por último interesa el tamaño de las haciendas, las inversiones, los rendimientos, los tipos de propietarios (mineros, comerciantes, terratenientes) y su incidencia en la sociedad y la política.

Entre los autores que han desarrollado temas de historia agraria colonial, además de los nombrados anteriormente, está Orlando Fals Borda, quien desde el segundo lustro de los años cincuenta hasta el presente se ha preocupado por la historia de la cuestión agraria, abordando asuntos tales como los resguardos en Boyacá y la evolución de la hacienda en la Costa Atlántica. Fals Borda, indudablemente, es un pionero de la moderna historia social y agraria del país[143].

---

142 Para una visión global sobre los estudios históricos de la hacienda en América Latina véase ENRIQUE FLORESCANO (ed.), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, México, Ed. Siglo XXI, 1975. También MAGNUS MÖRNER, "Las grandes propiedades rurales y las haciendas en Hispanoamérica desde la perspectiva histórica", en *Historia social latinoamericana (Nuevos enfoques)*, Caracas-San Cristóbal, 1979.

143 Las principales obras de ORLANDO FALS BORDA donde aborda la historia agraria colonial son las siguientes: *El hombre y la tierra en Boyacá*, Bogotá, 1957; *Campesinos de los Andes, estudio sociológico de Saucío*, Bogotá, U. Nacional, 1961 (La primera edición se hizo en inglés en 1955); *Capitalismo, hacienda y poblamiento. Su desarrollo en la Costa Atlántica*, Bogotá, 1976; *Historia de la cuestión agraria en Colombia*, Bogotá, Punta de Lanza, 1975; *Historia doble de la costa. Mompox y Loba*, t. I, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1979. Para una discusión sobre la obra de Fals Borda, hecha desde el punto de vista de la disciplina de la historia, véase CHARLES BERGQUIST, "En nombre de la historia: una crítica disciplinaria de la *Historia doble de la costa*, de Orlando

Margarita González le ha dedicado un libro a la trayectoria de los resguardos y unos ensayos al desarrollo de la hacienda colonial y a las formas de trabajo indígena[144]. En el estudio sobre los resguardos se ocupa del otorgamiento, a fines del siglo XVI, de estas unidades territoriales a los indios; describe su organización y funcionamiento interno así como las obligaciones tributarias de los indios del resguardo para con los encomenderos, de un lado y del otro, las vinculaciones laborales de dichos indios con las haciendas formalizadas en el concierto o mita agraria; después de analizar las relaciones conflictivas entre las haciendas y los resguardos, concluye con el examen de los elementos que intervienen en la descomposición de éstos durante la segunda mitad del siglo XVIII. Este trabajo continúa siendo el estudio más completo sobre el tema de los resguardos coloniales.

Sin embargo, sobre este tema, Armando Martínez recientemente ha publicado un artículo en el cual critica el "enfoque territorialista" que autores anteriores han adoptado para el estudio del resguardo. Dichos autores, expresa Martínez, reduciendo el resguardo al concepto de "unidad territorial" han olvidado a la comunidad, a la congregación de indios, al pueblo y al cabildo que se correspondían con las tierras resguardadas. Si bien se ha contado la historia de la tierra de los resguardos, ahora hay que contar la de éstos como una historia de congregaciones de indios en pueblos, tarea que este autor se ha propuesto[145]. Por su parte María Teresa Findji y José María Rojas proporcionan una visión general del resguardo de Jambaló, desde la Colonia hasta el presente[146].

Fals Borda", en *ACHSC*, núms. 16-17, Bogotá, 1988-1989. También, GERMÁN COLMENARES, "El tránsito a sociedades campesinas...", en *Memoria del Primer Congreso Departamental*, Neiva, 1987.

144 MARGARITA GONZÁLEZ, *El resguardo en el Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, U. Nacional, 1970; "La hacienda colonial y los orígenes de la propiedad territorial en Colombia", en *Cuadernos Colombianos*, núm. 12, Medellín, 1979; "El resguardo minero de Antioquia", en *ACHSC*, núm. 9, 1979; "Bosquejo histórico de las formas de trabajo indígena", en *Cuadernos Colombianos*, núm. 4, Medellín, 1974.

145 ARMANDO MARTÍNEZ GARNICA, "El proyecto de la república de los indios", en *Cultura política, movimientos sociales y violencia en la historia de Colombia*, Memorias VIII Congreso Nacional de Historia de Colombia, Bucaramanga, UIS, 1992. Sobre los resguardos de la costa, está el libro de Lola G. Luna, *Resguardos coloniales de Santa Marta y Cartagena y resistencia indígena*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1993.

146 MARÍA TERESA FINDJI y JOSÉ MARÍA ROJAS, *Territorio, economía y sociedad Páez*, Cali, Universidad del Valle, 1985.

En la perspectiva de las haciendas consideradas regionalmente, están los excelentes trabajos de Juan Villamarín sobre las haciendas de la Sabana de Bogotá[147]. Acerca de las haciendas de la provincia de Cartagena existe el estudio de Adolfo Meisel[148] y sobre las haciendas de Popayán el de Zamira Díaz de Zuluaga[149]. De otra parte, Jorge Orlando Melo se ha ocupado de la producción agrícola de Popayán, utilizando como indicador la cuenta de diezmos[150]; Amado Guerrero se ha interesado por la comercialización de las harinas del Reino[151] y Hernán Clavijo ha tratado la agricultura colonial para la región tolimense[152].

Dentro de la historia agraria colonial se destaca el trabajo de Hermes Tovar Pinzón *Grandes empresas agrícolas y ganaderas. Su desarrollo en el siglo XVIII*, quien proporciona una descripción de conjunto sobre las haciendas y el panorama agrario del siglo XVIII. En forma detallada y bien documentada, este autor muestra el proceso de ocupación de la tierra durante la mencionada centuria, analiza las formas de trabajo (la esclavitud, el trabajo servil y el trabajo libre asalariado) y presenta una distribución de las grandes haciendas según las regiones naturales (las grandes empresas de la Costa Atlántica, las haciendas de la Sabana de Bogotá, de las provincias

---

147 JUAN VILLAMARÍN, "Haciendas en la Sabana de Bogotá, Colombia, en la época colonial, 1639-1810", en *Haciendas, plantaciones y latifundios en América Latina*, México, Siglo XXI, 1975; "Factores que afectaron la producción agropecuaria en la Sabana de Bogotá en la época colonial", en *Lecturas de Historia*, núm. 6, UPTC, Tunja, 1975; "Encomenderos and Indians in the Formation of Colonial Society in the Sabana of Bogota, 1537-1740", Brandeis University, 1972 (Tesis de doctorado). También JAIRO GUTIÉRREZ,"La 'Dehesa de Bogotá'. Su estructura, dimensión y producción", en *VI Congreso de Historia de Colombia, Memorias*, Universidad del Tolima, Ibagué, 1992.

148 ADOLFO MEISEL, "Esclavos, mestizos y hacienda en la provincia de Cartagena, 1533-1851", en *Desarrollo y Sociedad*, núm. 4, Bogotá, julio de 1980.

149 ZAMIRA DÍAZ DE ZULUAGA, *Guerra y economía en las haciendas*, Popayán, 1780-1830, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1983.

150 JORGE ORLANDO MELO, "La producción agrícola en Popayán en el siglo XVIII, según la cuenta de diezmos", en *Ensayos sobre la historia económica de Colombia*, Bogotá, Fedesarrollo, 1980.

151 AMADO GUERRERO RINCÓN, "La comercialización de las harinas del Reino. Siglo XVIII", en *Fronteras, regiones y ciudades en la historia de Colombia*, VIII Congreso Nacional de Historia de Colombia, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 1992.

152 HERNÁN CLAVIJO OCAMPO, *Formación histórica de las élites locales en el Tolima*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1993, 2 t.

de Mariquita y Neiva, y otras). En el siglo XVIII, dado el derrumbe del sistema servil de los indígenas y la crisis de la esclavitud, las empresas agrarias que surgen en dicho siglo sustentan su crecimiento en la mano de obra libre asalariada[153]. Este panorama de las haciendas de la Nueva Granada se enriquece con el estudio que Tovar Pinzón realiza sobre las rentas y los beneficios de tales unidades agrarias, sobre los salarios de los peones y concertados, acerca de lo cual presenta su distribución geográfica, las formas de pago y la manera como se gastaba; muestra igualmente las vinculaciones comerciales de las haciendas, tanto en la oferta de productos para los mercados regionales e interregionales como en la demanda de insumos, algunos de los cuales provenían de la metrópoli española; en este orden, también se refiere a las relaciones generales de la agricultura con el comercio internacional, con el propósito de señalar cómo la división colonial del trabajo determinaba la expansión de aquella[154]. Dentro de las preocupaciones de Tovar Pinzón por la historia agraria colonial está el estudio de las formas de vida en las haciendas, de los sistemas de terraje y arrendamiento, y de los factores técnicos empleados en la agricultura, tanto por los indígenas como por los españoles, insistiendo sobre todo en el impacto que estos últimos ocasionaran en el sector agrario en general y en el mundo indígena en particular[155].

En la historia de la minería, fuera de los trabajos de Colmenares, es poco lo que se ha publicado por parte de los historiadores colombianos; se menciona, empero, el artículo de J. O. Melo sobre la producción de oro en el siglo XVIII, el de Guido Barona sobre las minas de Chisquío (Cauca) y el de Hernán Clavijo sobre las minas de Mariquita (particularmente sobre los mineros de La Manta)[156].

---

153 HERMES TOVAR PINZÓN, *Grandes empresas agrícolas y ganaderas. Su desarrollo en el siglo XVIII*, Bogotá, Cooperativa de Profesores U. N., 1980.

154 HERMES TOVAR PINZÓN, *Hacienda colonial y formación social*, Barcelona, Sendai Ediciones, 1988.

155 HERMES TOVAR PINZÓN, "Orígenes y características de los sistemas de terraje y arrendamiento en la sociedad colonial durante el siglo XVIII: el caso neogranadino", en *Peones, conciertos y arrendamientos en América Latina*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1987; *Recursos técnicos en el desarrollo agrícola de la actual Colombia durante el período colonial*, Sevilla, 1991.

156 J. O. MELO, "Producción minera y crecimiento económico en la Nueva Granada durante el siglo XVIII", en *Revista Universidad del Valle*, núm. 3-4, Cali, julio-diciembre 1977; GUIDO BARONA, "Estructura de la producción de oro en las minas de la Real

Mayor atención han recibido los aspectos relacionados con el sistema fiscal del Estado colonial. Un primer estudio corresponde al estanco del tabaco, elaborado por Margarita González; en este trabajo se tratan las fases de dicha renta, los distritos y factorías tabacaleros, los trabajadores vinculados a la producción de la hoja, y las críticas a este monopolio[157]. Óscar Rodríguez ha explorado, cuantitativa y cualitativamente, la apropiación mediante el sistema fiscal del excedente económico generado en el virreinato; muestra la importancia del comportamiento fiscal en relación con la actividad económica y la estructura social del siglo XVIII[158]. Gilma Mora de Tovar ha examinado con detalle el estanco del aguardiente de caña, y en forma novedosa ha descrito los movimientos populares del siglo XVIII, relacionados con el problema de esta renta; en el mismo sentido de la urgencia fiscal de la corona, ha estudiado el problema de la chicha y el guarapo y sus incidencias en el comportamiento de los sectores populares[159]. Finalmente, Hernán Clavijo se ocupa de las relaciones entre la cuestión fiscal, la economía y el comportamiento político de algunos sectores de la élite criolla a fines del período colonial[160]. Aunque en otra

---

Corona: Chisquío (Cauca) en el siglo XVII", en *ACHSC*, núm. 11, Bogotá, 1983; HERNÁN CLAVIJO, *La formación histórica....*, cap. 5, págs. 203 y ss. Sobre los aspectos metodológicos para el estudio de la minería, véase: FRANCISCO ZULUAGA, "Apuntes metodológicos para el estudio de la producción de oro a partir de los Libros de Fundición", en *Revista Universidad del Valle*, núm. 5, Cali; GUIDO BARONA, "Elementos para el análisis del sistema minero, en la historia económica colonial colombiana", en *Quinto Congreso de Historia de Colombia*, Bogotá, ICFES, 1986.

157 MARGARITA GONZÁLEZ, "El estanco colonial del tabaco", en *Cuadernos Colombianos*, núm. 8, 1975.

158 ÓSCAR RODRÍGUEZ, "Anotaciones al funcionamiento de la Real Hacienda en el Nuevo Reino de Granada. Siglo XVIII", en *ACHSC*, núm. 11, Bogotá, 1983; "La Caja Real de Popayán 1738-1800", en *ACHSC*, núm. 15, Bogotá, 1987. Sobre la cuestión fiscal en Tunja existe el trabajo de JUAN MANUEL ROBAYO, *Impuestos y rentas estancadas en Tunja 1810-1815. Los alcoholes, el aguardiente y el diezmo*, Tunja, UPTC, 1989.

159 GILMA MORA DE TOVAR, "La política fiscal del estado colonial y el monopolio de la industria del aguardiente en la Nueva Granada en el siglo XVIII", en *Desarrollo y Sociedad*, núm. 10, enero de 1983; *Aguardiente y conflictos sociales en la Nueva Granada. Siglo XVIII*, Bogotá, U. Nacional, 1988; "Chicha, guarapo y presión fiscal en la sociedad colonial del siglo XVIII", en *ACHSC*, núms. 16-17, Bogotá, 1988-1989.

160 HERNÁN CLAVIJO OCAMPO, "Reformas fiscales y crisis política del régimen colonial de la Nueva Granada. 1770-1813. Estudio de caso", en *ACHSC*, núms. 16-17, Bogotá, 1988-1989.

perspectiva, relacionada con las rentas de la institución religiosa, debe mencionarse el estudio que Gabriel Martínez ha realizado sobre el funcionamiento socioeconómico de la parroquia virreinal[161].

El tema de la esclavitud es abordado desde el punto de vista del tráfico comercial por Jorge Palacios Preciado. El autor estudia meticulosamente la trata efectuada a través del puerto de Cartagena de Indias, por las compañías negreras de Portugal, Francia e Inglaterra, entre 1650 y 1750; son aspectos de observación para cada una de estas compañías los términos del contrato, los problemas suscitados, el volumen de los esclavos introducidos, sus precios y proporciones según sexo y edad, la procedencia de las cargazones y la relación de los compradores; el autor, en otros trabajos, también se ha ocupado de algunos aspectos ideológicos sobre la esclavitud y la trata de negros[162]. En un trabajo reciente Hermes Tovar Pinzón estudia las formas que utilizaban los esclavos para obtener su libertad. Entre tales formas se contaban las que permitía el Estado, tales como la opción legal de denunciar a los amos por incumplimiento de las leyes; la posibilidad de alegar el cambio de amo; la eventualidad de poder comprar la libertad o de obtenerla por voluntad del amo. El autor ilustra documentalmente cada una de estas formas y mediante el relato de diversos casos muestra la suerte de los esclavos que por esos medios lograban la libertad. Existían sin embargo otras formas no legales, como el cimarronismo y la formación de palenques o las fugas a lugares apartados donde la libertad parecía estar garantizada. También en ocasiones, a la muerte del amo, los esclavos asumían el control de las haciendas; si fracasaban en esta práctica del autocontrol tenían la opción de negociar. En algunas haciendas los esclavos recibían chacras que les permitían ahorrar para comprar su libertad. El estudio concluye con el problema de la liberación de los esclavos durante la Independencia[163]. Relacionado

---

161 GABRIEL MARTÍNEZ REYES, *Funcionamiento socioeconómico de la parroquia virreinal en Málaga, Servitá y pueblos anexos, especialmente en los años 1801 a 1810*, Bogotá, 1975.

162 JORGE PALACIOS PRECIADO, *La trata de negros por Cartagena de Indias*, Tunja, UPTC, 1973; *Cartagena de Indias. Gran factoría de mano de obra esclava*, Tunja, UPTC, 1975; *La esclavitud de los africanos y la trata de negros. Entre la teoría y la práctica*, Tunja, UPTC, 1988.

163 HERMES TOVAR PINZÓN, *De una chispa se forma una hoguera: esclavitud, insubordinación y liberación*, Tunja, UPTC, 1992.

también con el tema, está el trabajo de Mario Diego Romero sobre el poblamiento adelantado con negros esclavos en la costa pacífica centro-sur de Colombia[164].

En el ámbito de la historia política, Armando Martínez ha publicado un trabajo sobre los orígenes del gobierno del Nuevo Reino de Granada[165], y Fernando Mayorga le ha dedicado un extenso tratamiento a la Audiencia de Santa Fe, en el cual describe la vida de este organismo atendiendo no sólo a su organización, desenvolvimiento y funcionamiento como institución, sino también, al comportamiento de sus miembros y a la "vivencia de las normas reguladoras de la actividad del tribunal por parte de sus integrantes"[166]. La relación entre el linaje y el poder en Santafé de Bogotá, ha sido abordada por Jairo Gutiérrez; el tema de las autoridades indígenas para la provincia de Santafé ha comenzado a ser estudiado por Martha Herrera, y el poder local en torno al cabildo de Girón, por Amado Guerrero[167].

De otra parte, Mario Herrán ha publicado una biografía sobre el virrey Amar y Borbón, José I. Avellaneda un trabajo sobre la expedición

164 MARIO DIEGO ROMERO, "Proceso de poblamiento y organización social en la costa pacífica colombiana", en *ACHSC*, núm. 18-19, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1990-1991. Otro trabajo reciente sobre la esclavitud es el de DAVID RUEDA MÉNDEZ, *Introducción a la historia de la esclavitud negra en la provincia de Tunja. Siglo XVIII*, Tunja, UPTC, 1989.

165 ARMANDO MARTÍNEZ GARNICA, *Legitimidad y proyectos políticos en los orígenes del gobierno del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Banco de la República, 1992.

166 FERNANDO MAYORGA GARCÍA, *La Audiencia de Santa Fe en los siglos XVI y XVII*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1991.

167 JAIRO GUTIÉRREZ, "Linaje y poder en la sociedad colonial: el caso de Santafé de Bogotá", en *Cultura política, movimientos sociales y violencia en la historia de Colombia*, Memorias VIII Congreso Nacional de Historia de Colombia, Bucaramanga, 1992, págs. 123-136; MARTHA HERRERA ÁNGEL, "Autoridades indígenas en la provincia de Santafé. Siglo XVIII", en *Cultura política...*, págs. 79-109, y "El corregidor de naturales y el control económico de las comunidades: cambios y permanencias en la provincia de Santafé. Siglo XVIII",en *ACHSC*, núm. 20, 1992; AMADO GUERRERO, "Conflicto y poder político en la sociedad colonial. Girón siglo XVIII", en *Cultura política...*, págs. 1-40. Véase también RODRIGO CAMPUZANO CUARTAS, "Oficio y perfil del gobernador de Antioquia durante el reinado de Carlos III", en *Cultura política...*, págs. 61-78; y JORGE GAMBOA, "Cabildo y élites locales en la sociedad colonial. Encomenderos, mineros y comerciantes en la provincia de Pamplona", en *Politeia*, núm. 12, Revista de la Facultad de Derecho, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1993.

de Belalcázar y Pilar Moreno de Ángel sobre Antonio de la Torre y Miranda[168]. La insurrección de los comuneros ha sido objeto de sendos estudios realizados por Inés Pinto y Mario Aguilera, y Francisco Zuluaga ha dado a conocer las guerrillas del valle del Patía[169].

En el campo de la historia regional el trabajo más notable últimamente publicado es el ya citado de Hernán Clavijo sobre el Tolima. Sustentado en una amplia información documental, Clavijo muestra el proceso de asentamiento español y la guerra contra los pijaos, la apropiación de la tierra, la marcha de la minería, la agricultura y la ganadería y los procesos de acumulación individual y familiar; describe algunos conflictos sociales y ocasionalmente efectúa observaciones sobre la mentalidad de las élites tolimenses[170]. Sobre la misma región del Tolima apareció el trabajo de Adolfo Triana[171], y sobre la Gobernación de Popayán el de Alonso Valencia Llano. En este estudio Valencia se ocupa en forma novedosa de la resistencia militar indígena durante los siglos XVI y XVII, y señala las consecuencias que ésta tuvo para el difícil establecimiento español[172].

---

168 MARIO HERRÁN BAQUERO, *El Virrey Don Antonio Amar y Borbón. La crisis del régimen colonial en la Nueva Granada*, Bogotá, Banco de la República, 1988; JOSÉ IGNACIO AVELLANEDA NAVAS, *La expedición de Sebastián de Belalcázar al Mar del Norte y su llegada al Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Banco de la República, 1992; PILAR MORENO DE ANGEL, *Antonio de la Torre y Miranda. Viajero y poblador*, Bogotá, Ed. Planeta, 1993.

169 INÉS PINTO ESCOBAR, *La rebelión del común*, Tunja, UPTC, 1976; MARIO AGUILERA PEÑA, *Los Comuneros: guerra social y lucha anticolonial*, Bogotá, U. Nacional, 1985; FRANCISCO ZULUAGA, "Clientelismo y guerrillas en el valle del Patía, 1536-1811", en GERMÁN COLMENARES y otros, *La Independencia. Ensayos de historia social*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986.

170 HERNÁN CLAVIJO, *Formación histórica...*, t. I y primera parte del t. II.

171 ADOLFO TRIANA ANTORVEZA, *La colonización española en el Tolima. Siglos XVI y XVII*, Bogotá, FUNCOL, 1992.

172 ALONSO VALENCIA, *Resistencia indígena a la colonización española*, Cali, U. del Valle, 1991. Sobre el tema de la resistencia indígena véase también EDUARDO BARRERA MONROY, "Guerras hispano-wayúes del siglo XVIII", en *Universitas Humanistica*, núm. 29, Pontificia Universidad Javeriana, enero-junio de 1988; y ROBERTO PINEDA, "Malocas de terror y jaguares españoles. Aspectos de la resistencia indígena del Cauca ante la invasión española en el siglo XVI", en *Revista Colombiana de Antropología*, vol. III, núm. 2, Universidad de los Andes, Bogotá, 1987.

Otros autores que han abordado con mayor o menor amplitud determinados espacios coloniales son los siguientes: Jesús Antonio Bejarano y Orlando Pulido, el distrito de Ambalema[173]; Héctor Llanos y Roberto Pineda, la región del Gran Caquetá[174]; Jorge Meléndez, la región de Ocaña[175] y Gustavo Bell Lemus, la provincia de Cartagena[176]. La historia urbana ha recibido un impulso notable con las obras de Angela Guzmán y Jacques Aprile-Gniset[177]. Acerca de los estudios regionales y locales es necesario tener en cuenta el impulso que éstos han recibido con las investigaciones de grado adelantadas por los estudiantes de las carreras y postgrados de Historia, especialmente en Bogotá, Medellín, Cali, Tunja, Barranquilla y Bucaramanga.

Bajo los objetivos de visión general y de obra de síntesis, en los años 70 y 80 aparecieron algunos trabajos elaborados en forma individual o debidos a la colaboración de varios historiadores. En las síntesis de autoría individual se cuentan, entre otros, el texto de Jorge Orlando Melo sobre el período de conquista y de asentamiento español, y el de Salomón Kalmanovitz, el cual si bien es una visión general de la historia económica del país, trae una primera parte dedicada a proporcionar un bosquejo global de la economía colonial[178]. En 1978 el Instituto Colombiano de Cultura

---

173 JESÚS ANTONIO BEJARANO, y ORLANDO PULIDO, *Notas sobre la historia de Ambalema*, Ibagué 1982.

174 HÉCTOR LLANOS y ROBERTO PINEDA CAMACHO, *Etnohistoria del Gran Caquetá (Siglos XVI-XIX)*, Bogotá, Banco de la República, 1982. HÉCTOR LLANOS también ha publicado: *Los cacicazgos de Popayán a la llegada de los conquistadores*, Bogotá, Banco de la República, 1981; y ROBERTO PINEDA, *Historia oral y proceso esclavista en el Caquetá*, Bogotá, Banco de la República, 1985.

175 JORGE MELÉNDEZ SÁNCHEZ, *Vivir la región*, Bogotá, Ed. Tropykos, 1992.

176 GUSTAVO BELL LEMUS, *Cartagena de Indias de la Colonia a la República*, Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek, 1991. Sobre Cartagena existe la obra de EDUARDO LEMAITRE, *Historia general de Cartagena*, Bogotá, Banco de la República, 1983, 4 tomos. Sobre la colonización de los puritanos ingleses en el Caribe, el estudio de ARTHUR PERCIVAL NEWTON, *Providencia*, Bogotá, Banco de la República, 1985. Sobre Cundinamarca la historia tradicional de ROBERTO VELANDIA, *Enciclopedia histórica de Cundinamarca*, Bogotá, Biblioteca de Autores Cundinamarqueses, 1979-1984, 6 tomos.

177 ÁNGELA GUZMÁN, *Poblamiento y urbanismo colonial en Santander*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1987; JACQUES APRILE-GNISET, *La ciudad colombiana prehispánica, de conquista e indiana*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1991.

178 JORGE ORLANDO MELO, *Historia de Colombia*, t. I, *El establecimiento de la dominación española*, Medellín, Ed. La Carreta, 1977; SALOMÓN KALMANOVITZ, *Economía y nación*.

publicó el *Manual de historia de Colombia*, obra escrita con la colaboración de un grupo representativo de la "primer generación de historiadores profesionales", bajo la dirección de Jaime Jaramillo Uribe. La obra presenta en el primer tomo una serie de cuadros sobre la época colonial, en los cuales se trata, en forma de síntesis, el proceso de Conquista (Juan Friede), la economía y la sociedad coloniales (Germán Colmenares), la esclavitud (Jorge Palacios), el Estado y la vida política (J. Jaramillo Uribe y G. Colmenares), la arquitectura (A. Corradine), las artes plásticas (Francisco Gil Tovar) y la literatura (María Teresa Cristina)[179].

La última obra colectiva de historia económica de Colombia es la dirigida por José Antonio Ocampo, en la cual J. Jaramillo Uribe y G. Colmenares escriben sus respectivas síntesis de la economía colonial[180]. Sobre la historia regional elaborada colectivamente en forma de fascículos, Antioquia ha dado el ejemplo bajo la dirección de J. O. Melo[181].

Finalmente, un trabajo de notable ayuda a la investigación ha sido la publicación de fuentes documentales. Además de las ediciones documentales de Juan Friede, ya citadas, y de otros autores[182], en los dos

---

Una breve historia de Colombia, Bogotá, Siglo XXI, 1985. Otros textos de visión general son: ALVARO TIRADO MEJÍA, *Introducción a la historia económica de Colombia*, Bogotá, U. Nacional, 1971; y el de ALVARO DELGADO, *La Colonia*, Bogotá, CEIS, 1974.

179 INSTITUTO COLOMBIANO DE CULTURA, *Manual de historia de Colombia*, t. I, Bogotá, 1978. Debe mencionarse también el auge que ha tenido en nuestro país la historia en fascículos (resúmenes de divulgación para el gran público), forma de difusión que cuenta con la serie *Historia de Colombia*, dirigida por GONZALO HERNÁNDEZ DE ALBA de la Editorial Salvat, y la serie de la Editorial Oveja Negra. Planeta publicó la *Nueva historia de Colombia*, que para la época colonial integra el *Manual de historia de Colombia*, t. I, ya citado.

180 JOSÉ ANTONIO OCAMPO (ed.), *Historia económica de Colombia*, Btá,. Ed. Siglo XXI, 1987.

181 JORGE ORLANDO MELO (ed.), *Historia de Antioquia*, Medellín, *El Colombiano*, 1985-1988, 50 fascículos .

182 ENRIQUE ORTEGA RICAURTE, *Libro de cabildos de la ciudad de Tunja, 1539-1542*, Bogotá, 1941; *Cabildos de Santafé de Bogotá*, Bogotá, Archivo Nacional de Colombia, 1957; JOSÉ MOJICA SILVA, *Relaciones de visitas coloniales. Pueblos, repartimientos y parcialidades indígenas de la provincia de Tunja y de los partidos de La Palma, Muzo, Vélez y Pamplona*, Tunja, Academia Boyacense de Historia, 1948; Archivo Nacional de Colombia, *Libro de acuerdos públicos y privados de la Audiencia Real de Santafé*, Bogotá, 1947, 2 vols.; Universidad de Antioquia, *Documentos para la historia de la insurrección comunera en la provincia de Antioquia*, 1765-1785, Medellín, 1982.

últimos decenios han aparecido las de Guillermo Hernández de Alba[183], Germán Colmenares[184] y Hermes Tovar Pinzón[185]; el trabajo documental más importante de los últimos años, tanto por el volumen y la selección de los materiales como por la época a la cual corresponden, es el realizado por Tovar Pinzón, quien ha comenzado a publicar la serie de ocho tomos de documentos del siglo XVI (un siglo poco estudiado actualmemente), organizados por regiones y presentados con sugestivas introducciones y comentarios. También se han publicado documentos en algunas revistas del país[186] y el Archivo General de la Nación, bajo la dirección de Jorge Palacios Preciado, ha impreso los catálogos e índices de varios fondos documentales.

Algunos estudios coloniales de autores europeos y norteamericanos

Pese a las obvias dificultades de información historiográfica, parece sustentable que nuestra época colonial no ha llamado la atención de los historiadores extranjeros del mismo modo que lo ha hecho la de otros países latinoamericanos como México y Perú. Hasta ahora, en general, da la impresión, en el contexto latinoamericano, de representar nuestra colonia un interés investigativo de ubicación secundaria. Los datos disponi-

---

183 GUILLERMO HERNÁNDEZ DE ALBA, *Documentos para la historia de la educación en Colombia*, Patronato Colombiano de Artes y Ciencias, Bogotá, Ed. Kelly, 1969-1986, 7 tomos.

184 Además de *Las fuentes coloniales para la historia del trabajo*, ya citado, GERMÁN COLMENARES publicó *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1989, y el informe de Francisco Antonio Moreno y Escandón, *Indios y mestizos de la Nueva Granada a finales del siglo XVIII*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1985. Introducción de Jorge Orlando Melo.

185 HERMES TOVAR PINZÓN, *Relaciones y visitas a los Andes. Siglo XVI*, Bogotá, Colcultura-Instituto de Cultura Hipánica, 1993, t. I (sobre el occidente de Colombia), t. II (Región del Caribe). Antes había publicado: *Documentos sobre tributación y dominación en la sociedad chibcha*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1970; *Fuentes para el estudio de las actividades socio-económicas de la Compañía de Jesús y otras misiones religiosas*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1971; *No hay caciques ni señores*, Barcelona, 1988.

186 Las principales revistas que publican documentos inéditos son: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Bogotá, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia; *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia; *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, publicación del Banco de la República.

bles, cuya índole fragmentaria no es necesario recalcar, indican que han sido los historiadores españoles quienes, por supuesto, han mostrado la mayor preocupación por estudiar la Nueva Granada colonial. Siguen luego los historiadores norteamericanos, quienes se han sentido seducidos especialmente por la segunda mitad del siglo XVIII, y por último, algunos historiadores de unos pocos países europeos.

En cuanto a los historiadores españoles, es obligado mencionar, en primera instancia, a José María Ots Capdequí. Este historiador llegó a Colombia desplazado por la Guerra Civil que se adueñó de España entre 1936 y 1939. Cuando arribó a Colombia Ots Capdequí contaba con una larga trayectoria como profesor de Historia del Derecho Español en las universidades de Barcelona, Oviedo, Sevilla y Valencia; también había sido profesor extraordinario de la Universidad Nacional de México, y tenía en su haber varias trabajos sobre el derecho español en las Indias, entre los cuales se encontraban temas hoy todavía novedosos como los que hacían referencia a los derechos de la mujer y al derecho de familia[187]. En Colombia fue profesor de las universidades Javeriana, Externado, Libre, del Colegio Mayor del Rosario y de la Universidad Nacional. En 1940, publicó en Bogotá un denso volumen en el cual recogía varios trabajos que trataban sobre los siguientes temas: el derecho de propiedad en la legislación de Indias, el régimen municipal colonial, el derecho de sucesión, y aportaciones para el estudio de la Iglesia en el período colonial[188]. En el año siguiente apareció su célebre obra de síntesis sobre *El Estado español en las Indias*, en la cual proporcionaba una descripción sistemática de las instituciones sociales, económicas y jurídicas del régimen colonial. Durante su estadía en Colombia adelantó investigaciones acerca del Nuevo Reino de Granada, sobre todo para el siglo XVIII, lo que le sirvió de base para algunas de sus obras[189]. La permanencia de Ots Capdequí como

---

187 Véase, entre otros, los siguientes: J. M. OTS CAPDEQUÍ, *Bosquejo histórico sobre los derechos de la mujer en la legislación de Indias*, Madrid, 1921; *El derecho de familia y el derecho de sucesión en la legislación de Indias*, Madrid, 1921; *Las instituciones sociales en la América española durante el período colonial*, La Plata, 1934.

188 JOSÉ MARÍA OTS CAPDEQUÍ, *Estudios de historia del derecho español en las Indias*, Bogotá, Ed. Minerva, 1940.

189 JOSÉ MARÍA OTS CAPDEQUÍ, *Nuevos aspectos del siglo XVIII español en América*, Bogotá, Ed. Centro 1946; *Instituciones de gobierno del Nuevo Reino de Granada en el siglo XVIII*, Bogotá, 1950; *España en América. Las instituciones coloniales*, Bogotá, Universidad

profesor y la publicación de sus obras representó un estímulo fundamental para el desarrollo de los modernos estudios sobre los aspectos jurídicos e institucionales de la Colonia, y en general, para la historiografía colonial de nuestro país.

Durante los años cuarenta y cincuenta aparecieron en las publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos algunos estudios sobre el nuevo Reino de Granada[190], y en los años sesenta los dos libros de Manuel Lucena Salmoral y el de Santiago Sebastián, que hacen parte de la *Historia extensa de Colombia*, ya reseñados en la primera parte de este trabajo. Lucena tiene varios escritos sobre el período de conquista, incluyendo las biografías de Jiménez de Quesada, Núñez de Balboa y Sebastián de Belalcázar. Ha estudiado también, para el siglo XVII, el Consulado de Santafé (1695-1713) que constituyó un precedente para la creación, un siglo después, del Consulado de Cartagena. Su bibliografía sobre el siglo XVIII se inicia con un trabajo sobre la etnohistoria Guane, en el que estudia, con base en el archivo parroquial de Guane, la población indígena del siglo XVIII y la relación de exogamia. Así mismo, ha estudiado los movimientos antirreformistas que se dieron en Perú, Venezuela y Colombia (de Tupac Amaru a los Comuneros), como movimientos andinos de reacción contra las reformas fiscales impuestas por Carlos III. Sobre el movimiento de los Comuneros, en particular, ha publicado algunos trabajos y fuentes documentales. Aunque últimamente se ha ocupado de la historia venezolana, ha publicado sin embargo un panorama general de las ciudades panameñas y colombianas, y un estudio sobre Bolívar en el que enfatiza la figura militar del Libertador en contraste con su figura política[191].

Nacional de Colombia, 1952; "El indio en el Nuevo Reino de Granada durante la etapa histórica de la dominación española", en *Revista de Indias*, núm. 17, enero-marzo de 1957.

190 JULIA HERRÁEZ S. DE ESCARICHE, *Don Pedro Zapata de Mendoza, gobernador de Cartagena de Indias*, Sevilla 1946; MANUEL TEJADA FERNÁNDEZ, *Aspectos de la vida social en Cartagena de Indias durante el seiscientos*, Sevilla, 1954; FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA, *El pensamiento político de los fundadores de Nueva Granada*, Sevilla, 1955; MARÍA TERESA GARRIDO CONDE, *La creación del virreinato de Nueva Granada (1717-1723)*, Sevilla, 1965.

191 Entre la bibliografía de LUCENA SALMORAL se cuentan los siguientes trabajos: " El indofeudalismo chibcha como explicación de la fácil conquista quesadista", en *Estudios sobre política indigenista española*, Valladolid, 1975; *Sebastián de Belalcázar*, en *Historia 16*, Madrid, Quorum, 1987; *Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Mar del Sur*, Madrid, Anaya, 1988; *Ximenez de Quesada, el caballero de El Dorado*, Madrid, Anaya,

Los especialistas españoles en temas neogranadinos se han ubicado principalmente en Madrid, Alcalá de Henares, Sevilla, Valladolid y Barcelona. Empero, según parece, ha sido la escuela de Sevilla, bajo la orientación de Luis Navarro García, la que quizás ha sido más notoria. Esta escuela se ha propuesto revisar y actualizar, en forma sistemática, los conocimientos sobre la época colonial. Como lo expresa Navarro García en el prólogo al libro de Julián Ruiz Rivera, el objetivo es "verificar el análisis de cada uno de los casos concretos, reales, de las situaciones históricas del mundo indiano, con solo un puñado de preguntas en la mente"[192]. Verificar el análisis se ha traducido, ante todo, en un esfuerzo empírico de erudición documental, de una riqueza innegable, que sirve de base a las inducciones y de contraste a los enunciados generales. Una obra notable de esta escuela es precisamente la de Ruiz Rivera, la cual se ocupa de los distritos de las ciudades de Santa Fe y Tunja durante el siglo XVII. La primera parte del libro está dedicada a la historia demográfica; comienza con un análisis de las "visitas a la tierra", en tanto fuente de información para el estudio de los diversos aspectos de la sociedad, y muestra en particular su valor para la reconstrucción numérica de la población indígena[193]. Describe enseguida el carácter de la visita, y las visitas realizadas a Santa Fe, Tunja y otros territorios del Nuevo Reino de Granada, durante el siglo XVII; constata entre otros aspectos la grave reducción de la población indígena y los factores que la ocasionaron. Sobre éstos expresa que las epidemias debieron ser muy perjudiciales en los primeros años de la Conquista, pero después los indígenas habrían adquirido defensas orgánicas de tal modo que el impacto de aquellas se habría tornado menos devastador. Más importantes para el descenso poblacional son las condiciones de la vida cotidiana creadas bajo la dominación, como las relativas al ritmo de trabajo y a sus derivados como el bajo índice de natalidad. De todas maneras, considera que se debe estudiar cada epidemia y medir sus

---

1988; "Apuntes para la etnohistoria Guane", en *Revista Colombiana de Antropología*, núm. 16, Bogotá, 1974; "Los movimientos antirreformistas: de Túpac Amaru a los Comuneros", en *Revista de la Universidad Complutense*, Madrid, 1976; *El memorial de don Salvador Plata*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1982 y *Tres historias testimoniales sobre la revolución comunera*, Bogotá, Banco de la República, 1984.

192 JULIÁN RUIZ RIVERA, *Encomienda y mita en la Nueva Granada en el siglo XVII*, Sevilla, 1975, pág. XIII.

193 Previamente, RUIZ RIVERA había publicado una selección de estos documentos titulada *Fuentes para la demografía histórica de Nueva Granada*, Sevilla, 1972.

alcances. Dado que los indígenas aportaban la fuerza laboral para las minas, las obras públicas y el servicio doméstico, su declive demográfico abocaba a la crisis todo el engranaje económico, incluida en primer lugar la encomienda. El autor estudia esta institución con detenimiento, tanto en sentido cuantitativo como cualitativo, lo mismo que la élite de los encomenderos y su proyección en la sociedad y en los órganos de poder. Ante la crisis de la encomienda, la salida más corriente era conseguir una hacienda o una estancia. El auge de la hacienda disputa el control de la fuerza de trabajo indígena a los encomenderos, quienes se beneficiaban de ésta en los diversos frentes de trabajo, mediante los "servicios personales". Se establecen los contratos y alquileres para las labores del campo, por cuyo intermedio los hacendados tienen acceso a la fuerza laboral indígena. Esta era además empleada en labores de trapiches, obrajes y construcciones, transporte, obras públicas, mita minera para las minas de Mariquita[194], con sus respectivas incidencias sobre el descenso demográfico. Estos son algunos de los planteamientos desarrollados por Ruiz Rivera, los cuales parecen ir en el mismo sentido de los efectuados por Germán Colmenares para la provincia de Tunja.

Otros trabajos de la escuela de Sevilla se refieren también a la institución de la encomienda, a las "visitas a la tierra", a los palenques y a la gobernación de Santa Marta[195]. Entre las publicaciones recientes de historiadores españoles se han abordado temas como los siguientes: la institución militar en Cartagena, la política de poblamiento en Cartagena y Santa Marta, la pacificación de los pijaos, la producción de esmeraldas, sobre el virrey Amar y Borbón, los cabildos, las epidemias de viruelas, la vacuna y algunos temas religiosos[196].

---

194 Véase también de RUIZ RIVERA, "La plata de Mariquita", en *Anuario de Estudios Americanos*, vol. XXIX, Sevilla, 1972, págs. 121-169.

195 MA. TERESA MOLINO GARCÍA, *Las encomiendas en el Nuevo Reino de Granada durante el siglo XVIII*, Sevilla, 1976; SILVIA PADILLA ALTAMIRANO y otros, *La encomienda en Popayán (tres estudios)*, Sevilla, 1977; MARÍA ANGELES EUGENIO MARTÍNEZ, *Tributo y trabajo del indio en Nueva Granada (De Jiménez de Quesada a Francisco Sande)*, Sevilla, 1977; TRINIDAD MIRANDA VÁSQUEZ, *La Gobernación de Santa Marta (1570-1670)*, Sevilla, 1976; MARÍA DEL CARMEN BORREGO PLÁ, *Palenques de negros en Cartagena de Indias a fines del siglo XVII*, Sevilla, 1973; ESPERANZA GÁLVEZ PIÑAL, *La visita de Monzón y Prieto de Orellana al Nuevo Reino de Granada*, Sevilla, 1974.

196 JUAN MARCHENA FERNÁNDEZ, *La institución militar en Cartagena de Indias, 1700-1810*, Sevilla, 1982; DOLORES GONZÁLEZ LUNA, "La política de población y pacificación

Acerca de los demás historiadores europeos que estudian temas coloniales neogranadinos, algunos datos son los siguientes: en Francia se citan, entre otros, a Thomas Gómez, Jeanne Chenu y Jean-Pierre Minaudier. Thomas Gómez publicó en 1984 una obra sobre la economía colonial y el trabajo indígena durante el siglo XVI, donde de manera especial estudia el sistema de transporte y sus consecuencias para la población nativa; destaca la relación entre la encomienda y el trabajo de boga por el río Magdalena; muestra las características de la navegación por esta vía (las canoas), el tráfico de productos y pasajeros, la frecuencia de los viajes y, en general, su importancia vital para el Nuevo Reino. Se trataba de un sistema de transporte atrasado y difícil, que favorecía la imposición de altos precios, el contrabando, el estancamiento económico, la inercia administrativa y social, y provocaba la caída demográfica de la población indígena[197]. Así mismo Gómez ha abordado otros temas como el trabajo indígena y la vida cotidiana en Tunja y Santafé; las reclamaciones del cacique de Turmequé, don Diego de Torres; la desaparición de la lengua chibcha y sus consecuencias políticas y sociales; las imágenes de los indios

---

indígena en las poblaciones de Santa Marta y Cartagena 1750-1800", en *Boletín Americanista*, núm. 28, 1978; MARÍA DEL CARMEN BORREGO PLÁ, "Las nuevas poblaciones andaluzas de Carlos III y Cartagena de Indias: la figura de don Antonio de la Torre", en *Europa e Iberoamérica: cinco siglos de intercambios*, Actas del IX Congreso internacional de historia de América, AHILA, Sevilla, 1992, t. I; MARÍA LUISA MARTÍNEZ DE SALINAS,"Los intentos de pacificación de los indios Pijao", en *Revista de Indias*, núm. 186, 1989; MANUEL CASADO ARBONIES, "La producción de esmeraldas en el Nuevo Reino de Granada: la Caja Real de Muzo (1595-1709)", en *Estudios de historia social y económica de América*, núm. 10, 1993; CARMEN PUMAR MARTÍNEZ, *Don Antonio Amar y Borbón último virrey del Nuevo Reino de Granada*, Zaragoza, Centro de Estudios Borjanos, 1991; MARCELO FRÍAS NÚÑEZ, *Enfermedad y sociedad en la crisis colonial del antiguo régimen (Nueva Granada en el tránsito del siglo XVIII al XIX: las epidemias de viruelas)*, Madrid, CSIC, 1992; MANUEL LUCENA GIRALDO,"Entre el miedo y la piedad: la propuesta de José Ignacio Pombo para traer la vacuna a Nueva Granada (1803)", en *Asclepio. Revista de historia de la medicina y de la ciencia*, núm. 41-2, 1989; HÉCTOR MONTAÑÉS OLTMANN, "La pastoral del sacramento de la penitencia en Santafé de Bogotá (1556-1576)", en *Evangelización y teología en América (Siglo XVI)*, X Simposio internacional de teología de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1990, t. I.

197 THOMAS GÓMEZ, *L'envers de l'Eldorado. Économie coloniale et travail indigène dans la Colombie du XVIème siècle*, Toulouse, Association de Publications de l'Université Toulouse-Le Mirail, 1984.

guajiros en los cronistas del siglo XVIII (Nicolás de la Rosa y Antonio Julián); el reformismo borbónico, su impacto en la Nueva Granada y la insurreción de los Comuneros; y sobre el parentesco, la familia y el poder en el siglo XVIII[198].

Jeanne Chenu ha estudiado, entre otros aspectos, las preocupaciones del espíritu científico durante la segunda mitad del siglo XVIII: Mutis y Caldas, la investigación astronómica, la enseñanza de la matemática y la identidad cultural de la Nueva Granada; también tiene un trabajo sobre el Consulado de Cartagena[199]. J.P. Minaudier ha realizado un estudio sobre los aspectos económicos, sociales y políticos ligados a la villa minera de Barbacoas, en la segunda mitad del siglo XVIII[200].

Entre los historiadores ingleses ha sido quizás Anthony McFarlane quien con mayor atención se ha dedicado a estudiar la Nueva Granada colonial. McFarlane se ha especializado en el siglo XVIII, particularmente en la segunda mitad. Prácticamente todos los principales aspectos económicos, sociales y políticos de la Nueva Granada bajo el régimen de los Borbones, han sido abordados por el autor en diversos trabajos: desde la

---

198 THOMAS GÓMEZ, "De la revendication au réquisitoire. À propos d'un cahier de doléances indien au XVIè siècle", en *Les discours des groupes dominés*, Paris, Cahiers de l'UFR d'Études Ibériques et Latino-américaines, núm. 5, 1986; "Langues indigènes et conflicts sociaux en Nouvelle Grenade (XVIè-XVIIè siècle), en *Mélanges de la Casa de Velásquez*, París, 1986; "Los indios guajiros en el siglo XVIII y su visión por un militar y un religioso", en *L'Indien et le Noir dans la mentalité coloniale hispano-américaine, Langues néo-Latines*, 261, núm. 2, France, 1987; "L'évolution du monde indigène en Nouvelle Grenade et ses réactions face à un aspect du réformisme des Bourbons", en *L'Amérique espagnole à l'époque des Lumières*, Colloque Franco-espagnol du CNRS, 1985; "Littérature populaire et subversion politique: La santísima gaceta: poème satyrique anonyme et l'insurrection comunera de la Nouvelle Grenade (1781)", en *Mélanges de la Casa de Velásquez*, París, 1987; "La república de los cuñados. Parentesco, familia y poder en la sociedad colonial: el caso de Santafé, siglo XVIII", en *Politeia*, núm. 12, Revista de la Facultad de Derecho, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1993.

199 JEANNE CHENU, "De la terre aux étoiles: quête scientifique et identité culturelle en Nouvelle Grenade", en *L'Amérique espagnole à l'époque des Lumières*, Colloque Franco-espagnol de CNRS, 1985; "Le Real Consulado de Cartagena de Indias: autonomie et dépendance (1795-1810)", en *Institutions coloniales et réalités civiles en Amérique espagnole*, París, 1988.

200 J. P. MINAUDIER, "Une région minière de la Colonie à l'Indépendance: Barbacoas 1750-1830", en *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, France, 1988.

incidencia de las reformas borbónicas en el comercio exterior de la Colonia hasta la génesis de la Independencia, pasando por el estudio del Consulado de Cartagena, de los comerciantes, de los desórdenes civiles y las protestas populares, de la tradición cimarrona, las fugas de esclavos y los palenques, e incluso, del concubinato en Nueva Granada[201].

Finalmente, el historiador sueco Magnus Mörner, en su extensa bibliografía sobre América Latina, le ha dedicado una cierta atención al Nuevo Reino de Granada. En 1963, acompañando los primeros trabajos que aparecían en nuestro país sobre la nueva historia colonial, publicó un artículo sobre las comunidades indígenas, los resguardos y la política segregacionista. En sus trabajos sobre la historia colonial de América Latina, este autor desarrolla una variedad temática que hace referencia, entre otros aspectos, a la estratificación en castas socio-raciales de la sociedad colonial, a la erosión de la sociedad de castas por el desarrollo del mestizaje, el mestizaje y los procesos culturales, la diferenciación legal entre las razas y el matrimonio interracial, la política socio-racial del Estado, y la rebelión de Túpac Amaru[202].

En cuanto a los historiadores norteamericanos, para comenzar, conviene hacer mención de Robert West, cuyo trabajo sobre la minería colonial, publicado en 1952, tuvo una resonancia importante en nuestro

---

201 ANTHONY MCFARLANE, "El comercio exterior del virreinato de la Nueva Granada: conflictos en la política económica de los Borbones (1783-1789)", en *ACHSC*, núms. 6-7, Bogotá, 1971-1972; "Comerciantes y monopolio en la Nueva Granada, El Consulado de Cartagena de Indias", en *ACHSC*, núm. 11, Bogotá, 1983; "El colapso de la autoridad española y la génesis de la independencia en la Nueva Granada",en *Desarrollo y Sociedad*, núm. 7, Bogotá, 1982; "Civil Disorders and Popular Protests in Late Colonial New Granada", en *Hispanic American Historical Review*, 64:1, 1984; "Cimarrones y palenques en Colombia, siglo XVIII", en *Historia y Sociedad*, vol. 14, 1991; "Las reglas religiosas en una sociedad colonial: el concubinato en la Nueva Granada, siglo XVIII", en ADAM ANDERLE (ed.), *Iglesia, religión y sociedad en la historia latinoamericana*, 1989, vol 2 (libro en prensa); *Colombia before Independence: Economy, Society and Politics under Bourbon Rule*, Cambridge University Press, 1993.

202 MAGNUS MÖRNER, "Las comunidades de indígenas y la legislación segregacionista en el Nuevo Reino de Granada", en *ACHSC*, núm. 1, U. N., Bogotá, 1963. Véanse sus obras: *La mezcla de razas en la historia de América Latina*, Buenos Aires, 1969; *La Corona española y los foráneos en los pueblos de indios en América*, Estocolmo, 1970; *Estado, razas y cambio social en la Hispanoamérica colonial*, México, Ed. Sepsetentas, 1974. Una relación completa de sus escritos se encuentra en Instituto de Estudios Latinoamericanos de Estocolmo, *América Latina en la obra de Magnus Mörner*, Estocolomo, 1984.

medio[203]. Desde la obra de Vicente Restrepo, *Estudio sobre las minas de oro y plata en Colombia*, publicada en 1883, prácticamente no se había vuelto a emprender una investigación significativa sobre este sector clave de la economía colonial. Robert West parte de la configuración geográfica de la minería y distingue las siguientes regiones mineras: la cuenca media y alta del Cauca; las regiones mineras de las tierras bajas del Pacífico; las minas de Antioquia; los distritos mineros del Magdalena y las minas de la Cordillera Oriental. El autor describe las técnicas de la minera aurífera, principalmente las empleadas en la minería de aluvión. En cuanto a la fuerza de trabajo expresa que en el occidente de la Nueva Granada se establecieron encomiendas principalmente con el objeto de obtener trabajadores para las minas y para adquirir tributos en oro. Las encomiendas del occidente fracasaron debido principalmente a la alta mortalidad indígena durante el siglo XVI ocasionada por las enfermedades españolas: viruela, sarampión, tifo y gripa. En la disminución de la población indígena también influía el "choque psicológico" que en algunos casos conducía a los indígenas, para evadir el trabajo forzado, al suicidio colectivo ahorcándose o envenenándose; también incidían el infanticidio, el aborto y la muerte por hambre. A fines del siglo XVI la presencia de esclavos negros era ya importante en las zonas mineras en las cuales la población nativa había disminuido drásticamente. En las minas los esclavos se organizaban en cuadrillas tanto de minería como de roza o agricultura. Refiere el trato (bastante humano según el autor) que se daba a los esclavos, su alimentación, las enfermedades que padecían, el trabajo en tiempo libre, las rebeliones ocasionales, las fugas y la constitución de palenques, y la situación de los negros libres, que se dedicaban al mazamorreo. Los establecimientos mineros dieron origen a algunas ciudades, tales como Santafé de Antioquia, Cáceres, Zaragoza, Remedios, Anserma, Cartago, Cali, Popayán, Nóvita, Citará, etc. Las comunidades mineras demandaban toda una variedad de productos de tal manera que representaban los principales mercados de consumo para las producciones del Nuevo Reino de Granada; requerían de otras regiones enormes cantidades de carnes frescas y

---

203 ROBERT C. WEST, *Colonial Placer Mining in Colombia*, Baton Rouge, Louisiana, 1952. La Universidad Nacional de Colombia publicó este texto en 1972, bajo el título *La minería de aluvión en Colombia durante el período colonial*, con traducción de JORGE ORLANDO MELO.

saladas, cerdos, y mulas para el transporte; así, la minería estimuló el desarrollo de la ganadería en las sabanas del medio y alto Cauca y del alto Magdalena. También se llevaban a las minas productos artesanales de las regiones orientales (Tunja, Ocaña, Vélez, San Gil, Socorro, Girón y otras localidades); azúcar del Valle del Cauca; sal de Guayaquil, Zipaquirá y Cartagena; vinos y telas de España, etc. Comerciantes grandes y pequeños prosperaban en este tráfico, suministrando provisiones y esclavos, movilizando el oro y actuando a menudo como banqueros. A fines del siglo XVIII los grandes comerciantes de Popayán eran también propietarios de minas. Dado este engranaje, la minería del oro era la base económica de extensas regiones del Nuevo Reino de Granada, prácticamente el eje en torno al cual giraba la economía colonial.

Robert West, como James Parsons, el autor de la *Colonización antioqueña en el occidente de Colombia*, era discípulo del famoso geógrafo Carl O. Sauer, uno de los autores que más ha influido en los estudios geográficos en el siglo XX. Durante treinta años Sauer fue presidente del Departamento de Geografía de la Universidad de California en Berkeley, y en torno a su obra se constituyó prácticamente una escuela de geografía histórica. Las investigaciones de Sauer y de sus discípulos, encaminadas a analizar las interacciones entre el hábitat y sus moradores, recayeron principalmente sobre América Latina. Sauer en particular, estudió la colonización española de las islas del Caribe, en su obra más notable *The Early Spanish Main* (1966). En general, sus obras basadas en un método que combina la consulta del archivo con la observación de campo, se convirtieron en modelos para los trabajos de geografía histórica. Con Robert West y James J. Parsons esta escuela de geografía histórica hizo un valioso aporte a la historiografía de la Colonia y del siglo XIX en Colombia.

Precisamente, a los resultados alcanzados por Parsons, con base en el enfoque geohistórico, alude Ann Twinam en su trabajo sobre Antioquia. Ante las explicaciones que se han formulado sobre la formación del espíritu empresarial antioqueño, impregnadas de diversos "mitos", la autora observa que, de modo distinto, en su estudio los antioqueños no aparecen ni como "diferentes" psicológicamente, ni como "extraños", sino como emigrantes españoles, cuyos descendientes se enfrentaron a una tierra que al mismo tiempo que les ofrecía una vida segura y posibilidades para el futuro, les negaba otras determinadas alternativas. La obra de Parsons perdura, acota la autora, por haber reconocido este punto; como geógrafo e historiador se dio cuenta de que no se podía entender a los antioqueños

"sin considerar la interrelación dinámica entre los paisas y su medio ambiente"[204].

Buscando las raíces del espíritu empresarial Ann Twinam se remonta a la segunda mitad del siglo XVIII y primer decenio del XIX. Estudia con detalle la secuencia de los sectores minero, comercial y agrícola y su resultado en cuanto a la formación de las élites. Trata luego la formación de la élite de Medellín acerca de la cual además de sus elementos económicos, aborda su dimensión política, la incidencia del mestizaje y la ilegitimidad en las personas acaudaladas, la relación de la élite local con los peninsulares, y, en fin, otras vías de acceso a la élite como la fiesta de Nuestra Señora de la Candelaria. Al final la autora expresa que "fueron los límites y potenciales existentes dentro de su ambiente colonial los que forzaron a los antioqueños a seguir el camino empresarial, y no las diferencias étnicas o culturales, ni la pérdida de *status* ni la sangre judía o vasca". Los antioqueños, agrega, supieron confiar en el abrigo de las montañas, en el oro de las quebradas y demás recursos naturales, pero estuvieron siempre atentos a sacar provecho de las condiciones económicas cambiantes. Este "modo de estar" en la Colonia se transformó en un "modo de ser" en los siglos XIX y XX, cuando los antioqueños sobresalieron como hombres de muchas empresas. "La historia de los antioqueños, concluye la autora, proporciona un caso en el cual, debido al aislamiento geográfico y a la abundancia y ausencia de ciertos recursos naturales y humanos, la herencia colonial demostró ser una fuerza positiva"[205].

Un libro que aborda una temática inédita en nuestro medio es el de Allan J. Kuethe. Este autor estudia la reforma borbónica en materia militar, que buscaba ensanchar la capacidad imperial de defensa y autoindependencia, y su desarrollo en la Nueva Granada a finales de la época colonial (1773-1808), en un período que incluye lo que algunos autores han llamado la fase de la preindependencia (la cual iría, para decirlo en forma figurada, desde el destrozo del edicto fiscal por Manuela Beltrán hasta el rompimiento del florero de Llorente). A diferencia de la historia tradicional castrense, el trabajo de Kuethe despliega una historia militar encuadrada

---

204 ANN TWINAM, *Mineros, comerciantes y labradores: las raíces del espíritu empresarial en Antioquia. 1763-1810*, Medellín, Ed. Faes, 1985, pág. 33. "Es allí, a aquellas montañas elevadas y valles recónditos, adonde debemos regresar, pues con otra geografía esta historia nunca hubiera tenido lugar".

205 *Idem*, págs. 241 y 242.

en la estructura social y política. Bajo este criterio estudia tanto la trayectoria de la reforma militar como sus consecuencias sociales y políticas en la Nueva Granada. Entre los puntos desarrollados llama la atención el relativo a los efectos que tuvo la rebelión de los Comuneros para la reorganización del ejército colonial. Una característica de la Nueva Granada fue la utilización del ejército no sólo en la función de defensa exterior, sino también como instrumento para el sostenimiento de la autoridad real en áreas de política interna. De este modo, fue empleado para apuntalar las reformas en la Nueva Granada. El uso político del ejército, la presión de éste sobre el erario virreinal y el nuevo rigor político y fiscal de la Corona generaron en las élites criollas una generalizada hostilidad hacia la institución militar, razón por la cual no enraizó en la Nueva Granada una tradición perdurable de elitismo militar. Pese a todo, el estamento militar funcionó como un catalizador de la movilidad social, en regiones como la costa. En este sentido, la institución ofrecía derechos de los que se carecía en la vida civil; este aspecto de la milicia resultaba importante para las poblaciones negras y mulatas. A nivel de oficialidad, la institución militar servía, en casos de inviduos de posición incierta, para validar pretensiones de excelencia social y de influencia personal; por último, representaba una oportunidad para los hijos de las familias criollas que carecían de otras alternativas de distinción social[206].

Otros historiadores norteamericanos son los siguientes: William Frederick Sharp, autor que, como ya se dijo, ha estudiado, entre otros aspectos, la rentabilidad de la esclavitud en el Chocó, con base en los métodos de la *New Economic History*[207]; Peter G. Marzahl, que ha contribuido a la historia regional de Popayán[208]; David Robinson, que ha hecho una publicación comentada del viaje de Miguel de Santisteban[209]; Maurice P. Brungardt, que estudia el poder y la riqueza a comienzos del siglo

206 ALLAN J. KUETHE, *Reforma militar y sociedad en la Nueva Granada 1773-1808*, Bogotá, Banco de la República, 1993.

207 WILLIAM F. SHARP, "La rentabilidad de la esclavitud en el Chocó, 1680-1810", en *ACHSC*, núm. 8, Bogotá, 1976; Véase también *Slavery on the Spanish Frontier, the Colombian Chocó, 1680-1810*, University of Oklahoma Press, 1976.

208 PETER GOTTFRIED MARZAHL, "Creoles and Govermment: The Cabildo of Popayán", en *Hispanic American Historical Review* 54, noviembre, 1974.

209 DAVID J. ROBINSON, *Mil leguas por América, de Lima a Caracas 1740-1741. Diario de don Miguel de Santisteban*, Bogotá, Banco de la República, 1992.

XVII[210], y John Leddy Phelan, quien le dedicó un libro al movimiento de los Comuneros, el cual constituye uno de los trabajos más interesantes sobre el tema[211].

ESTUDIOS RECIENTES Y NUEVOS TEMAS:
HACIA LA HISTORIA CULTURAL DE LA COLONIA

Durante los años 70 y 80, como se ha visto, predominó la historia económica y social en la historiografía profesional y universitaria sobre la Colonia. Este fenómeno estuvo asociado principalmente al grupo de historiadores que se había formado en la Universidad Nacional a comienzos de los años sesenta, y a la figura de Germán Colmenares. Sin embargo, al lado de aquella historia discurrían otras inquietudes. Tal como lo hemos sugerido, en los primeros trabajos de Jaime Jaramillo y en algunos estudios que aparecieron en los años sesenta, se abordaron temas que habrían de representar el anuncio de una nueva historia cultural de la Colonia; incluso, en un sentido más amplio, la historiografía de los años 40 y 50, la *Historia extensa* y otras publicaciones, habían señalado y en algunos casos desarrollado aspectos de la historia cultural, concebida ésta ciertamente en los moldes historiográficos tradicionales, pero cuyo aporte valioso ha contribuido a desbrozar el camino[212].

---

210 MAURICIE BRUNGARDT, "Poder y riqueza en la Nueva Granada al principio del siglo XVII", en *Cultura política...*, págs. 137-150.

211 JOHN LEDDY PHELAN, *El pueblo y el rey. La revolución comunera en Colombia, 1781*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1980; "El auge y la caída de los criollos en la Audiencia de Nueva Granada, 1700-1781", en *Boletín de Historia y de Antigüedades*, núm. 59, nov-dic. 1972.

212 Para formarse una idea del aporte bibliográfico en algunas "áreas tradicionales de la cultura", además de los textos y temas atrás incluidos, cabría mencionar entre otros los siguientes: GABRIEL PORRAS TROCONIS, *Historia de la cultura en el Nuevo Reino de Granada*, Sevilla, 1952; FRAY JOSÉ ABEL SALAZAR, *Los estudios superiores en el Nuevo Reino de Granada*, Sevilla, 1946; GUILLERMO HERNÁNDEZ DE ALBA, *Crónica del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, 2 tomos, Bogotá, 1938; *Teatro del arte colonial. Primera jornada en Santa Fe de Bogotá*, Ministerio de Educación Nacional, 1938; GABRIEL GIRALDO JARAMILLO, *La pintura en Colombia*, F.C.E., 1948; *Notas y documentos sobre el arte en Colombia*, Bogotá, 1955; EDUARDO MENDOZA VARELA, *Dos siglos de pintura colonial colombiana*, Bogotá, 1966; MARIO BUSCHIAZZO, *La arquitectura colonial en Colombia*, Buenos Aires, 1940; ANTONIO GÓMEZ RESTREPO, *Historia de la literatura colombiana*, Bogotá 1940; José MANUEL RIVAS SACCONI, *El latín en Colombia; bosquejo*

La trayectoria historiográfica de Germán Colmenares expresa con toda claridad esta nueva senda de los estudios coloniales; rumbos similares se pueden observar también en otros historiadores colombianos de la generación de los años sesenta y setenta. Entre los múltiples factores que intervienen en esta inclinación por la nueva historia cultural, habida cuenta de los avances anteriormente indicados, resulta de notable importancia el contacto de nuestros historiadores con las nuevas historiografías desarrolladas en Francia, Inglaterra, Estados Unidos e Italia, principalmente. En su conjunto, estas historiografías han explorado una extensa gama de nuevos temas históricos, cuya nomenclatura incluye, entre otros, los siguientes: la familia, el matrimonio, la sexualidad, la mujer, el patriarcado, la infancia, los grupos de edad, los grupos secretos, las formas de sociabilidad y de sensibilidad, el carnaval y la fiesta, la embriaguez, la diversión, la religiosidad, la magia, la brujería, el demonio, la idolatría, el amor, el miedo, la violencia, el delito, el castigo, la cárcel, el honor, el poder y el imaginario político, el mesianismo, las actitudes ante la muerte, la vida privada, el escándalo, la enfermedad, el hospital, el cuerpo, los rituales, los mitos, las leyendas, las utopías, los símbolos y las imágenes, el libro, el convento, la universidad.

La apertura y desarrollo de estos nuevos campos de investigación ha entrañado la vinculación de la historia con disciplinas sociales tales como al antropología, la sociología, la literatura, la iconología e iconografía, la semiótica, el psicoanálisis y otras disciplinas. El encuentro entre historia y psicoanálisis ha seguido una trayectoria especial, de tal modo que ha dado origen a una nueva tendencia: la psicohistoria[213]. La confluen-

---

histórico del humanismo colombiano, Bogotá, 1949; JORGE RODRÍGUEZ PÁRAMO, *El siglo XVIII en Colombia*, San José, Costa Rica, 1940; GERMÁN POSADA MEJÍA, *Nuestra América. Notas de historia cultural*, Bogotá, 1959; JUAN D. GARCÍA BACCA, *Antología del pensamiento filosófico en Colombia de 1647 a 1761*, Bogotá, 1955; EDUARDO CAMACHO GUIZADO, *Estudios sobre literatura colombiana, siglos XVI y XVII*, Bogotá, U. Andes, 1965; JOSÉ TORIBIO MEDINA, *La inquisición en Cartagena de Indias*, Bogotá, Biblioteca Nacional de Colombia, 1952; VÍCTOR MANUEL PATIÑO, *Historia de la cultura material en la América equinoccial*, Bogotá, 1984.

En el *Boletín de Historia y Antigüedades*, en el *Boletín Cultural y Bibliográfico*, en *Thesaurus* y otras revistas se encuentra una importante variedad de artículos relacionados con diversas facetas de la historia cultural.

213 Véase SAÚL FRIEDLANDER, *Historia y psicoanálisis. Ensayo sobre las posibilidades y los límites de la psicohistoria*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1989.

cia de estas disciplinas en el ámbito de la investigación histórica, ha planteado nuevas exigencias teóricas y metodológicas a la formación del historiador. Como propósito o enunciado general, se afirma que esta nueva historia cultural no se ha concebido en contraposición a las historias económica, social, demográfica y política, sino como un nuevo campo que a la vez que integra los aportes de estas historias complementa, en profundidad y extensión, el conocimiento de los hombres y mujeres que han desplegado individual y colectivamente sus vidas en determinados tiempos y lugares. Pese a esto, que parece traducir el deseo de una historia total o integral, lo que a primera vista se observa es una heterogeneidad de contornos imprecisos. En el orden de la historiografía francesa, esa vasta materia histórica comenzó a ser cobijada bajo la difusa denominación de historia de las mentalidades. Los desarrollos posteriores han marcado la tendencia a la diferenciación y profundización de determinadas áreas, tal como sucede con la configuración de la historia de lo imaginario.

Quizás el nombre de nueva historia cultural pueda aún guardar el enunciado de una señalización para el nuevo territorio de la historia, como parece sugerirlo la historiografía anglosajona. Esto, sin embargo, conduce a la compleja discusión acerca de la noción de cultura, donde los acuerdos no parecen muy abundantes. Se trata en todo caso de un debate abierto que al lado de las búsquedas de nuevos derroteros ha vuelto a revisar viejas cuestiones. Aquí, entre otros aspectos, debe tenerse en cuenta el proceso de elaboración crítica que ha implicado la superación de un esquemático materialismo histórico, del poder de explicación omnímoda otorgado a la economía, del determinismo reduccionista de las condiciones materiales de la existencia y de algunos estructuralismos; se trata de una crítica no exenta de un cierto transfondo ideológico-político y de una compleja relación con los avatares del presente. Si bien se ha cuestionado la jerarquización causal que lleva consigo la imagen arquitectónica de la sociedad, a la que atrás aludimos, algunos historiadores continúan insistiendo en la ubicación de la cultura en el "tercer nivel", después del económico y social; de otro lado, también se han puesto en discusión las concepciones que convierten la historia en claridad de ideas y pensamiento lógico, en pura acción consciente y voluntaria.

Sin que los problemas estén resueltos, preocupan hoy las relaciones entre sociedad, cultura e historia, entre las prácticas sociales, las representaciones mentales y los factores inconscientes de la cultura, entre el universo simbólico que otorga significación a la experiencia humana y el curso concreto del acontecer histórico. De hecho, mientras discurren los

debates, en el plano del oficio y de la investigación se han producido algunos cambios que comprometen, entre otros, a los documentos, los métodos y la escritura de la historia. Si antes, por ejemplo, la crítica documental (que también se ha transformado) excluía los documentos considerados falsos o erróneos, ahora se incluyen en cuanto que dicen tanta verdad, como los "verdaderos", acerca de la mentalidad de una época; así, documentos "sospechosos" como las crónicas coloniales han cobrado un nuevo interés para la historia cultural; además, se ha producido una ampliación de las fuentes que incluye documentos como los orales, gestuales e iconográficos, considerados estos últimos no como simples "ilustraciones" o imágenes decorativas, sino como textos de cultura, que al igual que los escritos, deben ser leídos, descifrados e interpretados. Esto, por supuesto, lleva consigo requerimientos metodológicos que van desde la pesquisa del indicio, del silencio y del detalle desapercibido, hasta la matemática de los datos documentales. Toda esta diversidad se expresa en la escritura de la historia, en donde al lado del discurso que da cuenta de las estructuras ha tomado cuerpo la forma narrativa. Sobre esta última, la nueva historia cultural ha estimulado las formas expresivas que se conjugan con la microhistoria, con el relato de acontecimientos y de sucesos individuales, con las historias de vida y la biografía, todo ello visto como indicios y manifestaciones de las relaciones y dimensiones del universo sociocultural.

Varias de las temáticas aquí anotadas han estado en curso, desde hace ya bastante tiempo en las historiografías de algunos países latinoamericanos, como en la de México. Este país ha contado con la presencia de investigadores europeos y norteamericanos empeñados en realizar, a partir de los nuevos puntos de vista, investigaciones sobre el pasado prehispánico, la Conquista, la Colonia y otros períodos de la historia mexicana; estas inquietudes han comprometido a la par a un importante grupo de historiadores mexicanos, de tal suerte que México se convirtió en uno de los primeros países en elaborar una nueva historia cultural de la Colonia[214].

---

214 Para una visión de la historiografía mexicana, véase ENRIQUE FLORESCANO, *Memoria mexicana*, México, Ed. Joaquín Mortiz. 1987. Acerca de la nueva historiografía colonial mexicana pueden citarse, entre otras muchas, las siguientes obras: Varios autores, *Familia y sexualidad en Nueva España*, Memoria del Primer Simposio de Historia de las Mentalidades, México, 1982; Varios autores, *La memoria y el olvido*,

El conocimiento de estos avances historiográficos ha permitido a algunos historiadores colombianos dotarse de nuevas herramientas para la investigación de la historia nacional. Pese a lo aquí expresado, se trata, en nuestro medio, de una tendencia historiográfica apenas naciente, la cual se abre lento paso en medio de una polémica entre adeptos y detractores.

Dentro de la reciente producción historiográfica nacional sobre la colonia, se observa la presencia de autores que trabajan algunas de las nuevas temáticas en tanto que otros siguen en una tónica más o menos tradicional. El panorama temático descrito constituye un punto de referencia que permite pergeñar algunas apreciaciones en relación con el estado actual de nuestra historiografía colonial. Para ello se presenta un rápido cuadro sobre los trabajos publicados en el decenio de los años ochenta y en lo que va corrido de los noventa, habida cuenta de los ya mencionados para este mismo lapso.

Hasta ahora, los temas que han atraído la investigación se relacionan con los siguientes aspectos: la historia de las ideas y el periodismo, la cultura escolar y la universidad, la Ilustración, las epidemias de viruela, la vida política, la vida urbana, el matrimonio, la familia y la sexualidad, la mujer, el delito, las imágenes del indio, del negro y del mestizo y las relaciones interétnicas. La mayoría de estos trabajos se refieren al siglo XVIII, con énfasis en la segunda mitad. Valga decir que, como tendencia, los estudios nacionales y extranjeros de reciente aparición, han depositado su interés en el siglo XVIII (segunda mitad), tratando de ver las transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales que se producen en la sociedad neogranadina, en el contexto de las reformas borbónicas y del

---

Segundo Simposio de Historia de las Mentalidades, INAH, México, 1985; SERGIO ORTEGA (ed.), *De la santidad a la perversión o de por qué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana*, México, Enlace-Grijalbo, 1986; Seminario de historia de las mentalidades, *El placer de pecar y el placer de normar*, México, Ed. Joaquín Mortiz, 1987; SONIA CORCUERA DE MANCERA, *El fraile, el indio y el pulque*, México, F.C.E., 1991; JUAN PEDRO VIQUEIRA ALBÁN, *¿Relajados o reprimidos?*, México, F.C.E., 1987; WILLIAM TAYLOR, *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones mexicanas*, México, F.C.E., 1987; RONALD GRIMES, *Símbolo y conquista*, F.C.E., 1981; SOLANGE ALBERRO, *Inquisición y sociedad en México 1571-1700*, F.C.E., 1988; SERGE GRUZINSKI, *El poder sin límites*, México, INAH, 1989; *La colonización de lo imaginario*, F.C.E. 1991; JACQUES LAFAYE, *Quetzalcóatl y Guadalupe*, F.C.E., 1985; JORGE F. HERNÁNDEZ, *La soledad del silencio. Microhistoria del santuario de Atotonilco*, F.C.E., 1991; CARMEN BERNAND y SERGE GRUZINSKI, *De la idolatría. Una arqueología de las ciencias religiosas*, México, F.C.E., 1992.

pensamiento ilustrado, transformaciones que se articulan a la Independencia y a la formación de la nación colombiana. En cuanto a la preocupación investigativa, no se puede decir lo mismo de los siglos XVI y XVII, donde, comenzando por la conquista y el choque de los mundos indígena y español, todo está prácticamente por elaborarse desde el punto de vista de la nueva historia cultural.

Uno de los historiadores que ha adelantado un trabajo novedoso es Renán Silva. Este autor realiza algunas de sus primeras investigaciones en el contexto de un proyecto —que no oculta su inspiración foucaultiana— sobre "La práctica pedagógica durante la Colonia", del centro de investigaciones de la Universidad Pedagógica Nacional, proyecto que se proponía dar cuenta de las prácticas pedagógicas, educativas y culturales de la sociedad colonial durante los siglos XVII, XVIII y comienzos del XIX. Entre sus primeras publicaciones se encuentra una dedicada a la propuesta de reforma de estudios formulada por el Fiscal Moreno y Escandón, y otra sobre los "Estudios generales" en el Nuevo Reino de Granada[215]. Posteriormente se ocupa de la "historia de las ideas", y elige como objeto de estudio el *Papel Periódico de Santa Fe de Bogotá*, semanario que circuló entre 1791 y 1797, con el propósito de contribuir al análisis sobre la formación de la ideología de independencia nacional[216]. Su siguiente investigación se ubica en el campo de lo que denomina "Historia social de la cultura"; en esta perspectiva se ocupa de la "cultura escolar" y escribe un libro sobre la universidad colonial, el cual comprende, en primer lugar, un estudio cuantitativo centrado en la población universitaria del Colegio Mayor de San Bartolomé y del Colegio Mayor del Rosario, donde se presenta la distribución de los estudiantes por categorías, por las facultades (según las de gramática, filosofía, teología, jurisprudencia), se informa sobre los grados otorgados por la universidad tomística de Santa Fe y otros aspectos académicos. En segundo lugar, el texto trae un análisis de la universidad vista como una institución que hacía parte del engranaje colonial de segregación social, en el seno de una sociedad profundamente jerarquizada y a la vez amenazada por la expansión del mestizaje; frente a éste la

---

215 RENÁN SILVA, *La reforma de estudios en el Nuevo Reino de Granada. 1767-1790*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 1980; *Saber, cultura y sociedad en el Nuevo Reino de Granada, siglos XVII y XVIII*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 1984.

216 RENÁN SILVA, *Prensa y revolución a finales del siglo XVIII*, Bogotá, Banco de la República, 1988.

universidad actuaba como un medio de defensa de las condiciones privilegiadas; al llegar a este punto, el trabajo muestra cómo se escogían a los estudiantes y catedráticos, la importancia del dato sobre su procedencia geográfica y familiar, y describe otras condiciones sociales de selección. El tercer aspecto de la investigación corresponde al "destino social" del grupo intelectual eclesiástico, civil y docente formado por la universidad, a su ubicación en la sociedad; señala aquí mismo los rasgos más sobresalientes del intelectual en la sociedad colonial, empleando para ello la biografía de un clérigo, el Padre Joseph Ortiz Morales (1658-1713); cierra el libro un breve capítulo sobre el proceso de la Ilustración[217].

Siguiendo en la perspectiva general de la historia cultural de los hechos sociales del siglo XVIII, Renán Silva, en un libro reciente, aborda una nueva temática: el estudio de las epidemias de viruela a finales del siglo XVIII en la Nueva Granada. Después de hacer un recuento de los acontecimientos epidémicos de los siglos XVII y XVIII, el autor se centra en las epidemias de viruela de 1782 , 1801 y 1802, las cuales relata en forma minuciosa, mostrando el conjunto de comportamientos, actitudes, sentimientos y representaciones asumidas por la población y las autoridades frente al hecho de la epidemia (los rumores que acompañan la epidemia y el contagio, el miedo, las medidas sanitarias, el socorro, los efectos de la epidemia, las concepciones y representaciones de la enfermedad, la función de la religión, las rogativas públicas, el uso político de la epidemia...). Así mismo narra la introducción de la vacuna contra la viruela, elaborada por el doctor Edward Jenner en 1796, y las primeras experiencias de innoculación masiva (1804), proceso que se conoció como la Real Expedición Filantrópica. El relato de los sucesos alterna con un análisis mediante el cual el autor busca mostrar la génesis de la noción de la salud pública y el proceso de "apropiación de un nuevo modelo cultural" (a raíz de las experiencias derivadas de las epidemias de 1782 y 1802, y de la llegada de la Real Expedición Filantrópica de la vacuna en 1804). De cierto modo, esta historia hace referencia también a las actitudes ante la enfermedad, el cuerpo y la salud, ante la muerte y la vida[218].

---

217 RENÁN SILVA, *Universidad y sociedad en el Nuevo Reino de Granada. Contribución a un análisis histórico de la formación intelectual de la sociedad colombiana*, Bogotá, Banco de la República, 1992.

218 RENÁN SILVA, *Las epidemias de la viruela de 1782 y 1802 en la Nueva Granada*, Cali, Universidad del Valle, 1992. Recientemente ha publicado los dos ensayos siguientes:

En el mismo campo de la historia de la cultura escolar, Diana Soto ha publicado un trabajo en el que se ocupa de los proyectos de reforma educativa, de los planes de estudio, de la vida académica de estudiantes y catedráticos de los colegios de Santafé de Bogotá durante la segunda mitad del siglo XVIII. El libro parte del análisis de la reforma educativa planteada por el fiscal Moreno y Escandón en 1768; esta reforma se consideraba pública puesto que estaba bajo el control del Estado. El carácter de la reforma y la propuesta de universidad pública a ella ligada, suscitaron la oposición de los dominicos, que vieron amenazados sus previlegios en materia educativa (en cierta forma fortalecidos después de la expulsión de los jesuitas). La reforma tuvo corta vigencia (1774-1779), lo que sin embargo fue suficiente para motivar polémicas cuyos términos eran de un lado, la propuesta de universidad pública y el cambio de método de estudio con base en las ciencias naturales, y del otro, el control eclesiástico de la educación y la enseñanza basada en la teología y la escolástica. La autora examina los nuevos estudios propuestos, vale decir, la filosofía "útil", las matemáticas, la medicina, la química y la botánica, estudios en cuyo método y orientación se manifestaba la influencia de la corriente ilustrada que penetraba en la Nueva Granada. Describe las condiciones elitistas para la selección de los estudiantes, los cuales se diferenciaban en sectores: el de los colegiales, el más privilegiado; los manteístas, o "estudiantes de segunda clase", y los familiares. A finales del siglo XVIII, los estudiantes propugnaban por una educación más útil al desarrollo del virreinato. En la última parte, se ocupa de la selección de los catedráticos, de su *status*, de su remuneración y de las polémicas que protagonizaban[219].

Otro ámbito de la historia colonial que presenta novedades es la "historia de la vida política". En la historiografía colonial reciente se ha abierto campo la noción de "vida política"[220], con la cual se pretende designar una perspectiva que va más allá del tratamiento puramente formal de la institucionalidad política y de su ejercicio (Estado, órganos

---

"El Correo Curioso de Santafé de Bogotá: formas de sociabilidad y producción de nuevos ideales para la vida social" y "La teoría del poder divino de los reyes en Nueva Granada: una nueva lectura del 'Vasallo instruido' de Joaquín de Finestrad", en *Dos estudios de historia cultural*, Cali, Universidad del Valle, 1993.

219 DIANA SOTO ARANGO, *Polémicas universitarias en Santa Fe de Bogotá. Siglo XVIII*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 1993.

220 JAIME JARAMILLO y GERMÁN COLMENARES emplean esta noción en el artículo de historia política contenido en el *Manual de historia de Colombia*, t. I, págs. 347 y ss.

de gobierno y administración, funcionarios, normatividad jurídica, etc.) para incluir factores no institucionales, que se ubican en el complejo y contradictorio tejido de las relaciones sociales, en la mentalidad y el comportamiento —siempre potencialmente conflictivo— de los individuos y de los grupos sociales. Desde este punto de vista, se ha empezado a indagar la vida política de las aldeas, de las villas, de las ciudades y el cabildo, hasta la Audiencia.

De la vida política local rural, en las aldeas y parroquias, se ha ocupado Margarita Garrido. Esta autora ha mostrado que la vida política lugareña no se limitaba a los momentos de protesta, desorden o levantamiento, sino que existía toda una cultura política de participación en la que tales movimientos se inscribían, la cual estaba cargada de actitudes, valores y representaciones presentes en la cotidianidad de los pueblos. La política local —expresa— prefiguraba tipos y actitudes que presentan una cierta continuidad con las costumbres políticas de la república, tales como las prácticas electorales con "sapismo, testaferros, cacicazgos familiares, intromisión clerical y clientelismo; criterios étnicos, morales y de idoneidad para elegir candidatos... un acentuado leguleyismo y la importancia de las conexiones de algunos vecinos con las autoridades provinciales y virreinales... un cierto igualitarismo vecinal lugareño y un sentido básico de justicia combinados con la rivalidad entre poblaciones y entre sus autoridades"[221]. Uno de los documentos importantes para estudiar la vida política, subraya la autora, son las "representaciones" escritas por los vecinos de la localidad, las cuales comportan varias significaciones: ellas "dramatizan la situación que se vive en el pueblo tal como los vecinos la ven"; en las quejas y peticiones que allí consignan los vecinos expresan al mismo tiempo sus valores, juicios, prejuicios, temores y deseos, al igual que ciertos rasgos de su conducta y pensamiento; en las "representaciones" los vecinos se reconocen como comunidad, y como vía legal de protesta sirven para canalizar el malestar social y coadyuvar a la convivencia. La vida política local permite reconocer una trilogía de personajes que prefigura el "triunvirato parroquial" de la república: "El cura, el gamonal y el tinterillo";

---

221 MARGARITA GARRIDO, "La política local en la Nueva Granada 1750-1810", en *ACHSC*, núm. 15, Bogotá, 1987; "Cultura política lugareña a fines del período colonial. El Valle del Alto Magdalena", en *Memoria del Primer Congreso Departamental de Historia*, Neiva, 1987.

finalmente, las representaciones y los alegatos contribuyen a la producción del consabido leguleyismo.

En la perspectiva de la cultura y vida política la profesora Garrido ha adelantado varios estudios monográficos, e igualmente, ha realizado un análisis de la convocatoria que la élite criolla hizo al pueblo durante la Independencia, convocatoria hecha en la dialéctica ambigua de la inclusión y la exclusión[222]. En su trabajo más reciente, la autora aborda la cultura política de la sociedad neogranadina en la última etapa del período colonial (1770-1810) y los primeros años después de la creación de las juntas de gobierno (1810-1815); el escenario espacial del estudio corresponde al territorio abarcado por la Audiencia de Santafé. En esta investigación el concepto de cultura política resulta básico; éste se refiere a las nociones de lo público: la autoridad, la comunidad y el futuro; contempla, por lo tanto, además de las cuestiones relativas al ejercicio de la autoridad, las nociones de lo justo e injusto, el sentido de pertenencia e identidad, las imágenes de "nosotros" y "los otros", las representaciones de la salvación personal, del futuro e incluso del más allá. Las representaciones y experiencias políticas de los criollos, de la gente común de los indios hispanizados son materia del análisis. El trabajo enfatiza las maneras de resolver las disputas entre gobernantes y gobernados y de zanjar las diferencias entre los intereses de diferentes grupos o comunidades en conflicto. Cada grupo construía su identidad basada en principios étnicos y expectativas heredadas o en un fuerte sentido de pertenencia a la localidad. Cada grupo tenía un sentido de "los otros" como distinto a "nosotros" y compartía un sentido del orden existente en virtud del cual se definían las relaciones entre ellos. Se estudian así mismo las maneras de participación política de los tres grupos en el primer período de la Independencia (la retórica, las lealtades, las quejas y los rituales) y el modo como ésta afectó a todo el establecimiento colonial. Todo lo desarrollado permite apreciar cómo la vida política del siglo XIX tiene muchas de sus raíces en las prácticas y tipos políticos coloniales[223].

---

222 MARGARITA GARRIDO, "Convocando al pueblo, temiendo la plebe", en *Historia y Espacio*, núm. 14, Universidad del Valle, Cali 1991.

223 MARGARITA GARRIDO, *Representaciones y reclamos. Variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada. 1770-1815* (en imprenta); "La cuestión colonial en la Nueva Granada", en *Cultura política, movimientos sociales y violencia en la historia de Colombia*, Memorias VIII Congreso Nacional de Historia de Colombia, Bucaramanga, UIS, 1992.

La relación entre el cabildo y la vida urbana ha sido examinada por Pablo Rodríguez en un libro sobre la ciudad de Medellín. Describe el proceso de colonización del territorio antioqueño y la conformación de la Villa, la cual, como todas las ciudades españolas, erigía la plaza central como el espacio privilegiado para la presencia de los poderes (civil y eclesiástico), para el ejercicio de la política, como lugar de distinción social y centro de actividades socioculturales y económicas. A continuación, presenta la organización del cabildo o ayuntamiento, sus atribuciones (políticas, económicas y sociales), sus cargos y miembros, sus finanzas y su funcionamiento.

El cabildo es visto no sólo como una institución formal, sino como un espacio en donde se concentraban y expresaban tensiones de la sociedad local. En forma detallada el autor analiza la intervención del cabildo en el abasto de carne de la ciudad, actividad de suministro que al tener una gran importancia para hacendados y comerciantes era motivo de conflicto; muestra el control ejercido por el cabildo y el juego de intereses y presiones que discurrían en torno a los contratos de abasto, a la regulación de los precios y medidas, e igualmente describe las dificultades que se presentaban en tiempo de crisis, durante el cual se tornaban más frecuentes los hurtos de ganado y de maíz, que debían perseguir y castigar los alguaciles. El cabildo así mismo debía afrontar las situaciones calamitosas que se presentaban con el hambre, las plagas y las enfermedades. Durante la época colonial Medellín no tuvo hospital, y también eran grandes sus carencias en centros educativos. El cabildo tenía una importante participación en las fiestas y celebraciones de la Villa, las cuales eran un medio para realzar el prestigio y la posición social.

Un aspecto central del libro lo constituye el análisis de la raíz social de los cabildantes, sus vínculos familiares, sus nexos de compadrazgo, sus propiedades y las diversas actividades económicas que mantenían. Entre el grupo criollo local y los peninsulares existió una estrecha relación que comenzaba con el vínculo matrimonial. Las familias criollas estaban dispuestas a casar sus hijas con jóvenes inmigrantes españoles, que aunque pobres tenían un capital simbólico: eran españoles de la madre patria limpios de sangre; a cambio de este capital simbólico que reforzaba el honor de la familia criolla, el inmigrante tenía acceso a un capital económico, en principio, en virtud de la dote, además del status en la jerarquía

local. El libro concluye con un interesante análisis de la tendencia endogámica de la sociedad medellinense en la Colonia[224].

De otra parte, con los estudios de Pablo Rodríguez ha cobrado impulso la historia del matrimonio y la familia en la Colonia. Aunque sus trabajos se centran en la Antioquia colonial, desarrollan temáticas que pueden servir de base para ampliar la investigación a otros espacios coloniales, e incluso, para establecer comparaciones con varios países latinoamericanos, comenzando por México, donde esta historia se encuentra bastante avanzada.

En Antioquia, expresa el autor, el matrimonio era considerado una necesidad sobre todo para las mujeres. Las familias se preocupaban por reunir una dote que hiciera atractiva a sus hijas. Sin embargo, carecer de una dote no impedía concertar una unión, aunque sí representaba una desventaja. Si bien las dotes no pasaban al pleno dominio de los maridos, constituían en todo caso un factor de atracción para los hombres. En Antioquia las uniones entre parientes aumentaron con el tiempo y llegaron a representar un distintivo de la región. Entre los copiosos aspectos tratados por Rodríguez, se encuentra el relativo al incumplimiento de las promesas matrimoniales. El incumplimiento de la promesa matrimonial ocasionaba una demanda, entablada habitualmente por los padres de la novia agraviada. En el juicio, los acusados recurrían a argumentos como los de poner en duda la moralidad de la mujer, su estado de virginidad anterior y la moral de su familia, con lo cual invertían el proceso de acusación. Otras razones exhibidas por los hombres para incumplir las promesas consistían en alegar, según el caso, la desigualdad étnica y social, la minoría de edad (menor de 25 años) y la falta de conciencia del acto debida a la juventud del acusado. Con frecuencia las promesas eran utilizadas por los pretendientes para seducir a las mujeres.

Otros fenómenos estudiados por Pablo Rodríguez son el amancebamiento y la elección matrimonial. En cuanto al primero, el autor expresa que, a diferencia de las razones aducidas para explicar el amancebamiento en otras partes de América Latina (solución al desequilibrio demográfico español-indígena, resultado de una sexualidad blanca proyectada hacia las mulatas), en Antioquia se encuentra asociado a dinámicas de intensa

---

224 PABLO RODRÍGUEZ, *Cabildo y vida urbana en el Medellín colonial 1675-1730*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1992.

movilidad geográfica de la población y a cierta flexibilidad de la estructura social. Acerca de la elección matrimonial observa que ésta era orientada por los padres, e incluso intervenían en ello algunos parientes. En esta materia, la autoridad paterna se reforzó enfáticamente con la real pragmática de 1776, la cual estableció que todos los pretendientes debían obtener la aprobación de sus padres para contraer matrimonio. Era obligatorio para los hijos menores de 25 años obtener la licencia de sus padres, bajo pena de desheredamiento. La razón principal argüida por los padres para oponerse a la iniciativa matrimonial de los hijos era la desigualdad étnica. Pese a que estas disposiciones estaban hechas para defender la integridad étnica y social de los blancos, fueron asumidas con impetuosidad por los mestizos para diferenciarse de los mulatos, negros e indígenas. Pero incluso en estos grupos el matrimonio suscitaba conflictos agudos cuando se trataba de desigualdades étnicas. Tales conflictos muestran la actitud de estos grupos subalternos respecto a valores como el honor, el color de la piel y el status y frente al matrimonio como un mecanismo de ascenso en las distintas gradaciones de la escala social[225].

Por su parte, René de la Pedroja ha publicado un trabajo sobre la historia de la mujer criolla y mestiza durante el siglo XVIII y primeros decenios del XIX. Para estas mujeres, expresa el autor, la decisión de casarse estaba condicionada por la propensión de las familias a conservar su posición social y la integridad del patrimonio, lo cual llevaba a impedir el matrimonio con personas de "notoria desigualdad". El trabajo muestra las distintas funciones que cumplía la dote y las reacciones de las familias frente al incumplimiento de las promesas matrimoniales. En el matrimonio la esposa tenía la obligación de impartir educación moral y religiosa a sus hijos y de conservar la unión matrimonial, lo cual implicaba alejar cualquier sospecha de infidelidad de su parte. Con cierta frecuencia los maridos

---

225 PABLO RODRÍGUEZ, *Seducción, amancebamiento y abandono en la Colonia,* Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek, Bogotá, 1991; "La dote en Medellín 1675-1780" en *Sociología* 10, Medellín 1987; "Matrimonio incestuoso en el Medellín colonial 1700-1810", en *Revista de Extensión Cultural de la Universidad Nacional* 24-25, Medellín, 1988; "Amor y matrimonio en la Nueva Granada. La provincia de Antioquia en el siglo XVIII", en *Revista Universidad de Antioquia,* núm. 230, Medellín, 1992; "Amor y matrimonio en la Nueva Granada. La provincia de Antioquia en el siglo XVIII", en *Ciencia, cultura y mentalidades en la historia de Colombia,* Memorias VIII Congreso Nacional de Historia de Colombia, UIS, Bucaramanga, 1992.

abandonaban el hogar, pero también se daba el caso de que las esposas dejaran a los maridos por motivos de violencia, infidelidad y otras razones. La soltería en las mujeres se veía como una situación en cierto modo anómala. Entre las opciones de la mujer soltera estaban el convento, el amparo y cuidado de niños (en la casa de expósitos). La mujer soltera necesitaba con frecuencia el apoyo familiar y según la situación "era candidata a tener uniones libres e hijos ilegítimos". El trabajo muestra cómo a finales del siglo XVIII aumentó la criminalidad femenina (principalmente el robo y luego el homicidio y las heridas) y la prostitución, y concluye con la actitud de las mujeres mestizas y criollas durante la Independencia[226].

En el mismo orden de la historia de las mujeres, María Himelda Ramírez ha emprendido el estudio de la situación de las mujeres de los estratos populares de Santafé de Bogotá a finales de la Colonia, en lo que respecta a la vida reproductiva y al ejercicio de la función materna. Entre otros aspectos, la autora constata los altos porcentajes de recién nacidos sin respaldo social ni afectivo de las figuras parentales. Se trata de hijos fruto de relaciones ilícitas (uniones de hecho, concubinato, incesto y otras), los cuales entraban en una situación de discriminación que los acompañaba en el transcurso de sus vidas. La autora efectúa algunas observaciones sobre los motivos que tenían algunas madres para negar o encubrir la maternidad o para delegarla; trae algunas anotaciones sobre las mujeres que se desempeñaban como madres sustitutas y señala el hecho sobresaliente de que en la ciudad existió, sin embargo, un número grande de mujeres que asumieron la maternidad siendo solteras[227].

Sobre la historia de la mujer negra está el trabajo de Beatriz Castaño, el cual se centra en el siglo XVIII. La autora describe la utilización de la mujer negra esclava en la explotación de las minas, en las haciendas esclavistas y en los oficios domésticos en la ciudad. Aquí, las esclavas podían ser fuente de ingreso mediante actividades como la prostitución, las ventas callejeras, el alquiler para oficios menores, el

---

226 RENÉ DE LA PEDROJA, "La mujer criolla y mestiza en la sociedad colonial, 1700-1830", en *Revista Desarrollo y Sociedad*, núm. 13, Bogotá, enero 1984.

227 MARÍA HIMELDA RAMÍREZ, "Las mujeres de Santafé de Bogotá a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. La procreación y las relaciones materno-filiales", en *Ciencia, cultura y mentalidades en la historia de Colombia*, VIII Congreso Nacional de Historia de Colombia, Bucaramanga, UIS, 1993.

contrabando, etc.; muestra también la participación social y familiar de las esclavas, sus condiciones de salud, su entorno cultural y su lucha por la libertad[228].

Otros temas que revisten novedad son los desarrollados por Julián Vargas, desaparecido prematuramente, en relación con la historia de la vida urbana. Ya en su tesis de grado de sociología, sobre el "Régimen político y la sociedad criolla en la Nueva Granada colonial" (Universidad Nacional 1982), había empezado a introducirse en el tema de la ciudad como un espacio social criollo que guardaba un nexo con la institución del cabildo. Posteriormente, al ocuparse de la historia de la ciudad de Santa Fe, retorna al asunto del cabildo y estudia de éste sus finanzas, sus funciones y su política económica. Pero el cabildo es apenas un aspecto de su historia urbana. La ciudad de Santafé es explorada en otra variedad de manifestaciones, entre las cuales se encuentran el registro de los cambios demográficos a finales del período colonial y el estudio de la población indígena de la ciudad (origen de los indios, mita urbana, oficios en la ciudad, relaciones étnicas, delitos, mestizaje y amancebamiento). Siguiendo el caso de una familia notable (la del alguacil mayor de Santafé don Francisco de Estrada), el autor muestra el funcionamiento de la economía doméstica y muchos rasgos de las costumbres y de la vida cotidiana. Otra dimensión de la ciudad examinada por Vargas corrresponde a los hospitales (el San Juan de Dios), a la casa de expósitos y a los hospicios; igualmente, describe las fiestas de la ciudad, las cuales comprendían las carnestolendas, el baile de máscaras del coliseo, la fiesta de Corpus, las fiestas de San Juan, del Polvillo y las fiestas de diciembre; se guardaba el luto a la muerte del Rey y se celebraba con solemnidad la llegada de todo nuevo virrey. Son materia también del relato de la ciudad las rondas nocturnas, los juegos de azar, los cafés, las chicherías y las gentes que se entregaban a estos menesteres[229].

---

228 BEATRIZ ELENA CASTAÑO ZAPATA, "La mujer negra esclava en el siglo XVIII. Papel y participación en el proceso económico neogranadino", en *Memorias VI Congreso de Historia de Colombia,* Universidad del Tolima, Ibagué, 1992. Para un comentario historiográfico sobre la historia de la mujer en la Colonia, véase: SUZY BERMÚDEZ Q., *Hijas, esposas y amantes. Género, clase y etnia en la historia de América Latina,* Bogotá, Ediciones Uniandes, 1992, págs. 59-106.

229 JULIÁN VARGAS LESMES, *La sociedad de Santa Fe colonial,* Bogotá, CINEP, 1990.

Entre los pocos trabajos que se han publicado sobre la historia del delito se cuenta el de Guillermo Sosa sobre los hurtos y homicidios en la provincia de Tunja (1745-1810). Se trata de los delitos cometidos por los indios de los resguardos contra los "blancos" en sentido amplio: españoles, criollos y mestizos, y contra otros indios. Se describe en primer lugar lo relacionado con los hurtos: indios acusados de este delito, objetos robados, su puesta en el mercado, los juicios, las sentencias, etc. En segundo lugar se estudia el conjunto de factores implicados en el homicidio, el desarrollo de los procesos legales, los castigos aplicados a los criminales y la presencia de la chicha como elemento desencadenante de los crímenes. Otro aspecto del trabajo corresponde a las observaciones sobre las formas de causar la muerte según los mismos indios: la muerte ocasionada por brujería y la muerte propinada a las indias, de las cuales se decía que habían cometido homicidios por medio de la brujería. Mediante el estudio de tales delitos el autor insinúa algunas apreciaciones sobre varias facetas de las relaciones sociales y culturales que mantenían los grupos en cuestión[230].

En otro plano de la historia de las mentalidades, Jaime Borja ha publicado algunos trabajos en los que explora las imágenes, los símbolos y las relaciones interétnicas de negros y blancos en Cartagena de Indias. Un primer artículo está dedicado a examinar la imagen y los símbolos del demonio cartagenero en el siglo XVI; muestra de qué manera el español demonizó al esclavo negro y cómo el negro escondió parte de su experiencia religiosa africana detrás del "demonio". En el siguiente trabajo, el autor se ocupa del "indoctrinamiento de los negros" que desembarcaban en Cartagena en el siglo XVII. Aquí entran en juego las viejas imágenes que la cristiandad había forjado sobre "el salvaje y el bárbaro", las cuales, con los temores que ellas suscitan, son reproducidas frente al negro pagano o cristiano. Por último, el autor analiza las opuestas concepciones de negros y blancos, concepciones aún más contrapuestas en el plano de las representaciones de la muerte y la sexualidad; dada esta oposición, el problema

230 GUILLERMO SOSA ABELLA, *Labradores, tejedores y ladrones. Hurtos y homicidios en la provincia de Tunja 1745-1810*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1993. Sobre el tema del delito véase también: ZOILA DE DOMÍNGUEZ, "Delito y sociedad en el Nuevo Reino de Granada, período virreinal (1740-1810)", en *Universitas Humanistica*, núms. 8 y 9, Universidad Javeriana, Bogotá 1974-1975.

consistía en lograr acuerdos culturales que permitieran crear una realidad de mutua convivencia[231].

Por su parte, Beatriz Patiño se ha ocupado de los conceptos de indio, negro y mestizo durante la época colonial. En rigor, se trata de las imágenes que el blanco, ya fuese conquistador, religioso o funcionario, elaboró acerca de los mecionados tres grupos étnicos.

La autora indica las situaciones económicas y sociales que contribuían a generar determinados prejuicios y visiones negativas sobre dichos grupos, alude también a la legislación y muestra cómo aquellas imágenes influenciaban el comportamiento del estamento blanco frente a las "castas de la tierra"[232].

Dentro de las publicaciones recientes se encuentran varios trabajos dedicados, bajo distintos puntos de vista, incluidos los tradicionales, a la historia de la literatura[233]; existe también un texto sobre las fiestas[234] y Humberto Triana y Antorveza ha entregado una extensa obra sobre el destino de las lenguas indígenas bajo la dominación española, la que aporta interesantes observaciones sobre la historia cultural de la Colonia[235]. En cambio son muy escasos los estudios en el campo de lo que podría llamarse

---

231 JAIME HUMBERTO BORJA, "Demonio y símbolos: blancos y negros en Cartagena. Siglo XVI", en *Revista del INAH*, México, enero de 1992; "Lo culto y lo salvaje: del fantasma del negro pagano al negro endoctrinado. Actitudes y tendencias de una desterritorialización del siglo XVII", en *Memorias del Congreso Cristianidad colonial y producción del bárbaro en América Latina*, Bogotá, CEHILA-CINEP, 1991; "Creando la realidad: relaciones interétnicas en Cartagena. Siglos XVI y XVII", en *Ciencia, cultura y mentalidades en la historia de Colombia*, UIS, 1993.

232 BEATRIZ PATIÑO MILLÁN, "Indios, negros y mestizos. La sociedad colonial y los conceptos sobre las castas", en *Ciencia, cultura y mentalidades...*

233 HÉCTOR H. ORJUELA, *"El desierto prodigioso y prodigio del desierto" de Pedro Solís y Valenzuela. Primera novela hispanoamericana*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1984; *Estudios sobre literatura indígena y colonial*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1986; Varios, *Manual de literatura colombiana*, Bogotá, Procultura - Planeta, 1988. También: GISELA BEUTLER, *Estudios sobre el romancero en Colombia, en su tradición escrita y oral desde la época de la Conquista hasta la actualidad*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977.

234 SUSANA FRIEDMANN, *Las fiestas de junio en el Nuevo Reino*, Bogotá, Ed. Kelly, 1982.

235 HUMBERTO TRIANA Y ANTOVERZA, *Las lenguas indígenas en la historia social del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1987. Para algunas consideraciones generales sobre la cultura colonial véase JORGE ORLANDO MELO, "La cultura durante el período colonial", en *Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia*, Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek, 1992.

la nueva historia de la religiosidad, historia que se presenta como fundamental para el conocimiento de la sociedad colonial[236].

Muchos de los temas anteriormente reseñados y otros de los que aquí faltan, han sido tratados o están siendo desarrollados por los estudiantes de las carreras y postgrados de historia, en sus tesis de grado. Si bien la historia cultural ha traído nuevo estímulo para los estudios coloniales, esto no puede entenderse como una oclusión de las temáticas tradicionales. Nadie ha dicho ni dirá la última palabra, el hospedaje de la historia es innumerable y una multitud de documentos permanece siempre disponible para las más diversas inquietudes de los seguidores de Clío.



236 Últimamente ha aparecido el artículo de PATRICIA ENCIZO, "Las herejías de Joseph Ximenez, un eremita del siglo XVII", en *Ciencia, cultura y mentalidades...*, págs. 105-112; y el trabajo de PILAR JARAMILLO DE ZULETA, *En olor de santidad. Aspectos del convento colonial 1680-1830*, Bogotá, 1992. Estando este trabajo en imprenta, apareció el libro de DIANA LUZ CEBALLOS GÓMEZ, *Hechicería, brujería e inquisición en el Nuevo Reino de Granada: un duelo de imaginarios*, Bogotá, U. Nacional, 1994.

Comentario al Estudio sobre Historiografía Colonial

Manuel Lucena Salmoral
Catedrático de Historia de América
de la Universidad de Alcalá

Deseamos agradecer la amable invitación formulada por la Universidad Nacional de Colombia para participar en este Seminario Internacional de Historiografía Colombiana, que nos trae recuerdos lejanos y entrañables de hace treinta años, cuando fui profesor de dicha Universidad y tuvimos el honor de participar en la formación de los primeros profesionales en Historia que hubo en Colombia. Estamos hablando de los años 1962 y 1963.

Deseamos también agradecer la distinción de comentar la ponencia del Dr. Bernardo Tovar Zambrano sobre Historiografía Colonial. Tengo la impresión de no ser la persona idónea para tal menester, por ser juez y parte de dicha Historiografía, y ser además español (si bien de los que mucho quieren este país en el que no sólo enseñamos, sino que también vivimos diez años decisivos de nuestra vida), pero se nos ha conferido tal honor y vamos a procurar cumplir con el mismo. Lamentamos no poder hacerlo con la dignidad que corresponde, ya que la ponencia del Dr. Tovar Zambrano se nos entregó hace apenas cinco días en Caracas y hemos tenido que redactar este comentario en un hotel de Barquisimeto, sustrayendo horas a nuestra intervención en la V Jornada Nacional de Historia de Venezuela, en la que hemos participado. Damos por ello disculpas por lo deslavazado de nuestro comentario y la falta de puntualizaciones precisas, que siempre faltan cuando se hace un trabajo de recordación bibliográfica.

Agotadas las justificaciones, a las que somos tan proclives los historiadores españoles (también los colombianos), permítasenos entrar en el comentario sobre el excelente trabajo historiográfico realizado por el Dr. Tovar Zambrano, que no es el primero que nos ofrece. Recordamos el trabajo que publicó en 1982 en el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, del que somos seguidores. La reiteración del Dr. Tovar en la

problemática indica dos cosas: que está inconforme (y eso es bueno y meritorio) con la historiografía colonial, que no termina de verla como él quisiera (posiblemente mejor o al menos distinta); y que está además inconforme con lo que ha publicado anteriormente (lo que es aún mejor). En honor a la verdad observamos que los juicios del profesor Tovar sobre la historiografía colonial son cada vez más prudentes, signo indudable de su gran madurez.

ESTRUCTURA DEL TRABAJO

La ponencia ha sido elaborada dividiendo esta compleja historiografía en cuatro bloques, aparte de la presentación. Son estos: *La Colonia de la Historia extensa*, *Hacia la historia económica y social de la Colonia*, *La Colonia en la Nueva historia* y los *Estudios recientes y nuevos temas: hacia la historia cultural de la Colonia*. Parece concebirse así como un proceso de mejora historiográfica de tipo evolucionista, que proyecta la idea de que lo que hacemos ahora es mejor que lo que antes se hacía, y peor de lo que haremos mañana; pero no se enfatiza suficientemente que esto sea producto de una metodología más depurada, sino de un análisis crítico que ha ido superando modas historiográficas para decantar en una especie de perfección, alejada de los errores de juventud y mocedad.

La perspectiva puede resultar peligrosa, en el sentido de inducir a considerar que una obra histórica carece de valor intrínseco y lo tiene sólo en cuanto sirve de punto de apoyo para otra reelaboración posterior. Obras como la del Padre Gumilla, Tocqueville o Braudel podrían ser así valiosas en cuanto fueran aprovechables para superarlas. La premisa de que cuanto se ha hecho en los últimos años es mejor que lo que se hacía hace 50 ó 100 años, generalmente suele ser cierta, pero abunda en excepciones. Basta revisar lo publicado en el *Boletín de Historia y Antigüedades de la Academia* para comprobar que durante el primer tercio de este siglo se publicaron algunos excelentes trabajos históricos y que en el último tercio de este siglo se han publicado bastantes menos excelentes. Y es que la estructura cronológica para vertebrar una obra conlleva infinidad de riesgos, si bien es la que usualmente utilizamos los historiadores por vicio profesional y por comodidad expositiva. Nosotros mismos la habríamos utilizado probablemente si nos hubiéramos tenido que enfrentar al mismo problema que el Dr. Tovar Zambrano, y probablemente con menos maestría que él.

La periodización —por llamarla de alguna forma igualmente cómoda— de esta historiografía colonial implica dos grandes riesgos:

1. Que los períodos sean realmente significativos.
2. Que permitan ubicar toda la información en las casillas de los subperíodos.

Lo primero está bien conseguido. El Dr. Tovar ha detectado cuatro grandes subperíodos significativos de la historiografía colonial en nuestro siglo. Desde nuestro modesto punto de vista, el primero de dichos subperíodos lo retrotraeríamos a los años treinta, cuando aparecieron algunos trabajos muy serios de historiadores como Ortega Ricaurte, los hermanos Hernández de Alba, Otero D'Acosta, etc., de los que nuestra generación fue deudora y la gran beneficiada.

Nuestra primera impresión al afrontar la historiografía colombiana fue que el conflicto con el Perú generó la necesidad de buscar documentalmente en la Historia apoyos para el diferendo, y esto rompió el discurso de recreación literaria del pasado que se había utilizado hasta entonces. Es verdad que quienes recurrieron a los archivos eran políticos, abogados, etc. pero se vieron forzados a hacer historia para apoyar sus argumentaciones, y con soportes documentales. Recordamos a este propósito un extraño trabajo del P. Marcelino de Castellvi sobre la expedición de Hernán Pérez de Quesada al Putumayo, aparecido en una revista casi olvidada que se llamaba *Amazonia Colombiana Americanista*; algunos trabajos del Dr. Sergio Elías Ortiz en el *Boletín Histórico de Pasto*, no menos olvidado, y otras que en este momento se nos escapan de la memoria. Quizá el libro de Mojica Silva sobre las visitas en Tunja sea uno de los mejores exponentes del grupo. Pioneros del trabajo histórico con apoyo documental existen también desde comienzos de siglo. Desde nuestro punto de vista esta legión de historiadores que trabajaron utilizando archivos conforman el pórtico de la historiografía científica colombiana sobre la Colonia y sus trabajos contienen aportaciones notables, ya que tuvieron el mérito de buscar en las fuentes.

El segundo riesgo de la periodización —ubicar toda la información en las casillas de los subperíodos— ha sido salvado también admirablemente por el Dr. Tovar Zambrano gracias a la herramienta cronológica, pero creemos que no debe entenderse de una manera exhaustiva, como también él lo ha hecho, atendiendo sólo a lo que es significativo o significante en cada subperíodo. Quiere esto decir que fuera de cada subperíodo pueden aparecer obras de otro, si bien no son decisivas para la definición

y caracterización del mismo. En Historia hay de todo, como es sabido, y no pocos trabajos historiográficos actuales carecen del rigor histórico elemental que, por ejemplo, tenía un Restrepo Tirado, para poner un sólo ejemplo. El mayor problema de la periodización es hacer balances de contraste para definir bien la caracterización de cada subperíodo respecto del anterior y posterior, y es quizá allí donde el Dr. Tovar ha profundizado menos, limitando lo definible a unos pocos renglones al término de cada subperíodo. Quizá es algo que está más en nosotros que en el trabajo del Dr. Tovar, pues quisiéramos saber más de cada marco teórico, sin tener en cuenta la enorme dificultad de afrontar esto en un trabajo de síntesis como el realizado.

EL ANÁLISIS CRÍTICO

Es la parte más delicada del trabajo del Dr. Tovar Zambrano y puede decirse que lo ha hecho con enorme benevolencia y política florentina. Ha ponderado y resaltado las obras mejores, ha descrito los contenidos de las peores y ha silenciado las muy malas. Incluso ha tenido una gran caridad para los autores que nos publican dos y tres veces el mismo trabajo en intervalos de cinco o diez años. La generosidad del Dr. Tovar le ha llevado al extremo de anotar trabajos publicados sin una sola cita bibliográfica, ni documental, cosa que parece inconcebible para un historiador europeo.

Nos habría gustado que en los análisis críticos el Dr. Tovar Zambrano hubiera antepuesto algunas apreciaciones sobre los condicionantes de publicación de los trabajos históricos en Colombia y en el período estudiado, pues tiene importancia para valorar una obra dentro de su contexto sociotemporal. El historiador elabora su trabajo para ser publicado y se enfrenta a una serie de dificultades que guían su mismo trabajo. Sólo en el caso de que existan gran cantidad de centros editoriales puede proyectar un grado de libertad en sus temáticas, proyecciones y críticas. Y este no era el caso de Colombia en los años cincuenta y sesenta, como es de sobra conocido. Publicar un artículo de carácter socioeconómico en el *Boletín de Historia y Antigüedades de la Academia* podría resultar exótico y aun peregrino; no menos que la biografía de un conquistador en el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* de la Universidad Nacional. Las escasas revistas existentes habían creado orientaciones y clientelismos específicos sobre qué y quiénes tenían acceso a publicar en ellas. Este panorama empezó a cambiar a fines de los sesenta, mejoró sensiblemente

en los setentas y desapareció casi en los ochenta, aunque todavía existen algunos restos del 'paleoindio' en lo relativo a vetar algunos temas y autores. Naturalmente son pocos y casos muy conocidos. En realidad el problema de los condicionantes del historiador es parte de lo que el Dr. Tovar Zambrano ha llamado contextos del historiador y su obra, que, sagazmente, ha calificado de "fundamentales para el entendimiento de la investigación" y en los que, mucho más sagazmente, no ha querido entrar, reservándose para otra ocasión, que anhelamos sea pronto.

Finalmente echamos en falta un análisis sobre la evolución ideológica y metodológica de muchos historiadores que, generalmente, quedan congelados por una obra (la que el Dr. Tovar considera más importante). Incluso en algunos autores estudiados con mayor dedicación, como el Dr. Germán Colmenares, el ponente ha enfatizado que gustaba de emprender su obra reiterando su metodología tradicional, fruto de la primera formación. En nuestra opinión la obra de un historiador hay que valorarla precisamente en función de su capacidad de cambio ideológico, metodológico y crítico. Mal historiador es el que se mantiene inalterable a lo largo de su obra histórica, pues esto quiere decir que no ha aprendido absolutamente nada y por tanto que no puede enseñarnos absolutamente nada. Comprendemos sin embargo que los análisis sobre el cambio ideológico, metodológico y crítico de los historiadores habría obligado al Dr. Tovar a realizar otra ponencia similar, y quizá mayor que la que hemos escuchado. ¿Mayor? Quizá no tanto. Es la gran duda que nos queda pendiente.

LOS CONTENIDOS

En su presentación el Dr. Tovar Zambrano afronta el tema de las justificaciones en este tipo de trabajos, que le obliga a seleccionar los "principales temas", "tendencias y posiciones historiográficas", "individualización del trabajo histórico" y los "contextos sociales, políticos y culturales". Parece así no querer utilizar ningún rigor de aparato crítico o metodológico para seleccionar las obras. Cualquier trabajo histórico que aporte algo apreciable como tema, tendencia o posición, tiene derecho a figurar en los subperíodos. Otra advertencia es que por limitaciones obvias de espacio, resulta imposible considerar en cada subperíodo los cuatro acápites antes mencionados (temas, tendencias, individualización y contextos), lo que implica cierta contradicción con lo anterior. Naturalmente esta objeción no es ninguna censura a nivel de la gran obra realizada, pues resulta imposible realizarlo en sólo cincuenta folios.

"La Colonia en la Historia extensa" constituye el primer tratamiento del análisis efectuado por el Dr. Tovar. En este apartado se hace referencia al hecho de que dicha *Historia extensa* es un antiguo proyecto de la Academia que data del año 1929. No se refieren pormenores de la gestión de dicha obra, que obviamente no interesan aquí, para concluir en la publicación de los diez primeros volúmenes en el año 1965. El Dr. Tovar cita también otras publicaciones de la Academia, tales como el *Boletín*, la *Biblioteca Eduardo Santos*, la *Biblioteca Historia Eclesiástica*, la colección de *Bolsilibros y Documentales*, pero sin detenerse a analizar sus temas principales, ni sus tendencias (que las hay), cosa que habría resultado extraordinariamente instructiva, al menos para nosotros, que detectamos una doble tendencia ideológica sobre la Colonia según se trate antes o después de Nariño y su generación, amén de extrañas contradicciones sobre los Comuneros y los pueblos indígenas que vivieron durante la Colonia. Creemos absolutamente necesario dicho estudio para comprender la configuración de los clichés temáticos imperantes en Colombia después de la publicación de la *Historia* de Henao y Arrubla, habida cuenta del protagonismo que la Academia tuvo en la conformación de planes de estudio y eventos patrióticos durante los años cincuenta y sesenta, consecuencia en gran parte del hecho de estar presidida por el Dr. Eduardo Santos, uno de los políticos más influyentes del país. También sería oportuno hacer algunos juicios de valor sobre la publicación de varios repositorios documentales por parte de dicha Academia, además del señalado del Dr. Juan Friede.

Expone a continuación el Dr. Tovar lo relativo a los tomos coloniales de la *Historia extensa*: el del Dr. Juan Friede, los dos nuestros, y los dos del Dr. Sergio Elías Ortiz. Somos juez y parte en este juicio y sólo queremos decir que nuestros dos tomos de *Presidentes de capa y espada del Nuevo Reino de Granada durante la primera mitad del siglo XVII*, fueron fruto de nuestra tesis doctoral, elaborada entre 1960 y 1963. No tenemos ningún fetichismo por las tesis doctorales, que consideramos la primera obra de investigación de un historiador. En nuestro trabajo hicimos un análisis histórico con apoyo documental de una época fundamental de la historia colombiana sobre la que apenas se había escrito. Lo hicimos con todos los vicios propios del entorno socioeconómico de la época, procurando mantener el rigor histórico. Se hacía entonces lo que se llamaba "historia total", que parece ser lo mismo que ahora llaman "novísima historia", aunque actualmente se realiza con una metodología mejor y con un análisis crítico

bastante diferente. Hace diez años ofrecimos reescribir dichos tomos a la Academia —y gratuitamente, por supuesto—, pero se nos dijo que resultaba imposible. Quedan así como la obra histórica inicial del Dr. Lucena Salmoral, con todo lo desfavorable y favorable que esto significa. El Dr. Tovar puede consultar un *agiornamento* de estos tomos en el trabajo que publicamos sobre el "Nuevo Reino de Granada en su época de crisis y estabilización", a comienzos de los años ochenta, en el volumen correspondiente a *América en el siglo XVII*, aparecido en la *Historia de España y América* de Ediciones Rialp.

Tampoco creemos que el Dr. Friede —nuestro vecino de despacho en el Instituto de Antropología durante muchos años— defendiera con ardor su tomo de *Conquista*, en el cual se adentró en un mundo bastante desconocido para él como era el medioevo europeo, y sin poner una sola cita en el mismo (ni documental ni bibliográfica). En cuanto a los tomos del Dr. Sergio Elías Ortiz —otro de nuestros compañeros de investigación en el Instituto de Antropología— era lo suficientemente buen bibliófilo para saber que tampoco estaba haciendo ninguna obra insuperable.

No hay que olvidar que la *Historia extensa de Colombia* fue proyectada como una obra de gran divulgación para público no especializado en el conocimiento de la historia, cosa que su editor, Lerner, nos recordaba una y otra vez cuando intentábamos sobrepasar el nivel proyectado. Todavía nos parece un milagro haber podido salvar en nuestro trabajo lo relativo a la guerra de los Pijaos, que parecía demasiado "elevada" para el objetivo proyectado. En cualquier caso, quiero resaltar un hecho bastante singular: los tres historiadores que hicimos la *Colonia* éramos indigenistas y trabajábamos en el mismo sitio, el Instituto Colombiano de Antropología. Esto tuvo que influir necesariamente en el tratamiento colonial y por ello invitamos al Profesor Tovar a reflexionar sobre el particular. Coincido con el Dr. Tovar en los juicios que ha realizado sobre las obras del padre Pacheco y del Dr. Abel Cruz Santos.

"Hacia la historia económica y social de la Colonia" constituye el subperíodo siguiente estudiado por el Dr. Tovar, encuadrando en el mismo al grupo de autores que tanta influencia tuvo en su época, pero apenas enfatiza el hecho de que buena parte de ellos publicaban sin aparato crítico de fuentes, y hasta, a veces, sin citar las obras en las que se habían basado para emitir sus juicios. Resultaban así —para un historiador— un grupo de avanzados progresistas del pensamiento a los que había que creer dogmáticamente el fruto de sus desconocidas lecturas. No menoscaba esto

el valor de sus interpretaciones, en lo que estoy totalmente de acuerdo con el Dr. Tovar, particularmente en el caso del Dr. Indalecio Liévano Aguirre, de quien fui admirador y amigo. En alguna ocasión llegamos a preguntarle por qué razón había citado a un autor, único que emergía de la masa del anonimato.

No nos parece que la obra de West esté bien ubicada en este grupo, dado el trabajo riguroso que efectuó, aunque cronológicamente su obra, ubicada en 1952, pertenezca a esta etapa. Tampoco la obra de Juan Friede nos parece claramente situable en este contexto. Finalmente echamos en falta para este subperíodo la revisión de algunos excelentes artículos publicados en la *Ecclesiastica Xaveriana*, que desde luego no estaban en la andadura hacia la Historia Económica.

"La Colonia en la nueva Historia" es el subperíodo que analiza a continuación el Dr. Tovar. Coincidimos totalmente con él en lo relativo al arranque y caracterización del mismo, que coincide con la creación de la carrera de Historia en la Universidad Nacional de Colombia en el año 1962, fruto en gran parte del esfuerzo del Dr. Betancur, quien fue nuestro primer decano. Los alumnos egresados de este centro, junto con otros formados profesionalmente en Europa y México, dieron un vuelco total a la historiografía colonial colombiana. También fue fundamental la aparición del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, fundado y orientado por el Dr. Jaime Jaramillo, cuyos trabajos ha glosado pormenorizadamente el ponente. Pioneros de este grupo fueron Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Darío Fajardo, Margarita González, Jorge Palacios y Hermes Tovar.

La figura señera de este grupo es sin duda el Dr. Germán Colmenares, y en esto coincido plenamente con el Dr. Tovar Zambrano, quien ha reseñado su extraordinaria obra. Murió haciendo un trabajo que le habíamos solicitado sobre la ciudad de Bogotá, su ciudad de Bogotá, que habría sido trascendental, a juzgar por el borrador del mismo que nos envió. En nuestra opinión, el Dr. Germán Colmenares era mucho más que un historiador de la sociedad y de la economía coloniales; era un historiador atormentado por la trascendencia de la herramienta con que trabajaba, la Historia, y la incidencia que esta tenía para su pueblo, motivo por el cual estaba derivando ya hacia el estudio de las mentalidades colectivas.

Entre los diversos trabajos que acompañan al núcleo de los historiadores colombianos de este subperíodo quisiéramos recordar algunos que no están explicitados en la ponencia del Dr. Tovar, y que aparecieron en

las publicaciones del Instituto Colombiano de Antropología, tales como los de Kathleen Rómoli sobre Barbacoas y el Valle de Patía, Reichel Dolmatoff sobre Santa Marta, y el mismo Friede. A ellos podría añadirse nuestro trabajo sobre *Endogamia Guane en el siglo XVIII.* Igualmente algunos libros del Instituto Caro y Cuervo como *'El Antijovio'* de Jiménez de Quesada, o la *Historia de las universidades americanas* de Águeda María Rodríguez Cruz, y artículos históricos aparecidos en las revistas *Ximénez de Quesada,* o en las de la Universidad Javeriana (tanto en la *Universitas Humanistica* como en la *Ecclesiástica Xaveriana*).

Añadir, por último, que en España se publicaban por entonces bastantes trabajos sobre Colombia colonial en otros muchos lugares aparte de Sevilla. En la Universidad de Valladolid salieron varios trabajos, como el libro sobre Jiménez de Quesada, y los artículos incluidos en los tres tomos sobre Indigenismo. Otros aparecieron en Madrid, tanto en la Universidad —por ejemplo nuestro trabajo sobre *Los movimientos antirreformistas: de Túpac Amaru a los Comuneros,* que marca nuestra inflexión hacia el siglo XVIII— como en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

"La historia cultural de la Colonia: estudios recientes", no nos parece nítidamente perfilada en el trabajo del Dr. Tovar, al menos desde nuestro punto de vista. Se incluyen en ella estudios realizados en los años setenta y ochenta que evitan hacer énfasis en la historia económica y social anterior, sin que tampoco los excluyan. Recoge aportes de lo que él denomina "áreas tradicionales de la cultura". Según el Dr. Tovar en la inclinación de los historiadores tradicionales por la nueva historia cultural "debe tenerse en cuenta el proceso de elaboración crítica que implicaba la superación de un esquemático materialismo histórico, del poder de explicación omnímodo otorgado a la economía, del determinismo reduccionista de las condiciones materiales de la existencia y de algunos estructuralismos; se trata de una crítica que no está exenta de un cierto trasfondo ideológico-político y de una compleja relación con los avatares del presente. Así mismo es de importancia fundamental el contacto con las nuevas historiografías desarrolladas en Francia, Inglaterra, Estados Unidos e Italia principalmente", y añade que ha explorado nuevos temas como la familia, el matrimonio, la sexualidad, la mujer, el patriarcado, la infancia, los grupos de edad, las formas de sociabilidad, el carnaval y la fiesta, la embriaguez, la diversión, la religiosidad, la magia, la brujería, el amor, etc.

Parece ser así un nuevo género de historia surgido tras la caída del muro de Berlín que repudia la concepción marxista y economicista de la historia, pero tampoco del todo, sino sólo en cuanto, en su opinión, dicha corriente tenía un carácter único para el estudio histórico. Resulta así una especie de ajiaco cubano (el colombiano selecciona los ingredientes a cocinar, como es sabido) en el que vale todo menos la utilización exclusiva del materialismo histórico. El calificativo de 'exclusiva' es lo fundamental, y en esto es tan radical como el mismo materialismo histórico. El nuevo género recuerda bastante los movimientos de *corsi e recorsi* de Vico, el sistema generacional de Ortega y hasta el inmediatismo cultural de Brungaldt, pero tiene la ventaja de su amplitud temática, que nos vincula con la Historia total que estaba de moda a fines de los años cincuenta, y en la que, siguiendo a Braudel, había que estudiarlo todo, porque todo es Historia, aunque con 'tempos' de duración diferenciados. No le faltaba razón a Braudel, ni tampoco a la novísima corriente histórica, que en este sentido semeja un movimiento de liberación del historiador, que es de agradecer. Lamentablemente limita algo esta libertad al buscar preferentemente el contacto con las historiografías que el Dr. Tovar Zambrano llama "desarrolladas" de Francia, Inglaterra, Estados Unidos e Italia, donde los problemas y temas preferentes son, como es bien sabido, los europeos, africanos y asiáticos, pero no los de América Latina, que se van quedando cada vez más relegados. Afortunadamente, no se coarta la libertad de los historiadores procedentes de historiografías subdesarrolladas, como la española, para que podamos seguir aprendiendo de nuestros colegas latinoamericanos, que han sido siempre nuestro ojo derecho, o izquierdo, según la tendencia del historiador.

El Dr. Tovar Zambrano ha expuesto en su ponencia las muestras bibliográficas mas relevantes de esta novísima corriente, que son Renán Silva, Margarita Garrido, Pablo Rodríguez, entre otros, cuyos trabajos también valoramos nosotros, aunque pertenezcamos a otro género, y hasta a otro número, de Historia. Afortunadamente en nuestra Universidad, la de Alcalá (nos atreveríamos a decir que lo mismo sucede en todas las españolas), parece que estamos al día en corrientes historiográficas, pues todos estudiamos lo que nos apetece, como nos apetece, y cuando nos apetece, sin ningún condicionante, dentro naturalmente de la más vieja tradición española. Últimamente hemos publicado varios trabajos que podrían calificarse de un ortodoxo materialismo histórico ultramontano, tales como las *Cajas auríferas neogranadinas en la segunda mitad del siglo XVII*

o la *Producción de esmeraldas en Muzo (siglos XVI y XVII)*; a la par que otros como las *Actas de seis jornadas sobre la presencia de la universidad española en América*, que por lo que se ve constituyen una de las temáticas más importantes de la Nueva Historia. ¡Y nosotros llevábamos seis años (1987-1992) con el tema, sin saberlo...! Siempre aprendemos de nuestros colegas latinoamericanos, como dijimos. A mayor abundamiento, como decían los clásicos, publicamos también temas tan de la historia tradicional como los cabildos revolucionarios en el Nuevo Reino o dos administraciones coloniales colombianas (la de Pérez Manrique y la de Amar y Borbón) y hasta la última misión de la América colonial. Es bueno saber que estamos dentro de la última moda historiográfica.

Pero volviendo al tema que nos preocupa, la ponencia del Dr. Tovar Zambrano, queremos enfatizar que nos parece un excelente trabajo, costosamente realizado y de enorme interés para quienes pretendan adentrarse en el intrincado mundo de la historiografía colonial colombiana, que podrán contar así con una buena guía para saber qué y a quién leer. Nosotros particularmente hemos gozado mucho con su lectura y menos con tener que hacerle estas observaciones; nuestras observaciones, que esperamos acoja el Dr. Zambrano con enorme benevolencia. Ya dije al principio que quizá no era la persona más indicada para hacerlas. A las pruebas me remito.





Historiografía sobre los Movimientos Sociales en Colombia. Siglo XIX

Fabio Zambrano P.
Universidad Nacional de Colombia

INTRODUCCIÓN

El tema objeto de nuestro balance historiográfico se sitúa en medio de varias problemáticas. La primera hace referencia al tipo de historia política que se ha hecho en las últimas décadas. La segunda al surgimiento de nuevas temáticas en la investigación histórica, como es, por ejemplo, el estudio de las formas de sociabilidad política.

Si bien estas temáticas se anuncian como divergentes, en el fondo se trata de problemáticas que son complementarias, en razón de la necesidad de introducir modificaciones en el tipo de historia política que se viene haciendo, lo cual implica una redefinición de los actores de la historia. En efecto, esto se hace necesario luego de los cambios, de carácter irreversible, que ha experimentado la forma de hacer historia política como resultado de la influencia de la escuela de los Anales, y la corriente de la llamada "nueva historia", en la década de los sesenta. Como resultado de la aplicación de ellas desaparecieron los actores políticos de la historia clásica tradicional, sin que aparecieran de hecho nuevos actores adaptados a la explicación de lo político[1].

Como ya nos lo ha mostrado el trabajo de Bernardo Tovar, en la historia política tradicional realizada por la Academia de Historia, la historia patria se destaca por la presencia de los mártires y héroes de la patria, presentados como los personajes arquetípicos, padres de la patria

---

1 François-Xavier Guerra, "Lugares, formas y ritmos de la política moderna", en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, t. LXXII, núm. 285, Caracas, enero-marzo, 1989, pág. 7.

y modelos de identidad social, quienes son deificados a tal punto que los historiadores de la Academia elaboraron, como principio, el lema de que "la verdadera historia de un país es la de sus hijos eminentes"[2].

Esta historia de hombres ilustres, carentes de debilidades y libres de errores, fue en su gran mayoría reemplazada por una historia que hacía énfasis en los problemas estructurales, en especial por aquella que estudiaba las variables económicas como las claves para entender nuestro pasado. Con este cambio fue mucho lo que se ganó en la comprensión de nuestro agitado siglo XIX. Pero, al mismo tiempo, también hay que reconocer que en cierta medida se perdió la riqueza de la historia política, en razón de que las estructuras tienen una inercia y unos ritmos de transformación que se adaptan mal a la variabilidad de lo político[3], y con mayor razón en nuestro país, donde la economía decimonónica mostró una gran inestabilidad y la vida política presentaba una permanente turbulencia. De esta manera, la historia política se fue relegando a manera de una variable determinada por las fuerzas económicas, y la tendencia predominante fue la de su tratamiento como algo secundario y carente de prioridad, aunque en la mayoría de los casos era visto como un tema al que no valía la pena dedicarle esfuerzos analíticos.

Esta apreciación historiográfica merece un poco de atención. La pérdida de importancia de la historia política no sólo fue el resultado de la moda que acompañó a la nueva historia durante sus primeros escarceos, sino que también remite a un problema conceptual que, a nuestro juicio, no pudo ser solucionado adecuadamente en ese momento. El problema a que hacemos referencia es el de los ritmos divergentes entre la tendencia a la inercia de las estructuras contra el análisis de los acontecimientos políticos, de carácter coyuntural. Como lo señala François-Xavier Guerra: "Se podría decir que a las estructuras no les gusta el acontecimiento y los acontecimientos no saben a qué estructuras pertenecen"[4].

El precio que se paga por construir los grandes ritmos históricos que proporciona la historia de las estructuras, es el de quedarse al nivel del empleo de unos actores históricos casi indefinidos, generalmente descritos

---

2 BERNARDO TOVAR, "La historiografía colonial", Informe preliminar, Bogotá, 1993, copia a máquina, pág. 9.

3 F. X. GUERRA, *op. cit.*

4 *Ibid.*

como grupos sociales, cuyos parámetros se dejan a las variables socio-económicas. En efecto, dentro de esta tendencia estos grupos sociales quedan a manera de apéndices de las relaciones económicas, a un nivel de abstracción total. Con esto se pierde la riqueza analítica que se lograría si se estudiaran los actores reales moviéndose en grupos de manera cohesionada. En otras palabras, a los actores sociales hay que estudiarlos en su propio contexto.

Un elemento metodológico que ayuda a superar esta dificultad es el estudio de las formas de *sociabilidad política*. Gracias a este aporte de la historiografía francesa se puede llegar a una mejor comprensión de los actores sociales reales, quienes no actúan de manera circunstancial, sino que conforman conjuntos estructurados y permanentes.

> Estos conjuntos son grupos precisamente porque están estructurados por vínculos permanentes de un tipo particular, porque poseen sus propias formas de autoridad, sus reglas de funcionamiento interno, sus lugares, formas de sociabilidad y comportamientos propios; sus valores, "imaginarios", lenguajes y símbolos particulares, es decir, para resumirlos, una cultura específica[5].

Así, estos actores, poseedores de una cultura específica, cuando se relacionan entre sí, en términos de poder, ponen en práctica una relación política, una relación regida por un sistema de referencias culturales que estructuran a cada grupo y al conjunto de la sociedad. Con esto nos estamos inclinando por la aceptación de la independencia de lo político, y de que toda historia política está dominada por el actor.

De esta manera llegamos al final de nuestra introducción al análisis historiográfico de los movimientos sociales en el siglo XIX, tema que vemos como parte de la historia política. Hemos delineado la evolución general de la forma como ha sido tratada la historia política sobre el siglo XIX en Colombia al inicio de la nueva historia en los años sesenta, y su evolución reciente. Ciertamente se puede observar un avance cualitativo apreciable y, si bien acusamos retardos en la utilización de nuevas herramientas metodológicas como es el uso de la prosopografía por ejemplo, cada vez es más notoria la preocupación por abordar el estudio de los actores participantes de los movimientos sociales en su especificidad cultural.

---

5 *Ibid.*, pág. 8.

En efecto, la presencia de los artesanos ha contribuido significativamente a centrar la atención en ellos. Sin embargo, la confusión de los discursos políticos que aparecen en la coyuntura de medio siglo ha llevado a que en buena parte de los estudios sobre estos actores escogidos como ejes de los movimientos sociales se insista en utilizarlos en relación con problemas coyunturales del siglo XX.

Si bien toda producción historiográfica se hace con determinados fines que representan preferencias valorativas, especialmente políticas, lo importante es que estas preferencias no intervengan en la legitimidad del discurso histórico. En el caso que nos ocupa, en la mayoría de los trabajos esto ha sucedido, y por ello nos encontramos con historias con fuertes cargas valorativas.

LAS DÉBILES BASES DE LA HISTORIA COLONIAL

Una de las razones que ha influido en el estudio de los movimientos sociales en el siglo XIX es la poca atención a las diversas manifestaciones colectivas de protesta sucedidas durante la Colonia. Los pocos estudios que se han realizado sobre este tema no han llamado la atención suficiente de los estudiosos del siglo XIX.

Este es el caso, por ejemplo, de dos trabajos sobre los levantamientos populares sucedidos en la segunda mitad del siglo XVIII en la Nueva Granada. Uno es el libro de Jhon Phelan sobre el movimiento comunero, donde el autor de una manera clara y convincente establece que éste no fue un movimiento de revolución social traicionado por la aristocracia local (como lo sostiene Indalecio Liévano en el libro *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, y que es la hipótesis que ha hecho carrera), ni que se trata de un antecedente directo de la independencia (otra idea que ha hecho carrera y que procede de la historia tradicional), sino que se trata de una rebelión popular de carácter tradicional, que estalla como una reacción al proceso de modernización que introducen los Borbones por medio de sus funcionarios ilustrados en esta colonia, y que es un movimiento inmerso en la tradición política española del siglo de oro. Dice Phelan:

> Es visible que algunas doctrinas básicas de la teoría política española clásica coinciden no sólo con la actitud política de los jefes comuneros en 1781, sino también con la "constitución no escrita" que se había forjado en la Nueva Granada antes de 1781. Los teóricos políticos españoles recalca-

ban el origen popular de la soberanía, las limitaciones al poder político, el contrato social entre gobernantes y gobernados, la resistencia a la tiranía, la invalidez de una guerra injusta, la primacía del bien común y la validez del derecho natural[6].

Otro trabajo que estudia las diversas movilizaciones sucedidas a fines del período colonial es el realizado por Anthony McFarlane[7]. Este autor ha encontrado una amplia serie de tumultos, levantamientos, sublevaciones, motines y rebeliones a través de los cuales se muestra el comportamiento, las ideas y las actitudes de los grupos de la sociedad colonial que permanecían fuera de las élites y de la burocracia. Hubo numerosos incidentes de desorden civil que, si bien no tuvieron la proporción de los Comuneros, fueron importantes y su historia es útil para mejorar el conocimiento de la sociedad colonial, en especial sobre los formas de cultura política participativa, la riqueza de las manifestaciones sociales, su simbología e ideología, y para observar cómo para los rebeldes la acción estaba influenciada por ideas antiguas y aceptadas sobre el bien común, que sustentaban unos propósitos conservadores.

Todos los movimientos eran reacciones locales y comunitarias a la imposición de impuestos o a la inmoralidad de los funcionarios, donde la cuestión central era la discusión sobre quién tenía la autoridad para levantar arbitrios fiscales nuevos. Reivindicaban el principio de que las comunidades tienen fueros que no puede desconocer impunemente el Estado. Esgrimían principios como el derecho a la tierra, a producir y consumir artículos de primera necesidad, exigían respeto a las costumbres

---

6 JOHN L. PHELAN, *El pueblo y el rey. La revolución comunera en Colombia, 1781*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1980, págs. 13-16.
Marco Palacios en un corto ensayo también llama la atención, a manera de hipótesis, sobre la forma como la tradición española es una fuente de valores y actitudes revolucionarias, inclusive hasta nuestros días, y en especial, por supuesto, para el siglo XIX, adonde llega con fuerza la idea que transmite la tradición política asentada en los valores de la justicia encarnada en un rey justo y del bien común para toda la comunidad. Palacios llama la atención sobre la persistencia de estos principios, que están bien establecidos como costumbre inmemorial entre los habitantes de la Nueva Granada. (MARCO PALACIOS, "El Estado liberal colombiano y la crisis de la civilización del siglo XIX", en *La delgada corteza de nuestra civilización*, Bogotá, Procultura, 1986, págs. 35-36.).

7 ANTHONY MCFARLANE, "Civil disorders and popular protests in late colonial New Granada", en *Hispanic American Historical Review*, 64 (I), 1984, págs. 19-54.

locales, a contar con una justicia honesta, a desobedecer y levantarse contra la injusticia. Como lo señala el autor: "Estas actitudes definían implícitamente una noción básica de libertad: el derecho a resistir intrusiones arbitrarias por parte del gobierno y sus agentes. Esta noción mínima y residual de libertad era nutrida por la experiencia colonial del gobierno"[8].

Sin embargo, a pesar de contar con estos excelentes trabajos sobre la cultura política colonial[9], que nos muestran a los actores organizados en grupos estructurados, a los actores sociales reales, estos avances no han tenido mayor trascendencia entre los estudiosos del siglo XIX, quienes en su gran mayoría han aceptado a la Independencia como la frontera divisoria que delimita dos períodos, cada uno de los cuales posee su propia cultura política, diferenciadas y sin influencias de la Colonia a la República. En cierta medida esta división es una aceptación de la periodización realizada por la Academia de Historia, que propone entender a los Comuneros como precursores de la Independencia[10]. Entre otros vacíos, lo que nos está mostrando esta división entre historia colonial e historia republicana es el poco desarrollo que ha tenido el estudio de la cultura política en nuestro medio, el reconocimiento a su análisis independiente, y la necesidad de verla como una variable de larga duración, similar a las variables económicas y geográficas.

---

8 *Ibid.*, p. 54.

9 Existen otros dos trabajos que si bien se apartan un poco de las hipótesis que plantean los que hemos reseñado, son de gran utilidad en la comprensión de estos problemas. Se trata del libro de GILMA MORA DE TOVAR, *Aguardiente y conflictos sociales en la Nueva Granada, siglo XVIII*, Bogotá, Universidad Nacional, 1988. Sorprende que este trabajo no haga utilización de los aportes que diez años antes había hecho McFarlane en al artículo reseñado, máxime si se trata de una investigación sobre el mismo tema. Otro trabajo es el de MARIO AGUILERA, *Los Comuneros: guerra social y lucha anticolonial*, Bogotá, Universidad Nacional, 1985. Como el autor lo señala en la introducción, el análisis de este suceso se aparta de la propuesta de interpretación que realiza Phelan.

10 Otro problema para el conocimiento de los artesanos y su participación política en los movimientos sociales en el siglo XIX, es la falta de estudios sobre este grupo social durante la Colonia. Se encuentran algunos trabajos, como los de HUMBERTO TRIANA, en especial "El aspecto religioso en los gremios neogranadinos", publicado en el *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol IX, núm. 2, 1966. Fuera de este corto ensayo no hay más trabajos similares que aporten mayores conocimientos sobre los gremios, sus estructuras, la vida cotidiana de los artesanos, la relación de éstos con las cofradías y hermandades.

LAS PRIMERAS CONSIDERACIONES SOBRE LOS ARTESANOS

Los movimientos sociales no merecieron una atención directa en la historiografía que empezaba a innovar. Fueron historiados los artesanos como actores secundarios, según su relación con el desarrollo económico, y en especial con la llamada "revolución de medio siglo". De esta manera, los movimientos aparecieron como el resultado de la resistencia de los artesanos al cambio.

Fue Luis Eduardo Nieto Arteta el primero en proponer un análisis diferente al tradicional para el tema de la participación de los artesanos en los movimientos sociales de medio siglo. Inscrito en la literatura sobre historia económica, en 1942 aparece la primera edición del libro *Economía y cultura en la historia de Colombia.* Como lo señala Oscar Rodríguez en el trabajo sobre "Historiografía económica del siglo XIX en Colombia", este texto se ocupa de historiar el período colonial hasta el siglo XIX y ha sido considerado como un clásico por cuanto transforma cualitativamente los estudios en historia al introducir un marco explicativo a los procesos históricos, con lo cual se separa de las concepciones positivistas presentes en los trabajos de la Academia para el mismo período.

Para Nieto Arteta la clave para entender la historia económica decimonónica está en la lucha por la libertad económica, en la pugna por la eliminación de las restricciones feudales del sistema colonial. La crisis de medio siglo es tratada como la coyuntura que permite sustituir el caduco modo colonial de producción por uno distinto que abre paso al desarrollo de las fuerzas productivas, y es el momento de la revolución social, base de la parcial revolución política. Como resultado de este cambio radical, el modo de producción colonial es sustituido por un modo burgués y comercial.

El autor incorpora las relaciones sociales y los intereses sociales en el análisis al polemizar con la historiografía tradicional en la interpretación de la revolución francesa de 1848, la cual asimilaban a la neogranadina de 1850. Luego de contraargumentar las razones de la Academia de Historia, Nieto Arteta plantea:

> Creo que las consideraciones todas que anteceden habrán demostrado que la revolución de febrero de 1848 en Francia fue un movimiento político artesanal, y que el socialismo utópico definió determinadas teorías en virtud de la existencia social de una amplia masa artesanal, o semi-artesanal.

¡Cuán diverso el paisaje social de la revolución anticolonial de la Nueva Granada en 1850! Por nuestras distintas condiciones históricas los artesanos de la Nueva Granada no constituyen un grupo social que luche, como en Francia, ante su próxima desaparición. Todo lo contrario. Son un grupo animoso y emprendedor, que quiere destruir las trabas coloniales que se oponen al desarrollo económico que producirá la destrucción de la economía colonial, les permitirá intensificar sus actividades económicas, transformando los talleres en manufacturas —en Santander esa transformación es evidente e innegable— dando nacimiento al proletariado industrial. Los artesanos de la Nueva Granada, organizados políticamente en las Sociedades Democráticas, luchan y vencen al fin, por la desaparición de la economía colonial[11].

Es acertado afirmar que esta versión de los acontecimientos de medio siglo significó un gran cambio en relación a la versión que había acuñado la Academia de Historia desde principios del siglo XX, con sus visiones positivistas de revalorización de la Independencia, de la Colonia y del papel de España, que conllevó a que perdiera importancia la "revolución de medio siglo" para dar paso a los héroes y paladines de la libertad. Sin embargo, en el fondo este regreso a la "revolución de medio siglo" como el verdadero rompimiento con las estructuras coloniales fue formulado por primera vez por los pensadores radicales, quienes al haber participado como ideólogos de dicho cambio lo conciben como "la verdadera independencia"[12]. Con Nieto Arteta, esta tesis recibe un remozamiento gracias al materialismo histórico, corriente en la cual se inscribe este historiador. Como lo señala Bernardo Tovar, con esto se inicia la aplicación de concepciones inspiradas en el marxismo a la investigación histórica nacional[13]. Es probable que esta innovación metodológica sea la razón que explique el éxito del modelo de Nieto Arteta, ya que en términos de las fuentes utilizadas no hay mayor novedad: el autor recoge la información

---

11 LUIS EDUARDO NIETO ARTETA, *Economía y cultura en la historia de Colombia*, Bogotá, El Áncora Editores, 1983.

12 GERMÁN MEJÍA, "Las sociedades democráticas, 1848-1854. Problemas historiográficos", en *Universitas Humanística*, año XI, núm. 17, marzo 1982, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, p. 146.

13 BERNARDO TOVAR, "El pensamiento historiador colombiano sobre la época colonial", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 10, Bogotá, Universidad Nacional, 1882, pág. 86.

de las Memorias de Hacienda y los testimonios de los radicales que forjaron la interpretación de la revolución.

Otro investigador que introdujo a los artesanos, y con ellos a los movimientos sociales en el análisis de los acontecimientos de medio siglo, fue Luis Ospina Vásquez en su obra *Industria y protección en Colombia*, publicada en 1955. Los sucesos de esa coyuntura son evaluados a través de una serie de calificativos que contrastan con la sobriedad y seriedad con que el autor trata los temas económicos en este libro. Así por ejemplo, la elección del presidente José Hilario López se realizó en el "bochornoso 7 de marzo", que "abre un período de inmoralidad, de desmanes y de desgobierno que hasta tiempos muy recientes se tuvo como el más triste de nuestra vida como nación. Lo corta la revuelta de 1851, y culmina con la grotesca aventura militar de Melo, que pone fin a la administración inepta del general Obando. Restablecida la legalidad con la expulsión del par de truhanes..."[14].

Ospina ve a los artesanos como un obstáculo para el desarrollo económico, y juzga como equivocada su posición, ya que no aceptaban el liberalismo económico. La participación de los artesanos es vista de la siguiente manera:

> Las Sociedades Democráticas fueron la fuerza de choque del ala del liberalismo que coqueteaba con el proteccionismo (o mejor, con los artesanos proteccionistas de Bogotá y de algunas otras poblaciones grandes). Su influencia fue grande en los años de 1849 a 1854. La derrota de Melo, cuyo golpe habían apoyado esperando que archivaría el liberalismo económico del que no se habían podido apartar eficazmente López ni Obando, les fue fatal. Dejaron un recuerdo deplorable.
>
> Contrasta el aparato de acción y la influencia con la insignificancia de sus pretensiones en el campo propiamente económico: protección para la ínfima industria de unas docenas de sastres, talabarteros y zapateros. Y de hecho fue poco lo que obtuvieron. Fueron herramientas en manos de los políticos[15].

En este estudio, cargado de juicios de valor sobre los artesanos, luego de las observaciones anteriores estos actores desaparecen y no

---

14 LUIS OSPINA VÁSQUEZ, *Industria y protección en Colombia, 1810-1930*, Medellín, Editorial La Oveja Negra, 1974, pág. 243.

15 *Ibid.*, pág. 255.

vuelven a ser mencionados. Su ausencia llevaría a pensar que no tuvieron ninguna relación con el proceso de industrialización y queda la impresión de que la posición del autor revive una actitud que existía en el siglo XIX sobre los artesanos.

RENOVACIÓN EN EL ANÁLISIS HISTORIOGRÁFICO

Luego de la suerte desigual que los artesanos y sus manifestaciones padecieron con las interpretaciones económicas que hemos reseñado, apareció en 1968 el texto de German Colmenares, *Partidos políticos y clases sociales.*

Este trabajo inauguró una nueva etapa en el conocimiento de este tema en razón de su abordaje desde su especificidad, como es el mundo de la política y de los actores sociales inmersos en su propio escenario. Se aparta de una manera manifiesta de las tendencias empiristas de la historia y plantea la necesidad de realizar mayores esfuerzos interpretativos, tarea que asume en este libro. Se centra en el análisis de los acontecimientos políticos que se suceden entre 1848 y 1854, y de manera novedosa llama la atención sobre la necesidad de conocer con mayor profundidad la forma como era leído y asimilado por las élites neogranadinas el ideario europeo que llegaba a torrentes luego de la revolución de 1848 en París, y que tenía fervorosos seguidores en los jóvenes liberales. Advierte el autor la necesidad de distinguir los distintos efectos que el nuevo discurso causaba en los neogranadinos, para establecer los yerros y aciertos en la aplicación de ese discurso extraño a la realidad de mediados del siglo.

Otro de los aspectos a resaltar es el uso del tiempo. Colmenares no se encierra en la coyuntura de 1848-1854, sino que se mueve entre el pasado inmediato y el pasado lejano para enfocar mejor la cuestión del mestizaje, el desarrollo histórico de los distintos problemas que se agudizan en las fechas señaladas y las diferencias regionales de los artesanos.

El mestizaje incide mucho en el tipo de artesanado que se forma y en las manifestaciones de los conflictos en que estos participan. La mezcla de razas y de culturas ayudó a mermar la lucha de clases, a la cual contamina. Como lo expresa el autor:

> Con todo, la asimilación cultural que se opera a lo largo del siglo XIX no basta para eliminar del todo la impresión de que en el origen de todos los problemas sociales de la Nueva Granada existía una dominación racial. Las formas de conciencia de la clase artesanal revivían ingenuamente

> temas indigenistas para expresar su inconformidad social en el interior de un movimiento que coartaba cada vez más su actividad tradicional. Esto no quiere decir que se dieran formas autónomas de conciencia indígena. Al contrario, las reivindicaciones sociales de los artesanos quedaban enmarcadas por su actividad y se teñían de un acento marcadamente europeo porque Europa acababa de popularizar, con la revolución francesa de febrero, el lenguaje apropiado para expresar los antagonismos de clase[16].

Los liberales Gólgotas se encargaron de difundir este discurso entre los artesanos, conformado por un lenguaje e ideas "apropiados para la lucha de clases", adaptados a la realidad y la simbología de mediados del siglo pasado: el artesano de ruana versus el cachaco de levita. Según Colmenares la versión de la historia captada por los artesanos era "espontánea, infantil y extrañamente distorsionada"[17]. Esto lo sustenta al señalar que los artesanos se remiten a la historia, en la cual se identifican con los indígenas conquistados y asimilan a los criollos blancos con los españoles. Para los artesanos:

> El pasado remoto se coloreaba con tintes amables: "Había una vez..." en que "...prósperos y felices, los pueblos de la Nueva Granada, antes de la conquista, perdieron con la dominación española sus costumbres inocentes y puras, sus tesoros inmensos, productos de su industria constante y los conocimientos científicos que habían recopilado". Imagen encantada del país de cucaña y tan inexacta como sólo podía proporcionar una conciencia que quería asumirse a sí misma redimida, aunque fuera en el pasado[18].

En el fondo se trataba, según el autor, de un esfuerzo por crear una interpretación mestiza de la historia. Esta propuesta de renovación de la historia política de Colmenares, que permite una lectura diferente de los movimientos sociales de los actores sociales claves en ese proceso como eran los artesanos, no tuvo mayores seguidores de manera inmediata. El mismo Germán Colmenares no continuó con este tipo de ensayos y enfocó su trabajo de historiador hacia el estudio del período colonial, donde realizó grandes aportes. Varias razones explican esto.

En primer lugar el estilo en que está redactado el texto no facilita su lectura, igual que su difusión no fue grande por tratarse de una edición

---

16 *Op. cit.*, pág. 32.
17 *Ibid.*, pág. 182.
18 *Ibid.*, pág. 182.

universitaria. Además, luego de su publicación se inició el auge de la historiografía económica, propuesta interpretativa que adquirió mucha fuerza y numerosos adeptos, a lo que se le agregaba la moda de la interpretación marxista de la historia en la década de los setenta, lo cual hacía que este tipo de textos no adquiriera popularidad en el medio académico.

Esto es evidente en el trabajo de Álvaro Tirado Mejía, *Introducción a la historia económica de Colombia*[19], quien no lee a Colmenares y más bien regresa a recoger las propuestas interpretativas de Nieto Arteta. Este texto reúne una mezcla de ligero análisis económico con una narración de los acontecimientos políticos.

Para este autor los artesanos aparecen asumiendo unas estrategias políticas absolutamente racionales, resultado de la selección de diversas alternativas económicas. Así, dice Tirado "Los cambios estructurales que la burguesía no había logrado con la guerra de independencia, fueron implantados en el medio siglo por una coalición de clases -la burguesía, los artesanos, los pequeños propietarios agrícolas y los esclavos-, en contra de los intereses de la aristocracia terrateniente"[20].

En esta lógica, los levantamientos y movimientos fueron el resultado de contradicciones de las diversas clases que conformaban la alianza "sobre todo entre comerciantes y artesanos"[21]. Esto se debió a que "Los artesanos tenían los mismos intereses que los comerciantes para propiciar la supresión de los resguardos, la abolición de la esclavitud, la supresión del estanco del tabaco y las reformas tributarias y en el campo, pero chocaban con estos en cuanto a que su interés vital era el aumento o el mantenimiento de los aranceles y no su supresión"[22].

Más adelante aparece la burguesía comercial utilizando a las masas populares en su lucha contra los terratenientes, y posteriormente también los terratenientes organizan "organismos de artesanos" a través de los jesuitas[23]. Esto sin explicar si eran los mismos artesanos, si se trataba de los de otra localidad, cuáles fueron los mecanismos que cada bando

19 Bogotá, Universidad Nacional, 1971.

20 ÁLVARO TIRADO, *op. cit.*, pág. 101.

21 *Ibid.*

22 *Ibid.*, pág. 102.

23 *Ibid.*, págs. 104 y 105.

utilizaba, y por qué si los artesanos tenían la capacidad de realizar las alianzas con la burguesía, se dejaban manejar por los terratenientes.

Con este tipo de análisis es evidente el retroceso que se vivió en la historiografía sobre el tema. Sorprende que con tres años de diferencia entre el libro de Colmenares y el de Tirado, este último no incorporara en su argumentación los avances conseguidos por el primero. De hecho se trataba de una derrota de la propuesta de reconstruir una historia política, que retrocede ante las interpretaciones económicas.

Pero las paradojas de la historia nos muestran que mientras Álvaro Tirado hizo historia económica para interpretar estos sucesos, Miguel Urrutia, un economista, inauguró la línea de estudios políticos sobre el sindicalismo y su relación con los movimientos sociales. Su libro, *Historia del sindicalismo colombiano,* que apareció publicado en 1969[24], aportó nuevos elementos interpretativos para la historiografía de los movimientos sociales y los actores sociales.

Este autor realiza una investigación sobre la historia del sindicalismo con el propósito de sustentar una hipótesis sobre el comportamiento del sindicalismo en una sociedad con abundancia de mano de obra. Es probable que la búsqueda de sustentación histórica de esta hipótesis lo lleve a inclinarse hacia el fatalismo histórico, en cuanto insiste en que el capitalismo desplazó a los artesanos en Europa como una etapa obligada para el desarrollo industrial. Al final de su trabajo, Urrutia plantea la desaparición total del artesanado: "Esto (la derrota) era inevitable, pues el propósito de esta organización era el de defender un método de producción destinado a desaparecer"[25].

Aunque Urrutia les concede a los artesanos la capacidad de sobrevivir como la base fundamental de los sindicatos hasta 1940, no les da mayor importancia como actores de los movimientos sociales sucedidos con posterioridad al golpe de Melo en 1854. En cambio, les atribuye de una manera gratuita la responsabilidad histórica de ser la causa de la inestabilidad política, sin mayores explicaciones diferentes a la de recoger un juicio elaborado por los conservadores del siglo XIX. Dice Urrutia:

---

24 MIGUEL URRUTIA, *Historia del sindicalismo en Colombia,* Medellín, Editorial La Carreta y Ediciones Universidad de los Andes, 1976.

25 *Op. cit.*, pág. 585.

"Pero siendo una minoría, y sin el prestigio y el poder económico de la clase dirigente con la cual se enfrentaron, los artesanos sólo lograron radicalizar la política y eliminar la posibilidad de estabilidad política en la Nueva Granada. El resultado neto de esa acción de las primeras organizaciones obreras puede, entonces, haber sido el de retardar el desarrollo económico en el país"[26].

A pesar de estas interpretaciones, este trabajo insiste en mostrar el impacto negativo de las reformas liberales para los artesanos, en especial por la reducción de los costos de transporte de las manufacturas importadas, ante las cuales los productores locales no podían competir. Para el autor, los artesanos representaban y defendían la estructura paternalista colonial, en una ecuación donde se iguala al proteccionismo con la Colonia y al libre cambio con la sociedad moderna.

Independientemente de todo esto, hay que insistir en el hecho de que este trabajo es el primero que se realiza con el propósito exclusivo de estudiar a los trabajadores, y para el caso de los artesanos y los movimientos sociales en el siglo XIX se trata de un exitoso esfuerzo por mostrar el mundo de los artesanos, su formación, el ambiente político de la época y las influencias ideológicas extranjeras. Otro aspecto que se destaca es la utilización de las fuentes primarias y secundarias, donde, por ejemplo, incluye a la historiografía que sobre el tema se estaba publicando en los años sesenta, como Fernando Guillén Martínez, Germán Colmenares, Jaime Jaramillo Uribe, entre otros; ejercicio, insistimos, que no realizó Tirado Mejía.

UNA MIRADA SOCIALISTA A LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Todos estos avances y retrocesos sucedidos entre la publicación del trabajo de Germán Colmenares[27] y el de Álvaro Tirado, tomaron una

26 *Ibid.*, pág. 586. Esta argumentación no deja de recordar la dicotomía de civilización o barbarie, formulada por los pensadores decimonónicos.

27 Para ser exactos, debemos remitirnos a los artículos que este autor publicó en 1966 bajo el título de "Formas de la conciencia de clase en la Nueva Granada de 1848", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 2, 3 y "Formas de la conciencia de clase en la Nueva Granada. Las cuestiones que se debatían", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 2, 4. Luego, estos artículos se incorporaron al libro ya citado.

dirección determinada con la aparición del libro de Gustavo Vargas Martínez *Colombia 1854: Melo, Los artesanos y el socialismo. Partidos políticos y clases sociales*[28].

Este trabajo se preocupa por destacar la lucha ideológica de los diferentes grupos sociales, y con esto construir un puente entre los Comuneros de 1781 y los revolucionarios del siglo XX. Sin embargo, este esfuerzo investigativo está matizado por cierto esquematismo al mostrar los procesos históricos como regidos por categorías del siglo XX. Esto lo lleva al extremo de desconocer aquellos acontecimientos que no coinciden con la argumentación. Por ejemplo señala: "El siglo XIX es del oriente colombiano: la lucha aliada de los campesinos y obreros del Socorro se hermana con la lucha de las sociedades políticas de artesanos de Bogotá"[29].

Aquí desconoce los sucesos que siguieron al golpe de Melo, cuando los campesinos y "obreros" también participaron en los ejércitos que asaltaron a Bogotá y masacraron a los artesanos capitalinos. En el texto se utilizan calificativos propios del siglo XX, como el de "pequeño-burgués", que se le endilga al melismo. Otras afirmaciones apuntan en este sentido: "Las pugnas clasistas entre los comerciantes y los manufactureros habían creado un alinderamiento total y la búsqueda de apoyo en las Democráticas hicieron más ostensible a la burguesía el peligro que corría con el gobierno de Obando, aumentando con esto la desconfianza y la confusión"[30].

A su vez, para el autor los artesanos estaban condenados al fracaso porque no eran el auténtico proletariado. La aplicación de este esquematismo convierte en anacrónico el trabajo. En efecto, las ideas sobre el socialismo y el comunismo que se registran en la prensa y documentación de los artesanos son leídas por Vargas como si fueran testimonio de la inscripción del movimiento artesanal en la corriente política europea que propugnaba estos principios. De esta manera los artesanos aparecen militando en el socialismo, cuando estaban lejos de hacerlo, ya que ellos hacían una lectura de estos principios muy diferente a la realizada en esos momentos por los proletarios franceses. Los artesanos hacían referencia a

---

28 Bogotá, La Oveja Negra, 1972.

29 *Op. cit.*, pág. 12.

30 *Ibid.*, pág. 65.

principios tradicionales como eran los derechos comunales y cristianos, antes que a principios políticos modernos.

La década de los años setenta presentó un ambiente propicio para la difusión de esta interpretación. Por esos años crecía el movimiento estudiantil en las universidades y la militancia socialista era un ejercicio de rigor para la mayoría de los estudiosos de las ciencias sociales, razón por la cual el éxito de este texto estaba asegurado. Sin embargo, hay que anotar que el ambiente fervoroso distorsionó un tanto la lectura de este trabajo, el cual presenta una rica descripción de los artesanos, de los acontecimientos que se sucedieron entre la elección de López y la caída de Melo. Mediante la utilización de libros publicados por testigos de la época y algunos periódicos, Gustavo Vargas nos muestra a los artesanos bogotanos en su lucha por lograr un espacio político, la cronología de sus organizaciones, las actuaciones de sus dirigentes, en fin, nos presenta diversos cuadros de vida de estos actores sociales. Desafortunadamente, el autor les pone en la boca un discurso que ellos no pronunciaron, pero que se oía muy bien en la década de los setenta. Es un retorno a la historia política, pero bajo el esquema de la coyuntura que se vivía en 1972.

NUEVOS ENFOQUES Y NUEVOS TRATAMIENTOS

Luego de esta evolución, bastante desigual, de los estudios sobre los artesanos y los movimientos sociales, en 1976 Jaime Jaramillo Uribe publicó un artículo en el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, N° 8, titulado"Las Sociedades Democráticas de Artesanos y la coyuntura política y social colombiana de 1848".

Entre los atributos que tiene este artículo, consideramos conveniente destacar el regreso al estudio específico de este grupo social. Como es ya característico en los trabajos de este autor, con esta investigación puntual señala un camino que luego ha sido recorrido por diversos autores, entre otros por el autor de esta reseña. Jaime Jaramillo nos llamó la atención a los interesados en estos temas sobre la necesidad de ver los acontecimientos de medio siglo desde la vivencia específica de los artesanos, las grandes posibilidades de la riqueza de los documentos en los cuales ellos dejaron consignadas sus experiencias, la abundancia de información que contenían los periódicos de la época, en fin, señaló la ruta a seguir en este tipo de trabajos.

Si al comienzo decíamos que era necesario reconstituir la historia política y estudiar las formas como se socializaban los actores de los

movimientos sociales, es esto precisamente lo que encontramos en el presente artículo. El autor nos va mostrando los elementos que conformaban el escenario histórico de 1848 a 1854, el momento de surgimiento de la Sociedad Democrática de Artesanos de Bogotá, los argumentos que esgrimían y la aparición posterior de numerosas sociedades en diversas ciudades de la Nueva Granada, a la manera de la bogotana. Insiste en la riqueza de las fuentes periodísticas, por ejemplo la información contenida en la *Gaceta Oficial*, donde se registraba la fundación de las numerosas sociedades por todo el país, lo perecedero de algunas y la permanencia de otras. Señala las discusiones sobre la representatividad, a propósito de quién es el pueblo, y nos muestra la relación entre los movimientos sociales de 1854 y el levantamiento de 1893. En conclusión, este trabajo abrió nuevos horizontes sobre el conocimiento de estos temas y señaló la ruta que aún se sigue.

En ese mismo año Álvaro Tirado publicó una recopilación documental sobre las guerras civiles en Colombia, titulada *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*, donde incluyó una valiosa información sobre los levantamientos urbanos de Bucaramanga en 1879 y de Bogotá en 1894. Este último es documentado con la información extraída del Archivo del Ministerio de Asuntos Extranjeros de Francia. En la introducción Tirado señala la ausencia de estudios en la historia social colombiana sobre estos temas[31].

Luego apareció el trabajo de Fernando Guillén Martínez, *El poder político en Colombia*, publicado en 1979. Se trata de una interpretación sociológica de la historia de Colombia, en la cual de una manera muy coherente va mostrando cómo el hilo conductor de la historia del poder político es la hacienda, base de las estructuras de las formas de asociación. De nuevo este trabajo es un regreso a la especificidad de la historia política y a la búsqueda del estudio de las formas de asociación.

Sobre las Sociedades Democráticas señala que éstas fueron cobrando vida propia, creando *un nuevo modelo de 'estructura asociativa'* que no estaba prevista en los cálculos ni en las intenciones de sus asiduos mentores y organizadores "gólgotas"[32]. Rescata el sentido político inde-

---

31 ÁLVARO TIRADO MEJÍA, *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*, Bogotá, Colcultura, Biblioteca Básica Colombiana, 1976.

32 FERNANDO GUILLÉN, *El poder político en Colombia*, Bogotá, Editorial Punta de Lanza, 1979, pág. 379. El subrayado es del autor.

pendiente de las organizaciones de artesanos y señala que "La Sociedad Artesanal es un pacto libre que engendra por sí mismo un enérgico sentido de la organización electiva, no paternalista, y es por eso, desde el principio (y no como consecuencias de un proceso de masificación y proletarización) una institución política, aunque no en la dirección superficial en que lo creían sus organizadores 'gólgotas'"[33]. Termina sus explicaciones sobre el movimiento de medio siglo diciendo que, cuando este finaliza, ya se había organizado la vida política nacional sobre la "base de las lealtades adscriptivas y hereditarias y de la búsqueda del control de la burocracia por dos partidos antagónicos que ocultaban su estructura hacendataria bajo los ropajes de ideologías formales tomadas de otros contextos culturales"[34].

Lo que nos señala Guillén Martínez es la imposibilidad de la existencia de una organización estructurada bajo otros códigos diferentes a aquellos que animaban las estructuras de los dos partidos políticos. No estaba nada desatinado en su apreciación y con ello mostraba el comportamiento frente a las terceras fuerzas, a las que era extirpada "con cuidadosa cirugía, toda forma de asociación que implicara pacto libre y autonomía electiva en los procesos sociales colombianos"[35]. En conclusión, este trabajo constituye un gran avance en la comprensión de los sistemas políticos y, dentro de ellos, de los artesanos y los movimientos sociales. De todas formas hay que anotar que, siendo la hipótesis principal que la fuerza determinante estaba en las estructuras asociativas de la hacienda, estos movimientos urbanos en cierta medida aparecen como acontecimientos de segundo orden en la argumentación.

Con propósitos bastante distantes de los anteriores, en 1980 apareció el libro del historiador cubano Sergio Guerra Vilaboy, titulado *La "república artesana" en Colombia*, publicado en Cuba. Este trabajo está estructurado siguiendo las corrientes historiográficas que provienen del materialismo histórico. Insiste en la forma espontánea de la organización de los artesanos, por fuera de los intereses partidistas de la burguesía, y califica de traidores a aquellos artesanos que se pasan al liberalismo o al conservatismo. En resumen, se trata de una buena investigación histórica sobre el tema, donde la característica principal es el esfuerzo del autor por

---

33 *Ibid.*, pág. 390.
34 *Ibid.*, pág. 393.
35 *Ibid.*

realizar un trabajo de seguimiento de las huellas de las revoluciones burguesas en los acontecimientos neogranadinos de medio siglo. Todo esto enmarcado en un gran ciclo revolucionario colombiano, que va desde la guerra de independencia hasta el presente.

Esto se hace más evidente en un artículo posterior del mismo autor, donde señala:

> La revolución colombiana del medio siglo debe ser ubicada, siguiendo la concepción de Lenin sobre el ciclo de las revoluciones modernas (burguesas) como una fase dentro del ciclo revolucionario de Colombia, entendido éste como un largo período de transformaciones sociales, económicas y políticas de tendencia burguesa que se suceden en un país en forma oscilante, hasta alcanzar la consolidación del régimen capitalista y la eliminación de las condiciones que hicieron surgir esas revoluciones... Al quedar inconclusas muchas de sus tareas históricas después de alcanzada la independencia política, se preparó el terreno para la revolución de medio siglo, como otra fase del ciclo revolucionario colombiano que se caracterizó precisamente por un desarrollo en etapas y altibajos, mediante la sucesión de reformas, revoluciones y contrarrevoluciones[36].

Cabe señalar que los trabajos de Sergio Cabrera no han tenido mayor circulación en el país.

DOS ANÁLISIS REGIONALES

En 1981, Orlando Fals Borda publicó su segundo tomo de la *Historia doble de la Costa-2. El presidente Nieto,* en el cual insiste en mostrar la singularidad de la estructura política de la Costa Atlántica en el siglo XIX, a través de la biografía del caudillo regional Juan José Nieto. En el aspecto que nos ocupa, Fals Borda muestra la influencia de Nieto en la organización de la Sociedad Democrática de Artesanos en Cartagena. Quizá la parte más interesante de este texto consiste en mostrar la particularidad del caso costeño, las formas que se utilizaban para socializar el nuevo discurso radical que llegaba de París, y la conformación de redes de sociabilidad política por toda la región costeña. De otra parte, no dudamos en considerar este texto como una de las mejores explicaciones sobre la

36 SERGIO GUERRA VILABOY, "Valoración de la revolución del medio siglo (1848-54) en Colombia", en *Casa de las Américas*, año XXVI, núm. 153, noviembre-diciembre, 1985, págs. 55-62.

llegada del discurso político francés de 1848 y las confusiones que éste ocasionó con los términos de liberalismo, socialismo y romanticismo.

El autor escoge como hilo conductor de su narración la vida de su personaje, y de esta manera introduce un elemento novedoso en el análisis, como es el de la masonería[37]. Es el primer autor que relaciona esta otra forma de sociabilidad política como una clave para entender los movimientos sociales en la coyuntura de medio siglo, y en este caso en la Costa Atlántica. El personaje central de la narración, Nieto, es mostrado como el eslabón que comunica los dos mundos, el de las ideas políticas venidas de Francia, arropadas con el discurso socialista, con los actores sociales concretos, los artesanos cartageneros. Si bien en algunos momentos insiste en mostrarnos a Nieto como un caudillo diferente de sus homólogos del interior, esto no le resta mérito para encontrar una novedosa visión regional de los movimientos sociales entre 1848 y 1854, las formas de transmisión de las ideas y la conjunción de diferentes espacios de sociabilidad.

Con un propósito diferente, José Escorcia escribió en 1982 un libro sobre el Valle del Cauca, titulado *Sociedad y economía en el Valle del Cauca; desarrollo político, social y económico, 1800-1854*, texto en el cual le dedica una especial atención a las formas particulares como se desarrollaron las Sociedades Democráticas en esta región y sus diferencias con las de Bogotá. En Cali los problemas eran muy diferentes a los de la capital, y por lo tanto el surgimiento de las Sociedades respondió más a las necesidades de la movilización de las masas urbanas por parte de los liberales contra el partido conservador, y para ello agitaron problemas locales como eran los ejidos y la esclavitud[38].

Mediante la consulta de la prensa local, los archivos regionales y fuentes secundarias, el autor nos muestra las formas como van surgiendo los movimientos sociales en la región del Valle del Cauca, las alianzas entre los sectores populares y las élites liberales, y las estrategias de los grandes terratenientes conservadores para eliminar este nuevo actor social, rebelde y peligroso. Los episodios terminan cuando los liberales radicales externos a la región se alían con los conservadores locales para acabar con la

---

37 ORLANDO FALS BORDA, *Historia doble de la costa 2. El presidente Nieto*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1981, pág. 107 b.

38 JOSÉ ESCORCIA, *Sociedad y economía en el Valle del Cauca*, t. III, *Desarrollo político, social y económico, 1800-1854*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1983.

"facción roja" o "la banda de pícaros y ladrones", como se llamaba a las Sociedades Democráticas[39].

ANÁLISIS DE OTROS MOVIMIENTOS

En el Departamento de Historia de la Universidad Javeriana, donde hay un grupo de trabajo sobre historia urbana, se han realizado varios estudios sobre los artesanos como actores de los movimientos sociales urbanos. Dos de estos estudios aparecieron en 1982.

Uno de ellos es el de Germán Mejía Pavony, titulado "Las Sociedades Democráticas (1848-1854). Problemas historiográficos". En esta investigación se trabaja de manera comparativa la información y la explicación sobre este tema contenida en siete obras de autores del siglo XIX, en las cuales se hace explícita referencia a las Sociedades Democráticas. En este trabajo se establece de una manera comparativa la información que las obras seleccionadas poseen sobre el surgimiento, crecimiento y composición social de estas organizaciones. Presenta una discusión muy rica sobre la originalidad de estas obras y su utilización como fuentes primarias. Este balance termina con una discusión sobre la incidencia de lo ideológico y el movimiento de la temática en el tiempo.

Este balance historiográfico sobre las obras del siglo XIX es de gran utilidad, ya que proporciona una buena base del conocimiento que existía en el siglo XIX sobre el tema de las Sociedades Democráticas, y señala la validez relativa como fuente primaria de estas obras. Como resultado final, de la lectura de este artículo queda un excelente análisis comparativo sobre las diferentes corrientes historiográficas que se formaron en el siglo pasado a propósito de este tema[40]. Además, el artículo de Germán Mejía nos sirve para ver cómo la mayoría de los estudios que estamos reseñando reproducen las versiones elaboradas en el siglo XIX, a las cuales les aderezan algunas conceptualizaciones contemporáneas.

El otro trabajo es el de Eugenio Gutiérrez, "Nuevo movimiento popular contra el 'laissez-faire', Bogotá, 1875". En este artículo el autor sostiene que, en contra de la opinión general de que en la segunda mitad

39 *Ibid.*, pág. 141.

40 GERMÁN MEJÍA. "Las Sociedades Democráticas (1848-1854). Problemas historiográficos", en *Universitas Humanistica*, Bogotá, Universidad Javeriana, año XI, núm. 17, marzo 1982, págs.145-176.

del siglo XIX el pueblo careció de toda dinámica política propia, existe una muestra concreta de cómo la conciencia política del pueblo no estaba totalmente hipotecada a los intereses del capitalismo colombiano. Mediante información recogida de la prensa de la época, se reconstruye el movimiento popular sucedido en Bogotá el 23 de enero de 1875, donde se hace insistencia en sus raíces sociales, la proyección política del levantamiento, y se registran las reacciones sobre el mismo[41].

Esta historia sobre el "Motín del pan" de 1875 presenta la agradable novedad de sacarnos de la historia de las Sociedades Democráticas, y mostrarnos la riqueza analítica que ofrecen otros movimientos sociales. Como ya lo había insinuado Jaramillo Uribe, en Bogotá se presentaron diversos levantamientos durante el siglo XIX. Gutiérrez aprovecha el "Motín del pan" para mostrarnos, en un análisis muy empírico, ciertos aspectos de la cultura popular radical que existía en Bogotá en esa coyuntura. En efecto, una llamada de atención que hace el autor es sobre el discurso popular, donde destaca la profusión de referencias sobre la Revolución Francesa, la Comuna de París, sucesos que son esgrimidos por los artesanos participantes para atacar a sus contradictores[42].

En un sentido similar se ubica el trabajo de Mario Acevedo Díaz, *La culebra pico de oro*, sobre el levantamiento de los artesanos en Bucaramanga en los días del 7, 8 y 9 de septiembre de 1879, cuando los artesanos de esa ciudad intentaron un ataque desesperado contra los intereses comerciales y, en particular, contra los extranjeros. Desafortunadamente, el autor se centra en los sucesos acontecidos en los días del levantamiento y en sus aspectos políticos y no profundiza en la organización artesanal, sus propósitos y objetivos, más bien opta por una descripción donde el hilo

---

41 EUGENIO GUTIÉRREZ CELY, "Nuevo movimiento popular contra el 'laissez-faire', Bogotá, 1875", en *Universitas Humanistica*, Bogotá, Universidad Javeriana, año XI, núm. 17, marzo 1982, págs. 177-212.

42 El mismo autor publicó luego unos artículo sobre los movimientos sociales en Bogotá en el siglo XIX. Ver "Las luchas populares en Bogotá en el siglo XIX". Parte I, en *Revista Universidad Distrital*, núm. 2, Bogotá, noviembre 1987. Parte II en el número 3-4 de la misma revista. En estos artículos presenta una narración de los levantamientos de los artesanos en el medio siglo, para lo cual utiliza la literatura conocida y ya empleada por los diversos autores que hemos reseñado. No hay mayores novedades sobre esto. Además, estos escritos forman parte del texto publicado en la *Historia de Bogotá*, t. 2, publicado por la Fundación Misión Colombia y Villegas Editores, del cual Gutiérrez es coautor.

conductor terminan siendo los acontecimientos. El lector se queda sin saber desde cuando existía la Sociedad Democrática "La culebra pico de oro", cuáles eran los artesanos que la conformaban, y si éstos eran afectados directamente por las actividades de los comerciantes, o había móviles políticos detrás del levantamiento[43].

A pesar de la ausencia de una mayor profundidad analítica, el texto es de una gran utilidad, dada su riqueza empírica y el anexo documental, que de hecho es la mitad del libro. De una lectura cuidadosa de los expedientes anexados, se puede ver cómo ha perdurado aquella cultura política que nos había mostrado Anthony McFarlane para fines de la Colonia. Además, el autor muestra un proceso que no fue exclusivo de Bucaramanga en 1879. Por la misma época, en los lugares donde habían existido Sociedades Democráticas, disueltas en 1855, surgen en la década del setenta sociedades secretas llamadas culebras, que van a tener activa participación en los levantamientos de fines del siglo[44].

LAS FORMAS DE SOCIABILIDAD POLÍTICA

Es sorprendente constatar que, hasta comienzos de los años 80, la historiografía sobre los movimientos sociales haya reproducido la visión de los historiadores del siglo XIX sobre el origen de las Sociedades Democráticas. Como lo señala Germán Mejía en el artículo ya reseñado, de los siete libros claves sobre este tema escritos en el siglo XIX, se encuentran dos posiciones opuestas en torno al origen de las sociedades. En la primera se concibe a la Sociedad Democrática como una creación del Partido Liberal . En la segunda se sostiene que la Sociedad Democrática no es una creación del Partido Liberal o de un sector de éste y que sólo a partir de la tensión política de la coyuntura de medio siglo fue influenciada por los liberales[45].

Esto no sólo remite a un problema de precisión histórica, sino a diferencias ideológicas profundas. Así por ejemplo, Colmenares, Jaramillo

---

43 MARIO ACEVEDO DÍAZ, *La culebra pico de oro*, Bogotá, Biblioteca Colombiana de Cultura, Colección Historia Viva, núm. 3, 1978.

44 Una corta referencia sobre este movimiento se encuentra en el libro de DAVID CHURCH JOHNSON, *Santander. Siglo XIX. Cambios socioeconómicos*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1984, págs. 280-283.

45 GERMÁN MEJÍA, *op. cit.*, pág. 150.

Uribe y Miguel Urrutia reconocen que en un principio las sociedades de artesanos no estaban dirigidas por los liberales, sino que se proponían la defensa de los intereses propios de los artesanos, con lo cual se está reconociendo la independencia de los artesanos. Pero, insistimos, esto no presenta una gran novedad, ya que una posición similar era sostenida en el siglo XIX por Salvador Camacho Roldán y Cordovez Moure, entre otros. En el fondo, la historiografía actual continuaba determinada por la mirada histórica de los escritores del siglo XIX.

Para lograr un distanciamiento de esta tendencia se necesitaba mirar por fuera de las sociedades democráticas e investigar en los diferentes ritmos, formas y lugares que había presentado la sociabilidad política en la Nueva Granada. En este sentido, escribí un trabajo en 1987, titulado "Algunas formas de sociabilidad política en la Nueva Granada, 1780-1860"[46], con el propósito de conocer la evolución de las formas como se asociaban los diversos grupos y sus participaciones en los movimientos sociales. En este trabajo se hace una diferenciación entre las formas tradicionales y las modernas, y en lo que toca a esta reflexión se encontró que existe un hilo conductor entre los intereses de los liberales de la segunda década del siglo XIX pòr movilizar grupos urbanos que les sirvieran de soporte político en su lucha contra la tendencia conservadora. Hay una estrecha relación entre la fundación de la Masonería en 1820 por Santander, con la fundación de la primera Sociedad de Artesanos llamada *Sociedad Popular*, también por Santander en 1822. Todo esto formaba parte del interés de este personaje por ampliar la esfera política, y para ello recurría al grupo urbano más numeroso, como era el de los artesanos. Además, coincidió con la supresión de los gremios en el mismo año, con lo cual los artesanos se quedaron sin su espacio de sociabilidad tradicional. Posteriormente, en 1838 Santander volvió a insistir en este tipo de espacio de sociabilidad con la fundación en Bogotá de la llamada *Sociedad democrático-republicana de artesanos y labradores progresistas de la provincia de Bogotá*, con agencias en varias ciudades del país. Luego, ya desaparecido Santan-

46 FABIO ZAMBRANO, "Algunas formas de sociabilidad política en la Nueva Granada, 1780-1860", Bogotá, copia a máquina, 1987, 200 págs. Este trabajo fue presentado como requisito para la promoción a Profesor Asociado de la Universidad Nacional, y varias copias reposan en el centro de Documentación de la Facultad de Ciencias Humanas. Además, ha sido utilizado como texto en el Seminario de Historiografía, siglo XIX, del Postgrado de Historia de esta institución.

der, vuelve a surgir este tipo de asociación con la Sociedad de Artesanos de Bogotá, en 1846, de carácter mutualista. Para explicar esto insisto en la necesidad de reconocer que las ideas de modernidad política llegan a través de algunos miembros de la élite, y que luego, a manera de cascada, van descendiendo a otros grupos sociales. Esto es exactamente lo que sucedió con las formas asociativas de artesanos.

En el mismo trabajo, y siguiendo la sugerencia metodológica de Jaime Jaramillo Uribe de revisar la *Gaceta Oficial,* encontré más de 70 Sociedades Democráticas fundadas por el Partido Liberal con el propósito de hacerle frente a la estructura partidista conservadora. Este trabajo termina mostrando el surgimiento de las culebras, luego de la supresión de las sociedades democráticas.

En otro trabajo, publicado en 1985 en una revista francesa[47], había insistido en la necesidad de comparar la cronología de estos espacios de sociabilidad con los que se habían presentado en el resto de Hispanoamérica, y con esto se puede observar la ausencia de singularidad en el caso neogranadino, en el sentido de que se trataba de un fenómeno continental, en razón de que estas sociedades, igual que el discurso republicano, fueron también una creación francesa.

Estas investigaciones buscan señalar la forma como la modernidad política llega a la Nueva Granada, los espacios de sociabilidad que se crean para difundir este discurso y los efectos en los movimientos sociales que esto provoca. Estos dos trabajos se han complementado con una serie de artículos publicados en diversas revistas (ver bibliografía final), donde se presta atención al problema del discurso político que es difundido por la élite y recibido por los artesanos. En especial, hago referencia al artículo "El miedo al pueblo", aparecido en la revista *Análisis* en 1989, donde trabajo las contradicciones que acarrea la aplicación de los principios republicanos en un país como la Nueva Granada, los conflictos ideológicos que origina y sus efectos en los levantamientos armados. Como no existía un pueblo y una nación en el sentido moderno de estos términos, la legitimación del sistema político presentaba serias dificultades. El artículo explica los problemas que provocó la recurrencia a la soberanía popular como fundamento justificativo del poder, ilustrando las etapas que se

---

47 FABIO ZAMBRANO, "La formation des partis politiques, 1830-1854," en *Amérique Latine,* núm. 23, juillet-septembre, 1985, París, CETRAL, págs. 37-46.

presentan con la definición, la movilización y la redefinición del pueblo, y la ficción democrática que esto ocasiona. Así, se insiste en el cambio radical en las formas de sociabilidad y la movilización que las Sociedades Democráticas significaron.

Esto va a provocar una reacción que es catalogada como el "miedo al pueblo", una condición clave para entender las posteriores reacciones a las movilizaciones populares. De las fuentes, cabe anotar que en estos trabajos se hace una disección, una lectura desagregada de éstas, interrogándolas en función del propósito del trabajo. Así, se cuestiona y se indaga en los textos del siglo XIX por las percepciones y significaciones que para la élite tenían las nociones de pueblo, nación, república, democracia y libertad, en un afán por precisar la formación de la concepción orgánica que de la sociedad se van forjando las clases dominantes[48].

Anteriormente señalamos que el seguimiento que se hace de la interpretación decimonónica de la independencia de la Sociedad de Artesanos del Partido Liberal tiene connotaciones ideológicas. Esto tiene continuidad en dos libros que aparecen en los tres últimos años. Me refiero al libro de Carmen Escobar, *La revolución liberal y la protesta del artesanado*[49], aparecido en 1990. Allí se hace un esfuerzo por mostrar la independencia inicial de los artesanos, quienes se organizan sin tener nada que ver con el Partido Liberal, para luego realizar alianzas con éste. Esta independencia de lo popular es la base para comprender que el gobierno artesano militar de 1854 fue el primer gobierno popular instaurado en América Latina. "Poder que no pudo consolidarse y mucho menos desarrollarse por la propia naturaleza de clase de los artesanos, por las características estructurales económicas neogranadinas y por la dialéctica del desarrollo mundial de esa etapa histórica"[50].

Esto queda como un simple enunciado inicial. A pesar de que el trabajo recoge hipótesis de Gustavo Vargas y Sergio Guerra sobre el

---

48 DARÍO ACEVEDO, "Consideraciones críticas sobre la historiografía de los artesanos del siglo XIX", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núms. 18-19, Bogotá, Universidad Nacional, 1990-1991, pág. 143. Este balance historiográfico ha sido de mucha utilidad en la elaboración del presente trabajo.

49 CARMEN ESCOBAR RODRÍGUEZ, *La revolución liberal y la protesta del artesanado*, Bogotá, Fundación Universitaria Autónoma de Colombia y Ediciones Fondo Editorial Suramérica, 1990.

50 *Ibid.*, pág. 20.

carácter revolucionario de los movimientos sociales en que participan los artesanos, la investigación de Carmen Escobar proporciona una excelente idea sobre este grupo social, para lo cual consulta numerosas fuentes primarias. Este material se ha convertido en un gran aporte documental sobre este tema, que entre otras presentaba una repetición de las mismas fuentes históricas, que se termina con la publicación de este texto.

El otro trabajo es el de Mario Aguilera y Renán Vega, *Ideal democrático y revuelta popular*, que fue segundo premio en el concurso organizado por el autor de esta reseña a propósito del bicentenario de la Revolución francesa. Los autores se proponen seguir las huellas de las ideas que constituyen la noción de democracia. Para ello se remontan a fines del siglo XVIII, cuando empieza a llegar el discurso derivado de la Revolución francesa, y luego continúan con el proceso de adquisición de los ideales democráticos por parte de los sectores subalternos. Para los autores, esto es lo que explica que la aspiración popular de construir una verdadera república se cruza con las revoluciones que se suceden en Francia en 1789, 1793, 1848, 1871 y los sucesos anarquistas de fines del siglo XIX y comienzos del XX[51].

Esta apropiación de los ideales democráticos de origen liberal va permeando el imaginario del movimiento popular y ayuda a crear una noción radical e ideal de lo que representaba la democracia y sus conceptos. En el tema que nos preocupa, los autores se detienen a analizar las movilizaciones que se inician en 1848, para lo cual emplean elementos teóricos que el autor de este balance ha realizado en los trabajos ya reseñados. En efecto, aquí aparecen conceptos como sociabilidad, miedo al pueblo, entre otros, como elementos utilizados para explicar las formas organizativas de los artesanos y las reacciones que su movilización provoca. También se presenta una lista de las Sociedades Democráticas fundadas entre 1849 y 1851, similar a la que ya se había elaborado en el trabajo *Algunas formas de sociabilidad...*, citado anteriormente.

Para terminar, es importante hacer referencia al trabajo de Margarita Pacheco, *La fiesta liberal en Cali*, trabajo que se dedica a estudiar los efectos

---

51 MARIO AGUILERA PEÑA y RENÁN VEGA CANTOR, *Ideal democrático y revuelta popular. Bosquejo histórico de la mentalidad política popular en Colombia. 1781-1948*, Bogotá, Instituto María Cano, 1991.

que en esta ciudad produjo la llamada Revolución de Medio Siglo[52]. Sin ninguna pretensión ideológica preconcebida por demostrar voluntades revolucionarias modernas en un actor tradicional, la autora nos va mostrando cómo para un sector emergente de extracción media en Cali, la coyuntura de los movimientos de medio siglo significó la posibilidad de vincularse a un proyecto nacional y con ello adquirir un mayor espacio político. Esto acarreó el surgimiento de un nuevo actor social, el pueblo. La adopción de los principios liberales que defendía la administración de López en 1849 fue el origen de un choque entre dos tipos de culturas: la popular y la conservadora.

Margarita Pacheco introduce en su análisis la existencia de una cultura popular que contenía principios de justicia natural y visiones de la economía moral de los pobres, lo cual va a afectar su participación en la política a partir de 1849. Este reconocimiento de la preexistencia de una cultura política heredada de la Colonia es lo que reclamábamos al comienzo, ya que la mayoría de los trabajos historiográficos parten del principio del estado cultural inmaculado de los artesanos, como si estos no hubiesen heredado ningún acervo cultural, como si las Sociedades Democráticas hubieran aparecido por generación espontánea y fueran como una ocurrencia exclusiva de los artesanos colombianos. Este trabajo de Margarita Pacheco abre nuevas posibilidades investigativas sobre la historia política, gracias a la introducción de estos elementos de la cultura política que hemos señalado.

En estos tres últimos trabajos reseñados se nota el esfuerzo por regresar a la historia política y al análisis de los actores sociales en su propia especificidad. Mientras que en Carmen Escobar se nota la inclinación a buscar las razones económicas de las movilizaciones de los artesanos, y en el de Aguilera y Vega la preocupación está del lado de la influencia del discurso de la Revolución francesa en el lenguaje político de este grupo social, Margarita Pacheco muestra la forma como un grupo social emergente utiliza la coyuntura de medio siglo para participar en un proyecto nacional. En los tres es evidente la preocupación por rescatar el lenguaje de los artesanos, el origen del discurso que utilizan y las bases de la cultura popular que manifiestan. Elaboradas con pocos años de distan-

---

52 MARGARITA PACHECO, *La fiesta liberal en Cali, 1848-1854*, Cali, Ediciones Universidad del Valle, 1992.

cia entre sí, estas publicaciones, junto con los trabajos reseñados en esta última parte, señalan la tendencia de los estudios sobre los movimientos sociales.

CONCLUSIONES

Sin duda es significativa la evolución que la historiografía colombiana ha presentado en los cincuenta y un años que lleva el estudio de los artesanos y los movimientos sociales en Colombia durante el siglo XIX. Desde las primeras menciones de Nieto Arteta hasta el texto de Margarita Pacheco se ha dado una evolución positiva. Se ha logrado una independencia total del determinismo económico, y los autores no se sienten en la obligación de iniciar con largas explicaciones sobre la economía para poder estudiar los levantamientos y las lógicas en el comportamiento de los actores sociales.

Es frecuente encontrar el análisis de la historia política en su propia especificidad, como un discurso explicativo que tiene su propia estructura, sus conceptos y sus teorías, elementos que son suficientes para poder dar cuenta del objeto de estudio.

Hay que anotar que todavía el peso de Bogotá en los estudios es abrumador. Hace falta una mayor profundización de los estudios regionales para comprender mejor los ritmos locales, las formas como llegan a las provincias los lugares y formas de sociabilidad, claves para entender los tipos de movimientos sociales que se dan en las distintas partes. Igualmente hace falta una mayor comparación entre las Sociedades Democráticas neogranadinas y las del resto del continente, para acabar con esa tendencia tan marcada a estudiar a los artesanos como si no tuvieran ningún contacto con los ritmos externos.

Además, es necesario ampliar el análisis a otros actores sociales diferentes de los artesanos. Por ejemplo, los masones, los protestantes, los espiritistas, los rosacruces, y sus influencias y participación en los movimientos sociales, urbanos y rurales. En conclusión, hay que trabajar por rescatar la especificidad de la historia política, y en especial enriqueciendo este análisis con elementos de la historia de la cultura política.

Por último, es necesario insistir en la necesidad de estudiar a los actores sociales en su propia especificidad. En el caso de los artesanos, es urgente trabajar a manera de disección, para descubrir las formas internas de diferenciación que existían entre ellos. No hay que olvidar que se

trataba de un grupo social con una fuerte tradición estamental heredada de la Colonia, donde habían estado organizados en gremios. Esto se hereda en el siglo XIX y permanence por mucho tiempo. Según los oficios, había artesanos con mayores posibilidades de ascenso social, como los sastres, plateros, orfebres, entre otros. También hay que discutir sobre la validez de la "representación popular" de los artesanos en las Sociedades Democráticas, es decir hasta dónde hay que aceptar que estos representaran su gremio, o si más bien, estaban aplicando el mismo mecanismo de "usurpación de la representación" que las élites liberales.

Esto remite a otro problema, como es la definición de quiénes eran artesanos en el siglo XIX. La mayoría de los estudios aplican una definición económica, pero en el siglo XIX las gentes utilizaban una definición cultural. Para ellos artesano era todo aquel que se ganara el trabajo en actividades manuales y no necesariamente manufactureras. Todo esto muestra la gran posibilidad analítica que existe sobre estos temas y las amplias posibilidades explicativas que aún nos depara la investigación histórica.



Bibliografía

Acevedo Carmona, Darío

"Consideraciones críticas sobre la historiografía de los artesanos del siglo XIX", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núms. 18-19, Bogotá, Universidad Nacional, 1990-1991.

Acevedo Díaz, Mario

La culebra pico de oro, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Biblioteca Colombiana de Cultura, Colección Historia Viva, Imprenta Nacional, 1978.

Aguilera Peña, Mario

"El motín bogotano de 1893", en *Gran Enciclopedia de Colombia*, Bogotá, Círculo de Lectores, 1991.

Cantor Vega, Renán

Ideal democrático y revuelta popular, Bogotá, Instituto María Cano, 1991.

Castro, Beatriz

"Caridad y beneficencia en Cali, 1848-1898", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Biblioteca Luis Ángel Arango, vol. XXVII, núm. 22, Bogotá, 1990.

Colmenares, Germán

"Formas de la conciencia de clase en la Nueva Granada", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, núm. 9, vol. 12, 1966.

Partidos políticos y clases sociales, Bogotá, Ediciones Universidad de los Andes, 1968.

Deas, Malcolm

"La presencia de la política nacional en la vida provinciana, pueblerina y rural de Colombia en el primer siglo de la República", en *La unidad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad*, Marco Palacios (comp.), México, El Colegio de México, 1983.

ESCOBAR, Carmen

La revolución liberal y la protesta del artesanado, Bogotá, Fundación Universitaria Autónoma de Colombia, 1990.

ESCORCIA, José

Sociedad y economía en el Valle del Cauca, t. III, *Desarrollo político, social y económico, 1800-1854*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1983.

ESPAÑA, Gonzalo

Los radicales del siglo XIX. Escritos políticos, Bogotá, El Áncora Editores, 1984.

FALS BORDA, Orlando

El presidente Nieto. Historia doble de la costa 2, Bogotá, Carlos Valencia Ed., 1981.

GARRIDO, Margarita

"Convocando al pueblo, temiendo a la plebe", en *Revista Historia y Espacio*, núm. 14, vol. V, Cali, Universidad del Valle, junio de 1991.

GAVIRIA LIÉVANO, Enrique

"Las Sociedades Democráticas o de artesanos en Colombia", en *Correo de los Andes*, núm. 24, enero-febrero, 1984.

GILMORE, Robert L.

"Nueva Granada Socialist Mirage", en *Hispanic American Historical Review*, núm. 36, vol. 2, mayo 1956.

GÓMEZ PICÓN, Alirio

El golpe militar del 17 de abril de 1854, Bogotá, Editorial Kelly, 1972.

GRUSIN, Jay Robert

The Revolution of 1848 in Colombia. Ph. D. Dissertation, University of Arizona, 1978.

GUERRA VILABOY, Sergio

La república artesana en Colombia, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1980.

GUTIÉRREZ CELY, Eugenio

"Nuevo movimiento popular contra el 'laissez-faire': Bogotá, 1875", en *Revista Universitas Humanistica*, Pontificia Universidad Javeriana, año XI, núm. 17, marzo de 1982.

"Las luchas populares en Bogotá en el siglo XIX" (I parte), en *Revista Universidad Distrital*, núm. 2, Bogotá, noviembre, 1987.

"Las luchas populares en Bogotá" (II parte), en *Revista Universidad Distrital*, núm. 3-4, Bogotá, marzo-junio, 1988.

JARAMILLO URIBE, Jaime

El pensamiento colombiano en el siglo XIX, Bogotá, Editorial Temis, 1982, 3ª ed.

"Las sociedades democráticas de artesanos y la coyuntura política colombiana de 1848", en *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*, Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana, Colcultura, 1977.

JOHNSON, David Church

Santander. Siglo XIX - Cambios socioeconómicos, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1984.

MC GREEVEY, William Paul

Historia de Colombia, 1845-1930, Bogotá, Editorial Tercer Mundo, 1988.

MEJÍA PAVONY, Germán

"Las Sociedades Democráticas (1848-1854), problemas historiográficos", en *Revista Universitas Humanistica*, Pontificia Universidad Javeriana, año XI, núm. 17, marzo de 1982.

MOLINA, Gerardo

Las ideas liberales en Colombia, 1849-1914, Bogotá, Editorial Tercer Mundo, 1982.

NIETO ARTETA, Luis Eduardo

Economía y cultura en la historia de Colombia, Bogotá, El Áncora Editores, 1983.

OCAMPO, José A.

"Comerciantes, artesanos y política económica en Colombia, 1830-1880", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Biblioteca Luis Ángel Arango, vol. XXVII, núm. 22, Bogotá, 1990.

OSPINA VÁSQUEZ, Luis

Industria y protección en Colombia. 1810-1930, Medellín, Editorial Oveja Negra, 1974.

PACHECO, Margarita

La fiesta liberal en Cali, Cali, Ediciones Universidad del Valle, 1992.

SHULGOVSKI, Anatoli

"La 'Comuna de Bogotá' y el socialismo utópico", en *América Latina*, núm, 8, 1985.

SOWEL, David

"Las bases sociales para la movilización de obreros en Bogotá: 1886-1912", en *Ensayos de literatura colombiana*, Raymond L. Williams (compilador), Bogotá, Plaza Janés Editores, 1985.

"The Early Latin American Labor Movement: Artisans and Politics in Bogotá, Colombia, 1932-1919". Tesis doctoral, Universidad de la Florida, 1986.

"La teoría y la realidad: The Democratic Society of Artisans of Bogotá, 1847-1854", en *Hispanic American Historical Review*, núm. 67, vol. 4, Duke University Press, 1987.

TIRADO MEJÍA, Álvaro

"El Estado y la política en el siglo XIX", en *Manual de Historia de Colombia*, t. 2, Bogotá, Colcultura , 1979.

TORRES GIRALDO, Ignacio

Los inconformes. Historia de la rebeldía de las masas en Colombia, Bogotá, Editorial Margen Izquierdo, 1973.

URIBE, María Teresa y Jesús María ÁLVAREZ

Poderes y regiones: Problemas en la constitución de la nación colombiana. 1910-1850, Medellín, Universidad de Antioquia, 1987.

URREGO, Miguel Ángel

"La Regeneración (1878-1898)", en *Gran Enciclopedia de Colombia*, t. 2, Bogotá, Círculo de Lectores, 1991.

URRUTIA, Miguel

Historia del sindicalismo colombiano, Bogotá, Editorial La Carreta y Universidad de los Andes, 1976.

VARGAS MARTÍNEZ, Gustavo

Colombia 1854: Melo, los artesanos y el socialismo, Bogotá, Editorial La Oveja Negra, 1972.

"Una década decisiva: 1849-1860", en *Gran Enciclopedia de Colombia*, t. 2, Bogotá, Círculo de Lectores, 1991.

VEGA, Renán

"Liberalismo económico y artesanado en la Colombia decimonónica", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Biblioteca Luis Ángel Arango, vol. XXVII, núm. 22, Bogotá, 1990.

ZAMBRANO, Fabio

"La formation des partis politiques, 1830-1854", en *Amérique Latine* núm. 23, París, julio-septiembre, 1985.

Algunas formas de sociabilidad política en la Nueva Granada. 1780-1860, Bogotá, Universidad Nacional, copia a máquina, 1987.

"Contradicciones del sistema político colombiano", en *Análisis*, núm. 1, Cinep, Bogotá, 1988.

"El miedo al pueblo", en *Análisis* núm. 2, Cinep, Bogotá, mayo 1989.

"Las sociabilidades modernas en la Nueva Granada, 1820-1848", en *Cahiers des Ameriques Latines*, núm. 10, París, 1990.





Comentario al Estudio de los Movimientos Sociales en el Siglo XIX

Frank Safford
Universidad de Northwestern

DISCULPAS OBLIGATORIAS

Tengo que confesar que la ponencia de Fabio Zambrano me coge no del todo preparado. Durante los últimos años por mis cargos administrativos y de docencia no he podido dedicar el tiempo que desearía a la lectura de obras colombianas, y mis lecturas se han enfocado hacia la Colonia y la lucha por la Independencia, campos en los cuales nunca había trabajado. Así es que durante algún tiempo no he puesto mucha atención a los escritos sobre política del siglo XIX. Y en cuanto a los antecedentes y otros elementos populares que han participado en la política, tengo que confesar que no estoy al tanto de lo que se ha dado en Colombia últimamente. Por ejemplo, no tuve noticia de los escritos de Fabio Zambrano (que parecen muy interesantes) ni de varias de las otras obras que él menciona en la última parte de su ponencia. Tengo que decir al respecto que gran parte de lo que se publica en Colombia no llega a EE.UU., o tiene pésima distribución, en particular las revistas, incluyendo el precioso pero bien guardado *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*.

Como no he leído las obras más recientes que el profesor Zambrano comenta, voy a utilizar como punto de apoyo las obras de un autor que aparece en la bibliografía del profesor Zambrano, pero que él deja fuera de su comentario, me refiero a las investigaciones de David Sowell sobre los artesanos de Bogotá. Tengo que advertir que este comentario está dirigido a la ponencia entera, y hace referencia, también, a cuestiones que el profesor Zambrano no mencionó en su presentación abreviada.

PONENCIA INTELIGENTE, BIEN ELABORADA Y ESTIMULANTE

El tema central de la ponencia es la cultura política de las clases populares, y la necesidad de rescatarla.

El profesor Zambrano toma como uno de sus puntos de partida un artículo de Anthony McFarlane sobre las revueltas contra los impuestos reales durante el siglo XVIII. En estas revueltas parece que hubo una amplia participación popular. Zambrano subraya la necesidad de encontrar en el siglo XIX la continuidad de la cultura política popular que McFarlane señala para el siglo XVIII.

Es notable que en las obras históricas sobre la participación popular en la política del siglo XIX, el enfoque se centre sobre todo en los artesanos, y abrumadoramente en los artesanos de Bogotá. Esto es muy comprensible. En parte es por el dramatismo del conflicto social entre los artesanos de Bogotá y la mayor parte de las élites políticas de la clase dominante de mediados del siglo XIX. Este conflicto, que se volvió una verdadera guerra de clases, llama la atención. En realidad, este conflicto fue una de las cosas que primero suscitó mi interés en Colombia (también sucedió en Bogotá). El gran peso en las obras históricas del interés en los artesanos bogotanos de mediados del siglo XIX obviamente se refleja en la ponencia del profesor Zambrano.

Pero los artesanos de Bogotá, y los artesanos urbanos de otros lugares, representan sólo una fracción de las clases populares. Claro que hay buenas razones para la atención especial en los artesanos. Era el grupo popular más alfabetizado y probablemente con mayores recursos económicos.

Estos factores, y el vivir en las ciudades, les daba mayores posibilidades de participar en la política que a otros sectores populares. Y su alfabetización, sus mayores recursos y su participación en la política se reflejaba en panfletos y periódicos, lo cual les permitió un discurso que ahora se puede estudiar, lo que es menos posible con otros elementos populares. Pero, por lo mismo, siempre hay que recordar que los artesanos eran el elemento menos popular entre las clases populares.

Estas observaciones, me llevan a un comentario sobre la ponencia —o al menos a una pregunta.

En mi lectura de la ponencia tuve la impresión de que, en buena parte de su discusión, Fabio Zambrano trata la cultura política de las clases populares como una cosa homogénea. ¿Se puede pensar que el discurso de los artesanos de Bogotá (o de otros lugares) representaba la voz de los muchos que quedaban por debajo de los artesanos en la escala social? ¿Debe imaginarse que existiera una sola cultura política popular?

Se puede preguntar también si los artesanos mismos tenían una voz homogénea. David Sowell en su estudio sobre la política de los artesanos de Bogotá, describe una situación de la cual se podría decir que hubo varias voces auténticas de los artesanos, pero, a la vez, ellos estaban bajo las presiones y las manipulaciones de las élites políticas de la clase dominante. Según Sowell, en varias épocas, sobre todo después de la década de 1880, muchos artesanos trataron de mantener su independencia de los partidos de las élites, pero muchos se encontraron en las filas tanto del partido conservador como del partido liberal. Si existía una cultura política artesanal, sus expresiones políticas quedaron fraccionadas. Y a través del tiempo los artesanos quedaron cada vez más fraccionados. En las primeras décadas del siglo XX ya era visible una división entre los artesanos que habían llegado a ser pequeños empresarios de fábrica y los obreros que ahora empleaban.

El libro de Sowell, y mis propias experiencias de investigación, me inducen a preguntar si el discurso de los artesanos realmente fue determinado o instigado de una manera importante por influencias francesas. Obviamente hubo algo de esto, especialmente entre 1849 y 1853. Pero el libro de Sowell parece indicar que hicieron hincapié en cuestiones que tenían raíces en sus propios problemas, de los cuales el más importante fue la polémica aduanera.

El libro de Sowell seguramente es un estudio de la cultura política de los artesanos. ¿Pero acaso Fabio Zambrano lo descartó por no ver (aparentemente) una continuidad de esta cultura desde el siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX? No me acuerdo si Sowell menciona el artículo de Anthony McFarlane, que tiene tanta importancia en la ponencia, pero definitivamente no parece saber de la etapa de los años 1820 que menciona Zambrano. En todo caso, cuando menciona los esfuerzos posteriores de los santanderistas por crear organizaciones populares, Sowell parece considerarlas nada más que como organizaciones manipuladas por las élites.

En realidad se puede preguntar si las organizaciones auspiciadas por Santander en los años 1820, y por los santanderistas en la década de 1830, pueden considerarse como ejemplos de una cultura política artesanal o popular, porque la iniciativa y el control de estas asociaciones estuvo en manos de las élites.

La situación parece haber sido muy distinta en 1847, cuando se formó la Sociedad de Artesanos, como respuesta a la política de Florentino González de rebajar las tarifas de aduanas. Pero, como se sabe, rápidamen-

te los liberales cooptaron la Sociedad de Artesanos, convirtiéndola en un arma política liberal. Según Sowell, en las épocas posteriores los partidos de las élites hicieron esfuerzos repetidos para asimilar a las organizaciones artesanales cada vez que aparecían. Evidentemente uno de los temas más importantes en el estudio de la cultura política popular tiene que ser el dilema táctico de los voceros de los artesanos (o en el siglo XX de los obreros): tratar de mantener su independencia o hacer una alianza con uno de los partidos políticos.

Quiero añadir algo sobre el tema del "miedo al pueblo", que llegó a ser notable en el decenio de 1850 y reapareció, de vez en cuando, en años posteriores. Sólo quiero señalar que este tema es un punto central en la tesis de Richard Stoller sobre la evolución de la política en la provincia del Socorro. Stoller dice que antes de 1849 había una homogeneidad liberal en la provincia del Socorro, pero que en San Gil, y también en otra parte, el discurso populista de los gólgotas y la movilización de las Sociedades Democráticas asustaron a las élites, y con Rito Antonio Merchán a la cabeza, se volvieron conservadoras.

Quiero terminar señalando que en su ponencia el profesor Zambrano nos traza el proceso de maduración del modo de hacer la historia en Colombia.

Empieza con una discusión de los primeros autores modernos, como Luis Eduardo Nieto Arteta, para quienes el *concepto orientador* tuvo una importancia primaria y la documentación parecía una cuestión de importancia muy secundaria. Es decir, aparentemente muchos concibieron la documentación como un modo de confirmar una interpretación formada de antemano.

En el desarrollo de su ponencia, el profesor Zambrano menciona algunas obras en las cuales aparece una mayor documentación como gran novedad. Es importante la atención que el autor da al concepto orientador y al contexto que influye en la adopción del mismo.

Finalmente, quiero resaltar la importancia que la documentación puede llegar a tener en la formación de las interpretaciones históricas. La documentación no sólo ofrece un subsuelo de datos para confirmar una teoría concebida de antemano.

La clase de documentación que se utiliza puede obrar como factor determinante en la interpretación misma, porque afecta de una manera fundamental la perspectiva del investigador.

La Historiografía Económica Colombiana del Siglo XIX

Óscar Rodríguez Salazar
Universidad Nacional de Colombia
Decsi Arévalo Hernández
Universidad Externado de Colombia

INTRODUCCIÓN

Este ensayo tiene como objetivo explorar la forma como se ha construido la historia económica colombiana del siglo XIX. La presentación sigue de cerca la relación que se puede establecer entre dos disciplinas afines: Historia y Economía.

Es nuestro interés relevar, en las investigaciones seleccionadas, los modelos teóricos y la periodización utilizada, por quienes de una u otra forma han ejercido el oficio de historiador económico. El balance historiográfico se presenta dividido en cuatro grandes áreas: agroexportación, agraria, monetaria y fiscal.

La forma de exposición de cada uno de los trabajos retoma el diálogo establecido entre estos dos campos de las Ciencias Humanas. Desde el año de 1929, Sombart reitera la tesis de de que la construcción histórica siempre está sustentada en alguna teoría social. En el caso de la historia económica, "como forma parte de la economía, las técnicas de investigación que el historiador utiliza deben ser consideradas como viajeros de ese gran carruaje al que llamamos análisis económico"[1].

Desde su origen, la teoría económica tuvo un alto componente de historia económica. El nacimiento de la teoría clásica y su polémica con los principios mercantilistas, estuvieron acompañados de una reflexión hecha desde la historia. El libro de Adam Smith, *La riqueza de las naciones,* dedica un buen número de páginas a examinar el pasado de la conformación del mercado a partir de la división social del trabajo.

---

1 Joseph Schumpeter, *Historia del análisis económico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, pág. 29.

Al definir el objeto de estudio de la historia económica, Witold Kula expresa que: "tiene los mismos objetivos de investigación que la economía. Puesto que el carácter del objetivo determina los métodos de investigación, los procedimientos fundamentales que la historia económica utiliza deben ser los métodos de la economía, los métodos de investigación de los fenómenos económicos, el aspecto económico de las actividades humanas y sus resultados económicos. De esto se deduce que la historia económica hace parte integrante de la economía"[2].

El carácter interdisciplinario que tiene la historia económica[3] puede cumplir la función de ser "un foro en que economistas y estudiosos de ciencia política, abogados, sociólogos e historiadores —historiadores de los hechos, de las ideas y de las tecnologías— puedan encontrarse y charlar uno con otro"[4].

Reconocer el modelo teórico utilizado por las investigaciones de los economistas cuando tienen un referente en el tiempo y en el espacio, hace parte de la crítica historiográfica. Esta premisa es igualmente ineludible para los historiadores cuyo tema de análisis gire en torno a los acontecimientos económicos. Se impone reconocer qué paradigmas y categorías desarrolladas por la teoría económica se están utilizando.

Algunos autores, normalmente economistas sobresalientes en el terreno de las formulaciones teóricas, logran formular explicaciones de algunos de los procesos de la historia económica. Los casos de John Hicks y Álvaro López Toro pueden servir de ejemplo.

El primero, en su *Teoría de la historia económica*, construye un modelo que permite explicar la primera fase de la economía mercantil representada en la ciudad-estado; la diversificación de la actividad mercantil opera a partir del funcionamiento de la ley de los rendimientos decrecien-

2 WITOLD KULA, *Problemas y métodos de la historia económica*, Barcelona, Ediciones Península, 1977, pág. 92.

3 Para H. BOEHME las "teorías económicas se acreditan como instrumentos de explicación sólo bajo el punto de vista de su saturación histórica. Las teorías que pretenden tener validez universal en el solo campo económico deben asimilar los factores políticos, deben saturarse histórico-políticamente". "Factores políticos y método histórico-económico", artículo del libro de JERZY TOPOLSKI, *et al.*, *Historia económica. Nuevos enfoques y nuevos problemas*, Barcelona, Crítica, 1981, pág. 33.

4 JOHN HICKS, *Una teoría de la historia económica*, Barcelona, Ediciones Orbis, 1986, pág. 4.

tes. Más tarde Braudel denominará a esta diversificación 'polivalencia del comerciante'. Por su parte, Álvaro López Toro explica la crisis de la economía colonial antioqueña en el contexto de un modelo de crecimiento desequilibrado entre dos sectores productivos: agrícola y minero.

El aparente alejamiento que conlleva el ejercicio profesional de los economistas —signado por la axiomatización, sofisticación de herramientas econométricas— y el de los historiadores que descubren nuevas temáticas, se resuelve en la historicidad de los fenómenos económicos, que es su lugar natural de confluencia. Cipolla encuentra cómo el trabajo conjunto, el rigor en el uso de las fuentes y la formalización teórica, redundarán en beneficio del conocimiento histórico.

Develar el espíritu de la época —del cual hace mención Schumpeter— es una forma de evitar la formulación de modelos con sesgos ahistóricos. No sólo para hacer más comprensible la historia, sino también por cuanto "la mayor parte de los errores fundamentales que comúnmente se cometen en el análisis económico se deben más a falta de experiencia histórica que a cualesquiera otras deficiencias de la formación del economista"[5].

Descubrir las regularidades de los procesos económicos pasados ha conducido a las escuelas económicas por diferentes caminos en su diálogo con la historia. A nivel internacional, el intercambio entre las disciplinas ha tenido diferentes etapas.

El esquema propuesto por Robert Boyer[6] —inspirado en la obra de G. Palmade, *La economía en las ciencias humanas*— trata de resumir cómo ha discurrido la relación entre la economía y la historia. Este autor detecta seis situaciones diferentes: adyacente, recuperación, dependencia, transposición conceptual, transposición causal e interacción simbiótica.

En el primer caso, la historia de los acontecimientos se resumía en una crónica política, a la par que la economía de los grandes clásicos estudiaba las permanencias y las regularidades. En la segunda situación, existe un lugar común a las dos disciplinas como fuente de reflexión teórica y análisis histórico. En la dependencia, el modelo teórico formulado desde la teoría económica condiciona a la historia económica. En la transposición, un mismo concepto puede ser aplicado a una serie de

5 JOSEPH SCHUMPETER, *op. cit.*, pág. 29.

6 ROBERT BOYER, "Économie et histoire: vers de nouvelles alliances?", en *Revue Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, núm. 6, noviembre-diciembre, 1989.

disciplinas que conservan su autonomía (v.g. racionalidad y equilibrio). En la quinta, una causalidad nacida dentro de una disciplina condiciona ciertos fenómenos o resultados de otra (v.g. determinación en última instancia). Y en la interacción simbiótica, la historia y la economía no se yuxtaponen sino que se integran en permanente retroalimentación, con miras a comprender las circunstancia y condiciones de cambio.

No ha estado exenta la historiografía económica colombiana del siglo XIX de la influencia de las corrientes internacionales. Esta posibilidad de generalización para el caso colombiano nos conduce a examinar algunas obras. Los trabajos de Guillermo Torres García, Luis Ospina Vásquez y Clímaco Calderón, al realizar una cronología de acontecimientos monetarios o fiscales, se podrían ubicar en el tipo adyacentes.

Los trabajos inspirados en la economía neoclásica y aquellos que aceptan las formulaciones de la escuela orientada por Milton Friedman se pueden catalogar en una transposición conceptual; Cipolla argumenta que "la mainstream-economics, especialmente en su versión neoclásica, se distinguió cada vez más por la aplicación del método lógico-matemático a un análisis de tipo estático, con exclusión absoluta del elemento histórico"[7]. Una de las explicaciones dadas por Germán Colmenares al por qué en Colombia se han producido pocas investigaciones inspiradas en la *New Economic History* radica en el hecho de que "en nuestro medio, sin embargo, el rigor que se quiere introducir con modelos cuantificables se ve contrarrestado por la pobreza de las estadísticas históricas"[8].

Se podría situar como transposición causal la producción histórica influenciada por el modelo marxista e iniciada con Nieto Arteta. La tentativa de condicionar la dinámica económica y social a cualquier determinación, en última instancia, le imprime características especiales a la construcción histórica.

Por su parte, los historiadores han estado igualmente preocupados por construir modelos. Así, las reglas de tendencia —para no decir leyes— elaboradas por el esquema braudeliano, intentan captar el significado del capitalismo.

---

7 CARLO M. CIPOLLA, *Entre la historia y la economía*, Barcelona, Editorial Crítica, 1991, pág. 112.

8 GERMÁN COLMENARES, "Perspectiva y prospectiva de la historia en Colombia 1991", en *Ciencias sociales en Colombia* 1991, Bogotá, Colciencias, 1992.

La obra cumbre de este francés, *Civilización material, economía y capitalismo*[9], puede ser considerada como de economía retrospectiva. Para Francois Ewald "en *Civilización material* lo económico aparece como el objeto mismo de la historia [...] en la medida en que lo económico puede verse como un fenómeno de larga duración, aparece como el medio de asegurar una cierta objetividad al discurso histórico. Le permite escapar del relativismo y del historicismo. Constriñe el discurso del historiador y le permite acceder a una cierta cienticificidad"[10]. Una similitud del trabajo del economista con el esquema braudeliano estaría dada por los modelos de crecimiento económico; necesariamente estos competen a la larga duración[11].

Jerarquizar las variables es un ejercicio común tanto a la economía como a la historia. En la concepción braudeliana, con un gran sentido de *finesse* —del cual nos habla Cipolla— se logra establecer dos registros de la economía de mercado: uno inferior, los mercados, tiendas y buhoneros; y otro superior, las ferias y las bolsas. La dinámica de acumulación la brinda el comercio a gran distancia y los monopolios son los encargados de esta actividad, y a su vez son los mayores usufructarios del capitalismo[12]. La existencia de las economías-mundo está asociada a la superioridad de una región frente a las otras.

En la perspectiva de reconocer los modelos aplicados, la polémica establecida entre los diferentes autores y las fuentes utilizadas y los estudios tanto historiográficos como del proceso de construcción de la historia económica del siglo XIX en Colombia, están aún por realizarse.

---

9 FERNAND BRAUDEL, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*, t. 2, *Los juegos del intercambio*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, pág. 109.

10 FRANÇOIS EWALD, "El imperio de una historia", en *Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, abril-junio de 1983, pág.13.

11 PIERRE VILAR dice que en la larga duración el trabajo del economista y del historiador tienden a confundirse. Ver *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica, 1980, pág. 63.

12 Para INMANUEL WALLERSTEIN, Braudel "más bien que considerar el mercado como elemento clave del sistema capitalista histórico, atribuye ese papel a los monopolios. Son los monopolios dominantes del mercado lo que constituye la singularidad de nuestro sistema y lo que lo distingue muy claramente de la sociedad mundial —y tal vez del sistema capitalista mundial, si es que existe." Ver FERNAND BRAUDEL, *Una lección de Historia de Fernand Braudel*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pág. 158.

Algunos economistas que han tenido inclinaciones por la historia en ocasiones han ejercido la crítica sobre la producción histórica. Jesús Antonio Bejarano podría considerarse como el pionero en esta labor, por sus tres ensayos: *Campesinado, luchas agrarias e historia social: notas para un balance historiográfico*; *Los estudios sobre la historia del café en Colombia*; y el informe preliminar presentado en 1987 a la Fundación para la investigación del Banco de la República, titulado *Historiografía económica sobre los siglos XIX y XX en Colombia: resultados y vacíos predominantes*. En este último ensayo el autor recopiló cerca de 700 referencias bibliográficas, la mayoría de ellas elaboradas entre 1983 y 1987.

Sin embargo, la ausencia de un debate académico sobre la producción histórica se convierte en una limitante para realizar un balance historiográfico del siglo XIX. En este ensayo se ha escogido un conjunto de trabajos estimados por el medio académico como de obligada referencia para aquellos que se enrumben en procesos investigativos de los acontecimientos económicos del siglo XIX.

HISTORIOGRAFÍA DE LOS MODELOS DE AGROEXPORTACIÓN

A partir de los años setenta se multiplicaron las investigaciones sobre la forma como la economía colombiana se vinculó al mercado mundial en el siglo XIX. Una de las características de estos estudios es su interés por tener una apreciación global de este período, subrayando las relaciones entre sector externo y comportamiento de la economía doméstica.

La obra que puede ser considerada como pionera es la escrita por Luis Eduardo Nieto Arteta, *Economía y cultura en la historia de Colombia*, publicada en 1942. Con este trabajo se transforman cualitativamente los estudios en historia al introducir un marco explicativo a los procesos históricos, distanciándose de las concepciones positivistas presentes en los trabajos de la Academia de Historia[13]. Bajo la influencia del materialismo

---

13 BERNARDO TOVAR ZAMBRANO, en el artículo: "El pensamiento historiador colombiano sobre la época colonial", publicado en el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 10, 1982, se expresa así sobre la obra de Nieto Arteta: "Con ella se inicia, por una parte, la historia económica y social, aunque ciertamente inscrita en el orden de las preocupaciones políticas y, por otra, la aplicación de concepciones inspiradas en el marxismo a la investigación de la historia nacional", págs. 85-86.

histórico[14], el autor se ocupa de los movimientos de coyuntura, o sea, las crisis y bonanzas que transforman la economía colombiana. Nieto Arteta considera las relaciones de comercio exterior como desiguales, las economías precapitalistas están subordinadas a las capitalistas, originándose una división internacional del trabajo: entre exportadores de materias primas e importadores de manufacturas.

Las apreciaciones de Nieto Arteta con relación a la primera mitad del siglo XIX y a las reformas de medio siglo se dejaron sentir en trabajos posteriores[15]. La primera coyuntura histórica estuvo marcada por las luchas de liberación económica, la cual eliminó las restricciones feudales y odiosas del sistema colonial. En 1850 se presenta "una crisis que plantea la urgente sustitución de un caduco modo colonial de producción por uno distinto que permita el desarrollo de las fuerzas productivas granadinas a las cuales agitaba ya un inquietante deseo de expansión técnica. En 1850 se realiza una revolución social que facilita la parcial realización de una revolución política. El modo colonial de producción es sustituido por un modo burgués y comercial" (pág. 174).

Igualmente, con Nieto Arteta se inicia una crítica a las fuentes empleadas por la historia económica, pero sin llegar a proponer el uso o construcción de nuevos indicadores. Cuantifica el valor de las exportaciones e importaciones entre los años de 1834 a 1893 a partir de las Memorias de Hacienda. Se apoya en los secretarios de Hacienda para reconocer la poca confiabilidad de los datos estadísticos; en efecto, en las Memorias de Salvador Camacho Roldán (1872), la elaborada por Antonio Roldán en 1879, y la de Luis Carlos Rico de 1882, se hace mención de la inexactitud de la información sobre comercio exterior.

---

14 En el esbozo biográfico que hace GONZALO CATAÑO de Luis Eduardo Nieto Arteta, lo encuentra haciendo parte, en 1933, de una asociación de carácter agitacional e intelectual que se conoció con el nombre de "grupo marxista". Sus objetivos eran divulgar la ideología marxista, interpretar la realidad colombiana a la luz del materialimo histórico y discutir los problemas nacionales e internacionales del momento. Ver el artículo de Cataño: "Luis Eduardo Nieto Arteta: marxismo y participación política", en el libro *Marxismo en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional, Departamento de Historia, 1983, pág. 179.

15 En el libro de MARIO ARRUBLA, *Estudios sobre el subdesarrollo Colombiano*, publicado en 1963, se retomó la revolución anticolonial como la coyuntura que permitió el paso del colonialismo al semicolonialismo en las formas de dependencia asumidas por la economía colombiana.

Otra investigación pionera sobre el comercio exterior la constituye la obra de Luis Ospina Vásquez, *Industria y protección en Colombia 1810-1930*, publicada por Tercer Mundo en 1955. Aunque el enfoque de la obra es la relación existente entre evolución industrial y política económica, la investigación se ocupa de las relaciones del comercio exterior. A propósito de los datos de comercio exterior afirma que "son tan poco dignos de fe que no se puede hacer mucha cuenta de ellos. En particular, no parece muy seguro tomarlos como criterio único para apreciar los resultados de las distintas tarifas aduaneras".

Al examinar las cifras sobre comercio exterior —tomadas del libro de Nieto Arteta— Ospina Vásquez reitera la desconexión (débil articulación) con el mercado mundial. En el prólogo a la segunda edición de su libro señala las coincidencias con la obra de McGreevey en relación con el empobrecimiento sufrido después de la independencia y originado especialmente por la decadencia de la industria tradicional de los textiles.

La primera apertura de la economía colombiana está enmarcada en la reforma fiscal de 1850; con la disolución del estanco del tabaco se dejan atrás los sistemas de rentas heredados de la colonia y los ingresos estatales pasan a depender de los impuestos de aduana. Ospina Vásquez sustenta documentalmente por qué no eran tiempos para imponer una política proteccionista, el ideario librecambista fue promulgado tanto por el partido conservador como por una facción de los liberales; la región de Santander se convirtió en el laboratorio de la doctrina manchesteriana.

La polémica suscitada entre las escuelas económicas y en particular entre la teoría del desarrollo y los modelos cepalinos y dependentistas, en el marco de la Revolución cubana y bajo la influencia de los acontecimientos franceses, fueron un campo abonado para la proliferación de investigaciones de índole histórica.

Un elemento común al debate entre estas corrientes de pensamiento es su continua referencia a la historia[16]. El modelo de desarrollo de W. Rostow se orienta a "considerar la historia de la economía desde el punto de vista de las teorías económicas modernas y a establecer una correlación

---

16 La controversia entre los dependentistas y los denominados desarrollistas se puede apreciar en el libro de ALFONSO AGUILAR MONTEVERDE, *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*, México, UNAM, 1967.

entre las fuerzas económicas y las fuerzas sociales y políticas observables dentro de las sociedades estudiadas globalmente"[17].

Este trabajo se convierte en fuente obligada de la Nueva Escuela de Historia Económica (NHE), con epicentro en las universidades norteamericanas y con académicos que poseen un gran entrenamiento en la economía del desarrollo. La teoría del subdesarrollo se esboza en el texto de Rostow, la cuantificación económica (nivel de ingreso per-cápita, volumen de inversión/PIB, tasa de ahorro, valor del comercio exterior) es determinante para conocer qué sociedades son subdesarrolladas y cuáles han salido de este estadio[18].

Al modelo neoclásico inherente a las teorías del desarrollo se contraponen los enfoques postkeynesianos y cepalinos. Los modelos de crecimiento económico (v.g. Harrod y Domar), la reconsideración de la teoría clásica del comercio exterior y los aportes de Raúl Prebisch dan lugar a una teoría del crecimiento[19]. La revista *Trimestre Económico* (Méjico) aglutinó a los pensadores latinoamericanos más sobresalientes; esta publica-

---

17 El período de análisis de este autor abarca desde 1780 hasta 1959. Uno de sus intereses es configurar una tipología de países, de acuerdo a la etapa de crecimiento en la que se encuentren. Para tal efecto, opta por tres estadios de desarrollo: impulso inicial, madurez y alto consumo en masa. Los países estudiados son: Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Alemania, Suecia, Japón, Rusia, Canadá, Australia, Turquía, Argentina, Méjico, China e India. La obra de ROSTOW, *Las etapas del crecimiento*, fue publicada en 1960 por la Universidad de Cambridge; en 1963, J.M. du Rouret la traduce al francés y Rubén Pimentel lo hace al español con el título *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, México, FCE, 1961.

18 Otro texto importante en la escuela del desarrollo económico es el de W. ARTHUR LEWIS, *Teoría del desarrollo económico*, México, FCE, 1958; la traducción corresponde a Rodolfo Stavenhagen y Oscar Soberon. El tema del libro es el crecimiento de la producción por habitante y no tanto la distribución de lo producido. Una de las preocupaciones centrales de Lewis es descubrir las medidas necesarias para estimular el desarrollo económico en los países subdesarrollados.

19 Es considerable la influencia del pensamiento keynesiano en América Latina. Su principal expositor es, sin lugar a dudas, el argentino RAÚL PREBISCH, quien tradujo, en 1936, la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, de Keynes. En 1963, el Fondo de Cultura Económica publica *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, con un apéndice sobre el falso dilema entre desarrollo económico y estabilidad monetaria; este texto es un informe que Prebisch preparó para la CEPAL, al cumplir ésta quince años de labores. De otra parte, en Colombia don ESTEBAN JARAMILLO, en la *Memoria de Hacienda*, de 1931, señala la gran influencia del pensador inglés en la política económica del último quinquenio de la república conservadora.

ción se convirtió en el órgano de difusión de la controversia entre estas dos corrientes.

Los cepalinos, al propender por una nueva concepción de la política económica basada en una fuerte intervención del Estado, que fortaleciera el proceso de industrialización por sustitución de importaciones, intentaban explicar a partir de la historia el porqué del atraso económico de la región[20].

La historiografía económica colombiana es permeada por estos modelos teóricos. Aparecen trabajos como los de Mario Arrubla, Salomón Kalmanovitz, Jorge Orlando Melo, influenciados por la escuela cepalina y por una de sus variantes, la Dependencia. Investigaciones como la de William Paul McGreevey se ajustarán al modelo neoclásico de la teoría del desarrollo. En las próximas páginas nos ocuparemos de estas investigaciones, la primera que estudiaremos será la elaborada por el historiador norteamericano.

En 1971, la Universidad de Cambridge edita la investigación de McGreevey, *An Economic History of Colombia 1845-1930*, la traducción al español es realizada por Haroldo Calvo Stevenson. A juicio del traductor, esta obra "a un nivel metodológico más general constituye el debut de la nueva historia económica en la historiografía del caso colombiano. Este revisionismo metodológico es un movimiento iniciado hace poco menos de quince años en los Estados Unidos, con el fin de darle un tono más científico al enfoque histórico tradicional"[21].

Uno de los propósitos de la investigación era analizar las interrelaciones entre el sector externo y la economía interna. Para cumplir con esta meta, el autor se ocupa de tres problemas: 1) supervivencia de las instituciones coloniales; 2) decadencia económica y 3) transición al crecimiento. Con relación al segundo tema, hace uso de la teoría formulada por Lewis, según la cual la explicación del subdesarrollo no estaba en las deficiencias

---

20 Siendo director ejecutivo de la Cepal Carlos Quintero, se publica el libro *América Latina. El pensamiento de la Cepal*, Santiago de Chile, Universitaria, 1969. Este texto se constituye en una buena síntesis del pensamiento de esta escuela postkeynesiana.

21 WILLIAM PAUL MCGREEVEY, *Historia económica de Colombia 1845-1930*, tercera edición, Bogotá, Tercer Mundo, 1982, pág. VI. Este libro es la tesis doctoral presentada en 1964, en Massachussets Institute of Technology, con el nombre de *Economic Development of Colombia*.

en la demanda mundial a que se enfrentaba una economía dependiente, sino en la inflexibilidad de tal economía doméstica frente al cambio[22].

En oposición a lo planteado por Nieto Arteta, McGreevey concluye que con las reformas de 1850 se produjo en Colombia una caída del producto o ingreso per-cápita; al finalizar el siglo XIX este fenómeno aún continuaba[23]. La apertura de la economía colombiana "en sí no causó el subdesarrollo; pero la imposibilidad de alcanzar un rápido crecimiento de las exportaciones sí sugiere que los ajustes internos fueron difíciles y lentos. Una consecuencia fue el crecimiento del desempleo; y por lo demás, el pausado incremento de las importaciones es evidencia de la poca capacidad de transformación que tenía la sociedad colombiana de la época" (pág. 12).

El autor, retomando la obra de Simón Kuznets, intenta conocer cuál es la línea divisoria entre situaciones de desarrollo y subdesarrollo, para ello acepta "el procedimiento común que hemos seguido nosotros consiste en fijar un producto mínimo per-cápita o por trabajador que sirva de línea divisoria"[24]. La cuantificación se torna necesidad vital para la NHE; el conocer numéricamente el estadio de desarrollo de los países es de suma importancia para los historiadores de esta escuela. A falta de información se procuran, por medio de modelos econométricos, sus propios datos[25].

---

22 Esta caracterización la toma McGreevey de la introducción que hace Lewis al trabajo de la señora GISELA EISNER, *Jamaica 1830-1930, Un estudio de crecimiento económico*, Manchester, 1961. En el prefacio de la *Teoría del desarrollo económico*, Lewis reconoce como caso particular de la teoría por él elaborada el estudio sobre Jamaica. *Op. cit.* pág. 8.

23 Las reformas de medio siglo, al igual que el movimiento regenerador, han propiciado una interpretación socioeconómica a la historiografía política del siglo XIX. Estas dos coyunturas históricas han servido para postular que los comerciantes eran librecambistas y se identificaban con el partido liberal; por el contrario, los conservadores se asociaban con el proteccionismo y la gran propiedad territorial. Una crítica a esta concepción la realiza FRANK SAFFORD en el artículo: "Acerca de las interpretaciones socioeconómicas de la política en la Colombia del siglo XIX: variaciones sobre un tema", publicado por el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núms. 13-14, 1985-1986.

24 SIMÓN KUZNETS, *Crecimiento económico moderno*, Madrid, Aguilar, 1973, pág. 479.

25 SAFFORD, en el libro *Aspectos del siglo XIX en Colombia*, tiene un excelente análisis de la obra de McGreevey, con el título "Reflexiones sobre historia económica de Colombia 1845-1930". A propósito de los nuevos historiadores, Safford expresa que "otra característica de los nuevos historiadores económicos es la de inventar o crear

Tal vez, el mayor esfuerzo de McGreevey lo encontramos en el deseo de calcular el estancamiento económico originado por las reformas del medio siglo. Con estas medidas los principales beneficiarios del librecambio fueron los comerciantes; mientras que los artesanos se vieron vulnerados con dichas reformas[26]. El cálculo de la producción artesanal es realizado de la siguiente manera: "suponiendo que a esa actividad se dedicaban 5.000 talleres, se deduce que la producción por establecimiento era de $200, equivalentes a unos US$50 al tipo de cambio vigente entonces" (pág. 169).

Otra cuantificación caprichosa, realizada por el autor, es el efecto del comercio libre sobre el consumo doméstico de bienes importados. Sin mayor rigor en el uso de fuentes primarias y haciendo un "cálculo arbitrario, puede deducirse que, en 1845, el consumo nacional de productos importables era de unos US$23 millones. Puede suponerse, además, que la demanda por estos productos se expande al igual que el ritmo de la población (1.5% anual)" (pág. 172). Con estos supuestos el autor calcula para 1845-1890 la demanda de bienes importables, importaciones realizadas y mercado residual de productos artesanales[27].

---

datos cuando los existentes no son suficientes. Así, se pueden llenar los vacíos en la historia por medio de relleno mental", pág. 213.

26 MARIO ARANGO JARAMILLO expresa de la obra de McGreevey: "Esta visión ahistórica del período que nos ocupa, conduce a este autor norteamericano a posiciones casi moralistas frente a las consecuencias sociales que produjo la acumulación primaria (proceso que él no esboza), tales como la ruina de los artesanos, la acumulación de tierras en poder de los terratenientes y las enormes ganancias obtenidas por los importadores". *El proceso del capitalismo en Colombia*, Medellín, Arango editores, 1985, pág. 195.

27 Para FRANK SAFFORD, "McGreevey construye esta columna sobre dos suposiciones arbitrarias. Hay dos problemas con estos procedimientos (fuera de la arbitraria columna del total de consumo de bienes importables). Primero, McGreevey supone que no hubo ningún cambio en la composición de los consumos; así todo lo importado representaba una deducción de los ingresos de los artesanos. La realidad es que entre 1870 y 1890 hubo una creciente importación de bienes de capital, en la medida en que Colombia empezaba la construcción de sus ferrocarriles. Luego no se puede considerar toda la monta de importaciones como algo restado del producto de los artesanos. También hay que notar que en el período 1850 a 1900 los artesanos colombianos producían para la exportación un número considerable de sombreros de palma". *Aspectos del siglo XIX...*, pág. 221.

En julio de 1975 el Instituto de Estudios Colombianos convocó un seminario sobre historia económica de Colombia, que en lo fundamental sirvió para examinar la obra de McGreevey[28]. Uno de los asistentes fue Alberto Umaña, quien presentó un trabajo sobre los problemas estadísticos en el análisis del período liberal 1845-1885. De acuerdo con este investigador, "el problema principal de utilizar las estadísticas de nuestros proveedores y compradores extranjeros radica en el hecho de existir en Panamá un grupo de comerciantes que realizaban operaciones entre clientes de los dos océanos. Las transacciones de estos señores aparecen incluidas por las estadísticas británicas, americanas y francesas como comercio colombiano, distorsionando así completamente la información concerniente al resto del país"[29]. Esta es precisamente la información sobre la cual McGreevey erigió su análisis.

Los empresarios, y en especial los antioqueños, juegan un papel determinante en las posibilidades del desarrollo económico; la carencia de destreza empresarial se puede transformar en una limitante al crecimiento económico. El historiador norteamericano adolece de una restricción que Safford ha precisado lúcidamente: "[McGreevey] tuvo su entrenamiento en el campo de la economía del desarrollo, y no en el de la historia convencional [...] y busca en el terreno colombiano un caso donde podría comprobar (o al menos probar) la validez de los varios conceptos"[30].

Uno de los resultados más positivos del Seminario realizado por el Instituto de Estudios Colombianos, es haber iniciado una crítica rigurosa a las fuentes utilizadas en la obra de historia económica y discutir igualmente los modelos que sirven de marco interpretativo. El "juicio" a McGreevey sirvió no sólo para introducir la discusión con los modelos

---

28 Las ponencias presentadas en este evento fueron publicadas por la Biblioteca del Banco Popular, con el nombre de *Historia económica de Colombia. Un debate en marcha*.

29 UMAÑA ilustra con un ejemplo numérico tal distorsión del comercio. "Para tener una idea del posible error incluido en estos datos, citaré algunos ejemplos: en 1875, Colombia exportó a los Estados Unidos 2.14 millones de dólares en seda bruta y 4.31 millones en té. Estos dos items equivalen al 50% del total de nuestras exportaciones incluyendo los metales preciosos. Algo similar ocurre en los años 1865 y 1869. Los artículos claramente descartables como colombianos alcanzan para el período 1865-1877 la suma de 17.6 millones de dólares para un total de exportaciones colombianas a los Estados Unidos de 73.87 millones de dólares o sea el 23.8%". *Historia económica de Colombia. Un debate en marcha*, pág. 149.

30 SAFFORD, *op. cit.*, pág. 205.

teóricos, sino que igualmente se aprovechó para hacer una crítica a las fuentes; en esta labor los historiadores hicieron grandes aportes.

Las investigaciones de Jorge Orlando Melo sobre el siglo XIX han girado en torno a la evolución económica en la segunda mitad del siglo. Tal vez la versión más acabada la constituye el artículo *Las vicisitudes del modelo liberal (1850-1899)*. En este artículo, el comercio exterior se exalta como el principal motor de cambio económico durante el siglo XIX. Una reinterpretación de sus trabajos, a la luz de la teoría de la modernización, se encuentra en el *Proceso de modernización en Colombia, 1850-1930*.

Al igual que Ospina Vásquez, Melo se preocupa del aislamiento geográfico y el sistema de transportes que repercuten en la reducción de los circuitos mercantiles; las tarifas de los transportes "contribuían a fragmentar los mercados de productos agrícolas, los que raras veces se negociaban por fuera de las zonas vecinas a su producción". Otro aspecto considerado por este autor es la función desempeñada por el Estado; las políticas monetarias y fiscales se rigen por el principio del *'laissez faire'* y por tanto la órbita de intervención queda reducida. Sin embargo, la explicación a procesos como la desamortización de bienes de manos muertas y los efectos sobre la concentración de la riqueza derivados del manejo del presupuesto no reciben un tratamiento adecuado; nuevas investigaciones se deberán ocupar de esta temática.

La publicación de los trabajos de Salomón Kalmanovitz, *Economía y nación. Una breve historia de Colombia* y de José Antonio Ocampo, *Colombia y la economía mundial 1830-1910*, así como la discusión académica entablada por estos dos economistas, permiten una mejor comprensión del siglo XIX. Cuando el profesor Kalmanovitz se ocupa de este período su método de exposición le otorga prioridad a la agricultura y la artesanía; su objetivo "reside en escoger ciertas variables fundamentales de la producción y la política para armar un modelo simplificado que permita establecer a grandes rasgos las leyes de funcionamiento del sistema económico, en el territorio que eventualmente servirá de base a la nación colombiana". (pág. 15)

Las relaciones sociales de producción, los sistemas de trabajo implantados, se constituirán en los elementos determinantes del análisis: los componentes endógenos del sistema alcanzan un mayor grado de preeminencia que las sobredeterminaciones agenciadas por el mercado mundial. El desarrollo agrícola del siglo XIX está limitado por el sistema de haciendas, regido por relaciones precapitalistas y, de otra parte, la ganadería

extensiva ocupando tierras de alta fertilidad. Con base en fuentes secundarias el autor concluye que tanto la productividad del trabajo como las rentas son igualmente reducidas.

El restringido acceso a la tierra "es una de las causas fundamentales del enfeudamiento del campo colombiano durante el siglo XIX, un proceso que se repite en las regiones y países del continente donde las haciendas imponen férreos regímenes de trabajo forzoso que se consolidan por medio de las deudas, el poder político local de los terratenientes y la influencia ideológica del clero". El denominador común de las diferentes clases de haciendas existentes en el país (la sabana de Bogotá, la hacienda panelera en la región de Sumapaz, las aparcerías tabacaleras de Ambalema, las formas de trabajo del Cauca, las haciendas de la Costa Atlántica) es la relación existente entre campesinos y terratenientes, basada en la servidumbre.

Con la obra de José Antonio Ocampo, la historia económica gana rigor en el manejo de las fuentes y, en general, se tiene una mejor comprensión del siglo XIX. Esta investigación ya se puede considerar como una obra clásica en materia de comercio exterior y a partir de ella se transforma la historiografía económica. Con base en la teoría postkeynesiana, y haciendo uso de un manejo exquisito de fuentes, Ocampo propone una periodización. El juicioso tratamiento de la información primaria lo conduce a cotejar los datos que sobre comercio exterior reposan en los archivos nacionales, con los existentes en aquellos países con los cuales Colombia mantuvo relaciones comerciales (Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Alemania). Al construir nuevas series de volúmenes y precios del comercio exterior, supera las dificultades señaladas por los anteriores historiadores.

Como conclusión general, el autor considera que el siglo XIX fue una larga y penosa transición al capitalismo en Colombia. Sostiene este dictamen al aseverar que en nuestro país "era difícil encontrar formas de trabajo asalariado o redes mercantiles extensas que vincularan a los productores a un mercado ampliado (nacional o mundial). Sin embargo, en Colombia, como en Europa, aunque a través de procesos históricos muy diferentes, el trabajo asalariado y las redes mercantiles extensas fueron el resultado de un largo proceso de desarrollo, a través del cual el capital fue subordinando lentamente los diversos elementos de su estructura social a su dominio, adquiriendo como resultado de su desarrollo, formas cada vez

más avanzadas"[31]. La preocupación por los circuitos mercantiles hace que aspectos como los métodos de trabajo aplicados no motiven el interés del investigador; las relaciones al interior de las haciendas no hacen parte de la exposición del texto en mención.

Para Ocampo, la burguesía colombiana, agroexportadora, estaba apuntalada en un régimen señorial incapaz de transformar la estructura socioeconómica y conscientemente perfiló como única alternativa de desarrollo económico el librecambio: "no se trataba, como algunos autores lo han pretendido, de una visión miope del desarrollo, sino de una comprensión clara de la economía de su época y de una concepción, también clara, del punto crítico a través del cual podían superarse los condicionamientos internos al desarrollo del capital"[32].

De acuerdo con el autor, dos elementos pueden explicar el relativo estancamiento de la economía nacional durante el siglo XIX: una débil articulación con el mercado mundial, que le confiere el carácter de periferia secundaria a nuestro país, y el comportamiento de nuestros exportadores, basado en la "producción-especulación".

Los conceptos de centro y periferia hacen parte del arsenal cepalino para analizar el comercio exterior entre naciones con grado de desarrolllo desigual y con poder de controlar la circulación internacional de mercancías; Ocampo introduce la distinción entre periferias primarias y secundarias; en las segundas, su evolución económica depende del desarrollo del sector externo.

Fernand Braudel, en sus libros *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* y en *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*, construye un concepto equiparable al utilizado por los cepalinos: el de economías-mundo[33]. El auténtico corazón del capitalismo comercial, como lo denomina este autor, debe ser analizado en el comercio a larga distancia. Su razón de ser estriba en la posibilidad de poner en contacto a un conjunto de compradores y vendedores de diferentes regio-

---

31 JOSÉ ANTONIO OCAMPO, *Colombia y la economía mundial 1830-1910*, Bogotá, Ed. Siglo XXI-Fedesarrollo, 1984, pág. 21.

32 *Ibid.*, pág. 43.

33 En particular se hace referencia a dos trabajos de FERNAND BRAUDEL: *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, publicado en 1949 y *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*, Madrid, Alianza, 1979.

nes, en donde los diferenciales de precios entre sucesivas compras y ventas regulan el comportamiento económico.

La polivalencia del mercader será su atributo en el mundo de los negocios, este personaje se ocupará de "comprar tierras y casas, inversiones en empresas industriales, actividades bancarias, seguros marítimos, loterías, rentas urbanas y rurales, cría de ganado, anticipos de montepíos, especulación con los cambios [...] auténticas transacciones de mercancías aparecen anotadas entre las transacciones ficticias de dinero"[34].

Se pueden encontrar rasgos comunes entre las dos conceptualizaciones; pero una diferencia entre ellas es que, tanto para Braudel como para Inmanuel Wallerstein, las economías-mundo hacen parte de la historia en la larga duración, mientras que a los postkeynesianos les sirve para estudiar los siglos XIX y parte del XX. De todas formas son conceptos que otorgan jerarquías y situaciones de dependencia en las relaciones comerciales.

El comportamiento empresarial, basado en la producción-especulación, es la racionalidad de los empresarios del siglo XIX. Su deseo es explotar los ciclos de precios externos altos sobre aquellos productos que no tuvieran una oferta estable. De este modo, se apropia de una ganancia extraordinaria asociada a la escasez, "no existía —afirma José Antonio Ocampo— ningún interés en reinvertir las utilidades en el desarrollo de la capacidad productiva, sino en hacer ganancias fáciles bajo condiciones en las cuales prácticamente cualquier tipo de producción sería rentable"[35]. Las exportaciones de tabaco, quina, añil y café estarían reguladas por esta conducta que, entre otras cosas, suponía una perfecta movilidad del capital entre cada uno de los productos.

Desde hacía algunos años Frank Safford, en su tesis *Comerce and enterprise in central Colombia, 1821-1870*, realizada en 1965 había subrayado el carácter especulador de los empresarios colombianos. Tanto la búsqueda de beneficios a corto plazo como la diversificación de las inversiones se convirtieron en la norma de conducta de estos negociantes. En el período cercano al proceso de independencia prevaleció un punto de vista conservador en el mundo de los negocios; la apertura de la economía

---

34 FERNAND BRAUDEL, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, FCE, 1981, pág. 585.

35 OCAMPO, *op. cit.*, pág. 61.

colombiana al comercio internacional trastoca ese espíritu moral por uno más ligado a nuevas aventuras mercantiles de tipo especulativo.

La periodización utilizada por Ocampo respecto a las exportaciones y a la relación de precios de intercambio desactualiza trabajos anteriores[36]. El supuesto proteccionismo de la Regeneración es revaluado al detectar disminución en la protección efectiva para el período liderado por Núñez y Caro.

Tal vez la ausencia de estudios de algunos empresarios, así como el análisis de las crisis económicas y sus repercusiones microeconómicas, se convierten en una fuerte limitante de esta investigación[37].

Kalmanovitz considera la obra de Ocampo como un clásico de la historia del siglo XIX. No obstante, declara que la visión keynesiana —que guía el modelo de la investigación— aplicada al terreno de la historia, lo lleva a afirmar "que los agregados del ingreso, el comercio y las cuentas financieras son suficientes para explicar la sociedad y que no se requiere del análisis de las células de producción del organismo social"[38].

La crítica que realiza Kalmanovitz, para esa época (noviembre de 1985), la hace desde el fundamentalismo marxista; la influencia doctrinaria de Ocampo lo conduce a considerar el comercio exterior como la variable independiente de su modelo explicativo. La "erosión parcial del paradigma dependentista lo impulsó a cubrir con cierto detalle las distintas formas de producción del país y de las economías regionales, pero su fidelidad a

36 JOSÉ ANTONIO OCAMPO en colaboración con SANTIAGO MONTENEGRO publicaron el libro *"Crisis mundial, protección e industrialización"*, editado por Cerec en 1984. El capítulo IV redactado por Ocampo y titulado "Libre cambio y proteccionismo en el siglo XIX" cuantificó el nivel de la protección. La deflación internacional operada durante la Regeneración dio al traste con la política proteccionista y develó el carácter fiscal de la misma. Por estas razones se distancia de la óptica económica presente en la investigación de DAVID BUSHNELL "Dos etapas de la política arancelaria colombiana: la era radical y el regreso a la protección (1861-1885)". Este artículo fue publicado por JESÚS ANTONIO BEJARANO, en la compilación *El siglo XIX en Colombia, visto por historiadores norteamericanos*, Bogotá, Ed. La Carreta, 1977.

37 En esta óptica, son de gran utilidad investigaciones como la de MANUEL RODRÍGUEZ BECERRA y JORGE RESTREPO RESTREPO, "Los empresarios extranjeros dc Barranquilla 1820-1900", publicada en la selección de textos históricos compilada por GUSTAVO BELL LEMUS en el libro *El Caribe colombiano*, Barranquilla, Fdiciones Uninorte, 1988.

38 SALOMÓN KALMANOVITZ, *La encrucijada de la sinrazón y otros ensayos*, Bogotá, Ed. Tercer Mundo, 1989, pág. 93.

las ideas centrales de éste no le permitieron jerarquizar adecuadamente las relaciones entre circulación y producción"[39].

Finalmente, al comparar el número de trabajos sobre la segunda mitad del siglo XIX con los producidos para la primera mitad, se nota que existe un número reducido de trabajos de historia económica para el período comprendido entre 1810 a 1850. Esta oscuridad histórica —como la denomina María Teresa Uribe de Hincapié— tal vez se ha originado en la influencia de la historiografía marxista. Sin embargo, los estudios de David Bushnell, Hermes Tovar y Roger Brew constituyen un acercamiento a ese período. Se hará referencia a estas investigaciones en los próximos capítulos.

HISTORIOGRAFÍA AGRARIA

La variedad temática que ha caracterizado los estudios sobre la agricultura en el siglo XIX permite exhibir una gama dentro de la cual se encuentran trabajos de naturaleza general, de carácter regional y los que abordan el examen del comportamiento de algunos productos, en particular los de exportación.

Indudablemente se observa, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, un gran avance en cuanto a la profundización en los temas agrarios. En sus inicios las investigaciones se orientaron a establecer el origen del capital para la producción agraria y descifrar el espíritu empresarial, fijar los elementos que permitieron el auge y la decadencia de los cultivos de exportación, y esclarecer las condiciones "institucionales" en que se desenvolvió la producción agraria colombiana.

Las movilizaciones agrarias de la década de los setenta y la participación de algunos intelectuales en este proceso, repercuten en el énfasis que dio la historiografía al problema de la tenencia de la tierra y a las relaciones de producción presentes en el sector. Los vínculos entre comercialización y producción, señalados en los primeros trabajos, son retomados en los estudios que en años más recientes abordan el análisis del comportamiento de los productos y adicionan una interpretación sobre los mecanismos de financiamiento utilizados.

---

39 *Ibid.*, pág. 94.

Algunos de los trabajos que siguen estos enfoques son: Kalmanovitz, *El régimen agrario durante el siglo XIX en Colombia* y *Economía y nación*; Zambrano, *Aspectos de la agricultura colombiana a comienzos del siglo XIX*; Ocampo, *Colombia y la economía mundial 1830-1910*; Tovar, *La lenta ruptura con el pasado colonial 1810-1850*; Brew, *El desarrollo económico de Antioquia desde la independencia hasta 1920*; Uribe y Álvarez, *Poderes y regiones: problemas de la constitución de la nación colombiana 1810-1850*; Jiménez y Sideri, *Historia del desarrollo regional en Colombia*; Safford, *Comerce and enterprise in central Colombia 1821-1870*; Escorcia, *Hacienda y estructura agraria en el Valle del Cauca 1810-1850*; Helguera, *Coconuco: datos y documentos para la historia de una gran hacienda caucana*; Meisel, *Esclavitud, mestizaje y haciendas en la provincia de Cartagena 1533-1851*; Harrison, *The colombian tobacco industry from government monopoly to free trade: 1778-1878*; Sierra, *El tabaco en la economía colombiana del siglo XIX*; De la Pedraja, *Los cosecheros de Ambalema*; Bejarano y Pulido, *El tabaco en una economía regional, Ambalema siglo XVIII y XIX*; Arango, *Café e industria*; Machado, *El café: de la aparcería al capitalismo*; Palacios, *El café en Colombia 1850-1970*; Deas, *Una hacienda cafetera cundinamarquesa: Santa Bárbara (1870-1912)*; Sandoval y Echandía, *La historia de la quina desde una perspectiva regional*; Alarcón y Arias, *La producción y comercialización del añil en Colombia 1850-1880*.

Como se ha señalado en la sección anterior de nuestra investigación, se ha presumido que con las reformas del medio siglo y el advenimiento de la economía agroexportadora, el sector agrícola enfrenta una ruptura en su evolución. Si bien es cierto que los ciclos exportadores condujeron a crecimientos fuertes de los volúmenes de producción y de la experiencia comercial, es necesario preguntarse si lograron la transformación del sector al punto que posibilitara la aparición del sistema capitalista o si, por el contrario, su dinámica conduce a la persistencia de estructuras precapitalistas.

En este sentido, la aplicación de la teoría económica puede ser de gran utilidad. Aspectos como las formas de apropiación territorial, la renta de la tierra, las relaciones de producción, el espíritu empresarial, los mecanismos de financiación y la técnica son imprescindibles en el análisis.

La concentración-democratización de la propiedad territorial es el eje de discusión en el examen de la tenencia de la tierra. Los trabajos de Kalmanovitz y de Zambrano convergen al encontrar en el siglo XIX un fuerte proceso de concentración de la propiedad territorial, desarrollado en lo fundamental por dos mecanismos: uno, la apropiación por parte de

los terratenientes de los terrenos abiertos por campesinos-colonos; otro, por la participación del Estado en la cesión de terrenos baldíos. Los estudios sobre tabaco (Sierra y Bejarano-Pulido), quina (Echandía-Sandoval) y añil (Alarcón-Arias) confirman esta tesis para cada uno de los productos; encuentran, además, que algunas de estas cesiones de baldíos en muchos casos comportan como contrapartida la participación del Estado en los beneficios de la actividad productiva.

No obstante esta apreciación global, Kalmanovitz insiste en las diferencias regionales que comprende la adquisición de tierras, en particular para el caso antioqueño, en donde se manifiesta una relativa independencia. A este respecto, María Teresa Uribe y Jesús María Álvarez aseguran que la descorporativización de la tierra (supresión de mayorazgos, resguardos y manos muertas) y su tránsito hacia la propiedad individual llevó a conflictos de titulación jurídica, pero aún así se permitió la formación de pequeños propietarios dado que, por una parte, la política de poblamiento se orientaba a expandir la frontera agrícola sobre la base de la pequeña propiedad y el trabajo independiente, fortaleciendo la tendencia que venía desde la colonia; y por otra, porque los terratenientes no estuvieron interesados en excluir a estos pobladores[40].

La regionalización expuesta en los diferentes artículos distingue entre el oriente, con alta concentración territorial, y el occidente, relativamente democratizado. Nieto Arteta en su libro *El café en la sociedad colombiana*, hace énfasis en esta tipología regional. Esta última tesis se pone en cuestión con los trabajos sobre café en los que, a propósito de la colonización antioqueña, se afirma que ésta fue parte de un proceso de expansión de la gran propiedad territorial, con los mismos patrones que en el resto del país[41]. De otro lado, Palacios asegura que buena parte de la propiedad

40 Esta hipótesis se sostiene en que la independencia de los colonos-campesinos permitía considerarlos como eventual recurso de mano de obra para la minería, obras públicas, transporte, o como proveedores de alimentos; pero sin que mediara entre grandes propietarios y campesinos ninguna relación permanente de producción ni compromisos extraeconómicos. MARÍA TERESA URIBE y JESÚS MARÍA ÁLVAREZ, *Poderes y regiones: problemas en la constitución de la nación colombiana 1810-1850*, Medellín, Ed. Universidad de Antioquia, 1987, pág. 177.

41 Con referencia a las tesis desarrolladas por la corriente iniciada por Nieto Arteta en los más recientes trabajos sobre el café se puede concluir que "si bien es cierto que el café se desarrolló en el occidente colombiano con base en la pequeña propiedad

cafetera provino de la compra y no de la cesión de baldíos, lo cual revela la presencia de un mercado de tierras.

Autores como Nieto Arteta, Liévano Aguirre y Tirado Mejía sitúan como detonante de la extensión latifundista la disolución de los resguardos, que procuró una rápida apropiación terrateniente. Al controvertir con estos autores, Mariano Arango resalta la lentitud del proceso de expansión territorial y su inicio aún antes de la promulgación de la ley: "Los terratenientes concentraron efectivamente la tierra de los resguardos de Cundinamarca y Boyacá, pero este proceso parece haber sido bastante lento desde 1835-1840, cuando se midieron y asignaron las parcelas de muchos de ellos, hasta 1858 más o menos en que la complicada legislación sobre la división de bienes comunes permitió a los grandes propietarios la compra anticipada de numerosas parcelas a precios ínfimos, intensificando considerablemente la partición de las comunidades indígenas"[42].

Una disidencia a esta última apreciación la arroja Hermes Tovar; según este autor, la intención del Estado es promover la apropiación para solucionar la demanda que representaban los sectores de trabajadores liberados en las guerras de independencia. De otro lado, Tovar asegura que "el efecto inmediato de la disolución de los resguardos no parece haber sido la generación de latifundios; en muchas regiones se desarrolló por el contrario un sistema de propiedad en el que predominaba el minifundio"[43].

La persistencia del régimen de hacienda en el siglo XIX ha dado lugar a que algunos autores consideren que la apropiación territorial obedece más a los requerimientos de sujeción de la mano de obra que a la rentabilidad del suelo[44]. En principio la rentabilidad se ha discutido en

---

[...] ello no es equivalente a que en la zona de colonización predominó la pequeña propiedad, ni a que la colonización produjo ese predominio, y menos a que en la región occidental sólo se cultivó café". JESÚS ANTONIO BEJARANO, *Ensayos de historia agraria colombiana,* Bogotá, Cerec, 1987, pág. 108.

42 MARIANO ARANGO, *Café e industria 1850-1930,* Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1979, pág. 54.

43 HERMES TOVAR, "La lenta ruptura con el pasado colonial (1810-1850)", en José Antonio Ocampo (editor), *Historia económica de Colombia,* Bogotá, Siglo XXI-Fedesarrollo, 1987, pág. 103.

44 La cabal comprensión del problema de la rentabilidad de la tierra demanda el tratamiento de los factores que, en teoría, valorizan el suelo: localización geográfica,

términos del valor del arrendamiento en las haciendas, el cual no se revela suficiente para constituir una gran fortuna. Otras aproximaciones al problema han elaborado algunos datos de cambios en el precio del predio, pero con la limitación de no conocer con exactitud las sucesivas divisiones que sufre. Brew, por su parte, para el caso antioqueño señala cómo "la localización geográfica era crucial y la utilización de la tierra estaba condicionada por la accesibilidad a los mercados y también a la administración". Más adelante afirma que "a medida que aumentaban las distancias a Medellín y a la zona minera del norte, y disminuía la densidad de la población, decrecía el valor de la tierra y de las rentas, al mismo tiempo que desaparecía la diferencia entre los precios y la renta de las tierras arables y de las de pasturaje, en forma tal que, en la frontera, precios y rentas tenían el mismo valor"[45].

La hipótesis sobre la necesidad de sometimiento de la mano de obra se refuerza en el hecho de que gran parte de las haciendas republicanas se estructuraron sobre la base de posesiones coloniales (Helguera, Escorcia y Meisel). Meisel, al estudiar la estructura agraria en la Costa Atlántica observa que el antiguo régimen de las haciendas esclavistas va dando paso a la conformación de haciendas basadas en el trabajo servil de los mestizos; las haciendas que se formaron en la provincia de Cartagena sobre la base de mestizos, arrendatarios, concertados o matriculados, eran las mismas en cuyo seno se había desarrollado la esclavitud. Afirma, además, que los mecanismos de sujeción utilizados fueron principalmente el control sobre la tierra y la violencia. La hipótesis sobre la sujeción de la mano de obra se apoya en su escasez, registrada en los cultivos de agroexportación.

Sin embargo, una visión más detenida sobre los estudios que describen el funcionamiento de la hacienda (Helguera, Deas, Escorcia y Meisel) y los que revisan la estructura productiva de algunos bienes de exportación, permite hallar muy diversos modos de agregatura a la hacienda: arrendamiento, peonaje y, en el caso de mayor libertad, la aparcería y el concertaje.

---

asignación de terreno, rendimiento de los cultivos, incrementos de productividad y posibilidades de comercialización. Temas que en la historiografía económica de Colombia están a la espera de una rigurosa consideración.

45 ROGER BREW, *El desarrollo de Antioquia desde la independencia hasta 1920*, Bogotá, Banco de la República, 1977, págs. 228-230.

La preeminencia de cualquiera de estos tipos de contratación laboral parece depender de la fortaleza del régimen hacendatario, del tipo de producto explotado y de la región en la cual se desenvuelve. Kalmanovitz encuentra que las formas de sujeción extraeconómicas y aún la violencia son los elementos determinantes, de ahí el atraso de las fuerzas productivas y el "enfeudamiento" de la economía colombiana en la segunda mitad del siglo XIX. Malcolm Deas, en su trabajo sobre la hacienda de Santa Bárbara, destaca las dificultades del hacendado por acceder a la mano de obra. Bejarano-Pulido y Alarcón-Arias, por su parte, evidencian formas combinadas tanto de explotación como de relaciones laborales, pero las más extendidas son el arrendamiento y la aparcería. En el caso de la quina, los asalariados de las compañías quineras son la base fundamental del empleo, aun cuando la organización comercial acepta la presencia de explotadores independientes.

Frente a esta diversidad de formas laborales, Ocampo desecha la hipótesis de escasez de mano de obra y se inclina por la tesis contraria, la de su relativa abundancia. Para este autor la hacienda se mostró incapaz de impedir el proceso migratorio iniciado en el siglo anterior, que se alimentó del limitado desarrollo económico, la crisis temprana de la esclavitud y la presión sobre las tierras de resguardos. Adicionalmente, la relativa movilidad de la fuerza de trabajo permite entender la rapidez con la cual se manifiestan las bonanzas exportadoras en muy diversos lugares del país. Si bien esa movilidad no consintió la creación de un proletariado, sí permitió formas de transición, como la migración independiente, el peonaje temporal o permanente, la aparcería, el arrendamiento o las agregadurías libres.

Las verdaderas posibilidades del fenómeno migratorio como movilidad de los trabajadores son puestas en duda por Bejarano y Pulido, quienes encuentran que la migración no fue precisamente de agricultores, sino de comerciantes y personas buscadoras de fortuna. En los estudios sobre los productos, se señala la existencia de disputas entre productores de quina, añil y/o tabaco por la fuerza de trabajo que, al decir de tales autores, implicaron incrementos de costos salariales.

Una posición intermedia la asume Palacios, al asegurar que existió una relativa abundancia de mano de obra a nivel macroeconómico, pero regionalmente se manifestó escasez.

En este punto es pertinente resaltar el carácter estacional del empleo. Es conocido que en tiempos de cosecha la demanda laboral aumenta y se

registra insuficiencia temporal de trabajadores, este fenómeno puede inducir cambios en las formas de contratación, costos y muy posiblemente mayor libertad de los trabajadores.

Miguel Urrutia, refiriéndose a la producción de café, afirma que ésta se benefició de una oferta elástica de mano de obra. En primer lugar, cuando se inició la producción cafetera en Santander es muy probable que en esa región se encontrara un acervo importante de mano de obra desempleada o subempleada, fundamentalmente por la competencia de manufacturas importadas. Los desarrollos cafeteros posteriores en Antioquia, Caldas y Cundinamarca aprovecharon el desempleo y la caída de salarios generada por el descenso en los cultivos de tabaco y quina.

Respecto a la situación particular de Cundinamarca, en la cual era necesario pagar salarios relativamente altos para atraer trabajadores, la elasticidad opera a partir de un salario equivalente al de subsistencia más un incentivo de cierto tamaño a la migración. No obstante la importancia de la oferta laboral, Urrutia indica que "es más interesante para la historia económica colombiana estudiar las características de la mano de obra y no la oferta cuantitativa de esta"[46].

Bergquist parece confirmar la tesis de Urrutia: "Los grandes cultivadores requerían fuerza de trabajo estacional, que en Cundinamarca conseguían a menudo por el sistema de enganches. A los trabajadores se les ofrecían estímulos monetarios, a veces acompañados de coacción, para impulsarlos a viajar desde las populosas y frías montañas hasta la tierra templada para la cosecha del café o para la apertura de nuevas tierras destinadas a su cultivo"[47].

El problema de la disponibilidad de mano de obra nos remite a la magnitud del empleo asalariado y al funcionamiento del régimen salarial, el cual por su parte nos guía hacia la racionalidad del sistema de hacienda. En los estudios elaborados hasta el momento sobre el sector agrario colombiano en el siglo XIX los datos que se registran sobre el volumen de empleo asalariado y salarios son muy incompletos como para llevar a conclusiones generales. Como lo señala Palacios en su texto sobre el café,

---

46 MIGUEL URRUTIA, "El sector externo y la distribución del ingreso en Colombia en el siglo XIX", en *Revista Banco de la República*, núm. 541.

47 CHARLES BERGQUIST, *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910*, Medellín, Faes, 1981, pág. 31.

"Todavía no contamos con elementos suficientes para saber qué determinaba el nivel del salario agrícola en la época, o sea el mínimo por el cual un jornalero vendía su fuerza de trabajo"[48]. Señala el mismo autor, que pueden estar influidos por las diferencias de habilidad, el lugar de trabajo, la intensidad, el esfuerzo y el riesgo de la labor.

Tales elementos no parecen cerrar el modelo explicativo, pues es importante determinar el grado de control que el hacendado tenía sobre los salarios, dado que podía disminuir las raciones (de alimentos), cambiar la forma de pago: a destajo o por jornal, en especie o en moneda; sin embargo tiene como limitantes el precio de los bienes alimentos, la precariedad del capital y la oferta (estacional) de mano de obra.

Esta falencia ha permitido el sostenimiento del marco general de explicación, en lo fundamental, a través del régimen de hacienda. Algunos autores, retomando el análisis que sobre el caso polaco realiza Kula[49], han establecido que la racionalidad del sistema es la minimización de costos monetarios[50]. Tal conclusión daría cuenta de la existencia de relaciones de sujeción de la mano de obra, la cual, a su vez, se encargaría de la producción para la exportación y para el sostenimiento de la hacienda, limitando de esta manera los intercambios monetarios. Pero, de otro lado, se utiliza el mismo argumento para sostener que esta racionalidad, sumada a la relativa abundancia de tierra y mano de obra, explica los bajos salarios existentes en la economía agraria.

A diferencia de Kula, los investigadores colombianos no han logrado una serie suficientemente amplia de los ingresos y gastos de la hacienda como para tener resultados concluyentes. Existen en cambio datos puntuales de los inventarios de algunas haciendas —Coconuco, Jonás, Santa

---

48 MARCO PALACIOS, *El café en Colombia 1850-1970*, Bogotá, Ed. Presencia-Fedesarrollo, 1979, pág. 149.

49 WITOLD KULA, *op. cit.*

50 Un ejemplo de esta característica puede observarse en lo que Bergquist cita a propósito de la producción de café. "El montaje de una hacienda cafetera en gran escala exigía una inversión inicial considerable que no daba utilidades hasta cuando los arbustos comenzaban a producir. La mayor parte de la inversión se iba en cubrir los altos costos laborales requeridos por el desmonte de los bosques vírgenes y el cultivo de los cafetos durante los primeros cuatro años. Para enfrentar el problema de los costos de trabajo los terratenientes que no disponían de mucho capital idearon ingeniosos arreglos laborales que les permitían establecer plantaciones de café en condiciones sumamente ventajosas para ellos". BERGQUIST, *op. cit*, pág. 32.

Bárbara, Valparaíso, El Espinal, San Antonio, entre otras— y de algunos ingresos y pagos salariales realizados por los hacendados.

El estudio de la estructura de la hacienda ha permitido crear algunos modelos de su funcionamiento recogiendo diferencias regionales. Entre las características más destacadas se tienen: el ausentismo de los propietarios, el manejo por medio de administradores, la asignación de los productos en el terreno, y los conflictos internos.

En términos generales se ha encontrado que los propietarios de haciendas residían en la ciudad y allí desarrollaban actividades relacionadas con el comercio y en algunos casos con la política. Por esta razón se hacía necesaria la presencia de una administrador, quien se encargaba de todos los asuntos atinentes al manejo de la hacienda: controlar las operaciones de producción, mediar en los conflictos y garantizar el buen comportamiento de los agregados.

A grandes rasgos, la hacienda se halla segmentada en dos: los terrenos dedicados al cultivo de los productos de exportación, y las parcelas de los arrendatarios. Una más detallada descripción de la distribución de los terrenos de la hacienda la muestra Palacios para el café. Este autor encuentra que la mayor parte del terreno se divide entre cafetales y pasto, otra parte la componen las estancias y alimentos, el resto es monte. Asegura que "no existió monocultivo en la hacienda y por el contrario se marcó una tendencia a diversificar la producción en dos direcciones: a) alimentos y carne para la población residente; b) alimentos y carne destinados a abastecer mercados locales y urbanos, obteniendo ingresos monetarios para financiar los gastos de operación del cafetal, y eludiendo los efectos automáticos del ciclo del precio del café" (pág. 134).

No obstante el conocimiento de la distribución de los terrenos de la hacienda, no es posible determinar con precisión las medidas de cada una de estas secciones, pues no se cuenta con datos sobre el tamaño de las parcelas. Este elemento es representativo, por cuanto la capacidad que tiene el campesino de derivar excedentes para el mercado local depende, parcialmente, del tamaño del predio. No se puede olvidar tampoco que parte de los conflictos sociales desarrollados en la hacienda obedecen a la disminución del tamaño de la parcela, o por lo menos, a la extensión de la misma sobre terrenos no destinados a ese fin[51].

---

51 Un profundo análisis de estos fenómenos lo efectúa KATHERINE LEGRAND, en *Colonización y protesta campesina 1850-1900*, Bogotá, Universidad Nacional. 1987.

El tratamiento de las relaciones de producción se vuelve más significativo cuando ellas implican que su prevalencia conduce a la caída de la agroexportación. Es justamente Kalmanovitz quien anota que estas formas hacen permanente el bajo desarrollo de las fuerzas productivas y limitan el aliciente de los trabajadores por mejorar la producción, de allí los problemas de calidad que determinarán la decadencia de los productos en los mercados internacionales.

Sin embargo, este no es el único factor que participa en el declive. Contraponiéndose a la visión determinante de las relaciones de producción en el descenso de la calidad, Ocampo argumenta que esa responsabilidad le cabe a los empresarios y hacendados, quienes debían plantearse el problema de la calidad si querían participar en el mercado. El ausentismo de los hacendados y el deseo de ganancia rápida por parte de los comerciantes, además de la no aplicación de controles de calidad en la producción, conducían inevitablemente a la pérdida de ventajas en el mercado internacional.

Estas conclusiones condensan dos elementos: de un lado, el problema de la aplicación de la técnica; y de otro, la separación entre producción y comercialización. Brew señala que la disponibilidad de grandes extensiones de tierras sin cultivar era factor determinante en el sistema utilizado en la producción de alimentos y el atraso técnico.

Los autores reseñados en el presente ensayo concuerdan en que no hay proclividad a la aplicación de técnicas[52]. La innovación técnica aumentaría los costos monetarios de la hacienda, razón por la cual era preferible incrementar el uso de mano de obra. De otra parte, el espíritu especulador que animaba a los empresarios no les planteaba el problema de su permanencia estable en el mercado y siempre estaban predispuestos a desviar el capital hacia otras producciones. Como lo señalan Safford y Bejarano, la aplicación de técnicas en la producción colombiana es un fenómeno más bien aislado que corresponde a los empresarios extranjeros y a una muy pequeña parte de nacionales.

La separación entre producción y comercialización del producto se ha esgrimido como otra de las causas de la pérdida de calidad. Bejarano y Pulido, refiriéndose al tabaco, aseguran que en las condiciones en que

---

52 Un tratamiento detallado de la aplicación de técnicas agrícolas se encuentra en JESÚS ANTONIO BEJARANO, *Economía y poder*, Bogotá, SAC-Cerec, 1985.

operaba la producción al terrateniente y al cosechero les interesaba la cantidad, mientras que a los comerciantes les interesaba sobre todo la calidad. La ausencia de control de la producción por parte de los comerciantes obedecía a la carencia de una organización empresarial que permitiera atender los factores técnicos y a la ausencia de una visión de largo plazo. De ahí que el deterioro de la calidad se debió a los deficientes sistemas de producción, derivados de la incapacidad de los comerciantes para controlar la producción. Este mismo comportamiento se reporta en los cultivos de quina y añil.

Otro de los factores que se han explorado es la financiación de la actividad productiva del sector agrícola. Bejarano y Pulido señalan que "los cosecheros recibían préstamos de los terratenientes a onerosos intereses, obligándoles a pagarlos en tabaco a un precio menor que el corriente en el mercado y si no entregaban el tabaco a tiempo se les exigía el pago de algunos 'perjuicios' pactados de antemano. De este modo el terrateniente se convirtió en intermediario entre los comerciantes y los cosecheros e igualmente en intermediario respecto de la producción"[53].

De acuerdo con Alarcón-Arias, una de las causas importantes del decaimiento de las exportaciones de añil es la escasez de capital. El sistema de crédito resultaba muy gravoso para los empresarios, un préstamo con hipoteca cobra un interés del 18%, mientras que el arrendamiento alcanza el 3%. Así, la posibilidad de explotación estaba sólo en los comerciantes y empresarios adinerados, toda vez que la actividad productiva requería un alto componente de capital fijo.

HISTORIOGRAFÍA MONETARIA Y BANCARIA DEL SIGLO XIX

La última década ha presenciado un renovado interés por los problemas monetarios del siglo XIX en Colombia. Los estudios recientes, haciendo uso de la teoría económica, han elaborado interpretaciones sobre el comportamiento de la moneda y su influencia tanto en el sector externo como en la economía doméstica.

Entre los trabajos cuyo tema central gira en torno a la historia monetaria del período que nos ocupa, encontramos los de Guillermo Torres, *Historia monetaria de Colombia;* Darío Bustamante, *Efectos económicos*

---

53 JOSÉ ANTONIO BEJARANO, y ORLANDO PULIDO, *El tabaco en una economía regional: Ambalema siglos XVIII y XIX*, Bogotá, Universidad Nacional, 1986, pág. 149.

del papel moneda durante la Regeneración; Mauricio Avella, *Pensamiento y política monetaria en Colombia*; Astrid Romero, *La Regeneración y el Banco Nacional*; Enrique Low Murtra, *Historia monetaria de Colombia 1886-1986*; Adolfo Meisel, *El patrón metálico 1821-1879*, y el artículo de este autor escrito en colaboración con Alejandro López, *Papel moneda, tasas de interés y revaluación durante la Regeneración*. Otros autores, si bien no se ocupan principalmente de la historia monetaria, tienen un capítulo dedicado a este aspecto: Fernando Gaviria, *Moneda, banca y teoría monetaria*; José Antonio Ocampo, *Colombia y la economía mundial 1830-1910*, y Oscar Rodríguez, *La política económica: del liberalismo económico a la unificación política formal: 1861-1904*.

Tras una sistemática revisión de las Memorias de Hacienda, Torres García presenta un exhaustivo balance de la evolución monetaria desde comienzos del siglo XIX hasta 1940. Esta investigación, publicada por primera vez en 1945, se convirtió en uno de los documentos que llenaron el vacío de conocimiento de la historia económica de nuestro país en las primeras décadas del siglo XIX y permitió que los estudiantes se aproximaran a los problemas monetarios colombianos. Con la misma intención, Gaviria Cadavid publica por primera vez su texto en 1956, el cual en el primer capítulo, "Síntesis histórica de los acontecimientos monetarios", sigue muy de cerca el trabajo de Torres García.

Una de las conclusiones que deriva Torres de su estudio apunta hacia la falta de claridad en las disposiciones legislativas y el desconocimiento de la realidad nacional por parte de los legisladores. Estos elementos actuaron como causantes directos del caos monetario del siglo XIX y acentuaron los efectos negativos de la escasez de numerario originada en el desbalance del sector externo. Por ello, se hizo indispensable que, durante el gobierno de Núñez, se recurriera al papel moneda de curso forzoso.

Torres García también llamó la atención sobre el pensamiento monetario del siglo XIX. Por medio de la presentación de algunos textos de los escritores y hombres públicos más destacados de ese siglo establece los puntos que en materia monetaria suscitaron fuertes debates. Los tópicos que relieva son la naturaleza de la moneda, el patrón monetario, el papel moneda como deuda, la libre estipulación, el curso forzoso y la emisión estatal.

Estas preocupaciones las comparten Mauricio Avella Gómez y Enrique Low Murtra, al abordar el período de la Regeneración. Señalan estos autores que el debate se hace especialmente intenso con la creación del Banco Nacional y la implantación del papel moneda. Avella Gómez afir-

ma, además, que la discusión de tales temas, en parte está determinada por el curso que sigue el papel moneda: en 1880, billete convertible a moneda metálica y emitido por el banco nacional; 1885, billete sin convertibilidad; y en 1886, moneda nacional de curso forzoso[54].

La tesis de la escasez de circulante durante el siglo XIX ha sido aceptada por la mayor parte de los estudiosos de la economía de este período, hasta la aparición del trabajo de Meisel. Este autor, siguiendo el enfoque monetario de la balanza de pagos aplicado al patrón oro —desarrollado por McCloskey y Zecher—[55] explica el problema inflacionario y desvirtúa la hipótesis de la escasez de numerario.

Al observar el comportamiento de las series de precios para Inglaterra y Colombia, Meisel distingue dos períodos: el primero de 1821 a 1849, en el cual encuentra correspondencia en el cambio de precios para los dos países, por tanto el modelo se aplica al caso colombiano; y el segundo de 1850 a 1880, en donde esta correspondencia se desarticula, lo cual no obedece a fenómenos monetarios sino fundamentalmente a cambios en la productividad[56].

El auge exportador de 1850 a 1880, debido a los altos precios de los bienes exportables, genera un saldo positivo sobre la balanza de pagos. Por

---

54 MAURICIO AVELLA GÓMEZ, *Pensamiento y política monetaria en Colombia 1886-1945*, publicado por la Contraloría General de la República en 1987, pero redactado en su primera versión en 1980. Para este autor el tratamiento del siglo XIX es apenas una antesala a las discusiones que se presentan en las primeras décadas del siglo XX.

55 De acuerdo con este enfoque, la unidad de los mercados a nivel internacional determina el precio de los bienes y del capital, por tanto los flujos de oro tienen como papel el restablecimiento del equilibrio en el mercado monetario de los países donde la demanda de dinero había generado estos flujos.

56 Los cambios de correlación entre los precios después de 1850 los explica por el desigual ritmo de crecimiento entre los bienes transables y los no transables. Señala entonces que para el caso colombiano "como los precios de los primeros están dados por la economía mundial, ello implica que el de los segundos tiene que subir. Ahora bien, está bastante claro que en Colombia la productividad del sector transables creció mucho más rápido que la del sector de bienes no transables en el período 1850-1880". Esta explicación supone la existencia generalizada de relaciones salariales. Pero desconoce las condiciones de producción de los bienes no transables en el país, estas producciones se desarrollan por fuera del sistema salarial, además, como lo afirman los estudios sobre el tabaco y la quina, estos procesos no comportan en toda su extensión relaciones salariales; estos mismos estudios insisten en la baja productividad de los cultivos y el atraso en las técnicas aplicadas.

esta razón, la construcción que hace Meisel de la base monetaria refleja saldos positivos —a excepción de 1867 a 1870 y 1875— de donde se colige que no hay exportación neta de moneda metálica, por lo tanto no es posible hablar de escasez de numerario. Esta posición se fortalece al aplicar la teoría cuantitativa del dinero: los altos precios registrados en la economía colombiana entre 1850 y 1880 se explican por la abundancia de moneda. Para Meisel, el funcionamiento de la Ley de Gresham no es sinónimo de escasez de numerario.

Con estas conclusiones Meisel y López aprecian que el curso forzoso establecido durante la Regeneración se produce por causas fiscales y no por escasez de numerario. Afirman estos autores que en los años inmediatamente anteriores a 1886 el país exportó numerario como consecuencia de la crisis del sector externo, mecanismo que es normal en el funcionamiento del patrón oro; pero la deflación que creaba la exportación de numerario ayudaba a eliminar el desequilibrio externo. El curso forzoso obedece no tanto al comportamiento del sector externo, sino a la emisión sin respaldo en la que había incurrido el gobierno para financiar la guerra de 1885.

La Regeneración es el período más prolífico en la aplicación de modelos económicos a la historia. Esto ha derivado en la formulación de preguntas sobre el comportamiento de las tasas de interés y cambio, la distribución del ingreso y la inflación.

Quizá el primer intento de hacer una interpretación del fenómeno monetario a partir del análisis económico lo encontramos en el texto de Darío Bustamante. En una versión keynesiana de la historia monetaria, Bustamante caracteriza la economía colombiana, en particular después de los años sesenta, como de alta dependencia de las fluctuaciones del mercado internacional. Las crisis económicas presentan "la siguiente secuencia: caída de las exportaciones, descenso en el ingreso y en el empleo, déficit de la balanza de pagos dada las rigidez de las importaciones, exportación de circulante para cubrir dicho déficit, contracción de la oferta monetaria interna, tendencia al alza en la tasa de interés y déficit fiscal". En este contexto se insertan la recesión de 1876 y la posterior crisis de 1883-1885.

Haciendo uso del modelo de fondos prestables de Wicksell[57], Bustamante concluye que el establecimiento del curso forzoso permitió el

---

57 En el modelo de Wicksell se establecen los factores que afectan el nivel de precios a través del tipo de interés. Los componentes de la oferta de fondos son: ahorro corriente (S), desatesoramiento (DH) y variación de la oferta de dinero (VM); por su

sostenimiento de la tasa de interés anterior al papel moneda; y que el efecto de la expansión monetaria es anulado por la inflación; y que la tasa de cambio hizo subir la rentabilidad de la inversión por encima de la tasa de interés monetaria, estimulando la inversión real. Adicionalmente, el comportamiento de la tasa de cambio posibilitó el aumento de las utilidades cafeteras y de la tasa de acumulación de ingresos en este sector, lo que condujo al aumento de la capacidad de ahorro en el país.

Urrutia, por su parte, se pregunta sobre las causas de la prosperidad que parece haber traído el papel-moneda. Distingue dos fenómenos: primero, el efecto del incremento de la oferta monetaria sobre la producción en general; y segundo, el impacto de la devaluación sobre los costos cafeteros. Afirma este autor que la decisión de introducir el papel moneda tiene como propósito no sólo aumentar los recursos fiscales sino revivir la producción a través de un aumento de la oferta monetaria, y en las circunstancias en que se hallaba la economía es muy probable que la terapéutica haya sido eficaz (pág. 1983). El posterior exceso de oferta sobre la demanda de dinero provocó la elevación de los precios, y la consecuente devaluación benefició las exportaciones cafeteras.

Una de las primeras disensiones a los argumentos de Bustamente proviene de José Antonio Ocampo, al reflexionar sobre la tasa de cambio en una economía preindustrial. Entre sus objetivos están: someter a la crítica la hipótesis de que el papel moneda tenía una intención devaluacionista; demostrar que la tasa de cambio depende primordialmente del funcionamiento del sector externo, en particular del poder de compra de las exportaciones. Las premisas de su controversia son: primera, en ausencia de flujos de capital significativos el valor de las importaciones estuvo limitado a las ventas externas del país; segunda, el sistema de pagos externos dependía directamente de la posición económica de los comerciantes, sin que mediara la banca privada o comercial en el proceso;

---

parte la demanda de fondos no es otra cosa que la inversión. [S+DH+VM=I]. Ante cambios en la cantidad de moneda, dado que las personas no tienen voluntariamente saldos inactivos superiores a las necesidades de las transacciones, para lograr el equilibrio se debe ajustar la tasa de interés. Ver ACKLEY GARDNER, *Teoría macroeconómica*, México, Ed. Uteha, 1967. A este modelo Bustamante le adiciona a la demanda los requerimientos para pago de deudas (PD) de los agricultores y exportadores fundamentalmente, y para gastos del gobierno, los terratenientes ausentistas y los rentistas. [S+DH+VM=I+PD+G].

tercera, la tasa de cambio nominal es una variable de mercado que no sólo depende de la emisión, sino también de la oferta y demanda de letras de cambio.

Ocampo elabora su esquema interpretativo a partir del funcionamiento de mecanismos de ajuste en movimientos cíclicos y el impacto de los cambios monetarios sobre estos mecanismos. Para explicar el comportamiento de la tasa de cambio real confecciona series de precios, salarios, importaciones y exportaciones. Con el análisis de los datos —que corrobora información cualitativa de la época— encuentra indicios de que "los períodos de crecimiento coyuntural de las exportaciones coincidieron con fases inflacionarias internas, y que las crisis del sector exportador estuvieron acompañadas por caídas en los precios internos"; así, la evolución de los precios internos tendía a "generar una revaluación real durante las bonanzas del sector externo y una devaluación real durante la crisis, independientemente del comportamiento de la tasa de cambio nominal". Bajo estas condiciones los mecanismos de ajuste operan de la siguiente manera: la revaluación real durante la bonanza exportadora incrementaba la demanda interna de bienes importados y redistribuía parte de la bonanza hacia otros sectores de la economía, especialmente aquellos que producían para el mercado interno; esto último podría frenar la bonanza y generar pérdidas a los exportadores. La devaluación real contribuía a contraer la demanda de importaciones y a elevar la rentabilidad de los sectores de exportación[58].

La conclusión final que se puede extraer es que la tasa de cambio real no es controlada por el Estado, sino que depende de la coyuntura externa. Con ello, el papel moneda debe considerarse como un recurso fiscal y no como instrumento de política cambiaria, aun cuando tenga efectos cambiarios. Adicionalmente, la intención del gobierno no fue utilizar el papel moneda como recurso cambiario, al contrario, manifestó su deseo de retornar a la moneda metálica.

A propósito del manejo monetario en la Regeneración, Rodríguez Salazar anota que la política monetaria no fue muy ortodoxa y más bien tuvo como una de sus finalidades suplir las exigencias fiscales y políticas,

---

58 Ocampo hace claridad en que una confirmación de estas hipótesis debe tener en cuenta el comportamiento de los precios externos. JOSÉ ANTONIO OCAMPO, *Colombia y la economía mundial 1830-1910*, Bogotá, Siglo XXI, 1984, págs. 193-194.

subvencionar el gasto y poder reprimir a los opositores. Adicionalmente, destaca que el problema no es sólo la transgresión de la ley, sino que las emisiones tuvieran como objetivo amortizar la deuda interna mediante la compra de bonos de deuda pública, cuya tenencia estaba bastante concentrada.

Conclusiones similares apuntan Meisel y López, quienes sostienen que el papel moneda fue principalmente un recurso fiscal de carácter temporal, teniendo en cuenta el curso forzoso, la tasa de interés y la tasa de cambio. Respecto a la tasa de interés se identifican con otros autores en torno a la estabilidad de la tasa de interés nominal en bajos niveles desde 1871 hasta el fin del siglo. La tasa de interés real se explica en su totalidad por el comportamiento de los precios, que hasta 1886 dependen de las fluctuaciones del sector externo y a partir de ese año de la oferta monetaria.

El estudio que sobre la tasa de cambio real elaboran estos autores permite constrastar las hipótesis de Urrutia y Bustamante. La discusión se inscribe en la elaboración de los datos estadísticos, especialmente de los costos laborales, de transporte y precios internacionales, así como en la definición de la tasa de cambio. La crítica de Meisel-López a Bustamante consiste en que, en el cálculo de la tasa de cambio, este último no tiene en cuenta los precios internacionales. Respecto a Palacios, afirman que sus cálculos no permiten separar los efectos de precio y tasa de cambio. Meisel-López proponen calcular la tasa de cambio cafetera como la relación entre la tasa de cambio nominal multiplicada por los precios internacionales, ponderado por el costo de producir café, medido en pesos [(TCN*P)/C]. La conclusión que de ese estudio se deriva es que el auge exportador del café se explica por la dinámica de los precios internacionales del producto más que por la devaluación. De esta manera, aseguran, como lo hace Ocampo, que no hay una política cambiaria en el manejo del papel moneda.

Otro de los puntos interesantes tratados en el período de la Regeneración es el Banco Nacional. Los estudios que se ocupan del Banco han tratado temas como los elementos institucionales en la creación del Banco, la emisión y los efectos sobre las variables monetarias, especialmente las que el Estado pretendía corregir.

El volumen de emisión realizado por el Banco ha sido una de las preocupaciones de los analistas desde el siglo pasado. Se ha concluido que el Estado muy pronto violó el dogma, pero la gran emisión sólo se produjo durante la guerra de los Mil Días. Al igual que otros autores, Meisel y

López aceptan la hipótesis de emisiones moderadas antes de 1894; así, en 1888 el total acumulado de emisión alcanza los $12.000.000, y en 1894 la cifra llega a $26.135.606.

Un tratamiento más detallado sobre el Banco Nacional lo presenta Astrid Romero, "La Regeneración y el Banco Nacional"[59]. La vida del Banco se periodiza en dos grandes momentos: el primero desde la creación de la entidad hasta el establecimiento del curso forzoso (1880-1885); y el segundo, desde éste último año hasta su cierre definitivo (1886-1896).

En esta investigación la construcción de las series estadísticas de emisión, de reservas en metálico, déspositos y créditos se efectúa a partir de los balances del Banco que reposan en el Archivo Nacional. Encuentra la autora que entre 1881 y 1884 hay un manejo moderado de la emisión, fecha a partir de la cual se desencadena un proceso de fuertes emisiones; en 1889 ya se ha superado el dogma de los 12 millones fijado en 1887. En consecuencia, este manejo no dio cumplimiento a los objetivos por los cuales fue creado, pues, adicionalmente, las emisiones no contribuyeron al crecimiento del crédito otorgado por el Banco.

José Ignacio Díaz, en su investigación *El Banco Nacional 1880-1904: el fracaso de la moneda legal*, al usar las fuentes tradicionales y seguir de cerca la tesis de Bustamante concluye que: "La excelencia de su plan [el de Núñez] era incuestionable, pero no fue posible lograrlo, ya que su visión era muy avanzada para ese momento histórico, lo que convirtió su causa en una utopía, además sus adversarios boicotearon constantemente sus propuestas, en consecuencia la reforma política y económica se implantó pero no se consolidó" (pág. 63).

No obstante este avance, el conocimiento del fenómeno monetario no es completo si no se articula con el resto de la economía. Una fuerte dificultad que han señalado todos los autores, es la limitada disponibilidad de estadísticas que permitan una mejor aproximación al tema. Aspectos como el régimen de acumulación, los procesos productivos, el verdadero cubrimiento del sistema monetario, sus diferenciaciones regionales y la relación con la producción de bienes exportables, están en espera de un exhaustivo tratamiento.

---

59 Esta publicación es la síntesis de una parte de la tesis "Historia monetaria en Colombia: 1880-1905", presentada en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional en el año de 1987.

Hemos dejado para una sección especial el comentario de cuatro trabajos historiográficos sobre banca privada en el siglo XIX, como partes importantes de la temática que nos ocupa. Ellos son los de María Mercedes Botero sobre la banca antioqueña, Brew con la misma temática, Meisel-Posada sobre los bancos en Barranquilla, y el de Lina María Echeverri sobre la banca libre en Colombia.

Estas investigaciones insisten en el carácter regional del sistema bancario, tanto en su localización como en el grado de desarrollo. Esta estructura regional también se asocia con la evolución del comercio, por cuanto los bancos siempre aparecen ligados al sector comercial. Álvaro López Toro, en el libro *Migración y cambio social en Antioquia durante el siglo XIX*, resaltó que la "constricción al comercio de importación frenaba la reinversión de las ganancias normales en el mismo negocio, sobreviniendo así una acumulación de capitales en manos de los importadores, quienes buscaban entonces su colocación en nuevas actividades. De éstas, la más inmediata fue la financiera, en la cual el comerciante contaba además con la experiencia derivada de la arraigada práctica antioqueña de ventas al fiado" (pág. 71).

En su estudio sobre la banca antioqueña, María Mercedes Botero destaca la fuerte relación entre la dinámica del mercado regional y la formación de la banca. El auge de la banca antioqueña está asociado al crecimiento de la economía regional, que sustentada en la producción minera articula los sectores agrícola y comercial, a ello se suma también la colonización de la zona sur de Antioquia. Por el contrario, de acuerdo con Meisel-Posada, la fragilidad de la banca barranquillera se fundamenta en que la actividad económica en esta ciudad se centraba en los negocios de importación y exportación, pero no en la actividad productiva, lo cual probablemente moldeó una mentalidad más especulativa.

Otro elemento interesante de la formación bancaria, señalado por Brew, es el influjo familiar de las organizaciones. Las instituciones bancarias tradicionales tuvieron su origen en el sistema de crédito familiar. A pesar de que los nuevos bancos no dependían exclusivamente de la confianza personal y otorgaban préstamos que cubrían un radio de actividades mucho más amplio, las consideraciones familiares eran aún factor decisivo para otorgar préstamos o para que el banco invirtiera en determinadas compañías. Apunta Brew: "La similitud principal entre el antiguo sistema de crédito familiar y el de bancos, estaba en que habían sido financiados por unas pocas familias emparentadas entre sí y no intentaron

atraer depósitos de todos los sectores, aunque los bancos tuvieron el derecho de emitir papel moneda asegurado por las propiedades hipotecadas de los accionistas"[60].

En contraposición a las tesis anteriores, el recorrido que realiza Echeverri por la banca regional le lleva a concluir que debido a que en el país —como lo argumenta Meisel— no hay escasez de numerario, la creación de los bancos privados no respondía a esta necesidad. Más bien la oferta de fondos prestables dinamizó la demanda y, por consiguiente, la inversión. Este proceso, afirma, se desarrolló en un ambiente de competencia, sin barreras a la entrada y sin regulación del Estado.

El seguimiento de seis establecimientos bancarios: Banco de Antioquia, Banco Mercantil de Medellín, Banco de Medellín, Banco Popular de Medellín, Banco del Progreso y Banco de Oriente, le permite concluir que la actividad bancaria surge estrechamente vinculada al comercio, y va centralizando y monopolizando cantidades importantes de dinero, lo que da un gran poder al grupo financiero: ante la escasez de numerario podrían controlar préstamos. La monopolización también se aprecia en el destino de los créditos, los que en su mayor proporción fueron allegados por el sector comercial de Medellín, y en la composición accionaria, que era en apariencia democrática, pero la red de participaciones en otras empresas revela la alta concentración.

A este respecto Brew afirma que con muy pocas excepciones el propósito de los bancos era movilizar el crédito hacia la élite, en especial para extender sus actividades en el cultivo del café. Halla además este autor que el Banco de Antioquia restringía el crédito prestando principalmente al Estado y a los terratenientes que eran sus accionistas. Considera más bien que, por regla general, los bancos no otorgaban créditos a los pequeños productores, y tampoco intentaron aprovechar los ahorros populares. Salvo el caso del Banco Popular, el manejo del crédito fue muy conservador.

Otra importante corroboración de hipótesis se logra con el trabajo estadístico realizado por Botero y Echeverri. La revisión de las tasas de interés de los bancos referidos arroja resultados similares a los hallados

---

60 ROGER BREW, *El desarrollo económico de Antioquia desde la independencia hasta 1920*, Bogotá, Banco de la República, 1977, págs. 113-114.

por otros autores. Así, la característica de la tasa de interés nominal es su variación entre 8 y 10% en el período de 1875 a 1886.

En la explicación de este excelente comportamiento, Botero y Echeverri comparten la misma idea sobre el espíritu empresarial. Aseguran que el grupo comercial propendía por la estabilidad como elemento importante para el desarrollo de sus actividades, lo que a la par con las ventajas de la organización técnica y financiera les garantiza el monopolio de las actividades bancarias. Echeverri resalta también el carácter conservador en el manejo de las reservas bancarias por parte de los directores.

La diversificación de operaciones que logró la banca privada en su proceso de crecimiento es un hallazgo común en las investigaciones. Este manejo bancario, al irradiar sus efectos a otros renglones de la economía, es considerado como altamente positivo.

En correspondencia con algunos pensadores colombianos del siglo XIX, Echeverri afirma que uno de los hechos más interesantes acerca del episodio de la banca libre en Colombia es que en su época nadie dudó de que este sistema era exactamente el que el país necesitaba. Su desaparición no puede más que considerarse como una gran pérdida para el desarrollo; afirma la autora que Colombia podría haber seguido un muy diferente patrón de crecimiento e industrialización si la banca libre hubiera persistido.

HISTORIOGRAFÍA FISCAL

El sistema fiscal colombiano ha sido objeto de un buen número de estudios que desde diferentes enfoques teóricos han tratado de reconstruir no sólo su funcionamiento, sino también los posibles efectos sobre algunas variables macroeconómicas. De igual forma, desde la perspectiva histórica se ha intentando examinar este tema integrándolo no sólo a la historia social, sino, de manera más global, a la cultura de un país.

Algunas investigaciones intentan un recuento de eventos fiscales señalando sus propósitos manifiestos, su concepción, peculiaridades políticas, las condiciones macroeconómicas en que se gestaron y las reacciones que suscitaron. Otra tendencia predominante en los trabajos fiscales la constituye aquella que se ocupa de los aspectos jurídicos: estos estudios se limitan a analizar el marco legal de las reformas impositivas sin preocuparse de los efectos reales de las mismas, otorgando en ellos mucha importancia al ordenamiento legal del país y al contexto fiscal.

Los temas distributivos de las políticas fiscales —tan caros a los análisis económicos del siglo XX— se han convertido en otro tópico de reflexión. Se pueden distinguir dos grandes grupos: aquellos que examinan la distribución vía impuestos, y aquellos que se preocupan por este tema desde la perspectiva del gasto.

Otra tendencia que amerita ser mencionada es la que gira en torno a la relación entre la política fiscal y los procesos de acumulación de capital. Es muy marcada la influencia del pensamiento cepalino en los análisis realizados para la segunda mitad del siglo XX.

No existe punto de comparación entre el número de estudios fiscales realizados para el siglo XX con los efectuados para el siglo XIX. Por diversas causas, entre las más importantes la limitación de las fuentes, temas tan destacados como la incidencia distributiva del sistema fiscal, o la relación entre política fiscal y procesos de acumulación, aún no han sido tratados por la historiografía económica del siglo XIX.

A diferencia de los estudios en materia monetaria, la historia fiscal desarrollada para el siglo XIX no presenta mayor grado de elaboración a nivel de la cuantificación; en casi ninguno de los trabajos aparecen inferencias estadísticas. Sus fuentes son tomadas generalmente de las Memorias de Hacienda y el Tesoro, de los libros de algunos tratadistas del siglo XIX (Camacho Rodán, Miguel Samper, Aníbal Galindo, entre otros).

Un buen número de investigaciones se han especializado en los recuentos fiscales y en la incidencia fiscal de los aranceles[61]; cuando logran mayor grado de elaboración abordan aspectos como el impacto de la política fiscal para algunos de los períodos delimitados por la historia política: Reformas de medio siglo, Olimpo Radical o Regeneración.

Hemos seleccionado como sobresalientes en historia fiscal del siglo XIX los siguientes trabajos, elaborados por historiadores, economistas y

61 Los recuentos fiscales fueron tratados igualmente por la llamada historia patria; los cambios en el sistema fiscal eran "un elemento de análisis institucional (para uso de políticos y de las Facultades de Derecho), el de los cambios institucionales que se interpretaban a la luz de peripecias políticas entre personalidades fuertes —caudillos— y el deseo formulado por civilistas de un imperio de la ley". GERMÁN COLMENARES, "Estado de desarrollo e inserción social de la historia en Colombia", en *La conformación de comunidades científicas en Colombia*, Bogotá, MEN, DNP, FONADE, 1990, pág. 1056.

hacendistas: Clímaco Calderón, *Elementos de la Hacienda Pública;* David Bushnell, *El régimen de Santander en la Gran Colombia;* Abel Cruz Santos, *Economía y Hacienda Pública;* Malcom Deas, *Los problemas fiscales en Colombia durante el siglo XIX;* Oscar Alviar y Fernando Rojas, *Elementos de finanzas públicas en Colombia;* y, finalmente, la investigación de Luis Fernando López Garavito, *La historia de la Hacienda y el Tesoro 1821-1900.*

Los hacendistas, generalmente abogados, tienen una marcada preferencia por hacer un recuento de los eventos fiscales con el ánimo de examinar cómo se ha ido construyendo una jurisprudencia tributaria[62]. Las obras de Clímaco Calderón, Abel Cruz Santos, Oscar Alviar y Fernando Rojas, tienen estas características. No es extraño encontrar en los diferentes libros secciones tales como el Marco Jurídico de las Finanzas Públicas en Colombia (Alviar y Rojas), o la Organización de la Hacienda Pública (Calderón); o se toma la periodización de la historia política: Independencia, Gran Colombia, Nueva Granada, Confederación Granadina, Estados Unidos de Colombia y República Unitaria (Abel Cruz Santos). Se puede incluir dentro de esta corriente el trabajo del economista Luis Fernando López, por cuanto tiene como objetivo "detallar la evolución histórica de la estructura orgánica y de los estatutos básicos relacionados con la Hacienda Pública" (pág. 14).

La anterior observación no quiere decir que la teoría económica no haya permeado la historia fiscal. Por el contrario, la influencia de los economistas clásicos se deja sentir en Calderón; en los postulados keynesianos de Abel Cruz Santos, que incluso llegó a publicar en el año de 1968, en la Colección Grandes Juristas Colombianos, un texto auspiciado por ediciones Lerner sobre *Finanzas públicas*[63]; o las preferencias por un modelo postkeynesiano y fuertemente intervencionista por el cual toman parti-

---

62 En este orden de ideas, la obra JOSÉ MARÍA RIVAS GROOT, *Asuntos constitucionales económicos y fiscales*, publicada en Bogotá en el año de 1909, sería el primer trabajo que hace el recuento de los eventos fiscales tanto coloniales como del siglo XIX.

63 En la Carta al lector de su obra *Finanzas públicas*, ABEL CRUZ SANTOS considera que "no es muy extensa la bibliografía en materia de finanzas públicas. A finales del siglo pasado se publicaron dos obras importantes del doctor ANÍBAL GALINDO: en 1874 *Historia económica y estadística de la Hacienda Nacional desde la Colonia hasta nuestros días;* y en 1880, *Estudios económicos y fiscales*" (pág. 1). Otros autores considerados importantes por Cruz Santos son: José María Rivas Groot, Clímaco Calderón, Ricardo Tirado Macías, Esteban Jaramillo y Aurelio Camacho Rueda.

do Alviar y Rojas[64]. El modelo neoliberal subyacente en el trabajo de Luis Fernando López, quien privilegia la intervención privada en la Hacienda sobre la participación estatal (monopolio de la sal) y examina los límites de la ineficiencia o eficiencia del sistema sólo en términos de la relación entre costo de administración y monto del recaudo.

Es así como en el libro de Clímaco Calderón se intenta seguir de cerca la teoría económica clásica desarrollada en materia de Hacienda Pública. Al reflexionar acerca de la naturaleza de los impuestos recurre a la obra de Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, en particular el libro IV, dedicado a los ingresos del soberano: "desde el siglo XVIII, el economista Adam Smith formuló en cuatro reglas generales los principios que deben seguirse en el establecimiento y recaudación de los impuestos" (pág. 25); la regla de conducta a seguir por el sistema fiscal es que los impuestos no lleguen a ser nunca un obstáculo para la producción. Otro economista clásico leído por Calderón es John Stuart Mill, su libro, *Principios de economía política*, le sirve para ilustrar la discusión sobre si los impuestos deben recaer en el capital o en la renta; Stuart Mill opina que el gravamen debe orientarse hacia el capital.

Abel Cruz Santos, con una extensa trayectoria pública (Director del Presupuesto Nacional, Secretario del Ministerio de Hacienda, Ministro de Estado), desarrollada durante un período signado por la idea de que el Estado debe regular el proceso económico, es proclive a simpatizar con los parámetros del modelo keynesiano. Además, desde la historia quiere encontrar respuestas a la difícil situación por la que atravesaban las finanzas públicas en la década de los sesenta[65].

---

64 En la Nota Preliminar del Libro de OSCAR ALVIAR RAMÍREZ y FERNANDO ROJAS HURTADO, *Elementos de finanzas públicas en Colombia*, se encuentra: "con este libro pretendemos cumplir con el oficio de suministrar los datos objetivos sobre los elementos de la ciencia de las finanzas, buscamos situarlas en perspectiva dentro del contexto ideológico y político contemporáneo. En este último sentido este libro no es aséptico; toma partido definitivamente por la corriente intervencionista que atribuye al Estado responsabilidad primordial en la orientación de la economía" (pág. IX).

65 No se puede olvidar que Abel Cruz Santos hizo parte de la Misión Musgrave, que vino al país en el año de 1968, y cuyo objetivo principal fue el de revisar la estructura tributaria con el fin de proponer una serie de recomendaciones para aumentar los ingresos tributarios y simultáneamente hacer más equitativo el sistema fiscal. Ver

Una particularidad de la reflexión de este autor es la identificación que establece entre la política económica diseñada para el siglo XIX, con el pensamiento económico de sus propulsores. Con esta perspectiva se formula una interesante pregunta que le inspiran las disquisiciones de Bloch y Toynbee, a propósito de la historia y del historiador: ¿hubo en la revolución de independencia, con anterioridad al año de 1810, un pensamiento económico? Responder a esta pregunta le exige la revisión de los escritos de algunos de los "precursores" de la independencia, tales como Antonio Nariño, Camilo Torres, Pedro Fermín de Vargas, Antonio de Narváez, José Ignacio de Pombo y Joaquín Camacho. Esta revisión le indica la presencia del pensamiento económico clásico y un acercamiento a la fisiocracia[66]. Las propuestas de reforma económica de estos economistas granadinos se enfocan a la supresión de trabas a la libre empresa y al comercio, conservando algunos niveles de protección a la actividad económica nacional, en particular a la agricultura.

La influencia del modelo neoliberal en Luis Fernando López lo conduce a visualizar como un elemento de ineficiencia administrativa la presencia de la Hacienda en la mayoría de las regiones del país. En muchos de esos lugares la relación recaudo-costo es negativa para el gobierno. Sin embargo, es preciso tener en cuenta la forma en que se lleva a cabo la tarea del recaudo, por cuanto el salario del recaudador no depende del gobierno sino de la capacidad para realizar esta tarea, la cual está supeditada al grado de desarrollo de la región. Al hablar del gravamen de timbre y papel sellado menciona que "era sin duda un mal presagio para el desarrollo del régimen tributario colombiano. Con él se recordaba al ciudadano en cada uno de sus actos, la existencia de un Estado fiscalista y facilitó el montaje de ardides y falsificaciones a granel en contra del tesoro y la disciplina de un pueblo que por generaciones y desde la época colonial se acostumbró a evadir sus obligaciones con la Hacienda"[67].

RICHARD MUSGRAVE y MALCOM GILLIS, *Propuesta para una reforma fiscal en Colombia*, Bogotá, Banco Popular, 1970.

66 A este respecto ver OSCAR RODRÍGUEZ SALAZAR "El pensamiento económico en la formación del Estado granadino", en *Revista Historia Crítica*, núms. 2 y 3, Bogotá, Universidad de los Andes, 1989 y 1990.

67 LUIS FERNANDO LÓPEZ G., *Historia de la Hacienda y el Tesoro 1820-1900*, Bogotá, Banco de la República, 1992, pág. 310.

La organización de la Hacienda Pública de fines del siglo XIX y comienzos del XX es un tema tratado tanto por Clímaco Calderón[68] —quien puede ser considerado como el iniciador de esta historia institucional— como por Fernando López Garavito. Entre los ítems estudiados por Calderón figuran: los ramos que constituyen la Hacienda nacional, los agentes fiscales, las condiciones que debe tener todo gasto público para que sea legítimo, las cuentas de presupuestos, su conformación, y los orígenes de la deuda externa. Pretende igualmente, recopilar las leyes que tiene la nación para organizar y dar vida jurídica al sistema impositivo. Por su parte, López analiza los cambios sufridos por la administración de impuestos y hace particular énfasis en las reformas de Hacienda y Tesoro durante el siglo XIX, de acuerdo con los cambios constitucionales.

Al considerar los trabajos seleccionados para este ensayo, según las coyunturas históricas, encontramos, en primer lugar, el trabajo de David Bushnell, quien estudia el período comprendido entre 1819 a 1827 y le dedica un buen número de páginas a la crisis fiscal, a la deuda externa como expediente fiscal y como controversia política. Sin lugar a dudas, este estudio es el pionero de una historia social y política del sistema impositivo, que desafortunadamente —salvo la investigación de Malcom Deas— no tiene continuidad en los trabajos posteriores del régimen impositivo. El tratamiento dado al sistema impositivo y el uso de fuentes novedosas convierte la obra de Bushnell en un clásico de la literatura producida sobre este período.

El nacimiento de la República está estrechamente ligado con el surgimiento de la deuda externa[69]; el proceso de independencia demandó cuantiosos gastos y ante el paupérrimo estado del fisco, se recurrió a la economía de crédito internacional. Lo interesante del análisis de Bushnell es poder ver las consecuencias políticas derivadas de "una situación de bancarrota latente, que contribuyó más que cualquier otro factor al colapso

---

68 ESTEBAN JARAMILLO en su libro *La reforma tributaria en Colombia, un problema fiscal y social*, publicado hacia 1918 y reeditado por el Banco de la República en el año de 1958, da reconocimientos a Clímaco Calderón por la forma como estudió el sistema impositivo colonial. Págs. 49 y ss.

69 En un reciente artículo, FABIO SÁNCHEZ TORRES calculó la rentabilidad de la deuda externa colombiana para los inversionistas ingleses. Ver "Rentabilidad de la deuda externa de la región andina durante el siglo XIX, 1840-1914", publicado en *Cuadernos de Economía*, núm. 16, Bogotá, Universidad Nacional, 1991.

del liberalismo santanderista en primer lugar, y después de la dictadura de Bolívar, y que afectó casi todos los proyectos de reforma interna" (Bushnell, pág. 101).

La mayoría de autores que se interesan por la primera mitad del siglo XIX tienen como elemento común mencionar cuál fue el origen de la deuda externa. El escrito de Aníbal Galindo, *Historia de la deuda extranjera*[70], en el cual se hace un recuento de los empréstitos colombianos de 1822 y 1824, es retomado por Luis Ospina Vásquez, y por María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez para analizar el escollo que significó la deuda pública. Para los segundos, la existencia de la deuda "fue el condicionante mayor para ejercer la propiedad económica sin restricciones, tal como lo consagraban las constituciones iniciales; se necesitaba conciliar el esquema lógico de las libertades económicas, con los requerimientos fiscales del Estado nuevo"[71].

La polémica desatada a propósito del desmonte del sistema tributario heredado de la Colonia le brinda la oportunidad a diferentes historiadores para acercarse a las implicaciones sociales del sistema; Margarita González afirma que "el ejemplo que ilustra mejor el entreveramiento de la política fiscal de estos años de vida independiente con el orden social es el de la conservación del tributo indígena como fuente de rentas públicas"[72]. El Congreso de Cúcuta pensó enmarcar el sistema tributario en el contexto de los principios liberales; cuando este evento "quiso imponer a la sociedad colombiana un sistema de contribución social ajustada al orden democrático, es decir, un sistema de imposición que no se basara en la jerarquización discriminatoria entre hombres de condición libre y no libre, se elevaron las más encarnizadas protestas por parte de los sectores sociales que tanto en Venezuela como en el Nuevo Reino y Perú conformaban los poderes económico y social"[73].

---

70 En el libro de ANÍBAL GALINDO, *Estudios económicos y fiscales*, Bogotá, Biblioteca Popular de Economía, Anif-Colcultura, 1978, aparece este artículo escrito en el año de 1871.

71 MARÍA TERESA URIBE DE HINCAPIÉ y JESÚS MARÍA ÁLVAREZ, *Poderes y regiones: problemas en la constitución de la nación colombiana. 1810-1859*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1987, pág. 116.

72 MARGARITA GONZÁLEZ, "Aspectos económicos de la administración pública en Colombia: 1820-1886", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núms. 13-14, Bogotá, Universidad Nacional, 1985-1986, pág. 63.

73 *Ibid.*, pág. 64.

Para Abel Cruz Santos, José María Castillo y Rada es el innovador del sistema fiscal de la Nueva Granada, quien por más de siete años se desempeñó como secretario de Hacienda y le correspondió la organización del sistema fiscal. Luis Fernando López le otorga la autoría de las tres primeras reformas del sistema (1824, 1826 y 1832). La propuesta Castillo y Rada sobre el impuesto único ligado con el nivel de rentas, ganancias y salarios de los contribuyentes, reemplazarían al vetusto sistema impositivo heredado de la Colonia y pondría en ejecución el ideario legado del liberalismo económico[74].

La ausencia de un catastro y la oposición política desatada contra esta propuesta condujeron a que los impuestos indirectos, y en especial el de aduana, reportaran el mayor volumen de ingresos. Malcom Deas trae la comparación sobre el tiempo que tomó la construcción del catastro francés —de 1807 a 1845— y el de Milán, que tomó más de cuarenta años. En Colombia, durante el siglo XIX, no se lograron mayores avances en el diseño de esta herramienta imprescindible para el cobro del impuesto único.

Sin lugar a dudas, las fuentes utilizadas por Bushnell le otorgan rigor al trabajo. La información recolectada le permite ilustrar la forma como opera una economía de guerra donde los gastos militares, el pago de la burocracia y la dificultad para recaudar impuestos acrecientan el déficit fiscal[75]; los empréstitos forzosos o los donativos no alcanzaban a solucionar el precario estado del erario. A diferencia de los autores que han estudiado este período, Bushnell señala cómo la deuda interna se había convertido en una fuente de enriquecimiento fácil para algunos sectores sociales[76]. Malcom Deas, por su parte, y para el período de los Estados

---

74 La influencia del pensamiento clásico en José María Castillo y Rada se puede consultar en el artículo de OSCAR RODRÍGUEZ SALAZAR, "El pensamiento económico en la formación del Estado granadino", *op. cit*.

75 Para FRANK SAFFORD era "difícil imaginar de qué forma hubiera podido mantener Colombia un establecimiento científico durante este período. El agotamiento financiero causado por las guerras de independencia, el desorden político y las dificultades fiscales impidieron que el gobierno colombiano pudiera hacer frente incluso a sus obligaciones básicas". Ver *El ideal de lo práctico...*, Bogotá, Áncora, 1989, pág. 154.

76 "Por esto uno de los terrenos más fértiles para el fraude, en toda Colombia, fue la manufactura de peticiones falsas contra el tesoro. La Comisión de Liquidación

Unidos de Colombia, analiza el papel jugado por los agiotistas como proveedores de crédito al Estado y los recursos de papel moneda como forma de financiar los impuestos. Otras formas no ortodoxas, como la confiscación, se insinúan en el artículo sin lograr ser desarrolladas.

Los efectos fiscales de las reformas de medio siglo han sido igualmente objeto de diferentes interpretaciones. A diferencia de las apreciaciones positivas que de estos cambios tiene Nieto Arteta, el dictamen de Cruz Santos —apoyado en planteamientos de carácter keynesiano—, es que la aplicación de políticas económicas de tipo liberal resultaban inadecuadas frente a las circunstancias de concentración de la propiedad territorial rural, bajos salarios y poca articulación entre los centros de producción extractiva y la zonas urbanas.

A las reformas del medio siglo hay que agregar la permanencia de los impuestos indirectos como pilar del sistema tributario. Cruz Santos insiste en que este sistema ignora los principios de equidad y universalidad y, adicionalmente, puede llegar a provocar una recesión, pues cada vez los sectores de bajos ingresos deben realizar un mayor esfuerzo fiscal. Por el contrario, el impuesto directo puede poner en práctica estos principios y, tan pronto se estabiliza, favorece el crecimiento económico.

El análisis realizado por Alviar y Rojas los conduce a sostener que la reacción anticolonial de los primeros años de la República frustra las aspiraciones de modernidad. Las reformas de medio siglo son evaluadas de la misma manera como lo hace Abel Cruz Santos; impulsadas por el *'laissez faire'* y juzgadas en una "perspectiva histórica, ese liberalismo radical fue no sólo tardío con repecto a las inquietudes que se ventilaban en Europa, sino ampliamente perjudicial para la actividad productiva doméstica y para las esperanzas de justicia que complicaban ocasionalmente el panorama social del país" (pág. 45). De manera adicional, el *'laissez faire'* y el librecambismo fueron los directos responsables de la crisis fiscal originada durante este período.

---

central se quejaba del inmenso afán de riqueza que impulsaba a los ciudadanos a probar cuántas cabezas de ganado poseían antes de la guerra, luego conseguir testigos que juraran que todo había sido consumido por las tropas colombianas, y a hacer probar la deuda por empleados negligentes o corruptos". Por su parte, los comerciantes especularon con los vales emitidos por el gobierno y que podían ser utilizados para el pago de derechos de aduana. DAVID BUSHNELL, *El régimen de Santander en la Gran Colombia*, Bogotá, El Áncora Editores, 1985, págs. 129 y 135.

Para Luis Fernando López, la modernización de la Hacienda se remonta a las reformas de 1850. Las influencias del liberalismo económico se plasman en la Quinta Reforma realizada durante la administración del general Mosquera, ideada y ejecutada por don Florentino González. Lo más importante de destacar, además de la abolición de algunos impuestos (estanco del tabaco), es la programación presupuestal y el surgimiento de la Dirección General de Impuestos (DIN). Entre los antecesores de la DIN se encuentran "la Dirección de Tabacos, de Salinas, de Aguardientes; Direcciones de Rentas Estancadas y de Diezmos y Rentas Menores. Hasta el código de 1847, surge entonces por primera vez una única dirección con el nombre de Dirección General de Impuestos que se encarga de administrar todos los impuestos directos e indirectos diferentes a los de ventas de productos (tabaco, papel sellado, correos, etc.)"[77].

Otra interpretación del período del Olimpo Radical la brinda Malcom Deas. Un elemento a resaltar en esta investigación es considerar el impuesto como parte de la cultura de un país; esta idea se apoya en la obra de Schumpeter, quien asegura que el estudio de las finanzas públicas hace parte de la investigación social. Por ejemplo, el significado de la sal como arbitrio rentístico era de importancia social por cuanto los pobres consumían más sal que los ricos (pág. 148).

De acuerdo con Deas, "es un axioma que la facilidad de la recaudación es directamente proporcional a la prevalencia de una economía de intercambio. El comercio exterior es generalmente más fácil de gravar que el comercio interno. A la luz de estas simples observaciones las perspectivas de Colombia fueron tan pobres como mediocre fue el récord de sus exportaciones" (pág. 145). Los ingresos de aduana se convirtieron en la principal fuente de recursos para los gobiernos del siglo XIX. Frente a las limitaciones en las redes mercantiles locales, originadas en la estrechez del mercado interno, los impuestos se orientaron más al comercio exterior que al comercio interno: "existía un buen número de peajes internos y de derechos para propósitos específicos o generales establecidos por compañías privadas o gobiernos locales, pero su producto era escaso" (pág. 147).

La cuantificación presentada en el artículo de Deas establece las rentas y gastos —entre 1873 y 1874— para los nueve Estados del período radical; la fuente utilizada corresponde al Anuario Estadístico de Colom-

---

77 LÓPEZ, *op. cit.*, pág. 91.

bia, publicado en Bogotá en 1875. El impuesto directo, legado de la teoría de la fisiocracia, tan sólo se cobró en los Estados de Cundinamarca, Boyacá y Santander. Las conclusiones a las que llega el autor —como otros que han tratado el mismo tema— es que ante la inexistencia de un catastro, esta forma de tributación está llamada a desaparecer o en el peor de los casos a ser utilizada como represión política[78].

Los montos del comercio exterior son tomados de las Memorias de Hacienda y la investigación en esta materia continúa presa de las restricciones estadísticas anotadas en la parte II de este trabajo ("Historiografía de los modelos de agroexportación"). El carácter regresivo del arancel se hace aún mayor al tomar el peso bruto como método de liquidación del impuesto. De todas formas y durante el período analizado las tarifas no fueron tomadas como un instrumento de política económica, sino que su interés se centró en el contenido fiscal de las mismas.

Finalmente, el período de la Regeneración ha sido apreciado de diferentes maneras. En la sección correspondiente a la historiografía monetaria se indicaron las diferentes posturas frente al manejo del papel moneda de curso forzoso y sus repercusiones fiscales. Malcom Deas considera que el recurso del papel moneda de curso forzoso colinda con los problemas monetarios de la Regeneración, específicamente, con el desempeño del Banco Nacional. La hipótesis seguida por Deas es la clásica: ante la carencia de numerario se acudió al papel moneda y este se destinó a financiar el gasto público.

Algunos autores han caracterizado la Regeneración como el primer esbozo de una política económica basada en los principios del intervencionismo. Indalecio Liévano Aguirre, en su biografía de Rafael Núñez; Luis Ospina Vásquez y Darío Bustamante llegan a considerar a Núñez como un antecesor de Keynes[79]. Para Alviar y Rojas, la protección hace parte de "las medidas destinadas principalmente a solucionar el déficit

---

78 Este tema es desarrollado en el libro de DAVID CHURCH JOHNSON, *Santander siglo XIX cambios socioecónomicos*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, y en el artículo de OSCAR RODRÍGUEZ SALAZAR "La política económica: del liberalismo económico a la unificación política formal: 1861-1904", del libro *Estado y economía..., op. cit.*

79 LUIS OSPINA VÁSQUEZ al estudiar el período de la Regeneración (1880-1902) y seguir de cerca los discursos de Núñez llega a la siguiente: "en suma, puede decirse que el proteccionismo se impuso y subsistió sin ataque mayor y sin defensa. Prácticamente su único defensor serio fue Núñez". Pág. 361.

presupuestal y cambiario antes que a producir una alteración de las reglas del libre juego del mercado o de los ciclos usuales de la economía" (pág. 66).

El exclusivismo político de la Regeneración, que condujo a otorgarle a la política económica del período un sabor fiscalista, ha sido analizado por Oscar Rodríguez. Los dineros del erario fueron utilizados para premiar a los simpatizantes del movimiento regenerador cuyas propiedades habían sido afectadas en las guerras civiles. La Comisión de Suministros, Empréstitos y Expropiaciones, creada por la Ley 44 de 1886, se encargó del trámite de estas solicitudes.

Un nuevo problema que en materia tributaria se aprecia durante la Regeneración es la descentralización administrativa de rentas. Abel Cruz Santos señala la falta de claridad administrativa como la responsable de desestimular la inversión departamental, la cual se había fortalecido en el período federal. En éste los antiguos Estados federales crecen mientras el gobierno de la Unión empobrece; en la Regeneración se afianza el gobierno central y declinan los departamentos, y en mayor proporción los municipios[80].

CONCLUSIONES

El recorrido por la literatura que sobre el siglo XIX ha producido la historia económica nos permite observar cómo se han hecho presentes las distintas maneras de abordar la relación historia y economía, desde la adyacencia hasta la transposición conceptual. Una manera de ilustrar, en síntesis, el camino seguido es reseñar los trabajos de acuerdo a su período de publicación.

Un primer período lo podemos situar entre el inicio del presente siglo y los años cuarenta. Los trabajos en historia económica que se publican en este período tienen entre sus preocupaciones la de aportar

80 ALFONSO LÓPEZ MICHELSEN en su artículo "El presidencialismo excesivo", opina que "el centralismo en la Constitución del 86, en oposición de las instituciones federales de 1863, es la más grande expropiación sin indemnización que se ha hecho en Colombia. Por medio de la Constitución del 86 se privó a los antiguos estados sin ninguna compensación de sus baldíos, de sus minas, y de sus petróleos". Ver OSCAR RODRÍGUEZ SALAZAR (compilador), *Estado y economía en la Constitución de 1886*, Bogotá, Contraloría General de la República, 1986, pág. 69.

material de estudio, dado el desconocimiento de la historia de nuestro país y el yerro que su falencia puede implicar en la política económica. La inclinación en estos trabajos es la marcada preferencia por hacer un recuento de eventos con el ánimo de examinar cómo se ha ido construyendo una jurisprudencia fiscal y monetaria. No obstante, la influencia del pensamiento económico se deja sentir en estos autores. En este período no se trata de la construcción de un modelo de historiografía-económica, sino del uso de la teoría económica para comprender la significación de los eventos.

Un segundo período lo podemos situar entre los años cuarenta y los sesenta. La producción historiográfica, a diferencia del período anterior, empieza a ser bastante alta. Quizá el tema que más preocupaba a los investigadores que publicaron en esta época es la evolución del comercio exterior en sus distintas formas de abordarlo: productos, política económica, transporte, entre otras. Una obra que se considera pionera es la de Nieto Arteta, *Economía y cultura en la historia de Colombia* (1942), pues con este trabajo se transforman cualitativamente los estudios al introducir un marco explicativo a los procesos históricos, en este caso bajo la influencia del materialismo histórico.

La polémica suscitada entre las escuelas económicas, en particular entre la teoría del desarrollo y los modelos cepalinos y dependentistas, fue campo abonado para la proliferación de investigaciones de índole histórica. Al modelo neoclásico inherente a las teorías del crecimiento (Rostow, Lewis) se contraponen los enfoques postkeynesiano (los modelos de crecimiento económico como los de Harrod y Domar) y cepalino al reconsiderar la teoría clásica del comercio exterior y tomar los aportes de Raúl Prebisch.

Como lo señala Kalmanovitz, en *Notas para una historia de las teorías económicas en Colombia*, "se pueden mencionar tres grandes proyectos organizados desde fuera del país que tendrán después una importancia clave en las vías de institucionalización de la economía" y creemos nosotros que también en la interpretación de la historia económica. Ellos son: la Misión del BIRF encabezada por Lauchlin Currie, la Misión de Economía y Humanismo del Padre Lebret y la Misión de la Cepal.

Permeados por los modelos teóricos antes mencionados encontramos los trabajos de Jorge Orlando Melo y Mario Arrubla en la revista *Estrategia* (1963), influenciados por la escuela cepalina y una de sus variantes, la dependencia; investigaciones como la de Paul McGreevey se ajustarán al modelo neoclásico de la teoría del desarrollo.

Vale la pena destacar en este período la producción historiográfica que sobre el siglo XIX aportaron investigadores extranjeros como John P. Harrison, *The evolution of the colombian tobacco trade, to 1875*; David Bushnell, *El régimen de Santander en la Gran Colombia*; John Parker, *Navegación por el Magdalena*; Fred Rippy, Robert Beyer, Frank Safford y Roger Brew, entre otros.

Buena parte de estos autores se ocupan del proceso agroexportador del siglo XIX, estudiando la dinámica de la producción, los tipos de productos, el transporte y los fenómenos institucionales que los signaban; arriesgando interpretaciones sobre las causa de su decadencia, la racionalidad de comportamiento de los comerciantes y productores del siglo XIX y el impacto de la política económica.

Separándose de la temática del desarrollo encontramos los trabajos sobre aspectos fiscales. Dos casos significativos son los de Abel Cruz Santos, cuyo análisis descansa en el keynesianismo; y David Bushnell, quien se destaca por la novedad de sus fuentes y la rigurosidad en el tratamiento de las mismas.

El último período se sitúa en las décadas de los setenta y ochenta. En los setenta se ha fortalecido el proceso de institucionalización de la economía en el país, las facultades creadas en los cuarenta con una fuerte orientación en aspectos jurídicos, administrativos y contables logran al final de la década de los sesenta y particularmente en los setenta definir su horizonte; recibe los aportes de ingenieros (Andes) que han cursado magíster de economía en universidades extranjeras. Instituciones como el CID, Fedesarrollo, CEDE, DNP y Banco de la República serán espacios para el surgimiento de procesos investigativos con orientaciones teóricas diferentes.

De otra parte, "en términos de corrientes, la literatura crítica del dependentismo y el marxismo tienen un rápido desarrollo al principio de la década, elaborando investigaciones sobre la cuestión agraria, que se derivan del interés político despertado dentro de la intelectualidad por las grandes movilizaciones campesinas [...], se debate también sobre la coherencia del dependentismo y emerge una corriente que lo critica e intenta consolidar el fundamentalismo marxista"[81]. En los años ochenta surgen

81 KALMANOVITZ, *op. cit.*, pág. 30.

otras subramas como neokeynesianismo, neoricardianismo y monetarismo; por su parte el dependentismo fenece.

Este particular ambiente académico y político alimentó las investigaciones sobre el régimen agrario en el siglo XIX. Preguntas sobre la tenencia de la tierra, las formas productivas, relaciones de producción, circulación del capital, son claves en este período. Un aporte significativo a las preguntas citadas se encuentra en los trabajos sobre el café: Arango, Palacios, Machado; los estudios sobre el régimen de hacienda: Deas, Kalmanovitz, Helguera, Meisel y Escorcia. Sobresalen también, especialmente en los ochenta, los análisis regionales y de productos del ciclo agroexportador.

Los estudios monetarios sobre el siglo XIX toman gran vuelo en la década de los ochenta, en los cuales gran parte de la discusión se focalizará sobre el impacto de la política económica de la Regeneración. El iniciador de este debate es Darío Bustamante, *El papel moneda durante la Regeneración*, quien aplica la teoría keynesiana y el modelo de Wicksell a su investigación. Las conclusiones de Bustamente son debatidas por Palacios, Ocampo y Meisel-López. La discusión tomará un alto refinamiento en las herramientas estadísticas y análiticas de la economía; la medición de la tasa de cambio y la especificación de los elementos que la determinan serán los puntos de controversia.

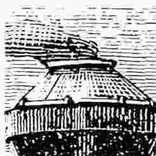
La historia bancaria aparece como un complemento lógico y significativo a los estudios monetarios. Entre ellos encontramos los trabajos de María Mercedes Botero, Lina María Echeverry, Meisel-Posada y Astrid Romero, quien elabora un profundo estudio del Banco Nacional.

A diferencia de los estudios monetarios, los fiscales no han reportado un alto nivel de elaboración cuantitativa. Algunos de los trabajos fiscales se ocupan de la estructura institucional, la legislación y, en menor medida de la relación entre las finanzas públicas y la sociedad, como es el caso iniciado por Bushnell y seguido por Deas. Pese a su temática, en estos trabajos subyace una concepción teórica; así por ejemplo, el trabajo de Alviar y Rojas, *Elementos de finanzas públicas en Colombia*, no oculta su preferencia por un modelo neokeynesiano fuertemente intervencionista; el enfoque neoliberal que se descubre en el escrito de Luis Fernando López, *Historia de la Hacienda y el Tesoro*, privilegia la intervención privada sobre la pública en el manejo de la Hacienda y examina los límites de eficiencia del sistema en términos de la relación entre costo de la administración y monto del recaudo.

El balance de la historiografía económica del siglo XIX deja apreciar que, si bien desde la segunda mitad del presente siglo se ha impulsado el trabajo en historia económica, aún quedan campos para ser explorados. Algunos de tales campos son: comerciantes y empresarios, producción para consumo interno, redes comerciales internas, estructura y dinámica de la producción artesanal, producción agrícola diferente de los productos de agroexportación, formación institucional.

Los trabajos que en este ensayo se han señalado, además de su gran aporte historiográfico, indican nuevas rutas en la labor investigativa y dejan ver nuevos temas de investigación. Temas como el estudio del impacto de las políticas económicas implementadas por el gobierno, la relación entre los diferentes frentes de política económica, el sentido de la distribución presupuestal, y en general las condiciones socio-económicas de nuestro país, se convierten en un vasto terreno a explotar. Es preciso resaltar que esta es una invitación no sólo para los historiadores económicos, sino también para el conjunto de investigadores en ciencias sociales.

Los avances en la aplicación de modelos económicos al análisis histórico sin duda generan nuevos tratamientos a los eventos ya estudiados, con lo cual el campo de investigación se amplía. Este tipo de estudios se torna más significativo, en tanto nos permiten conocer cómo se ha configurado nuestro pensamiento empresarial y nuestra dinámica de relación entre el Estado y los particulares, así como las formas de producción y de relaciones productivas que han determinado nuestro sistema económico. Con este conocimiento se minimizaría el riesgo de fracaso de las decisiones que en este campo se asuman actualmente.



BIBLIOGRAFÍA

ACKLEY, Gardner

Teoría macroeconómica, México, Uteha, 1967.

AGUILAR M., Alonso

Teoría y política del desarrollo latinoamericano, México, UNAM, 1967.

ALARCÓN, Francisco y Gustavo ARIAS

"La producción y comercialización del añil en Colombia 1850-1880", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 15, Bogotá, Universidad Nacional, 1987.

ALVIAR, Oscar y Fernando ROJAS

Elementos de finanzas públicas en Colombia, Bogotá, Temis, 1984.

ARANGO, Mariano

Café e industria 1850-1930, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1979.

ARANGO J., Mario

El proceso del capitalismo en Colombia, Medellín, el autor, 1985.

ARRUBLA, Mario

Estudios sobre el subdesarrollo colombiano, Bogotá, Oveja Negra, 1970.

AVELLA G., Mauricio

Pensamiento y política monetaria en Colombia 1886-1945, Bogotá, Contraloría General de la República, 1987.

AYMARD, Maurice *et. al.*

Lire Braudel, París, La Découverte, 1988.

BEJARANO, Jesús Antonio

"Campesinado, luchas agrarias e historia social: notas para un balance historiográfico", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 11, Bogotá, Universidad Nacional, 1983.

Economía y poder, Bogotá, Cerec-SAC, 1985.

La historiografía económica sobre los siglos XIX y XX en Colombia: Resultados y vacíos predominantes, Bogotá, Fines, 1987.

"Los estudios sobre café", en *Ensayos de historia agraria colombiana*, Bogotá, Ed. Cerec, 1987.

BEJARANO, Jesús A. y Orlando PULIDO

El tabaco en una economía regional. Ambalema siglos XVIII y XIX, Bogotá, Universidad Nacional, 1986.

BERGQUIST, Charles

Café y conflicto en Colombia 1886-1910, Medellín, FAES, 1981.

BOTERO, María M.

"Instituciones bancarias en Antioquia 1872-1886", en *Lecturas de Economía*, núm. 17, Medellín, Universidad de Antioquia, Medellín 1985.

"Los bancos locales en el siglo XIX: el caso del Banco de Oriente en Antioquia", en *Boletín Bibliográfico y Cultural*, vol. 25, núm. 17, Bogotá, Banco de la República, 1988.

BOYER, Robert

"Économie et histoire: vers de nouvelles alliances?", en *Annales ESC*, núm. 6, novembre-décembre, 1989.

BRAUDEL, Fernand

Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII, Madrid, Alianza Editorial, 1979.

El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II, México, FCE, 1981.

La dinámica del capitalismo, Madrid, Alianza Editorial, 1985.

Una lección de historia de Fernad Braudel, México, FCE, 1989.

BREW, Roger

El desarrollo económico de Antioquia desde la independencia hasta 1920, Bogotá, Banco de la República, 1977.

BUSHNELL, David

El régimen de Santander en la Gran Colombia, Bogotá, El Áncora Editores, 1985.

BUSTAMANTE, Darío

Efectos económicos del papel moneda durante la Regeneración, Bogotá, La Carreta, 1980.

CALDERÓN, Clímaco

Elementos de la Hacienda Pública, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1911.

CATAÑO, Gonzalo

"Luis Eduardo Nieto Arteta: marxismo y participación política", en *El marxismo en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional, 1983.

CEPAL

América Latina. El pensamiento de la Cepal, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1969.

CIPOLLA, Carlo

Entre la historia y la economía, Barcelona, Crítica, 1991.

CIPOLLA, Carlo *et. al.*

Historia económica. Nuevos enfoques y nuevos problemas, Barcelona, Crítica, 1981.

COLMENARES, Germán

"Estado de desarrollo e inserción social de la historia en Colombia", en *La conformación de comunidades científicas en Colombia*, Bogotá, MEN, DNP, FONADE, 1990.

"Perspectiva y prospectiva de la historia en Colombia, 1991", en *Ciencias sociales en Colombia 1991*, Bogotá, Colciencias, 1992.

CRUZ S., Abel

Finanzas públicas, Bogotá, Lerner, 1968.

"Economía y Hacienda pública", en *Historia extensa de Colombia*, t. XV, Bogotá, Lerner, 1966.

DEAS, Malcom

"Una hacienda cafetera de Cundinamarca: Santa Bárbara (1870-1912)", en *Anuario Colombiano de Historia y Social y de la Cultura*, núm. 8, Bogotá, 1976.

"Los problemas fiscales en Colombia durante el siglo XIX", en *Ensayos sobre historia económica colombiana*, Bogotá, Fedesarrollo, 1979.

DE LA PEDRAJA, René

"Los cosecheros de Ambalema: un esbozo preliminar", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 9, Bogotá, Universidad Nacional, 1979.

DIEZ, José Ignacio

"El Banco Nacional, 1880-1904: el fracaso de la moneda legal", en *Lecturas de Economía*, núm. 28, Medellín, Universidad de Antioquia, 1989.

ESCORCIA, José

"Haciendas y estructura agraria en el Valle del Cauca 1810-1850", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 10, Bogotá, Universidad Nacional, 1982.

EWALD, François

"El imperio de una historia", en *Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, México, abril-junio, 1983.

FONDO CULTURAL CAFETERO

Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX, Bogotá, FCC, 1983.

FURTADO, Celso

La economía latinoamericana (formación histórica y problemas contemporáneos), México, Siglo XXI, 1977.

GALINDO, Aníbal

Estudios económicos y fiscales, Bogotá, Anif-Colcultura, 1978.

GAVIRIA C., Fernando

Moneda, banca y teoría monetaria, Bogotá, Banco de la República, 1977.

GONZÁLEZ, Margarita

"Aspectos económicos de la administración pública en Colombia: 1820-1886", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núms. 13-14, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1985-1986.

HARRISON, John P.

The tobacco industry from government monopoly to free trade: 1778-1878, Universidad de California, 1951.

"La evolución de la comercialización del tabaco colombiano hasta 1875", en Bejarano, Jesús A. (compilador), *El Siglo XIX en Colombia visto por historiadores norteamericanos*, Bogotá, La Carreta, 1977.

HELGUERA, J. León

"Coconuco: Datos y documentos para la historia de una gran hacienda caucana", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 5, Bogotá, Universidad Nacional, 1970.

HICKS, John

Una teoría de la historia económica, Barcelona, Orbis, 1986.

INSTITUTO DE ESTUDIOS COLOMBIANOS

Historia económica de Colombia. Un debate en marcha, Bogotá, Banco de la República, 1975.

JARAMILLO, Esteban

La reforma tributaria en Colombia. Un problema fiscal y social, Bogotá, Banco de la República, 1956.

JIMÉNEZ, Margarita y Sandro SIDERI

Historia del desarrollo regional en Colombia, Bogotá, Cerec-Cider, 1985.

KALMANOVITZ, Salomón

"Sobre algunas teorías del imperialismo en Colombia" en *Ideología y Sociedad*, núm. 8, Bogotá, 1973.

"El régimen agrario durante el siglo XIX", en *Manual de historia de Colombia*, Bogotá, Colcultura, 1979.

Ensayos sobre el desarrollo del capitalismo dependiente, Bogotá, Oveja Negra, 1984.

Economía y nación, Bogotá, Siglo XXI, 1985.

"Notas para una historia de las teorías económicas en Colombia", en *Ciencia Tecnología y Desarrollo*, vol. 10 núms. 3-4, Bogotá, julio-diciembre, 1986.

La encrucijada de la sinrazón y otros ensayos, Bogotá, Tercer Mundo, 1989.

KULA, Witold

Teoría económica del sistema feudal, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974.

Problemas y métodos de la historia económica, Barcelona, Península, 1977.

KUZNETS, Simón

Crecimiento económico moderno, Madrid, Aguilar, 1973.

LEWIS, Arthur

Teoría del desarrollo económico, México, FCE, 1958.

LIÉVANO A., Indalecio

Rafael Núñez, Bogotá, Grancolombiana, s. f.

LÓPEZ G., Luis Fernando

Historia de la Hacienda y del Tesoro (1820-1900), Bogotá, Banco de la República, 1992.

LÓPEZ M., Alfonso

"El presidencialismo excesivo. El pecado original de la Constitución del 86", en Rodríguez, Oscar (compilador), *Estado y economía en la Constitución de 1886*, Bogotá, Contranal, 1986.

LÓPEZ T., Alvaro

Migración y cambio social en Antioquia durante el siglo XIX, Bogotá, CEDE-Universidad de los Andes, 1970.

LOW M., Enrique

"Historia monetaria de Colombia: 1886-1986", en Oscar Rodríguez (compilador), *Estado y economía en la Constitución de 1886*, Bogotá, Contraloría General de la República, 1986.

MCGREEVEY, William P.

Historia económica de Colombia 1845-1930, Bogotá, Tercer Mundo, 1982.

MEISEL, Adolfo

"Esclavitud, mestizaje y haciendas en la provincia de Cartagena 1533-1851", y Gustavo Bell Lemus (compilador), *El Caribe colombiano*, Barranquilla, Universidad del Norte, 1988.

"El patrón metálico, 1821-1879", en *El Banco de la República. Antecedentes, evolución y estructura*, Bogotá, Banco de la República, 1990.

MEISEL, Adolfo y Alejandro LÓPEZ

"Papel moneda, tasas de interés y revaluación durante la Regeneración", en *El Banco de la República. Antecedentes, evolución y estructura,* Bogotá, Banco de la República, 1990.

MEISEL, Adolfo y Eduardo POSADA C.

"Bancos y banqueros de Barranquilla, 1873-1925", en *Boletín Bibliográfico y Cultural,* vol. 25, núm. 17, Bogotá, Banco de la República, 1988.

MELO, Jorge O.

"La evolución económica de Colombia 1830-1900", en *Manual de historia de Colombia,* t. II, Bogotá, Colcultura, 1979.

"El proceso de modernización en Colombia 1850-1930", en Revista *Universidad Nacional de Colombia,* núm. 20, Medellín, 1985.

"Las vicisitudes del modelo liberal (1850-1899)", Ocampo, J. A. (compilador), *Historia económica de Colombia,* Bogotá, Siglo XXI-Fedesarrollo, 1987.

MUSGRAVE, R. y M. GILLIS

Propuesta para una reforma fiscal en Colombia, Bogotá, Banco Popular, 1970.

NIETO A., Luis E.

Economía y cultura en la historia de Colombia, Bogotá, Oveja Negra, 1970.

El café en la sociedad colombiana, Bogotá, Oveja Negra, 1971.

OCAMPO, José Antonio

Colombia y la economía mundial 1830-1910, Bogotá, Siglo XXI, 1984.

OCAMPO, José Antonio y Santiago MONTENEGRO

Crisis mundial, protección e industrialización, Bogotá, Siglo XXI, 1984

OSPINA V., Luis

Industria y protección en Colombia 1810-1930, Bogotá, Oveja Negra, 1974.

PALACIOS, Marco

El café en Colombia (1850-1970), Bogotá, Presencia, 1979.

PARK, James W.

Rafael Núñez and the politics of colombian regionalism 1863-1886, Louisiana State University Press, 1985.

PREBISCH, Raúl

Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano, México, FCE, 1963.

RIVAS G., José M.

Asuntos constitucionales, económicos y fiscales, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1909.

RODRÍGUEZ S., Oscar

"La política económica: del liberalismo económico a la unificación política formal: 1861-1904", en *Estado y economía en la Constitución de 1886*, Bogotá, Contraloría General de la República, 1986.

"El pensamiento económico en la formación del Estado granadino", en *Historia Crítica*, núms. 2 y 3, Bogotá, Universidad de los Andes, 1989-1990.

ROMERO, Carmen Astrid

"La regeneración y el Banco Nacional", en *Boletín Bibliográfico y Cultural*, vol. 28, núm. 26, Bogotá, Banco de la República, 1991.

ROSTOW, W.

Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista, México, FCE, 1961.

SAFFORD, Frank

Comerce and enterprise in central Colombia 1821-1870, Columbia University, Ph. D., 1965.

Aspectos del siglo XIX en Colombia, Medellín, Hombre Nuevo, 1977.

"Acerca de las interpretaciones socioeconómicas de la política en la Colombia del siglo XIX: variaciones sobre un tema", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núms. 13-14, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1985-1986.

El ideal de lo práctico, Bogotá, Universidad Nacional- El Áncora Editores, 1989.

SÁNCHEZ T., Fabio

"Rentabilidad de la deuda externa de la región andina durante el siglo XIX, 1840-1914", en Revista *Cuadernos de Economía*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1991.

SANDOVAL, Yesid y Camilo ECHANDÍA

"La historia de la quina desde una perspectiva regional: Colombia, 1850-1882", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núms. 13-14, Bogotá, Universidad Nacional, 1985-1986.

SCHUMPETER, Joseph

Historia del análisis económico, México, FCE, 1971.

SIERRA, Luis F.

El tabaco en la economía colombiana del siglo XIX, Bogotá, Universidad Nacional, 1971.

SUNKEL, Osvaldo y Pedro PAZ

El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo, México, Siglo XXI, 1970.

TORRES G., Guillermo

Historia monetaria de Colombia, Medellín, Faes, 1980.

TOVAR Z., Bernardo

"El pensamiento del historiador colombiano sobre la época colonial", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 10, Bogotá, 1982.

TOVAR P., Hermes

"La lenta ruptura con el pasado colonial 1810-1850", en José A. Ocampo, *Historia económica de Colombia*, Bogotá, Siglo XXI, 1987.

URIBE, María Teresa y Jesús María ÁLVAREZ

Poderes y regiones: problemas en la constitución de la nación colombiana 1810-1850, Medellín, Universidad de Antioquia, 1987.

URRUTIA, Miguel

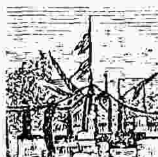
"El sector externo y la distribución del ingreso en Colombia en el siglo XIX", en *Revista del Banco de la República*, núm. 541, Bogotá, 1972.

VILAR, Pierre

Iniciación al vocabulario del análisis histórico, Barcelona, Crítica, 1980.

ZAMBRANO, Fabio

"Aspectos de la agricultura colombiana a comienzos del siglo XIX", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Bogotá, Universidad Nacional, 1982.



Historiografía sobre los Movimientos Sociales en Colombia. Siglo XX[1]

Mauricio Archila N.
Universidad Nacional de Colombia

¿POR QUÉ UN BALANCE HISTORIOGRÁFICO SOBRE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES?

Por historiografía entendemos la "historia de la historia", es decir, la reflexión crítica sobre la producción histórica, destacando los modelos teóricos, los paradigmas interpretativos, las tendencias y "escuelas" investigativas. En esta perspectiva, un balance historiográfico como el que pretendemos debe señalar los grandes temas de la investigación histórica, sus aportes, vacíos y puntos críticos. Ello con el ánimo de señalar derroteros tanto para la futura investigación como para la docencia en todos los niveles de la educación superior, incluyendo el posible doctorado que se piensa ofrecer en la Universidad Nacional.

Con estos presupuestos la pregunta que surge es la pertinencia de un balance historiográfico sobre un tema relativamente nuevo para los historiadores: los movimientos sociales. La pregunta se vuelve más acu-

1 El presente informe del sub-proyecto sobre los movimientos sociales en el siglo XX hace parte del Proyecto global que adelanta el departamento de Historia de la Universidad Nacional, sede Bogotá, sobre el balance de la producción histórica colombiana. Agradezco la ayuda de Teófilo Vásquez, estudiante de sociología de la Universidad Nacional. Además de la juiciosa revisión bibliográfica debo reconocer sus aportes para la interpretación del movimiento campesino. Debo señalar también las contribuciones metodológicas y conceptuales, especialmente para la sección sobre movimientos cívicos, que recibí de la socióloga y urbanista Marta C. García. Por supuesto, la responsabilidad de los errores es totalmente mía.

ciante cuando constatamos que constituye un tema más cercano a disciplinas como la sociología o la politología, cuando no se vulgarizan en un simple enunciado periodístico. Conviene responder brevemente a este interrogante.

El final de los años setenta y comienzos de los ochenta marcó el momento de aparición de los llamados movimientos sociales como objeto de investigación. En ese período aparentemente se constituyeron en un nuevo objeto de estudio para las ciencias sociales. Decimos aparentemente, pues su figuración histórica se remonta a fines del siglo, aunque no hubieran sido registrados en los anales de la historia y no hubieran ocupado la atención de los investigadores sociales sino hasta períodos recientes. El hecho de que los movimientos sociales no constituyeran un tema privilegiado por la historia tradicional no los invalida como un objeto de análisis historiográfico. De hecho, la considerable producción sobre el tema, más fecunda a medida que nos acercamos al presente, le otorga una posición en el conjunto de las grandes temáticas de la investigación sobre el pasado.

Como es conocido, la historiografía tradicional se centraba en la construcción y difusión de una historia "patria" en donde sólo un pequeño grupo de varones, blancos, pudientes, políticos o militares, actuaba. No había espacio para más actores sociales, salvo para algunos contradictores de esa élite, los cuales se destacaron por los supuestos antivalores que encarnaban. Contrasta con esta visión plana y excluyente de la historia la presencia de distintas formas de movilización colectiva a lo largo de las diversas coyunturas históricas. En la mitad del siglo XIX fueron los artesanos; a comienzos de este siglo se les unieron los obreros; en los años treinta el campesinado, especialmente cafetero, irrumpió en el escenario público; los indígenas del Cauca y Tolima se incorporaron también por esa época; en los años cuarenta serían los pobladores urbanos los que se movilizarían en apoyo de Gaitán; en la primera Violencia la resistencia democrática se trasladó a los campos; durante la caída de Rojas los estudiantes y habitantes de ciudades como Cali tuvieron gran protagonismo; los años sesenta vieron el renacer sindical, particularmente en los sectores públicos; los setenta estuvieron marcados por la movilización estudiantil y especialmente campesina; los ochenta por la protesta cívica urbana y regional; y a comienzos de los noventa impacta la activa presencia indígena y la aún incipiente de los movimientos feministas y ambientalistas.

Acercarse al estudio de la protesta y la movilización social es una manera de enriquecer la reconstrucción del pasado. Sin embargo, la forma como esta temática se introduce en la historiografía no deja de presentar riesgos. Uno de los más serios es asumir que los actores sociales excluidos son los depositarios no sólo de otra(s) historia(s), lo cual es cierto, sino de la "verdadera". La intención política de tal postura es evidente, pero sus consecuencias para la reconstrucción del pasado hasta ahora se están evaluando. Los movimientos sociales, aislados del conjunto social, no dan cuenta del proceso global vivido por la sociedad colombiana. Ellos, en cambio, sí expresan actores pertenencientes a grupos sociales subordinados, que en ciertas coyunturas históricas hicieron presencia pública. Sin poner en jaque al sistema de dominación, lograron conquistas importantes en términos reivindicativos. Excluirlos de la reconstrucción del pasado es mostrar sólo una cara de nuestra realidad.

El hecho es que dichas formas de protesta y movilización social fueron escasamente constatadas en la historiografía oficial e, igualmente grave, produjeron pocas reflexiones críticas. Al calor de las luchas algunos activistas escribieron memorias, más con un ánimo justificatorio que científico. Cuando más, llegaron al género de crónicas sin gran distancia analítica[2].

Sólo hasta los años cuarenta comenzarían a escribirse historias que de alguna forma incorporaban actores sociales diferentes a los de arriba, aunque su énfasis no fuera una historia social como tal. Nos referimos a obras como la de Luis Ospina V., y especialmente la de Luis E. Nieto Arteta[3]. Aunque allí el objeto de investigación era el comercio exterior o la industria, aparecieron indirectamente los artesanos o los obreros. Con Juan Friede y Guillermo Hernández Rodríguez[4] los sectores sociales subordinados se constituyeron en objetos de reflexión histórica, pero todavía sin

---

2 Véase, a manera de ejemplo, los textos de IGNACIO TORRES GIRALDO, *Huelga general en Medellín*, Medellín, Ediciones Viento del Este, 1976 (originalmente publicado en 1936) y de GONZALO BUENHORA, *Huelga en Barranca*, Bogotá, s.n., 1938.

3 LUIS E. NIETO ARTETA, *Economía y cultura en la historia* (1ª ed. en 1941), Bogotá, Editorial Viento del Pueblo, 1973; LUIS OSPINA VÁSQUEZ, *Industria y protección en Colombia, 1810-1930*, Medellín, E.S.F., 1955.

4 JUAN FRIEDE, *El indio en lucha por la tierra* (1ª ed. en 1944), Bogotá, Editorial Punta de Lanza, 1976; GUILLERMO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, *De los chibchas a la Colonia y a la República* (1a. ed. en 1949), Bogotá, Colcultura, 1975.

percibirlos como "movimientos". Sin embargo, mirando el conjunto de la producción historiográfica de esos años, se constata que estos autores estaban aislados temática y metodológicamente del resto de los historiadores.

Los años de la Violencia impidieron que la línea investigativa social madurara; habría que esperar unos años para su surgimiento definitivo. Mérito indudable le cabe a Indalecio Liévano Aguirre por llamar la atención sobre los "conflictos sociales" y proponer nuevos actores de nuestro pasado colonial e independentista. Desde una perspectiva más rigurosa metodológicamente y crítica teóricamente, Germán Colmenares abrió la polémica sobre la relación entre clases sociales y vida política del siglo XIX[5].

Sin embargo, todavía no se abordaban los sectores subalternos como objeto específico de estudio. Aunque el pionero en ello fue Ignacio Torres Giraldo —quien escribió en los años cincuenta sus reflexiones sobre la rebeldía popular, publicadas hasta comienzos de los setenta—, es con la publicación, en 1969, de la tesis de Miguel Urrutia sobre el sindicalismo, cuando se inicia como tal la línea investigativa que hoy designamos como movimientos sociales[6]. A estos autores les seguirán otros, cuyas reflexiones posiblemente datan de antes de los sesenta, pero que sólo se publicaron posteriormente. Vendrán en los setenta también las revistas, especialmente de izquierda, a alimentar la investigación y difundir los debates que se daban en la academia y en la política. A partir de ese punto se inicia una producción que hoy cuenta con cerca de 141 libros, 114 artículos y 66 tesis. Es, por lo tanto, una línea investigativa que está en proceso de consolidación.

Hay, finalmente, en la "aparición" del tema de los movimientos sociales una nueva preocupación política, aquel demonio que nunca está desligado del quehacer de los científicos sociales. Se trata de la crisis de representación, no sólo de las expresiones políticas tradicionales, sino de las de izquierda, y con esta última, de las formas organizativas de algunos

---

5 INDALECIO LIÉVANO AGUIRRE, *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, Bogotá, Editorial Tercer Mundo, 1964; GERMÁN COLMENARES, *Partidos políticos y clases sociales*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1968.

6 IGNACIO TORRES GIRALDO, *Los inconformes*, 5 ts., Bogotá, Editorial Margen Izquierdo, 1973; MIGUEL URRUTIA, *Historia del sindicalismo en Colombia*, Bogotá, Uniandes, 1969. Este texto fue simultáneamente publicado en inglés (New Haven, Yale University Press, 1969).

sectores subordinados. Con el desencanto por el vanguardismo —aquella postura que intentaba legitimar a una minoría intelectual como guía de los sectores populares en el proceso revolucionario—, no pocos investigadores sociales pusieron sus ojos en los "nuevos" actores sociales (movimientos cívicos, culturales, étnicos o de género). A fines de los setenta e inicios de los ochenta se pensaba que dichos movimientos sociales serían los nuevos sujetos del cambio social.

Aunque esta mirada tenía algo de ilusión, y un poco de moda, indudablemente puso sobre el tapete la discusión sobre el significado de la protesta social en la evolución del conjunto nacional. Cobró importancia la perspectiva histórica, no sólo por la búsqueda de las raíces de la movilización social, sino por el estudio de las formas como ésta se fue estructurando y del aporte que tuvo en la construcción del país. Por ello, a pesar de la complejidad de la problemática que gira en torno a los movimientos sociales, hoy más que nunca constituyen un tema necesario para abordar en la investigación sobre el presente, el pasado y el futuro de la sociedad colombiana.

ALGUNAS DEFINICIONES Y DILEMAS

En el terreno de las definiciones conceptuales, necesarias para delimitar nuestro campo de análisis, es la sociología la que más ha aportado. No ha sido ni será la primera vez que los historiadores acudamos a herramientas de otra ciencia social para enriquecer el conocimiento del pasado.

Para los fines de esta reflexión basta señalar que estamos más cerca de las elaboraciones de la corriente de la Sociología de la Acción que de las corrientes norteamericanas de las conductas colectivas o de la movilización de recursos —entroncadas en el funcionalismo, la segunda, o en una recortada teoría del conflicto, la tercera—[7]. Sin desconocer los aportes de esas últimas escuelas, nos inclinamos hacia la visión de Sociología de

7 Remitimos al ensayo del profesor LEOPOLDO MÚNERA, "De los movimientos sociales al movimiento popular", parte de su tesis doctoral para la Universidad de Lovaina, con el título de "Relaciones de poder y movimiento popular colombiano (1968-1988)". Este ensayo acaba de ser publicado por la revista *Historia Crítica*, núm. 7, 1993.

la Acción desarrollada por Alain Touraine con las contribuciones de neo-marxistas como Alberto Melucci, Alessandro Pizzorno o Ernesto Laclau. De Touraine en particular, nos llama la atención la precisión de tres "principios" constitutivos de los movimientos sociales: identidad, totalidad y oposición. Nos distanciamos, sin embargo, de Touraine en dos aspectos: a) la limitación que coloca a los movimientos sociales al considerarlos resultado de sociedades que se dan por dadas, recortando su capacidad de acción, pues sus posibilidades de transformación se limitan a la gestión de recursos existentes (materiales o culturales); y b) la "satanización" de la política en todas sus formas —desde los partidos tradicionales, soportes del Estado, hasta los de oposición—, a la que contrapone siempre como límite de la supuesta autonomía de los movimientos sociales. Para Alain Touraine, en consecuencia, no existen auténticos movimientos sociales en América Latina pues o no cumplen los tres principios constitutivos, o rebasan su accionar reivindicativo introduciéndose en la política, que por definición les es ajena[8].

Nosotros preferimos una definición menos excluyente y que permita un cubrimiento del amplio campo de la movilización social en la historia. En consecuencia, entendemos por Movimientos Sociales aquellas *expresiones de resistencia colectiva* (más o menos permanente) *a las distintas formas de dominación y que exigen transformaciones sociales*. Nótese que esta definición no supone, como lo implica Touraine u otros teóricos, una explícita propuesta social revolucionaria, ni menos una oposición permanente al Estado. Pero ello no significa que se limiten a la participación en la gestión de recursos o que no encierren gérmenes transformadores de la sociedad actual. A su vez, esta amplia definición considera la existencia de movimientos sociales en momentos previos al capitalismo.

Como el objetivo del presente informe es el estudio historiográfico de los movimientos sociales en el país, conviene señalar los problemas teóricos que giran en torno a ellos para lograr una mejor delimitación conceptual. Sin que pretendamos responder ahora a todos los interrogantes, sí creemos que podemos alimentar la rica discusión que se inicia en nuestro medio en relación con la movilización social y su impacto en el

---

8 Véase su reciente trabajo *América Latina, política y sociedad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989.

conjunto de la sociedad. Enumeremos brevemente esos grandes dilemas teóricos integrando nuestra provisional aproximación a ellos:

— *Relación entre luchas sociales y movimientos sociales:* estas categorías suelen confundirse en la literatura sobre el tema. Aunque están relacionadas, pues los movimientos se expresan generalmente a través de las luchas, corresponden a distintos niveles de expresión del conflicto social. Las luchas son acontecimientos puntuales que marcan el estallido de la protesta social, mientras los movimientos requieren de expresiones organizativas estables, o al menos de cierta permanencia en el tiempo.

— *Sociedad civil - movimientos sociales*: aunque compartimos con los teóricos el papel central que se atribuye a todos los movimientos sociales en la dinamización de la sociedad civil, no creemos que sean conceptos idénticos e intercambiables. La sociedad civil, a nuestros ojos, es una categoría para entender el funcionamiento de lo social y la contradicción entre la autoridad política y quienes la soportan o resisten. Dicha categoría, sin embargo, ha sufrido un desdibujamiento conceptual al ser igualada a una mera amalgama de todos los sectores sociales con un simple elemento unificador: que no son Estado. Subyace aquí una propuesta política que pretende unificar a prácticamente todo el mundo, pobres y ricos, dominados y dominantes, para enfrentarlos a un Estado distante y etéreo, cuyos lazos con grupos dominantes incluidos en esa curiosa alianza no están claros. En esta visión recortada se deja de lado el análisis de clase en la composición de la sociedad y se ocultan los conflictos que ella vive en su interior.

— *Movimientos sociales - sociedad civil "popular"*: algunos autores, con la mira de superar las limitaciones arriba señaladas, acuñan un nuevo concepto, con menos estatuto teórico: la sociedad civil "popular"[9]. Ante la amalgama de sectores sociales que se atribuye a la sociedad civil, lo que la hace una categoría con poca capacidad explicativa, se propone una con el calificativo de "popular" para diferenciarla de otra, seguramente la no-popular. Si lo que se quiere es hacer un tipo de análisis de clase o al menos de un conflicto social entre los populares y los otros

9 Un ejemplo es LUIS ALBERTO RESTREPO, "El protagonismo político de los movimientos sociales", en *Revista Foro,* núm. 2, febrero de 1987.

es mejor llamar las cosas por su nombre, y tal vez no confundir aún más una categoría que no se pensó —al menos en teóricos como Gramsci— como un sustituto al conflicto social. Esto sin entrar a discutir qué significa lo "popular" —o "pueblo"— en un contexto histórico.

— *Movimientos sociales - Estado*: este es uno de los temas centrales de discusión teórica y por tanto es un problema ante el cual aún tenemos sólo respuestas hipotéticas. Basta, por ahora, señalar que concebimos que el antagonismo entre movimientos sociales y Estado no necesariamente implica que los primeros se planteen la destrucción del segundo. Por el contrario, la experiencia concreta muestra que los movimientos sociales en general no comparten ese predicamento. La resistencia colectiva abarca una amplia gama de posibilidades que van desde la oposición a ultranza hasta la negociación y la concertación. Ello no quere decir, entonces, que la alternativa que les queda sea aceptar al Estado tal cual es y buscar incorporarse a él a toda costa. De hecho los movimientos sociales tienen potencial para frenar o transformar políticas estatales y tal vez al Estado mismo, lo que no quiere decir que siempre lo consigan.

— *Movimientos sociales - clases sociales:* más que verlos como elementos analíticos contrapuestos o alternativos —punto de vista de las escuelas norteamericanas ya señaladas—, creemos que son categorías complementarias —visión neo-marxista—. Las clases sociales no desaparecen en las nuevas formas de movilización social, lo que sucede es que ésta expresa otro tipo de conflictos que trascienden el marco tradicionalmente atribuido a la lucha de clases (la esfera de la producción). Los movimientos sociales, en su lucha contra formas de dominación, pueden expresar intereses multiclasistas (los cívicos o ecologistas), de segmentos de distintas clases (el feminismo) o incluso de una clase (obreros o campesinos). Lo que sí está al orden del día es la renovación teórica sobre el análisis de clase, introduciendo categorías más flexibles y comprensivas, adaptándolas a las condiciones presentes de un país como Colombia. Un punto que se insinúa en este dilema es el problema de la *identidad* de los movimientos sociales: ¿qué es lo que identifica a individuos y organizaciones? Es obvio que los movimientos sociales, especialmente los de remoto origen histórico, han mostrado que la identidad colectiva no es solamente resultado de intereses

de clase, como se predicaba hasta hace poco, en las teorías críticas. Problemas de género, etnia, región o localidad, sexualidad y ambientales, entre otros tantos, marcan nuevos puntos de identificación colectiva.

— *"Viejos" y "nuevos" movimientos sociales*: ésta parece ser una diferencia artificial, producto de un afán periodístico, más que de un riguroso análisis teórico. Indudablemente hay diferencias cronológicas en la aparición y estructuración de los movimientos sociales, incluso en la evolución de las formas de lucha dentro de un mismo movimiento. Pero la diferencia cronológica no puede ser la cuestión fundamental para separar unos movimientos de otros. Otra cosa es que se quiera precisar el protagonismo de cada uno y la coyuntura que lo propició. Se puede decir que en Colombia el movimiento obrero hoy no tiene el protagonismo de otras épocas, pero lo mismo no es válido para otros países latinoamericanos y menos para los países del Este (baste recordar el impacto obrero en la oposición política de Brasil o el papel de Solidaridad en Polonia). Ahora bien, si en esta distinción se pretende disfrazar un supuesto enfrentamiento entre los "viejos" movimientos, igualados a estructuras de clase, y los "nuevos", identificados con algo distinto de las clases o con una amorfa sociedad civil, remitimos al lector a las consideraciones ya señaladas.

— *Movimientos sociales - movimiento popular*: por este último entendemos el conjunto de movimientos sociales que además de luchar contra la dominación, se enfrentan a la *explotación* económica y a la *exclusión* política. En otras palabras, en algunos movimientos sociales puede haber presencia de sectores dominantes, mientras en el popular solamente se expresarían los sectores explotados y excluidos. Pero, más que verlos enfrentados, encontramos complementariedad o al menos convergencia en momentos específicos de la historia entre movimientos sociales y populares. En términos generales, es difícil pensar que los movimientos populares aislados van a conseguir las transformaciones que se proponen sin lograr alianzas con otros sectores sociales afines. Baste señalar que con esta distinción se busca afinar más las categorías de análisis y acercarse de una forma más rica al conjunto de contradicciones en las que se inscriben los movimientos sociales. Aquí lo complicado es la definición de los sectores "populares", definición que se hace más compleja si hablamos del concepto "pueblo". Es

preciso, sin embargo, aclarar, que no participamos de la visión del movimiento popular como lo "puro" —léase auténticamente revolucionario— pues creemos que lo "popular" no es identificable necesariamente con lo alternativo. En el terreno cultural, cada vez es más evidente que lo "popular" participa de elementos de la cultura elitista y viceversa. Más que concebirlos como mundos aparte, se impone la circularidad cultural y la capacidad de creación mutua[10].

— *Movimientos sociales y actores*: ésta es una identificación común en las ciencias sociales, especialmente desde el marxismo tradicional, que se ha prestado a equívocos, no sólo teóricos, sino especialmente empíricos. Cuántas veces no se confundió el movimiento obrero, por ejemplo, con sus expresiones organizativas gremiales (sindicatos) o políticas (partidos proletarios). El movimiento se refiere al conjunto de protestas colectivas con cierta permanencia en el tiempo. Los actores son las expresiones concretas, especialmente organizativas, de esa movilización. No hacer esta distinción puede reforzar un punto de vista que distorsiona las proporciones y la dinámica de los movimientos sociales pues se dejan de lado otros actores (los que no se organizaron en sindicatos, por ejemplo), u otras dimensiones en su gestación (v.gr., la cotidianidad como espacio de la resistencia colectiva).

— *Movimientos sociales y movimientos políticos*: aquí más que sugerir una supuesta apoliticidad de los primeros —como implícitamente lo exige Touraine—, se busca distinguir los objetivos de unos y otros. Es imposible concebir movimientos sociales al margen de la política y negar la influencia de los actores políticos en ellos, pero tienen propósitos diferentes. Los movimientos políticos, que pudieron ser sociales en su origen, se plantean explícitamente la cuestión del poder, para destruir, apoyar o modificar el Estado. Los sociales se caracterizan por ser formas de resistencia colectiva (pudiendo llegar a formas ofensivas y destructivas del orden existente, pero no necesariamente) sin tener como mira explícita la cuestión del poder. Se trata, por tanto, de una diferenciación operativa con implicaciones téoricas, pues aunque unos

---

10 Históricamente esto ha sido ilustrado por CARLO GINZBURG, *El queso y los gusanos*, Barcelona, Editorial Muchnick, 1984. Para América Latina estas tesis son desarrolladas por comunicadores sociales como NÉSTOR GARCÍA CANCLINI, *Las culturas híbridas*, México, Grijalbo, 1989.

y otros puedan tener una base social común, se plantean explícitamente objetivos diferentes. Viéndolos con una mirada histórica se resaltan las continuidades y las rupturas entre unos y otros[11].

— *Movimientos sociales y movimiento armado*: como lo señala Alain Touraine, los movimientos sociales están inscritos en una dinámica de construcción de consenso, y no en la de imponerse por la fuerza[12]. Por lo tanto, se trata de una dinámica "pacifista". El movimiento armado, en cambio, expresa la búsqueda del poder por la fuerza —por las armas— Como tal puede ser asimilado, o bien a los movimientos políticos, o a un para-estado, si controla zonas "liberadas". Por supuesto que esto no significa que la violencia esté ausente de la movilización social. En el caso colombiano, por el contrario, esta es la constante. Por tanto, la resistencia a esa violencia exterior al movimiento social (estatal o para-estatal) puede hacer parte de momentos de la movilización social. Tal fue el caso de las auto-defensas campesinas en los años de la Violencia. Pero si de resistencia se pasa a guerrilla, el carácter de movimiento social se transforma, como señalamos en forma análoga con los movimientos políticos.

— *Modernidad y movimientos sociales*: esta relación toca también el meollo de nuestro análisis historiográfico, aunque no la desarrollemos ampliamente. En términos generales se puede afirmar que todo proyecto de modernidad —entendiendo por ésta no sólo la actividad transformadora de los individuos, sino la apropiación de esa transformación y la creación de sujetos de cambio— requiere de efectivos canales de presión y de participación[13]. Más aún, podemos señalar que la movilización social es un germen de democracia, además de arrastrar

---

11 Aquí subyace otro problema que desborda la reflexión emprendida, pero que vale la pena indicar: el hiato, común en nuestros movimientos sociales, entre lucha reivindicativa y lucha política. Según lo señalan algunos de los teóricos de los movimientos cívicos, Javier Giraldo especialmente, hay una ruptura entre los dos tipos de accionar, como si la política fuese algo externo, o peor, algo "sucio", que no es competencia de los movimientos sociales.

12 *Ibid.*, págs. 320-322.

13 Aquí se hace necesaria la referencia a MARSHALL BERMAN, "Brindis por la modernidad", en FERNANDO VIVIESCAS y FABIO GIRALDO (compiladores), *Colombia, el despertar de la modernidad*, Bogotá, Foro, 1991, págs. 44-66. Y a CONSUELO CORREDOR, *Los límites de la modernización*, Bogotá, Universidad Nacional-Cinep, 1992.

muchas veces formas de democracia directa ella misma. En este sentido los movimientos sociales son definitivos en la construcción de esos proyectos de modernidad. Pero no siempre ocurre así. No debemos olvidar que los movimientos sociales no son puramente "modernos" y que hay algunos que van en sentido opuesto. Vale la pena recordar aquí la movilización social que apoyó a Mussolini o a Hitler en los años previos a la Segunda Guerra Mundial o, más recientemente, al neoconservatismo norteamericano o inglés y el chauvinismo nacionalista o racista de los países europeos. Estos ejemplos ilustran que los movimientos sociales pueden arrastrar no sólo elementos tradicionales, sino que en su germen poseen algunas formas autoritarias que los llevan a afirmar no propiamente un proyecto de modernidad[14].

Este último dilema, como en general todos los planteados, es una pista que no debemos perder en el análisis de la protesta social y que nos sirve para movernos lejos del optimismo ante la presencia de los "nuevos actores", pero que tampoco debe llevarnos al pesimismo sobre el papel y los alcances de los movimientos sociales. Esa actitud equilibrada es la que nos debe guiar en este balance historiográfico.

DELIMITACIÓN DEL ANÁLISIS

Además de los problemas teóricos enunciados, este subproyecto tuvo que realizar una serie de precisiones con la mira de responder a los objetivos propuestos.

Una primera definición que se impone es la diferenciación tanto de textos históricos como de otras de disciplinas afines como la sociología, la antropología, la economía, el derecho o la politología. Resulta obvio que si se quiere hacer un balance historiográfico se privilegien los textos que se enmarcan claramente dentro de la disciplina. Sin embargo, en la práctica esto no funciona tan claramente. Nos preguntamos, en consecuencia, cómo excluir de un balance sobre la producción "histórica", con relación a los movimientos sociales, el trabajo de sociólogos como Daniel Pécaut, Rocío

14 A. TOURAINE en su análisis del sindicalismo es aún más negativo. Por ejemplo, concluye diciendo que "el sindicato no es un lugar donde se haga el aprendizaje de la democracia", *op. cit.*, pág. 283.

Londoño y Alberto Mayor, o de antropólogos como Julián Arturo o Jaime Arocha[15].

El criterio central para ubicar una investigación publicada en la categoría de histórica no es tanto la profesión del autor o la disciplina que lo motiva, sino el tratamiento diacrónico que haga del tema, máxime si se trata de un período distante del presente. De esta forma incluiremos ensayos de historia o de otras disciplinas sociales que tengan ese carácter "histórico" y excluiremos obras que, aunque aborden los movimientos sociales, tengan una mirada sincrónica o meramente coyuntural. Por la misma vena dejaremos de lado crónicas periodísticas o documentación proveniente de los mismos actores sociales, porque no son fruto de una reflexión historiográfica, aunque constituyan fuentes invaluables para la investigación.

Lo anterior es válido para una selección de las obras de carácter histórico, pero aún debemos delimitar más los marcos de este sub-proyecto. Tratándose de un análisis sobre movimientos sociales, entendidos como ya lo señalábamos, es obvio que se restringe más la producción historiográfica que se toma como muestra. Temas clásicos de la historia social, como poblamiento, urbanización, colonización, quedan excluidos, a no ser que se expresen como conflicto social permanente. Los análisis económicos de formación de clases, aunque sirven de referencia para un estudio de movimientos sociales, no constituyen el tema central de nuestro balance. Lo mismo se puede decir de las aproximaciones jurídicas a instituciones o a las relaciones sociales mismas. Los abundantes trabajos sobre derecho laboral, reforma agraria y reforma urbana, quedan por tanto fuera de nuestro foco directo, lo que no los excluye como material importante para la reconstrucción histórica. Finalmente, el proceso llamado la Violencia, en muchos aspectos directamente ligado con la problemática de los movimientos sociales, no será considerado aquí puesto que existe un sub-proyecto concentrado en él.

---

15 DANIEL PÉCAUT, *Orden y violencia*, Bogotá, Cerec-Siglo XXI, 1987; ROCÍO LONDOÑO, "Crisis y recomposición del sindicalismo colombiano (1946-1980)", en ÁLVARO TIRADO MEJÍA (coordinador editorial), *Nueva historia de Colombia*, t. III, Bogotá, Planeta, 1989, págs. 271-306; ALBERTO MAYOR M., *Ética, trabajo y productividad en Antioquia*, Bogotá, Tercer Mundo, 1985; JULIÁN ARTURO, "La clase obrera de Bogotá", en *Maguaré*, núm. 1, 1981; y JAIME AROCHA, *De sol a sol*, Bogotá, Planeta, 1986.

En términos cronológicos nos centramos en el siglo XX. Según nuestra amplia definición de movimientos sociales, estos pueden ser considerados perfectamente desde cuando aparecen formas consolidadas de dominación, y por supuesto, de resistencia colectiva a ésta. Las revueltas anti-esclavistas en Roma, los movimientos de siervos y campesinos en la Edad Media, las protestas populares en la Europa de los siglos XVII y XVIII, así como la resistencia indígena y africana a los colonizadores, son ejemplos válidos de movimientos sociales. Sin embargo, creemos que es el siglo XX el momento privilegiado para la irrupción de actores sociales que con su movilización cuestionan las diversas formas de dominación existentes en nuestra sociedad. Además, por limitación operativa debemos hacer algún corte en el tiempo, y qué mejor que la contemporaneidad nacional[16].

La categorización de movimientos sociales que hemos utilizado en nuestro análisis merece algunas precisiones adicionales. Recordando lo dicho en los dilemas teóricos, tenemos una amplia gama de movimientos sociales, que va desde los que expresan intereses de clase definidos hasta los que representan demandas de diversas clases o de segmentos de ellas. Aunque las diferentes formas de protesta y movilización social han convivido en nuestra historia, en términos de constitución de sujetos históricos —lo que implica dotarse de cierta identidad— es indudable que los movimientos clasistas saltaron primero a la escena pública. No es por azar que ellos sean los que más literatura cubran. Por movimientos clasistas entendemos el obrero y el campesino, a pesar de la heterogeneidad de este último. Al lado de ellos están los movimientos que llamamos étnicos, principalmente por el tipo de identidad a la cual apelan. Aquí incluimos el movimiento indígena de reciente pujanza, y el más disperso de negritudes.

En una tercera categoría hemos incluido los movimientos que hemos llamado "nuevos" por su reciente aparición. Son por lo general policlasistas o de sectores de clase, pero con reivindicaciones que van más allá del plano estrictamente social. Nos referimos a los movimientos por la educación y la cultura (estudiantil y pedagógico), por la autonomía regional o el equipamiento urbano (llamados genéricamente cívicos) y por las problemáticas ambiental y de género.

---

16 No sobra anotar que Fabio Zambrano, en otro subproyecto, va a analizar los movimientos sociales en el siglo XIX.

Nos resta solamente hacer explícita la forma como se seleccionó la muestra de 351 textos analizados. Con los criterios que hemos esbozado anteriormente miramos la producción histórica sobre movimientos sociales. Privilegiamos los libros, por considerarlos la forma más elaborada de difundir las investigaciones. Sin embargo, quedarnos con esa sola expresión del trabajo histórico nos parecía limitada, máxime en un tema relativamente nuevo. Por ello acudimos a la revisión de artículos publicados en las revistas de historia o de ciencias humanas más prestigiosas en nuestro medio y en el plano internacional. Consideramos también las ponencias que fueron publicadas en memorias de los eventos o congresos del gremio de historiadores o de ciencias afines. Igualmente revisamos tesis de pregrado y postgrado, incluyéndolas en nuestra muestra salvo en el caso de que hubiesen sido publicadas posteriormente, cosa por demás común sobre todo a nivel de postgrado. Se miraron también los listados internacionales de tesis de postgrado en universidades extranjeras. Finalmente revisamos algunas reseñas que, al mismo tiempo que reflejaban el impacto de algún libro, abrían polémicas de carácter historiográfico[17].

Partiendo del conocimiento que teníamos de la producción histórica sobre movimientos sociales, sabíamos de la existencia de libros escritos sobre el tema antes de los años sesenta. No muy abundantes, pero los había. En cambio, para el resto de la producción sólo consultamos desde ese decenio en adelante. Partíamos de la apreciación de que las revistas especializadas, sensibles a este tema, surgieron sólo en esos años. Algo similar se podría decir de los programas curriculares de pregrado. Los postgrados en Historia sólo aparecieron como tales en los ochenta. Todo ello se va a reflejar en los cuadros que resumen la producción historiográfica sobre la temática que nos ocupa.

TENDENCIAS INVESTIGATIVAS

Los anteriores criterios nos dieron como resultado la selección de 351 obras dedicadas a la historia de los movimientos sociales. La información agregada del tipo de material está resumida en el cuadro 1.

---

17 En el Apéndice Metodológico hacemos más explícitos los criterios usados en la selección de la muestra, así como los procedimientos concretos que seguimos.

CUADRO 1
Tipo de material
Obras dedicadas a la historia de los movimientos sociales

	DECENIOS					
TIPO MATERIAL	Antes 60	60-70	70-80	80-	s.f.	TOTAL
Libros	5	4	37	92	3	141
Artículos	—	10	26	77	1	114
Reseñas	—	—	2	13	—	15
Tesis	—	1	20	44	1	66
Ponencias, varios	—	—	3	10	2	15
TOTAL	5	15	88	236	7	351

En la observación de este cuadro salta a la vista que la muestra recogió más libros que cualquier otro tipo de obra. Ello puede indicar un cierto proceso de consolidación de la temática. Tal vez refleje también una limitación en la revisión de revistas especializadas, pues era de esperarse un alto número de artículos para nuestra muestra.

La existencia de 66 tesis, 8 de postgrado y 58 de pregrado, muestra que la temática de movimientos sociales tiene una cierta presencia en el mundo universitario. Preocupa el bajo número de tesis de postgrado, aunque aquí obran como atenuantes la relativa juventud de estos programas y el hecho de que algunas han sido publicadas como libros. Lo anterior no deja de señalar un cierto descuido por esta línea de investigación en los programas de postgrado.

En términos de pregrado, y teniendo en cuenta que sólo se revisaron las tesis de 4 universidades, la cifra es alentadora. El movimiento obrero fue el que más concentró la atención: 38 de las tesis se ocuparon de él; 9 del movimiento campesino; 4 del estudiantil; 3 de aspectos teóricos, y 2 de mujeres. Nótese que aquí no incluimos tesis sobre conformación de clases o sobre la situación socio-económica de los barrios o sectores urbanos, ni estudios etnográficos sobre comunidades indígenas. De ser así, las cifras subirían en proporciones considerables.

La escasez de ponencias sobre movimientos sociales es reflejo simultáneo de la lenta consolidación del tema y de la ausencia de un espacio en los eventos de historiadores. El funcionamiento de un simposio sobre el tema en el pasado Congreso de Historia tiende a superar esta limitación.

Sobre el mayor volumen de publicaciones para los años ochenta, hecho que salta a la vista en este y en todos los cuadros resumen, conviene hacer un cuidadoso análisis. Para ello es mejor desglosarlo no tanto por tipo de material cuanto por temática. Eso es lo que hacemos en el cuadro 2.

CUADRO 2
Producción histórica sobre movimientos sociales

	Obrero	Campesinos	Etnicos	Estudiantil Pedagógico	Cívico	Ecológico	Mujeres	Teóricos	Otros	TOTAL
Decenio										
Antes 60	2	—	2	1	—	—	—	—	—	5
60-70	8	3	—	4	—	—	—	—	—	15
70-80	38	27	4	12	4	—	2	1	—	88
80-90	106	36	9	19	34	2	4	21	5	236
sin fecha	2	2	—	—	3	—	—	—	—	7
TOTAL	156	68	15	36	41	2	6	22	5	351

Casi el 70% de la producción total sobre movimientos sociales se concentra en el último decenio, con una marcada tendencia a acrecentarse en la medida en que nos acercamos al presente. Ello no es sino una confirmación de la hipótesis central de este informe: es en este decenio cuando aparecen en escena nuevos actores que marcan un protagonismo llamativo a los ojos de los investigadores. Es un doble movimiento: en parte la movilización llama la atención de los científicos sociales, y en parte estos contribuyen a crear un nuevo objeto de investigación.

Si se observa el cuadro 2 por tipo de movimientos sociales se confirma también la apreciación del mayor peso de los llamados clasistas (60% del total), y dentro de ellos, del obrero (más del 40%). Por ser movimientos con protagonismo de vieja data concentran el mayor interés de los historiadores. Sin embargo, es significativo el repunte de estudios sobre los movimientos cívicos (regionales o urbanos), especialmente en el último decenio. Son ellos los que con más propiedad han recibido el calificativo de "nuevos". Aunque tuvieron manifestaciones desde principios de siglo y se intensificaron en los sesenta, sólo son objeto de investigación un tiempo después[18].

La producción teórica y de conjunto sobre los movimientos sociales, es también un fenómeno relativamente tardío. Tiene que ver con la aparición del tema, como ya se ha dicho, y con el impulso que algunas ONGs y centros de investigación le han dado. La aparición de revistas como *Foro* (de Foro por Colombia), *Análisis Político* (del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Nacional) y la serie *Controversia* (del CINEP), para mencionar sólo unas pocas, han contribuido a la difusión del tema. De los 22 textos teóricos revisados, el 60% son artículos y 35% libros. Aunque no estamos ante un boom editorial, sí se constata un proceso lento de consolidación de una nueva línea investigativa.

Significativa es también la escasa cantidad de trabajos sobre movimientos feministas y ecológicos. Ello no es sino un reflejo de su débil presencia en el escenario nacional a pesar de la creciente importancia de los problemas de género y ambientales en la sociedad actual. Esperamos que en futuros balances se equilibre considerablemente el peso de estas temáticas.

Finalmente, no sobra señalar que, a medida que avanza el tiempo, la investigación sobre movimientos sociales se amplía saliendo de los tres históricos (obrero, campesino e indígena) y de la constante presencia de la reflexión sobre el movimiento estudiantil. Con eso no solamente hay una mayor cobertura temática, sino una renovación teórica y metodológica, como se verá en los análisis de caso que vienen en las secciones siguientes.

---

18 MEDÓFILO MEDINA, *La protesta urbana*, Bogotá, Editorial Aurora, 1984. En un ejemplo de la investigación sobre el tema, muestra que hubo movilizaciones cívicas desde los tiempos del general Reyes.

CUADRO 3
Historiografía del movimiento obrero

TEMAS	DECENIOS Antes del 60	60-70	70-80	80-	TOTAL*
Conjunto de la clase	—	2	9	34	45
Sindicalismo y Huelgas	2	4	27	53	88
Regional o local	—	2	1	15	18
Otros**	—	—	1	4	5
TOTAL	2	8	38	106	156

* Incluye dos textos sin fecha de publicación.
** Se incluyen dos biografías de María Cano.

La organización de temas que se presenta en el cuadro 3 refleja un punto de vista interpretativo que distingue entre estudios del movimiento obrero en su conjunto (organizado y no organizado), las expresiones sindicales o huelguísticas y los estudios regionales. Aquí se intenta tomar distancia de la perspectiva que ve a la clase obrera simplemente por el actor sindical o por las luchas. Aunque estos hayan sido los que más atención han concentrado en los historiadores laborales, se le da importancia a los estudios de conformación de la clase, su cultura y resistencia cotidiana, tanto en los planos nacional como local o regional. El aspecto regional, aunque débil, se insinúa como una de las áreas de proyección investigativa. No podría ser de otro modo, si se tiene presente que la conformación de una identidad de clase nacional pasa por lo regional o local.

El cuadro 3 refleja también la trayectoria investigativa del movimiento social que más atención ha concentrado. Sin lugar a dudas, es aquí donde mayor madurez analítica se ha conseguido. Por ser el más trabajado ha sido también el tema que más críticas y alternativas investigativas y metodológicas ha recibido. Tal vez a ello se deban las oscilaciones en presencia productiva sobre este tema. En los setenta y principios de los ochenta los temas privilegiados eran el sindicalismo y las huelgas. Esto era

compatible con el predominio intelectual de paradigmas teóricos que lo sustentaban. A fines de los ochenta, con el derrumbe del socialismo "real", dichos paradigmas entraron en crisis. Nuevas visiones investigativas se fortalecieron. Tendremos oportunidad de ampliar estas apreciaciones cuando profundicemos, en la última sección, en las grandes corrientes historiográficas que subyacen en esta temática.

CUADRO 4
Historiografía
de los movimientos campesinos

		DECENIOS			
TEMAS	Antes 60	60-70	70-80	80-	TOTAL*
Proyección de conjunto	—	2	18	14	35
Regionales	—	1	2	16	20
Mov. años 20 y 30	—	—	4	3	7
ANUC	—	—	3	3	6

* Incluye 2 textos sin fecha

El cuadro 4 da cuenta del estudio sobre los movimientos campesinos. Allí también distinguimos algunos subtemas, con un criterio más operacional que historiográfico. Hablamos de estudios de movimientos campesinos en el plano nacional, aunque difícilmente esto se presentó antes de los setenta, o a lo largo de la historia contemporánea. Este es el mayor rubro en términos numéricos. Le sigue el de estudios regionales, posiblemente una perspectiva más acertada para mirar las movilizaciones rurales. Los estudios centrados en alguno de los períodos críticos del campo colombiano, los años veinte y treinta, la coyuntura de la ANUC, o la de los ochenta, ocupan el último rubro.

Salta a la vista la dificultad de hacer seguimientos históricos de las luchas agrarias por su dispersión e intermitencia. Por ello muchos estudios se limitan a saltar de una coyuntura a otra, dando la impresión de un

cubrimiento global de la historia de la protesta rural a lo largo de este siglo. Salvo en el caso de los años setenta y para un actor concreto, la ANUC, no encontramos obras que toquen directamente lo que podría ser un movimiento campesino. Hay excelentes trabajos sobre conformación del campesinado y su diferenciación, sobre las leyes agrarias y colonización, e incluso sobre violencia en los campos, pero, por razones operativas ya explicadas, quedaron fuera de nuestra muestra.

CUADRO 5
Historiografía sobre movimientos étnicos

DECENIO	INDÍGENAS			NEGRITUDES
	Ppios. siglo y Quintín Lame	CRIC-ONIC	De conjunto	
Antes 60	—	—	2	—
60-70	—	—	—	—
70-80	2	—	1	1
80-	—	4	4	1

La relativa escasez de estudios históricos sobre minorías étnicas en proceso de constitución como movimiento, contrasta con su creciente participación en la escena pública, al menos en cuanto a los indígenas se refiere. La ausencia de una clara identidad de las comunidades negras o afro-colombianas marca la limitación en la reflexión sobre ellas como movimiento. Con excepción del citado trabajo de Arocha y Friedeman, no encontramos más referencias. Nótese que aquí excluimos trabajos sobre la esclavitud o la situación socio-económica de las comunidades afro-colombianas.

Los indígenas, por el contrario, han logrado consolidar un espacio no sólo social sino político en la sociedad. Su existencia social había desaparecido, al menos para las élites dominantes, a lo largo del siglo pasado. La irrupción de las luchas en el Cauca y Tolima, lideradas por Quintín Lame desde los años diez, los colocó nuevamente en el escenario público. Pero será definitivamente con la formación del CRIC en los

setenta cuando la presencia indígena vuelve a ocupar un lugar en el imaginario social de los colombianos. Presencia que llega a su culmen con la reciente Constituyente y con sus relativos éxitos electorales[19].

En contraste con esta creciente participación indígena, la reflexión histórica sobre este movimiento es aún escasa y localizada (en su mayoría versa sobre el Cauca). Un esfuerzo interdisciplinario, en donde antropólogos e historiadores se alimenten mutuamente, superando sesgos profesionales, podría fortalecer esta incipiente línea investigativa.

CUADRO 6
Producción histórica sobre "nuevos" movimientos sociales

	DECENIOS					
MOVIMIENTOS	Antes 60	60-70	70-80	80-	s.f.	TOTAL
Estudiantil	1	4	12	15	—	32
Pedagógico	—	—	—	4	—	4
Cívico-regional	—	—	3	18	1	23
Urbanos	—	—	1	16	2	18
Ecológico	—	—	—	2	—	2
Mujeres	—	—	2	4	—	6
Mov. "popular"	—	—	—	5	—	5

En el cuadro 6 incluimos la información sobre la producción histórica —más que todo historia reciente— con relación a los movimientos que se han llamado nuevos, aunque en realidad no lo sean tanto. Desglosados por categorías más específicas, se observa que el estudiantil es el que más investigación ha recibido. Si se mira por tipo de material, se constata que en su mayoría son artículos y, últimamente tesis de pregrado. Ello refleja lo provisional de muchos de esos acercamientos y la ausencia de periodizaciones y categorizaciones que impiden su consoli-

19 Véase la ponencia de MARÍA T. FINDJI al VIII Congreso de Historia, sobre la identidad política de los indígenas del Cauca.

dación investigativa[20]. Aunque hay obras desde los sesenta, no se ha producido un conocimiento acumulativo que permita que otras investigaciones avancen sobre lo ya conocido. Por ello cada ensayo prácticamente inicia de cero.

Por el contrario, los movimientos cívicos, a pesar de su relativa juventud, han recibido una atención más madura por parte de los investigadores[21]. Cerca de 18 libros son una buena muestra. Para un balance como el que realizamos no interesa el éxito editorial, sino la acumulación de conocimientos. Con relación a los movimientos cívicos se cuenta con cierta conceptualización, con periodizaciones y con series cuantitativas que hablan por sí mismas del despegue de esta línea de estudios históricos.

Sobre la escasa presencia historiográfica de los otros movimientos sociales, reflejo de su débil figuración en el escenario nacional, no es necesario recavar. Sólo resta mencionar la inclusión del acápite "movimiento popular". A pesar de que no es una conceptualización muy usada —por aquello de la dificultad de precisar los sectores que allí se incluyen— encontramos algunos ensayos que lo abordan como tal o que se centran en la "cultura popular". En general, podrían asimilarse a los estudios globales o teóricos sobre el conjunto de los movimientos sociales.

Esta ha sido, a grandes rasgos, una visión panorámica sobre la producción histórica con relación a los movimientos sociales. Aunque no estamos exentos de limitaciones por la muestra recogida, u obvios sesgos por nuestra perspectiva analítica, yace aquí una aproximación cuantitativa a la historiografía sobre el tema que nos compete[22]. Es hora de iniciar un análisis cualitativo de algunos movimientos sociales con más trayectoria histórica.

---

20 Una excepción en términos de periodización son los artículos de JAIME CAICEDO "Los estudiantes y la crisis política", en *Documentos Políticos*, mayo-junio de 1979; y "Conceptos metodológicos para la historia del movimiento estudiantil colombiano", en *Estudios Marxistas*, núm. 27, 1984, quien desafortunadamente no continuó publicando sobre el tema.

21 El primer escrito reconocido sobre el tema fue elaborado por MEDÓFILO MEDINA,"Los paros cívicos en Colombia (1958-1977)", en *Estudios Marxistas*, núm. 15, 1977.

22 Este recuento continúa los que para el movimiento obrero realizaron ROCÍO LONDOÑO en 1984 (Documento Cerec) y recientemente CARMEN ESCOBAR RODRÍGUEZ (ponencia al VIII Congreso de Historia, 1992).

CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS EN EL CASO DEL MOVIMIENTO OBRERO

La clase obrera ha sido objeto de la mayor cantidad de estudios históricos y de las mayores confrontaciones teóricas y metodológicas en torno a los mismos[23]. No dudamos en catalogar los estudios sobre el movimiento obrero como los que marcan el compás de las investigaciones sobre movimientos sociales. Es justo anotar que en los últimos años, a raíz de la aparición de los "nuevos" movimientos sociales, se ha presentado una notoria renovación teórica y metodológica, especialmente en el caso de los cívicos regionales y urbanos, que ha marcado relecturas de movimientos tradicionales como el obrero.

Un indicador del peso investigativo sobre el movimiento obrero es la existencia de balances bibliográficos. Se destacan los realizados por Rocío Londoño y Fernando Cubides en 1984; Darío Acevedo y Carmen Escobar en 1992. Nosotros también hemos puesto un granito de arena en este terreno[24].

En el balance investigativo realizado por Londoño y Cubides se tomó una muestra de 148 textos sobre clase obrera. Allí se incluían tanto obras históricas como económicas, sindicales, jurídicas, políticas y análisis cuantitativos. Los estudios históricos, sintomáticamente, ocupaban el primer lugar con el 24% del total. Los autores señalaban unas tendencias, también confirmadas por nosotros, como consta en los cuadros de la sección anterior. Decían, por ejemplo, que el 75% de los estudios sobre clase obrera se han producido desde los años 70 hasta el 84, año de corte del citado balance.

Londoño y Cubides destacaban también la creciente participación de centros de investigación, ONGs y universidades, en la investigación sobre los obreros. Señalaban unas limitaciones de los estudios, que aún hoy siguen vigentes: limitada cobertura, insuficiencia teórica y un sesgo

---

23 En esta investigación hemos definido a los obreros como aquellos trabajadores productivos cuya reproducción está básicamente dada por la relación salarial.

24 Además de los citados balances de Londoño y Escobar, está el de ACEVEDO "Balance historiográfico sobre la clase obrera", en *Revista de la Escuela Nacional Sindical*, julio de 1992. Podríamos también incluir el ensayo historiográfico que publiqué en *Historia Crítica*, núm. 1, 1989, con el título de "Conciencia y cultura en la formación de la clase obrera latinoamericana".

ideológico marcado. Indicaban además un vacío histórico notorio, que no ha sido llenado: la escasez de investigaciones sobre el período de la Violencia y, peor aún, la ausencia de hipótesis interpretativas sobre ese crucial período de nuestra historia.

Con una metodología similar, Carmen Escobar, en el marco del proyecto de Archivo del Artesanado y la Clase Obrera, adelantado en común con María H. Ramírez, completa la muestra —360 textos analizados incluyendo tesis de grado— y la trae hasta el presente. Incluye también todas las obras sobre clase obrera: históricas, económicas, jurídicas, etc.

Constata que los estudios históricos siguen siendo la mayoría (26.4% del total) y señala la renovación temática que están sufriendo. A las líneas ya indicadas por Londoño y Cubides, la autora agrega los estudios históricos regionales y sectoriales, los análisis de formación de la clase y de la cultura obreras; y las escasas, pero renovadoras, investigaciones sobre mujer trabajadora, menores y salud ocupacional. A pesar de que Carmen Escobar es optimista en cuanto a las posibilidades investigativas sobre el tema, pues existen las bases para consolidar comunidad científica, señala que "se evidencia la carencia de estudios históricos sobre el movimiento obrero y sindical de carácter integral [...] lo que sugiere a la comunidad científica de historiadores desarrollar [...] estudios que expliquen el universo de los fenómenos de este campo de investigación"[25].

Desde una perspectiva explícitamente historiográfica, Darío Acevedo acaba de publicar un corto ensayo en donde enfatiza que "las preocupaciones de los investigadores han estado de alguna manera signadas por el esclarecimiento del rol político (del movimiento obrero) y de sus relaciones con el Estado, los partidos políticos y los procesos económicos"[26]. Extrae tres conclusiones de su breve análisis: 1) se ha puesto gran énfasis en los estudios sobre el proceso de institucionalización del sindicalismo (años 30 y 40), descuidando los períodos anteriores o formativos y los posteriores (la Violencia); 2) las investigaciones han estado muy marcadas por las inclinaciones políticas de los autores, sesgando sus interpretaciones; y 3) los estudios sobre períodos formativos y cultura obrera son los que están jalonando la renovación teórica y metodológica en la historiografía laboral.

---

25 CARMEN ESCOBAR, ponencia, *op. cit.*, pág. 18.

26 DARÍO ACEVEDO, "Balance...", *op. cit.*, pág. 52.

Sin desconocer la importancia de estos balances, creemos que son limitados pues, o abarcan toda la producción sobre clase obrera —desdibujando el análisis historiográfico como tal— o simplemente se limitan a señalar lugares comunes y apreciaciones, sin profundizar, pues el carácter de los ensayos no lo permite. A continuación pretendemos llenar estos vacíos construyendo una interpretación historiográfica a partir, más que de "escuelas" —difícilmente consolidadas en nuestro medio—, de tendencias. No sobra recalcar que estas corrientes interpretativas tienen relación con propuestas teóricas y metodológicas internacionales —especialmente europeas y norteamericanas— aunque llegan a nuestro medio con un ritmo diferente, casi podríamos decir que rezagadas, del observado en otros países latinoamericanos. Esto dice mucho tanto de nuestro tradicional provincialismo académico, como de los intentos por romperlo.

Antes de la aparición formal de los estudios históricos sobre el movimiento obrero, que ubicamos a fines de los sesenta, se habían publicado obras de carácter descriptivo y coyuntural[27]. Fueron trabajos de "racionalización" de experiencias, especialmente huelguísticas, sin grandes pretensiones historiográficas. Tienen un gran valor empírico para los historiadores del presente, pero dadas sus limitaciones no fueron considerados en este informe.

De esta forma, la primera corriente interpretativa que se aproxima con mirada histórica al pasado obrero es la que llamaremos "desarrollista". Como sucede con las otras tendencias historiográficas, ésta tiene origen en los países desarrollados, particularmente en Estados Unidos. Allí, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial se viene construyendo un modelo teórico que informa las ciencias sociales. El supuesto básico es que América Latina está subdesarrollada (por el carácter dual de sus economías y sociedades) y debe salir de esa postración sin recurrir a veleidades "comunistas" o totalitarias. Era el momento crítico de la Guerra Fría (iniciada a fines del conflicto mundial y agudizada con el conflicto de Corea), donde el coloso del norte veía con preocupación la situación de atraso de Latinoamérica, que podría ser caldo de cultivo para revoluciones anti-occidentales o para la difusión del comunismo.

En ese contexto, las ciencias sociales en el subcontinente, en estrecho contacto con centros académicos norteamericanos, centraron sus estudios

---

27 Véanse los textos mencionados en la nota 2.

en las claves del subdesarrollo y la manera de superarlo. Los estudios sobre clase obrera ocupaban un papel central en la medida en que este sector social era definitivo para impulsar o frenar el desarrollo. Por esa época aparecieron en Estados Unidos las primeras historias laborales latinoamericanas[28]. El esquema analítico era simple: los trabajadores estaban enmarcados en sociedades subdesarrolladas y, según la ideología que les fuera impuesta, serían proclives a alguno de los dos polos en torno a los cuales giraba la Guerra Fría: el democrático (todas las ideologías pro-norteamericanas) o el totalitario (anarquistas, comunistas, socialistas, peronistas y populistas en general). Desde esa perspectiva se hacía la relectura del pasado obrero en el subcontinente.

Esta corriente o conjunto de corrientes, siendo el desarrollismo económico como tal y el dualismo sociológico las más destacadas, tuvo impacto en nuestro medio. Miguel Urrutia, economista colombiano educado en los Estados Unidos, comparte muchos de esos parámetros en su trabajo de grado que será luego publicado simultáneamente en inglés y español[29]. Es un texto con indudables valores históricos, no sólo por ser el primero en ver la luz pública, sino por el tratamiento que hace de temas hasta ese momento ignorados, como el pasado artesanal y la evolución del sindicalismo católico. Cuenta además con un riguroso acercamiento cuantitativo a la relación economía y mundo laboral y a la evolución del sindicalismo. Por todo ello es innegable su carácter pionero.

Como se ha dicho, Miguel Urrutia reproduce en nuestro medio muchos de los presupuestos y sesgos de esa visión que hemos catalogado de "desarrollista". Para él la clase obrera colombiana es una clase débil, sobre todo en comparación con otras de América Latina. Su debilidad se expresa en la falta de calificación de la mano de obra, lo cual a su vez es reflejo de las atrasadas condiciones económicas del país. Debido a su debilidad, nuestra clase obrera, a los ojos de Urrutia, sólo puede conseguir poder de negociación cuando se apoya en el Estado o es apoyada por éste. Eso sucedió en los años 30 con el ascenso del liberalismo al poder. Antes lo que vivió la clase obrera fue un revolucionarismo que no hizo sino

---

28 ROBERT ALEXANDER, *Organized Labor in Latin America*, Nueva York, The Free Press, 1965; VICTOR ALBA, *Politics and the Labor Movement in Latin America*, Stanford, Stanford University Press, 1969.

29 MIGUEL URRUTIA, *Historia del sindicalismo*, *op. cit.*

reafirmar su debilidad. Desde los años cuarenta, el crecimiento económico, especialmente industrial, posibilitó un tipo de sindicalismo diferente: basado en mano de obra calificada podrá adelantar mejor su lucha económica sin necesidad de apoyarse en el Estado. Ese es el meollo de su análisis. No sobra recalcar que el grueso del trabajo de Urrutia se centra en la primera mitad de este siglo, aunque da unas rápidas pinceladas sobre los años 50 y 60.

Paralelamente a la influencia norteamericana en el pensamiento social colombiano, los años sesenta vivían una efervescencia de teorías críticas. El desencanto con el Frente Nacional, el impacto de la revolución cubana y las oleadas de protesta con altas dosis de imaginación, constituían el trasfondo de este despertar. No es extraño que, en esas condiciones, el marxismo haya hecho irrupción en los centros académicos (pues ya flotaba en el ambiente político desde tiempo atrás). Aunque profundamente polarizada en torno a los centros difusores del marxismo, nuestra izquierda intelectual y política compartió una matriz interpretativa básica, el leninismo. En últimas, la disputa era sobre quién representaba más puramente esa matriz.

En forma sintética, para no abundar sobre un tema conocido, podemos decir que el leninismo —fruto del Lenin del *Qué hacer*— parte del supuesto de la escisión entre lucha económica y política. Esta escisión, a su vez, es entendida en el marco de la metáfora base-superestructura y en una sociedad crecientemente polarizada entre dos clases antagónicas: la burguesía y el proletariado. Mientras la primera pone la política al servicio del desarrollo capitalista, el segundo es el único con capacidad de superar ese economicismo y llevar a buen término la transformación revolucionaria. Pero para eso necesita ser consciente, y esa conciencia no viene de la misma cotidianidad —"oscura y gris"—, sino de fuera, del partido de vanguardia. Por ello, para el leninismo la principal tarea es la construcción de ese partido.

El atractivo de esta perspectiva estaba no sólo en las condiciones de protesta ya señaladas, sino en la ruptura radical con la explicación desarrollista que implicaba. El problema ya no era cómo lograr el desarrollo, sino cómo hacer la revolución, que se suponía superaría todas las condiciones de atraso inherentes al capitalismo y nos llevaría a un estado más avanzado de la humanidad: el socialismo.

Puestas así las cosas, los historiadores marxistas y leninistas buscaban en el pasado tanto los orígenes de ese partido como la supuesta acción revolucionaria de la clase. En caso de no hallarse ésta, la tarea era develar

en dónde se había fallado y quiénes eran los responsables. Esto dio origen a toda una corriente historiográfica que hemos llamado "voluntarista". El énfasis va a recaer, no en esa vida cotidiana de los trabajadores —controlada por los distintos aparatos del Estado burgués—, sino en sus luchas. Se trataba de hacer una épica de las conquistas laborales y una crítica de las derrotas. No es extraño, en consecuencia, que los temas privilegiados para la lectura histórica fueran las huelgas, los sindicatos y, en el fondo, la posible existencia del partido de vanguardia o sus antecedentes.

Muchas de las grandes obras sobre el sindicalismo colombiano se ubican en esta perspectiva, que aquí hemos simplificado en aras de nuestros propósitos analíticos, sin negar sus aportes historiográficos y metodológicos. Desde el seminal trabajo de Ignacio Torres Giraldo, hasta sofisticadas elaboraciones recientes, hacen parte del acervo leninista con relación al mundo laboral. Veamos los principales exponentes de esta corriente.

Ignacio Torres Giraldo venía escribiendo desde los años cuarenta —luego de su expulsión del Partido Comunista— sobre aspectos históricos, sin contar con la suerte de encontrar una casa editorial que lo patrocinara. A principios de los años setenta se publican los 5 volumenes de *Los inconformes*[30] —que dicientemente llevan por subtítulo "Historia de la rebeldía de las masas en Colombia". Como era propio de la época en que los escribió (en plena Violencia), Torres Giraldo quiso hacer una historia total de Colombia desde los de abajo. Se trata de unos textos con abundante material empírico —aunque a veces atiborrado y desorganizado— y con una constante perspectiva leninista de análisis. No es una elaborada obra académica sino el fruto de las reflexiones de un activista. Tal vez por ello tradicionalmente se le considera una buena fuente histórica, mas no un hito historiográfico.

Desde una postura ortodoxa leninista se publicó en 1971 la obra de Edgar Caicedo, *Historia de las luchas sindicales en Colombia*. Militante del Partido Comunista, Caicedo no sólo no lo oculta sino que hace de esa militancia su punto de partida interpretativo[31]. Ello se transparenta en la

30 *Los inconformes*, Bogotá, Ed. Margen Izquierdo, 1973.

31 En el Prólogo dice explícitamente: "Sólo bajo la orientación del Partido Comunista la clase obrera llega a ser clase 'para sí', esto es, consciente de su propia misión en la sociedad". *Historia de las luchas sindicales en Colombia*, 3ª ed., Bogotá, Fondo Editorial Suramericana, 1977.

misma periodización y valoración de los períodos: Formación (1900-1930); Ascenso y Desviación (1930-1945); y Paralelismo y Violencia (1946-1957). La presencia o no del PC, asumido como el partido verdadero de vanguardia, es garantía del éxito de las luchas. Esto, por supuesto, coloca un sesgo en su perspectiva histórica, no sólo por la obvia militancia, sino por la linealidad de la reconstrucción.

Si bien hoy en día es discutible una postura como la de Caicedo, lo que no quiere decir que aún no se siga practicando, hay algunas ventajas en su trabajo. El hecho de pertenecer al Partido le dio acceso a unas fuentes no trabajadas por Urrutia, quien estaba en la otra orilla política, y por el mismo Torres Giraldo. Este aspecto le otorga un valor empírico a esta obra. Finalmente, no sobra señalar que al publicar una postura tan lineal pero coherente, sentó los términos de un debate que no arrojará muchas luces interpretativas, pero sí contribuirá a aumentar el conocimiento del pasado obrero.

Casi quince años después de publicada la primerta edición del libro de Caicedo, Gustavo Almario, un joven militante del partido maoísta MOIR, retoma con la misma pasión el paradigma leninista, pero ahora para criticar al PC[32]. En esos quince años fueron muchos los trabajos de corte similar que se hicieron, clandestina o semiclandestinamente, desde las distintos grupos de izquierda. Todos para demostrar cuál era el leninista más puro.

El objeto de estudio de Almario son los petroleros. Lo que sorprende no es que se critique al PC, ese era el lugar común del resto de la izquierda, sino que 15 años después de Caicedo se produzcan reconstrucciones históricas sin afectar los presupuestos teóricos leninistas. Nuevamente hay que confesar que, en el caso de los interesados en la historia de los petroleros, el autor ofrece información novedosa, enmarañada desafortunadamente en un discurso claramente político.

Contrasta con esta dogmatización del leninismo de la izquierda por fuera del PC, los trabajos descriptivos y analíticos que los militantes de este último continuaron realizando, especialmente en torno al CEIS y a la revista *Estudios Marxistas.* Junto con *Ideología y Sociedad,* y otras pocas revistas de aparición esporádica como *Teoría y Práctica* y *Uno en Dos,* estas publicaciones se convirtieron en verdaderos órganos de difusión de inves-

---

32 GUSTAVO ALMARIO, *Los trabajadores petroleros,* Bogotá, Cedetrabajo, 1984.

tigaciones sociales e históricas sobre la realidad nacional. Aunque marcadas por el sesgo partidario, hicieron aportes empíricos y contaron con interesantes reflexiones teóricas.

Allí aparecieron importantes trabajos históricos como los de Nicolás Buenaventura sobre el proletariado agrícola (tópico hasta ese momento ausente de los estudios laborales); Medófilo Medina sobre la política obrera en el Frente Nacional y sobre composición del proletariado urbano; y de Álvaro Delgado sobre evolución del sindicalismo y del movimiento huelguístico[33]. El trabajo de este último debe destacarse por la rigurosidad con la que ha ido reconstruyendo las estadísticas de huelgas en el país, aportando la serie histórica más confiable desde 1962 hasta hoy. Estos esfuerzos cuantitativos tienen un gran valor pues contribuyen a delimitar el campo de estudio, en este caso concreto, el movimiento obrero colombiano.

Pero el debate "voluntarista" sobre la existencia de la verdadera vanguardia y su proyección en la historia obrera no se apagó. Desde otras esquinas alejadas formalmente del leninismo se revivía constantemente. El investigador alemán Klaus Meschkat, por ejemplo, ha venido escribiendo —sin que corra suerte con alguna casa editorial colombiana— sobre el socialismo de los años veinte[34]. Entre tantas cosas interesantes que analiza —en un período y sobre un tema que aún merece más estudios— revive el debate al señalar que fue el Partido Socialista Revolucionario el verdadero conductor del proletariado colombiano y que, por el contrario, el PCC sacrificó la independencia de clase alcanzada en los veinte.

Con una postura proclive al anarquismo, Alfredo Gómez desarrolla una interpretación similar. No fueron el marxismo y sus partidos (PSR y especialmente PCC) las fuentes del espíritu revolucionario de los trabajadores colombianos en sus primeras épocas, sino los herederos criollos de Bakunin y Kropotkin. Pero como el anarquismo fue débil en nuestro medio, el autor recurre a retocadas explicaciones para señalar que había

---

33 *Estudios Marxistas* núms. 8 y 9, 1975; 13, 1977; y 23, 1982. ALVARO DELGADO continuó publicando textos sobre el movimiento huelguístico y la experiencia de la CSTC (Ver bibliografía anexa). En la actualidad está completando la serie histórica de huelgas entre 1958 y 1990. De esta forma es posible en el futuro articular mis hallazgos (series entre 1919 y 1945 y las que actualmente trabajo entre 1946 y 1957) con las de Delgado.

34 Véase, por ejemplo, "Movimientos sociales y partido revolucionario", mimeo, 1982.

más anarquismo de lo que comúnmente se pensaba. Aunque sus conclusiones son discutibles, tiene el mérito de colocar sobre el tapete un aspecto descuidado en nuestra historia: la presencia o no del anarquismo[35].

A pesar de la lejanía confesional de estos autores con relación al leninismo, no ofrecen alternativas interpretativas diferentes de la perspectiva que aquí hemos llamado voluntarista. Es hora de condensar sus aportes y vacíos, para dar paso a otras corrientes. Pese a representar una postura crítica a la aparente ingenuidad del desarrollismo, la matriz leninista cayó en una nueva linealidad y sobre todo en una cacería de brujas sobre el pasado —siempre mirado desde el presente—, que además de nuevos elementos empíricos ingeniosamente hallados, no aportó mucho a la interpretación del pasado obrero en nuestro medio.

Desde los años sesenta, en América Latina se venía difundiendo y consumiendo una perspectiva directamente crítica del desarrollismo: la "teoría de la dependencia". Aunque alimentada por el marxismo, especialmente por las teorías del imperialismo de Lenin y Rosa Luxemburgo, esta será una variante estructuralista en el pensamiento latinoamericano y nutrida por el pensamiento cepalino. Los pensadores de esta teoría sostenían que no era el dualismo interno de nuestras sociedades lo que producía el subdesarrollo, sino los lazos estructurales de dependencia que nos dejaban en un papel secundario en el sistema económico mundial. La historia del subcontinente se veía, en consecuencia, como la sucesión de diversas formas de colonialismo.

Mario Arrubla fue exponente en nuestro medio de esta perspectiva, la cual sin embargo no tuvo impacto explícito en los estudios laborales[36]. No sucedió lo mismo en el plano latinoamericano. El estudio del norteamericano Hobart Spalding fue un intento de aplicar dicha teoría a la historia laboral del subcontinente[37]. Este libro no se conoció en nuestro

---

35 ALFREDO GÓMEZ, *Anarquismo y anarco-sindicalismo en América Latina*, Barcelona, Ruedo Ibérico, 1980. La presencia anarquista ha sido también analizada en el reciente libro colectivo sobre *Biófilo Panclasta (El eterno prisionero)*, Bogotá, Proyecto Cultural "Alas de Xue", 1992, que además de recavar en las limitaciones de Gómez, cae en cierta apología del singular personaje.

36 MARIO ARRUBLA, *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*, Bogotá, Editorial Tigre de Papel, 1971.

37 HOBART SPALDING, *Organized Labor in Latin America*, Nueva York, Harper & Row, 1977.

medio sino hasta épocas recientes, lo cual reafirma la insularidad de nuestra formación académica.

Spalding representó un paso importante en los estudios históricos laborales. Por primera vez se planteaba un esquema comparativo que trascendía la simple caracterización de sociedades y clases obreras como parte de ellas, pro o anti-norteamericanas. Por el contrario, la estructura de dependiencia desmitificaba el supuesto papel positivo jugado por los Estados Unidos en la construcción de América Latina. Las clases obreras del subcontinente enfrentaron difíciles condiciones no sólo por los lazos económicos con el imperialismo, sino por la presencia de Estados —más o menos dependientes— que jugaban una doble táctica —cooptación y represión— para controlarlas. Spalding hizo además una valiosa denuncia del papel jugado por los Estados Unidos y sus agencias de ayuda, en la conformación del sindicalismo latinoamericano.

Aunque la perspectiva dependentista no tuvo eco explícito en los estudios laborales en Colombia, fue un sociólogo francés quien más uso hizo de ella para explicar el pasado de nuestros trabajadores. Daniel Pécaut, en su obra *Política y sindicalismo en Colombia*, publicada en 1973[38], explica la debilidad del movimiento obrero nacional por dichas estructuras de dependencia. De ahí que el país cuente con un escaso peso del sector manufacturero y sí una gran componente artesanal en nuestra clase obrera. La baja tasa de sindicalización no es sino otra de las manifestaciones de esa debilidad estructural del movimiento obrero.

Las condiciones generales de nuestra economía produjeron la escisión de diferentes dinámicas en las que se involucraba débilmente el Estado: el desarrollo económico, la integración política y las demandas sociales. La clase obrera colombiana, hasta los años 40, desarrolló tres "lógicas" de acción para enfrentar esas dinámicas de la sociedad: la económica (UTC), la política (CTC) y la social (el gaitanismo).

En posterior obra, *Orden y violencia* (1987), Pécaut hará una ponderada reconstrucción de la historia nacional en la primera mitad de este siglo en torno a la antinomia de orden y violencia[39]. Sin embargo, en cuanto al análisis del mundo obrero, las hipótesis serán del mismo tenor

---

38 DANIEL PÉCAUT, *Política y sindicalismo en Colombia*, Medellín, Editorial la Carreta, 1973.

39 DANIEL PÉCAUT, *Orden y violencia* (2 ts.), Bogotá, Cerec-Siglo XXI, 1987.

de su texto anterior. Le cabe, en todo caso, el mérito de sacar los estudios laborales de la estéril polémica "voluntarista", colocando en el centro del análisis los lazos de dependencia y su impacto en el Estado y en los grupos subordinados, la clase obrera principalmente.

El papel del Estado en la historia del país es retomado desde una perspectiva aún más crítica por Fernando Rojas y Víctor M. Moncayo[40]. Basados en la escuela europea de la derivación lógica del capital, señalan las distintas formas como el capital se manifiesta. Desde la moneda, pasando por la mercancía y la relación salarial, hasta el Estado, todas ellas son formas de manifestación de un capital que obra con una lógica implacable. No hay espacio para "conquistas" laborales mientras se esté bajo la égida capitalista. Antes por el contrario, ellas son formas distractoras que ocultan la verdadera consolidación del capitalismo.

Se produce así una desmitificación de la creencia en el avance progresivo y acumulativo de las luchas obreras, supuesto sobre el que trabajaban autores como Caicedo. Se coloca al Estado al desnudo: no es ni la entidad neutra del desarrollismo, ni el instrumento que puede ser utilizado por el proletariado para hacer la revolución del leninismo. El Estado en sí es una forma del capital y hay que abolirlo para hablar de cambios radicales. Era una postura crítica, casi profética, ante la izquierda y el leninismo —por supuesto los autores no creen en la existencia de un partido de vanguardia, pues los partidos pueden ser formas de control del capital también— que se acercaba, a regañadientes, al anarquismo. Lo que sí quedaba muy atrás, por fortuna, era la cacería de brujas propia del voluntarismo. La historia, a estas alturas, ya no se explicaba por el acierto o la traición de los líderes obreros o políticos.

A pesar del claro aporte teórico, y tal vez empírico en cuanto al análisis crítico de la legislación laboral, esta corriente terminaba por no dejarle espacio a la acción de la gente, pues todo estaba sobredeterminado por el capital. Hicieran lo que hicieran los obreros, el inexorable fin ya se presagiaba: el triunfo del capital. Sólo restaba esperar un gran movi-

---

40 FERNANDO ROJAS y VÍCTOR MANUEL MONCAYO, *Las luchas obreras y el derecho laboral en Colombia*, Medellín, La Carreta, 1978. Otra vena que se abre recientemente en los estudios históricos se aparta de la denuncia profética de estos autores y busca detectar el impacto que la legislación laboral y el Estado tienen en la conformación y evolución del movimiento obrero.

miento que acabara del todo con el capitalismo y sus secuelas, pero ese movimiento no se insinuaba por ningún lado. Con Moncayo y Rojas llegó el pensamiento marxista en nuestro medio a su punto más profético o denunciativo.

Si Moncayo y Rojas retomaron radicalmente la crítica al Estado, Charles Bergquist revivió el análisis estructural de la dependencia para realizar su estudio comparativo de movimientos obreros en cuatro países latinoamericanos[41]. El caso colombiano es explicado básicamente a partir de la economía cafetera. La historia obrera no es vista por el historiador norteamericano como apéndice del Estado o de las clases dominantes, ni siquiera como proyección de los líderes y los partidos de izquierda. Responde básicamente a una lógica derivada del sistema económico mundial. Allí donde la integración económica se realiza a través de productos controlados por capitales nacionales, las clases obreras enfrentarán peores condiciones para construir alianzas y conseguir independencia política (Argentina y Colombia). Al contrario, en países como Chile y Venezuela, en donde los productos de exportación están controlados por el capital multinacional, los obreros han logrado expresar más independencia política, consiguiendo alianzas progresivas.

Para el caso colombiano, Bergquist propone además una nueva conceptualización. La historia laboral ya no trata solamente del obrero urbano, sino de todos aquellos que trabajan con sus manos o son directamente productivos. Los artesanos y los campesinos, y seguramente los empleados de "cuello blanco", entrarían en esta nueva categoría. Aunque es contundente la crítica de Bergquist a las ideologías que desprecian los campesinos, incluidos ciertos marxismos, no lo es cuando se propone una nueva categoría —trabajadores— que por ser tan amplia pierde poder explicativo.

Bergquist tiene otro mérito además de propiciar un análisis comparativo: el tratamiento de las variables culturales en la formación de valores entre los trabajadores colombianos. De esta forma explica, por ejemplo, la aceptación de valores liberales, sin recurrir a los clásicos argumentos de traición o falsa conciencia. Aunque el historiador norteamericano no comparte la aproximación thompsoniana al estudio de la clase obrera, le otorga

41 CHARLES BERGQUIST, *Los trabajadores en la historia de América Latina*, Bogotá, Siglo XXI, 1987. El libro fue publicado en inglés un año antes.

a los elementos culturales un papel importante en su reconstrucción histórica.

Digamos finalmente que estas últimas corrientes historiográficas enunciadas tienen en común varios problemas y aciertos. Al contrario de los primeros estudios anecdóticos y de muchos escritos en una perspectiva voluntarista, estos trabajos muestran solidez teórica. Por eso mismo se alejan del fangoso terreno de la búsqueda de la pureza revolucionaria y de todo el moralismo implícito. Colocan el énfasis en aspectos estructurales, así ellos mismos no los reconozcan. Unos, develan la existencia de lazos de dependencia. Otros, los intentos del Estado y las clases dominantes por controlar el movimiento obrero.

Precisamente, por ese énfasis en lo estructural pecan por ignorar o dejar en segundo lugar el complejo mundo de la vida cotidiana de los trabajadores. Es cierto que no hacen una historia épica de huelgas y sindicatos, y menos de partidos de vanguardia. Pero por insistir tanto en las estructuras, dejan en segundo plano a los actores concretos. A veces, especialmente en el caso de Moncayo y Rojas, es una historia sin gente. Suponen que la evolución de los obreros, de alguna forma, está determinada desde fuera (el Estado, la economía, la dependencia o el capital), con lo que ahogan el posible espacio de la acción propia de ellos.

Hay, finalmente, un conjunto de estudios sobre el movimiento obrero, que intentan superar los vacíos señalados acudiendo a nuevas perspectivas teóricas y metodológicas, haciendo uso de fuentes no convencionales. Son trabajos dispersos que no conforman una escuela, con temáticas disímiles, incluso con motivaciones profesionales diferentes a la historia. A duras penas señalan, con grandes limitaciones, nuevos derroteros.

Aunque la reflexión fundamental parte de la crisis de la acción obrera y de los partidos de izquierda, fenómenos que impactan nuestro medio académico a fines de los ochenta, se nutren de las nuevas tendencias teóricas en Europa y América. Nos referimos básicamente a los estudios del "marxismo británico" de E. P. Thompson, E. Hobsbawm, G. Rudé y, recientemente, P. Burke, R. Samuel y el taller de historia de Oxford, y de la "nueva historia social" norteamericana entre la que podemos señalar a S. Stern, F. Mallon, E. Vioti Da Costa, B. Weinstein, M. Jiménez y B. Larson.

De una forma u otra, se enfatiza en la necesidad de volver en los estudios históricos al mundo de la "experiencia" o de la cotidianidad, descuidado en los análisis estructurales. Rescatan la permanente actividad

de la gente, aún en momentos de aparente sumisión. Más que ver a los trabajadores como cajas vacías que reciben pasivamente la dominación, los ven en permanente actividad ofreciendo formas de resistencia, aunque no siempre ellas sean exitosas. Por esta vía esos estudios convergen con las teorías sobre movimientos sociales ya señaladas en las primeras secciones.

Tampoco comparten el acento voluntarista de las visiones enmarcadas en la matriz leninista. No intentan hacer una historia épica de luchas y organizaciones, y menos parten de un supuesto *deber ser* de los trabajadores. Los estudian desde una perspectiva más histórica y menos esencialista. No les asignan una teleología, sino que tratan de estudiarlos en su comportamiento histórico, así este no sea de su agrado político. Sin embargo, comparten con el marxismo el marco general de análisis centrado en el conflicto de clases.

Finalmente, critican el énfasis en factores externos (el Estado, la economía, el capital o el partido de vanguardia) en la reconstrucción del pasado del movimiento obrero. Por decirlo de alguna forma, privilegian el hacerse de la clase desde factores internos. Ello no implica una visión ingenua con relación a los mecanismos de dominación, pero sí un especial acento en la perspectiva interpretativa. Esto les permite acercarse a temáticas relativamente descuidadas por la historiografía anterior. Nos referimos, por ejemplo, a acercamientos a la identidad regional o local de los trabajadores, e incluso a nivel de empresa; a la vida cotidiana, tiempo libre y diversiones; a la sexualidad y el género; y, en fin, a lo que se ha llamado la *cultura obrera*.

Estas recientes aproximaciones han incursionado en nuevas metodologías y fuentes. Con timidez se vuelve al uso de las biografías y a lo que en general se llama la micro-historia, tratando de tipificar el conjunto a partir de las particularidades. Por la misma vena se acude a los estudios regionales o locales. Se utilizan fuentes inexploradas como las novelas históricas y las crónicas, los diarios y anecdotarios, correspondencia privada y el amplio campo de las fuentes orales.

Aunque estos supuestos no son explícitos en todos estos estudios, de alguna forma se los plantean. Incluimos aquí trabajos que provienen de disciplinas afines como la sociología y la antropología. Nos referimos a los estudios de antropología urbana de Julián Arturo sobre los obreros en Bogotá y a los de sociología del trabajo de Anita Weiss, Orlando Grisales y Rainer Dumbois. Se deben incluir también, aunque no tengan necesaria-

mente una pretensión histórica, los análisis sociológicos de Rocío Londoño sobre el sindicalismo[42].

Mención especial tiene en este campo el libro de Alberto Mayor, titulado *Ética, trabajo y productividad en Antioquia*. Aunque su objeto es el estudio de un núcleo de formación profesional con gran impacto en la modernización del país (la Escuela Nacional de Minas), Mayor dedica buenas páginas a la formación de valores obreros en Medellín y a la estructuración de una disciplina de trabajo[43].

Desde la perspectiva regional hay también notorios avances, especialmente en lo relativo a Medellín y Barrancabermeja. Los estudios de Iván Darío Osorio y Hernán Darío Villegas nos acercan al pasado sindical, el primero, y cultural, el segundo, de los trabajadores antioqueños. Por la misma vena iban las investigaciones, desafortunadamente interrumpidas, de Ana María Jaramillo y Jorge Bernal[44]. La realización de dos encuentros de investigadores sobre estas temáticas en Medellín, así como los numerosos talleres con obreros de base, en el segundo lustro de los ochenta, indudablemente favorecieron el fortalecimiento de esta línea regional en Antioquia y de nuevos enfoques investigativos[45].

Con relación al tema de género y trabajo, el libro de Luz Gabriela Arango es pionero, no sólo por ser el primero que lo aborda como tal, sino por la rigurosa metodología aplicada. Luz Gabriela hace un estudio por cohortes o generaciones de trabajadores y va mostrando, con lujo de detalles, la forma como se van conformando y modificando las relaciones laborales y de género en la empresa textil de Fabricato.

Finalmente debemos mencionar mi más reciente libro —*Cultura e identidad obrera*— que pretende consolidar esta nueva línea investigativa.

---

42 De ahora en adelante los trabajos se citan en la bibliografía final. Aquí sólo haremos referencia a aquellos que no están en ese listado.

43 Además del ya citado libro de Mayor, hay que mencionar las investigaciones que en los años sesenta realizó el norteamericano CHARLES SAVAGE, *Sons of the Machine*, Cambridge, MIT Press, 1986. Aunque su interés eran los métodos de administración de las empresas, fijó sus ojos en aspectos relacionados con la vida de las fábricas antioqueñas y sus trabajadores.

44 ANA MARÍA JARAMILLO y JORGE BERNAL, *Sudor y tabaco*, Medellín, Sintracoltabaco, 1987. Véanse también los artículos publicados en *Relecturas*, núm. 5, 1987.

45 Frutos de esos eventos son las publicaciones: *La investigación sobre el movimiento obrero en Colombia*, Medellín, IPC-ENS, 1985; *Historia y cultura obrera*, Medellín, IPC-ENS, 1987.

Se trata de un estudio que, moviéndose entre lo regional y lo nacional, intenta reconstruir la historia obrera desde la perspectiva de la identidad. La delimitación temporal es de 1910 a 1945. Hay un cubrimiento de la vida cotidiana, dentro y fuera de los sitios de trabajo, pero también de las luchas obreras, parte especial de esa cotidianidad. En la construcción de la identidad obrera se reconocen los aportes de tradiciones artesanas y de todos los elementos que conforman la cultura de los trabajadores asalariados en el período estudiado.

Esta lectura de conjunto sobre la construcción histórica de la clase obrera, centrada en su identidad, no ha estado exenta de problemas y límites. La categoría identidad no es suficientemente desarrollada teóricamente. Otra ausencia es el descuido por la ideología, descartada muy rápidamente en la teoría y poco desarrollada en la narrativa. De esta manera, no se analiza el impacto de la familia y la educación formal en la formación de la clase obrera. Se peca también por descuidar los factores externos en el hacerse de la clase. Tal vez debería pensarse que, por las debilidades estructurales del caso colombiano, la clase obrera y los movimientos sociales, sufren más influencias externas (Estado, partidos políticos tradicionales y de izquierda) de lo que se esperaría.

Por último, aunque se reconoce la importancia del intento comparativo entre cuatro regiones, hay vacíos, tanto en la consideración de otras regiones importantes (el Valle del Cauca y Santander) como en el tratamiento micro de los procesos de producción a nivel de empresa. Otras investigaciones en esta línea ofrecerían un panorama mucho más completo sobre formas particulares de identificación de los obreros y obreras. Esta no es falla del estudio como tal, sino un llamado a continuar en esa línea investigaciones de caso, como las realizadas por Luz Gabriela Arango.

A manera de conclusión de esta sección, podemos señalar que hay indudables avances en la investigación sobre el movimiento obrero. Los paradigmas interpretativos no son ya la aparente ingenuidad desarrollista, la búsqueda del verdadero *espíritu revolucionario* y del *partido* de vanguardia, o las abstractas leyes de la dependencia económica o de la lógica del capital. Algo de esas perspectivas se ha asumido, pero con un nuevo énfasis en los actores, vistos como sujetos activos en permanente tensión entre dominación y resistencia. El escenario privilegiado de la reconstrucción histórica no es la épica sino una cotidianidad que, lejos de ser oscura y gris, es un complejo cruce de conflictos sociales. El reto que queda a las nuevas corrientes es integrar, en ese continuo hacerse de la

clase, el mundo interno y cultural de los obreros con las determinaciones e influencias externas. Esto implica trazar puentes con las corrientes más ricas de las explicaciones que hemos llamado "estructurales", especialmente en lo tocante a las relaciones entre desarrollo económico, Estado y movimiento obrero. De no hacerlo así corremos el riesgo de tratar a los movimientos sociales como grupos aislados de lo que los rodea. Ello sería no sólo un error teórico sino un grave descuido histórico, pues ningún movimiento social, y menos el obrero, se ha formado en una "campana de vidrio".

Hay todavía mucho por hacer, pero ya se ha iniciado. Faltan más estudios sobre género, infancia y especialmente sobre el impacto de la familia y la escuela en el hacerse del movimiento obrero. La historia regional obrera hasta ahora despega y hay zonas aún sin estudios de caso. La línea monográfica de investigaciones de empresa no se debe perder, pero buscando el punto de vista comparativo. De esta forma le saldremos adelante a las conocidas críticas de dispersión en los estudios históricos laborales. Así, hay períodos que siguen oscuros para la historiografía, sobre los que necesitamos más investigaciones: la Violencia es el principal ausente, pero faltan miradas de conjunto y diacrónicas sobre el Frente Nacional y los años 80.

APROXIMACIÓN HISTORIOGRÁFICA A LOS MOVIMIENTOS CAMPESINOS

Unas aclaraciones previas se imponen antes de iniciar nuestro acercamiento historiográfico a los movimientos campesinos. Al contrario de los estudios sobre clase obrera, en donde se acepta una categorización que la define, en los estudios sobre el campesinado siempre está presente la pregunta sobre quiénes lo conforman. La heterogeneidad del campesinado, al contrario de la homogeneidad asignada al movimiento obrero, ha sido una gran dificultad para estudiarlo como clase. El campesinado no corresponde a intereses unívocos de clase, pues agrupa sectores tan disímiles como los jornaleros, los colonos y los campesinos medios, para mencionar unos cuantos. Pero no sólo es heterogéneo en su composición, sino que sus luchas han sufrido modificaciones sustanciales a lo largo de este siglo —argumento que sería más fuerte si consideráramos las luchas agrarias desde los tiempos coloniales. De los pliegos de peticiones e invasiones de tierra de los años veinte y treinta a las marchas campesinas

—con gran componente cívico— de los ochenta hay sus diferencias. Por ello hablamos en plural de movimientos campesinos y no del singular que se puede aplicar a la clase obrera.

La pregunta por el papel del campesinado en la historia es relativamente nueva en el país pues, como señala Bejarano, hasta los setenta el pasado agrario era una historia de instituciones y no de gente[46]. El campesinado, a pesar de contar con siglos de existencia, se demoró en aparecer en el imaginario de los colombianos y en particular en la historia social nacional.

La inquietud sobre la composición del campesinado tiene implícita la duda sobre el lugar que ocupa en la formación de la sociedad colombiana. No se trata de un interrogante retórico sino, por el contrario, definitivo para emprender cualquier estudio sobre el campo, máxime si el campesinado ha sido predominante, como sucedió en nuestra sociedad hasta mitad de este siglo. Las dos alternativas clásicas —proletarización o recomposición— obran como paradigmas de explicaciones históricas de la evolución de los trabajadores rurales en el momento de hallarles un sitio en nuestra sociedad.

Sin ánimo de soslayar el debate sobre la composición del campesinado, nosotros aventuraríamos una definición provisional: éste estaría conformado por todos aquellos trabajadores rurales cuya reproducción proviene fundamentalmente de su trabajo directo en la tierra[47]. Obviamente esta relación con la tierra tiene variantes tanto en términos de procesos de trabajo como de reproducción social. Esta definición señala una heterogeneidad propia del campesinado, pero lo distingue tanto de los terratenientes (no trabajan directamente la tierra) como de los típicos asalariados rurales (pues estos se reproducen básicamente por la relación salarial), aunque hay indudables cercanías culturales con estos últimos.

---

46 JESÚS ANTONIO BEJARANO, "Campesinos, luchas agrarias e historia social", en *A.C.H.S.C.*, núm. 11, 1983, pág. 251.

47 Esta definición está cerca de la que operativamente ofrece CATHERINE LEGRAND: "pequeños cultivadores rurales que dependen de la mano de obra familiar para producir lo que consumen". *Colonización y protesta campesinas en Colombia, 1850-1950*, Bogotá, Universidad Nacional, 1988, pág. 18. La diferencia radica en el énfasis sobre el trabajo directo de la familia y no en la tierra, lo cual excluye al jornalero y peón rural.

Los estudios sobre movimientos campesinos se distancian de aquellas explicaciones teóricas que atribuyen al campesinado su dispersión productiva o geográfica y su supuesta cultura de subordinación como elementos constitutivos de su identidad. La primera es una particularidad histórica y la segunda un sesgo común en los intelectuales que han analizado al campesinado y que no se compadece con los movimientos agrarios del país. En este último caso hay una clara sospecha no sólo sobre las posibilidades transformadoras del campesinado, sino sobre su potencial de acción autónoma. Sin embargo, no dejamos de señalar estas visiones tradicionales sobre el campesinado porque constituyen puntos de referencia en muchas lecturas de sus movimientos[48].

Si se duda sobre la autonomía del campesinado, poco se esperará de un "movimiento" campesino[49]. Para un juicioso analista del tema como Eric Wolf, la movilización campesina busca en últimas su reproducción social por la vía de un retorno al pasado. El campesinado, según Wolf, no tiene muchas opciones ante el dilema de incorporarase al mundo mercantil o quedarse al margen. Si hace lo primero deja de ser campesino[50]. Vistas así las cosas, es poco el margen que les queda a estos grupos sociales de incorporarse al proceso de modernización o de superviviencia como tal.

Alain Touraine, por su parte, en un análisis más global sobre los movimientos sociales en América Latina, no le da muchas posibilidades de existencia al movimiento campesino, pero sí al campesinado. Los trabajadores rurales, según el sociólogo francés, cuando se movilizan lo hacen con dos alternativas: para mantener o recuperar la comunidad (caso en el cual no son movimientos sociales modernos); o bajo la perspectiva

---

48 En este sesgo caen analistas como ERIC HOBSBAWM, *Los campesinos y la política*, Barcelona, Cuadernos Anagrama, 1976; y ERIC WOLF, *Las luchas campesinas en América Latina*, México, Siglo XXI, 1972. Este es un caso que cae en la crítica que Ch. Bergquist hace de las concepciones liberales o marxistas (herederas en este caso de las primeras) prejuiciadas con el campesinado. *Los trabajadores..., op. cit.*, cap. 5.

49 Este es el meollo del citado balance historiográfico de Bejarano y de un reciente artículo de LEÓN ZAMOSC, "Transformaciones agrarias y luchas campesinas en Colombia, un balance retrospectivo (1950-1990)", en *Análisis Político*, núm. 15, 1992. También en esta línea, pero para el siglo XIX, se inscribe el polémico artículo de GUIMAR DUEÑAS, "Algunas hipótesis para el estudio de la resistencia campesina en la región central de Colombia. Siglo XIX", *en Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 20, 1992, págs. 90-106.

50 ERIC WOLF,"*Las luchas campesinas...*", *op. cit.*

de un "sindicalismo agrario" (réplica efímera del sindicalismo obrero). En cualquier caso, no cumplen los requisitos asignados por el autor a un movimiento social: identidad (hay mucha heterogeneidad en los campesinos), totalidad (viven dispersos) y oposición (difícilmente ubican su antagonista)[51]. Obviamente no compartimos esta aproximación teórica porque, además de no abarcar la riqueza de la movilización campesina en el subcontinente, coloca al campesinado en una posición de inferioridad de la que es difícil deducir un movimiento como los aquí considerados.

Desde una aproximación más histórica, Henry Landsberger nos ofrece elementos para acercarnos a los movimientos campesinos en el país. Para Landsberger el campesinado incluye a "todos los cultivadores rurales de *status* bajo". El movimiento campesino, en consecuencia, se produce como reacción a una modificación de ese status[52]. Dejando de lado aquello del "*status* bajo" —a lo que el autor le dedica muchas líneas— señalemos que es un acercamiento que saca a los estudios sociales sobre el campesinado del crudo economicismo. Este no respondería mecánicamente a estímulos materiales. Pero queda en Landsberger aún la visión de los campesinos como entes reactivos, sin dinámica propia.

Sin embargo, en su balance historiográfico, Landsberger plantea unas líneas temáticas que son de utilidad para comprender nuestra producción histórica sobre movimientos rurales. El señala que todo estudio sobre movimiento campesino debe cubrir cinco grandes temas o preguntas: a) los cambios estructurales anteriores al movimiento como tal; b) los objetivos e ideologías de éste; c) los medios, métodos y formas organizativas; d) las alianzas; y e) las condiciones de éxito o fracaso[53]. Aunque no dudamos en señalar que la mayoría de los estudios analizados en esta sección han abordado estos problemas, lo han hecho desigualmente, ponderando unos más que otros y descuidando, en general, el punto b), o simplemente atribuyéndolo a influencias externas (de derecha o de izquierda).

---

51 ALAIN TOURAINE, *op. cit.*, cap. 2 de la 3ª parte. Lo que más se acercaría a un movimiento campesino como tal sería el zapatismo, según Touraine.

52 HENRY LANDSBERGER, *Rebelión campesina y cambio social*, Barcelona, Crítica, 1978, págs. 32-40.

53 *Ibid.*, págs. 40-46. Estas preguntas son parecidas a las que planteaba GEORGE RUDÉ para estudiar las multitudes preindustriales. *La multitud en la historia*, 2ª parte, Madrid, Siglo XXI, 1979.

Queda por considerar una nueva propuesta historiográfica, con tímido impacto aún en nuestros análisis sobre movimientos campesinos. Nos referimos a la propuesta enmarcada en lo que E. P. Thompson llamó la "economía moral de la multitud pre-industrial", desarrollada luego por James Scott en sus análisis del sudeste asiático a principios de siglo[54]. Esta perspectiva insiste en que el campesinado, en los momentos de transición estudiados por los autores, no reacciona meramente ante estímulos económicos, sino también porque siente que el orden social que ha construido es violado. El motivo de los movimientos no es solamente la subida del precio del pan o de las rentas que se deben pagar a la hacienda, sino porque se rompe el orden justo construido. El campesinado, como otros grupos sociales en transición, desarrolla distintas estrategias para recuperar el orden perdido o crear uno nuevo (estrategias que abarcan desde la concertación pacífica hasta la resistencia armada). Por lo tanto, los movimientos campesinos no se definen *per se* como tradicionalistas o reactivos a estímulos económicos o políticos[55].

Con esta visión nos acercamos a la dimensión de sentido cultural, que está en el centro de la reproducción social del campesinado. Desde esta nueva perspectiva, él puede ser visto ahora como depositario de ingenio, con potencial transformador y con más capacidad de autonomía[56].

Tal vez estas dudas y oscilaciones de los investigadores sociales expliquen por qué, en contraste nuevamente con el caso obrero, hay en

54 De THOMPSON, véase *Tradición, revuelta y conciencia de clase,* Barcelona, Crítica, 1984, págs. 62-134. De SCOTT, *The Moral Economy of the Peasant,* New Haven, Yale University Press, 1976.

55 Desde una perspectiva bien diferente, Alain Touraine habla de la existencia de "protestas morales" en el marco de los movimiento urbanos latinoamericanos, pero dicha protesta es simplemente una oposición "tradicional" al orden establecido. *América Latina..., op. cit.,* págs. 247-250.

56 BROOKE LARSON, sin embargo, anota que el énfasis de Thompson y Scott en sociedades en transición hacia la modernización puede dejar de lado consideraciones sobre campesinos integrados a circuitos comerciales modernos. Por ello Larson plantea que más que una teoría, este acercamiento es una herramienta metodológica para acercarnos a nuestros campesinos. "Explotación y economía moral en los Andes del sur: hacia una reconsideración crítica", en *Historia Crítica,* núm. 6, enero-junio 1992, págs. 75-98. La crítica de Larson, por supuesto, es aplicable a visiones como las mencionadas de Wolf.

nuestro medio pocos estudios históricos sobre movimiento campesino y sí abundantes sobre economía, legislación e instituciones agrarias.

Un problema adicional que hemos enfrentado en este informe es la dificultad de distinguir estudios históricos sobre movimientos sociales en el agro, de los análisis sobre procesos de colonización y de violencia. Es obvio que los primeros muchas veces fueron fruto de dinámicas individuales, y aun colectivas, que no buscaban enfrentamientos sociales sino simplemente de poblamiento con acceso a la tierra. Sin embargo, dentro de nuestra amplia definición de movimientos sociales, muchas de estas dinámicas tendrían cabida y habrá que explorarlas en el futuro.

Los trabajos sobre colonización constituyen una de las áreas más dinámicas en la investigación sobre el campo, especialmente porque posibilitan un acercamiento a la cultura y vida cotidiana de los colonos. En relación con la Violencia, es más difícil aún la delimitación de campos[57]. Las dinámicas de apropiación de tierras o de disputas por las ya tituladas —e incluso las que buscan simplemente una modernización del campo— generan conflictos que muchas veces se traducen en acciones armadas defensivas y ofensivas. Los estudios de la Violencia, que la explican como una "revancha terrateniente", ponen el dedo en la llaga al señalar alguna continuidad entre conflictos agrarios y expresión armada. Catherine LeGrand ha indicado cómo se superponen los mapas de áreas de colonización sobre los de conflictos agrarios y de estallidos de violencia. Finalmente, William Ramírez ha indicado claramente la continuidad entre formas de colonización armada y espontánea[58].

Con toda la carga de dudas e interrogantes que hemos explicitado, y sin que tengamos aún claras respuestas, intentaremos hacer ahora un somero recorrido por la producción de carácter histórico sobre el movimiento campesino. El tema como tal surgió en los años setenta, aunque previamente hubo estudios como los de Alejandro López y Antonio García

57 Máxime cuando alguien como Hobsbawm señala que la Violencia ha sido la mayor movilización campesina de Occidente, con excepción tal vez de la revolución mexicana. Citado por BEJARANO, "Campesinos...", *op. cit.*, pág. 284.

58 "La guerrilla rural en Colombia: una vía hacia la colonización armada", en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, vol. 4, núm. 2, 1981. Esto deja planteada la posibilidad de estudiar la resistencia armada como un movimiento social. De CATHERINE LEGRAND ver *Colonización...*, *op. cit.*

sobre la "cuestión agraria", que tocaban la presencia campesina[59]. Por la misma vena, pero más recientemente, se ubican los trabajos de Albert Hirschman y Darío Mesa, quienes pusieron sobre el tapete el papel de la agitación campesina de los años 20 y 30 en el marco de las modificaciones políticas ocurridas por esa época[60]. Más recientemente, sin proponerse estudiar explícitamente a los movimientos campesinos, Jaime E. Jaramillo ha producido rigurosas aproximaciones teóricas, basadas en investigaciones de caso, sobre economía campesina, colonización y composición del campesinado[61].

Lo primero que salta a la vista es el relativo paralelismo con que se producen teorías explicativas sobre los movimientos obreros y campesinos, aunque los estudios sobre estos últimos aparezcan con cierto rezago. En los años sesenta, el paradigma desarrollista no sólo produjo estudios sobre el papel del sindicalismo en la evolución económica del país, sino análisis etnográficos o de microsociología sobre sociedades rurales. Con una marcada influencia del dualismo (tradicional vrs. moderno), se buscaba identificar los rasgos tradicionales de dichas sociedades, en contraste con las urbanas, asumidas como expresiones más modernas[62]. En ese gran marco se produjo el estudio clásico del sociólogo Orlando Fals Borda, sobre los *Campesinos de los Andes.*

En el decenio de los setenta se presentaba en el país la movilización campesina dirigida por la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos. La aparición en la escena pública de lo más cercano a un movimiento campesino impactó lógicamente la producción historiográfica. Era también el momento de gran difusión del marxismo en la matriz leninista,

---

59 ALEJANDRO LÓPEZ, *Problemas colombianos,* París, Editorial América, 1927; ANTONIO GARCÍA, *Geografía económica de Caldas,* Bogotá, 1978. La primera edición fue en los años 40.

60 De HIRSCHMAN ver *Estudios sobre política económica en América Latina,* Madrid, Aguilar, 1964. De DARÍO MESA su ensayo "El problema agrario en Colombia, 1920-1960", publicado por primera vez en los años 60.

61 JAIME EDUARDO JARAMILLO, *Estado, sociedad y campesinos,* Bogotá, Tercer Mundo, 1988. Como ya lo señalábamos anteriormente, no vamos a detallar la producción sobre estos temas, pues escapan de nuestra delimitación historiográfica.

62 CATHERINE LEGRAND dice que este enfoque, " no ofrece una percepción adecuada de la génesis del conflicto rural en América Latina. Tiene el defecto de que le arrebata su propia historia a las gentes del campo." *Colonización y protesta..., op. cit.,* pág. 12.

como ya lo constatamos. De esta forma surgen estudios que, teniendo como telón de fondo el movimiento campesino de la ANUC, se interrogaban sobre sus antecedentes. Por ello la atención historiográfica se concentró en las luchas agrarias de los veinte y los treinta. Gonzalo Sánchez (1977), quien había trabajado antes sobre el levantamiento socialista de 1929, publicó su ensayo sobre las ligas campesinas. Casi simultáneamente Gloria Gaitán, la hija del caudillo, publicó su análisis sobre los conflictos agrarios de esos años. Estos textos más monográficos fueron precedidos por estudios globales sobre las luchas agrarias desde el siglo XIX hasta el presente, como los de Pierre Gilhodès (1973) y de Hermes Tovar (1975).

Estos libros aportaron al conocimiento de un período poco estudiado en la historiografía nacional y, sobre todo, iniciaron la desmitificación de la supuesta sumisión del campesinado, llamando la atención sobre un momento álgido de protesta rural, así esta se haya concentrado en ciertas zonas cafeteras y de colonización. Desafortunadamente los autores quedaron envueltos en el tipo de debate político-académico del momento: qué organización política había orientado mejor al campesinado o había construido más acertadamente la llamada "alianza obrero-campesina". Si para los historiadores del Partido Comunista éste había conducido bien las luchas, con obvias fallas, para la hija de Gaitán sólo el gaitanismo había sido el auténtico dirigente del campesinado. Gonzalo Sánchez, por su parte, opinaba que ningún grupo de izquierda había hecho su papel con relación al campesinado y que, por el contrario, lo habían traicionado[63]. No es muy difícil ver la relación que este debate tenía con el "voluntarismo" que analizábamos en los estudios sobre clase obrera. Era la misma polémica leninista sobre la existencia de una vanguardia política obrera que, en este caso, supiera concitar el apoyo campesino.

Paralelamente se producían estudios de carácter histórico sobre economías agrarias, especialmente el café. Además de los análisis de Mariano Arango y Absalón Machado, sobresale el estudio de Marco Pala-

---

63 DARÍO FAJARDO, *Haciendas, campesinos y políticas agrarias en Colombia, 1920-1980*, Bogotá, Oveja Negra, 1983; y MEDÓFILO MEDINA, *Historia del partido comunista*, Bogotá, Ceis, 1980, respectivamente, refutaron el señalamiento de Sánchez. El debate también giró en torno a las condiciones económicas y el origen de las luchas agrarias: mientras para Gloria Gaitán el movimiento campesino se centró donde se habían afianzado las relaciones capitalistas, Sánchez, con más acierto, señalaba que el movimiento irrumpió por la crisis de las haciendas tradicionales.

cios por su riqueza de matices y por su acercamiento al tema de la protesta campesina en los años veinte y treinta. Palacios, más que entrar en la estéril polémica sobre la traición o no al movimiento campesino de esos años, construye una explicación a partir de la composición social de las haciendas y el diferente papel jugado por colonos-arrendatarios y peones-jornaleros.

Los ensayos socio-económicos, como los mencionados para el café o la panela, de alguna manera recogían la tradición de estudios microsociológicos o etnográficos. Estos estudios señalaron claramente que, desde la sociología, la economía y la antropología, se había consolidado una reflexión sobre la formación del campesinado. Aunque aportaron en el conocimiento de la economía campesina, no dejaban de ofrecer problemas para el estudio de los campesinos como actores sociales. Nuevamente debemos señalar que el énfasis en explicaciones estructurales o meramente económicas, descuidaba aspectos sociales, políticos y culturales del mundo rural y dejaba en segundo plano a los movimientos campesinos como tales.

En los años ochenta se fortalece una tendencia investigativa que busca superar las limitaciones del "voluntarismo" o del "economicismo". Se trataba de recurrir, como lo sugería Marco Palacios, al tema de la colonización. Era una forma de contextualizar mejor el origen del campesinado, acercándose a él más desprevenidamente, menos politizadamente. Esto era más apropiado para la reflexión académica de este decenio, máxime si se tiene en cuenta que para fines de los setenta la movilización campesina y la misma ANUC estaban en reflujo.

En esta línea investigativa, que no es el objeto central de nuestro balance, se destaca el citado trabajo de Catherine LeGrand. No sólo fue novedoso en la temática —relación entre colonización y conflictos— sino en la amplia cobertura regional y cronológica, y en la misma utilización de fuentes desconocidas o poco trabajadas. En esta línea han continuado otros historiadores como Elsy Marulanda y José Jairo González[64].

Con inquietudes parecidas, pero con el propósito explícito de romper con las temáticas tradicionales, e incluso con los mismos parámetros metodológicos académicos, se ubican los libros de Alfredo Molano sobre

64 ELSY MARULANDA y JOSÉ JAIRO GONZÁLEZ, *Historias de frontera*, Bogotá, CINEP, 1991.

colonización. Sin muchas pretensiones teóricas y con un uso ágil y ameno de las entrevistas, reconstruye la historia cotidiana de la gente de apartadas regiones recientemente pobladas. Molano se coloca ex-profeso en el borde entre literatura y ciencias sociales, primando a veces más la primera que la segunda. Esto no demerita su trabajo, sino que pretende ubicarlo en su punto.

Hay, finalmente, dos obras aparecidas en los años ochenta que constituyen piezas claves en el estudio de los movimientos campesinos. Se trata de la *Historia doble de la costa*, en cuatro volúmenes y dos canales, de Orlando Fals Borda; y los estudios de León Zamosc sobre la ANUC. Su importancia radica en que tocan directamente la temática que nos compete: el campesinado como actor social. En esa misma perspectiva novedosa se encuentra la investigación del historiador norteamericano, Michael Jiménez, sobre el campesinado de Viotá en la primera mitad de este siglo. Su tesis doctoral desafortunadamente no ha sido publicada y en nuestro medio sólo conocemos un par de capítulos aparecidos en la *Hispanic American Historical Review* y en *Historia Crítica*[65]. Se destaca el cuidadoso acercamiento que el autor hace no sólo a las condiciones sociales del campesinado cafetero del centro de Colombia, sino a dimensiones relativamente descuidadas como el problema de género, uso del tiempo libre, cultura y resistencia en Viotá.

Orlando Fals Borda, distante ahora de sus enfoques funcionalistas de los años sesenta y cercano al marxismo, incursiona en la cuestión agraria para concentrarse en una cuidadosa reconstrucción de la historia de la región costeña. No dudamos en catalogar este trabajo como pionero en estudios sociales sobre una región que carece prácticamente de ellos. Con un enfoque distante del voluntarismo, en la medida en que Fals cree menos en los partidos de vanguardia y más en la dinámica propia del movimiento, resalta las capacidades de los campesinos costeños. Es también una obra rica en matices culturales de dicha región, aunque a veces exageradamente regionalista.

A pesar de la polémica sobre la validez de su reconstrucción (por la ausencia de citas y de referencias bibliográficas, por el poco esfuerzo

---

65 Véase su "The Limits of Export Capitalism: Economic Structure, Class and Politics in Colombian Coffee Municipality, 1900-1930". Tesis doctoral, Harvard University, 1985, y los artículos mencionados en la bibliografía.

comparativo con otras regiones del país y de América Latina, y por las grandes dosis de imaginación y de regionalismo que el autor coloca)[66], para nuestros propósitos conviene señalar que por primera vez se habla en nuestro medio del campesinado, no como una fuerza reactiva a los estímulos externos, sino con dinámica propia. No es extraño, por tanto, que Fals se ubique en las polémicas recientes como el defensor de la autonomía del movimiento campesino, con una posición que a veces raya en la idealización.

Desde una postura teóricamente más cercana a la expresada por nosotros en la primera parte de este informe, se ubican los trabajos de León Zamosc[67]. El primero, aparecido en 1987, es un balance de la evolución de la ANUC. Con una distancia crítica suficiente y con abundancia de fuentes escritas y orales, Zamosc coloca distintas variables en juego para explicar el auge y la crisis de dicha organización campesina. El punto de interpretación no es solamente el aporte ideológico del marxismo, ni la posterior pugna entre las organizaciones de izquierda —hecho que juega un determinado papel pero no es toda la explicación de la crisis de la ANUC—, ni siquiera la habilidad o no del Estado en integrar o reprimir a los campesinos. El punto central en la historia del movimiento campesino de los setenta, a los ojos de Zamosc, es su composición social. La diversidad de intereses que favorece un inicial auge, da al traste con la cohesión organizativa y crea dificultades para convocar el apoyo de otros sectores sociales.

Más recientemente Zamosc ha vuelto a escribir sobre el tema, estableciendo contrastes entre la movilización de los setenta y la de los ochenta. Allí claramente establece dos tesis que nos resultan de mucho interés. De una parte afirma tajantemente que hay que dejar de ver los movimientos campesinos como reacciones primitivas a estímulos externos. El campesinado colombiano ha demostrado contar con una dinámica propia en su protesta y movilización. La segunda hipótesis es la aplicación de la anterior: más que ver el cambio de los setenta a los ochenta como un retroceso del movimiento campesino, hay que mirarlo como el resultado

66 Es de mucha utilidad el debate que Bergquist y Fals tuvieron con relación a la obra del segundo. En ese debate, que apareció en el *A.C.H.S.C.*, núms. 16-17, 1988-1989, Bergquist hace una valiosa crítica historiográfica que aquí resumimos.

67 Cristina Escobar y Silvia Rivera trabajaron con Zamosc aspectos del movimiento campesino de los setenta.

de distintas "estrategias" acordes con las coyunturas vividas. Los campesinos pasaron de una radical movilización en torno a la recuperación de la tierra a una postura más realista, pero no por ello pasiva o sumisa, de "defensa de la economía campesina y, como parte de eso, la búsqueda de participación y representación dentro del Estado"[68].

Podemos concluir realizando un corto balance de lo dicho, señalando avances y vacíos. A pesar del indudable aporte de los últimos estudios reseñados, es claro que la movilización campesina posterior a la ANUC aún requiere análisis. Lo mismo podríamos decir sobre otros períodos como los finales del siglo XIX y los años cuarenta y los sesenta de este siglo. Sobre la Violencia hay muchos estudios, aunque no necesariamente asuman la perspectiva de ver en el campesinado posibilidades de movimiento social. Por la misma vena no sobraría recalcar la necesidad de colocar el problema del actor social en los abundantes trabajos sobre economía campesina o sobre la "cuestión agraria".

Los renovadores textos sobre colonización deberían plantearse con claridad lo que Catherine LeGrand mostraba: el carácter conflictivo de ésta. No sobraría recomendar la inclusión de otras regiones hasta ahora descuidadas, como la misma costa atlántica. Por todo lo anterior creemos que si bien hay consolidada una reflexión sobre economía campesina, la historia social y cultural del movimiento campesino está aún en ciernes.

LOS ESTUDIOS SOCIALES SOBRE MOVIMIENTOS CÍVICOS

Las luchas cívicas primero y luego los movimientos cívicos, aunque tienen expresiones históricas que se remontan a mediados del siglo pasado, hicieron irrupción generalizada a partir de los años sesenta de esta centuria. Esto explica el hecho de que sólo hasta finales de los setenta se hayan convertido en objetivo de la investigación social en el país. En comparación con la producción historiográfica sobre los movimientos ya considerados, en este caso se trata de reflexiones relativamente recientes provenientes de diversas ciencias sociales, especialmente de la sociología, que están en proceso de precisión conceptual, solidez en las tipologías y maduración teórica. A pesar de estas limitaciones, fruto del objeto de estudio como tal, es mucho lo que se ha avanzado en escasos 15 años de

---

68 ERIC WOLF, "Las luchas campesinas...", *op. cit.*, pág. 66.

producción, desde la aparición de un ensayo del historiador Medófilo Medina sobre los paros cívicos en 1977[69]. Antes de iniciar el balance historiográfico propiamente dicho conviene hacer unas precisiones conceptuales.

La aparición, relativamente tardía, de estudios sobre movimientos cívicos, inicialmente sólo vistos como luchas, ha dificultado la construcción de conceptos precisos para designar lo que se quiere analizar. Otra dificultad se añade a la ya señalada: por tratarse de un movimiento social que no responde unívocamente a intereses de clase, las categorías analíticas para su entendimiento no cuentan con tanta tradición "teórica", como sucede en el caso de los movimientos obreros o campesinos. La teoría se nutre más bien de las recientes elaboraciones en torno a los movimientos sociales, a las que hacíamos referencia en la primera parte de este informe. Pero lo que es una dificultad, puede convertirse —y de hecho así ha sucedido— en una ventaja: ante los movimientos cívicos pierden validez los paradigmas teóricos cerrados y se pueden aplicar más creativamente diversos modelos explicativos de la realidad social.

Uno de los primeros obstáculos que encuentra quien realiza un balance sobre los estudios que se centran en los movimientos cívicos es el uso indiscriminado de distintos conceptos para referirse a ellos: luchas urbanas, movimientos regionales, paros cívicos, movimientos populares, etc. Siguiendo a Javier Giraldo, consideramos que el apelativo *cívico* denota que el sujeto reivindicador es el ciudadano como tal. Por tanto, las acciones cívicas reivindican los derechos del ciudadano[70]. Clara I. García señala, además, que la mayoría de los autores cuando hablan de lo cívico

---

69 Todos los balances consultados sobre este tema señalan el artículo de MEDÓFILO MEDINA, "Los paros cívicos en Colombia (1958-1977)", como el pionero en plantear la problemática y sentar las pautas metodológicas de análisis. Véase CLARA I. GARCÍA, "Por los caminos de la teoría y la política: balance de los estudios sobre los movimientos cívicos en Colombia", mimeo, Medellín, INER, 1990, pág. 5; y ALFONSO TORRES, "Estudios sobre pobladores urbanos en Colombia", en *Maguaré*, núm. 9, 1993, pág. 135.

70 JAVIER GIRALDO, "La reivindicación urbana", en *Controversia*, núms. 138-139, Bogotá, Cinep, 1987. Seguiremos básicamente a Giraldo —quien realiza una cuidadosa taxonomía del accionar cívico— en las definiciones que haremos en esta sección, siendo conscientes de que el tomar una u otra acepción remite a concepciones teóricas específicas.

tienden a oponerlo a la política, especialmente partidista, reproduciendo la contradicción, cara al marxismo, entre sociedad y Estado[71].

El accionar cívico ha tenido en Colombia expresiones puntuales (luchas y paros) y más duraderas (movimientos). El *paro cívico* es una modalidad de parálisis total o parcial de las actividades en una unidad poblacional. Generalmente va acompañado de acciones como bloqueos de vías, marchas, tomas de entidades, etc. La *lucha cívica* es una acción colectiva tendiente a denunciar carencias o a expresar demandas colectivas y a ejercer presión sobre quienes pueden satisfacerlas. Dentro de ella incluimos acciones como movilizaciones, tomas de entidades, petitorios e incluso la amenaza de paro cívico.

Por *movimiento cívico* entendemos el conjunto de acciones colectivas coordinadas por grupos relativamente estables, espaciadas en el tiempo, con objetivos reivindicativos que tienden a la satisfacción de demandas sociales de un amplio sector poblacional. Recordando los dilemas planteados en los inicios de este ensayo, debemos enfatizar que los movimientos cívicos no se restringen a la sumatoria de paros o luchas, aunque estos sean su manifestación principal, ni tampoco se igualan a los aparatos organizativos, actores cruciales de ellos pero con los cuales no se deben identificar.

Los movimientos cívicos no sólo se desarrollan en espacios concretos, sino que responden a demandas en donde lo territorial constituye un aspecto central reivindicativo y un elemento definitivo en la identidad de los actores. Por ello hablamos de movimientos cívicos *locales o regionales*, según la dimensión territorial involucrada en el movimiento. Desde esta perspectiva espacial, los llamados *movimientos urbanos* serían expresiones de los movimientos cívicos referidos al ámbito de la ciudad. Por esta misma vena distinguimos los movimientos cívicos de los étnicos o culturales localizados en un área geográfica, porque su identidad no es territorial sino étnica o cultural. Los movimientos cívicos incorporan estas últimas dimensiones, pero no constituyen su rasgo distintivo, así como la mera existencia en un espacio no define la identidad de los movimientos étnicos o culturales. El ámbito territorial no se refiere sólo a un espacio geográfico: expresa relaciones sociales, tradiciones culturales, estructuras de poder, historias comunes y prácticas cotidianas.

---

71 CLARA INÉS GARCÍA, "Por los caminos...", *op. cit.*, págs. 51-52.

Aunque, como ya se ha señalado, los estudios sobre luchas cívicas se inician propiamente en 1977, cuentan con antecedentes en los análisis sobre las protestas urbanas y en general sobre la problemática de la ciudad, análisis que se remontan a fines de los cincuenta e inicios de los sesenta. El desproporcionado crecimiento de las ciudades colombianas, resultado de múltiples procesos de expulsión de campesinos de áreas rurales y su desplazamiento a los centros urbanos, o de migración de pequeñas ciudades a las grandes, puso sobre el tapete la necesidad de estudiar con rigor el problema urbano[72]. En un principio, la matriz teórica utilizada fue la aportada por la sociología funcionalista y en particular su propuesta de la marginalidad. Los sectores populares urbanos eran vistos como "marginados" —disfuncionales— de la modernización capitalista. De no ser integrados podrían representar un peligro para la estabilidad del sistema. Según Alfonso Torres, el mejor exponente de esta tendencia sociológica fue Ramiro Cardona[73]. Se manifiesta aquí de nuevo la coincidencia con las teorías que alimentaban la temprana reflexión sobre otros movimientos sociales como el obrero o campesino, lo cual es obvio si nos atenemos al impacto que ellas iban teniendo en nuestro medio académico.

Al igual que en los estudios sobre los movimientos sociales ya analizados, el funcionalismo fue cuestionado en las investigaciones urbanas por corrientes que integraban la "teoría" de la dependencia y una incipiente crítica marxista. En esta perspectiva se inscribe el ensayo de Emilio Pradilla, que buscaba ubicar el problema urbano en el contexto de las contradicciones del capitalismo[74].

Al fragor de la lucha de los habitantes de la zona oriental de Bogotá contra la propuesta de una vía rápida para el transporte particular —la Avenida de los Cerros— se escribió un libro que buscaba "racionalizar" esa experiencia[75]. Se trata de un texto que combina el relato con alguna

---

72 Una de las primeras reflexiones sobre el tema fue la de CAMILO TORRES en su tesis de grado para la Universidad de Lovaina, aunque no fue conocida inmediatamente en nuestro medio. En el 61 se publicó un capítulo de su tesis y sólo hasta fines de los ochenta salió a la luz pública toda la investigación: *La proletarización en Bogotá*, Bogotá, Cerec, 1987.

73 ALFONSO TORRES, "Estudios sobre pobladores...", *op. cit.*, pág. 133.

74 EMILIO PRADILLA, "La política urbana del estado colombiano", *en Ideología y Sociedad* núm. 9, enero-marzo, 1974.

75 GRUPO DE ESTUDIO J. RAIMUNDO RUSSI, *Lucha de clases por el derecho a la ciudad*, Medellín, Editorial 8 de Junio, 1975.

interpretación, basada en Manuel Castells, y con no pocas dosis de militancia, como era propio de la época. Un año después el Cinep publicó otra interpretación sobre el significado de dicha avenida para los sectores populares, especialmente de los barrios de la zona nororiental (Paraíso y Pardo Rubio)[76]. En ambos estudios, con diverso grado de rigor, se insistía en la tesis de mirar las luchas urbanas como expresiones de la lucha de clases.

Con esos antecedentes se publicó el ya mencionado artículo de Medófilo Medina sobre paros cívicos entre 1958 y 1977. Aunque el autor habla de "movimiento cívico" es evidente que el énfasis lo coloca en los paros, a los que designa como modalidad de "lucha de masas". La referencia explícita a Lenin hace innecesario extendernos en el peso que éste tiene en el ensayo de Medina. No extraña, por tanto, que en el artículo se busquen las conexiones del accionar cívico con las del proletariado —las que se ven coincidentes— y el posible potencial revolucionario del primero como "escuela de unidad popular".

El mayor aporte de Medina radicó en la propuesta metodológica para hacer el seguimiento de las luchas cívicas. Sus preguntas sobre la trayectoria de los paros, la ubicación espacial, las reivindicaciones, la respuesta oficial y el liderazgo, fueron retomadas por autores como Jaime Carrillo y Luz Amparo Fonseca, y prácticamente se mantienen como guía de análisis aún hoy[77]. Ellos tres constituyen el primer acercamiento a las luchas cívicas, mas no así a los movimientos cívicos como tales. La aproximación se hacía desde la perspectiva de los paros y con un énfasis en la cuantificación[78]. No podía ser de otra forma el inicio de la investigación sobre los movimientos cívicos; era necesario definir de qué se estaba

---

76 JORGE E. VARGAS y LUIS I. AGUILAR, "Planeación urbana y lucha de clases. Los circuitos viales", en *Controversia*, núm. 47, Bogotá, Cinep, 1976.

77 JAIME CARRILLO, *Los paros cívicos en Colombia*, Bogotá, Oveja Negra, 1981; y LUZ A. FONSECA, "Los paros cívicos en Colombia", en *Desarrollo y Sociedad*, Cuadernos CEDE núm. 3, 1982.

78 Según CLARA GARCÍA, aunque los tres autores comparten estos elementos, hay diferencias de matices en sus investigaciones. "Medina se centró en el análisis del papel del movimiento obrero sobre la dinámica, la base social y la dirección del movimiento cívico; Carrillo enuncia tesis sobre el movimiento cívico y la crisis urbana; Fonseca plantea posibles relaciones a confirmar entre los diversos contextos regionales y locales, y los paros cívicos". "Por los caminos...", *op. cit.*, pág. 6.

hablando. Sin embargo, como lo indica Clara García, el énfasis en la forma de la lucha cívica (lucha de clases) no se correspondía con el contenido (reivindicativo) de ella. La rigidez de la matriz leninista impedía un acercamiento que diera cuenta de la complejidad de los movimientos cívicos[79].

Un elemento común a estos estudios fue el que se centraron en las luchas cívicas más que en los movimientos como tales, aunque a veces utilizaban equívocamente esta categoría. Ello reflejaba lo que se presentaba en la realidad social. Sólo hasta finales de los setenta aparecieron movimientos (con permanencia en el tiempo y objetivos de cambio social) que daban continuidad a luchas dispersas[80]. Por tanto, era difícil tener un objeto de estudio que aún no afloraba claramente en la sociedad. La irrupción de movimientos cívicos pondrá sobre el tapete la problemática relacionada con el desarrollo regional desigual y la denominada crisis urbana.

Preguntas de este tipo llevaron a Pedro Santana a hacer una relectura de Manuel Castells, a principios de los ochenta, aunque aún atado a la mirada de los paros cívicos[81]. Se inicia así una enriquecedora contribución de teóricos neo-marxistas al entendimiento de la problemática cívica y urbana. Castells plantea que los movimientos sociales urbanos son acciones colectivas destinadas a transformar los intereses y valores sociales

---

79 Paralelamente se produjeron algunos escritos de carácter periodístico, como los de ÓSCAR DELGADO, *El paro popular del 14 de septiembre de 1977*, Bogotá, 1977; y ARTURO ALAPE, *Un día de septiembre. Testimonios del paro cívico*, Bogotá, Ediciones Armadillo, 1980. En palabras de ALFONSO TORRES, estos ensayos aportaron valiosa información testimonial y documental sobre el paro del 77. "Estudios sobre pobladores...", *op. cit.*, pág. 135.

80 Apoyándonos nuevamente en J. GIRALDO, "La reivindicación urbana", podemos señalar la existencia de los siguientes movimientos cívicos: Comuneros 81, nacido en Vélez en 1978; Movimiento cívico de Arauca, que en 1972 apareció en el contexto del movimiento campesino del Sarare y se formalizó en los 80; Movimiento cívico del oriente y sureste antioqueños, surgido como tal en 1981; Movimiento cívico popular de Nariño en 1983; y Movimiento Sons of the Soil, de San Andrés, en 1984.

81 "El paro cívico nacional, 1981", en *Controversia*, núm. 101, Bogotá, Cinep, 1982 y "Desarrollo regional y paros cívicos en Colombia", en *Controversia*, núms. 107-108, Bogotá, Cinep, 1983. A fines de los 80 SANTANA publica un libro en el que sintetiza sus reflexiones previas: *Los movimientos sociales en Colombia*, Bogotá, Editorial Foro, 1989.

inscritos en las formas y funciones de una ciudad históricamente determinada. Surgen en torno a demandas de consumo colectivo, defensa de la identidad cultural asociada al territorio y la movilización política en torno al gobierno local[82].

Para Santana, en consecuencia, el énfasis va dejando de ser la forma del accionar cívico, para mirar con más cuidado el significado de sus reivindicaciones. Los movimientos cívicos, más que los paros aislados, reflejaban la "resistencia social" a las modalidades de desarrollo capitalista en el país. Por esta vía, el autor se introduce en la problemática del desarrollo desigual regional. Lo territorial no es visto ya solamente como la variable de localización de la lucha cívica, sino como el espacio de acción de los nuevos movimientos. Ahora bien, como dice Clara García, la lectura que Santana hace de los movimientos cívicos como expresiones de resistencia social, señala una supuesta limitación de estos pues no alcanzan a transformar la sociedad. La explicación reside, en últimas, en limitaciones de la conciencia. Santana sigue, pues, añorando el cambio revolucionario al oponer resistencia y poder (estatal), sociedad (civil) y Estado[83].

A mediados de los ochenta, con mayor presencia de movimientos, la reflexión sobre ellos continuará profundizando las sendas abiertas por los estudios previos de Medina y Santana. Un equipo de investigadores del Cinep, liderados por Javier Giraldo, llevarán la discusión a un terreno aún más flexible, y por ende más enriquecedor[84]. La pregunta que los

---

82 Véase sus obras *Movimientos sociales urbanos*, México, Siglo XXI, 1976, y *La ciudad y las masas*, Madrid, Alianza Editorial, 1986. Otros autores neo-marxistas que aportarán a la lectura de los movimientos urbanos son JEAN LOJKINE, *El marxismo, el Estado y la cuestión urbana*, México, Siglo XXI, 1979; y JORDI BORJA, *Movimientos sociales urbanos*, Buenos Aires, CIAP, 1975.

83 CLARA GARCÍA, "Por los caminos...", *op. cit.*, págs. 23-24. Una obra colectiva que recoge el estado de la cuestión desde la perspectiva urbana lo constituye la publicación, *La problamética urbana hoy en Colombia*, Bogotá, Cinep, 1982. Allí hay por lo menos dos artículos relacionados con la temática de movimientos sociales: el de ULPIANO AYALA y LUZ A. FONSECA, "Las investigaciones sobre empleo y pobreza y movimientos sociales en el CEDE"; y el de PEDRO SANTANA, "Movimientos populares y reivindicaciones urbanas".

84 SANTIAGO CAMARGO y JAVIER GIRALDO, "Paros y movimientos cívicos en Colombia", en *Controversia*, núm. 128, Bogotá, Cinep, 1985; ÁLVARO CABRERA y otros, *Los movimientos cívicos*, Bogotá, Cinep, 1986; y JAVIER GIRALDO, "La reivindicación urbana, 1982-1986", en *Controversia*, núms. 138-139, Bogotá, Cinep, 1987.

marca, y que venía insinuada desde antes, es sobre la relación entre la lucha reivindicativa y la lucha política. Alimentados tanto por los teóricos neo-marxistas como por Alain Touraine, señalan que existen distintos niveles de significación de las prácticas sociales en los movimientos cívicos. En otras palabras, la conciencia de los sectores populares es discontinua, pero a la postre tiende a imponerse una lógica pragmática en su movilización. En la tensión entre lógica pragmática utópica y pragmática en el accionar cívico, los sectores populares colombianos se inclinan por la segunda, en gran parte debido a la imagen negativa que tienen de la política. Pero la acción reivindicativa —marcada por el pragmatismo— produce rupturas, aunque efímeras. A pesar de la aparente limitación de ese accionar, en él se encierran elementos para la construcción de una sociedad alternativa[85].

En esta visión se hace una lectura más compleja de los movimientos cívicos sin colocarles necesariamente un deber ser revolucionario. Se les mira más en su existencia real, recalcando el peso que en ellos tienen las dimensiones espaciales, culturales, lúdicas y subjetivas. Por supuesto que no se resuelve la pregunta acerca de la discontinuidad entre lo social-reivindicativo y lo político-transformador, salvo la hipotética formulación de la construcción de una sociedad alternativa, pero por lo menos se toca fondo en precisar las preguntas[86].

En la segunda mitad de los ochenta la investigación sobre los movimientos cívicos se orientó por dos vías que profundizaban los caminos ya trazados: la problemática regional y el protagonismo político de los movimientos cívicos.

En el primer aspecto vale la pena mencionar los trabajos del mismo Santana, los realizados por Orlando Sáenz sobre el oriente antioqueño y los del equipo urbano de Cinep[87]. Además del énfasis en una perspectiva

---

85 Estas consideraciones son tomadas del texto de Giraldo, *Ibid.*, págs. 185-200.

86 CLARA GARCÍA, "Por los caminos...", *op. cit.*, págs. 24-28. MARTA CECILIA GARCÍA ha continuado, desde la perspectiva abierta por Giraldo, la cuantificación de las luchas cívicas, "Las cifras de las luchas cívicas, el cuatrienio de Barco, 1986-1990", en *Documentos Ocasionales*, núm. 62, Cinep, 1990.

87 Véase, además del ya citado texto de Santana de 1989, ORLANDO SÁENZ, "Los movimientos sociales en el oriente antioqueño", Bogotá, Colciencias, 1988; y SANTIAGO CAMARGO, "Talleres regionales sobre movimientos cívicos", material no publicado que reposa en la biblioteca del Cinep.

claramente territorial, estos estudios incorporan metodológicamente los aportes testimoniales[88]. En los acercamientos regionales ha sido definitiva la presencia de ONG como el mismo Cinep, Foro por Colombia y recientemente Corporación Región, así como la creación de institutos de investigación regional, en los que la historia tiene gran peso, como el INER de la Universidad de Antioquia.

En la segunda vía la producción ha sido más abundante. Mencionamos los artículos de Camilo González, imbuido todavía de la necesidad de orientar políticamente a los movimientos cívicos en torno a lo local; Luis Alberto Restrepo, con su propuesta del fortalecimiento de la sociedad civil popular; y Orlando Fals Borda, quien señala la posibilidad de construcción de la democracia desde los movimientos cívicos y sociales en general[89].

Hay una última vena de reflexiones que, sin mencionar explícitamente a los movimientos cívicos, sí aporta luces, especialmente historiográficas, para su comprensión. Nos referimos a los estudios sobre protesta urbana y luchas barriales. Los antecedentes de esta "línea" investigativa, en la que ha hecho más presencia la disciplina histórica, están en los estudios de Jacques April-Gniset sobre la evolución histórica de la ciudad en el país y los de Gilma Mosquera sobre las luchas por el suelo urbano[90]. Estas investigaciones buscaban romper con la matriz funcionalista para explicar la crisis de las ciudades en aspectos como el suelo urbano, los

---

88 Un ejemplo de ello es la elaboración de la lucha cívica en Barrancabermeja por JAIRO CHAPARRO, "Recuerdos de un tropelero", en *Documentos Ocasionales*, núm. 63, Cinep, 1991.

89 CAMILO GONZÁLEZ, "Movimientos cívicos, 1982-1984, poder local y reorganización de la acción popular", en *Controversia*, núm. 121, Bogotá, Cinep, 1984; LUIS ALBERTO RESTREPO, "El protagonismo político de los movimientos sociales", en *Foro*, núm. 2, 1987; y ORLANDO FALS BORDA, "Movimientos sociales y poder político", en *Estudios Políticos*, núm. 8, 1989; del mismo autor, "El papel de los movimientos sociales", en *Foro*, núm. 11, 1990.

90 JACQUES APRIL-GNISET, *La ciudad colombiana*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1991, y especialmente, *El impacto del 9 de Abril sobre el centro de Bogotá*, Bogotá, Centro Gaitán, 1983; GILMA MOSQUERA, "Luchas por el suelo urbano en Colombia, 1951-1981", en *Memorias del III Congreso de Historia de Colombia*, Medellín, 1982; y "El movimiento por la vivienda en Colombia", ponencia al 4° Seminario Internacional Peval-Cehap, 1988. Con una intención más de crónica, el periodista CARLOS ARANGO publicó sus *Crónicas de la lucha por la vivienda en Colombia*, Bogotá, Editorial Colombia Nueva, 1981.

servicios públicos, el transporte citadino y la vivienda. Primaba la perspectiva marxista que enfatizaba la existencia de la lucha de clases en el marco de la crisis de la ciudad.

Es nuevamente Medófilo Medina quien intenta darle una proyección histórica a lo que él designa como protesta urbana en el país. En realidad, su libro publicado en 1984 corresponde más a un recuento de algunas luchas populares en el marco de la ciudad que a movimientos urbanos como tales[91]. El texto continúa la preocupación del autor por estudiar los movimientos de masas en la historia contemporánea del país. Usando las herramientas metodológicas de los historiadores sociales ingleses, especialmente de George Rudé en sus estudios sobre las multitudes, Medina recorre los principales estallidos cívicos en el marco de la ciudad y particularmente de Bogotá: las jornadas de marzo de 1909 contra el general Reyes, los sucesos de junio del 29, el Primero de Mayo del 36, las movilizaciones de repudio al golpe militar del 44, el 9 de Abril del 48, el paro contra el general Rojas en el 57 y el Paro Cívico del 77. Estos dos últimos eventos son desarrollados con más detalle, dada la mayor existencia de fuentes.

Para cada estallido, Medina realiza un estudio del contexto económico para luego narrar los sucesos. No siempre esta conexión logra ser ilustrada claramente. Subyace la idea, que el autor había esbozado en su artículo sobre los paros cívicos, de una correlación entre crisis socio-políticas y movilización ciudadana. Aunque esta investigación de Medófilo-Medina sólo da cuenta de unos momentos de protesta, constituye una novedosa propuesta de historia social que desafortunadamente no ha sido continuada sistemáticamente por otros historiadores. Lo que más se le aproxima es la reconstrucción de historias barriales signadas por lo micro, pero en algunos casos, con proyecciones globales.

De nuevo hay que recalcar que los intentos investigativos barriales fueron precedidos por reflexiones sociológicas y antropológicas sobre el papel económico de los barrios y sus habitantes, o el tipo de identidades

---

91 MEDÓFILO MEDINA, *La protesta urbana en Colombia en el siglo XX*, Bogotá, Editorial Aurora, 1984. Yo mismo había hecho una corta incursión en el estudio de los movimientos cívicos locales y regionales durante el primer lustro de los años veinte, "Los movimientos sociales entre 1920 y 1924: una aproximación metodológica", en *Cuadernos de Filosofía y Letras*, vol 3, núm. 3, Bogotá, julio-septiembre, 1980.

que estas unidades espaciales ofrecen, y las obras ya mencionadas sobre las luchas urbanas[92]. Según Alfonso Torres, "el estudio de mayor significación sobre la historicidad de los barrios populares es el de Roel Janssen sobre el barrio Santa Rosa de Lima, de Bogotá. El autor, continúa Torres, no se limita a reconstruir los procesos vividos por el barrio a lo largo de su devenir, sino que introduce elementos interpretativos sobre fases y características sociales (y la) relación con los movimientos urbanos en general"[93].

El mismo Alfonso Torres, en su tesis de magíster en Historia en la Universidad Nacional, intenta colocar los estudios barriales en una dimensión explícitamente histórica[94]. En esta investigación sobre la formación de barrios populares en Bogotá durante el Frente Nacional, se destaca la existencia de distintas "estrategias" populares de incorporación a la ciudad: desde las más pacíficas, como la concertación, hasta algunas violentas como las invasiones. Para el caso de la capital predominan más las primeras que las segundas, lo que no sucede, para los años estudiados, en ciudades como Cali o Barranquilla.

La tesis de Alfonso Torres reproduce la riqueza de matices culturales de los "pobres" de la ciudad. A ello contribuye la utilización de fuentes como las entrevistas con los actores directos. Aunque Torres deja sin

---

92 HERNANDO CLAVIJO y LUCERO ZAMUDIO trabajaron más las dimensiones socio-económicas, en particular la composición social de los barrios nor-orientales de Bogotá en "El barrio popular: marginados o ejército industrial de reserva", en *Controversia* núms. 113-114, Bogotá, Cinep, 1983. JULIÁN VARGAS, aunque aportó en esta dimensión "El barrio popular: una perspectiva sociológica del sector informal urbano", en *Revista Procesos y Políticas Sociales*, Bogotá, 1985, luego se centró en elementos más antropológicos, para lo cual se coordinó con PILAR RIAÑO, "Culturas populares y contextos sociales". Ponencia presentada al Tercer Congreso Nacional de Antropología, Bogotá, 1987. Esta última, por su parte, se ha adentrado más en la aproximación cultural al barrio popular. Ver los artículos "Espacios y prácticas populares: hacia una lectura del barrio popular", en Revista *Procesos y Políticas Sociales*, marzo de 1986; y más recientemente, "Descifrando la cultura popular", en *Controversia*, núm. 166, Bogotá, Cinep, 1991.

93 ALFONSO TORRES, "Estudios...", *op. cit.*, pág. 140. El autor se refiere a ROEL JANSSEN, *Vivienda y luchas populares en Bogotá*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1984.

94 "Barrios y luchas barriales en Bogotá durante el Frente Nacional". Tesis de postgrado en Historia, Universidad Nacional, Bogotá, 1989. Una versión modificada de esta tesis ha sido publicada bajo el título de *Ciudad en la sombra*, Bogotá, Cinep, 1993.

resolver algunas preguntas centrales que se plantea —por ejemplo la explicación en últimas del predominio de estrategias pacíficas en contraste con otras ciudades del país y América Latina, o la relación entre el accionar de los pobladores urbanos y otros movimientos sociales— su investigación es un buen referente para otras historias barriales en un momento en que cobran interés, tanto por motivación de los mismos pobladores, como por el impulso de las administraciones municipales[95].

La creciente atención a las historias de barrio o de ciudades pequeñas es llamativo, no sólo por la temática, sino por el intento de relacionar dos mundos relativamente desligados: el de los pobladores y el de la academia. Aunque no deja de existir el riesgo de que estas investigaciones se conviertan en una mera fachada para la acción partidista, o que se queden solamente en una recopilación de testimonios sin mayores proyecciones historiográficas, queremos mencionarlas pues, al menos idealmente, constituyen una de las mejores expresiones del intento de apropiación de su pasado por parte de los mismos actores sociales. Habrá que esperar algunos años para ver los rumbos que toman estas historias "desde abajo".

A modo de síntesis de esta sección, podemos decir que la historiografía —o mejor la producción de las ciencias sociales— sobre los movimientos cívicos está signada por su aparición "tardía" en el escenario público, primero de las luchas y luego de los movimientos cívicos como tales. Esta circunstancia, aunque limitó la construcción de conceptos y de tipologías, favoreció la aparición de modelos interpretativos flexibles. En este último sentido, llama la atención la coincidencia entre las lecturas teóricas sobre otros movimientos sociales como el obrero y el campesino, y las que a marchas forzadas se han realizado sobre los cívicos. Aquí también hubo una temprana influencia funcionalista, una crítica dependentista y "marxista", aportes neo-marxistas y, más recientemente, acercamientos a lo subjetivo y cultural. Pero hasta aquí llegan las similitudes.

---

95 Nos referimos a los concursos oficiales organizados por las autoridades de Cali y Medellín sobre historias de barrios. Algunas ONG como el IPC y Corporación Región de Medellín apoyaron entusiastamente estos esfuerzos. En Bogotá el grupo cultural Vikingos publicó primero un capítulo sobre la historia del barrio Perseverancia y luego, con apoyo oficial, toda la investigación bajo el título, *Por la Calle 32*, Bogotá,1992.

Los estudios sobre movimientos cívicos han estado marcados por la necesidad de elaborar categorías propias (mucho más que en los otros casos considerados) y por aplicar creativamente los aportes teóricos de intelectuales europeos o latinoamericanos. Hay también aquí una menor incidencia del mundo universitario y más participación comparativa de ONG y de actores populares en las elaboraciones. Esto tiene sus riesgos, como la ausencia de rigor académico y el posible abuso militante de esas historias, pero también ventajas obvias, como la posibilidad, por parte de los sujetos sociales, de apropiarse de su pasado. El derrotero que se traza es el necesario acercamiento de los dos mundos, el académico y el popular, para que se enriquezcan mutuamente y se avance en la reconstrucción del pasado y posiblemente se cualifique el accionar social de los sectores subordinados.

LOS "NUEVOS" MOVIMIENTOS SOCIALES

Es poco lo que podemos decir de los llamados "nuevos" movimientos sociales (estudiantil, pedagógico, ecológico, de mujeres, pacifistas y por los derechos humanos) pues no hay mucha investigación sobre ellos, con excepción de la que toca al movimiento estudiantil, que desarrollaremos a continuación. La literatura sobre estos "nuevos" movimientos, además de escasa, es muy reciente, lo que impide un balance de tendencias, corrientes y derroteros metodológicos. Que la investigación sobre ellos aún no ha cuajado se refleja en la ausencia de obras completas, libros o compilaciones de autores. Todavía predominan los ensayos, tesis de pregrado y artículos breves. Por todo ello es claro que en este tema falta acumulación de conocimientos y ello mismo dificulta la realización de un balance historiográfico. Sin embargo, debemos señalar positivamente que el interés por estos temas va tomando fuerza, especialmente en los programas curriculares de ciencias sociales, y es posible que al cabo de unos años podamos contar con una línea investigativa más solida. Otra es la situación del movimiento estudiantil, que no es tan "nuevo", ni ha sido tan descuidado en términos de la reflexión de las ciencias sociales.

Si para los campesinos y las luchas cívicas se discutía la pertinencia de la categoría movimientos sociales, en el caso estudiantil el problema es más agudo. La heterogeneidad de intereses, la intermitencia de su accionar y sobre todo la variabilidad temporal en su composición, son los factores

determinantes de tales cuestionamientos[96]. Incluso se llega a poner en duda que se pueda hablar de la existencia de un movimiento estudiantil en la historia contemporánea del país. Lo más cercano, según los autores estudiados, sería el movimiento dirigido por la Federación Universitaria Nacional de los años 60[97]. En general se prefiere hablar de coyunturas estudiantiles o de luchas estudiantiles, más que de movimiento como tal. En su análisis se está cerca de las consideraciones hechas para las luchas cívicas.

La delimitación del accionar estudiantil se hace a partir de tres variables: demográfica-generacional, política y cultural. La primera se refiere a su carácter cíclico y transitorio tanto en términos de actores como de líderes. Se señala claramente que no es un movimiento social que acumule experiencia, puesto que está continuamente rotando, con ciclos, por lo general, de un lustro. Esta variable también tiene que ver con temas de psicología y sociología en torno a los enfrentamientos generacionales, las pautas y valores puestos en juego por distintas cohortes de jóvenes colombianos.

La segunda variable toca las expresiones políticas, especialmente de la izquierda, o al menos de aquellas comprometidas con la democracia. Esta será el punto más explotado en los estudios sobre las luchas estudiantiles. La tercera variable, la más descuidada a nuestros ojos, está relacionada con la problemática cultural juvenil y con las subculturas como el hippismo, las "galladas", y otros fenómenos de sociabilidad y protesta juvenil.

La escasa bibliografía sobre el "movimiento estudiantil" puede ser tentativamente agrupada en tres categorías: En un *primer* nivel encontramos algunas crónicas, reportajes, novelas, evocaciones y ensayos literarios sobre el movimiento. Entre ellos se destacan el artículo de Rafael H. Moreno Durán, "La memoria irreconciliable de los justos"; la crónica *Al*

---

96 JAIME CAYCEDO, "Conceptos metodológicos para la historia del movimiento estudiantil colombiano", en *Estudios Marxistas*, núm. 27, 1984, pág. 53.

97 FRANCISCO LEAL, "La frustración política de una generación y la formación del movimiento estudiantil", en *Desarrollo y Sociedad*, núm. 6, julio, 1981, pág. 312. Fue reeditado, con adiciones, bajo el título "La participación política de la juventud universitaria como expresión de clase", en varios, *Juventud y política en Colombia*, Bogotá, Fescol-SER, 1984.

calor del tropel, de Carlos Medina; las novelas de Corsi Otálora e, indirectamente, la novela *Sin remedio*, de Antonio Caballero. Obviamente este no es un nivel propiamente historiográfico, pues los autores no tenían esa pretensión.

Un *segundo* nivel lo ocupan las investigaciones que intentan periodizar o reconstruir momentos del accionar del estudiantado: junio del 29, junio del 54, años 60 y Camilo Torres, años 70 y el plan Atcon. Este nivel es el que más textos concentra. Las periodizaciones más elaboradas, y que siguen siendo la base de posteriores esfuerzos, son las de Le Bot (1976), Leal (1981) y Caycedo (1982). En estos estudios en general el movimiento estudiantil es explicado en términos *políticos* en función de la *izquierda*, o como *respuesta reactiva* a las reformas educativas. La lectura del movimiento estudiantil como un actor político democrático es tan común que a veces es difícil distinguirla de una historia de los grupos de izquierda en las universidades y en particular en la Nacional. Se impone también, en esta perspectiva, la correlación con el accionar de los movimientos obreros y campesinos. El segundo sentido — respuesta reactiva a planes oficiales—, se hace evidente cuando se constata que las referencias al movimiento son parte, a veces marginal, de textos que tienen como propósito analítico el estudio de la educación en el país.

Ivon Le Bot[98], por ejemplo, aborda el problema educativo en Colombia, especialmente en su nivel universitario. Como otros autores, coloca el origen del movimiento estudiantil en el Frente Nacional, desconociendo la participación estudiantil en épocas previas. El hilo conductor de su análisis es la política y en particular las influencias ideológicas sobre el estudiantado hasta 1974. Por lo tanto, es muy difícil distinguir en su narrativa la historia del movimiento como tal, de la evolución de la izquierda en la universidad pública. Salvo alguna referencia a la UIS, su recuento se centra en la Universidad Nacional, sede Bogotá.

Finalmente, no sobra señalar que su perspectiva está impregnada de un cierto derrotismo (el fracaso del movimiento estudiantil), que es común a estos recuentos. Plantea, sin embargo, la pregunta clave, que aún está por resolver, sobre la autonomía (política) del movimiento estudiantil.

---

98 IVON LE BOT, *Educación e ideología en Colombia*, Medellín, La Carreta, 1985 (Primera edición en 1979).

El artículo de Francisco Leal, como el título lo sugiere —"La frustración política de una generación..."— es otra visión política del movimiento estudiantil. El Frente Nacional produce la ampliación del aparato educativo que contrasta con el encerramiento político fruto de la coalición bipartidista[99]. En esa contradicción surge el movimiento estudiantil cuya historia estará marcada por la tensión entre lo gremial y lo político, predominando este último especialmente a fines de los años sesenta. Así se explica el fracaso de la FUN. Para Leal, todo el ciclo del movimiento estudiantil (nacimiento, crecimiento y crisis) se cumple en el Frente Nacional.

Muchas de las tesis revisadas se ubican en este nivel, aunque a veces muestran cercanía con las crónicas consideradas. Ellas buscan profundizar en períodos concretos dentro de los parámetros políticos alternativos o institucionales ya señalados. Así, por ejemplo, hay una tesis titulada "Descripción y análisis de los grupos políticos que han hecho presencia en la U.N. en el período 85-91" (presentada en 1992) y otra titulada "El movimiento estudiantil como fuerza social en el proceso histórico colombiano y su relación con las políticas universitarias" (culminada en 1988). Las dos dimensiones —política de izquierda y reacción a planes oficiales— se ven reproducidas.

Estas tesis si bien no avanzan en nuevos terrenos conceptuales, sí ofrecen acercamientos históricos en profundidad en períodos relativamente olvidados. Además, aportan en el uso de nuevas herramientas investigativas, por ejemplo la realización de entrevistas a líderes estudiantiles, o en el tratamiento más exhaustivo de fuentes estadísticas o documentales.

Finalmente, es necesario recalcar el desbalance en la investigación sobre períodos de la lucha estudiantil. Los años veinte no han recibido la atención que merecen. Llama también la atención que a pesar de la importancia que tuvo la protesta estudiantil de los años sesenta y setenta, coyuntura que muchos de los actuales académicos colombianos vivieron, no hay todavía estudios en profundidad de ese período. Tal vez se explica esta limitación por la vivencia misma y la dificultad de tomar distancia.

Un *tercer* nivel de análisis, aún incipiente, busca trascender la simple descripción o la periodización, abordando el movimiento desde una defi-

---

99 FRANCISCO LEAL, *op. cit.*, pág. 300.

nición teórica con propuestas metodológicas. En este nivel se inscriben los artículos de Jaime Caycedo, aparecido en 1984, y el de reciente publicación restringida del padre Alfonso Borrero[100].

Caycedo Turriago se propone un acercamiento conceptual y metodológico al movimiento estudiantil. Su análisis sigue anclado en la relación entre estudiantado y acción política. Por ello no extraña que recalque nuevamente el papel de los estudiantes en la lucha por la democracia, con una postura política que los coloca a la izquierda del bipartidismo[101]. Insiste en correlacionar la lucha estudiantil con los auges y reflujos de los movimientos obreros y campesinos, elemento propio de una lectura marxista que ha marcado a los movimientos sociales en general, como ya se ha visto con insistencia en este escrito. Caycedo llama la atención, sin embargo, sobre fenómenos "nuevos" que deben tenerse en cuenta en la reconstrucción de dicho movimiento, como su heterogeneidad de intereses, la tensión generacional y aspectos de la cultura juvenil.

El ensayo del padre Borrero, dedicado a los movimientos estudiantiles contemporáneos, ofrece un capítulo sobre el movimiento estudiantil colombiano. Su análisis parte de la periodización comúnmente aceptada, pero avanza hasta mediados de los setenta con el llamado "experimento marxista" en la Universidad Nacional durante la rectoría de Luis C. Pérez. Al igual que sus predecesores, el autor pone en duda la existencia de un movimiento estudiantil en Colombia por la ausencia de continuidad, pero destaca los momentos de protesta y en ese sentido su presencia en la historia. El ensayo sigue centrado en lo político, a pesar de su sugerente marco teórico que considera hipotéticamente más variables.

Del breve recuento realizado sobre el movimiento estudiantil, reflejo de la escasa producción reseñada, resulta claro, no sólo su debilidad como tema investigativo, sino las posibilidades que se abren. Es hora de tomar distancia de la lectura exclusivamente política, para adentrarse en otras dimensiones de la protesta estudiantil como la generacional y la cultural. Por la misma vía, conviene pensar más en la dinámica propia del estudiantado que en el reflejo que sobre él tienen las luchas de otros sectores

---

100 ALFONSO BORRERO, "Los movimientos estudiantiles contemporáneos", ASCUN, 1992.

101 JAIME CAICEDO, *op. cit.*, págs. 50-52.

sociales, en particular el obrero. Ello no implica desconocer los aportes que la reflexión historiográfica sobre otros movimientos sociales puede ofrecer a este tema, en especial lo relativo a la *identidad* y *autonomía* del movimiento estudiantil. Finalmente, tratándose de un movimiento social con historia, no sobra insistir en que los futuros estudios deben tocar períodos poco trabajados, como el siglo XIX (donde hubo participación estudiantil en la política y en las mismas guerras civiles), los años 20 y 30 y la Violencia. Lo que se dice sobre el movimiento estudiantil se podría extender, magnificándolo, a los estudios sobre los llamados "nuevos" movimientos sociales.



Apéndice Metodológico

Los criterios utilizados en este informe para la selección de la muestra de obras son los siguientes:

— Aunque en el escrito incluimos textos más recientes, la fecha de corte para la bibliografía final, base de la muestra que se resume en los cuadros, fue la publicación previa a 1990.

— *Libros:* se reseñaron todos los escritos sobre movimientos sociales desde los años 30 (antes no hay ninguno). Se incluyeron en este ítem textos de series como la de *Controversia*, del Cinep.

— *Artículos:* se revisaron aquellos publicados en revistas nacionales de historia (*Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, Historia Crítica, Boletín de Historia*, etc.), revistas de ciencias humanas (*Revista Colombiana de Sociología, Estudios Sociales, Análisis Político, Cuadernos de Economía, Maguaré*, etc.), de universidades (Universidad Nacional, Universidad de Antioquia, etc.) o de centros de investigación y ONG (*Ideología y Sociedad, Foro, Estudios Marxistas*, etc.). En total 44 revistas nacionales fueron revisadas desde los años sesenta o desde el inicio de su publicación. También se miraron cuatro revistas internacionales (*Hispanic American Historical Review, Latin America Research Review* y *Revista Mexicana de Sociología*). En la bibliografía aparecen referencias de algunos artículos de otras revistas no consultadas, pero que surgieron de la lectura de otros textos sobre movimientos sociales.

— *Tesis:* se miraron las tesis de grado de carreras o postgrados de ciencias humanas de las siguientes universidades: Nacional (sede Bogotá), Andes, Javeriana y Universidad de Antioquia. La revisión se hizo a partir de los años sesenta. Por limitaciones presupuestales no fue posible revisar las de otros centros universitarios del país. Se consultó también el listado internacional de tesis de postgrado microfilmadas. Aquellas que fueron publicadas luego como libros se incluyen en ese acápite.

— *Ponencias:* incluimos en nuestros listados sólo aquellas sobre cuyos eventos se publicaron memorias.

— *Reseñas:* se revisaron las que versaban sobre libros claves en la investigación sobre el tema y que proponían problemas historiográficos. Se miraron las publicadas en revistas como *Boletín Bibliográfico, Estudios Marxistas, Análisis Político, Revista de la Universidad Nacional* y el *Anuario*.

Finalmente no sobra señalar que las bibliotecas consultadas en esta revisión fueron Luis Ángel Arango, Biblioteca Nacional, ICFES, CEIS, CINEP y las de las universidades Javeriana, Nacional (y sus Centros de Documentación especializados), Central y los Andes.



Bibliografía

LIBROS

ALAPE, Arturo

Un día de septiembre, Bogotá, Ediciones Armadillo, 1980, 101 págs.

ALMARALES, A. y M. GOENAGA

Las luchas obreras y la legislación laboral, Cali, Ediciones Bloque Sindical Independiente del Valle del Cauca, 1964.

ALMARIO, Gustavo

Los trabajadores petroleros, Bogotá, Cedetrabajo, 1984.

ANUC

El café y el movimiento campesino. La tierra en Colombia, Medellín, Cuadernos La Oveja Negra, núm. 6, 1973.

APRIL, Jacques

Crónicas de Villarica, Bogotá, Editorial Opción-ILSA, 1991.

ARANGO, Z., Carlos

Crónicas de lucha por la vivienda en Colombia, Bogotá, Editorial Colombia Nueva, 1981, 297 págs.

Sobrevivientes de las Bananeras, Bogotá, Editorial Colombia Nueva, 1981, 121 págs.

Tres décadas de luchas unitarias: Los obreros del cemento, la construcción y la madera, Bogotá, Fenaltracocem, 1992.

ARANGO, Luz Gabriela

Mujer, religión e industria, Fabricato 1927-1982, Bogotá, Univ. de Antioquia, Univ. Externado de Colombia, 1991, 334 págs.

ARCHILA, Mauricio

Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945, Bogotá, Cinep, 1991.

ARCILA VÉLEZ, Gonzalo

Los indígenas Paez de Tierradentro - Cauca, Medellín, Univ. de Antioquia, 1989, 109 págs.

AROCHA RODRÍGUEZ, Jaime

De sol a sol. Génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia, Bogotá, Editorial Planeta, 1986.

BEJARANO, Jesús A.

Historia agraria colombiana, Bogotá, Cerec, 1987, 204 págs.

BELMONTE, Pedro Luis

Antecedentes históricos de los sucesos del 8 y 9 junio de 1954, Bogotá, Editorial Imprenta Nacional, 1954, 184 págs.

BERGQUIST, Charles

Los trabajadores en la historia de América Latina, cap. 5°, México, Editorial Siglo XXI, 1988.

BUENAHORA, Gonzalo

La huelga de Barrancabermeja (1938), s.n., 1938.

Sangre y petróleo (Novela), Bogotá, Editorial Nueva Colombia, 1970.

CABRERA, Álvaro *et al.*

Los movimientos cívicos, Bogotá, Cinep, 1986.

CAICEDO, Édgar

Conflictos sociales en Colombia durante el siglo XX, Bogotá, Plaza y Janés, 1976.

Historia de las luchas sindicales en Colombia, Bogotá, Ceis, 1971.

CÁRDENAS, M. Eduardo (comp.)

El sindicalismo en Colombia, Bogotá, Fescol, Ismac, Ens, 1990, 311 págs.

CARRILLO BEDOYA, Jaime

Los paros cívicos en Colombia, Bogotá, La Oveja Negra, 1981.

CASTRILLÓN ARBOLEDA, Diego

El indio Quintín Lame, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1973.

CENAPROV (Central Nacional de Provivienda)

El movimiento de los destechados en Colombia, Bogotá, Cenaprov, CEIS, s.f.

C.E.S (Centro de Estudios Sociales)

Lucha obrera ante la legislación laboral, Bogotá, Fundación Editorial Muisca, 1974. 322 págs.

CORAL QUINTERO, Ignacio

Historia del movimiento sindical en el magisterio, Bogotá, Fondo Editorial Sudamérica, 1980.

Lucha de masas y la reforma municipal, Bogotá, Editorial Suramérica, 1989.

CORSI OTÁLORA, Luis

La batalla olvidada (Novela), Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1979.

Los estandartes rotos: Un episodio obrero-estudiantil (Crónica), Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1983.

CORTEZ, Pedro

Desarrollo de una organización indígena: CRIC, Bogotá, Banco de la República, 1984.

DELGADO, Álvaro

Política y movimiento obrero, 1970-1983, Bogotá, Editorial Ceis, 1984, 282 págs.

Historia de la C.S.T.C., Bogotá, Editorial Ceis, 1986.

Luchas sociales en el Caquetá, Bogotá, Editorial Ceis, 1987, 189 págs.

DELGADO, Óscar (comp.)

El paro popular del 14 de septiembre de 1977, Bogotá, Editorial Latina, s.f.

ESCOBAR, Cristina

Experiencias de la organización campesina en el Valle del Cauca 1960-1980, Bogotá, Prodesal-Estudios Rurales Latinoamericanos, 1987.

Trayectoria de la ANUC, Bogotá, J.C. Impresores, 1983.

ESPINOZA, J.

Apuntes históricos de la UTC, Bogotá, mimeo, 1971.

FAJARDO, Darío

Campesinado y capitalismo en Colombia, Bogotá, Cinep, 1981.

Haciendas, campesinos y políticas agrarias en Colombia, Bogotá, Oveja Negra, 1983.

FALS BORDA, Orlando

Campesino de los Andes. Estudio sociológico de Saucio (Boyacá), Bogotá, Editorial Punta de Lanza, 1978 (1ª ed., 1961).

Historia de la cuestión agraria en Colombia, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1982.

Historia doble de la costa. Resistencia en el San Jorge, t. III, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1986.

Historia doble de la costa. Retorno a la tierra, t. IV, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1986.

FONNEGRA, Gabriel

Bananeras: testimonio de una epopeya, Bogotá, Tercer Mundo, 1980.

FRIEDE, Juan

El indio en la lucha por la tierra, Bogotá, Editorial La Chispa, 1972 (1ª edición de los años 40).

GAITÁN, Gloria

La lucha por la tierra en la década del treinta: génesis de la organización sindical campesina, Bogotá, El Áncora, 1984. (1ª ed. 1977).

GALLÓN, Gustavo (comp.)

Entre movimientos y caudillos: 50 años de bipartidismo en Colombia; izquierda y alternativas populares, Bogotá, Cinep - Cerec, 1989.

GARCÍA, Carlos y Pedro SANTANA

Coyuntura nacional, crisis de servicios públicos y movimientos cívicos regionales, Bogotá, Foro, 1985.

GILBERT, Alain

Asentamientos urbanos versus poder del Estado: tres casos latinoamericanos; México, Bogotá y Buenos Aires, México, Editorial Gilli, 1987.

GILHODÈS, Pierre

Politique et violence: La question agraire en Colombie: 1958 - 1971, París, Amond Colin, 1974.

Las luchas agrarias en Colombia, Bogotá, Editorial El Tigre de Papel, 1974, 90 págs.

GIRALDO MORENO, Javier

Los movimientos sociales ante la crisis en Sudamérica, Bogotá, Cinep, 1986, 158 págs.

GONZÁLEZ ARIAS, José Jairo y Elsy MARULANDA

Historia de frontera: colonizacion y guerras en el Sumapaz, Bogotá, Cinep, 1990.

GONZÁLEZ CHARRY, Guillermo

Cuestiones sindicales colombianas, Bogotá, Ediciones Rosaristas, 1973.

GROSS, Christian

Colombia indígena: identidad cultural y cambio social, Bogotá, Cerec, 1991.

GRUPO DE ESTUDIO José Raimundo Russi

Luchas de clases por el derecho a la ciudad, Medellín, Editorial La Pulga, 1974.

HAVENS, Eugène

Barrancabermeja, conflictos sociales en torno a un centro petrolero, Bogotá, Tercer Mundo, 1966.

HERRÁN, María Teresa

El sindicalismo por dentro y por fuera, Bogotá, La Oveja Negra, 1981, 208 págs.

HERRERA, Beethoven

El sindicalismo en Colombia; propuestas para un replanteamiento, Bogotá, Fescol, Ismac, 1990, 111 págs.

HUIZER, Gerritz

Movimientos campesinos y reforma agraria en América Latina, s.l., s.n., 1978.

JANSSEN, Roel

Vivienda y luchas populares en Bogotá, Bogotá, Tercer Mundo, 1984, 213 págs.

JARAMILLO, Ana María y Jorge BERNAL

Sudor y tabaco: Trayectoria de una unidad, Medellín, Sintracoltabaco, 1988, 274 págs.

JARAMILLO JIMÉNEZ, Jaime

Estado, sociedad y campesinos, Bogotá, Tercer Mundo, 1988.

JIMENO, Myriam

Estado y minorías étnicas en Colombia, Bogotá, Cuadernos El Jaguar, 1985.

LE BOT, Ivon

Educación e ideología en Colombia, Bogotá, Editorial la Carreta, 1985.

LEAL B., Francisco (comp.)

El agro en el desarrollo histórico colombiano, Bogotá, Editorial Punta de Lanza, 1977.

LEAL, Francisco y León ZAMOSC (comps.)

Al filo del caos: Crisis política en la Colombia de los 80, Bogotá, Instituto de Estudios Políticos, U.N y Tercer Mundo, 1990.

LEGRAND, Catherine

Colonización y protesta campesina en Colombia: 1850- 1950, Bogotá, Universidad Nacional, 1988, 285 págs.

LONDOÑO, Rocío *et al.*

Sindicalismo y empleo en Colombia, Bogotá, Misión de Empleo Fonade, 1986.

Sindicalismo y política económica, Bogotá, Fedesarollo - Cerec, 1986, 324 págs.

MACHADO López, Rafael

Aspectos socio-jurídicos del sindicalismo en Colombia, Bogotá, s.n., 1979.

MARÍN, Boris

América Latina: El estudiantado y el proceso revolucionario, Moscú, Editorial Ciencias, 1985, 317 págs.

MARÍN, Iván

María Cano en el amanecer de la clase obrera, Bogotá, Ismac, 1983, 103 págs.

MARULANDA ÁLVAREZ, Elsy

Colonización y conflicto: Las lecciones del Sumapaz, Bogotá, Instituto de Estudios Políticos-U.N. y Tercer Mundo, 1991.

MAYOR MORA, Alberto

Ética, trabajo y productividad en Antioquia, Bogotá, Tercer Mundo, 1985.

MEDINA G., Carlos

Al calor del tropel, Bogotá, Editorial Rodríguez Quito, 1992.

MEDINA, Medófilo

La protesta urbana en Colombia, Bogotá, Editorial Aurora, 1984, 207 págs.

MESA, Darío

El problema agrario en Colombia 1920- 1960, Bogotá, Editorial El Tigre de Papel, 1972.

MOLANO BRAVO, Alfredo *et al.*

Yo le digo una de las cosas: colonización de la Sierra de la Macarena, Bogotá, FEN y Corp. Araracuara, 1989.

Selva adentro: Una historia oral de la colonización del Guaviare, Bogotá, El Áncora, 1987.

Siguiendo el corte: Relatos de guerras y tierras, Bogotá, El Áncora, 1989, 321 págs.

MONCAYO, Víctor Manuel y Fernando ROJAS

Luchas obreras y política laboral en Colombia, Bogotá, Editorial La Carreta, 1978, 320 págs.

NÚÑEZ OSPINA, Rafael

Reseña histórica de Barrancabermeja, Bogotá, Cavipetrol, 1987, 125 págs.

OSORIO, Iván Darío

Historia del sindicalismo antioqueño, Medellín, Escuela Nacional Sindical Sigifredo, 1987.

Negociaciones colectivas en Colombia. Sindicalismo y gran industria, s.l., s.n. 1983.

PALACIOS, Marco

El café en Colombia. Una historia económica social y política 1850-1970, Bogotá, Editorial Presencia, 1979.

PARRA, Ernesto

La investigación Acción en la Costa Atlántica; evaluación de la rosca. 1972-1974, Cali, Fundación para la Educación Popular, 1983.

PATIÑO, Aníbal

Ecología y compromiso social: itinerario de una lucha, Bogotá, Cerec, 1991.

PÉCAUT, Daniel

Política y sindicalismo, Medellín, Editorial La Carreta, 1973.

Orden y violencia (2 vols.), Bogotá, Siglo XXI y Cerec, 1987.

PORTANTIERO, Juan Carlos

Estudiantes y política en América Latina (1918-38), México, Siglo XXI, 1978.

RAMSEY, Rusell

Revolución campesina 1950-1954, Bogotá, Editorial El Libro de Colombia, s.f.

RESTREPO, Luis Alberto

Las nuevas formas de organización social en Colombia, Bogotá, Fescol, 1986.

RIVERA C., Silva

Política e ideología en el movimiento campesino. El caso de la ANUC, Bogotá, Cinep, 1982.

RODRÍGUEZ VARGAS, Francisco

Cooperativismo y sindicalismo, Bogotá, Editorial Colatina, 1979, 47 págs.

RODRÍGUEZ VILLA, Fabio

Petróleo y lucha de clases en Colombia, Bogotá, Editorial Sudamérica, 1975.

Reforma laboral y unidad de acción, Bogotá, Ceis, 1980.

Elementos de derecho laboral: Su estudio en el movimiento obrero, Bogotá, Ceis, 1981.

SALAZAR PARADA, Gilberto

Política y sindicalismo, Bogotá, s.n., 1974.

SÁNCHEZ, Gonzalo

Las ligas campesinas en Colombia, Bogotá, Editorial Tiempo Presente, 1977.

Las luchas campesinas en Colombia: auge y reflujo, Bogotá, Editorial Tiempo Presente, 1977.

Ensayos de historia social y política siglo XX, Bogotá, El Áncora, 1985, 275 págs.

SÁNCHEZ, Ricardo

Historia de la clase obrera, Bogotá, Editorial La Rosa Roja, 1982.

SANDOVAL M. Luis

Sindicalismo y democracia: cambios en el movimiento sindical, nuevo enfoque de acción sindical, Bogotá, Ismac - Fescol, 1988, 124 págs.

SANTANA, Pedro *et al.*

Los movimientos sociales en Colombia, Bogotá, Foro, 1989.

SEMINARIO INTERNACIONAL CEHAP-PEVAL

Los movimientos de pobladores en las ciudades latinoamericanas, Medellín, 1986.

SEMINARIO INVESTIGACIÓN SOBRE LA CLASE OBRERA

Historia y cultura obrera, Medellín, Instituto Popular de Cultura, 1988, 147 págs.

SILVA, Ricardo

Los trabajadores ante los partidos, Bogotá, Editorial Antares, 1975.

SINDISTRITALES

Sindistritales; 50 años, Bogotá, Ediciones Sindistritales, 1990, 112 págs.

TAUSSIG, Michael

The Devil and Commodity Fetishism in South America, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980.

Destrucción y resistencia campesina: el caso del litoral pacífico, Bogotá, Punta de Lanza, 1978.

TIRADO MEJÍA, Álvaro (comp.)

Nueva Historia de Colombia, t. III, Bogotá, Editorial Planeta, 1989.

TORRES GIRALDO, Ignacio

Los inconformes (5 vols.), Bogotá, Editorial Margen Izquierdo, 1973.

La cuestión indígena en Colombia, Bogotá, Editorial La Rosca, 1975 (1a. ed. 1947).

Huelga general en Medellín, Medellín, Editorial Vientos del Este, 1976 (1a. ed. 1937).

María Cano, mujer rebelde, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1980 (1a. ed. 1972).

TOVAR PINZÓN, Hermes

El movimiento campesino en Colombia durante el siglo XIX y XX, Bogotá, Ed. Libre, 1975.

URRUTIA, Miguel

Historia del sindicalismo en Colombia, Bogotá, Uniandes, 1969.

VARIOS

Juventud y política en Colombia, Bogotá, Fescol, 1984, 272 págs.

Movimientos sociales y participación comunitaria, Medellín, Cuadernos del Centro Latinoamericano de Trabajo Social, 1985.

VERGARA, Rafael (comp.)

Notas sobre el movimiento popular en Colombia, México, Universidad Autónoma de Guerrero, 1983.

VILLEGAS, Hernán D.

Facetas sociales de la formación del proletariado antioqueño, Medellín, Imprenta Departamental, 1988.

VIVIESCAS MONSALVE, Fernando

Urbanización y ciudad en Colombia : una cultura por construir, Bogotá, Foro, 1989, 280 págs.

WALKER, Kenneth

Latin American students politics in comparative: the cases of Colombia and Argentina, Ann Arbor University, 1979, 420 págs.

WEDIN, Anne

La solidaridad sindical internacional y sus víctimas: tres estudios de caso latinoamericano, Estocolmo, Instituto de Estudios Latinoamericanos, 1991.

WHITE, Judith

Historia de una ignominia: La United Fruit Company en Colombia, Bogotá, Editorial Presencia, 1978, 126 págs.

YUNIS, José y José N. HERNÁNDEZ

Barrancabermeja: nacimiento de la clase obrera, Bogotá, Tres Culturas Editores, 1986.

ZAMOSC, León

Los usuarios campesinos y la lucha por la tierra en los años 70, Bogotá, Cinep, 1978.

ZULETA, León (comp.)

María Cano y su época, Medellín, ENS-IPC, 1988.

ARTÍCULOS

ACEVEDO, Darío

"Balance historiográfico sobre la clase obrera", en *Revista Escuela Nacional Sindical*, julio 1992.

ANDRADE, Martha y F. CORREDOR

"Paros cívicos y movimientos huelguísticos", en *Documentos ANIF*, 1983.

"Antecedentes de las marchas campesinas en la costa atlántica", en *Revista Opción*, núm. 1, junio 1988.

ANUC

"Lucha de clases en el campo colombiano", en *Documento*, núm. 6, julio, 1972.

ARCHILA, Mauricio

"Aquí nadie es forastero", en *Controversia*, núms. 133 - 34, Bogotá, Cinep, 1986.

"Barranquilla y el río: Una historia social de sus trabajadores", en *Controversia*, núm. 142, Bogotá, Cinep, 1987.

"Ni amos, ni siervos: Memoria de la clase obrera en Bogotá y Medellín 1910- 45", en *Controversia*, núms. 156 - 157, Bogotá, Cinep, 1989.

"¿De la revolución social a la conciliación? Algunas hipótesis sobre la transformación de la clase obrera colombiana 1919-1935", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 12, 1984, págs. 51-102.

"*La Humanidad*, el periódico obrero de los años 20", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, Banco de la República, vol. 22, núm. 3, 1985, págs. 12- 33.

"La otra opinión: La prensa obrera en Colombia 1920-1934", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núms. 13 - 14, 1985-1986, págs. 209-238.

"Cultura y conciencia en la formación de la clase obrera latinoamericana", en *Historia Crítica*, núm. 1 (enero-junio) 1989.

ARCHILA, Mauricio (comp.)

"El sindicalismo en la historia de Colombia", en *Revista Solidaridad*, mayo 1980.

"Las huelgas del 'Mandato Claro' ", en *Documentos Ocasionales*, núm. 35. Bogotá, Cinep, N° 35, 1986.

ARTURO, Julián y Jairo MUÑOZ

"La clase obrera de Bogotá, para una periodización de su historia", en *Maguaré*, núm. 1, junio 1981.

AYALA, Ulpiano

"El movimiento huelguístico 1974-1981", en *Desarrollo y Sociedad* (Estudios laborales), núm. 191, págs. 25-48.

"Estado y sindicalismo en Colombia", en *Estado y Desarrollo*, Bogotá, Cede- Uniandes, 1981.

BAGLEY, Bruce y Fernando BOTERO

"Organizaciones campesinas contemporáneas en Colombia: Un estudio de la ANUC", en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, vol. 1, núm 1 (mayo-agosto), 1982, págs. 141-167.

BEJARANO, Jesús A.

"Campesinos, luchas agrarias e historia social", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 11, 1983, págs. 251- 298.

"El sindicalismo como grupo de presión", en *Nueva Crítica*, núm. 4, Bogotá, 1984.

BUENAVENTURA, Nicolás

"Proletariado agrícola", en *Estudios Marxistas*, núm. 1 (abril-mayo), 1969, págs. 6-42.

"Movimiento obrero, líder agrario", en *Estudios Marxistas*, núm. 2 (julio-sept.), 1969, págs. 6- 58.

"Surgimientos de la C.S.T.C.", en *Estudios Marxistas*, núm. 22, Bogotá, 1981.

CAMACHO, Álvaro

"Colombia, obreros marginados y participación electoral", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 32, núm. 1, 1970.

CÁRDENAS, John Jairo

"Los damnificados del progreso (Suárez- Cauca, 1977-1986) ", en *Revista Foro*, núm. 5, 1988, págs. 89-97.

CARTIER, W. J.

"Civic Movements and Politics in Colombia", en *Canadian Journal of Latinamerican and Caribbean Studies*, vol. 12, núm. 24, 1989.

CARRILLO, Jorge y Argelino GARZÓN

"La CUT: entre el sindicalismo y la política", en *Análisis Político,* núm. 1, 1987.

CASAS AGUILAR , Justo

"Tulio Bautista: alma popular de la resistencia en el Llano. 1949-1952", en *Nuevas Lecturas de Historia U.P.T.C.,* núm. 10.

CASASBUENAS, Constantino

"Las ONG'S y los movimientos sociales en Colombia", en *Revista Foro,* núm. 8 (febrero), 1989, págs. 32-42.

CASTRO, Gustavo

"La realidad de la organización sindical en Bogotá", en *Documentos Políticos,* núm. 79, 1969.

"La sindicalización del sector público", en *Documentos Políticos,* núm. 81, 1969.

CAVIEDES, Sergio

"Apuntes sobre el desarrollo reciente del movimiento estudiantil", en *Estudios Marxistas,* núm. 10, 1975.

CAYCEDO, Jaime

"La marcha del estudiantado colombiano", en *Documentos Políticos,* núm. 124 (marzo-abril), 1977.

"Periodización de las luchas estudiantiles", en *Estudios Marxistas,* núm. 26, 1984.

"Conceptos metodológicos para la historia del movimiento estudiantil colombiano", en *Estudios Marxistas,* núm. 27, 1984, págs. 48-60.

CEPEDA V., Manuel

"El estudiantado como movimiento de vanguardia", en *Documentos Políticos,* núm. 49, 1965.

CRIC (Consejo Regional Indígena del Cauca)

"Diez años de lucha, historia y documentos", en *Controversia,* núms. 91-92, Bogotá, Cinep, 1981.

CHAPARRO, Jairo

"Recuerdos de un tropelero", en *Documentos Ocasionales,* Bogotá, Cinep, 1991.

DE ROUX, Francisco

"Una periodización de los movimientos populares en los setenta", en *Controversia,* núm. 125, Bogotá, Cinep, 1985.

DELGADO, Álvaro

"La mujer obrera en el movimiento democrático femenino", en *Estudios Marxistas,* núm. 10, 1975.

"El paro cívico nacional (Análisis del paro cívico de 1977)", en *Estudios Marxistas,* núm. 15, 1978, págs. 58-112.

"El decenio huelguístico 1971-80", en *Documentos Políticos,* núm. 23, 1982.

ECHEVERRY, Alberto

"Facultades de Educación y movimiento pedagógico", en *Revista Foro,* núm. 3 julio, 1987, págs. 33-410.

ESCOBAR, Arturo

"Desarrollismo, ecologismo y nuevos movimientos sociales en América Latina", en *Revista de la U. de Antioquia,* núm. 218, 1989, págs. 12-22.

ESCOBAR, Cristina

"La ANUC y el movimiento campesino durante los años 70 en Colombia", en *Estudios Rurales Latinoamericanos,* vol. 8, núm. 3 (septiembre-diciembre), 1985, págs. 312-334.

ESCOBAR, Cristina y Francisco DE ROUX

"Movimientos populares en Colombia: 1970-1983", en *Movimientos populares en América Latina.* Daniel Camacho (comp.), México, Siglo XXI-UNAM, 1989.

FAJARDO, Darío

"Lucha de clases en el campo colombiano", en *Estudios Marxistas,* núm. 15, 1978 págs. 3 -32.

"Políticas agrarias y movimientos campesinos", en *Documentos Políticos*, núm. 137 (mayo- junio), 1979.

FALS BORDA, Orlando

"Sentido político del movimiento campesino en Colombia", en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, núm. 2 (mayo- agosto), 1978.

"El nuevo despertar de los movimientos sociales", en *Revista Foro* , núm. 1 (septiembre), 1986.

"Movimientos sociales y poder político", en *Análisis Político*, núm. 8 (septiembre-diciembre), 1989.

FONSECA, Luz Amparo

"Los paros cívicos en Colombia", en *Estudios Laborales*, Bogotá, Cede-Uniandes, núm. 3 (mayo) 1982.

GARCÍA, Martha C.

"Las cifras de las luchas cívicas", en *Documentos Ocasionales*, Bogotá, Cinep, 1990.

GARCÍA, William

"La lucha cívica de El Bagre. No todo lo que brilla es oro", en *Revista Foro*, núm. 6 (junio) 1988, págs. 75 -82.

GIRALDO MORENO, Javier

"Paros y movimientos cívicos en Colombia", en *Controversia*, núm. 128, Bogotá, Cinep, 1985.

"La revindicación urbana", en *Controversia*, núms. 138-139, Bogotá, Cinep, 1987.

GÓMEZ BUENDÍA, Hernando

"La actividad huelguística en Colombia. 1962-2976", en *Coyuntura Económica*, vol. VII, núm. 1, 1977.

GONZÁLEZ, Fernán

"Pasado y presente del sindicalismo colombiano", en *Controversia*, núms. 35-36, Bogotá, Cinep, 1975.

GOYES, Moreno

"El desarrollo del sindicalismo en Nariño", en *Revista ue Investigaciones*, vol. 3, núm. 5 , Pasto, 1989, págs. 77-92.

GROSS, Christian

"Reforma Agraria y proceso de paz en Colombia", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 50, núm. 1, 1988.

HOYOS, Andrés

"Los paros cívicos en Colombia", en *Teoría y Práctica*, núms. 12-13, 1978.

INFORME ESPECIAL

"Otra vez el movimiento del nororiente", en *Opción*, núm. 1 (junio), 1988.

"Los movimientos populares ¿Preparados para lo que viene?", en *Opción*, núm. 7 (diciembre), 1988.

"El movimiento obrero", en *Opción*, núm. 10, 1988.

"Cultura política de los 20: el peso libertario", en *Opción*, núm. 21, 1990.

"Movimentos sociales en el partido", en *Opción*, núm. 26 (octubre), 1990.

"Cultura e identidad obrera", en *Opción, (mayo), 1991.*

JARAMILLO, Marcos

"Clases sociales en el campo colombiano", en *Uno en Dos*, núm. 5 (julio), 1975.

JARAMILLO, Samuel

"Apuntes para una interpretación de las proyecciones de los paros cívicos en Colombia", en *Seminario ciudad en conflicto*, Quito, 1986.

JIMÉNEZ, Michael

"Traveling in gradfather's car: the life cycle of central Colombian coffee estates; the case of Viotá, Cundinamarca, 1908-1930", en *Hahr*, vol. 69, núm. 2 (mayo), 1989, págs. 185-220.

LARA, José

"Sindicalismo de industria y convivencia de clase", en *Documentos Políticos*, núm. 11, 1976.

LE BOT, Ivon

"El movimiento estudiantil durante el Frente Nacional, 1958-1974", en *Ideología y Sociedad*, núm. 19 (octubre-diciembre), 1976.

LEAL, Francisco

"La frustración política de una generación y la formación del movimiento estudiantil", en *Desarrollo y Sociedad,* núm. 6 (julio), 1981.

LEGRAND, Catherine

"Campesinos y asalariados en la zona bananera de Santa Marta (1900-1935)", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura,* núm. 11, 1983, págs. 233-250.

LONDOÑO B., Rocío

"Las relaciones laborales y el movimiento sindical de los trajadores del Estado", en *Desarrollo y Sociedad,* Bogotá, Estudios Laborales, Cede-Uniandes, 1982.

"El sindicalismo colombiano 1970-1987", en *Democracia y Sociedad,* Nohora Segura (compiladora), Bogotá, Fescol, 1988.

LOPERA R., Héctor

"La organización campesina en Colombia. Una fuerza que rompe el sistema", en *Revista de la Universidad Nacional,* núm. 196, Medellín, 1976, págs. 57-61.

LÓPEZ, Hugo

"Sector informal y sindicalismo", en *Estudios Marxistas,* núm. 22, 1982.

LÓPEZ, William G.

"La protesta urbana en Colombia", en *Revista Foro,* núm. 3 (julio), 1987, págs. 81-93.

MARÍN, Guillermo

"Barranca, antología del obrerismo", en *Opción,* núm. 8 (enero), 1989.

MARROQUÍN, Álvaro

"La lucha por la consolidación del movimiento estudiantil colombiano", en *Documentos Políticos,* núms. 36-37 (enero-febrero), 1964.

MEDINA, Medófilo

"La política obrera del Frente Nacional", en *Documentos Políticos,* núm. 8, 1975.

"Los paros cívicos en Colombia (1957-77)", en *Estudios Marxistas,* núm. 14, 1977.

MEJÍA JIMÉNEZ, Marco

"Movimiento pedagógico: una búsqueda plural de los educadores colombianos", en *Documentos Ocasionales,* núm. 42, Bogotá, Cinep, 1987.

MEJÍA, Raúl Marco

"Desarrollo y problemática de la educación popular en Colombia", en *Revista de la Universidad de Antioquia,* núm. 217, 1989, págs. 21-31.

MELO, Jorge Orlando

"Algunas consideraciones globales sobre modernidad y modernización en el caso colombiano", en *Análisis Político,* núm. 8 (septiembre-diciembre), 1989.

MENDOZA, Enrique

"El siglo XX y la historiografía rural contemporánea en América Latina", en *Estudios Rurales Latinoamericanos,* vol. II, núm. 3 (septiembre-diciembre), 1988, págs. 289-318.

MERCHÁN, Víctor J.

"Notas para una historia social y económica del movimiento agrario de Viotá y Tequendama", en *Estudios Marxistas,* núm. 9, 1975, págs. 105-117.

MONCAYO, Héctor León

"Las luchas obreras en Colombia 1960-1980", en *Cuadernos de Iniciativas Obreras,* 1980.

MONCAYO, Víctor Manuel

"La ley y el problema agrario en Colombia", en *Ideología y Sociedad,* núms. 14- 15 (julio-diciembre), 1975.

"La política laboral del Frente Nacional", en *Ideología y Sociedad,* núm. 21 (abril-junio), 1977.

"Luchas obreras e integración jurídico-política", en *Revista Trópicos,* núm. 5 (julio-agosto), 1980.

MORALES, Gilberto

"El movimiento sindical colombiano ante la industria textil y del vestido", en *Documentos Políticos,* núm. 94 (agosto), 1971.

MORENO DURÁN, Rafael H.

"La memoria irreconciliable de los justos", en *Análisis Político*, núm. 7 (mayo-agosto), 1989.

PERRONE, Mario

"Posición de los indígenas en el movimiento campesino", en *Boletín del Instituto de Antropología*, vol. 4, núm. 14, Universidad de Antioquia, 1975, págs. 7-317.

"La tierra de lo arhuacos; aspectos de la colonización y lucha por la tierra en la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia en el siglo XX", en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, vol. 6, núms. 2-3 (noviembre-diciembre), 1983, págs. 219-236.

PUYANA, Yolanda y Juanita BARRETO

"La socialización de las mujeres de los sectores populares urbanos. Un estudio de caso", en *Maguaré*, núms. 6-7, 1988-1991.

QUICENO, Humberto

"Los movimientos pedagógicos en Colombia", en *Revista Foro*, núm. 3 (julio), 1987, págs. 45-52.

RAMÍREZ, William

"La guerrilla rural en Colombia. ¿Una vía hacia la colonización armada?", en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, vol. 4, núm. 2 (mayo-agosto), 1981, págs. 144-205.

RAYMOND, Pierre

"El conflicto social en Charalá: historia de un movimiento campesino en una región de haciendas paneleras en Santander", en *Documentos Ocasionales*, núm. 66, Bogotá, Cinep, 1992.

RESTREPO MORENO, Luis Alberto

"Los movimientos sociales, la democracia y el socialismo", en *Análisis Político*, núm. 5 (septiembre-diciembre), 1988.

"La crisis política de América Latina y los nuevos movimientos sociales", en *Análisis Político*, núm. 6 (enero-abril), 1989.

"Relación entre la sociedad civil y el Estado", en *Análisis Político*, núm. 4 (enero-abril), 1990.

RODRÍGUEZ, Jaime

"En Nariño: La lucha cívica, una cultura por la no violencia", en *Revista Foro*, núm. 6 (junio), 1988, págs. 69-74.

ROJAS HURTADO, Fernando

"Nuevos movimientos populares, nuevas estrategias estatales", en *Documentos Ocasionales*, núm. 18, Bogotá, Cinep, 1984.

RUIZ, Horacio

"La situación de la clase obrera en Antioquia y el movimiento sindical", en *Documentos Políticos*, núm. 45 (octubre-diciembre), 1964.

RUIZ, Jorge Eliécer

"Sobre los movimientos estudiantiles", en *Revista Eco*, t. XVII (mayo), 1968, págs. 102-112.

SÁENZ, Roberto y Eduardo PIZARRO

"Raíces y situación actual del sindicalismo estatal", en *Documentos Políticos*, núm. 146, 1981.

SÁNCHEZ, Ricardo

"El movimiento sindical de los 80 y el surgimiento de la CUT", en *Revista Foro*, núm. 7 (octubre), 1988, págs. 99-101.

SANTANA, Pedro

"Perfil regional de los paros cívicos", en *Revista de Economía Colombiana*, núm. 151 (noviembre), 1983.

"Crisis municipal: movimientos sociales y reforma política en Colombia", en *Revista Foro*, núm. 1, 1986, págs. 4-15.

"Los movimientos cívicos, el nuevo fenómeno electoral", en *Revista Foro*, núm. 6 (junio), 1988, págs. 47-68.

SANTANA, Pedro *et al.*

"El paro cívico de 1981", en *Controversia*, núm. 101, Bogotá, Cinep, 1982.

"Desarrollo regional y paros cívicos", en *Controversia*, núms. 107-108, Bogotá, Cinep, 1983.

SEVILLA CASAS, Elías

"Lame y el Cauca indígena", en *Tierra, tradición y poder en Colombia*. Nina Friedemann (compiladora), Bogotá, s.n., 1976.

"Sobre el movimiento estudiantil", en *Uno en Dos*, núm. 1., s.f.

SIN AUTOR

"El movimiento de mujeres, un nuevo eje para pensar la sociedad", en *Quinto Congreso de Sociología*, Medellín, ICFES, 1985.

"Los estudiantes y la Universidad Nacional", en *Análisis Político*, núm. 7 (mayo-agosto), 1988.

TAUSSIG, Michael

"Up of their Knees: Servihood in Southwest Colombia", en *LAP.*, vol. X, núm. 4 (otoño), 1983, págs. 5-23.

TENJO, Jaime

"Aspectos cuantitativos de movimiento sindical", en *Cuadernos Colombianos*, núm. 5 (enero-marzo), 1975, págs. 1-40.

UCRÓS, Jorge

"El revolucionismo en la universidad colombiana", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1 (enero-febrero), 1964.

URRUTIA MONTOYA, Miguel

"Rasgos históricos del sindicalismo colombiano", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. X, núm. 10 (octubre), 1967.

"El desarrollo del movimiento sindical y la situación de la clase obrera", en *Manual de Historia de Colombia*, t. III, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1980.

VALENCIA, Darío

"Metodologías de las escuelas sindicales", en *Documentos Políticos*, núm. 23, 1982.

VARIOS

"La mujer en el movimiento democrático femenino", en *Documentos Políticos*, núm 10, 1975.

ZAMOSC, León

"Luchas campesinas y reforma agraria: La sierra ecuatoriana y la costa atlántica colombiana en una perspectiva comparativa", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 52, núm. 2, 1990.

TESIS

ACUÑA de C., María

"Independencia, unidad de acción y triunfos de la clase obrera colombiana", Bogotá, Economía, U.N., 1981.

AFANADOR ULLOA, Miguel

"El sindicalismo o la organización política de la clase obrera", Bogotá, Derecho, Universidad Javeriana, 1979.

AGUILAR, C. Omar

"Sindicalismo y negociación colectiva en la industria manufacturera", Bogotá, Economía, U.N., 1987.

ALVARADO NÚÑEZ, Enrique

"Política laboral entre 1950-1975", Magíster en Administración, Bogotá, Uniandes, 1975.

ALVEAR ESPINOSA, Patricia

"Elementos para una historia social y política de la mujer colombiana", Bogotá, Sociología U. N., 1983.

ARCHILA NEIRA, Mauricio

"Los sindicatos y la sociedad moderna, el caso colombiano", Bogotá, Postgrado Economía, Universidad Javeriana, 1979.

ARIAS TRUJILLO, Eduardo

"El paro cívico del 26 de noviembre de 1945 y la prolongación de algunos conflictos sociales", Bogotá, Ing. Industrial, Uniandes, 1980.

ARRUBLA L., Gustavo

"Sindicalismo y conflictos colectivos", Adm. de Empresas U.N., 1975.

ARTURO, Julián

"The formation of industrial workers in Bogotá", Magíster, Universidad de Florida, 1988.

BARBOSA, Héctor A.

"Formación de la clase obrera en Sopó", Bogotá, Sociología, U.N., 1986.

BARRAGÁN PARDO, Yolanda

"Elementos para un estudio del sindicalismo en Colombia", Bogotá, Sociología, Universidad Javeriana, 1978.

BELLO ALBARRACÍN, Martha N.

"Movimientos sociales urbanos en Bogotá, 1980-85", Bogotá, Trabajo Social, U.N., 1986.

BERMÚDEZ, Olga y Eduardo PEÑA

"Los movimientos campesinos en Cundinamarca y la ley de tierras de 1936", Bogotá, Sociología U.N., 1974.

BRICEÑO, Martha

"Los sindicatos y la economía colombiana 1970-84", Bogotá, Economía, U.N., 1986.

CAPUTO, Annie

"Las luchas agrarias en el Sumapaz", Bogotá, Ciencia Política, Uniandes, 1974.

CARREÑO GALLO, Sotelo

"Algunos apuntes sobre el sindicalismo colombiano", Bogotá, Derecho, U.N., 1970.

CASTAÑEDA, Rigoberto

"Bogotá: Industria y trabajadores 1900-1945", Bogotá, Sociología, U.N., 1988.

CASTILLO AMELL, Juan de Dios

"Participación popular y movimiento social: Bucaramanga 1974-1985", Magíster en Planificación, Uniandes, 1989.

CORREDOR RUIZ, Marina

"La intervención del Estado en los conflictos sociales 1926-36", Bogotá, Lic. en Ciencias Sociales, U.N., 1984.

DE ROUX, Gustavo

"The social basis of peasant unrest. A theorical framework with special emphasis on the Colombian case", Ph. D., University Wisconsin, 1974.

ECHEVERRY G., Mauricio

"Apuntes sobre la estructura sindical colombiana respecto de las tendencias en el capital nacional", Bogotá, Derecho, Uniandes, 1981.

ESCOBAR ARIZA, Cristina

"El movimiento campesino en Sucre", Bogotá, Antropología Uniandes, 1982.

FABRA D., Luis

"Papel económico y político de la United Fruit Company en Colombia", Bogotá, Licenciatura en Ciencias Sociales, U.N., 1983.

FLÓREZ de, Sibille

"Marco analítico para el estudio de la movilización campesina en Caldas", Bogotá, Sociología, Universidad Javeriana, 1974.

GAITÁN F., Nubia y Myriam RESTREPO T.

"El movimiento estudiantil en la década del 20 en Colombia y su influencia en la modernización de los partidos", Bogotá, Magíster Historia, Universidad Javeriana, 1988.

GAITÁN, G., Darío y José FRANCO

"Religión y clase obrera (estudio de caso)", Bogotá, Sociología U.N., 1984.

GALEANO, M. Mina

"Breve estudio sobre los sindicatos en Bogotá", Bogotá, Derecho U.N., 1970.

GANITSKY G., Sara

"Luchas agrarias 1920-1974", Bogotá, Uniandes, 1976.

GARCÍA MELO, Martha

"Reseña histórica del movimientos estudiantil en la U.N.", Bogotá, Trabajo Social U.N., 1986.

GARZÓN CONSUEGRA, Ricardo

"1945-1953. Auge del capitalismo y crisis del movimiento obrero", Bogotá, Economía, U.N., 1987.

GÓMEZ M., Amanda y Berta MALPICA

"Historia de la organización y lucha de los trabajadores del Río Magdalena 1935- 1945", Bogotá, Licenciatura en Ciencias Sociales, U.N., 1984.

GRISALES, Orlando

"El problema de la productividad del trabajo en la industria: caso Bavaria", Bogotá, Sociología, U.N., 1981.

GUTIÉRREZ LEMUS, Jaime Omar

"Una aproximación teórico conceptual al estudio de los movimientos sociales en Colombia", Bogotá, Sociología U.N., 1991.

GUTIÉRREZ GÓMEZ, Nury

"Aproximación a la conciencia de clase de los trabajadores petroleros", Bogotá, Sociología, U.N., 1986.

GUZMÁN NAVAS, Claudia

"El movimiento indígena en Colombia a través del periódico *Unidad Indígena*", Bogotá, Trabajo Social, U.N., 1988.

LOW P., Carlos A.

"La zona bananera 1910-1974", Bogotá, Sociología, U.N., 1984.

MARTÍNEZ, Blanca V. y Hugo PRIETO

"El sindicalismo independiente, un movimiento social 1930-1970", Bogotá, Licenciatura en Ciencias Sociales, U.N., 1985.

MARTÍNEZ, Hernando

"Movimiento sindical en Colombia: origen, formación y desarrollo", Bogotá, Jurisprudencia, Universidad del Rosario, 1973.

MEDINA G., Carlos

"Aportes historiográficos acerca de las formas de trabajo y la reforma de la clase obrera en Colombia", Bogotá, Licenciatura en Ciencias Sociales, U.N., 1983.

MÉNDEZ, Mario

"Modernización y sindicalismo en Telecom 1970-1980", Bogotá, Sociología, U.N., 1983.

MENDOZA T., Martha

"El sindicalismo durante el primer gobierno del Frente Nacional", Bogotá, Ing. Industrial, Uniandes, 1980.

MESA MORENO, Jorge H.

"La Perseverancia: historia y vida cotidiana de un barrio obrero", Bogotá, Sociología, U.N., 1986.

MOJICA, Ana Sofía

"El sindicalismo católico: El caso de Fanal", Licenciatura en Ciencias Sociales U.N., 1982.

MOLANO N., Nidia

"La ANUC y el movimiento campesino", Bogotá, Sociología, U.N., 1975.

MOLINA HOYOS, Martha Cecilia

"El movimiento estudiantil como fuerza social en el proceso histórico colombiano y su relación con los políticos universitarios", Bogotá, Antropología, U.N., 1988.

NIÑO M., Bertha

"Un estudio sobre el sindicalismo como grupo de presión en Colombia", Bogotá, Magister en Estudios Políticos, Universidad Javeriana, 1988.

ORTIZ MEDINA, Ismael

"Historia y cultura popular", Bogotá, Antropología, U.N., 1989.

OSPINA, Édgar

"Notas para una historia del movimiento estudiantil", Popayán, Derecho, Universidad del Cauca, 1973.

OSPINA N., Edison

"Sindicalismo y partidos políticos después de la Violencia", Bogotá, Economía, U.N., 1982.

OSPINA MEJÍA, Germán

"Estado y movimientos sociales en Colombia", Bogotá, Sociología, U.N., 1990.

OSSA R., Oswaldo

"Las centrales obreras en Colombia", Bogotá, Ingeniería Industrial, U.N, 1985.

OVIEDO HERNÁNDEZ, Álvaro

"Grupos y partidos que han actuado en el movimiento sindical 1910-1960", Bogotá, Licenciatura en Ciencias de la Educación, U.N., 1984.

PARDO LEAL, Jaime

"La clase obrera ante el derecho social", Bogotá, Derecho, U.N., 1966.

PARRA QUINTERO, María S.

"Significado histórico de las luchas obreras petroleras", Bogotá, Economía, U.N., 1981.

PÉREZ VAN FEEDEN, Mariano

"Surgimiento y desarrollo de la clase obrera en Colombia", Bogotá, Economía U.N. 1972.

PINZÓN, Rodrigo y Beatriz SANDOVAL

"Descripción y análisis de los grupos políticos que han hecho presencia en la Universidad Nacional en el período 1985-1991", Bogotá, Trabajo Social, U.N., 1992.

POSADA AGUDELO, Teresa

"Las luchas campesinas en Colombia", Bogotá, INDESCO, 1980.

QUINTERO M., Roberto

"Historia obrera y ley laboral", Bogotá, Derecho, U.N., 1974.

QUIÑONES, Luis E.

"Introducción a la metodología del análisis del sindicalismo colombiano en el período del Frente Nacional", Bogotá, Licenciatura en Ciencias Sociales, U.N., 1978.

RESTREPO DE RUIZ, Helena

"Las tres primeras huelgas petroleras, 1924, 1927 y 1935", Medellín, Historia, U. de Antioquia, 1980.

SÁENZ F., Josué

"Biografía de un sindicato, el caso SINTRASOFASA", Bogotá, Economía, U.N., 1986.

TORRES CARRILLO, Alfonso

"Luchas barriales en Bogotá durante el Frente Nacional", Bogotá, Magíster en Historia, U.N., 1988.

VÁSQUEZ DE T., Rosana

"Evaluación histórica del sindicalismo en Colombia", Bogotá, Derecho, U.N., 1970.

ZAMUDIO C., Lucero y Marcelino TORRES

"Colombia: estructura agraria y movimiento campesino", Bogotá, Sociología, U.N., 1974.

ZULUAGA, Yolanda

"Síntesis de los movimientos sociales en 1930", Bogotá, Universidad Javeriana, 1982.

PONENCIAS Y VARIOS

BIDEGAIN, Ana María

"Vida sindical y poder político". Ponencia presentada al *III Congreso de Historia Colombiana*, Universidad de Antioquia, 1981.

BORRERO, Alfonso

"Los movimientos estudiantiles contemporáneos", Bogotá, Ascun (Asociación Colombiana de Universidades), 1992.

CUBIDES, Fernando

"Institucionalización del sindicalismo en Colombia, 1930- 1946", s.l., mimeo, 1987.

DELGADO, Álvaro

"Desarrollo político del movimiento estudiantil", Cali, Federación de Estudiantes de la Universidad del Valle, 1972, 443 págs.

"Huelgas de los trabajadores colombianos en 1986", Bogotá, Inedo-Universidad Incca, 1987.

DESHAZO, Peter

"Metodologías para el estudio de la historia de la clase obrera urbana", *III Congreso de Historia Colombiana*, Universidad de Antioquia, 1981.

GUTIÉRREZ, Olegario

"El movimiento cívico: Comuneros 81", Taller Colectivo, s.l.

ICFES (Documento)

"Causas y consecuencias de los paros universitarios", Bogotá, Icfes, 1979.

LONDOÑO, Rocío y Fernando CUBIDES

"La situación actual de los estudios sobre el sindicalismo: Alcances, resultados y vacíos" en *Documentos*, núm. 2, Bogotá, Cerec, s.f.

LONDOÑO, Rocío y Álvaro DELGADO

"Empleo y sindicalismo en Colombia", s. l., mimeo, 1986, 226 págs.

PÉREZ, Luis Carlos

"Esbozo histórico del movimiento obrero colombiano", en *Boletín CEIS*, núm. 3, 1973.

PUIG, Julio

"Documentos teóricos internos", en *El movimiento estudiantil 1971*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1974.

RODRÍGUEZ BECERRA, Manuel

"Una experiencia de la integración de la docencia y la investigación", en *El estudio del sindicalismo en Colombia*, 1982.

RUIZ, Juan Camilo

"Raúl G. Mahecha, líder sindical", *III Congreso de Historia Colombiana*, Universidad de Antioquia, 1981.

SÁENZ, Orlando

"Ensayo crítico sobre el movimiento estudiantil en la década del 70", Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 1975, 25 págs.

"Acerca de los movimientos sociales urbanos", *V Congreso de Sociología*, Medellín, 1985.

ZAMOSC, León

"La cuestión agraria y el movimiento campesino en Colombia", Ginebra, 1987.

RESEÑAS

ARCHILA, Mauricio

"La protesta urbana en Colombia" (Medófilo Medina), en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 22, núm. 3, Bogotá, 1985, págs. 94-95.

"María Cano en el amanecer de la clase obrera" (Iván Marín), en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 23, núm. 8, Bogotá, 1986.

COLMENARES, Germán

"Colonización y protesta campesina en Colombia" (Catherine LeGrand), en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 26, núm. 20, Bogotá, 1989.

DELGADO, Álvaro

"Pasado y presente del sindicalismo colombiano" (Fernán González), en *Documentos Políticos*, núm. 119 (mayo-junio), 1976.

FAJARDO, Darío

"Estado, sociedad y campesinos" (Jaime Eduardo Jaramillo), en *Análisis Político*, núm. 7 (mayo-agosto), 1989.

JARAMILLO, Jaime

"Selva adentro: una historia oral de la colonización del Guaviare" (Alfredo Molano), en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 24, núms. 10-12, Bogotá, 1987.

LONDOÑO, Santiago

"Ética, trabajo y productividad en Antioquia" (Alberto Mayor M.), en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 21, núm. 2, Bogotá, 1984, págs. 105-107.

MEDINA, Medófilo

"Sindicalismo y política económica" (Hernando Gómez), en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 28, núm. 13, Bogotá, 1987.

REYES POSADA, Alejandro

"Barrancabermeja movimiento de la clase obrera" (José Yunis), en *Análisis Político*, núm. 1 (mayo), 1987.

ROMÁN S., Álvaro

"Estado y minorías étnicas en Colombia" (Myriam Jimeno S.), en *Revista de la Universidad Nacional*, vol. I, núm. 6 (abril-mayo), 1986, págs. 71-72.

SÁNCHEZ, Gonzalo

"La protesta en Colombia" (Medófilo Medina), en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 12, 1984.

TOVAR, Bernardo

"El café en Colombia 1850-1970" (Marco Palacios), en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 11, 1983.

"Aquí nadie es forastero" (Mauricio Archila), en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 15, 1987.

VASCO, Luis Guillermo

"Eros y Mina, el movimiento campesino en Colombia durante los siglos XIX y XX" (Hermes Tovar), en *Estudios Marxistas*, núm. 9, 1975.

"Aquí nadie es forastero" (Mauricio Archila), en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, núm. 11, vol. 24, Bogotá, 1987.



En el Taller del Historiador

Comentario a la Historiografía sobre los movimientos Sociales en Colombia (Siglo XX)

Michael Jiménez
Universidad de Pittsburgh

En memoria de E.P. Thompson (1924-1993)

INTRODUCCIÓN

El ensayo de Mauricio Archila es una celebración, un catálogo y, más que [illegible]

MOVIMIENTOS SOCIALES Y CIENCIAS SOCIALES EN COLOMBIA

Como una guía segura en medio de la aún incipiente trocha que recorre la historia social contemporánea en Colombia, Archila señala varias áreas importantes de investigación. Primero, su revisión de la literatura sugiere una agenda para la reflexión crítica sobre la historia de las ciencias sociales en el siglo XX en el país. Aunque el autor reconoce la importancia de tempranas obras producidas por intelectuales como Luis E. Nieto Arteta y Luis Ospina Vásquez, y activistas como Ignacio Torres Giraldo, se centra en escritos posteriores a 1960. Escudriña cuatro aproximaciones importantes en los tres últimos decenios para el estudio de la acción colectiva de grupos subalternos: 1) Las corrientes desarrollista y de la modernización dominadas por metodologías funcionalistas; 2) el "paradigma leninista" con su problemática voluntarista; 3) corrientes dependentistas influidas por la lógica estructuralista; y 4) la reciente articulación de tendencias "post-estructuralistas" preocupadas por la subjetividad, la cultura y la identidad.

Al analizar cómo ha sido aplicada cada una de estas aproximaciones a la acción colectiva de obreros, campesinos y otros sectores populares, este ensayo da las bases para una radiografía de las ciencias sociales en Colombia. Insinúa que las distintas etapas de investigacion sobre los movimientos subalternos reflejan una sucesión de coyunturas políticas específicas de los últimos tres decenios, desde el reformismo de los años 50 y 60, pasando por varios proyectos de izquierda de los 60 y 70, hasta la más reciente recuperación del pensamiento y la práctica radicales, en general, y el "post-estructuralismo" en particular. El comentario de Archila revela que los intelectuales colombianos, específicamente aquellos preocupados por los movimientos sociales, fueron profundamente influidos por las luchas ideológicas que se vivieron en las Américas y en el mundo durante este período tumultuoso.

Pero cualquier proyecto lanzado por la provocativa revisión de Archila sobre las ciencias sociales en décadas recientes, debería considerar tres aspectos importantes. Primero, tal estudio podría ser algo más que la genealogía intelectual sugerida en el ensayo. Los entornos particulares del pensamiento social deben ser analizados en términos de cambios más amplios y de larga duración en las instituciones educativas, ligados con el

mundo exterior y la naturaleza de las comunicaciones dentro del país, y el papel de los intelectuales en la sociedad colombiana. Por ejemplo, al notar el papel clave jugado por los contextos no académicos en el estudio de los nuevos movimientos sociales (incluyendo el papel de las ONG) Archila sugiere la importancia de la relación entre las instituciones académicas y no universitarias (v. gr. centros de investigación separados o débilmente conectados con las universidades) en la producción y difusión del conocimiento. Lanza, con acierto, una pregunta fundamental acerca de la relación entre la investigación académica y la apelación política, pregunta que nos llama la atención en esta época de especialización creciente y de limitación en los proyectos de crítica intelectual dentro o fuera de la academia.

Segundo, Archila hace distinciones muy agudas entre las cuatro etapas identificadas en el estudio de los movimientos sociales, en particular las tres primeras (modernización, leninismo y dependentismo-estructuralismo). Desde una perspectiva "post-estructuralista" cautelosa, plantea, sin hacerlo muy explícito, que algunos de los aspectos que han sido vistos como elementos comunes, usualmente por razones políticas, son aproximaciones muy separadas y compartimentadas en las ciencias sociales. Por lo menos tres podrían mencionarse en relación con el estudio de los movimientos sociales: 1) transiciones particulares de épocas (v. gr. de lo tradicional a lo moderno; del atraso al desarrollo; del feudalismo al capitalismo) se han visto como altamente determinantes de la acción colectiva de los sectores subalternos; 2) La tendencia a mirar los movimientos sociales como si fuesen determinados por procesos estructurales externos ha resultado comúnmente en la objetivación de los grupos subalternos. En esta perspectiva, tales movimientos han sido interpretados, con frecuencia, como respuestas casi mecánicas a fuerzas políticas o económicas externas, ya sea el ciclo económico, cambios en el modo de producción, o en la lógica del capital o del Estado en coyunturas dadas; lo que Thompson llamó "la visión espasmódica de la historia social"[1]; y 3) La ausencia de entidad de los grupos subalternos se reafirma por la

1 E.P. THOMPSON, "The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century", en *Customs in Common: Studies in Traditional and Popular Culture*, New York, New Press, 1993, pág. 185.

identificación, en las tres primeras aproximaciones, de actores externos que desde fuera imponen los libretos para la acción colectiva de obreros, campesinos y otros grupos sociales. Si los de abajo son acusados de "subversivos" o "vanguardias" importa poco, dada la visión común de que quienes hacen parte de los movimientos sociales son constantemente arrastrados por luchas políticas más amplias. Archila ilustra este punto en su discusión sobre la forma como, por ejemplo, la historia de obreros y estudiantes ha sido consistentemente fundida con la de la izquierda en el siglo XX en Colombia.

Finalmente, el ensayo ignora las continuidades entre el pensamiento tradicional de la élite colombiana sobre los de abajo en los siglos XIX y XX y las aproximaciones "científicas" a los movimientos sociales discutidas por Archila. Los desarrollistas, dependentistas y leninistas no solamente tienen elementos en común, sino que comparten con la élite concepciones de la política y la sociedad desarrolladas desde la Independencia. Por ejemplo, el ideal liberal de la transición a la modernidad —apropiado de diversa manera por liberales y conservadores— encontró eco en los modelos reformistas y revolucionarios de cambio social que a partir de los años 60 fueron utilizados para explicar la política y la vida social de los grupos subalternos. No se necesita leer en profundidad el pensamiento social de las clases altas colombianas para percibir esa curiosa combinación de menosprecio e idealización de los de abajo que se refleja en muchos de los escritos sobre el potencial de las clases bajas para explotar anárquicamente en respuesta a la pobreza o para demostrar su espíritu nacionalista. O, para este caso, podemos considerar el constante temor de los pensadores de la élite, desde los primeros días de la República, acerca de la inclinación del pueblo hacia los tenebrosos agitadores externos o la necesidad de que los hombres de virtud y sabiduría (sean éstos los sumos sacerdotes del reformismo desarrollista o los cruzados del socialismo revolucionario) lo guiaran a la tierra prometida.

LAS HERRAMIENTAS DEL TALLER DEL HISTORIADOR: CONTEXTOS RELACIONALES

El desafío central para los historiadores sociales, en el ensayo de Archila, radica en cómo contar la historia de aquellos colombianos cuya vida cotidiana y sus momentos de acción colectiva han sido olvidados por mucho tiempo. A lo largo de su revisión bibliográfica, extrae al menos dos

tipos de herramientas que pueden servir de base para fortalecer lo que parece ser una rica tradición académica que emerge en la Colombia contemporánea: 1) la amplia variedad de contextos en los cuales surgen las relaciones sociales y las identidades; y 2) la diversidad de ideas y prácticas por medio de las cuales los grupos subalternos entienden el pasado y el presente, y proyectan visiones de futuro[2].

Archila es el estudioso colombiano que más ha logrado acercarse a la sensibilidad y a los métodos del historiador social inglés E. P. Thompson, y quien a la vez ha buscado integrar los análisis sociológicos y antropológicos en su trabajo. En ese sentido, en su ensayo, repetidamente enfatiza la importancia de los *contextos relacionales*, definidos por Somers como "relaciones disputadas e imitadas entre la gente y las instituciones... (una) matriz estructural similar a una red social"[3]. Cuatro categorías principales de contextos relacionales pueden indentificarse en la discusión, las cuales aportan bases para un acercamiento comprensivo a la historia de la acción colectiva desde abajo y a la historia social más amplia. Debo anotar que estos contextos no son, en la experiencia social real, discretamente compartimentados y que ellos pueden tener mayor o menor significación para los actores sociales según las diferentes coyunturas.

El primero de esos contextos está relacionado con lo espacial y lo geográfico. Archila identifica varias instancias en las cuales *contextos ecológicos* juegan un rol mayor en la emergencia de los movimientos sociales. Ciertamente, diferencias en este aspecto entre grandes ciudades industriales como Medellín y un enclave como Barrancabermeja explican la emergencia de diversas vertientes de la cultura y la política obreras, como el autor ha mostrado en su propia investigación. De igual forma, la importancia de las fronteras se ha convertido en un tema clave en la historia social colombiana, como lo ilustra el creciente número de estudios sobre procesos de colonización en sus múltiples trayectorias regionales que moldean la sociedad y la cultura de los pobres del campo en forma sustantiva. Y, finalmente, un buen grupo de escritos sobre movimientos

---

2 La discusión en este punto se inspira en el artículo de la socióloga norteamericana MARGARETH E. SOMERS, "Narrativity, Narrative Identity and Social Action: Rethinking Working-class Formation", en *Social Science History*, vol. 16, núm. 4, invierno 1992, págs. 591-630.

3 *Ibid.*, pág. 609.

cívicos se centran en la variedad de contextos urbanos en Colombia, tanto en términos de diferenciación regional como en las diversas fases del proceso de urbanización. La rica interacción entre ambientes naturales y socialmente construidos se convierte, entonces, en un objeto importante de búsqueda para los historiadores que intentan determinar cómo han sido forjadas las relaciones sociales y las identidades culturales en el siglo XX. En consecuencia, la creciente atención a los factores espacial y geográfico ha abierto caminos hacia una visión más diferenciada del pasado reciente, lejos de las limitadas perspectivas nacionalistas que dominaron buena parte de la historiografía durante los tres últimos decenios, en particular aquellas interpretaciones históricas con mayor acento economicista.

Esta lectura de la literatura sobre movimientos sociales indica una revaluación de los procesos económicos y de las estructuras que forman las relaciones sociales. Como historiador laboral, Archila permanece atento al papel de la producción en la formación de los intereses y comportamiento de clase; en este sentido, específicamente, recomienda poner todavía más atención a la diversidad de empresas y de procesos de trabajo que ocurren en esos contextos. Pero este ensayo también sugiere que los *contextos económicos* deben ser definidos de manera menos mecánica de lo que sugiere la aproximación a los modos de producción.

La discusión sobre los movimientos estudiantiles implica la necesidad de considerar a las universidades como lugares donde se produce y transmite conocimiento; esto plantea también el punto de la formación de las clases medias en Colombia en este siglo. Sin embargo, además de complicar los contextos de producción, el autor descubre, en su revisión bibliográfica, razones para prestar cuidadosa atención al intercambio económico y a los mercados.

Recordando la idea de E. P. Thompson sobre la "economía moral", sugiere que la historia social de los movimientos campesinos podría ser enriquecida por análisis sobre la diversidad de relaciones mercantiles en la Colombia rural; la misma idea podría ser aplicada a las ciudades donde, por ejemplo, pueden encontrarse vínculos importantes entre la llamada "economía informal", los entornos de la protesta social y la organización de los pobres urbanos. Esto sugiere también un detallado examen, por parte de los historiadores sociales, de las formas y patrones de consumo en la ciudad y el campo. Nuevas luces sobre participantes de clases bajas y medias en los movimientos sociales (los movimientos cívicos son un

buen ejemplo en este punto) redundará probablemente en mayor conocimiento sobre la forma en la cual ellos han actuado como consumidores en una creciente red de mercados que se extiende desde las aisladas localidades hasta el sistema internacional a lo largo de este siglo.

Archila demuestra una flexibilidad similar en su comentario sobre los contextos políticos que han moldeado las relaciones sociales en el pasado reciente. Rechaza la satanización de la política por parte de escritores como Alain Touraine y critica la dicotomía, comúnmente asumida, entre sociedad civil y Estado. Pero Archila advierte correctamente contra la fusión de los movimientos sociales con las historias de los partidos tradicionales y de las organizaciones de izquierda. A la vez, su ensayo sugiere que los contextos políticos deberían ser entendidos en dos niveles: primero, siguiendo el modelo de Henry Landsberger para el estudio de los movimientos campesinos, recalca la importancia de las dinámicas internas de la acción colectiva de los grupos subalternos; en efecto, las microhistorias de los movimientos como tales deberían ser cuidadosamente estudiadas por los historiadores. Y segundo, también llama la atención sobre el papel del Estado en la formación de la política subalterna durante este siglo.

Desde las estructuras jurídicas y las reglas enfrentadas por los colonos de las fronteras hasta los controles burocráticos ejercidos sobre los sindicatos, la evidencia debería llevar a los académicos a hacer una cautelosa valoración de las instituciones legales colombianas, la cultura y los complicados procesos de formación del Estado. A su turno, la modalidad y el grado en los cuales los grupos subalternos, individual y en especial colectivamente, imprimen su propia huella a las instituciones políticas nacionales, desde los partidos hasta los procedimientos y organismos gubernamentales, permanece como una gran área abierta a la investigación. El trabajo de Zamosc sobre la ANUC es pionero en este sentido[4].

Archila exhorta con frecuencia a sus colegas a enfrentar lo que se ha convertido recientemente en una preocupación importante para los científicos sociales colombianos: la Violencia. El anota que la vasta litera-

4 Véase LEÓN ZAMOSC, *La cuestión agraria y el movimiento campesino en Colombia*, Bogotá, UNRISD-CINEP, 1987.

tura sobre este episodio crítico ocurrido durante los 40 y 50, generalmente ha descuidado el papel de los movimientos sociales. Esta preocupación es acertada, aunque mucha de la literatura sobre fronteras que él cita comenzará a rectificar el fuerte acento funcionalista que aún se percibe en los estudios sobre la Violencia. Desafortunadamente, evita hacer un llamado similar en el caso del más reciente fenómeno de los movimientos armados. Colocándose en una estrecha y limitada definición de movimientos sociales como "orientados hacia el consenso", Archila evita colocar los episodios guerrilleros más contemporáneos en la agenda investigativa junto a los obreros, los campesinos y otros actores involucrados en las demandas colectivas. Esto le impide acercarse a problemas históricos claves como los orígenes y la naturaleza del agrarismo revolucionario entre algunos segmentos del campesinado, la impronta de la cultura y de la política de las clases medias en grupos insurgentes como el M-19 y las organizaciones guerrilleras como fenómenos multiclasistas[5].

Finalmente, el ensayo de Archila representa un llamado a colocar, por igual, el género, la familia, la sexualidad y factores generacionales dentro de la agenda de los historiadores sociales colombianos. Cita numerosos casos en los cuales los contextos de género se podrían considerar como elementos que moldean la acción colectiva subalterna. Archila recomienda el estudio de Luz Gabriela Arango sobre las textileras como un modelo de "introducción del género" en la historiografía de la clase obrera. Esto no debería ser asunto exclusivo ni de "la historia de las mujeres" ni de "la de los hombres" —lo que significaría una historia desde una perspectiva particular de género— sino más bien una lúcida aplicación del género como una poderosa categoría en la construcción de la nueva historia social[6]. También invita a sus colegas historiadores a investigar la organización del hogar, la vida de familia, la infancia y la socialización. Por último, señala que el estudio de los movimientos estudiantiles debería poner mayor énfasis en los aspectos generacionales de

---

5 Esto fue sugerido por WILLIAM RAMÍREZ TOBÓN, "La guerrilla rural en Colombia: ¿Una vía hacia la colonización armada?", en *Estudios Rurales*, vol. IV, núm. 2 (mayo-agosto), Bogotá, 1981.

6 JOAN W. SCOTT, *Gender and the Politics of History*, New York, Columbia University Press, 1988, ofrece el esquema para un proyecto investigativo de esta naturaleza.

esas protestas que contribuyeron a las mezclas particulares de confrontación ideológica y choque cultural en distintos momentos del siglo XX.

HERRAMIENTAS DEL TALLER DEL HISTORIADOR: LAS NARRATIVAS SOCIALES

Como mencionamos antes, Archila hace importantes distinciones en su ponencia entre la historia de los partidos (y de la izquierda en particular) y los grupos subalternos, los cuales fueron frecuentemente el objeto de intervención por parte de actores políticos provenientes de las élites y de las clases medias. Esta apreciación apunta a un segundo instrumento para el rediseño del proyecto de historia social colombiana, lo que aquí llamaremos *narrativas sociales*. La preocupación de Archila por la "representación" hace eco de la planteada por Somers. En la visión de ella, el concepto de narrativa social puede servir a la historia social en tres formas. Primera, los contextos relacionales generan entendimientos históricos, significados existenciales y visiones del futuro que a veces convergen y a veces entran en conflicto. En otras palabras, las narrativas sociales son construidas social e históricamente. Segunda, aquellas narrativas sociales crean identidades que establecen fronteras simbólicas entre grupos sociales. Tercera, ellas propagan ideas acerca de la libertad y la servidumbre, derechos y responsabilidades, amor y odio, justicia y explotación, ley y desorden, en fin el repertorio de conceptos que sirven como guía para la acción colectiva y como elementos para la confrontación social. Finalmente, estas narrativas proveen los fundamentos por medio de los cuales se desarrolla la acción colectiva. En efecto, ellas integran contextos organizacionales, reglas institucionales, procesos con metas claras, y tácticas y estrategias de movimientos sociales.

Las narrativas sociales en el siglo XX en Colombia son numerosas y diversas, como lo sugiere el comentario de Archila. Pero al menos dos amplias categorías pueden ser identificadas de forma arbitraria por los historiadores que buscan entender cómo los integrantes de los movimientos sociales han creado significados: la política y la cultura.

Las narrativas que han predominado entre los historiadores colombianos han tenido que ver con la construcción de la ciudadanía y la nacionalidad. De una parte, el temple de las instituciones republicanas ha influido fuertemente en el conjunto de movimientos subalternos; los colonos de frontera, por ejemplo, han proclamado repetidamente sus reivin-

dicaciones contra los latifundistas y el Estado en términos de derechos de propiedad garantizados por la misma Constitución[7]. La debilidad de la nacionalidad como discurso anti-imperialista en el caso colombiano puede ser contrastada con la mayor importancia que recibe en otros países latinoamericanos durante este siglo. Esta circunstancia dice mucho, por supuesto, de la poca inversión directa extranjera y de su débil intervención en este país, aunque la aparición de trabajadores de enclave y de un amplio resentimiento político, debido al episodio de Panamá, ha sido notable.

El regionalismo también puede ser visto como una especie de narrativa política que encuentra expresión en los movimientos sociales. De nuevo, la experiencia de colonización de frontera en Colombia se ha prestado a esta clase de representación, poco separatista, pero que a menudo delimita un territorio y provee formas culturales muy específicas, como en el caso de las guerrillas de los Llanos durante los tempranos años 50. Es útil preguntarse también si para los trabajadores industriales en diversas partes del país y en diferentes coyunturas las identidades regionales oscurecen a aquellas basadas en la nación o en la clase.

La más poderosa expresión de las narrativas políticas ha sido el singular sistema partidista de Colombia. Las narrativas partidistas (o bipartidistas) han jugado un papel significativo en establecer fronteras dentro de la sociedad colombiana con consecuencias muy crueles. Pero ellas también han aportado el ámbito para las demandas dentro de los grupos de clases populares. Archila correctamente alerta a los historiadores contra la total fusión entre movimientos sociales y partidos políticos. Sin embargo, es importante tener en mente que, con frecuencia, los grupos subalternos hacen uso creativo de los lenguajes y las ideas de la política desarrollados por la élite, aunque estos no sean nunca de su completa propiedad. Esto, por supuesto, complica el papel de la izquierda en la historia colombiana, la cual, a la larga, bebió mucho de la misma fuente de la narrativa política. Sin desconocer el importante, pero quizás quijotesco, esfuerzo por construir narrativas políticas e ideológicas alternativas,

---

7 Esto está ampliamente demostrado por CATHERINE LEGRAND, *Colonización y protesta campesina en Colombia: 1850-1950*, Bogotá, Universidad Nacional, 1988. Véase también ELSY MARULANDA, *Colonización y conflicto: Las lecciones del Sumapaz*, Bogotá, Universidad Nacional, 1991.

tales como el anarquismo y el anarco-sindicalismo, hay poca duda sobre el dominio que el ideario republicano tuvo sobre el lenguaje político y los significados en la mayoría de los contextos relacionales.

El otro conjunto de narrativas, designadas aquí como *culturales*, han sido estudiadas menos adecuadamente por los historiadores de los movimientos sociales. La religión ha sido una "terra incognita" para la historia social colombiana, a pesar del reconocido peso de la fe y de las instituciones eclesiales en los grupos subalternos. Por ejemplo, el rol del protestantismo en el surgimiento de los movimientos subalternos, desde los tiempos de los activistas laborales hasta las recientes luchas cívicas, permanece inexplorado. Se sabe que la teología de la liberación ha sido menos influyente en Colombia que en otros países de Latinoamérica, pero aún permanece mucho por descubrir acerca del rol de nociones populares de cristianismo en la protesta social durante los últimos decenios o incluso antes. Este descuido puede deberse a que, hasta hace poco, los científicos sociales habían guardado distancia de este punto crucial de las narrativas culturales, por razones ideológicas o por falta de acceso institucional. En cualquier caso, ellos han fallado en indagar cómo la espiritualidad, la fe, el ritual y la cultura organizacional religiosa han dejado su marca en la acción colectiva de los grupos subalternos durante la historia colombiana del siglo XX.

Lo étnico constituye otra narrativa cultural que adquiere un lugar de importancia en la agenda de los historiadores sociales contemporáneos. Como la religión, ha estado silenciado en la historiografía por razones relacionadas con la definición de la nación por la historia patria y sus modernos sucesores. Archila alude a este fenómeno en su observación sobre los movimientos indígenas en recientes decenios. El, sin embargo, no incluye ninguna referencia a la extensa investigación de episodios de protesta, por ejemplo, en la parte sur del país, a principios de siglo. El clásico estudio de Diego Castrillón Arboleda sobre Manuel Quintín Lame y los más recientes trabajos de Gonzalo Castillo Cárdenas, Joanne Rappaport, María T. Findji y J. M. Rojas proveen una introducción crítica a este importante problema[8]. Así mismo, se necesita más investigación sobre la

8 DIEGO CASTRILLÓN ARBOLEDA, *El indio Quintín Lame*, Bogotá, Tercer Mundo, 1973; GONZALO CASTILLO CÁRDENAS, *Manuel Quintín Lame. En defensa de mi raza*, Bogotá, Comité de Defensa del Indio, 1971, Introducción; JOANNE RAPPAPORT, *The Politics of Memory: Narrative Historical Interpretation in the Colombian Andes*, Cambridge, Cam-

experiencia afro-colombiana en este siglo. En ambos casos, el comportamiento racial es visto comúnmente conformado por el cruce entre episodios regionales y de clase en la acción colectiva.

Las narrativas de género en la historia social colombiana también permanecen en la sombra, como lo muestra Archila a sus colegas. Los patrones patriarcales cruzan todas las clases sociales y han sido compartidos durante largo tiempo por hombres y mujeres. Ellos han tenido un significativo, aunque poco reconocido, impacto en la formación y en la trayectoria de los movimientos sociales. Tanto la diferenciación ideológica entre hombres y mujeres, como el rol marginal comúnmente asignado a las últimas, producen historias mucho más complejas de las demandas y protestas que las que implicaban las nociones de lucha de clases y movimientos cívicos[9]. Basta recordar la forma como María Cano tuvo que negociar la cuestión del feminismo o de los derechos de las mujeres dentro de la izquierda revolucionaria de los años veinte y treinta, para apreciar la definitiva influencia del género en la formación de una tradición disidente durante este siglo. Igualmente se plantea un conjunto de asuntos similares en lo que Archila identifica como "nuevos movimientos sociales", incluyendo los estudiantes, entre quienes, desde los cincuenta para acá, hay un creciente número de mujeres.

De las narrativas culturales, la clase, por supuesto, ha recibido la mayor atención de los historiadores sociales. El mayor énfasis se ha puesto sobre la clase obrera y en menor medida sobre el campesinado. Desde el principio de este siglo, los trabajadores en las ciudades y enclaves de exportación llegaron a verse a sí mismos como una clase, un proceso que Archila en su libro *Cultura e identidad obrera* examina con mucho detalle. Las persistentes referencias a la "clase obrera", "clases trabajadoras", o el "proletariado" indican la importancia de la clase en la creación de solidaridad, en establecer las bases para la vida organizacio-

---

bridge University Press, 1990; y MARÍA T. FINDJI y J. M. ROJAS, *Territorio, economía y sociedad Paez*, Cali, CIDSE-Universidad del Valle, 1985.

9 Para algunas observaciones preliminares sobre este punto con relación a los campesinos, véase MICHAEL JIMÉNEZ, "Mujeres incautas y sus hijos bastardos: Clase, género y resistencia campesina en la región cafetera de Cundinamarca (1900-1930)", en *Historia Crítica*, núm. 3 (enero-junio), Bogotá, 1990, págs. 69-84; y núm. 4 (julio-diciembre), Bogotá, 1990, págs. 71-84.

nal de los trabajadores (principalmente a través de los sindicatos) y en la identificación de los adversarios que se colocan en la vía de lo que fue percibido como sus intereses sociales. Curiosamente, la idea de clase fue tan elástica en el contexto colombiano como para servir de puente entre los trabajadores urbanos y los campesinos en varios puntos. Hasta cierto punto, el radicalismo colombiano del siglo veinte tuvo profundas raíces sociales en el campo, aún en el caso de los discursos públicos que hacían eco de imágenes y lenguajes de los trabajadores urbanos. Esto sugiere no sólo una historia sobre obreros mucho más compleja que la hasta ahora contada, sino también una experiencia mucho más rica para los campesinos. Casi no se necesita añadir que las clases medias, en calidad de subalternas, tienen que ser también estudiadas por los historiadores sociales, muchos de los cuales están aún atrapados por el dualismo señalado antes. Sin un genuino entendimiento de sus contornos sociales, su cultura y política, la total complejidad de las narrativas de clase permanecerá oculta[10].

En la intersección entre narrativas sociales y políticas en el siglo XX colombiano yace un discurso persuasivo: el referido a lo popular. En su discusión sobre los movimientos cívicos, Archila insinúa que los historiadores sociales deben prestar más atención a esta noción socio-política. Desde los movimientos artesanales de principios de siglo, siguiendo con los apoyos de la clase obrera al Estado en los años 40, hasta llegar a los más recientes paros cívicos, la narrativa popular se reconstruyó continuamente, llegando a ser el argumento central en los desafíos al orden dominante. Esta narrativa ha poseído la cualidad de ser flexible por más de un siglo. Ella ha articulado simultáneamente lo nacional y lo regional, ha usado la clase para incluir y para excluir, ha apoyado y debilitado las formas liberales de ciudadanía y ha abrazado un amplio espectro ideológico. Indudablemente, la historia de los movimientos sociales colombianos se enriquecería mucho más con un cuidadoso análisis de lo popular y sus relaciones con las otras vertientes narrativas del pasado reciente del país.

---

10 HERBERT BRAUN, en *Mataron a Gaitán*, Bogotá, Universidad Nacional, 1987, ofrece una propuesta para el estudio de las clases medias colombianas.

CONCLUSIÓN: HACIA UNA NUEVA ECONOMÍA POLÍTICA E HISTORIA SOCIAL

Estos dos marcos importantes —*contextos relacionales y narrativas sociales*— extrapolados del ensayo de Archila, pueden inspirar y guiar a la nueva historia social en Colombia. Pero hay que tener cuidado en el uso de ideas y métodos sugeridos por la aproximación "post-estructuralista", en la cual se apoya Archila para desarrollar sus críticas a los modelos desarrollista, leninista y dependentista. Él es consciente, por supuesto, de los límites del "post-estructuralismo", como lo ilustra en su sistemática crítica a Alain Touraine, al comienzo de su ensayo[11]. Las preocupaciones de Archila, en alguna forma, son paralelas a las planteadas recientemente por Charles Bergquist[12]. Tanto la ponencia de Archila como la polémica de Bergquist, aportan las bases para un uso crítico del "post-estructuralismo" en la gestación de la nueva historia social colombiana.

La variedad y complejidad de los contextos relacionales no debería oscurecer las amplias transformaciones ocurridas en la economía, la sociedad y la política en el siglo XX. La vida cotidiana refleja continuidades y cambios significativos en el orden social que los historiadores tienen la obligación de discernir, como insiste Bergquist. Sin sufrir la llamada "crisis de representación", el capitalismo permanece como una poderosa categoría de análisis que puede ser enriquecida más que golpeada por el "post-estructuralismo". Ciertamente un uso acrítico de los contextos relacionales generaría, posiblemente, una multitud de estudios parroquiales desde las historias políticas municipales hasta los patrones regionales de vestido, danza, enamoramiento y hábitos alimenticios. Esto podría conducirnos a un alejamiento de las tareas interpretativas generales que han sido el elemento central de la tradición intelectual crítica que han alimentado Archila y otros.

---

11 Véanse Capítulos 1 y 2 de ALAIN TOURAINE, *América Latina. Política y sociedad,* Madrid, Espasa-Calpe, 1989, para una clara afirmación de su posición.

12 CHARLES BERGQUIST, "La historia laboral latinoamericana desde una perspectiva comparativa. Observaciones acerca del carácter insidioso del imperialismo cultural", en *Estudios Sociales,* septiembre de 1989, págs. 11-26.

Pero este marco —contextos relacionales— puede también aportar una herramienta excepcionalmente poderosa para revelar las múltiples dimensiones del capitalismo. El dominio del capital puede entenderse mejor a través de un cuidadoso análisis de los vínculos entre los contextos económicos y los políticos en diversos espacios ecológicos. También esta aproximación permitiría una visión más clara del alcance y la profundidad de las relaciones de mercado, reconociendo efectivamente las continuidades y discontinuidades entre una economía global de intercambio desigual y las economías local, regional y nacional. Además, los contextos relacionales pueden ser usados para analizar la compleja matriz de relaciones de género y de etnia, las estructuras legales y el conjunto de factores que, lejos del punto de vista de la producción, modelan la mercantilización del trabajo humano. Finalmente, como insiste Bergquist, el uso crítico del capitalismo como categoría histórica permite comparaciones con otros países y regiones.

Esta postura podría, por ejemplo, ayudar a retomar la Violencia que, como categoría histórica amplia, ha sido reemplazada por las violencias, enfatizando los conflictos locales y regionales. Pero, como Archila sugiere, una agenda investigativa y un acercamiento interpretativo que conecten la Violencia con la reestructuración del capitalismo en esos años, podrían estar al orden del día[13]. Esto también aportaría los mecanismos para ubicar el caso colombiano en la más amplia coyuntura de la posguerra en América Latina[14].

---

13 EDUARDO SÁENZ ROVNER, *La ofensiva empresarial*, Bogotá, Uniandes-Tercer Mundo, 1992, ofrece los fundamentos de una interpretación más amplia de este período en términos del rol de las élites. Su trabajo requiere de estudios más regionales sobre élites y violencia para completar y rehacer las interpretaciones de nivel nacional. Un excelente ejemplo de esta propuesta es MARY ROLDÁN, "Guerrillas, contrachusma y caudillos en Antioquia, 1949-1953", en *Estudios Sociales*, núm. 4 (marzo), 1989, págs. 55-86.

14 Algunos de los más serios acercamientos al período de la posguerra en América Latina están en proceso, como lo ilustra el volumen editado por LESLIE BETHELL e IAN ROXBOROUGH, *Latin America between the Second World War and the Cold War, 1944-1948*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993. La ausencia de un capítulo sobre Colombia en este volumen refleja el marginamiento persistente de este país con relación a las corrientes más amplias de investigación, por parte tanto de académicos del Atlántico Norte como de los colombianos.

Existen precauciones y ventajas similares en el uso de las narrativas sociales. Archila, muy acertadamente nos advierte sobre la tendencia "post-estructuralista" a generar discursos desintegrados (tales como la polaridad sociedad civil-Estado) que oscurecen el complejo tejido de relaciones sociales y políticas; también parece compartir la preocupación de Bergquist sobre la posible distancia de los académicos con relación a los problemas del poder y la autoridad sugeridos por algunos usos del "post-estructuralismo". El desafío es, por supuesto, examinar cómo las diversas narrativas sociales arriba descritas refuerzan o debilitan las estructuras de dominación en la sociedad colombiana durante este siglo.

En este aspecto, el trabajo del crítico literario y marxista británico Raymond Williams, puede ser de gran ayuda[15]. La provocativa lectura que Williams hace del uso gramsciano de hegemonía, sugeriría que estas narrativas, en ciertas coyunturas, refuerzan la cultura "dominante". En otras circunstancias, ellas encuentran expresión en culturas "alternativas" que permiten el escape del control total de las élites, pero que en últimas no desafían el monopolio del poder por parte de éstas. En unas pocas oportunidades, las narrativas sociales subyacen en las culturas "opositoras" que amenazan el orden social. Esta estructura analítica aporta un cuadro útil para examinar cómo el sistema bipartidista, y el liberalismo en particular, sirven tanto de vehículo para mantener la hegemonía elitista como para debilitar el orden dominante en momentos claves de la historia colombiana.

Los historiadores están en un constante balanceo entre la empatía con la reconstrucción del pasado y la generalización sobre amplios patrones de relaciones sociales a lo largo del tiempo. Los investigadores en este campo relativamente nuevo —los movimientos sociales en el siglo XX— enfrentan obstáculos formidables, como Mauricio Archila ha mostrado, al desarrollar las herramientas para acometer esas dos metas. Su ponencia es un taller de un artesano que entrega estas herramientas para la recreación de la historia de los ignorados, desconocidos, marginados, desaparecidos y destruidos en el pasado del país. Más aún, su esfuerzo representa otro paso en esta coyuntura política e intelectual tan crítica para la resurrección y reconstrucción de una tradición de economía política radical que cayó

---

15 RAYMOND WILLIAMS, "Base and Superstructure in Marxist Cultural Theory", en *Problems in Materialism and Culture* , Londres, Verso Press, 1980, págs. 31-49.

en desgracia con la emergencia de las ciencias sociales y la "economización" del marxismo, a finales del siglo XIX[16]. El reciente llamado que Florencia Mallon hace a los historiadores sociales norteamericanos se aplica igualmente a los colegas colombianos que hoy buscan una salida teórica y metodológica similar:

> La tarea inmediata... no es la construcción apresurada de nuevos paradigmas "correctos" —entendidos como intentos de despachar las anomalías problemáticas y los cuestionamientos como si fueran externalidades vanas— sino la redefinición de paradigmas como propuestas abiertas pero comprometidas para encontrar principios de unidad y patrones de significados entre los fragmentos[17].



16 Como ejemplos de esta clase de resurrección de la economía política en una vena histórica, véase ERIC WOLF, *Europe and the People without History*, Berkeley, University of California Press, 1982; y WILLIAM ROSEBERRY, *Anthropologies and Histories: Essays in Culture, History and Political Economy*, New Bruinswick, Rutgers University Press, 1989.

17 FLORENCIA MALLON, "Dialogues among the Fragments", en Frederick Cooper y otros, *Confronting Historical Paradigms*, Madison, University of Wisconsin Press, 1993, pág. 372.



Historiografía de la Violencia

*Carlos Miguel Ortiz Sarmiento**
Universidad Nacional de Colombia

INTRODUCCIÓN

La "Violencia" es un término que en el habla cotidiana de los colombianos, como sabemos, se fue convirtiendo en el nombre de una época extendida desde la mitad del decenio de los años 40 hasta la mitad de los 60, cuando se extinguieron las últimas organizaciones armadas vinculadas de alguna forma a los dos partidos contendores, liberal y conservador. En la memoria de los colombianos que, adultos o niños, vivieron esos años en la mayoría de las regiones, la etapa de "La Violencia" divide en dos tanto la historia del país y de sus terruños como la de sus propias familias y sus mismas vidas.

Sin embargo, con el ocaso de la confrontación cruenta entre las colectividades liberal y conservadora no cesó enteramente la modalidad de la violencia en el ejercicio de la política (siguió existiendo confrontación armada entre gobiernos y grupos armados planteados como "revolucionarios"). La historia de violencia o, mejor, la historia de "lo violento" se prolonga más allá de la época conocida como "La Violencia".

Con la intensificación del uso de la violencia en la resolución de conflictos de distinta índole y la proliferación de poderes armados en Colombia durante los decenios de 1980 y 1990, "lo violento" sigue siendo un tema acuciante, ya no necesariamente ligado con exclusividad al ejercicio de la política, al menos en el sentido clásico de Estado, sistema, partidos. La multiplicidad de actores sociales que recurren a lo violento ha llevado a los investigadores, sean historiadores o demás científicos sociales, a hablar, ya no de "La Violencia", sino de muchas violencias que se cruzan en muchas direcciones.

---

* Deseo expresar mi reconocimiento a los estudiantes del Seminario de Historiografía en el Magíster de Historia de la Universidad Nacional, quienes contribuyeron de manera decisiva en la confección de este texto.

De todos modos, no conviene extender el alcance del término "violencia", al punto que no podamos demarcar con cierta propiedad el campo de estudio y el grupo de autores que vamos a analizar. En ese sentido, valga precisar que entendemos el carácter de "lo violento" como la modalidad encauzada a solucionar la diferencia o el conflicto mediante la eliminación total del otro, sea en el ejercicio político o en otra práctica social o de interacción en general.

Es con ese alcance, y en su expresión más tangible de ataque cruento y de asesinato, que el habla cotidiana en Colombia utiliza las expresiones de violencia en la política y de "los años de La Violencia".

En consecuencia, no extendemos el término hasta el ámbito de la "violencia simbólica", con todo lo importante que sea, salvo en la medida en que ésta haga parte de procesos para entender la tendencia a la eliminación efectiva del otro-individuo o del otro-colectivo.

Esta cautela en mantenernos dentro de unos límites del campo de estudio, tiene además la razón práctica de diferenciar la historiografía de la Violencia con respecto a la historiografía política en general y con respecto a la historiografía social, que se ocupa de lo relativo a los movimientos y luchas sociales en los cuales el conflicto social, y no la eliminación del otro, es el núcleo temático central.

El tema de la violencia sería un capítulo de la historiografía política contemporánea de Colombia, pero igualmente la desborda, por cuanto, pese a que la multiplicidad de dimensiones de lo violento tiende a articularse, desde los años 40, a través de un eje de naturaleza política, no obstante, los móviles disímiles en juego impiden explicaciones de tipo unilineal y demandan el concurso de distintas disciplinas humanas.

Nuestro balance se circunscribe a la producción publicada sobre violencia desde 1962, año de aparición del libro pionero en este género de estudios, el de Germán Guzmán, Fals Borda y Umaña Luna, *La Violencia en Colombia, estudio de un proceso social.*

Reconociendo los enormes aportes que han hecho a la historiografía y a la explicación de la violencia otras disciplinas y el enriquecimiento conceptual que le han posibilitado, nos centraremos sin embargo sobre los trabajos que ofrezcan un perfil predominantemente historiográfico. Una de las dificultades con las cuales tropezamos fue precisamente ésta, la demarcación de las fronteras entre el tratamiento de naturaleza historiográfica y otros enfoques disciplinarios con otros métodos y estrategias.

El criterio básico de discernimiento será para nosotros el peso que, en la conceptualización de la violencia, tengan los procesos desplegados a través del tiempo, entendido éste como duración de las permanencias, cambios y movimientos en las relaciones de los grupos y los individuos. Es un criterio mínimo de delimitación, que hace abstracción de si predomina un enfoque explicativo causal, o estructural, o nomotético; de si la explicación presupone o no un principio determinante; de si el principio subyacente es lo económico, lo cultural, lo psicomental o, en fin, cualquier otro.

Dentro del campo delimitado, no pretendemos dar cuenta de todas las publicaciones. Apenas se evocarán unos cuantos libros en la medida en que sean útiles para mostrar los aportes que progresivamente han significado, las líneas gruesas de interpretación que ejemplarizan, y eventualmente los vacíos e insuficiencias que son hoy el desafío para nuestra comunidad de científicos sociales, particularmente para las nuevas generaciones de historiadores.

Este es el objetivo último de la investigación, concitar esfuerzos para proseguir la tarea, para no dejar caer el ritmo que afortunadamente los estudios han alcanzado, para incursionar en los terrenos vírgenes —muchos— que aún quedan a los historiadores por explorar.

Necesariamente hay que partir de los balances existentes sobre la Violencia, entre los que merecen destacarse: el de Gonzalo Sánchez en el libro *Pasado y presente de la Violencia en Colombia* , libro que recogió las ponencias de un evento hito en ese género de investigación, constituyéndose en la primera oportunidad de intercambio de investigadores nacionales y extranjeros; y el balance de Jesús Antonio Bejarano, que hace parte de uno más amplio sobre historiografía del campesinado y de las luchas agrarias (lo concerniente a la violencia se halla en *Once ensayos sobre la Violencia*).

El plan del escrito es, brevemente, el siguiente: empezaremos situando la temática particular de la violencia dentro del contexto de la historiografía y las ciencias sociales en general, de los años 60. Luego diferenciaremos las etapas que, en nuestra apreciación, han recorrido los estudios historiográficos sobre enfrentamientos violentos en Colombia, desde el libro de Guzmán en 1962, ligado a la primera Comisión de la Violencia, hasta la segunda Comisión, de 1987. Finalmente sondearemos qué ha pasado después de las reformulaciones hechas, de manera embrionaria, en el libro de la Comisión del 87, *Colombia: violencia y democracia*.

El artículo se dividirá, pues, en tres partes principales y la conclusión, de la siguiente manera: 1. El contexto de los años 60 en las ciencias sociales y la historiografía; 2. De la representación de "La Violencia" a "La Violencia" como objeto; 3. Alternativas de la historiografía de la Violencia en los últimos años.

EL CONTEXTO DE LOS AÑOS 60 EN LAS CIENCIAS SOCIALES Y LA HISTORIOGRAFÍA

En el marco de las grandes etapas atravesadas por la sociedad colombiana, particularmente desde los años 30 como consecuencia de los cambios económico-sociales, culturales y políticos[1], las disciplinas "sociales" fueron buscando en Colombia su carta de ciudadanía, a través de procesos no necesariamente rectilíneos sino zigzagueantes e incluso ambivalentes; así se llega al cuadro de la segunda mitad de los 60, en donde esos procesos se han consolidado y se imbrican con itinerarios convergentes de la historiografía.

No hay que olvidar el importante papel que, durante el período de la llamada República Liberal, jugó en los medios estudiantiles la Escuela Normal Superior, fundada bajo la denominación de Facultad de Educación en el gobierno de Olaya-Herrera.

La posterior creación del Instituto Etnológico Nacional en 1941, bajo la égida de los egresados de la Escuela Normal Superior y la dirección del investigador francés Paul Rivet, sería el comienzo del proceso de diferenciación de una disciplina social, la antropología, cuyos diálogos e intercambios con la historiografía hoy particularmente resaltan[2]. Fue importante que dichos saberes empezaran a abrirse camino en momentos en que el tradicional acceso elitista a la Universidad empezaba a ceder en favor de sectores urbanos de extracción media.

---

1 Desde el punto de vista político, los tres grandes períodos de cambios institucionales serían sucesivamente: la República Liberal de 1930 a 1945, el rescate conservador de 1946 a 1957, y el Frente Nacional bipartidista, a partir de 1958.

2 El cuadro de profesiones heredado del siglo anterior, Derecho, Medicina e Ingeniería, se empezó a renovar con carreras como ésta de la Antropología (licenciatura), Odontología, y la llamada carrera de "Ciencias de la Educación", a cuya Escuela y Facultad hemos aludido.

Uno de los principales espacios curriculares desde el cual los saberes sociales comenzaron a incursionar en la formación "superior", fue precisamente la asignatura de Historia, introducida en los pensums de las diversas carreras. Un grupo de abogados, que apenas eran estudiantes durante el gobierno de Olaya, entre quienes sobresale Luis Eduardo Nieto Arteta, serían los grandes impulsores de esta disciplina que fue renovadora; ella incorporó nuevas miradas sobre lo social, como fruto del debate que se estaba llevando a cabo en otras latitudes, dentro de saberes que recién habían logrado en Occidente reconocimiento de estatuto científico, por ejemplo, la economía; en efecto, esos jóvenes intelectuales encontraron en la economía el principio último de inteligibilidad de los fenómenos históricos, en la economía entendida como relaciones de producción, bajo la influencia de Marx y de los clásicos marxistas.

El provincialismo había sido una de las características del trabajo intelectual en Colombia, no sólo en las disciplinas del ámbito social, sino en las otras ciencias, exactas o naturales. En algunos países latinoamericanos el provincialismo se había quebrado, bien por las oleadas de migración europea o judía, bien por la presencia frecuente de misiones extranjeras, que entre nosotros fueron muy escasas[3].

En los años 30 se vive una cierta apertura intelectual, favorecida por una confluencia de factores como la incipiente urbanización del país, el comienzo de la industrialización, la configuración de nuevos sectores sociales, las medidas de alcance cultural agenciadas por los gobiernos liberales como complemento de su política económica y social.

Hablo de apertura en el doble sentido del intercambio con la comunidad científica internacional, y de la posibilidad de ventilar y controvertir los asuntos de incumbencia pública; es parte de aquello que analistas del período llamaron, en la décadas siguientes, la "modernización"[4]. Aunque, a decir verdad, tales intentos de los años 30 y 40 no alcanzaron a plasmarse en una integración significativa del país a las

---

3 Entre ellas la Misión de ingenieros franceses o la Comisión Suiza de Ciencias Naturales, en el siglo pasado; la Misión Kemerer en los años 1920, o la Misión Currie en los 40-50.

4 Cfr. ROBERT DIX, *Colombia, the Political Dimensions of Change*, New Haven, Yale University Press, 1967.

comunidades y sistemas de producción científica, ni en un verdadero acceso de nuestra sociedad a lo que hoy se llama la "Modernidad"[5].

Lo que acontece en el medio universitario después, durante la década de los años 50, es de doble faz con relación al período anterior: a) desde un punto de vista, persiste la búsqueda de conocimientos científicos y tecnológicos, todavía con el sello de la importación subordinada; así mismo continúan los procesos de diferenciación profesional, que tocan también a las disciplinas sociales; b) desde otro ángulo, se asiste a una decidida arremetida oficial de la educación confesional, lo cual, desde la pregunta —hoy relevante— por la "modernidad", ha de ser visto, sin duda, como una involución. Habría sido algo semejante a aquello que Rubén Jaramillo considerara para la época de la "Regeneración": pretensiones de "modernización" y, simultáneamente, rechazo de la "modernidad", lo que le hace decir que la "modernidad" fue entonces, y siguió siendo, postergada, en nuestro país[6].

Dentro de ese proceso ambivalente, tuvo lugar el surgimiento de departamentos académicos, de carreras y facultades, que significaron el reconocimiento de la ciudadanía a varias disciplinas sociales, así hubiese acaecido dentro de un enfoque técnico-funcional de esas disciplinas y en el marco, ya referido, de reconquista fundamentalista ("anti-moderno"), que obviamente limitaba su desarrollo científico y, más aún, sus alcances críticos de cara a la realidad social. El último de los departamentos fundados en aquel período, en la Universidad Nacional, fue el de Sociología, en 1959

---

5 Daniel Pécaut atribuye el magro resultado, entre otros factores a los siguientes: pragmatismo del partido liberal, el de gobierno, incapaz de otorgar una real prioridad nacional al trabajo científico y cultural; debilidad del Estado, fragmentado entre las tensiones y componendas de lo que él llama las élites locales; y falta de autonomía de los intelectuales, proclives a la sumisión respecto de las subculturas políticas. Cfr. DANIEL PÉCAUT, "Modernidad, modernización y cultura", en *Gaceta* , Bogotá, Colcultura, núm. 8, agosto-septiembre 1990.

6 RUBÉN JARAMILLO, "La postergación de la experiencia de la modernidad en Colombia", en *Misión de Ciencia y Tecnología,* vol. 2, t. II, *Estructura científica, desarrollo tecnológico y entorno social*, págs. 535-560. El debate actual sobre modernidad, premodernidad y postmodernidad, que parte de la Fenomenología y ha sido reimpulsado por la Escuela de Frankfurt, abre una perspectiva crítica distinta a la perspectiva, más etnocéntrica, menos historizada, que tuvo el manejo de las teorías de "modernidad/tradición" dentro de la naciente "ciencia política" norteamericana, especialmente en sus primeras versiones.

(dentro de la aún joven Facultad de Economía, de la cual se desagregó al año siguiente)[7]. Las asignaturas que inicialmente se impartieron apuntaban, en la lógica invocada, a capacitar profesionales requeridos, de una parte, por las nuevas tareas y las nuevas oficinas surgidas de cierta tecnificación del Estado, y de otra, por la presencia de los primeros organismos internacionales, cuya demanda se incrementaría en la década siguiente.

Antes del Departamento de Sociología, la Universidad Nacional había sido escenario del desmembramiento de otras ramas de las disciplinas sociales: en 1952 se transformó en Facultad de Economía lo que era el Instituto de Economía, existente desde 1945 como dependencia de la Facultad de Derecho. En 1957 se constituyó la Facultad de Psicología, a partir del Instituto del mismo nombre que, dada su orientación clínica, hacía parte de la Facultad de Medicina[8]; justamente por motivos "ideológicos" una de sus primeras directoras fue separada del cargo.

Simultáneamente o después de la Universidad Nacional, otros centros de educación superior, muchos de ellos privados, abrieron estas mismas carreras; por ejemplo, la de Sociología se ofreció, con el mismo perfil simbiótico entre lo técnico y lo confesional, en dos universidades dirigidas por eclesiásticos: las Universidades Pontificias Javeriana de Bogotá y Bolivariana de Medellín; y un poco después fue fundado, también por parte de los jesuitas, el Centro de Investigación y Acción Social CINEP, que tomaría en su desarrollo un rumbo distinto al de las dos universidades, desde el punto de vista de su proyección social.

Así llegamos a la década del 60, con un panorama diversificado de profesiones en el campo de las ciencias económico-sociales. Otros fenómenos van a darse en esta década, que a nuestro juicio inciden también en el ámbito de la producción historiográfica, fenómenos que en parte significan discontinuidad y en parte continuismo con respecto a los años 50. Destacamos principalmente la secularización "relativa" del medio universitario y su politización por fuera del partidismo tradicional[9].

---

7 GABRIEL RESTREPO, "El Departamento de Sociología de la Universidad Nacional y la tradición sociológica en Colombia", Ponencia presentada en el III Congreso Nacional de Sociología, Bogotá, 1980.

8 ÁLVARO VILLAR GAVIRIA, "Desarrollo de la psicología en Colombia: aporte para el estudio de su historia", en *Ciencia y tecnología en Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

9 Ligados a estos dos fenómenos en los cuales nos vamos a detener, cabe registrar otros a su vez significativos para las ciencias sociales y la historiografía: a) los intentos de

Al decir "secularización relativa" nos referimos al proceso vivido por el estudiantado universitario durante el decenio de los 60, especialmente en el segundo quinquenio. Al tiempo que se asiste a una ruptura del confesionalismo católico, particularmente en las carreras y disciplinas sociales, los nuevos contenidos —seculares, "modernos"— se insertan dentro de estructuras de representación mental, colectivas e individuales, con caracteres y sentido religioso. No es por azar que sea Sociología la carrera universitaria en la cual el conflicto con el establecimiento adquiere mayor carga adversativa, que en las distintas universidades había sido fundada con propósitos confesionales conservadores y que por ello vive más intensamente esta ambivalencia[10].

Es la politización la que presta los nuevos contenidos seculares y el nuevo lenguaje —revolucionario— a las viejas estructuras mentales de representación.

Este doble fenómeno de los 60, secularización-politización, tiene que ver, entre otros, con cuatro importantes factores: a) el descenso de tono en la cruzada de re-catolización de los gobiernos conservadores, como

---

instauración de una racionalidad científico-técnica por parte del régimen, lo que lleva a los inicios del reconocimiento institucional del trabajo investigativo (bajo el gobierno de Carlos Lleras Restrepo se crearon, en 1968, el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y el Fondo Francisco José de Caldas Colciencias, aunque sólo hasta 1987 Colciencias consideró entre sus líneas de investigación importantes una atinente a ciencias sociales, la de la violencia); b) la formación de los primeros, incipientes y frágiles núcleos de investigadores; c) la gremialización de los profesionales de esas áreas (que no abarcó, por cierto, a los historiadores sino hasta hace escasos siete años, y muy débilmente); d) el despegue de la industria editorial, sobre todo en obras de ciencias sociales y de historia, demandadas por el estudiantado universitario; e) la publicación de revistas en disciplinas sociales, destacándose, para el caso de la historia, el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, fundado por el maestro Jaime Jaramillo Uribe. (Cfr. CARLOS M. ORTIZ, "La producción colombiana de ciencias sociales y las nuevas exigencias de la transferencia de información", Ponencia presentada al Seminario sobre Bibliotecas organizado por el Icfes, Cartagena, septiembre de 1980).

10 Varios de los profesores, líderes de gran audiencia estudiantil y credibilidad, fueron pastores o sacerdotes que, sin abdicar de su compromiso religioso, habían sufrido un proceso de transformación a través del contacto con teorías sociológicas (que estudiaron en universidades como la Católica de Lovaina) y, claro está, con hechos políticos recientes como la Revolución Cubana; Camilo Torres fue el más destacado de ellos, pero no el único.

consecuencia del pacto bipartidista del Frente Nacional, lo cual soltó las coyundas que impedían la laicización de la educación (ésta fue, incluso, fomentada oficialmente durante gobiernos como el de Carlos Lleras); b) el desgaste del partidismo tradicional, particularmente el debilitamiento de su fuerza ideológica proselitista, que creó un gran vacío apto para ser llenado por adhesiones políticas de nuevo tipo, autónomas respecto a las longevas redes de los partidos liberal y conservador; c) la apertura de la universidad a nuevos sectores sociales, ya no provenientes de las élites tradicionales; d) hechos políticos de impacto continental, como la Revolución Cubana.

La secularización-politización iría a afectar la producción historiográfica, su "saber hacer" y, sobre todo, el consenso existente sobre la naturaleza de la historia, escrita —o revivida— por los historiadores.

Los cambios de los años 60 en la historiografía

El cambio de mayores implicaciones para la producción historiográfica en los años 60 tiene lugar en la propia representación que tienen los historiadores de la historia y del oficio del historiador.

¿Cuáles son los principales elementos que en esta representación, expandida progresivamente a partir de las aulas universitarias, se perciben como opuestos a la concepción de la historia predominante en el país hasta entonces?

En primer lugar, la historia tendía a reducirse a la historia política, o más cabalmente a la historia política y militar. Ahora bien, lo político-militar era visto en su dimensión de acontecimiento (acontecimiento de gobierno, acontecimiento diplomático, acontecimiento de guerra). A partir de los 60 hará camino, por reacción, un marcado desprecio hacia el acontecimiento y un abandono de la historia política y militar que sólo recientemente empezamos a rescatar.

En segundo lugar, los hechos-acontecimiento que se daban por objeto de la historiografía eran los del pasado lejano, no había lugar para lo que hoy llamamos con gran interés la "historia contemporánea".

La mistificación, a la que es propicio el hecho en su dimensión de acontecimiento, privilegiaba el papel de las individualidades como sujetos de la historia y —en su composición de idea y voluntad— como elementos explicativos de los hechos y anclaje de las determinaciones

causales establecidas. Esto favoreció ciertamente el recurso a un género, la biografía, que desafortunadamente quedó desamparado desde los años 60, como consecuencia de la reacción al culto magnificado de los "próceres" y del desinterés por los elementos individuales en los procesos sociales, los que apenas hoy, obviamente con nuevos enfoques, empezamos a valorar.

En tercer lugar, el oficio de historiador se había hecho consistir esencialmente en desenterrar los acontecimientos (mediante la consulta de archivos y sus técnicas auxiliares), narrarlos y ordenarlos en una sistematicidad cuyo criterio básico sería la sucesión en el tiempo-calendario.

Frente a tal idea del quehacer historiográfico, en los años 60 se empieza a insistir en la necesidad de teorizar, de hacer una elaboración conceptual a partir de la simple información, y en la necesidad de delinear estrategias que se acojan a unas mínimas reglas del juego, y no sólo den curso a la espontaneidad y a la libertad de inspiración. Ahí cumplen un papel las teorías de las varias ciencias sociales.

Ahora bien, los tópicos historiográficos que inicialmente predominan en la primera generación de historiadores de los años 60 se relacionan más con el período de la Colonia y, desde el punto de vista temático, con la historia económica y social. En el terreno de la historia propiamente política, desde 1960 hasta 1974 sólo se encuentran tres obras relevantes que, aunque rompen con la visión tradicional, no caben del todo dentro de la caracterización hecha aquí de los nuevos historiadores profesionales. Me refiero a la obra de Gerardo Molina *Las ideas liberales en Colombia* (primer tomo 1970); al cuidadoso libro del norteamericano David Bushnell, *El régimen de Santander en la Gran Colombia* (1966); y especialmente a la obra del, por lo demás, excelente narrador Indalecio Liévano Aguirre, *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia* (1a. ed. 1964).

Sin duda alguna, una de las características de los trabajos que en los años 60 marcaron la pauta en la historiografía es la proclividad al marxismo en sus varios matices.

Aunque el marxismo es solamente uno de los distintivos, para el estudiantado politizado de los últimos años 60 y primer quinquenio de los 70, éste fue el elemento principal de ruptura. Las explicaciones marxistas de la historia implicaban un concurso de la economía (más exactamente, de la crítica de la economía política de los clásicos ingleses); esto

era más cierto en los años 60, con la importancia de la lectura estructuralista de Marx, a la cual nos acostumbraron las ricas reinterpretaciones estructuralistas de Althusser.

De hecho, en la Facultad de Economía de la Universidad Nacional, dentro de la sensibilidad hacia las interpretaciones marxistas, se dio un notable desarrollo de la historia económica, ésta sí volcada especialmente sobre el siglo XX y la historia reciente, quizá por su mayor aproximación a la racionalidad económica sobre la cual Marx basara su representación de la sociedad: trabajos como los de Salomón Kalmanovitz se destacaron aquí por su valiosa contribución.

En cambio la historiografía política no se desarrolló de la misma manera; grandes temas de la tradición historiográfica anterior quedaron desprotegidos, como el caso de la Independencia y las primeras décadas de la República.

Interesante sería precisar a qué se debió ese vacío, si a la subvaloración de lo político por ser visto —bajo el parámetro marxista— como subproducto de la economía, o a cierta aversión a historiar lo político, por haber estado tanto tiempo bajo el imperio de la crónica puramente narrativa y de la mistificación de los héroes.

La sobrevaloración del modelo explicativo marxista, a la vez que enriqueció en aquellos años la historiografía económica y económico-social, posiblemente coadyuvó a la endeblez de otros campos historiográficos. No se puede desconocer, por lo demás, que ese modelo fue el medio intelectual de una masiva secularización y que, pese a cierta rigidez a través de la cual las secuelas religiosas sobrevivían, fue para muchos un instrumento de toma de conciencia social, un apoyo para luchar por intereses colectivos y la palanca de liberación de las viejas coyundas de lealtades y creencias que los ataban a las maquinaciones partidistas, todo lo cual no carece de importancia.

Para los historiadores, interesados en el rigor de su trabajo profesional más allá de pesquisar, narrar y ordenar los hechos, el modelo marxista, con su axioma de la determinación "última" de la economía, representaba la posibilidad de estructurar la masa amorfa de los datos, de establecer la relación causal y hasta la ley universal implacable, a semejanza de las otras ciencias fácticas: el desarrollo del capitalismo, por ejemplo, el desarrollo de las fuerzas productivas. Siendo estas preguntas, por la causa determinante y por la ley (que empiezan hoy a dejar de ser

las preguntas para muchos de nosotros), elementos definidores de la "razón científica" propia de la "modernidad", el marxismo resultaba la mejor opción.

Al comienzo, durante los años 60, la sociología incidió menos en la historiografía colombiana que la economía crítica marxista, al menos de manera directa; los autores de la tradición propiamente sociológica incidieron menos que Marx. Sin embargo, estudios de sociólogos tendrían notorio impacto sobre la visión del país de la época e indirectamente repercutirían sobre la visión de los procesos históricos; uno de ellos fue precisamente la obra del cura-sociólogo del Líbano, Germán Guzmán Campos, en colaboración con Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna: *La Violencia en Colombia, estudio de un proceso social*, publicado por primera vez en 1962.

Precisamente el problema que, como lo indica su título, se estudia en este libro sociológico, estaba completamente ausente del campo de objetos y sensibilidades de los distintos tipos y tendencias de historiadores de la época.

Ni los historiadores tradicionales, ni los que hemos referido aquí como historiadores universitarios de los 60, hicieron de la Violencia objeto de narración o de análisis. Los primeros quizá porque ese cometido chocaba con los consabidos propósitos de acuñar, a través de la historia, los mitos fundacionales de la República, en los cuales los dos partidos centenarios eran vistos como piedra angular. La Violencia mostraba en su crudeza la paradoja: los partidos, los únicos que habían logrado intercomunicar los poderes regionales y locales a lo largo y ancho del territorio, lo habían hecho dividiendo el país en dos bandos irreconciliables, bajo la divisa amigo-enemigo que sólo permite la resolución de los diferendos en la guerra a muerte.

En cuanto a los historiadores universitarios de los 60, la Violencia parecía desbordar, en un mundo de pasiones, de símbolos, de irracionalidades, la gramática de las estructuras que para ellos permitía el ordenamiento y garantizaba la explicabilidad.

Así pues, no fue por la frontera de la historia como entró la Violencia a hacer parte de los objetos de ciencias o disciplinas, sino por la vía de la sociología, aunque ciertamente a través de sociólogos muy particulares, ligados a la pastoral en el sentido ortodoxo (como el párroco del Líbano), o a una suerte de intervención social algo más secular;

en uno y otro caso, son enfoques con pretensiones terapéuticas los que permiten que algo tan profano como la violencia entre al terreno de las disciplinas sociales.

DE LA REPRESENTACIÓN DE "LA VIOLENCIA" A "LA VIOLENCIA" COMO OBJETO

El tema de "La Violencia" antes de la década de los 60

Con escasas excepciones, como el libro de Guzmán Campos, la bibliografía colombiana sobre "La Violencia", publicada durante los años aciagos del enfrentamiento y parte de la publicada durante el decenio de los 60, consiste en libros que se escriben con vínculos, más o menos orgánicos, o al menos afectivos, con uno de los bandos en pugna: liberales, conservadores o comunistas.

Sus autores son dirigentes de los partidos, personal del Estado (funcionarios de gobierno, jueces o abogados litigantes de procesos judiciales), periodistas adscritos a los partidos y, en fin, combatientes de las fuerzas regulares o irregulares. En este elenco no contamos autores de dedicación fundamentalmente universitaria, como los de los años 70 en adelante. Quizá esa "contaminación" de vida pública sea uno más de los factores por los cuales tales obras son casi completamente desconocidas en los medios universitarios y, en general, científico-sociales. La excepción sería el libro del capitán guerrillero liberal Eduardo Franco Isaza, *Las guerrillas del Llano*[11], posiblemente por su carácter testimonial salido de las entrañas mismas del combate contra el gobierno de la época.

Esa bibliografía que en general suele llamarse "partidista" comprende modalidades diferentes:

a) Las obras específicamente partidistas, escritas por los dirigentes políticos en su condición de tales; varias de ellas son recopilaciones, con o sin comentarios, de pronunciamientos, declaraciones, conferencias, misivas públicas y discursos exhortativos, generados en momentos cruciales del enfrentamiento. En este sentido la publicación más representativa, de esmerada factura, es la antología de discursos e intervenciones de Carlos

---

11 EDUARDO FRANCO ISAZA, *Las guerrillas del Llano*, 3ª. ed., Medellín, Editorial Hombre Nuevo, 1976.

Lleras Restrepo entre 1941 y 1954 que lleva por título *De la República a la Dictadura (testimonio sobre la política colombiana)*[12]. Del lado opuesto, el conservador Rafael Azula Barrera, primer secretario del presidente Ospina Pérez, escribe un libro cuyo título parece replicar al de Lleras: *De la revolución al orden nuevo: proceso y drama de un pueblo*[13]. Procedente del mismo bando, hallamos el libro *Así fue la revolución*[14], de Joaquín Estrada Monsalve, ministro también del gobierno Ospina Pérez.

A estos exponentes de la interpretación liberal y conservadora, respectivamente, podemos agregar las varias recopilaciones oficiales de discursos de los presidentes de la época y de directivos nacionales de los partidos, recopilaciones en las cuales se hallan alusiones a la violencia política junto a los demás temas de la vida pública; varias de ellas han sido publicadas por la Cámara de Representantes en la colección "Pensadores Políticos Colombianos". Igualmente podemos contar, por sus alusiones a los gobiernos de la época y a "La Violencia" misma, la publicación oficial del Partido Comunista, *Treinta años de lucha del Partido Comunista en Colombia*[15].

b) Las publicaciones de denuncia, algunas de corte panfletario, desde las torturas acusadas por un refinado ganadero residente en el exterior (*Historia de una monstruosa farsa*)[16], hasta las masacres de campesinos y pueblerinos que se delatan en *Lo que el cielo no perdona* , del cura párroco Fidel Blandón (bajo el seudónimo de "Ernesto León Herrera" en las primeras ediciones)[17], las acusadas por Alfonso Hilarión en *Las balas de la ley*[18], o las de *El basilisco en acción o los crímenes del bandolerismo* , texto escrito bajo el seudónimo de "Testis fidelis"[19].

---

12 CARLOS LLERAS RESTREPO, *De la República a la Dictadura* , Bogotá, Editorial Argra, 1955.

13 RAFAEL AZULA BARRERA, *De la revolución al orden nuevo: proceso y drama de un pueblo*, Bogotá, Editorial Kelly, 1956.

14 JOAQUÍN ESTRADA MONSALVE, *Así fue la revolución del 9 de abril al 27 de noviembre*, Bogotá, Editorial Iqueima, 1950.

15 COMISIÓN DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE COLOMBIA, *Treinta años de lucha del Partido Comunista en Colombia* , Bogotá, Ediciones Paz y Socialismo, 1960.

16 FELIPE ECHAVARRÍA, *Historia de una monstruosa farsa*, Madrid, Musigraf Arabí, 1964.

17 ERNESTO LEÓN HERRERA, *Lo que el cielo no perdona*, Bogotá, Editorial Argra; FIDEL BLANDÓN, *Lo que el cielo no perdona*, 5ª. ed., Bogotá, Editorial Minerva, 1955.

18 ALFONSO HILARIÓN, *Balas de la ley* , Bogotá, Editorial Centro, 1952.

19 TESTIS FIDELIS, *El basilisco en acción o los crímenes del bandolerismo*, 2ª. ed., Medellín, Tipografía Olympica, 1953.

c) Los escritos que apuntan al esclarecimiento —en términos de responsabilidades de autorías "materiales" e "intelectuales"— de una fecha o un acontecimiento singularmente convulsionante. La mayoría de ellos se centran en el 9 de abril de 1948, asesinato de Jorge Eliécer Gaitán; alguno que otro versa sobre el 13 de junio de 1953, golpe de Estado auspiciado por dirigencias conservadoras y liberales para instaurar en el gobierno al militar Gustavo Rojas Pinilla; o sobre el 10 de mayo de 1957, derrocamiento de dicho presidente bajo la égida, una vez más, de los dos partidos.

En este grupo hallamos, por ejemplo, el libro escrito por el abogado Rafael Galán Medellín, parte civil dentro del proceso abierto por el asesinato de Gaitán, quien prentende aportar toda la documentación que estuvo a su alcance en el curso de la investigación.

d) Los libros de periodistas, algunos precisamente sobre fechas determinadas, como el de Gonzalo Canal Ramírez, *El 9 de abril de 1948*; o el de Arturo Abella sobre el 13 de junio; y otros, en términos más amplios, sobre la contienda partidista en general, como *Estampas y testimonio de la Violencia*[20], del mismo Canal Ramírez.

Se trata de periodistas conservadores o liberales, sea que directamente se preocupen por fijar la responsabilidad del partido contrario o por absolver al propio, como es el caso de los libros escritos al fragor de la contienda en los años 50; sea que se limiten a sustentar una interpretación característica del discurso y de la simbología del partido, aunque más allá de las recriminaciones y justificaciones que tratan de ahorrarse desde que los unos y los otros se acogieron al pacto de conciliación y olvido en el Frente Nacional.

e) Los libros de crónica testimonial de los combates (a veces la denominación de combate es un eufemismo para no nombrar masacres, asaltos): unos del lado de los rebeldes armados, otros del lado de las fuerzas regulares. En el primer grupo, el ya citado título de Eduardo Franco Isaza *Las guerrillas del Llano* y, desde la perspectiva del Ejército, el libro del coronel Gustavo Sierra Ochoa *Las guerrillas en los Llanos Orientales*[21].

---

20 GONZALO CANAL RAMÍREZ, *El 9 de abril de 1948*, Bogotá, Editorial Cahur, 1949; *Estampas y testimonio de la Violencia*, Bogotá, Imprenta Canal Ramírez, 1966.

21 GUSTAVO SIERRA OCHOA, *Las guerrillas en los Llanos Orientales*, Manizales, Imprenta Departamental de Caldas, 1954.

El libro de Franco Isaza, de bien lograda escritura, es un valioso documento que, de manera autobiográfica, nos introduce en la entraña de la guerrilla llanera liberal con una percepción, en ese momento inusitada, de la naturaleza de las poblaciones integrantes de la guerrilla (baquianos y mayordomos de hatos, campesinos en general), aunque al mismo tiempo con un gran sentido crítico que enriquece particularmente el escrito. Visión desde la óptica liberal que, no obstante, cuestiona el papel de la dirigencia de ese partido, de los hacendados liberales y de los jefes locales, dando cuenta de la multiplicidad de contradicciones más allá de la polarización dualista de bandos; auscultación sensible de los combatientes del pueblo que, sin embargo, no ignora sus inconsistencias, sus miopías y lo fragmentario del movimiento; postura militante capaz de hacer conciencia de los propios axiomas, creencias y mitos, en la rebeldía y en la lucha, por lo que adquiere un sentido autocrítico e incluso aporta elementos para entender dimensiones del hecho guerrillero, como los juegos de sentido, los símbolos, las autorrepresentaciones. Es un sentido histórico que relativiza de alguna manera la propia lucha, algo que no se encontrará, por ejemplo, en los escritos de los dirigentes de la ulterior guerrilla "revolucionaria", en los cuales resalta más bien la épica y aparecen de manera acrítica los axiomas de la interpretación y la moral militantes.

La bibliografía testimonial de la contraparte, la de las fuerzas regulares adscritas a las instituciones del Estado, es mucho más desconocida por los medios académicos y por el público lector en general. En el caso de los historiadores y los científicos sociales, este desconocimiento ha sido una carencia que ha impedido el desarrollo de una historia crítica de las instituciones y que, en el tema de la Violencia, ha permitido decir muy poco sobre la lógica interna de los militares, de sus transacciones con "paramilitares", durante los largos años de enfrentamientos. El libro que, por ejemplo, hemos citado aquí, *Las guerrillas en los Llanos Orientales*, documenta ampliamente, desde el punto de vista del Ejército, el nacimiento de las formas de contrainsurgencia como fueron las "guerrillas de paz" y muestra cómo, en una segunda etapa, se abre camino una estrategia más global, de combinación de la fuerza militar con la política persuasiva, lo que se llamaría más adelante "acción cívica militar".

Otros libros de militares, en los años 80, los del general Fernando Landazábal, por ejemplo, ya no tienen la riqueza documental del anterior pues, pese a su índole apologética y a sus intenciones judicativas, se detiene más bien a cuestionar las políticas oficiales, en el caso de *El precio*

de la paz, o en *La subversión y el conflicto social*, a ensayar algunos cuadros y clasificaciones del enfrentamiento armado, en lenguaje de pretensiones científico-sociales, pero sin el rigor documental ni conceptual exigido por esas disciplinas[22].

Tal rigor sí está presente en los libros de otro exmilitar, esta vez norteamericano, nos referimos a Ramsey Russell, en *Guerrilleros y soldados* y en *La revolución campesina* ; sus simpatías hacia el Ejército colombiano en la etapa del Frente Nacional no le llevan, sin embargo, ni a precipitadas declaraciones laudatorias, ni a simplificar el complejo cuadro de factores y fuerzas entrecruzados; y en cambio, dentro del cuidadoso manejo de fuentes, aporta algunas procedentes de los archivos militares de Colombia o de Estados Unidos que difícilmente hubieran sido asequibles para otros investigadores.

f) Los trabajos de confección o intención literaria, en donde hallamos desde las obras con protagonista tomado de la vida real, como *Cóndores no entierran todos los días*, de Gustavo Álvarez Gardeazábal, hasta obras de alusión indirecta y reelaboración poética, tal *La mala hora*, de Gabriel García Márquez. Entre los autores se incluye un militar, el general Valencia Tovar con su novela *Uicheda*.

Como es obvio, la serie de obras incluidas en este género de bibliografía son de desigual valor literario; pero no haremos ningún comentario de este orden, prefiriendo remitir al lector a artículos de críticos literarios, v.gr. el de Laura Restrepo, *Niveles de realidad en la literatura de la "Violencia" colombiana*[23].

En general, la lista de libros reseñados en las anteriores páginas, útiles para la historiografía de la Violencia aunque no hacen parte de ella, puede considerarse como bibliografía partidista, y en tal sentido, pese a sus grandes diferencias, presentan ciertos rasgos comunes, exceptuando tal vez la crónica de Franco Isaza y los trabajos literarios. Uno de los aspectos más característicos de ellos es el peso que tiene la culpa en el hilván del discurso, sea el discurso de intenciones interpretativas o el

---

22 FERNANDO LANDAZÁBAL REYES, *La subversión y el conflicto social*, Bogotá, Editorial Tercer Mundo,1980; *El precio de la paz*, Bogotá, Editorial Planeta, 1985.

23 Artículo originalmente publicado en la revista *Ideología y Sociedad*, núms. 17-18, abril-septiembre de 1976; reeditado posteriormente dentro del libro *Once ensayos sobre la Violencia*, Bogotá, Editorial Cerec y Centro Jorge Eliécer Gaitán, 1985, págs. 119 y ss.

simplemente narrativo. Descubrir el responsable individual o colectivo, en el sentido de sujeto consciente productor de los actos —que son violentos y partidistas a la vez— parece ser el objetivo principal de todas estas obras; la tarea del que escribe se asimila aquí a la de un juez, trátese del dirigente político, del penalista que alude a su proceso, del periodista o del guerrillero que escribe sus crónicas; y el juicio de responsabilidades presupone, sin dudas, un código ético que sirve de parámetro o arquetipo de análisis, y que a su vez proviene de la mirada partidista, de una cultura política que ve dividido el mundo "naturalmente", hereditariamente en dos, antes de cualquier discusión programática: esquema binario de representación del mundo y de la política, que en términos morales de la acción y del "juicio de verdad" emprendido por el político o el intelectual que escriben, significa discernir lo bueno y lo malo, los buenos y los malos. Esclarecer la "verdad" a través de un escrito equivale, dentro de estos enfoques, a descubrir responsables: el "verdadero autor" de la muerte de Gaitán, el "verdadero responsable" del 9 de abril, el "verdadero responsable" de la Violencia. Generalmente termina siendo una justificación, incluso una apología del propio partido y una condena del partido contrario. Quizá sea éste el principal criterio de demarcación entre la bibliografía "partidista" y la producción científico-social que se desarrollará a partir de los años 60, considerada dentro de ella la propiamente historiográfica.

Hay que entender, sin embargo, que en el interior mismo del enfoque "partidista" se operaron cambios en los años 60, como consecuencia de las nuevas condiciones políticas generadas por los pactos bipartidistas y la reforma plebiscitaria del Frente Nacional; y que, a lo mejor, tal evolución sirvió de puente hacia la aparición de los nuevos enfoques, llamados aquí científico-sociales.

En efecto, con la repartición paritaria de los puestos públicos y el cogobierno de los dos grandes partidos tradicionales, así como con los pactos de perdón y olvido celebrados por dirigentes políticos y orientadores de los medios de opinión, fue perdiendo sentido la mutua inculpación de los partidos. No obstante, varios escritos continuaron alimentándose del nutriente de la culpa, aunque con dos grandes modificaciones respecto de la escritura partidista de los años 50:

a) Cuando el objeto de interpretación es la violencia de la década anterior, es decir la del 50, el sujeto de inculpación se disuelve en un ente bipartidista ("los dirigentes de ambos partidos fueron responsables") o, en el último grado de globalidad, en un nosotros acusado: "todos somos

responsables". En el caso particular de los enfoques conservadores, además, se continúa presa de la serie discursiva del conservatismo que secularmente había acudido a la oposición entre fe católica, orden, moral, de un lado, y laicismo, desorden, inmoralidad, del otro, si bien en los discursos del 60 la cara negativa de esta oposición ya no se atribuye al liberalismo. Así por ejemplo, el libro de Gonzalo Canal Ramírez, *Estampas y testimonio de la Violencia* , el de Alonso Moncada, *Un aspecto de la Violencia*[24], no culpan al liberalismo, pero sí insisten en que la causa de la violencia fue la pérdida de la fe y de los valores religiosos, cuyo sujeto es un nosotros colectivo suprapartidista: el país. De ello, todos fuimos responsables.

b) Cuando el objeto de interpretación es la violencia coetánea a los escritores, es decir la que persiste en los años 60, ya por fuera del enfrentamiento de conservadores y liberales, el sujeto de inculpación se desliza, en los enfoques conservadores, del liberalismo al comunismo (también denominado con una metáfora espacial, "izquierda"). En el polo opuesto, los comunistas y los liberales que no aceptan la conciliación del Frente Nacional se van radicalizando en la inculpación contra el nuevo sistema bipartidista, al que bautizan como la "derecha" y acusan de generar la violencia. Es decir, con respecto a los enfoques partidistas de la década anterior sigue primando en esos escritos el esquema de la culpa, aunque los sujetos de inculpación se han modificado: a las recriminaciones entre liberales y conservadores ha sucedido aquélla entre izquierda y derecha, que de cierta manera son [redacted]

complejidad de los procesos, hasta el punto de hacer de su escrito, antes que un libro, "un sumario impreso", de modo que inclusive sus cargos sirvan "al juez que quiera aceptarlos como cabeza de proceso"[25].

Muy a la inversa, el libro de Germán Guzmán, Orlando Fals y Eduardo Umaña, sin ser inicialmente ajeno a la cuestión de responsabilidades ("todos podemos ser culpables, por comisión u omisión, de los hechos violentos que han venido ocurriendo", pág. 13), inclusive afectado inicialmente por la estigmatización al comunismo (Guzmán retoma en esto —sólo en el primer capítulo, págs. 30 y 31—, textos de Azula Barrera y de Vernon Fluharty), rebasa de lejos esas premisas al fijar la atención prioritariamente en la comprensión de las circunstancias envolventes de la actuación individual y colectiva y en el funcionamiento de las sociedades donde sus autores se hallan inmersos. Por esto lo consideramos ya un intento de elaboración "científico-social" sobre la Violencia, pese a las inconsistencias propias de una obra pionera.

El libro de Guzmán-Fals-Umaña

Con el trabajo de Guzmán-Fals-Umaña el nudo de situaciones enmarcadas en el período político de los últimos tres lustros y representado como "La Violencia" ya ha logrado conquistar su espacio en el territorio de las disciplinas sociales, más allá del propósito de los autores de diagnosticar el momento para buscar terapias.

Es cierto que en esta obra aún se percibe desintegración entre el valioso material proveniente de las fuentes orales y escritas y las conceptualizaciones inspiradas en teóricos de la sociología, lo cual se hace más notorio al pasar del discurso de un coautor al otro. Sin embargo la estrategia de buscar estructuras, funciones-disfunciones, agrietamientos estructurales y "vínculos sistémicos" antes que culpables o causas-autores, de privilegiar, en la interpretación, el papel del conflicto sobre la explicación causa-efecto unilineal, posibilita, con respecto a la bibliografía precedente, una renovación medible en los siguientes aspectos: por primera vez se otorga protagonismo a sectores sociales, como los cuadrilleros campesinos o sus auxiliadores veredales, que en las usuales visiones partidistas habían sido condenados al simple papel de masas manipuladas (por el

---

25 ALONSO MONCADA, *op. cit.*, pág. 54.

enemigo), o al de delincuentes casi natos o tarados mentales que, por lo demás, sólo se anatematizaban pero no se volvían objeto de estudios psicológicos. Así mismo, la obra descubre detrás de ese espectro de "La Violencia" interesantes realidades para la sociología, como la organización campesina ligada al fenómeno bandoleril, la conquista de ideologías políticas más independientes del partidismo tradicional, en el caso de ciertas bandas del tenor de las guerrillas llaneras.

Los maestros que inspiran la conceptualización —ellos lo dicen expresamente— son los "estructurofuncionalistas": los clásicos Parsons y Merton, Lewis Coser con su teoría del conflicto y Charles Loomis con su propuesta de sistemas y relaciones intrasistémicas e intersistémicas. El capítulo XIII del tomo I, en particular, es una síntesis del corpus teórico que se han propuesto utilizar para desentrañar los fenómenos estudiados.

Existe allí un enriquecedor acercamiento a las fuentes, distinto de la mirada etnocéntrica del "científico" que reduce sus interlocutores a nada más que datos manipulables por las teorías; en Guzmán más bien se dan, a través de las fuentes, encuentros de mundos y sentidos diversos. Ese estilo de aproximación plasmado en el tratamiento de entrevistas y documentos, así como las alusiones a los lenguajes corporales no alfabéticos, inevitablemente nos llevan a pensar en el positivo influjo de Gregory Bateson, a quien los autores citan alguna vez[26].

El tema global de la Violencia es desagregado para reconocer las demarcaciones geográficas que autores posteriores, en los años 70, irán a tener muy presentes en relación con las explicaciones, con los eventuales nexos causales o estructurales.

Subyace una preocupación por la rehabilitación de "los violentos", tema recurrente en Colombia cuando los conflictos armados se van volviendo exasperantes y que, en el caso de Guzmán, como miembro de la Comisión Presidencial "Investigadora de las causas de la Violencia", lo ligaba hasta cierto punto al propósito oficial de incorporar "los violentos"

---

26 *Op. cit.*, tomo I, pág. 406. En la página siguiente, 407, Guzmán dice que la categoría de "estratocentrismo", un género del etnocentrismo, la toma de Andrew Pearse. La obra de GREGORY BATESON, *Los pasos hacia una ecología mental*, publicada en español sólo en 1973, sigue ejerciendo hoy sensible atracción; los trabajos actuales que el antropólogo Jaime Arocha adelanta con su equipo de investigación, se inspiran considerablemente en ella, así como en los escritos de STEWART, recopilados en 1950 bajo el título *The Theory of Cultural Change*.

al orden predominante de la sociedad. No obstante, los elementos de análisis sociológico que, como enseñaba Parsons, hay que contraponer a la carga valorativa (Guzmán, pág. 406), le posibilitan a Guzmán situarse más allá del pragmatismo político prevaleciente, dar cuenta de la dinámica propia de los sectores estigmatizados por el lenguaje oficial y por el habla callejera, y reconocer los factores de violencia que dormitan, allende las mentes y las voluntades de los sujetos, en algunos caracteres mismos del orden socialmente imperante.

Con las consideraciones de marras no hemos aludido a que la obra de Guzmán sea historiográfica, pero creemos que el momento en el cual la violencia se configura como objeto en otras disciplinas sociales es también relevante para la historiografía; tanto más que es al cabo de ires y venires por los caminos de la sociología, la ciencia política, la antropología, como la violencia va a llegar a constituirse en objeto de la historia.

Además, el trabajo de Guzmán, sin ser historiográfico es de aliento y sensibilidad históricos, en su enfoque subyace la convicción de que los fenómenos que se clasifican, cuya estructura, funcionamiento y grietas se busca definir, son producto de procesos —conflictivos generalmente— desplegados a través del tiempo, que en más de una circunstancia se busca periodizar. Incluso en ciertos momentos de la descripción Guzmán retrotrae al lector diez, veinte años, para inscribir los hechos examinados dentro de procesos. Así por ejemplo, cuando relaciona la expresión armada del partidismo de los años 50 con la reyerta parecida, de bando contrario, en los años 30.

Después de Guzmán, en los doce años siguientes, es poco lo que la sociología colombiana aporta a la comprensión de la violencia. Obviamente, tampoco han aparecido los primeros tratamientos historiográficos.

El vacío lo llenan entonces los politólogos norteamericanos, iniciadores de una discusión que llevará, en la segunda mitad de los años 70, a colocar el problema de la violencia en el centro de las preocupaciones de la ciencia política (nacional y extranjera sobre Colombia), desplazando casi por completo las otras temáticas.

El aporte de los politólogos

Antes de consultar el elenco de autores norteamericanos ligados en los años 60 al tema de la violencia en Colombia, hay que entender la expansión que había conocido en ese país la "ciencia política" desde el

decenio anterior, en particular con respecto al estudio de los países latinoamericanos.

Sin entrar en la polémica sobre los límites entre la sociología y la "ciencia política", recordemos simplemente el hecho de la aparición, en los medios intelectuales de los Estados Unidos de los años 50, de no pocos títulos cuyos autores se inscribían en la novel rama de la "ciencia política". La Guerra Fría, en efecto, había aclimatado unas condiciones oficiales para la gestación de esa área de conocimiento. Las esferas del gobierno norteamericano, en particular la institución más relacionada con la política exterior, el Departamento de Estado, propiciaron el desarrollo de estudios que posibilitaran una intervención menos improvisada y cortoplacista en los países del hemisferio.

Así pues, surgió la "Asociación para la Investigación Política" como núcleo embrionario, entre cuyos gestores se hallaban Robert Dahl, Seymour Lipset y Rostow; este último, conocido por su cuestionada "teoría del despegue" para acortar la brecha entre "desarrollo" y "subdesarrollo", y por su participación como consultor oficial en la guerra del Vietnam, cuyo fracaso histórico repercutió profesionalmente en el nivel de su credibilidad.

Si se tratara de encontrar la característica común en las explicaciones de los diferentes profesores nucleados dentro de la citada Asociación, podríamos decir que son las categorías matriciales de "tradición" y "modernidad", y los conflictos planteados por la transición de un tipo de sociedad al otro, o sea los conflictos de la "modernización", entendido que el arquetipo de "lo moderno" es la sociedad norteamericana, donde reside el etnocentrismo de esta concepción. Las fuentes comunes de inspiración de los investigadores políticos son clásicos de la sociología, Weber y Durkheim, la teoría de sistemas y, más particularmente, los grandes teóricos del "estructurofuncionalismo", Talcott Parsons y Robert Merton.

El área de investigación política, consolidada poco a poco como una rama del saber, tiene una dinámica propia en los años 50 y 60. Así surgen desde quienes, dentro del enfoque de la Modernización, consideran muy ideales para Latinoamérica los arquetipos explicativos postulados y pretenden introducir una buena dosis de realismo, como Samuel Huntington[27], hasta quienes simpatizan con el enfoque radicalmente opuesto a la

---

27 SAMUEL HUNTINGTON, *El orden político en las sociedades en cambio.*

teoría de la Modernización, a saber, la teoría de la Dependencia, desarrollada básicamente desde los sociólogos latinoamericanos.

Ahora bien, aunque extrañamente Colombia no fue de los países más llamativos para los investigadores norteamericanos de la política, a fines de los años 50 y comienzos de los 60 también llegaron a nuestro país algunos profesores y candidatos doctorales con intenciones de escribir sus tesis sobre Colombia, dentro de la ola de interés latinoamericanista que aumentó con la Revolución cubana y la contrarréplica de la "Alianza para el Progreso".

Los enfoques preponderantes fueron justamente los de la "Modernización" en sus varios matices, combinados en algunos casos con el análisis de élites, otra tendencia de la politología que se desarrolló en Norteamérica de los años 50 a los 60, reviviendo los clásicos estudios críticos de los años 1910 y 1920 sobre los "grupos de presión" de la propia sociedad norteamericana, de esa manera desmitificada.

Del conjunto de "científicos políticos" americanos que tratan de la violencia colombiana, los dos primeros que escriben y se dan a conocer ampliamente entre el público universitario por haber sido traducidos al español, son Vernon Lee Fluharty (*Dance of the Millions: Military Rule and the Social Revolution in Colombia*, 1959) y John D. Martz (*Colombia: A Contemporary Political Survey*, 1962); como puede verse en las fechas de edición de estos dos libros, sus autores los escribieron más o menos contemporáneamente al de Germán Guzmán[28].

El trabajo de Robert Dix, *Colombia, the Political Dimensions of Change* (1967), que se centra en los cambios de la "República Liberal" de los años 30 pero también se interroga sobre la Violencia, es, si no igualmente consultado, por lo menos citado a menudo por historiadores de lo político.

Menos conocidos, en cambio, han sido el texto de Robert C. Williamson ("Toward a Theory of Political Violence: The Case of Rural Colombia", 1965)[29], donde sostiene la tesis del *"hinterland"*; o el de su contraversor

---

28 VERNON LEE FLUHARTY, *Dance of the Millions: Military Rule and the Social Revolution in Colombia*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1959; JOHN D. MARTZ, *Colombia: A Contemporary Political Survey*, Chapel Hill University of North Carolina Press, 1962. La Universidad Nacional de Colombia editó en 1969 la versión en español de la obra de Martz; del trabajo de Fluharty, una de las ediciones en lengua española es la de El Áncora Editores, de 1981.

29 En *Western Political Quarterly* , marzo de 1965.

Richard S. Weinert ("Violence in Pre-Modern Societies: Rural Colombia", 1966)[30]; el libro de James Payne, *Patterns of Conflict in Colombia* (1968); o los trabajos de grado de John Pollock, ("Evaluating Regime Performance in a Crisis: Violence, Political Demands and Elite Accountability in Colombia", 1969) y de Joseph William Monahan, ("Social Structure and Anomie in Colombia", 1969).

Los científicos políticos americanos pusieron sobre la mesa de debate una pregunta que, a decir verdad, había estado descuidada por parte de los investigadores colombianos: la pregunta por el Estado, que en los referidos autores se ligaba particularmente a "La Violencia".

Preguntas como esta del Estado, la formación de la nación, la relación Estado-nación, temas que en otros países latinoamericanos nutrieron una fértil controversia, en Colombia habían tenido menos eco.

Ahora bien, la obra que consideramos más relevante entre las que relacionan esa particularidad de "La Violencia" colombiana con el problema del Estado, es la de Paul Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia* (1978).

Es un estudio separado de los otros citados aquí por un espacio de aproximadamente diez años, lo que le confiere características particulares con respecto a aquéllos. En efecto, en las universidades norteamericanas ya han perdido fuerza explicativa las teorías de la "modernización", al menos en sus formas más clásicas; el movimiento estudiantil de los años 60 y el fracaso del Vietnam han despertado sensibilidad hacia las realidades del Tercer Mundo, quebrando hasta cierto punto la mirada etnocéntrica; y han ganado terreno enfoques como el de la Dependencia, la teoría de las Élites Oligárquicas y el propio marxismo, en versión de la escuela francesa de Poulantzas.

Todo esto de alguna manera se refleja en la obra de Oquist. Frente a los investigadores politólogos que le precedieron, va indudablemente más allá. En sus dos preguntas claves, la naturaleza del Estado y la índole de las transformaciones de la sociedad colombiana, Oquist logra sacarlas de las *pattern variables* tradición-modernidad, que medían los procesos con el cartabón del sistema político americano; igualmente, logra traspasar un

---

30 En *The American Political Science Review*, vol. LX, núm. 2, junio de 1966, págs. 340-347. (Ejemplar disponible en la biblioteca central de la Universidad Nacional de Colombia).

esquema muy simple de Estado, que le atribuía todo a su papel en el comercio agroexportador, a lo sumo adjetivándolo con el atributo instrumental de servidor de las "clases dominantes".

En Oquist están presentes las clases sociales y los conflictos interclases; esto posiblemente es su deuda con el marxismo. Su binomio Estado-estructura social, que nos recuerda la dupla gramsciana Estado-sociedad civil, y en cuyo grado de fortaleza existe casi siempre para Oquist proporcionalidad inversa, diferencia los distintos períodos de la historia política. Pero lo interesante en Oquist es que la existencia de los conflictos de clase no está supuesta a priori, con carácter necesario, ni ellos constituyen el único tipo de conflictos que se expresa en la forma de enfrentamiento violento armado a partir de la condición histórica de derrumbe parcial del Estado; pelechan también otros géneros de conflictos, que examina discriminadamente en el capítulo V, como rivalidades tradicionales entre poblaciones, o violencia por el control de las estructuras de poder local, entre otros; y hasta deja abierta la posibilidad de "áreas estables de coherencia estatal".

En el fondo, aunque por las estrategias metodológicas y por el estilo optado no parezca, lo que Oquist pretende hacer es, apoyado en trabajos existentes, una historia global del Estado en Colombia; tal historia tiene el inconveniente de suponer de alguna manera un Estado homogéneo, centralizado, que sea fuerte o débil, que esté sano o entre en colapso, como plantea Oquist para los años de La Violencia.

Circunscribirse al lapso de La Violencia no le satisface, proponiéndose rastrear esa historia a través de un recorrido de casi quinientos años, desde la conquista española hasta el régimen conservador de 1946. Naturalmente, tan vasto propósito no puede terminar más que en una composición de fuentes secundarias que desalienta al lector y lo sustrae por un momento de los interrogantes claves de La Violencia, acertadamente tratados en la segunda parte del libro.

La preocupación principal de Oquist, y que constituye el trasfondo de todas las modalidades de conflicto expresadas a través de las armas, es el colapso o derrumbe del Estado, tema que ocupa la mayor parte del capítulo IV, central del libro. En esta pregunta fundamental por la quiebra o catástrofe de la institucionalidad (el Estado), se hace palpable aún el aporte del estructuralismo clásico y en general de la "ciencia política" norteamericana.

Otra sugestión interesante de Oquist es la incorporación del tratamiento cuantitativo de los hechos, no sólo de los violentos en sí, sino de fenómenos políticos cuantificables que hicieron parte de los procesos conducentes a "La Violencia". A diferencia de ciertos investigadores formados en Estados Unidos durante los años 60, Oquist otorga al recurso de cuantificación el lugar adecuado y prudente que le corresponde dentro de la jerarquía de actos epistémicos de la investigación. Él no cae en la mistificación de creer que la medición sea el criterio de validez cognitiva, y advierte que los cuadros estadísticos y las inferencias sugieren pistas y direcciones, mas la explicación se construye traspasando las fronteras de la medición[31].

Finalmente, vale la pena agregar, cómo dos de los enfoques centrales de Oquist son nuevamente relevados y desarrollados (obviamente con matices característicos) por los sociólogos e historiadores sociales de los años 80: la ligazón del tema de "La Violencia" con la historia del Estado, y la especificidad de los distintos procesos regionales (vistos por Oquist dentro de su común condición del colapso de Estado).

Otros dos trabajos dignos de especial mención, publicados en los años 70, son el de Pierre Gilhodès, *Politique et violence: La question agraire en Colombie 1958-1971* (1974), y el capítulo de Eric J. Hobsbawm dedicado a "La anatomía de la Violencia en Colombia" dentro de su libro *Rebeldes primitivos* (versión española publicada en 1974).

No obstante su brevedad, el artículo de Hobsbawm es de los únicos trabajos que ubican el fenómeno colombiano de "La Violencia" en un contexto de relación internacional, objeto de examen junto a fenómenos de violencia y de grupos armados (*bandolerismo*) que existieron en otra época o coexisten actualmente en otros países del mundo.

La dimensión social del *bandolerismo* es resaltada en el artículo de Hobsbawm. El tratamiento analítico de este hecho reemplaza los enfoques moralistas que habían sido, en el lenguaje oficial, los predominantes; los enfoques no oficiales o contestatarios tampoco se habían detenido nunca

---

31 Sobre la apropiación hecha por Oquist de ciertas estadísticas más problemáticas que otras (como las de la Policía Nacional en el caso de los muertos por violencia en los distintos bandos de la contienda), ya en anterior ocasión objetamos su credulidad, la falta de que mediara un cuestionamiento crítico de la fuente (Cfr. CARLOS MIGUEL ORTIZ, *Estado y subversión en Colombia*, pág. 23, nota 1).

en el personaje del "bandido", que quedaba desplazado como tal de los ámbitos explicativos, donde sólo había lugar para los enfrentamientos entre las clases, o para el autoritarismo instrumental del Estado.

Gilhodès, por su parte, se propone hacer un estudio del país en los doce primeros años del régimen del Frente Nacional, dando cuenta de la dinámica, tanto de las políticas gubernamentales como de los partidos, y detrás de uno y otro protagonista público, los intereses, estrategias y acciones de las fuerzas sociales, entendidas en cierta ortodoxia como las clases sociales. Gilhodès también forma parte de quienes centran su atención en los actores sociales, cambiantes, movedizos, antes que en las estructuras.

La exhaustiva información que el autor maneja, pese a ser extranjero, es ordenada bajo un criterio que se ve ampliamente colmado, como es el de ofrecernos un cuadro del conjunto de fuerzas sociales particularmente en el agro, sus pesos específicos, su grado de organización, su debut en el espacio político; más de la mitad del libro está destinada a dibujar la conformación de las varias clases, fracciones, sectores, y sus expresiones sindicales o gremiales; con base en ese cuadro, entra a encontrar un lugar social al fenómeno del bandolerismo y a las expresiones políticas disidentes de los dos viejos partidos, que emergieron en los años 60. Tratándose, en cambio, de una sociología especialmente rural como dejamos dicho, parece poco lo que el libro consagra a las guerrillas de intencionalidad "revolucionaria", que justamente en esos años se configuraron.

Los antropólogos

En general la producción antropológica en el país, desde sus grandes pioneros, Reichel-Dolmatoff y Juan Friede, ha sido más numerosa con relación al estudio de las minorías étnicas y especialmente de las etnias indígenas; son menos los profesionales de la antropología que han escrito sobre la sociedad mestiza o negra y muy pocos los que lo han hecho sobre la violencia.

No obstante, existen tres nombres vinculados a la antropología, al menos por formación profesional, que han sido significativos en los estudios de la violencia de los años 50: Roberto Pineda Giraldo, egresado del Instituto Etnológico Nacional, con su monografía titulada *El impacto de la Violencia en el Tolima: el caso del Líbano*, publicada en los años 60 por la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional; Darío Fajardo, "La

violencia y las estructuras agrarias en tres municipios cafeteros del Tolima: 1936-1970", publicado en 1977 como parte del libro *El agro en el desarrollo histórico colombiano*; y Jaime Arocha, *La Violencia en el Quindío, determinantes ecológicos y económicos del homicidio en un municipio caficultor*, publicado en 1979.

Aunque los tres tienen en común el enfoque regional —que marcaría en adelante el tono de la investigación sobre la violencia de los años 50—, y la importancia de la fuente oral, cuyo primer impulsor fue, en la década anterior, Germán Guzmán, los tres difieren notablemente en sus concepciones y métodos y en sus relaciones con la tradición antropológica; en esto último, a decir verdad, solamente Arocha se revela deudor de enfoques específicamente antropológicos en sus interpretaciones. Pineda y Fajardo se deben más al pensamiento sociológico y, en el caso de Fajardo, a la historia económico-social de anclaje marxista, centrada en la pregunta fundamental por la estructura agraria y los conflictos agrarios, uno de cuyos primeros proponentes fuera Salomón Kalmanovitz.

Con Fajardo se fortalece el género del estudio regional y local, al avanzar expresamente sobre la propuesta de regionalización de los determinantes de La Violencia, que Oquist había sustentado en su texto preliminar de 1975[32].

Se propone trabajar solamente tres municipios del Tolima: Chaparral, Líbano y Villarrica, no ciertamente para perderse en reconstituciones anecdóticas de alcance parroquial, sino para examinar desde allí, como en un laboratorio social, los determinantes de los procesos del país que pasaron por aquellos tres escenarios locales. La historia regional es para Fajardo una estrategia para superar esquematismos que empezaron a hacerse frecuentes desde finales de los años 60 .

Así, fija el punto de partida en la obra sintetizadora de Oquist. En la primera página de presentación de su trabajo, resume en tres los planteamientos centrales de este último: la multiplicidad de causas de la Violencia; la diferenciación regional; la relación de la Violencia con la problemática en sí del Estado. Manifiesta que no trabajara la temática Violencia-Estado, alejándose por ende de la línea de la "ciencia política";

32 Me refiero al original en inglés que Fajardo leyó: "Violence, Conflict and Politics in Colombia". Al publicarse en 1978 sufrió algunas modificaciones.

en cambio, asume los otros dos planteamientos: diferenciación regional y multiplicidad causal.

Otro autor que Fajardo evoca es Fernando Guillén Martínez. Simpatiza con la tesis central de Guillén sobre el poder hacendario y con otras piezas de su argumentación, como es la lectura desmitificadora del gobierno López, más allá del enfoque liberal característico de casi toda la historiografía de los años 50 y 60. Diferencias también existen, sobre todo en la visión de conjunto de los procesos y sus principios explicativos. En la inspiración weberiana de Guillén tiene más peso el modelo sociocultural del poder hacendario; en la inspiración marxista de Fajardo, el determinante en última instancia de la economía: "es en realidad ingenuo pensar que la Ley, el Derecho, actúan como fuerzas motrices en la transformación de la realidad; por el contrario, tienden a reflejar los cambios que se producen en ella" (pág. 272).

Existe, de esta manera, una dosis de combinación entre la *multiplicidad de causas* de la Violencia en una primera instancia, lugar de encuentro de Fajardo y Oquist, y una última instancia de inteligibilidad en la economía, que termina por imponerse: modo de explicación que conferirá a Fajardo un acento particular, acercándolo más a los enfoques de los economistas y los sociólogos que al de la antropología.

No obstante, en donde sin duda reaparece el antropólogo para enriquecer la mirada sobre la violencia, es en la valoración y el aprovechamiento de la fuente oral. Tanto Fajardo como Arocha hacen descansar buena parte del peso de la sustentación en informantes claves, como de otra manera, en el campo más libre del periodismo y la literatura, lo han hecho Arturo Alape y Alfredo Molano. Cuidadosamente escogidos, los tipos diferentes de informantes de Fajardo y Arocha expresan la diferencia histórica de las respectivas regiones que estudian, una con tradición de enfrentamiento clasista que indujo a su vez una politización de tipo clasista, y otra en la cual los conflictos se atomizaron con menos posibilidad de articuladas respuestas colectivas.

El estudio de Jaime Arocha se mueve, como el título indica, entre dos campos de explicación: lo económico y lo ecológico.

En la variable económica del razonamiento, la fuente principal de inspiración es Eric Wolf en *Las guerras campesinas en el siglo XX*; de él proviene el interrogante capital del nexo entre "descampesinización" y violencia, el cual sustituye las reiteradas explicaciones del partidismo o de la lucha de clases.

Los rasgos más novedosos del libro se hallan, sin embargo, en la variable ecológica, en donde es deudor de Marwin Harris y lo que se ha llamado entre antropólogos "materialismo cultural". Tan inédito como discutible resulta este enfoque, en el cual Arocha se resiente de las mismas críticas que se le formulan a Harris, a saber: universalizar como explicación de la violencia el esquema de la guerra tribal, concebido, por lo demás, en términos de un neomalthusianismo muy particular.

Pero más allá de sus cuestionadas proximidades a Harris, e independientemente de ello, es indiscutible el aporte de Arocha en el tratamiento de los homicidios de La Violencia: al despolitizarlos, mediante la relación entre homicidios "al azar" y homicidios con justificación política, y entre móviles políticos y móviles secundarios en estos últimos, abre mayores posibilidades de comprensión, avanzando hacia aquello que la Comisión de la Violencia en 1987 llamaría las interrelaciones entre violencia política y otras múltiples violencias.

En razón del enfoque escogido, en Arocha no se desarrolla de manera sistemática y central la Violencia con respecto a la pregunta por la historia y la naturaleza del Estado, que fue, como dijimos, el legado principal de los politólogos. Tampoco se plantea una reflexión sistemática sobre los ritmos y los tiempos de los procesos sociales aludidos, de modo que se constituya en una obra propiamente historiográfica. No obstante, la historiografía se beneficia del aporte de Arocha, no sólo en la discusión conceptual sino también en el ámbito de las fuentes, especialmente por el fértil aprovechamiento de la fuente oral, que comparte con Fajardo y Guzmán. Por la exploración, además, de fuentes escritas poco rastreadas hasta ese momento, si se exceptúa nuevamente a Guzmán: los archivos judiciales; después de él, las trabajarían Gonzalo Sánchez y Carlos Ortiz.

Los años 80

El primer quinquenio de los años 80 políticamente está marcado por una gran intensificación del enfrentamiento armado entre Estado y guerrillas (1980 a 1983), y por una inflexión en el tratamiento estatal del hecho guerrillero, de 1983 en adelante. Por una parte, la "política de paz" del Presidente Belisario Betancur (prolongada, con acentos y ritmos distintos, en los gobiernos de Virgilio Barco y primera etapa de César Gaviria); por otra parte, la consolidación de la violencia "paramilitar" y sicarial, y la irrupción de nuevos actores sociales en los escenarios de la violencia.

En los medios intelectuales de los años 60 y 70 existía cierta simpatía hacia las organizaciones guerrilleras contemporáneas, por su carácter vindicativo y por sus aspiraciones transformadoras, lo cual precisamente empezaría a cambiar en la segunda parte de esta década. Simpatías que no impidieron, más bien facilitaron, la toma de distancia con respecto a la Violencia "pasada", la de los 50; pero que impidieron relacionarla con la nueva versión de la violencia politizada: la confrontación Estado-guerrillas "revolucionarias". Generalmente, entre las dos etapas los estudios marcaban sólo las rupturas, pues los intelectuales imperceptiblemente se colocaban en una perspectiva común a la del nuevo actor violento, no porque compartieran en sí la violencia, sino por los elementos de modernidad que hallaban en esa lucha, el sueño de un país más justo, un país predecible por las ciencias sociales, transformable bajo la égida de la razón universal.

Si desde allí hay ventajas comparativas para mirar críticamente la violencia de los 50 (también peligros de juzgarla en una racionalidad ajena a ella misma), existen en cambio dificultades para objetivar y someter a la relatividad histórica el enfrentamiento coetáneo entre guerrillas y Estado.

Quizá éste sea uno de los factores para que, a semejanza de los años 70, la violencia investigada sea aún "La Violencia pasada" del 50, y esté casi desierto el campo de estudio de la violencia contemporánea.

Existen en la década del 80 dos eventos relevantes dentro de la producción científico-social en general e historiográfica en particular, de la violencia: el Primer Simposio Internacional sobre La Violencia, en 1984, y la Comisión de Estudios sobre la Violencia, que sesionó entre marzo y mayo de 1987.

El primero es expresión del nivel y de las perspectivas temáticas y metodológicas a las cuales había llegado el estudio de La Violencia del 50; ya podemos hablar de la consolidación de una historiografía propiamente dicha, como fruto del camino recorrido desde que, en los años 60, La Violencia entró al campo de objeto de las disciplinas sociales por la frontera de la sociología. El segundo evento, la Comisión, que estuvo integrada por varios de los participantes en el Simposio, marca más bien un punto de inflexión con respecto a las décadas anteriores y señala, aunque sin desarrollarlos, los elementos que renovarán las interpretaciones de la violencia, algunos de los cuales, no obstante, estaban ya contenidos en autores precedentes. A este segundo evento nos referiremos en la Tercera Parte del artículo.

En cuanto al Simposio Internacional de 1984, del cual quedó el libro *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*[33], nos parece que sintetiza bien el grado de relativa madurez que habían alcanzado los estudios de violencia, en particular los historiográficos. Veamos: "La Violencia" ya ha encontrado relaciones con otros problemas de la historia social y económico-social como el de las estructuras y conflictos agrarios (lo muestra la ponencia de Catherine LeGrand); han ganado espacio los enfoques regionales para el análisis de lo nacional (ponencias de Medófilo Medina y Carlos Miguel Ortiz); se relativiza el sujeto compacto "La Violencia" en aras de conceptos que ya anuncian los de la Comisión de 1987 como las "violencias" en plural y la polivalencia de las violencias (Daniel Pécaut); se incorpora el tema de las guerras del siglo XIX, lo que permite pensar "La Violencia" de los 50 en una más larga duración (David Bushnell, Malcolm Deas, Carlos Eduardo Jaramillo); aparecen por primera vez dos ponencias sobre la violencia contemporánea, obviamente todavía la violencia política, aquella de la confrontación Estado-guerrillas "revolucionarias" (Eduardo Pizarro, Hernando Gómez Buendía).

Pero sobre todo en el Simposio la producción científico-social sobre la violencia muestra ya capacidad de reconocerse como tal y de construir una mirada acerca de su propio quehacer. Nos referimos al balance presentado por Gonzalo Sánchez y a las miradas de Eric Hobsbawm y de Germán Guzmán sobre sus propios libros, en el segundo caso veintidós años después de la primera edición.

Los Simposios de Chiquinquirá, organizados por Javier Guerrero Barona, han permitido continuar el diálogo benéfico entre los investigadores de la violencia, abriendo la posibilidad de difusión e intercambio a un número y diversidad mayor de trabajos.

En lo concerniente a los libros publicados en la década del 80, antes de la Comisión de 1987 que hemos señalado como línea divisoria de una nueva etapa, hay que mencionar, en orden de aparición: *Bandoleros, gamonales y campesinos* , de Gonzalo Sánchez y Donny Meertens (1982); *Cuando Colombia se desangró* , de James Henderson (1984); *Estado y subversión en Colombia*, de Carlos Miguel Ortiz (1985); y *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, de Daniel Pécaut (1987).

---

33 VARIOS, *Pasado y presente de la Violencia en Colombia* , Bogotá, Editorial Cerec, 2 ediciones: 1986 y 1991.

Tres de los autores son sociólogos historiadores, en los cuales se han cruzado preguntas y elementos conceptuales provenientes de la sociología con un enfoque histórico de explicación que otorga el puesto central a los cambios, desplazamientos y permanencias diacrónicos y singulares de los procesos y relaciones sociales. Obviamente éste es también el eje interpretativo en el trabajo del historiador Henderson quien, en un ámbito distinto al de la sociología histórica, se ubica claramente dentro de la narrativa historiográfica.

En alusión a los autores de estas cuatro obras hemos opinado que la historiografía se consolida en los años 80 dentro del campo más vasto de los estudios científico-sociales sobre la violencia; y no sólo por el puesto central del análisis diacrónico de los procesos, sino también por el empleo de las técnicas propias del quehacer histórico, por la formulación e implementación explícitas de la crítica de fuentes.

El libro de Henderson continúa la línea de explorar los grandes problemas de la historia nacional a través de la muestra local. Como lo indica el subtítulo del libro, Henderson busca balancear las decisiones y las políticas del centro con el diario acontecer de la provincia periférica. Igualmente, frente a cierta mistificación existente aun en los trabajos críticos con relación a las guerrillas rebeldes, fuesen liberales o "revolucionarias", y frente a cierto desconocimiento de la vasta movilización popular en el lado conservador, Henderson se propone escudriñar menos prevenidamente los resortes de tipo individual y colectivo en ambos bandos, las articulaciones que tejieron la usanza violenta de la política de parte y parte. En pocas palabras, su libro busca, y a fe que lo logra, restablecer equilibrios entre los actores históricos.

En cuanto al trabajo de Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, parte manifiestamente de la discusión sobre el fenómeno del *bandolerismo*, adelantada por investigadores de la comunidad científica internacional, especialmente con relación al hecho en Italia, España y Brasil. En este debate que podría llamarse el "estado de las ciencias sociales" sobre el fenómeno universal del bandolerismo y del bandidismo, Sánchez-Meertens revelan una actualizada información que les posibilita "desparroquializar" el estudio de uno de los fenómenos cruciales en La Violencia de los años 50: la asociación armada a la que se llamó en la propia época *bandolerismo*, utilizando un denominador que no ha sido de uso exclusivo colombiano.

Entre las diversas formas de aproximación conceptual evaluadas (capítulo I), Sánchez-Meertens acogen el planteamiento y la tipología de Hobsbawm relativos al *bandolero social*.

Para mejor entender la especificidad colombiana, los autores se proponen ir más allá del tipo *bandolero social* de Hobsbawm, introduciendo otras dos categorías que, junto a la clásica de Hobsbawm que les sirve de punto de partida, hacen derivar de la periodización que construyen sobre el fenómeno *bandoleril*: hasta el Frente Nacional prima el *bandolero social*; pero después del Frente Nacional, el *bandolero político*, bastante ligado a las redes caciquiles, a veces utilizado en contra de líderes y movimientos autónomos del campesinado; en áreas de mayor movimiento mercantil, como el occidente del Quindío y el norte del Valle, se habría dado el *bandolerismo tardío*, descomposición del bandolerismo que posibilitó la primacía de los móviles inmediatos de lucro económico.

Inspirados en Hobsbawm, Sánchez-Meertens logran penetrar de manera creativa en los rasgos de organización, relaciones de poder, dimensiones míticas, funcionalidad social y ambivalencia frente a los "órdenes" vigentes, de los grupos armados liberales y conservadores, en su interior y con referencia a las comunidades campesinas circundantes y a los poderes locales.

En el ámbito de la relación del fenómeno bandoleril con el Estado, los autores trabajan bajo la representación del Estado como centralizado y relativamente homogéneo, definido por sus funciones estructuralmente dependientes de una "clase dominante". Aquí se abre una interesante discusión con otras opciones interpretativas que se representan al Estado colombiano de esos años como inmerso en redes de poder fragmentadas y heterogéneas, donde los focos de poder se multiplican y diluyen, y donde el Estado y sus cuerpos represivos apenas agencian una parte de la violencia.

Más allá de las opciones interpretativas, que mucho tienen que ver con las sensibilidades de la época, esta obra aporta considerablemente a la elaboración sociológica de los procesos bandoleriles, particularmente dentro de la región de cobertura del estudio, a saber, el área limítrofe de Tolima, Antiguo Caldas y norte del Valle.

Los autores exploraron, sin limitarse a los archivos convencionales, la fuente oral y fuentes escritas que eran casi inéditas en años anteriores, como los ya referidos expedientes judiciales o las publicaciones del Ejército y de la Policía. La fluidez con la cual dejan correr el testimonio de los protagonistas o de los campesinos implicados con ellos, ya como auxiliadores, adherentes, prosélitos o víctimas, confiere al escrito un particular interés.

La obra de Daniel Pécaut, *Orden y violencia en Colombia*, es sin lugar a dudas la más vasta empresa lograda hasta el momento de construir una síntesis interpretativa de toda la historia del Estado, más aún, de toda la historia política, durante algo más de cien años (de 1850 a 1954).

La pregunta que preocupó a los politólogos americanos citados antes, desde los primeros —más ligados al *statu quo*— hasta Oquist, es otra vez formulada por Pécaut. Pero con este autor el razonamiento se abre a los confines más amplios de la sociología; en él se recoge la tradición de pensamiento sociológico francés, de Durkheim a Touraine, además del pensamiento alemán sobre la guerra, Karl Schmidt y Karl von Clausewitz, entre otros.

La conceptualización alrededor de interrogantes fundamentales, como el de los diferentes actores sociales, el tejido social que sus relaciones componen incesantemente, la inserción de lo social en lo político, nos pone en presencia de una gran reflexión sociológica que recubre todo el ámbito de lo político y mucho más.

Pécaut se propone apoyarse en Colombia como "caso" (ver el título del original francés) para la teoría sociológica sobre el Estado latinoamericano; este horizonte enriquece el trabajo, así sea por los esporádicos devaneos comparativos, particularmente en relación con el Estado brasileño.

La perspectiva de larga duración (siglos XIX y XX), asumida como objetivo y como estrategia, así como la constante de precisar las coordenadas de tiempo y espacio de las conceptualizaciones sociológicas que el autor va hilvanando, confieren al trabajo una particular dimensión histórico-sociológica.

Es de los primeros textos que abordan el tema de la representación y del imaginario político, y en este sentido abre nuevas posibilidades a la investigación futura.

ALTERNATIVAS DE LA HISTORIOGRAFÍA DE LA VIOLENCIA EN LOS ÚLTIMOS AÑOS

El punto de inflexión: la Comisión de 1987

En el capítulo anterior introdujimos el acápite "Los años 80", resumiendo el nuevo panorama de la violencia política en dos elementos que, aunque supuestamente contradictorios, se habrían dado en la práctica como complementarios: la apertura y el paramilitarismo.

La apertura del régimen, impulsada por el gobierno de Betancur, el consiguiente protagonismo de las organizaciones guerrilleras en la escena política, los vínculos que al abrigo de los dos hechos anteriores aquellas lograron anudar con algunos sindicatos (por ejemplo en el banano), con movimientos cívicos y campesinos locales o regionales, los incipientes controles que, desde la cúpula del gobierno, accionaban con respecto al tradicional maridaje entre comandos locales del Ejército y de la Policía y hacendados y gamonales (algunos notoriamente anticomunistas y "derechistas" autoritarios e intolerantes), fueron efectivamente condiciones para que creciera, muchas veces bajo auspicio del Ejército, el número de grupos de particulares armados en presunta defensa propia, del régimen y de sus cancerberos regionales.

El ingrediente internacional también se hizo presente, pues la política y la estrategia contra-guerrillera de la Junta Interamericana de Defensa habían formalmente estimulado, desde los años 60, la creación de esta suerte de grupos a escala continental, e incluso a algunos de ellos los llamaba textualmente "grupos paramilitares" (a los otros los llamaba "fuerzas irregulares").

Todo empieza por la necesidad comunal de autodefensas armadas cuando y donde las guerrillas pasaron de la "vacuna" de grandes hacendados a sobrecargar de tributos e incluso a amenazar a los pequeños y medianos campesinos; pronto los fomentadores del Ejército hacen que la autodefensa se inscriba en la hipótesis de guerra Este-Oeste y que así traspase los límites veredales de la defensa funcional, convirtiéndose entonces en verdaderos paramilitares, que ya en tiempo del ministro de Gobierno Gaviria, sumaban ciento cuarenta.

Había, pues, en el escenario de la violencia un nuevo personaje, distinto a los dos conocidos de siempre, guerrillas y Estado-Ejército; como suele suceder, un dato nuevo que nos toma de sorpresa es leído con los esquemas de los cuales disponemos en el momento. Así, hubo dos posturas opuestas sobre el fenómeno, aunque las dos lo asimilaban al viejo diferendo bipolar: a) en varios sectores de peso económico (tanto tradicional como de nuevos ricos), los recientes grupos armados se vieron como "violencia buena" y necesaria ante la insuficiencia del Ejército y las cortapisas que lo maniataban a causa de la política de paz de Betancur. Era una opción más bien de hecho, discreta y rodeada de tabú, ya que se consideraba provocador frente al Ejército "decir" la existencia de grupos paramilitares. b) En nuestros medios universitarios queríamos rasgar ese tabú,

denunciar tales grupos, pero esta información también la leíamos en el viejo esquema guerrillas-Ejército-Estado, en una lógica binaria: los paramilitares hacen parte de la violencia "mala", son los de la "derecha" (la violencia buena obviamente es la que pertenece a la izquierda), y como tales hacen parte orgánica del Estado-Ejército, forman parte de un plan del Presidente Betancur, primero, de Barco después.

Hacia 1986 empieza a generalizarse otra modalidad de autoría de homicidios de selectividad política, la del victimario ocasional y pagado, modalidad parecida a la de los "pájaros" y "paviadores" de los años 50; es la figura bautizada con el término de sicario, en los últimos años conocida mejor en el cuadro de organizaciones más amplias, como las bandas sicariales. Con precedentes inmediatos, posiblemente en el "Pistoloco" utilizado en las *vendettas* de comerciantes de cocaína y de otros comerciantes ilegales, a partir sobre todo de 1975, empiezan a conocerse como mano de obra para objetivos políticos, más abundantemente desde 1986.

En un principio, condicionados por la lógica binaria, no diferenciábamos claramente entre sicarios y paramilitares; así mezclados, los explicábamos (si cabe utilizar este verbo), como parte del Estado "represivo", "autoritario", bajo el supuesto clásico de que el Estado, por el simple hecho de llamarse tal, detenta el monopolio de la violencia.

Esta es la situación en la cual se elabora y escribe el diagnóstico de la Comisión de la Violencia, entre marzo y mayo de 1987.

El texto resulta siendo un material de transición, que dice cosas nuevas, que a veces adelanta tendencias de fenómenos, pero que todavía tiene deudas con las lecturas anteriores de hechos nuevos que han ido apareciendo y evolucionando precipitadamente: obra si se quiere excepcional, pese a sus ataduras, para un medio intelectual que no se ha caracterizado propiamente por dar respuestas rápidas a las exigencias de análisis coyuntural.

Como obra de transición, el diagnóstico *Colombia, violencia y democracia*:

1. Rompe el discurso dominante hasta entonces, tanto el discurso oficial como el alternativo, que "sobredimensionaban" la violencia política[34].

---

34 La violencia resultaba, así, para unos y otros, el producto exclusivo de unas maquinarias infernales: el Estado represivo para los unos, el complot comunista internacional de los subversivos, para los otros.

Y sin embargo, el Informe en la práctica se sigue centrando en la violencia del enfrentamiento Estado-guerrillas muchísimo más que en otras expresiones; la mayor parte de las páginas se le consagran, se destinan sólo unos capítulos al "crimen organizado" (que en la modalidad de narcotráfico sería poco después actor, o por lo menos provocador, de una escalada vertiginosa de violencia urbana), y casi nada se destina a la violencia "banal" (riñas, violencia de cantina, violencia familiar).

2. Frente a los enfoques unilineales, predominantes desde los años 60 —con algunas excepciones— en la explicación de la violencia, sienta los principios de polimorfismo, multidireccionalidad, multicausalidad de la violencia. Desde entonces se empieza a hablar de las violencias , en plural.
   Sin embargo, no entra a desarrollar temáticamente las distintas formas de violencia, en parte porque no pretende ser un libro explicativo, porque en el momento no existen disponibles en el medio investigaciones de esa índole que sirvieran de base al diagnóstico y porque la atención se sigue centrando aún en la violencia de arriba hacia abajo y en su contrarrespuesta.

3. Se anuncia, una de las primeras veces, el tópico de la cultura en la violencia, los elementos culturales que provocan o que alimentan la violencia.
   Sin embargo no alcanzan a definirse con precisión sus elementos componentes, ni su historización y su regionalización en las distintas zonas de violencia. Lo que se presta para las discusiones posteriores, bastante globalizantes de lado y lado, entre los que defienden y los que rechazan el concepto de *cultura de la violencia* .

4. Rompiendo el tabú, se develan formas recientes y graves de violencia como el *paramilitarismo* (que días después se seguía negando en boca del ministro de Justicia Arias Carrizosa) y cuyo primer pronunciamiento oficial de reconocimiento habría de esperar varios meses, hasta la aludida declaración del ministro Gaviria.
   No obstante, no se alcanza a escudriñar el juego completo de actores sociales en movimiento detrás del fenómeno paramilitar, los intereses de nuevos grupos como el narcotráfico.

Pero no alcanza a avizorarse como el fenómeno que en tan corto lapso de tiempo ya estaba trastocando toda la composición de tejido de grupos sociales y relaciones de ellos entre sí y con el Estado, ni a columbrarse el protagonismo que, en la violencia urbana, cobraría su relación con el fenómeno sicarial y sus perspectivas de narcoterrorismo.

La historiografía de la violencia después de 1987

Después del libro de la Comisión y pese a sus llamados, la producción bibliográfica de los últimos seis años sigue siendo más numerosa en el tema de la violencia *política* .

Los artículos publicados, sea propiamente dentro de la historiografía o en otras ramas de las ciencias sociales, constituyen uno de los indicadores. Los más conocidos son los contenidos en la Revista *Análisis Político* , a cargo de los investigadores del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional, y las publicaciones del CINEP; en el intento de explicar globalmente la violencia política, prevalecen en ellos las referencias a los actores más clásicos (las guerrillas, los campesinos colonizadores, el Ejército).

En el conjunto de tesis de grado que, provenientes de las diversas carreras de ciencias humanas, ha recopilado hasta 1991 la biblioteca de la Universidad Nacional en Santafé de Bogotá, hallamos un número todavía pequeño que haya optado por el tema de la violencia: veinte, desde 1971 cuando se registra la primera en esa temática. Sin embargo, dentro del período de veinte años que va de 1971 a 1991, once han sido presentadas después de 1987, lo que muestra que, en el estudiantado se ha despertado una mayor sensibilidad hacia ese tipo de problemas en el último lustro; por lo demás, de estas once tesis (sin referencia ninguna a su calidad), ocho estudian la fase actual de la violencia; antes de 1987, por el contrario, las tesis giraban más bien en torno a la antigua violencia liberal-conservadora.

Los indicadores de Medellín son similares; allí revisamos no sólo las tesis de la Universidad Nacional, sino las de las cinco universidades que ofrecen carreras de ciencias humanas: de las veinte tesis clasificadas, la primera registrada en 1978, quince son posteriores a 1987; de ellas una sola versa sobre la violencia de los años 50, las catorce restantes sobre la violencia actual, cinco particularmente circunscritas al área de la ciudad de Medellín y tres a alguna zona de Antioquia.

Ahora bien, acerca de los libros historiográficos aparecidos desde 1987 sobre la violencia (no muchos todavía, si bien más numerosos que antes de 1987), podemos dividirlos, temáticamente, en tres grupos principales:

a) Los libros que tratan sobre la violencia liberal-conservadora, en donde la mayor parte son producto de tesis elaboradas en el Magíster de Historia de la Universidad Nacional: Javier Guerrero, *Los años del olvido*, uno de los primeros libros que trabaja (desde Boyacá) la violencia política de los años 1930, antecedente de la violencia de los 50; Elsy Marulanda, con su trabajo sobre el Sumapaz de los años 50, *Colonización y conflicto*, autora también con José Jairo González de *Historias de frontera: colonización y guerras en el Sumapaz*; José Jairo González, *El estigma de las repúblicas independientes 1955-1965: Espacios de exclusión*; Reinaldo Barbosa, *Guadalupe y sus centauros, memoria de la insurrección llanera*; y Darío Betancourt, *Matones y cuadrilleros*.

b) El grupo de los libros que aún trabajan la violencia política y sus actores convencionales Ejército y guerrillas, pero de los años 60 a nuestros días, es decir, en la etapa de las guerrillas planteadas como "revolucionarias" o reformistas radicales, sin vínculos con los partidos liberal y conservador que protagonizaron la vieja "Violencia"; algunos de ellos abordan también el fenómeno, relativamente nuevo, del "paramilitarismo". Entre esos libros sobresalen: el de Eduardo Pizarro, del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional, *Las FARC, de la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha*; el libro de Jaime Eduardo Jaramillo, Fernando Cubides y Leonidas Mora, *Colonización, coca y guerrilla* (centrado en la zona del Caguán, la Parte I puede considerarse historiográfica); el de Carlos Medina Gallego, *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia* (sobre el Magdalena Medio); los de Clara Inés García, *El Bajo Cauca antioqueño* y de Alejo Vargas, *Magdalena Medio santandereano: colonización y conflicto armado*; los trabajos de Fernando Botero y de María Teresa Uribe sobre la violencia en Urabá, *Urabá: colonización, violencia y crisis del Estado*, y *Urabá: ¿región o territorio?*, respectivamente[35]; el libro de Elsa Blair sobre historia institucional militar, *Las*

35 Actualmente existen en curso otras investigaciones sobre procesos históricos y sobre violencia en Urabá, entre ellos los proyectos de Claudia Steiner, Gerard Martin, William Ramírez y Carlos Miguel Ortiz.

Fuerzas Armadas: una mirada civil; la publicación del Cinep, *De La Uribe a Tlaxcala. Procesos de paz*. Y, en un género muy diferente, entre el perodismo y la literatura, colindando con la historiografía, los dos libros biográficos de Arturo Alape sobre el jefe de las FARC "Tirofijo", los de Pedro Claver Téllez sobre el célebre "bandolero" conservador Efraín González, el del general (r) Álvaro Valencia Tovar, *Testimonio de una época*, y el de Alfredo Molano, *Aguas arriba*, que indaga, como sus trabajos anteriores, la relación entre la violencia política y la colonización, en este caso en el territorio del Vichada.

c) Los trabajos que abordan otras historias de violencia, diferentes a la violencia política de viejo o nuevo cuño, en donde, a decir verdad, la producción es muy reducida, pese al llamado hecho en 1987 por la Comisión de Estudios de la Violencia; podrían citarse aquí el libro de Alonso Salazar y Ana María Jaramillo sobre los procesos socioculturales que llevaron al sicariato (*Las subculturas del narcotráfico*) y el de María Victoria Uribe sobre la guerra de las esmeraldas en Boyacá, *Limpiar la tierra*.

En el inventario anterior, que atañe solamente a los trabajos de acento historiográfico, hallamos, en una primera mirada tangencial, algunas características: de los veintidós títulos reseñados, catorce son estudios regionales; Antioquia, con Medellín, es el departamento más representado; actualmente ya son más los trabajos existentes sobre la violencia contemporánea que sobre aquella de los años 50; en fin, existe una reiteración del vínculo entre colonizaciones y guerrillas, colonizaciones y narcotráfico, con un trasfondo de violencia.

Saliéndonos de la delimitación disciplinaria, encontraríamos una gama más amplia de estudios sobre la violencia actual que no son propiamente historiográficos. Entre ellos, la modalidad de las obras encaminadas, no tanto a escudriñar y explicar los hechos y procesos, cuanto a reflexionar, en un nivel de mayor generalidad, sobre la relación de la guerra y la paz en sí mismas, los actores de violencia frente a los derechos humanos, la relación entre las dimensiones ética, jurídica y política del recurso a la violencia como herramienta política de lado y lado de la contienda. Pensamos aquí en los libros de Estanislao Zuleta, *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*; de William Ramírez, *Colombia, violencia y democracia*; de Iván Orozco, *Combatientes, rebeldes y terroristas. Guerra y derecho en Colombia*; de Fabio López de La Roche, *Izquierdas y cultura política*; los trabajos pioneros sobre violencia urbana, tanto el conocidísimo libro de Alonso Salazar, *No nacimos pa'semilla*, fruto de un exce-

lente trabajo etnográfico, como el cuidadoso estudio sociológico de Álvaro Camacho y Álvaro Guzmán sobre la violencia en Cali, titulado *Colombia: ciudad y violencia*; los trabajos sobre la relación entre violencia y medios de comunicación, en particular el titulado *Televisión y violencia*, escrito por una comisión de investigadores a pedido del Ministerio de Comunicaciones, el artículo de Magda Quintero y Ramón Jimeno, publicado en el libro *Violencia en la región andina*, y los de Jesús Martín Barbero en la revista *Gaceta* de Colcultura; finalmente, las publicaciones del "Programa por la Paz", de la Compañía de Jesús, y las de la Presidencia de la República (entre las cuales cabe destacar, por la calidad de las ponencias recopiladas, el libro *Construir la paz*).

Otros trabajos no historiográficos, realizados por economistas, politólogos, juristas, se han concentrado en el tema de las relaciones entre violencia y economía; la mayoría se circunscriben al narcotráfico, visto como actividad económica (ilegal, clandestina) que compite y se entrelaza con otras, produciendo determinados efectos en la armazón global de la economía. Entre ellos, los dos libros preparados por investigadores de la Universidad de los Andes: *Narcotráfico en Colombia* y *Economía y política del narcotráfico*, bajo la dirección de Carlos Gustavo Arrieta y Juan Tokatlián respectivamente, y el de Ciro Krauthausen y Luis Fernando Sarmiento (del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Nacional), *Cocaína & Co., un mercado ilegal por dentro* .

En cambio, se ha trabajado muy poco sobre costos económicos de la violencia urbana de tipo terrorista (de procedencia directa del narcotráfico o no), relacionada con el enfrentamiento de los capos y el Estado durante 1989 y 1990; ni sobre los negocios particulares que se han lucrado, intencionalmente o no, de esa violencia.

Sobre los efectos económicos de la violencia política clásica (guerrilla-Ejército-paramilitares), apenas existen dos escritos conocidos: el artículo de Jesús Antonio Bejarano en *Construir la paz*, "Democracia, conflicto y eficiencia económica", y el de Hernando Gómez Buendía, Libardo Sarmiento y Carlos Moreno, realizado para la Misión del Banco Mundial y aún inédito; son trabajos todavía introductorios, ya que, por limitaciones de fuentes, tienen que ordenar cifras y establecer inferencias sobre la base de datos agregados por departamentos; en departamentos tan heterogéneos en topografía, poblamiento, rasgos económicos y sociales, en grados y formas de violencia, como Antioquia, Santander o Boyacá, las inferencias resultan demasiado globalizantes.

La violencia urbana en sí todavía no ha sido trabajada sistemáticamente por los historiadores, y en ese terreno ¡cuánto tendría que decir una historia social urbana! El abordaje a dicha problemática hasta ahora ha sido propósito de los trabajos etnográficos o sociológicos citados precedentemente.

Campos de la investigación historiográfica de la violencia contemporánea como el de las relaciones privadas interpersonales (riñas de cantina, ajustes de cuentas, vendettas, delitos pasionales), el de la violencia intrafamiliar, sobre los cuales llamó la atención la Comisión de la Violencia en 1987, continúan aún en su fase incipiente. Más bien empezaron a ser tratados a propósito del mundo colonial y del siglo XIX (por ejemplo la tesis de grado de Beatriz Patiño, en el Magíster de Historia de Univalle), lo cual es ya importante.

La investigación en formas de no-violencia y en mecanismos de tramitación de los conflictos apenas comienza con el equipo de antropólogos estudiantes coordinado por Jaime Arocha.

Finalmente, el desarrollo de las interrelaciones de las formas polivalentes de violencia (incluyendo la política) y su eventual articulación, es un frente investigativo todavía prácticamente inexistente.

Diferenciar las dimensiones múltiples de la violencia y reconocerles a todas ellas su valor específico sin tener que reducirlas a la matriz de lo político (Estado vs. oposición armada, insurrección vs. Estado) o de lo político-social (clase dominante vs. clase dominada y viceversa), es algo que hemos aprendido sólo en los últimos años.

Ya sabemos diferenciar. Ahora toca preguntarnos cómo se articula esa multiplicidad, evidentemente, sobre la base de la diferencia.

La historiografía reciente sobre la vieja "Violencia"

Tratando de singularizar en estos últimos acápites algunos libros de la producción historiográfica inventariada, nos referiremos ahora a dos sobre La Violencia del 50, que fueron tesis del Magíster de Historia de la Universidad Nacional: el de Elsy Marulanda, *Colonización y conflicto*, y el de Javier Guerrero, *Los años del olvido*.

En una línea temática tradicional, Elsy Marulanda vuelve sobre un problema de viejo cuño en historiografía, los conflictos de tierra y las luchas agrarias de los años 1920 y 1930 en Cundinamarca-Tolima, alrede-

dor del cual se han escrito textos antológicos como los de Jesús Antonio Bejarano, Catherine LeGrand, Marco Palacios; sin embargo, en el trabajo de Marulanda, que conoce y reconoce esas contribuciones, el lector no encuentra una simple repetición o glosa de lo ya escrito, sino la apertura hacia tratamientos relativamente inéditos: la pesquisa dentro del laberinto de lo jurídico, por ejemplo, como lo destaca Gonzalo Sánchez en el prólogo; efectivamente, un buen manejo del virtuosismo jurídico logra articular éste frente a las otras dimensiones de las luchas sociales agrarias; la exploración de fuentes poco trabajadas antes (como el periódico *Claridad*, las escrituras notariales, los documentos del Banco Agrícola Hipotecario) permite al lector entender muchas más significaciones, móviles, posturas políticas de los campesinos, cotidianidades, no en una teleología unilineal de magnificación, por sí mismas, de las luchas sociales, sino en un itinerario más interesante de vaivenes, discusiones internas (como en torno a la propuesta de parcelación de El Chocho), y hasta frustraciones históricas que antes de Marulanda no habían sido evaluadas así, dado el carácter de acontecimiento que suele haber primado, de los años 60 en adelante, en la historiografía de difusión de las luchas campesinas, obreras y "populares" en general.

El libro de Javier Guerrero, de su parte, se propuso reivindicar un período sumido en el olvido de los historiadores, como él dice, mas no en la memoria colectiva de sus actores y víctimas: el período en el cual se desarrollaron en ciertas zonas del país (Boyacá, Santanderes, Cundinamarca) procesos que ya contenían las características que el resto del territorio vivió en los años 40 y 50, llamados de "La Violencia" (*op. cit.*, pág. 46), tanto en las formas de cohesionarse y diferenciarse las sociedades locales, como en el quehacer de lo político, que se tornó en "lo violento".

Guerrero logra su propósito de llenar un vacío histórico, pero además, a través de los años 30, tiende un puente entre "La Violencia" de los años 50 y las guerras civiles del siglo XIX; porque al evocar elementos simbólicos, prácticas políticas, creencias religiosas de incentivo partidista, en los enfrentamientos violentos de los 30, Guerrero encuentra, dentro de su región de estudio, las huellas de la última guerra civil del XIX; sus entrevistas, en efecto, recogen las remembranzas de algunos actores sobrevivientes de las reyertas del 30, que en las cuentas pendientes y en las lecciones de la Guerra de los Mil Días hallaron los móviles y los nutrientes de su posterior beligerancia.

Este juego sobre la superposición de recuerdos, y de recuerdos de recuerdos, pasados por la criba de la confrontación de fuentes historiográficas, verbo y documento, arcnivo y leyenda, es uno de los atributos del libro.

Del siglo XIX a 1930, de los 30 a los 40, de allí a 1980 y hasta hoy día, se va desanudando una cadena en la cual uno empieza a preguntarse por las rupturas y las permanencias.

Pero el discurrir de Guerrero no se ata a lo convencional: aunque en la introducción se manifiesta respetuoso de las divisiones y jerarquización de estructuras, casi ineludible en la literatura científico-social posterior a los años 60, y se plantea como pregunta por qué el desfase entre la estructura económica y la social, y entre ésta y la mental, remitiéndonos al telón de fondo del rezago de Boyacá frente a los cambios económicos del país en la transición de un siglo al otro, afortunadamente se olvida de esos grandes presupuestos en el desarrollo de los capítulos; de hecho tales concesiones introductorias no lo limitan para el análisis de relaciones y procesos que brinda al lector en el transcurso de su exposición; incluso hay campo para los componentes simbólicos, para las representaciones (de los partidos, del Estado) o para el entrelazamiento de lo político con la cotidianidad de la vida familiar, aspectos relativamente nuevos que, si bien no alcanzan a convertirse en objeto del estudio, quedan planteados.

Resultan bien sustentadas sus tesis sobre la función de los poderes factuales (como el gamonalismo) que rebasan la institucionalidad formal y el poder jurisdiccional; sobre la atomización del Estado, expresada en la descordinación y las contradicciones de sus organismos y funcionarios; sobre la apropiación partidista del Estado. En esos itinerarios el autor nos remite continuamente del plano nacional, al regional y al microlocal, pero sin necesidad de pasar por los consabidos moldes de sincronización de espacios, salvo en una que otra página donde asoma el esquematismo.

La historiografía sobre violencia política contemporánea

En esta línea de investigación, también clásica, reseñamos el libro de Carlos Medina, *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia*, y los escritos de Eduardo Pizarro y Alejandro Reyes, varios de ellos aparecidos como artículos de la revista *Análisis Político*.

Además de su libro sobre las FARC citado en páginas anteriores, Pizarro ha escrito en la revista tres artículos sobre el Ejército[36], que constituyen, con el reciente libro de Elsa Blair y con los más antiguos de Francisco Leal-John Saxon y del general (r) Álvaro Valencia Tovar, *Historia del Ejército colombiano*, los trabajos más conocidos de historia de los organismos armados, en un medio en el cual la historia institucional está aún poco desarrollada[37].

Tanto en la historización que Pizarro hace del Ejército como en la que hace de la guerrilla, su enfoque privilegia las dimensiones institucionales de los actores; por eso pone especial interés en elementos como capacidad militar, estrategia de acción, costos directos e indirectos de la confrontación, etc. Por eso también el enfoque es globalmente nacional, quedando a otros investigadores la tarea de responder por los tejemanejes locales, por las especificidades regionales de los departamentos, sobre todo por la cotidianidad de la interacción de los guerreros de ambos bandos con las poblaciones de sus zonas controladas o disputadas (los trabajos de Alfredo Molano, por ejemplo, nos ponen en contacto con estos otros ambientes).

Los artículos de Alejandro Reyes, por su parte[38], en la pregunta acerca de las relaciones convergentes o divergentes entre guerrilla y problema agrario, y entre movimiento guerrillero y movimiento campesino, introducen la variable geográfica; logra combinarla con su búsqueda de los elementos diferenciadores a nivel de actores, escenarios y formas de acción, en procesos de cinco, diez o veinte años, que determinan una

---

36 EDUARDO PIZARRO LEONGÓMEZ, "La profesionalización militar en Colombia", I-II-III, en Revista *Análisis Político* , núms, 1- 2- 3, Bogotá, 1987 y 1988. En el núm. 5 de la misma revista (septiembre-diciembre de 1988) Pizarro ofrece una exhaustiva bibliografía temática bajo el título "Las Fuerzas Militares en Colombia (siglo XX)" en *Análisis Político*, núm. 5, págs. 108-110.

37 En el momento de escribir este artículo tuvimos conocimiento de la aparición de una *Historia de las Fuerzas Militares*, en 6 volúmenes, publicada por Editorial Planeta, obra cuyo lanzamiento ha contado con gran respaldo de la dirigencia no sólo civil sino militar.

38 ALEJANDRO REYES, "La violencia y el problema agrario en Colombia", en Revista *Análisis Político*, núm. 2, septiembre-diciembre, Bogotá, 1987; "Conflictos agrarios y luchas armadas en la Colombia contemporánea: Una visión geográfica", en *Análisis Político*, núm. 5.

periodización inicial del fenómeno guerrillero, como marco para posteriores análisis.

El libro de Carlos Medina[39] es el primero en tratar sistemáticamente, como lo indica su título, el fenómeno del *paramilitarismo* y su relación con el narcotráfico.

Partícipe de la estrategia de los estudios regionales y locales como vía para entender los grandes problemas del país, Medina sigue en esto el camino de Arocha, Fajardo, Sánchez y Ortiz.

Escoge el municipio de Puerto Boyacá, epicentro —como bien lo sustenta— del enfrentamiento armado entre guerrillas-militares-paramilitares en el Magdalena Medio: los tres principales protagonistas en la modalidad de violencia política que no sólo esa región sino gran parte del país ha vivido en la última década.

Detrás de estos protagonistas, entidades políticas armadas, Medina busca los actores sociales que, en su correlación de fuerzas de movimiento continuo (desplazamientos, disrupciones, recomposiciones), han ido construyendo la escena política —dramáticamente, es cierto, pues lo político se fue tornando enteramente violento—; detrás de los guerreros y de los mercenarios danzan, pues, ganaderos, agricultores, campesinos, narcotraficantes, políticos y funcionarios.

No obstante tomar como objeto la violencia política actual, tema trajinado por políticos, militantes, comunicadores, académicos —de manera obviamente muy desigual— el trabajo de Medina tiene características propias que lo distinguen dentro del conjunto de publicaciones.

En primer lugar, el texto hila menudo atando cabos que permiten mostrar relaciones normalmente ocultas, convergencias entre lo que a primera vista no es fácilmente acoplable: colonización y Guerra Fría internacional; inversión extranjera inicial en petróleo y expansión territorial (reciente) del narcotráfico; arraigo popular de la guerrilla —con representación electoral mayoritaria en los organismos municipales— y posterior apoyo, con los mismos rasgos, a los "grupos paramilitares"; economía solidaria (Agdegam) y violencia desbocada; creación de la XIV Brigada del Ejército, y fortalecimiento del "paramilitarismo"; innovadoras campañas cívico-sociales en la segunda etapa de la actuación local del Ejército

39 Carlos Medina es egresado del Magíster de Historia de la Universidad Nacional, en Santafé de Bogotá.

(1982), y sustrato ideológico de rancio sectarismo "anticomunista"; política nacional de paz y diálogo (gobierno Betancur) y política de guerra en la zona; apertura institucional desde la capital, y persecución e intolerancia política en la zona; banderas "de orden" de los paramilitares, y asedio gubernamental, aunque moroso, al narcoparamilitarismo (administración Barco).

Esta serie de paradojas se resuelven en el libro por las mediaciones de roles y de procesos que se instauran entre los polos aparentemente antitéticos.

El lector va siguiendo esos caminos a través de una exposición ágil en forma de relato, cuidadosamente sustentada y en general sin disquisiciones de jerga, que resulta de vivo interés a pesar de las dificultades acarreadas por el desafortunado manejo de la puntuación en la redacción del texto, que indudablemente resta valor al libro.

El propósito de Medina, a diferencia de otros tratamientos del mismo problema, es inscribir el fenómeno inmediato de la explosión de violencias vivida en Puerto Boyacá, dentro de un tejido de procesos de mediana y larga duración, para entenderlo mejor.

Para acceder a la violencia política de los 80, el autor se remonta hasta la titulación de predios del Territorio Vásquez en el lejano siglo XIX y los conflictivos límites movedizos entre las jurisdicciones de Cundinamarca y Boyacá, que la han circunscrito; en el mediano plazo, aborda la presencia de la Texas Petroleum Company en la zona y los flujos de colonización que ella atrajo particularmente desde 1950; y así llega a la vertebración de la época que, en su nervadura política y en la definición de sus protagonistas, contiene la realidad de la violencia, objeto final de estudio de Medina.

Tal época, la de violencia contemporánea, es delimitada a partir del arribo de las FARC a la zona (hacia 1965). En su interior Medina busca precisar los puntos de inflexión en las relaciones de la guerrilla con la población circundante, en la estrategia del Ejército frente a las guerrillas y la población civil, en las afinidades de los políticos comarcales hacia los grupos armados, en la actitud del gobierno central frente a los paramilitares.

Al empezar por la colonización, la remota y la reciente, para llegar a la violencia política, Medina avanza en dos sentidos que parecen decisivos para entender la violencia actual, urbana o rural, en el Magdalena Medio o en cualquier zona del país; por una parte se trata de inscribir el

hecho inmediato en los procesos de larga duración, y por otra, de poner en suspenso metódico por un momento la sobredeterminación política omnipresente: así sea para volver a lo político o, mejor, a lo violento político, pero pasado por la criba de la desmistificación.

Los dos sentidos de la orientación que acabamos de describir los llamamos, en conjunto, perspectiva histórica. Ahora bien, es la perspectiva histórica lo que permite a Medina plantear el apoyo popular a grupos armados anticomunistas que, antes de su libro, unos silenciaban y otros reducían a grupos aislados carentes de respaldo de las poblaciones mayoritarias, sostenidos solamente por terratenientes o por la etéreamente llamada "clase dominante".

Es la perspectiva histórica también la que le permite a Medina entender dos fases distintas de la relación de la guerrilla con los campesinos y demás sectores populares, más allá de las consabidas clasificaciones binarias dentro de las cuales la guerrilla sería a priori salvadora o destructora: efectivamente, dice Medina, hubo un tiempo en que campesinos e incluso hacendados y políticos comarcales saludaban a los guerrilleros como cuidadores de los bienes y garantes del orden local; mas, por efecto de los cambios internos en las políticas de financiación de los insurgentes, posiblemente por efecto de los cambios estratégicos de su organización a nivel nacional, por la acometida del Ejército que también alteró el binomio pueblo-guerrilla, hubo un punto de inflexión (no está muy claro si 1982 o 1984) en el cual localizar el fin de una etapa y el comienzo de otra, en la aceptación de la guerrilla en Puerto Boyacá.

Un nuevo lenguaje se abre paso

Es indudable que los cambios acaecidos durante los últimos diez años en la vida política del país y en los usos del recurso de violencia, han atravesado también la cotidianidad de los intelectuales dedicados al estudio de la violencia. Además, en diálogos con sus pares nacionales y extranjeros, han visto variar los términos de las discusiones, los parámetros, las sensibilidades del discurso de la sociología, de la antropología y de la propia historia, por sólo hablar de algunas disciplinas: ¿repercusiones tardías de los movimientos intelectuales del 68? ¿Incidencias de los grandes cambios políticos de Europa del Este? ¿Crisis de los mitos de racionalidad y universalidad derivados del sueño de una razón universal que caracterizó una modernidad quizá hoy en trance de agonía?

En fin, sea lo que fuere, ello empieza a hacerse sentir también en el discurso historiográfico actual sobre el tema de la violencia, tal vez no con la intensidad con que se sienten los cambios en otras disciplinas. Reivindicación de lo fragmentario frente a lo totalizante; des-encantamiento de lo universal necesario; pérdida de interés por los determinantes fijos y por las constantes, trátese de determinante económico, psicomental, ideal, o de la estructura formal en sí; despreocupación por la lógica de una gran historia universal en la cual tengan puesto las violencias grandes y pequeñas.

No son sólo los cambios internos al propio discurso acaecidos en las representaciones científicas y en las convenciones del trabajo disciplinario, por dentro de los grupos de historiadores y científicos sociales, los que están repercutiendo en la historiografía de la violencia. Son también, hemos dicho, los cambios exteriores que atraviesan la cotidianidad del historiador de la violencia. En efecto, él ha visto en la década del 80 el surgimiento de nuevos actores sociales, como el narcotráfico, que han entrado al juego de las estrategias violentas; ha visto en sus ciudades una modernización catastrófica de jóvenes generaciones asediadas por valores y signos del consumo y por rápidos sistemas paralelos de movilidad social, a menudo violentos; ha visto en los años 80, no sólo un aumento cuantitativo de hechos, víctimas y actores violentos, sino, particularmente, una despolarización del conflicto, una proliferación y promiscuidad de actores (cruces de narcotraficantes con policías y militares, de narcotraficantes con guerrilleros, de milicianos con sicarios) que hace cada vez más difícil sostener esquemas bipolares y códigos éticos binarios para el manejo de la violencia, como en los años 50 o en las guerrillas de los 60 y 70. Esto, que en la práctica moral tiene la dramática consecuencia de generalizar y banalizar el recurso de matar, en el campo de las explicaciones, y en particular en el que atañe a la explicación de las disciplinas sociales y a la historiografía, tiene también sus implicaciones. Ya no se puede hablar de una única violencia, o de dos en un mismo par dialéctico: Estado versus ciudadano, clase dominante versus clase dominada, fuerzas retardatarias versus fuerzas progresistas. Ya no se puede hablar unívocamente de "La Violencia", sino de muchas violencias entrecruzadas. Ya se des-sacraliza la "violencia política" para dirigir la mirada a la dispersión de violencias banales que requieren también ser historizadas, ser inscritas en los procesos históricos. Ya se examina, en la violencia política misma, una cantidad de planos que escapan a la inteligibilidad de lo meramente político.

CONCLUSIÓN

Intentaremos, para concluir, un balance a manera de recapitulación, cuyos vacíos y puntos débiles son precisamente los retos de la investigación en los próximos años.

El panorama de los trabajos comentados podría compendiarse de la siguiente manera:

1. Se desarrollaron considerablemente los estudios sobre violencia política desde los inicios de la década de los 60, siendo pionero el libro de Guzmán, Fals Borda y Umaña Luna, sociólogos y jurista respectivamente. Una vez apareció este trabajo sociológico, vastamente controvertido en la época, y muchas veces reeditado, le siguió un período de recesión editorial en el tema; hasta que en 1974 la publicación de la versión castellana de la obra de Paul Oquist marcaría el comienzo de un cierto *boom* de investigación colombiana sobre violencia política.

   A través de un recorrido por varias disciplinas sociales de las cuales recibe valiosos aportes, el tema de la violencia llega a consolidarse, en los años 80, como objeto de historiografía propiamente dicho, y gracias a él se abre paso en el país la historia contemporánea.

   La relativa bonanza de estudios científico-sociales y, en menor grado, historiográficos sobre la violencia, no se extiende a otros temas de las ciencias sociales; la historiografía y la sociología políticas casi se reducen a la violencia, y la violencia que se aborda y se explica es sólo la de dimensiones políticas: la llamada "Violencia" de los años 40 a 60, y —más tímidamente en el último quinquenio— la del enfrentamiento entre el Estado y los guerrilleros de intencionalidad "revolucionaria".

2. El libro *Colombia: violencia y democracia*, publicado en 1987, llama la atención sobre la magnificación de la violencia política y muestra los senderos para futuros estudios, insistiendo en la pluralidad de violencias, anunciando la llegada de la hora en que el país, fuertemente urbanizado, empezaba a conocer en la propia violencia política modalidades distintas de la tradicional guerra territorial entre guerrillas rurales y supuestos defensores del Estado.

3. En los años transcurridos desde el llamado del libro de 1987, se han conocido los primeros trabajos en campos antes desatendidos como el de las violencias urbanas y el sicariato. Pese a ello, el balance es defici-

tario si se comparan estas aún raras producciones con la frecuencia de los estudios sobre la violencia política de posiciones territoriales.

Terrenos como el cultural, el de las creencias y representaciones en cuanto se entrelazan con las violencias, el de la experiencia social de no-violencia, el de la violencia desde la percepción no de quienes la protagonizan sino de quienes la padecen, continúan casi vírgenes desde el punto de vista historiográfico y, en general, de las ciencias sociales.

Esperamos que el estudio de las obras reseñadas, y las grandes ausencias detectadas en el balance, conduzcan al lector a reflexionar en torno a la necesidad del análisis histórico de las condiciones y de los procesos, tanto organizacionales como sociales, culturales e institucionales de las distintas modalidades y direcciones de violencias.





Comentario al Estudio de Historiografía sobre la Violencia

Catherine LeGrand
McGill University

Mi propósito en este ensayo es presentar a la discusión algunos temas y sugerir posibles direcciones de investigaciones futuras. Al comentar la ponencia del profesor Ortiz deseo señalar varios temas importantes que se encuentran en trabajos recientes sobre la violencia de la década del cincuenta. Aunque la violencia colombiana parecería ser un caso único en la historia latinoamericana, argumentaré que sería útil analizar algunos de sus aspectos comparativamente, esto es, situar a Colombia dentro del contexto más amplio de América Latina.

En su presentación, Carlos Ortiz destaca algunos puntos principales. Hace énfasis, en primer lugar, en la multiplicidad de causas y expresiones de la violencia y, en segundo lugar, en la importancia de analizar sus distintas trayectorias regionales. También subraya el problema de cómo conceptualizar al Estado colombiano. El profesor Ortiz sugiere que, a través de estudios concretos sobre los orígenes y evolución de la violencia en varias regiones, podemos llegar a una comprensión nueva sobre la naturaleza del Estado y sobre la constitución del poder en Colombia. En cuarto lugar, las perspectivas analíticas usadas por los investigadores para entender la violencia ha cambiado. Mientras que en la década del setenta muchos investigadores se interesaban por describir las estructuras económicas, políticas y sociales que precipitaron la violencia, en los ochenta los investigadores tendieron a centrar sus miradas sobre actores y grupos sociales, sus percepciones, motivaciones y comportamiento. Hoy existe también un cierto interés en explorar la representación simbólica y política de la violencia.

Un quinto tema propuesto por el profesor Ortiz tiene que ver con la sociología del conocimiento ¿Por qué en un determinado momento resulta muy importante el estudio de ciertas materias y no de otras? ¿De qué

manera lo que estamos viviendo influye en las preguntas que hacemos del pasado y cómo escogemos responder a esas preguntas? Es importante tener en cuenta también la sociología de los intelectuales. ¿Quién llega a ser un intelectual y qué papel desempeñan los intelectuales? En el siglo XX, toda vez que hubo una crisis de violencia en Colombia, el gobierno recurrió al consejo de historiadores y cientistas sociales para interpretar lo que estaba sucediendo y, en cierta medida, para buscar soluciones. Carlos Ortiz describe las comisiones de asesoría gubernamental y los informes sobre la violencia publicados en 1962, 1987 y 1992[1].

La forma en que los historiadores conceptualizan la violencia es, por lo tanto, una forma de representación que tiene un efecto cierto (aunque, admisiblemente, difícil de definir) en la política gubernamental. Esto da a los historiadores-violentólogos un campo de influencia que va más allá de la universidad. Junto con esta influencia, muchos sienten también la carga de la responsabilidad. "Tenemos que hacer algo antes de que se apague la luz", fue el comentario que se escuchó repetidamente en los foros por la paz y por los derechos humanos de finales de los ochenta. Al llegar a Colombia, el extranjero se sorprende ante la convicción local de que a través de la recolección de datos sobre la violencia y a través de la interpretación, con base en un análisis detallado del pasado y el presente, los historiadores pueden desempeñar un rol principal en la conformación de percepciones acerca de la realidad actual, así como las alternativas futuras. Esta actitud no es necesariamente compartida por intelectuales de países como Estados Unidos o Canadá. Al parecer, esto tiene que ver con la interpenetración peculiar que se da actualmente en la vida política e intelectual de Colombia, interpenetración que es a la vez el producto y el origen de una clase particular de compromiso académico[2].

La sociología de los intelectuales abre posibilidades para una historiografía comparativa. Permite examinar en diferentes sociedades cuál es la relación entre los historiadores y el poder y cómo los historiadores de

1 En cuanto a los informes de las dos primeras comisiones, ver el artículo de Carlos Ortiz. El tercer informe es: "Comisión de superación de la Violencia", en *Pacificar la paz: lo que no se ha negociado en los acuerdos de paz*, Bogotá, 1992.

2 Semanalmente se reúne un grupo de profesores de la Universidad de Antioquia para debatir el papel de los intelectuales en época de guerra. Una tentativa preliminar para interpretar el papel que los intelectuales colombianos han jugado es: GONZALO SÁNCHEZ GÓMEZ, "Los intelectuales y la violencia", en *Análisis Político*, núm. 19, mayo-agosto, 1993, págs. 40-48.

tiempos y lugares específicos perciben la relación entre el análisis intelectual y el compromiso político. Sería fascinante explorar estos temas para Colombia, Perú, México y Brasil durante los últimos quince años. También sería pertinente analizar cómo la voz que los intelectuales colombianos tienen en la esfera política —dentro y fuera del gobierno— influye lo que ellos escriben. Claramente se puede ver la manera como la violencia actual ha absorbido la energía de los intelectuales durante los últimos diez años. La violencia ha llegado a ser el tema dominante en la historiografía colombiana, lo que ha llevado al descuido de algunos otros tópicos, por ejemplo, la historia del período colonial.

Deseo discutir varios temas que ocupan lugar destacado en los escritos sobre la violencia de los años cincuenta, y que se prestan al análisis comparativo. Intento abordar principalmente materias que pueden ser de interés para historiadores de otros países de América Latina.

Una tendencia marcada ha sido el giro desde la "historia desde arriba" —la historia de las élites políticas y las políticas gubernamentales— hacia "la historia desde abajo". Muchos estudios recientes sobre la violencia se centran en una región o subregión específica, y las comunidades locales son vistas hoy de una manera más compleja que como se concebían anteriormente. Ellas son entendidas con relación a su propia historia, su propia lógica interna y sus propias y diversas relaciones con las esferas regional y nacional. Los nuevos estudios proponen preguntas tales como ¿qué significaba ser liberal o conservador en un municipio u otro?, ¿qué relación existía entre intereses económicos y filiaciones políticas a nivel local?, ¿por qué algunos municipios experimentaron una violencia intensa mientras que otros no y ¿con qué propósito era usada la violencia: en defensa propia, para proteger intereses de grupo, o para facilitar el ascenso social individual? Aunque en algunos sentidos es una visión muy específica, la historia desde abajo puede eventualmente contribuir a elaborar una nueva interpretación de cómo actuó el Estado colombiano, qué poder real tuvo este en las provincias, y las relaciones entre el gobierno central, las regiones y las localidades.

Es común decir que a finales de los años cuarenta el Estado colombiano se desintegró, o que fue muy débil o que difícilmente existió[3].

---

3 Existen dos trabajos importantes que analizan la debilidad del Estado colombiano durante La Violencia: PAUL OQUIST, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Bogotá, 1978; y DANIEL PÉCAUT, *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, 2 ts., Bogotá, 1987.

Existen problemas con esta interpretación. Es verdad que en algunos períodos el gobierno central no tuvo un monopolio de la fuerza, pero durante la violencia de los cincuenta —en contraste con México después de 1910— el Estado no desapareció.

Para los investigadores interesados en la locación y la naturaleza del poder en Colombia, en la cuestión del regionalismo y la representación política de la violencia, sería útil comparar lo que ocurrió en Colombia entre 1947 y 1965 con la Revolución mexicana. En años recientes, algunos historiadores revisionistas han argumentado que la así llamada Revolución mexicana no fue una revolución social a escala nacional. La ruptura del Estado porfiriano en 1910 dio origen a múltiples conflictos regionales con distintos objetivos y trayectorias. Muchos de estos conflictos regionales no emergieron de luchas de clase entre ricos y pobres, sino más bien de las aspiraciones de personas de clase media a la movilidad económica y social y al acceso político. El cuadro de la Revolución mexicana que surge de la historiografía mexicana revisionista revela así llamativas similitudes con la violencia colombiana de los cincuenta. Pero mientras que el gobierno y el pueblo mexicanos interpretaron más tarde los años de la violencia (1910-1920) como una Revolución, en Colombia la violencia nunca ha sido interpretada en ese sentido. ¿Por qué no?

Si la lectura de la historiografía mexicana puede sugerir nuevas maneras para mirar a Colombia en los cincuenta, la historia de La Violencia por sí misma abre nuevas perspectivas para el estudio del populismo en América Latina. ¿Significó el populismo sólo cooptación de las clases bajas o fue también un significativo cambio social? Un aspecto central para la historiografía de la violencia colombiana es el debate sobre el líder populista Jorge Eliécer Gaitán. ¿Fue Gaitán revolucionario partidario del conflicto de clases y casado con una visión del cambio estructural, o fue un miembro de la pequeña burguesía que trató de integrar las clases trabajadoras dentro de la sociedad existente?[4] Este es un debate importante pero, como los nuevos estudios de Carlos Miguel Ortiz y Mary Roldán señalan, equiparar la historia del populismo colombiano con la historia de Jorge Eliécer Gaitán es, nuevamente, escribir la historia desde arriba.

---

4 Ver el contraste de las interpretaciones de Gaitán en: GONZALO SÁNCHEZ, *Los días de la revolución: gaitanismo y 9 de abril en provincia*, Bogotá, 1985; HERBERT BRAUN, *Mataron a Gaitán*, Bogotá, 1987; y PÉCAUT, *Orden y violencia...*

Investigando los orígenes de la violencia en Quindío y Antioquia, Ortiz Roldán encontraron que un nuevo grupo de funcionarios y políticos de provincia emergieron de las clases medias en las décadas del treinta y cuarenta. Escaladores ambiciosos, muchos de ellos buscaron alianzas con los pobres en pueblos de provincia y en el campo, intentando avanzar su propia posición económica y política. Tanto Ortiz como Roldán argumentan que la aparición de esta clase media de provincia dentro de la escena política nos ayuda a comprender la violencia de la década del cincuenta[5]. De este modo, los nuevos estudios hacen énfasis en la necesidad de tomar en cuenta no solamente a las élites y los pobres del campo, sino también a los emergentes sectores medios de la provincia. El análisis de sus motivaciones, de sus intereses, de las ideas que abrazaron, de las alianzas que iniciaron y de sus acciones es crucial para entender el curso de La Violencia, al menos en el centro del país. Los orígenes del populismo de base popular en un sentido mas amplio, y la importancia económica, social y política del surgimiento de las clases medias, son temas importantes que abren posibilidades de comparación con las experiencias de otros países de América Latina durante el período de 1930-1960.

Otra área de interés para la historia comparada es la relación "violencia y democracia", preocupación del presente colombiano. Sería útil pensar el significado de "democracia" desde varios ángulos. La idea de una búsqueda democrática, desarrollada con referencia a la violencia colombiana de los cincuenta. Eric Hobsbawm vio "La Violencia" como una revolución social frustrada. Otros investigadores la han percibido como una ofensiva de capitalistas y terratenientes contra las clases bajas. Algunos escritos recientes, por el contrario, interpretan la violencia de los cincuenta como la convergencia de muchas luchas individuales —casi anónimas— por la movilidad social. Desde esta perspectiva La Violencia es vista como un comportamiento negativo orientado hacia la ganancia personal, y como síntoma de la incapacidad de los pobres y de las clases medias para formar coherentes movimientos sociales con objetivos colectivos. Además es posible interpretar el frecuente comportamiento violento

5 Ver CARLOS MIGUEL ORTIZ SARMIENTO, *Estado y subversión en Colombia: la violencia en el Quindío, años 50*, Bogotá, 1985; y MARY JEAN ROLDÁN, "Genesis and Evolution of La Violencia in Antioquia, Colombia (1900-1953)". Tesis doctoral, Harvard University, 1992.

de muchos individuos como una lucha por una participación más amplia; en cierto sentido, una lucha por la democratización del sistema económico, social y político[6]. ¿Cuáles son las continuidades entre la violencia de los cincuenta y aquella de los ochenta y noventa? ¿Qué ha cambiado?

Para investigadores interesados en la violencia presente, una comparación de las realidades y discursos de la violencia y de la democracia en Perú y Colombia contemporáneos puede también ser iluminadora. En las décadas del 60 y 70 del presente siglo, la mayoría de observadores de América Latina asociaban la violencia con los gobiernos militares: se suponía que en Argentina y Chile un retorno del gobierno civil podría traer el fin de la violación de los derechos humanos. Pero en los ochenta Perú y Colombia, ambos gobiernos civiles, formalmente regímenes democráticos, experimentaron los más altos niveles de violencia en América del Sur. Es importante preguntarse por qué. Otra pregunta importante es cómo los académicos, políticos, líderes guerrilleros, empresarios, sindicalistas, líderes campesinos y otros interpretaron la situación en cada país y qué clase de soluciones propusieron. ¿Cómo explican en Perú y Colombia

---

6 Estos comentarios son inspirados, en parte, por mi lectura del trabajo del cientista político James C. Scott sobre la resistencia cotidiana entre los pobres rurales. Scott sugiere que mientras que el comportamiento cotidiano del campesinado puede ser motivado por la ganancia individual, el efecto acumulativo de miles de iniciativas individuales puede eventualmente erosionar el sistema y permitir cambios significativos en las políticas, las instituciones, y/o las estructuras socioeconómicas y políticas. Ver JAMES C. SCOTT, *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Heaven, 1985; y "Everyday Forms of Peasant Resistance", en *Journal of Peasant Studies*, XIII (2), 1986, págs. 5-36. Claramente en Colombia la formación del Frente Nacional intentó reforzar el sistema existente. Pero tal vez la aspiración de mayor participación expresada durante la violencia de los cincuenta contribuyó en el largo plazo a la ruptura del sistema partidista tradicional; es posible que aspiraciones similares tomaran formas diferentes en las décadas de 1970 y 1980.

La comparación con México, cuya "revolución" permitió el acceso al poder de las clases medias y el acceso simbólico, pero no real, de los pobres rurales y urbanos sugiere otra pregunta: ¿Cómo campesinos y trabajadores que viven dentro de estructuras institucionales y estatales específicas piensan y articulan sus intereses? y ¿cómo pueden expresar sus preocupaciones, ya sea desde el interior del sistema o presionando al gobierno a través de movimientos sociales? ¿En un contexto económico y político dado, sirven las posibilidades de movilidad social hacia un grupo medio amorfo para difundir y transformar la expresión de los "intereses de clase"?

las causas de la violencia y qué cambios consideran necesarios? ¿Qué significa "democracia" para los peruanos y qué relación ven entre violencia y democracia? Un claro entendimiento de las similitudes y diferencias entre la situación peruana y colombiana puede ayudarnos a repensar el significado de democracia y las múltiples intersecciones entre violencia y democracia en el contexto colombiano.

Para concluir, como el profesor Ortiz muestra, estudios recientes de la violencia tienden a dejar de lado esquemas analíticos dicotómicos tales como tradición/modernidad, capitalismo /revolución o movimientos sociales/anonimia. La visión que emerge de los nuevos estudios regionales es a la vez más compleja, interesante y, algunas veces, confusa. Una de las quejas sobre estudios está relacionada con la ausencia de teoría. Al respecto diría que la riqueza de la investigación empírica, característica de los recientes estudios regionales, es su punto más fuerte. En este momento no necesitamos un retorno a la macro-teoría. Pero la historia comparada, particularmente con otros países de América Latina, puede abrir nuevas preguntas, sugerir nuevos enfoques y abrir nuevas perspectivas que a largo plazo enriquecerán la sofisticada tradición investigativa de los escritos históricos colombianos sobre la violencia. Los conflictos que han resquebrajado la vida de los colombianos desde hace cuarenta y cinco años, han generado materiales extraordinarios de cambio económico, social y político. Ellos interesarán a historiadores de otras partes de América Latina donde los procesos de cambio han tomado formas algo diferentes.



Este libro se terminó de imprimir
en el mes de diciembre de 1995
en los Talleres Gráficos de la
Imprenta Universidad Nacional
Santafé de Bogotá, D.C., Colombia







En su acepción más corriente, la historiografía se concibe como el estudio del pensamiento histórico. Para ello toma como objeto de análisis los textos de los historiadores en los cuales dicho pensamiento se configura y expresa. Los textos abordados por los trabajos que integran esta obra corresponden a la historia de Colombia y de algunos países latinoamericanos.

En lo que respecta a Colombia, se presentan siete monografías elaboradas por los profesores Mauricio Archila, Medófilo Medina, Diana Obregón, Carlos Miguel Ortiz, Óscar Rodríguez, Bernardo Tovar y Fabio Zambrano, del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia; y Decsi Arévalo, de la Universidad Externado de Colombia. En ellas se analiza la producción histórica aparecida durante la segunda mitad de este siglo, referente a los siguientes períodos y áreas de la historia colombiana: la época colonial, la economía y los movimientos sociales del siglo XIX, los movimientos sociales, la política y la violencia del siglo XX, y la historia de la ciencia.

Estos estudios van acompañados de los comentarios elaborados por Jorge Charum, Malcolm Deas, Michael Jiménez, Catherine LeGrand, Manuel Lucena y Frank Safford.

Así mismo se ha querido proporcionar una visión de las investigaciones sobre el pasado colombiano de historiadores norteamericanos, franceses, ingleses y alemanes. Correspondiendo a este objetivo, se incluyen los ensayos de Malcolm Deas, Hans-Joachim König, Dagmar Kusche, Georges Lomné y Frank Safford.

Por último, obedeciendo a un propósito de complementación que sugiere la posibilidad de una mirada comparativa, se han incorporado algunos ensayos que presentan un cuadro de las historiografías de México, Perú, Bolivia y, globalmente, de la región andina, escritos por los profesores René Arze, Heraclio Bonilla, Romana Falcón y José Tamayo. Estos trabajos conforman una muestra que permite apreciar algunos rasgos actuales de la historiografía latinoamericana y, al mismo tiempo, ciertas particularidades que asumen los estudios históricos en los respectivos países.

ISBN 958-17-0121-4

